

Dibujos en la pared



Mayte Aranda

D.J.57

Dibujos en la pared

Mayte Aranda

Título: Dibujos en la pared

© 2016, Valencia España

Autora: Mayte Aranda

ISBN-13: 978-1542845908

Title ID: 6899610

Ilustración y diseño de la portada: Susana Martínez Ibáñez

Todos los derechos reservados

ÍNDICE

Aunque yo no pueda sentirlo

Elena

1. Las sábanas
2. Mortadela con olivas
3. El pájaro fumador
4. Un pijama nuevo
5. Rosas rojas...océano profundo
6. La superabuela
7. El libro (toma de contacto)
8. Alivio
9. La araña roja de la parra
10. Los monstruos que viven dentro del armario
11. La virgen de los idiotas
12. Gracias por su visita
13. El cable roto
14. De otro color
15. La misma fea lámpara de siempre
16. Cosas raras
17. La factura
18. Lima-limón-azulado
19. La oreja carbonizada
20. La verdad absoluta no existe
21. Omitir o mentir
22. Lo normal de los domingos
23. Un bocadillo de soltero
24. La anomalía
25. Que se jodan
26. Patos sonrientes
27. Lárgate, Alba
28. La que había sido su casa
29. El gato solitario
30. Alguien tenía que hablar
31. Soledad
32. Aunque fuese un rato
33. Tiesa como una puerta
34. Por el cielo, que lo hizo

35. La alcantarilla
36. Aburrido de esperar
37. Baldosas amarillas
38. El último viernes del mes de noviembre

A mis padres.

AUNQUE YO NO PUEDA SENTIRLO

Un día recordé a Elena. La joven del vestido triste. Recordé la primera vez que la vi. Andaba intentando recogerse las mangas, que le colgaban tres palmos por debajo de las manos, como las ramas de un sauce llorón. Al tiempo tropezaba sin cesar con el largo del vestido. Daba dos pasos y caía enredándose con aquel inmerecido y repentino amasijo de tela invisible.

Si no hubiese dado tanta pena verla, la escena habría resultado cómica. Pero aquella imagen daba de todo menos risa. Tal vez una ligera sonrisa compasiva, al estilo fraternal. Aunque yo no pueda sentirlo. Es un dato meramente aclaratorio. Una forma de describirlo.

Recordé la apariencia y el tejido de su vestido. Era asombrosamente feo. Elaborado con retales de una tela vieja que nunca fue nueva. Desgastado sin haber sido usado. Cosido con un hilo húmedo y florecido de puro llorar.

Y bolsillos. Muchos bolsillos. Algunos llenos y otros vacíos. Los vacíos estaban rotos, aunque no por el desgaste. Se diría más bien que alguien los había roto a conciencia.

Intenté en vano imaginar por qué los rompieron y cuál había sido su contenido. Quizás algo de magia. Puede que algún tipo de cariño. Como el que se le tiene a un perro. Compasión...tal vez. No conseguí hacer memoria.

Sí pude hacerlo en cambio, con el contenido de los otros. Los que estaban llenos. Recuerdo con cierto asombro lo fácil que me resultó revivirlo. Algo bastante inverosímil tratándose de un servidor, pues trabajo me cuesta ordenar las incontables memorias que, bajo mi guarda y custodia, descansan desordenadas en viejos cajones, y mucho menos identificarlas con aquellos a quienes pertenecen.

Por algún motivo que no logro entender, la historia de Elena me salpica pequeñas gotas de lo que interpreto pueda ser algo parecido a un sentimiento, tal vez de melancolía, desde hace un tiempo. Aunque yo no pueda sentirlo. No encuentro otra manera de describirlo.

Lo recuerdo todo con asombrosa claridad. El deplorable color gris rancio de su patético vestido. La cada vez más pronunciada curva que dibujaba su espalda, al volver a levantarse una y otra vez. Puedo ver su rostro como si la tuviese frente a mí. Sus ojos tristes, como los de un animalillo abandonado en cualquier lugar. Los bolsillos llenos de su viejo vestido triste, rebosantes unos de rabia, otros de pena y vergüenza.

En todos mis largos años de esmerado servicio jamás vi a nadie vestido con semejante desolación.

Y luego llegó el tiempo. Ese que dicen que todo lo cura. Un gran amigo del que no puedo sino disentir encarecidamente.

El tiempo no cura. El tiempo cubre con sal viejas heridas. Si la sal se hace costra, la herida permanece cobijada bajo la superficie. Pero debe cuidarse mucho de la lluvia, pues, si la sal se humedeciese, penetraría en la adormilada herida, provocando un dolor que agradezco sea indescriptible, ya que no sabría cómo hacerlo.

El tiempo crea lagunas y las coloca cuidadosamente sobre los recuerdos que más duelen. Y allí, sumergidos como un pueblo abandonado en el fondo de un pantano, permanecen latentes.

Pero en años de sequía, cuando el nivel del agua desciende, la torre del campanario asciende, buscando luz para ver y aire para respirar.

El tiempo disfraza la memoria, espolvoreando una densa niebla sobre la membrana de la retina. Así, cuando se mira hacia atrás, uno puede vestirse y vestirlo todo del color de la tranquilidad.

Pero el viento frío siempre soplará cuando le plazca. Jamás pedirá permiso ni anunciará su visita. Nadie sabrá de donde viene, pues el viento es tan libre como su propio nombre.

Y algún día soplará de cara con la fuerza de un ciclón. Ese día no habrá niebla, ni falsos ropajes. Sólo existirá la verdad. Esa que dicen que tanto duele. Y eso, me consta, sí es una gran verdad.

No. El tiempo no cura. Y cuando llegó hizo exactamente lo que se esperaba que hiciese. Cubrió sus heridas con sal, con lagunas inundó sus recuerdos y sus retinas se cobijaron tras la densa niebla.

Algún día vendría el viento a azotarle en los ojos. Algún día la lluvia mojaría la seca sal de sus heridas y se secarían sus lagunas algún día. Pero algún día...no era ese día.

Y fue así como el triste vestido fue poco a poco ciñéndose a su piel. Dejó el largo de ser tan largo en la falda y en las mangas.

Aprendió entonces a caminar con su feo vestido. Los bolsillos llenos de vergüenza se cosieron con un hilo hecho de costumbre y los vacíos de cariño comenzaron a llenarse cuando nació su estrella.

Y tanto se ciñó a su cuerpo la vieja tela, que un día dejó de sentirlo. Creyó borrar su recuerdo. Y entonces, pensó que quizás...ya no llevaba su triste vestido.

He rescatado la historia de Elena de entre mis archivos porque quiero hacerla libre. Como el viento.

Narraré todo cuanto está escrito, sin cambiar ni omitir una sola palabra.

A partir de ahora cada cual será libre de creer o no.

Yo, el humilde servidor que la relata, garantizo tanto su autenticidad, como la ausencia de agravio por mi parte, en caso de no creer.

Porque no puedo sentirlo.

ELENA

En la noche del veintiséis de noviembre de dos mil diez, sin motivo aparente ni razón alguna, un total de ocho personas desaparecen del viejo edificio que fue su hogar. Entre ellos seis mayores, una joven madre y su hija, se desvanecen, dejando atrás un vasto reguero colmado de mudos testimonios, clamando a gritos la huida, pero no la dirección de su fortuito destino.

Sin más testigos que las paredes recién pintadas de su antigua escalera, un par de solitarios contenedores de basura, que desde hace tiempo habitan frente a la puerta de la finca, y un sobre cerrado junto a la mesita, apoyado sobre la misma fea lámpara de siempre, en el que alguien ha garabateado algo de forma precipitada:

Entregar al inspector Ayala

Sentado en el mismo sofá donde una noche lo hiciese junto a ella y con los codos apoyados sobre sus rodillas, el inspector Ayala dobla por la mitad aquel trozo de papel, arrancado a correprisa de una vieja agenda del año dos mil, lo guarda de nuevo en el sobre y se frota los ojos con evidentes síntomas de cansancio. Al cabo agacha la cabeza y se rasca la nuca con ambas manos. No será uno de sus mejores días. Apenas ha dormido trabajando en el caso del siniestro cadáver del día anterior, y ahora esto.

“Gatos”. Ha dictaminado el forense, sin ninguna clase de duda. Entre cuatro y seis mininos destrozan a un hombre a base de mordiscos y arañazos. Lo más grotesco e inaudito que ha presenciado en toda su corta pero intensa carrera en el cuerpo, y el motivo que le impidió quedar anoche con ella.

De haberla visto, tal vez esto no habría sucedido. O tal vez sí. O tal vez sí, pero no hoy. Ahora da igual. Porque Elena se ha marchado para siempre, arrastrando consigo al vecindario en pleno y convirtiendo lo que debería haber sido un simple suceso más de desaparición voluntaria, en el segundo caso más inaudito de toda su corta pero intensa carrera en el cuerpo.

Platos con los restos de una copiosa cena, probablemente para todos los vecinos, yacen desparramados sobre la mesa del comedor de Sofía, como si alguien hubiese recogido a puñados su contenido antes de marchar. Armarios abiertos y ropa desparramada por el suelo en las cuatro viviendas que, hasta la fecha, han permanecido ocupadas. Todo lo demás...perfecto y en su sitio.

Una finca desierta. Completamente abandonada de la noche a la mañana. Esfumados sus inquilinos de prisa y corriendo, cargando con lo justo y

desapareciendo, como quien huye del mismísimo diablo.

El inspector Ayala respira profundamente, tratando de poner en orden el montón de absurdas ideas que corren sin cabeza por el interior de su mente, y se deja caer hacia atrás, apoyando la espalda contra el respaldo del sofá. Un agente entra en la estancia y le dice algo. Completamente abstraído asiente con la cabeza sin saber qué es.

Sólo puede pensar en ella y en la escueta nota de despedida que sujeta entre los dedos de su mano derecha. Un incómodo sentimiento de angustia comienza a perforar su estómago cuando descubre que aquello le quitará el sueño durante demasiado tiempo.

Agacha la cabeza y observa el sobre, medio arrugado y contagiado del sudor que brota de su mano. No encontrará nada nuevo entre esas líneas, ni es necesario desplegarlo para leerlo otra vez, ya que puede recitarlo de memoria, igual que lo haría el niño que reza arrodillado a los pies de su cama. Pero, por algo parecido a ese estúpido impulso que empuja a las personas a abrir perseverantemente la nevera sabiendo de antemano y a ciencia cierta lo que van a encontrar en su interior, lo despliega una última vez y, alzándolo delante de su abatido rostro, lee de nuevo.

Alex:

Quisiera decirte muchas cosas, pero, ni dispongo del tiempo necesario para poder hacerlo, ni creo que ninguna de mis razones te sirva de consuelo. Tengo que marcharme y necesito que no me encuentres. Y lo necesito para que todos estemos a salvo. Tú, yo, mi hija, Carmen...ya sabes.

Quienes no están aquí, se han marchado por voluntad propia. Ha sido necesario. Siento mucho haber tenido que dejarte de esta manera. Intenta no buscarme. Lo siento. Lo siento. Lo siento. Hasta siempre.

Elena.

Alex deja caer la mano con la nota, cansinamente, sobre sus piernas. Cierra los ojos y se pellizca el puente de la nariz. Al abrirlos de nuevo, la imagen difusa de una joven se dibuja frente a él, mirándole fijamente y sonriendo apenas, de forma irónica. La mujer levanta el dedo índice y le apunta directamente a la cara.

- Te lo dije. - susurra antes de desvanecerse, vestida con su insolente sonrisa.

1. LAS SÁBANAS

Barcelona, a 28 de septiembre de 2010.

Dos meses antes...

- Paula, cariño. Espero que esta sea la última vez que te lo digo. Tómate la leche. Tienes que irte a la cama enseguida. Se está haciendo tarde.

- ¿Tú también?

- ¿Yo también qué?

- ¿Tú también vas a irte a la cama?

- Yo iré dentro de un ratito. ¿Quieres hacerle el favor a mamá y dejar de mirar por la ventana? Te pareces a Emilia. Todo el día olisqueando...

- ¿Qué es “olisecando”?

- Olisqueando. Lo que hacen los perros.

- ¿Mover el rabo?

- No, mico. Mover el rabo es mover el rabo. Olisquear es oler. Con la nariz. Como cuando te hago una comida que no has probado nunca y antes de comértela la hueles ¿Entiendes?

- Sí...porque si no me gusta como huele, no me la quiero comer.

- Exacto.

- ¿Emilia está todo el día oliendo?

- Claro que no. Pobre mujer. Es una forma de hablar. Hay personas que a veces hacen cosas... ya te lo explicaré cuando seas un poquito más mayor. ¿Te parece?

- ¿No me lo puedes explicar ahora, mamá?

- Ahora no puedo, vida. Aún me queda organizar todas estas facturas, antes de irme a la cama. Y tú me podrías ayudar, bajándote de la silla y bebiéndote la leche.

- La seño Raquel dice que hay personas que no tienen cama y que tienen que dormir en la calle porque no tienen dinero para comprarse una cama. Y que, cuando es “en invierno”, se tapan con cartones para no tener frío, porque no tienen dinero para comprar mantas y que no tienen sábanas. Dice que nosotros somos unos “enfundados” porque tenemos camas y mantas y sábanas. ¿Puedo dormir esta noche sin sábanas, mamá?

Mamá levantó levemente la ceja izquierda por encima de las gafas de leer facturas, sin dejar de mirar la que tenía entre las manos. –Se dice afortunados... y no. No puedes dormir sin sábanas.

- ¿Por qué no? A-fo-run-tados.

- A-for-tu-na-dos. Porque tu cama ya está hecha. Porque dormirás mucho mejor con tus sábanas y porque tú no tienes la culpa de que haya gente que no tiene sábanas ¿Vale, mico?

- Vale...lo siento- murmuró la niña. - a-for-tu-na-dos-¡¡bien!!

- ¡Muy bien! Y ahora, ¿vas a hacerme caso por fin, o no? ¿O es que piensas seguir haciendo preguntas toda la noche?

- Mamá...- Efectivamente. Pensaba hacerlo.

- Queee...- A Elena se le empezaba a escurrir la paciencia. Igual que cuando limpiaba boquerones en casa de doña Leonor. Malditos pececillos escurridizos... Levantó la mirada hacia el fluorescente que colgaba del techo, implorando un poquito de entereza. La que se le escapaba todas las noches a esas horas.

La pequeña dejó de mirar por la ventana, giró ciento ochenta grados y pegó un bote de campeonato, aterrizando con las piernas abiertas y apoyándose con las manitas en el suelo. Uno de esos saltos que las autoridades sanitarias recomiendan no hacer en ningún caso después de los treinta. Después corrió a situarse junto a su madre, dispuesta a prorrogar su interrogatorio tanto como le fuese posible- ¿No te gusta Emilia? - continuó.

- Menuda pregunta. Adoro a nuestros vecinos y tú lo sabes. –mamá movió la cabeza de derecha a izquierda con el fin de estirar los músculos del cuello y volvió a concentrarse en las facturas. Apartó a un lado la de la luz y desplegó la del móvil. Buscó al pie de página “el total a pagar” y sucedió entonces que se le escapó un “¡¡mierda!!” igual que se escapa un pedo en el lugar y el momento más inoportuno.

Y, claro:

- ¡Has dicho mierda!

- ¡Joder, Paula! Podrías tener la misma rapidez para obedecer.

- ¡Has dicho joder!

- ¡Se me ha escapado!

- ¡No se pueden decir palabrotas!

- ¡TÚ no puedes decir palabrotas!... En mi caso no es aconsejable. Sólo eso.

- Las palabrotas ensucian la boca y salen caries- la niña atizó a su madre un buen gancho, parafraseándola.

- En realidad sólo ensucian las bocas que tienen dientes de leche. - mamá trató de recuperar su posición de la manera más gansa que encontró: Inventando sobre lo inventado. Cutre pero eficaz. Los niños, al igual que sus mayores, no acostumbran a discutir sobre aquello de lo que no están seguros.

- ¡Mentira! - bueno... casi todos los niños.

Cambio de estrategia. Plan B: hacerse la ofendida. Indignarse.

- ¿Cómo puedes decir eso? ¡Mamá nunca miente! – y rematar con un –

¿Alguna vez te he mentado yo? - olé.

- No.- angelito... – Pero eso no me lo habías dicho nunca.

- Cariño, se me habrá olvidado matizar. A lo mejor te has creído que tu madre puede acordarse de todo lo que tiene que enseñarte. Las mamás no tenemos libros como las señas.

La niña dudó un instante. ¿Qué significaría “mazitar”? Resolvió dejarlo para otro momento.

- ¡Me tienes que dar un euro! -la buena maña del niño. Capítulo uno: Si no puedes con el enemigo, cambia de tema.

Mamá se quedó con el siguiente gancho atascado, la boca abierta y las gafas de leer facturas sobre la punta de la nariz. – ¿Que te tengo que dar...qué? - contestó, cuando hubo recuperado el norte. – ¿A santo de qué, señorita?

- La seño Raquel dice que los mayores deberían pagar un euro cada vez que dicen un taco. Dice que así aprenderían a no decirlos y que así los niños no diríamos tacos nunca, porque dice que los niños “invitamos” todo lo que hacen los mayores.

Elena dejó, lentamente, las facturas sobre la mesa. El semblante de un miura a punto de embestir luchaba por hacerse con su rostro, pero ella lo empujó mentalmente, haciendo acopio de algún resto de paciencia que pudo conseguir rascando un poco de aquí y de allá. Se quitó las gafas y las depositó sobre la mesa. Cerró los ojos, alzó las cejas y giró la cabeza en dirección a su retoño. Durante el trayecto fue contando hasta diez. Se detuvo al llegar a su destino y los abrió de nuevo, enfrentando su mirada con la de la niña, que aguardaba con esa cara que pone Bruce Lee, mientras espera al enemigo. Esa que dice: inténtalo si quieres...total, no tengo otra cosa que hacer.

Inspiró todo el aire que pudo. Tenía que parar esto, antes de que fuese demasiado tarde...para ella misma. “No le nombres a la seño. Es uno de sus pilares más importantes” se aconsejó. “Acaba con esto lo antes posible. Sé más inteligente que ella. Y, sobre todo, no levantes la voz... ¡Me cago en la *supernanny!*”.

- Se dice “imitamos”, cariño. No “invitamos”. -Levantó el dedo índice de la mano derecha para enfatizar sus palabras y habló despacio. -Prometo intentar no decir tacos a partir de ahora. Prometo no pagar un euro cada vez que se me escape alguno sin querer y, sobre todo, te prometo que ahora mismo, el trocito de paciencia que me queda, antes de castigarte sin pasear a Gigante, tiene el tamaño de una hormiga. Pero no de una hormiga mayor. De una hormiga bebé ¡No! Recién nacida.

- Jolín mami. Que “pacencia” tan pequeñita tienes.

- Paciencia. Pues ya sabes. No juegues conmigo. Leche, dientes y cama.

La niña reculó. O eso le pareció a su madre, porque no contestó. Y Elena aprovechó su momento de gloria.

- Anda, mico. Tómate la leche. - había vencido. Recogería su trofeo. Un rato de tele de mayores para ella sola. Nada de mochilas parlantes, ni mapas que cantan. Nada de esponjas que viven con caracoles que maúllan. Nada que alguien hubiese dibujado antes. Sólo cine del bueno. Del bueno de verdad. De ese que sale un vampiro vegetariano que se enamora de una chica cien años más joven que él.

- Pero mamá. - ¡horror! El enemigo embestía de nuevo. - es que yo quiero comprarme un perro. Uno como Gigante.

A Elena se le abrieron de repente unos ojos como platos de loza. Adiós al vampiro vegetariano.

- ¿Un perro? ¿Y eso a qué viene ahora, hija mía de mi vida? - surrealista... desesperante.

- Tú me das un euro cada vez que digas un taco y yo lo guardo en un bote. Así, si dices muchos, pues compramos un perro.

Bonito detalle este de acabar todas las noches con su paciencia. ¿Sería un consejo de la seño? Nota: soñar esta noche con matar a la seño Raquel. Elena dejó a un lado las facturas malditas, suspiró de nuevo y se puso a lo que debería haber hecho desde el principio. Darle ella misma la leche a su hija. Sentó a la pequeña en el sofá y se colocó a su lado, sosteniéndole el vaso, mientras la niña bebía el líquido que, obviamente, se había quedado frío. Un minuto de microondas tirado a la basura.

- Está fría. - protestó la pequeña.

Elena hizo caso omiso y le acercó de nuevo el vaso.

- Pasaré por alto el hecho de que quieras que diga tacos para poder comprar un perro, porque eres muy pequeña para soltarte una charla sobre moralidad. Pero sabes que no podemos tener un perro, cariño. Este piso es pequeño incluso para nosotras. ¿Te gustaría tener un animal que se sintiese como en una jaula? ¿Te imaginas metida en una jaula? Además, tenemos a Gigante. Puedes pasearlo cuando quieras. A Ismael le encanta que vayas a pasearlo con él. Dice que le ayudas mucho.

- ¡Pero Gigante no es mío! - la pequeña gimoteó, al tiempo que empujaba el vaso. Un poco de leche cayó sobre su ropa. - yo quiero uno para mí.

- Vale, Paula. Estás tirando la leche. Recuerda que mi paciencia es como una hormiguita. - volvió a acercar el vaso a la boca de la niña. Terminó de bebérselo y después la ayudó a ponerse el pijama.

- Mete el pie. - la niña obedeció. - Además... ¿Me quieres decir cuándo estaríamos con él? Si no llegamos a casa hasta casi la hora de la cena. Estaría

todo el día solo. - la incuestionable realidad era aplastante, incluso para una niña de cinco años. Sería mejor no seguir intentándolo. La batalla estaba perdida, pero ella al menos ella tenía sábanas. Se consoló.

- Ale, mico. Ya está. Ahora a lavarse los dientes, señorita. -mamá terminó de ponerle a la niña el pijama y le dio un golpecito en el culo, empujándola hacia el lavabo.

- ¡Pues un gato! - se le ocurrió, de repente.

- Paula. ¡Vale ya, por favor! - ¡Virgen del amor hermoso!

- ¿Y un ratón? La mamá de Claudia le ha prometido un ratón para su cumpleaños.

- ¡Paula! No lo repito más. A lavarte los dientes. ¡Ya! ¡Ahora! ¡Ipsa facto!

- ¿Qué es ipso...?

- ¡Pa! ¡U! ...¡¡¡La!!!

No eran las mejores sábanas del mundo, ni había que ser técnico especialista en ropa de hogar para darse cuenta de ello. Sin estampados *vintage*, ni calidad superior, aunque esto último algún cachondo sin sentido del ridículo se atreviese a estamparlo en la funda.

Las que de verdad eran de buena calidad, esas quedaban fuera de su alcance. Acaso la diferencia entre esas y otras más caras no sea para tanto. Tal vez, incluso son las mismas que compran los ricos, sólo que a estos les engañan como a los chinos. Son los pobres los que pagan el precio que merecen las sábanas, de acuerdo con la calidad que se brinda al consumidor. Mas es preciso que los pudientes, relamidos vanidosos, sientan que compran mejores productos que el resto. Y la diferencia la imponen a partes iguales el dinero y el glamur. Todos compran el mismo producto, pero uno se vende en una tienda donde la dependienta parece recién importada de Broadway, a precio de Broadway y el otro lo coge uno mismo de la estantería del Carrefour por menos de la mitad. Y todos contentos.

Elena sabía, no obstante, que las sábanas donde dormía con su hija todas las noches no eran las mismas que las que tenían los ricos. Y lo sabía de muy buena tinta porque era ella quien hacía la cama todos los días a uno de esos pobres incautos a quienes los menesterosos, cual zorros ladinos, escamotean incesantemente con el fin de sacarles los cuartos.

La pobre rica en cuestión se llamaba Leonor. Doña Leonor. La mujer que pagaba con su estreñado sueldo las sábanas de su pequeña. Exactamente dos juegos. De quita y pon. Las sábanas, el alquiler, las facturas y algo de comida. Y nada más. Desde luego no era Elena uno de esos astutos zorros que raposeaban a los ricos. O era Doña Leonor la excepción que confirma la regla.

Algo no le cuadraba en la teoría del complot contra el capitalismo.

Esa noche tocaba el juego de sábanas sin estampado, con ribete rosa palo, bajo una fina colcha de entretiempo azul claro sin definir. De raso... Eso sí. Obsequio del arrendador. Lo que de toda la vida venía siendo esa colcha que no te llevas el día en que te mudas porque ¿dónde vas con eso?

El caso es que a ellas les hacía su función. Ideal para el “ni frío, ni calor” de las noches de septiembre.

A las diez cero una, capicúa en el reloj de la habitación, mamá arropaba a Paula. La pequeña brujita que todas las noches la hacía sudar cual si hubiese corrido enterito y del tirón el Camino de Santiago.

Quedaba el último empujón. Cinco minutos más y su hechicera favorita entraría en modo hibernación.

- Mamá...

- Dime, cariño.

- ¿Mañana hay cole?

- Sí.

- ¿Y al otro?

- Sí.

- ¿Y al otro?

- Sííí.

- ¿Y al otro?

Elena se echó a reír. - Sí, mico. Al otro también. – acarició el pelo de la niña y le dio un beso en la frente. – ¿Me vas a prometer que te vas a dormir a la primera, sin rechistar?

- Lo prometo. - la niña abrazó a su madre. Mamá era un poco más fría de lo que a ella le hubiese gustado. Pero a tu “todo lo que tienes en la vida” no se lo tienes en cuenta. Dentro de unos cuantos años, probablemente lo entendería. Ahora debía vivir su “vida bella”.

- Ale, mico. Pues a dormir.

- Buenas noches mamá.

Elena se incorporó y caminó hacia la puerta para apagar la luz cuando, al llegar a la altura del interruptor, giró en redondo y puso cara de interrogación.

- ¿Por qué me has pedido antes perdón, cariño?

- ¿Yo?

- Antes, cuando te he dicho que no podías dormir sin sábanas. Me has pedido perdón. ¿Por qué?

- No te lo he pedido a ti.

- ¿A quién se lo has pedido entonces?

- Al señor de la calle.

Elena disimuló un respingo y levantó las cejas, arrugando la frente con expresión curiosa.

- ¿Qué señor?

- El del “jersié” azul con la estrella que duerme en el cubo de la basura. Quería dejarle mis sábanas.

Mamá permaneció súbitamente quieta, con la mano apuntando hacia el interruptor de la luz. La niña caía lentamente en un profundo sueño y en cuestión de unos segundos se quedó dormida de esa manera tan dulce que tienen los niños de hacerlo. Dulce por los motivos que tantos padres alrededor del mundo conocen y por un detalle que les pertenece sólo a ellos. Y es que únicamente un niño posee la virtud de resultar arrebatadoramente tierno con esa cara de merluza que se les queda al dormir.

Elena apagó la luz de la habitación y salió a la claridad de la salita- cocina de su diminuto piso. Caminó despacio hacia la ventana y se detuvo a medio metro. Retrocedió un paso. Volvió a detenerse. Mejor apagar la luz antes de asomarse. Pensó.

Luz apagada y todo, se agachó cuando estuvo cerca de la ventana. Desde luego, si había alguien ahí afuera y teniendo en cuenta que su piso se encontraba en una segunda altura, ahora mismo estaría escuchando el sonido de las mil pulsaciones por minuto de su corazón, cabalgando a muchos decibelios por encima de lo permitido.

Agazapada bajo el marco de la ventana no podía sino verse a sí misma ofreciendo, para su tranquilidad a nadie, la penosa imagen de madre gallina. Se agarró a la moldura y lentamente se fue incorporando.

Desde fuera la vista era aterradora. De una ventana sin luz interior fueron apareciendo poco a poco, dos ojos y una nariz. Se detuvo. A esa altura sólo alcanzaba a ver el extremo del alféizar de la ventana. Tenía que arriesgar un poco más. Se atrevió, esta vez hasta la barbilla. Desde aquí podía ver la parte superior de los contenedores. No parecía que hubiese nadie. Aunque podría estar sentado en el suelo, y el suelo, si quería verlo, tenía su precio: debería levantarse.

- Uno... dos...- cerró los ojos. -...dos y medio...

Se echó a reír en silencio mientras se imaginaba contándole su aventura nocturna a Carmen y la risa se convirtió en mudas carcajadas. Difícilmente superaría el estado de ridiculez en el que se encontraba en este momento, agarrada al marco de la ventana, a oscuras y con el culo en pompa. Claro que, todo era cuestión de proponérselo.

Así es que ahí estaba nuestra heroína. Dándolo todo. Arriesgando la vida en pro del bienestar de su vecindario. Y lo más triste de todo era que, si alguno de los inquilinos de la finca tuviese que proteger en algún caso la vida de sus

vecinos, probablemente ese tendría que ser ella. El resto de la tropa debería conformarse con intentar alzar el bastón.

Tenía que hacerlo. Se incorporaría en ese mismo instante, rastrearía los contenedores y si allí había un señor con jersey azul... llamaría a Carmen.

Ahora sí. “Uno, dos y ¡tres!” ... Elena se levantó.

Dos contenedores verdes descansaban en el mismo lugar de siempre, flanqueados por algunas cajas vacías que yacían inertes a su alrededor. Unas cuantas bolsas esparcidas por el suelo, regalitos habituales de algún atajo de incívicos, ofrecían un succulento menú a un par de gatos. Nada raro. Lo normal de cada noche. Las mismas estupendas vistas de siempre.

De vez en cuando variaba la posición de alguna bolsa o el número de gatos que aparecían en la escena. Por lo demás, todo en su sitio. Nada nuevo. Ningún jersey azul con una estrella. Probablemente la niña había visto a alguien tirando la basura y se había montado su película. Alguien que fumaba un cigarrillo, aprovechando el viaje a los contenedores. Incluso puede que la hubiese saludado al verla asomada a la ventana. Sólo eso.

Problema pues, solucionado. Había llegado su turno. Este trocito de noche que quedaba le pertenecía. Sólo para ella. Un buen vaso de leche con cereales y un rato de tele le sabrían a gloria. Se sentó un instante en el sofá. El primer momento de sofá del día. Se recostó hacia atrás y palpó bajo de los cojines, buscando el mando de la televisión. Lo localizó encima de unos papeles. Tiró de ellos para ver qué eran y sonrió. Unos dibujos de Paula bastante arrugados. Valeria, Rafa, los vecinos, mamá, un papá, Gigante, Carmen, incluso Ismael se había dejado caer por allí. Mañana mismo los pegaría en la pared de la habitación junto a las otras obras de arte de su niña. Los colocó sobre la superficie del sofá y los planchó suavemente con la mano, como si del pelo de su hija se tratase.

Y ya no hubo nada más. Lo siguiente fue que se despertó medio sentada a las dos de la madrugada, con el canal infantil de fondo y los riñones congelados. Tambaleándose como un borracho caminó hasta la cama donde dormía su hija y se metió con ella. La niña se acurrucó junto a su madre cuando sintió su presencia. Y así terminó aquel día. Uno más. Sin nada más... Como siempre.

Entre tanto en la calle, al abrigo de la oscuridad de la noche, los contenedores de basura aguardaban impertérritos la visita del camión que vaciaría sus atestadas tripas. Para matar el tiempo se empleaban como mudos testigos del festín felino. La familia gatuna había aumentado desde que Elena mirase a través de su ventana.

Pero un ruido los espantó y haciendo honor a su reputación, los mininos

desaparecieron en cuestión de medio segundo.

Alguien salió de detrás de los contenedores. Alguien con una pequeña estrella negra pintada sobre un jersey azul. Se sentó encima de unos cartones y cruzó los brazos delante del pecho. Echó una última ojeada hacia el segundo piso... y cerró los ojos.

2. MORTADELA CON OLIVAS

A las nueve y veintisiete de la mañana del día siguiente, para no romper con la tradición, madre e hija corrían calle arriba arrastrando mochila, bolso, chaquetas finas de entretiempo, por si acaso, y saquito del bocadillo de mortadela con olivas. Tres minutos las separaban de la hora en que sonaría la alarma que cerraría las puertas del colegio.

Hoy había sido su vecina Sofía, hermana de Emilia, quien había retrasado su salida. La mujer no quería que Elena se marchase sin llevarse un trozo de tarta de fondant. Por si quería dársela a probar a la señora que cuidaba y por supuesto, para que Paula desayunase un buen trozo. Sofía se había apuntado a unos cursos de cocina que el ayuntamiento ofrecía a jubilados y cada dos o tres días aparecía con una de sus exquisitas tortillas de patatas, o con alguna tarta “piloto”. Su hermana Emilia, nunca conseguía recordar dónde demonios había guardado la puñetera chuche. “¿Y que siempre me tenga que pasar lo mismo? Anda Paula, ayúdame a buscar un chicle (o una gominola, o una piruleta...) que he comprado esta mañana y ahora no lo encuentro por ningún sitio.” La cuestión era llegar tarde al cole. Si era por una chuche o por un pastel de fondant, eso era lo de menos.

Sofía y Emilia eran las encantadoras señoras que vivían en el mismo rellano que Elena. Setenta y siete y setenta y nueve años respectivamente. Sofía: de cabello plateado siempre sin arreglar. Eternamente enlutada sobre una talla cincuenta y seis. Una mujer absolutamente adorable. De película de Hollywood. A toda hora se ofrecía para cualquier tarea, sin importar el esfuerzo que para ello se requiriese. Tanto era así, que había que dejarla hacer algo de tanto en tanto para que la mujer no se sintiese mal. Elena le encargaba alguna pequeña compra de vez en cuando. El pan, olivas, pañuelos de papel. Siempre artículos baratos por si se negaba a cobrarlos. Enviudó con cuarenta y tres años y tres hijos. Dos vivían en Alicante y el tercero emigró hacía más de veinte años a las Américas. Los dos primeros venían a verla una vez al año durante el verano y se la llevaban en navidades. A ella y a su hermana. El emigrante jamás vino a verla. Sofía nunca volvió a casarse.

Emilia era otro cantar. Otra pasta. Siempre arreglada y maquillada, sin excederse ni parecer vulgar. Delgada y presumida, nunca le faltaba el color en su armario. Pequeñita pero elegante. La más simpática de la finca.

Una mujer muy adelantada a su tiempo y más fresca que el Polo Norte en toda su extensión. Pocas veces esperaba en una cola. Tal era la gracia que tenía la dama para colarse que nadie le rechistaba. Al parecer la pretendieron más

hombres que a la Sofía Loren. Se casó casi a los cuarenta años con un marinero que desapareció en alta mar a los tres meses de la boda. No volvió a saber de él. A partir de entonces se dedicó a vivir la vida y decidió no tener hijos.

Era la mayor de las dos hermanas, la más sorda, la más simpática y la más cotilla. Misterios de mamá naturaleza, porque la mujer era bastante opaca de oído, pero de todo se enteraba. Radio macuto siempre en sintonía. Nadie hubiese dicho jamás que semejantes discordancias tuviesen la misma sangre. Se llevaban asombrosamente genial...casi siempre.

En el piso de abajo vivía Pilar. Una anciana de ochenta y cinco años aquejada de artrosis a la que cuidaba una viuda, que podía pasar perfectamente por su hija. Amparo. Una especie de sobrina que en realidad no lo era y que se ocupaba de ella desde que faltase su marido Luis, en paz descansa, muerto en accidente de tren la víspera de su sesenta y ocho cumpleaños. El pobre hombre tropezó al apearse y la mala fortuna lo empujó de cabeza al andén. Murió mientras esperaban a que llegase la ambulancia. Una desgracia. (Información ofrecida por radio macuto). Dos mujeres bastante introvertidas que compartían un curioso parecido físico. Ambas padecían de calvicie. No eran calvas del todo, pero apenas lucían pelusilla. En la delantera también se asemejaban. Desde luego, ninguna se veía el ombligo si no era frente a un espejo. Muy buena gente. Ni se quejaban de nadie ni molestaban a nadie. Pasaban bastante desapercibidas. Un sueño de vecinas.

La señora Pilar y su cuidadora no compartían su rellano con nadie, como tampoco lo hacían Salvadora y Paco. Casados, jubilados y residentes en el tercer rellano. Salvadora y su marido habían concursado de jóvenes en el *Un, Dos, Tres*. Volvieron a casa con una sonriente calabaza de plástico que se llamaba Ruperta. Muy maja. Ruperta se exponía desde hacía casi treinta años sobre una mesa camilla en el recibidor, junto con una foto firmada y dedicada de la mismísima Mayra Gómez Kemp.

Salvadora tenía setenta y dos primaveras. Paco setenta y seis. Concretamente setenta y cuatro veranos y dos inviernos. Los inviernos los cumplió enfermo de Alzheimer.

La consciencia del pobre hombre aparecía y desaparecía como un pez en el Guadiana. Su fiel esposa le velaba, mimaba y protegía las veinticuatro horas del día. La pobre Salvadora daba, si cabía, más pena que su marido. Una mujer de pelo oscuro recogido siempre en un moño. Las arrugas poblaban su rostro y sus ojos, flanqueados por sendas aureolas moradas, (a buen seguro fruto del mal descanso) reflejaban la más pura imagen de la tristeza. Y como a perro flaco todo son pulgas, su única hija se les había ido a casar con un simpático gaditano que se la llevó a la mismísima Tacita de Plata. Su niña en la otra punta del país y

el marido en la luna. Salvadora: La viva imagen de la soledad.

Para Paula resultó difícil comprender la enfermedad de Paco. El hombre podía querer comérsela a besos o simplemente ni la veía. La niña había aprendido a actuar en función del comportamiento que éste ofreciese primero.

Y éste era, a grandes rasgos, el pintoresco vecindario de Elena y Paula. Ocho vecinos repartidos en tres plantas y entre todos, casi no hacían uno.

El edificio que albergaba semejante flor y nata venía a juego con sus inquilinos. Antiquísimo como las hermanas del segundo, desconchado como las cabezas de las moradoras del primero y oscuro como el triste corazón de Salvadora, pero entrañable como todos ellos juntos. Y todos ellos adoraban a la pequeña Paula. La niña a la que habían visto nacer y que, con una simple sonrisa, era capaz de transformar en un auténtico palacio su lúgubre edificio.

Elena aterrizó en el bloque de los superabuelos dos semanas antes de parir. Fue lo más barato que encontró. Un auténtico cuchitril de treinta metros cuadrados con una única habitación, comedor-cocina y un lavabo diminuto en el que uno podía mear y lavarse los dientes mientras abría el grifo de la ducha. El “pisazo” disponía de dos pequeñas ventanas que ofrecían unas extraordinarias vistas a una estrecha calle peatonal y a sus contenedores de basura. El resto de la estupenda vivienda era interior, vetusta y húmeda. Era el piso más pequeño de la finca.

El hombre de la inmobiliaria le explicó que los anteriores dueños lo dividieron para darle más espacio a una propiedad que tenían en la finca de atrás. Cómo lo hicieron y qué arquitecto aprobó semejante reforma, quedó enterrado en ese vacío legal-atemporal que abriga siempre a los mismos. Irónico favor a Elena pues de otro modo, pagar el alquiler habría quedado fuera de sus posibilidades.

Ahora recordaba el primer día que entró a vivir allí como el recuerdo de una falsa sensación de miedo y claustrofobia, junto con todo aquello que creyó que sentiría y que nunca llegó a sentir. El anciano edificio, junto con sus ancianos inquilinos, no era otra cosa que un puñado de niños abandonados aguardando un premio. El que fuese. Con cualquier cosa se hubiesen conformado. Algún juguete de segunda o tercera mano. Daba igual. Y el premio llegó en forma de bebé. El mejor de todos los regalos con los que se hubiesen atrevido a soñar, y el que, al igual que una buena primitiva, siempre tienes claro que de sueño no va a pasar. Pues a ellos les tocó. Sí señor. El más gordo de todos los premios se llamaba Paula.

Y era a través de Paula como Elena había conseguido establecer su pequeño planeta. Tan pequeño, tan pequeño que sólo se podía caminar cuatro pasos hacia delante y cuatro hacia detrás.

Su hija, por quien se levantaba cada mañana y respiraba cada día. Su trabajo, el que le permitía poder comprarle a su hija mortadela con olivas. Su vecindario, aquel que le ofrecía cobijo cada noche y Carmen “para todo”. Su amiga, madre, hermana, *supernanny*, guardaespaldas, médico de urgencias, celestina frustrada, tarjeta de crédito sin comisiones, psicoanalista y un excelente hombro donde llorar. Aquella persona a la que nunca, por muchos años que vivas, acabas de pagar todo lo que hace por ti. La misma que nunca quiere que le pagues. Esa que hace las cosas simplemente porque sí, aunque suene demasiado raro. Sólo porque te quiere. Sencillamente Carmen. Su mejor y única amiga. Un regalo de su hija. El primero de nada más nacer.

Y es que Paula decidió asomar la cabeza el mismo día que Valeria, la hija de Carmen y su mejor amiga dependiendo por supuesto, de cuán enfadadas estuviesen entre ellas. En cuyo caso su mejor amiga podía oscilar entre Vega y “remolino” Sara. La criatura más cansina del globo. De alguna manera que sólo su pobre madre sabría, la niña había desarrollado la habilidad de no respirar. De otro modo era imposible decir tantas tonterías por minuto. Por fortuna Valeria era su mejor amiga la mayor parte del tiempo.

Fue Carmen quien se acercó, un veintiocho de junio de dos mil cinco, a la cama de Elena, que yacía sola a medio metro de la suya. Elena entró en la habitación del hospital un par de horas después de ella, muy débil, fruto de un largo y complicado parto que la había dejado escurrida perdida. Su lamentable estado anímico no daba más pena que verla allí completamente sola.

Pero eso es otra historia. Hoy era remolino Sara y su madre Cristina, quienes corrían en la misma dirección que Elena y su polluelo, pero éstas venían de la calle de enfrente, como si la finalidad de la carrera fuese chocar entre ellas o tonto el último que entre al cole. La pequeña Sara venía gritándole a su madre a saber qué, mientras ésta la llevaba prácticamente en volandas haciendo caso omiso a los insustanciales desvaríos de su retoño. Ganaron por dos o tres segundos. El conserje sonreía amablemente apoyado en la puerta.

- ¡Álvaro! No te había visto. - Cristina saludó al hombre mientras trataba de recuperar el aliento que había perdido por el camino, y éste le devolvió el saludo.

- ¡Hola, Álvaro! ¡Hola, Paula! - la pequeña Sara saludó a su amiga y procedió con su parloteo habitual- ¿Sabes que mi madre de pocas se pega un porrazo? Ha hecho así- escenificó una gran zancada como si le hubiesen empujado por detrás, imitando a su madre- Y casi se cae. Y un hombre quería cogerla para que no se cayese y mi madre le ha dicho “Uy, gracias, no hace falta” y el hombre ha dicho “no sé qué de nada”. Y...pero el hombre luego se ha ido y ya está. Y mi madre luego...o antes...no me acuerdo, me ha dicho que si no estaba esta tarde mi habitación recogida... porque hoy dice que no la piensa

recoger porque siempre hago lo mismo...que me quedo sin parque. Y yo le he dicho: ¡Mami, prefiero morir! Si no me dejas ir al parque con Paula me susdicio... dio...

- Suspicio, - le corrigió su amiga - eso es cuando lloras mucho y te cansas de tanto que lloras.

- Ah...- el pichón parlanchín procesó la información y retomó su perorata. - Pues, ¿sabes qué...? - hasta que su madre le hizo el stop.

- Verás como al final nos cierran la puerta en las narices. ¡Venga para adentro! Toma. - le dio la mochila, la agarró por los hombros y le pegó la vuelta, encarándola hacia la puerta del colegio.

Paula, la pequeña de grandes ojos del color de las avellanas y pelo castaño recogido en dos simpáticas coletas, estiró los brazos hacia su madre instintivamente, esperando a que mamá le colocase la suya. El mismo proceso de todas las mañanas. Primero el brazo izquierdo, media vuelta, el derecho por detrás, vuelta entera, saquito en la muñeca, beso y a mirar como una enorme mochila camina sola en dirección a la escuela.

Pero esa mañana el ritual de montaje escolar se vio truncado a mitad de camino, pues cuando la pequeña estiró la mano a la espera de su saquito de princesas, en su lugar se topó con los ojos de su madre tan abiertos, que dentro podía leerse perfectamente “cariño, tu saquito de princesas se me ha caído al suelo en algún punto del recorrido, junto con tu bocadillo de mortadela con olivas”.

- ¡¡¡Mamá!!!- gritó aterrada. –¡Mi saquito! - y empezó a hacer pucheros.

- No te preocupes, cariño. Voy a buscarlo. No puede estar muy lejos. – pero Paula ya lloraba amargamente la pérdida de su saco.

Esto había que solucionarlo en lo que fuese un periquete sí o sí. El conserje miraba su reloj como el fiel guardián de las puertas del templo. La niña seguía llorando. A saber si encontraría el saquito. A saber por dónde se les habría caído, o a saber si lo habría meado algún perro.

– Vamos a hablar con la seño Raquel- solventó pasar la pelota a la maestra, mientras ella buscaba el saco. Si no lo encontraba, siempre podía contar con la solidaridad de la profesora. Su hija no se quedaría sin almuerzo. De eso estaba segura.

Pero la pérdida del objeto en cuestión supondría un problema. Por la niña, que llevaba un mes presumiendo de un saquito de princesas con su nombre bordado a mano y por la dadora del mismo, que sabiendo cual era el saco que quería la niña, había iniciado tremendo periplo por todo el barrio a la búsqueda y captura de ese modelo y esa marca en concreto, rechazando cualquier intento por parte de las dependientas de convencer a la buena mujer de que no era necesario

pagar la marca. Que la diferencia de precio era abismal con respecto a la calidad del producto y que los niños no notaban la diferencia. Nada ni nadie consiguió doblegar a Sofía, que, en un arranque final de valentía, se montó en un taxi y se presentó ella solita en el Corte Inglés. Adquirió su trofeo a precio de oro y se pasó toda la noche bordando el nombre de la pequeña justo encima del estampado de princesas, donde quedase bien claro que Paula era más noble que cualquiera de las allí presentes.

Debía encontrar el puñetero saco o la pena la consumiría cada noche durante un par de semanas. No podía permitirse no dormir. No podía permitirse tener que ver en los ojos de Sofía la desazón y el desconsuelo camuflados bajo la sonrisa que pondría mientras le diría “pero mujer, no pasa nada”. Le daban escalofríos de pensarlo.

- Cariño, me voy a ir corriendo a buscar tu saquito. Seguro que lo encuentro...ya lo verás. Tu vete con Álvaro que él se lo explica todo a la seño. ¿A que sí, Álvaro? - el hombre asintió afectuosamente.

- Eso está hecho. Acompáñeme, señorita - tendió la mano a la pequeña, que sorbió los mocos y se agarró sin rechistar.

Elena le dio un beso a su pequeña, se despidió de Cristina con un “me voy pitando” y salió disparada a volver sobre sus pasos.

Media hora más tarde la frustración y el desánimo empezaban a hacer mella justo encima de su voluntad. Porque ya no se trataba de poner más o menos empeño y dedicación en lograr su objetivo. Ni de emplear más del tiempo que le quedaba antes de llegar tarde a trabajar. El saquito no apareció por ningún sitio. Caminó sobre sus pasos, llegó hasta su casa, se agachó a mirar debajo de los coches, preguntó a algunas personas al azar, volvió a hacer el recorrido de vuelta al cole y nada. Se había perdido y nada de lo que ella hiciese o dijese con respecto a este tema lograría evitar el desconsuelo que tanto su vecina como su hija sentirían.

“¡Mierda de saco, joder... ¡” Ahora llegaría tarde al trabajo. A ver de qué pie se habría levantado esa mañana Doña Leonor. Lo correcto o lo aconsejable, hubiese sido coger el coche, pues el mismo camino que casi media hora le costaba hacerlo a pie, en cinco minutos lo recorría a lomos de su vieja tartana. Pero el Fiesta estaba más seco que el ojo de un tuerto, y seco permanecería durante tres días más. Exactamente el tiempo que le quedaba hasta recibir su salario.

Decidió tratar de no pensar más en ello, al menos durante la jornada laboral. Bastante tendría con aguantar a Doña cacatúa si el pie había sido el izquierdo. Con lo de derechas que ella era....

El tiempo había sido generoso aquella mañana. Desde la punta de su nariz y hasta más allá del horizonte el cielo se extendía como un manto cálido y limpio de nubes. Alguien había madrugado para barrerlas. O tal vez era su día de fiesta. Santa nube bendita. Su patrona y sin duda, una buena amiga del sol, pues éste asomaba majestuosamente la cabeza por el este. Un gran día por delante para lucir todo su esplendor. Nada eclipsaría hoy al astro solar.

Una bonita y cálida mañana para darse un paseo. Un paseo acelerado por las calles de Barcelona.

Elena observaba a los transeúntes que deambulaban a su alrededor, pensando que seguramente, también ellos llegaban tarde a algún sitio. O es que todos habían perdido el saco del almuerzo. “No lo encontrareis...” pensó, y continuó caminando a toda prisa por la larga avenida.

Mientras caminaba miraba de reojo los escaparates de las tiendas que quedaban a su derecha. No disponía de tiempo para detenerse a mirar su contenido. Ni siquiera diez minutos para invertirlos en una zapatería. Paula necesitaba unas zapatillas con bastante urgencia, porque nadie había inventado aún el calzado que crece con los niños.

Ahora pasaba justo por delante de una y no pudo evitar detenerse un minuto. Sólo una rápida ojeada para mirar los precios. Echó un vistazo por encima, haciendo un barrido de izquierda a derecha. Demasiado caras, demasiado rosas, carísimas, desproporcionadamente caras y súper caras. Definitivamente no sería aquí donde las compraría. Levantó la vista y observó el escaparate con detenimiento. Lanzó un suspiro. Tanto glamur no cabía en su bolsillo.

Se dispuso entonces a continuar con su apresurado viaje cuando observó algo en el reflejo del cristal del glamuroso escaparate. Alguien parecía observarla desde el otro lado de la calle. Entre tanto ir y venir de gente, por encima del mundanal ruido de los coches y ese incómodo y perpetuo estruendo de sus bocinas, un hombre apoyado contra la pared de un escaparate, al otro lado de la calle y mirando hacia donde ella se encontraba, desentonaba igual que un titiritero en un velatorio.

Elena se dio la vuelta, al tiempo que un enorme autobús se cruzaba entre ella y el desconocido. Cuando el mastodóntico vehículo se quitó de en medio, allí no había nadie. Igualito que en las películas. Todo estaba exactamente igual que antes, pero sin el extra apoyado en la pared del escaparate. Buscó al extraño con la mirada por los alrededores y, apenas unos segundos más tarde, lo encontró. No fue difícil. De nuevo el titiritero destacaba por su inusual comportamiento. Caminaba perezosamente, alejándose de ella con las manos en los bolsillos. Un hombre de unos veinte y largos, enfundado en unos tejanos y un

suéter azul que de repente, se detuvo y se volvió a mirarla. Fue un segundo. Pues cuando el extraño se percató de que ella le observaba, disimuló y continuó caminando. La distancia le impidió reconocer su cara. Pero ese segundo en el que la miró, ese que, confiado, había empleado en ella justo antes de advertir que estaba siendo observado, fue suficiente para que Elena frunciese ligeramente el ceño. Aquel difuso y fugaz rostro quiso resultarle familiar. Vagamente. De una manera tan sutil que podría perfectamente no serlo. O sí. No podía asegurarlo. No desde esa distancia.

Resolvió, entonces, hacer lo que haría cualquiera en su lugar: emprender de nuevo el camino hacia el trabajo, que ya llegaba tarde y no estaba la cosa como para jugar a las películas de suspense. Ya tenía una de miedo esperándole al final de la avenida. Una en la que nunca ganaban los buenos. Porque ella era la buena...claro. Se dio la vuelta y volvió a encararse de nuevo con el glamuroso escaparate. Demasiado caras. Y siguió su rumbo.

De camino anduvo, eso sí, tratando de matar una mosca que se le instaló detrás de la oreja. Una que le hacía muchas preguntas y que, dicho sea de paso, ocupó para su alivio, el lugar del saquito de Paula.

¿Quién sería ese hombre? ¿Sería el mismo al que se había referido su hija la noche anterior? Ella le habló de un jersey azul. Y este llevaba un jersey azul. O podría ser una camiseta azul de manga larga. Aunque a los ojos de un niño esa apreciación era sencillamente, aburrida burocracia. Jersey, camiseta o bolsa de basura, lo importante de la cuestión era el color y aquella estrella negra grabada en el pecho. Que fuese azul oscuro o claro, eso sí podría ser de utilidad. Pero su hija no sabría matizar y ni por asomo le sacaría ella el tema. Además, lo más probable era que todo esto tuviese una explicación bastante más verosímil que la de que un desconocido la estuviese siguiendo por las calles de Barcelona.

Y sumergida en su abstracción, no se dio cuenta de que el trayecto de aquella mañana había concluido. Por fin había llegado al trabajo. Envuelta en una vorágine de pensamientos cruzó sin apenas advertirlo, kilómetro y medio de avenida, y ascendió por la empinada calle que desembocaba en una arboleda, al final de la cual se levantaba la urbanización a la que pertenecía la casa de Doña Leonor. Parecía que hubiese transcurrido un mes desde que se levantase aquella mañana. Se detuvo delante de la verja exterior de la casa y se sacudió los pensamientos. Comenzaba su jornada laboral y lo mejor sería enfrentarse a ella con la mente fresca y despejada. Difícil pero aconsejable.

Respiró profundamente antes de meter la llave en la cerradura. Diez minutos de retraso. Pero cuando se disponía a empujar la verja, un gran perro se le acercó por detrás. Un enorme labrador color canela que trataba de saltar torpemente sobre unas patas del tamaño de macetas. El animal estornudaba de

alegría y movía desgarbadamente la cola a la velocidad que su tamaño le permitía.

- ¡Hola, Gigante! - le acarició detrás de las orejas con las dos manos - ¿ya te han sacado a pasear? Tú eres un fresco. Sí, señor... ¡Un fresco!

- ¡Hola, bonita! - un hombre delgado de unos sesenta y ocho años caminaba hacia ella, unos metros por detrás del animal.

Elena levantó la vista sin dejar de acariciar a Gigante, que gozaba de uno de esos momentos de rotundo bienestar, dejándose mimar por uno de los seres que más amaba.

- Buenos días, Ismael. ¿Cómo va la mañana? ¿Ha salido hoy el sol por el Este?

- Pues no lo sé, nena. Aún no he tenido tiempo de entrar a almorzar. Parece mentira, metidos como estamos en otoño y los hierbajos que hay. Se acabará el día antes de que yo acabe con ellos.

Afortunadamente, y para no perder la costumbre de relacionarse constantemente con personas de la tercera edad, Ismael era su compañero de trabajo. No el único, pero sí el único con quien coincidía. Eva era quien cerraba la plantilla. Pero entraba a las ocho de la tarde. Una hora después de que ella acabase su jornada y se marchaba a las nueve de la mañana, después de haberle dado el desayuno a Doña Leonor y una hora antes de que Elena se incorporase.

Ismael se encargaba de los exteriores de la casa. Mantenía limpios y arreglados los jardines, podaba los setos, limpiaba y pintaba los enrejados y balastradas y se ocupaba del animal. Que era más suyo que de su propia dueña, por ser él quien se responsabilizaba en cuanto a su aseo y necesidades básicas, porque era junto a él con quien Gigante pasaba todo el día, y porque al propio animal no le cabía en ningún rincón de su ser un lugar para la duda. A su legítima dueña apenas la conocía, ya que ésta difícilmente se aventuraba a salir al exterior y él dejó de pisar suelo doméstico el día en que se hizo pis encima del sofá. Exactamente el tercero desde que entrase por la puerta, hacía casi cinco años y el mismo en que salieron por ella el animal y Susana, la antigua asistente. Gigante tuvo más suerte que su compañera, pues a éste se le concedió el derecho a vivir dentro de la finca. La muchacha sin embargo, no volvió a pisar “territorio Leonoriense”. Decía Ismael que no fue ese el motivo por el cual se marchara Susana de aquella manera tan precipitada. Que hacía tiempo que no daba pie con bola. Decía que hacía cosas raras.... que fumaba porros. Decía que él mismo la veía esconderse detrás de la balsa, junto a los setos altos, para drogarse. Decía que la joven se equivocaba de sitio y de hora. Que los porros tenía uno que fumárselos cuando ya no tuviese nada que hacer, porque le dejaban a uno sin la mitad de los sentidos. Y es que Ismael hizo la mili en Ceuta. Sabía el hombre lo

que decía.

Fue entonces cuando Leonor se quedó sin asistenta diurna. Y fue entonces que Ismael habló con Indira, su hija, y ésta a su vez con una amiga que tenía dos panaderías, una de las cuales se emplazaba en el barrio donde vivía Montse, la prima de Carmen. Y el día del cumpleaños de la tía Julia lo contó a la familia, mientras comían ajoarriero y caldereta. La comida de los cumpleaños.

- ¿Conocéis la finca que está junto a la pineda, en la cuesta de la Palma?

- Debe haber como quince fincas en esa zona - objetó su hermano Jorge.

- Pues, si digo la que está al lado, será para aclarar que me refiero a la que hay más cerca de la pineda.

- Es que cerca están todas.

- Sí, pero esa es la que más cerca está.

- Bueno, depende, hay otra que también queda muy cerca de los pinos.

- ¿Tú eres tonto?

- Tu pregunta es tonta, nena. - aclaró la tía Julia.

- Cuánta razón tienes, mamá... Bueno, pues dice la panadera de mi barrio que necesitan una asistenta para esa finca. Lo digo por si conocéis a alguien que busque trabajo.

- No sabía que tenías un barrio. - volvió a objetar su hermano. Montse miró a su familia estupefacta. - este tío es tonto.

- ¿Yo? Yo no he dicho que tengo un barrio. Tú sí. Acabas de decirlo. “La panadera de mi barrio” - repitió las palabras de su hermana enfatizando en “mi barrio” - lo hemos oído todos.

- Yo conozco a alguien que quizás pueda estar interesada. -Carmen se coló en la conversación besuguera. – La chica que parió el mismo día que yo busca trabajo.

- ¡Pobre muchacha! - el tío Germán se sumó a la tertulia, mientras untaba ajoarriero sobre una rebanada de pan. - ¿Cómo se llamaba?

- Elena... Elena Luna.

- ¿Y cómo es posible que nadie fuese a verla? ¿Habré visto cosa igual en toda mi vida? ¿No tenía familia, nena?

- No lo sé, tío.

- ¿Cómo que no lo sabes? ¿No es amiga tuya?

- ¡Germán! - su mujer protestó. – Esas cosas son personales de cada uno. No metas la nariz. Haz el favor.

- No meto la nariz, Julia. La muchacha daba lástima. ¿Me vas a decir que no?

- Es que nosotros somos muchos.

- ¿Y eso que tiene que ver? Ni muchos, ni pocos, ni uno, ni dos. A la

criatura no vino a verla ni la virgen María mientras estuvo en el hospital.

- Quizá fueron después.

- ¿Pero qué tonterías estás diciendo? Le dieron el alta a la vez que a tu sobrina. - el tío Germán miró a Carmen. - ¿O no, nena?

- Si, tía. Es verdad. Entramos y salimos las dos juntas.

- De todas formas, los tíos no estuvieron todo el tiempo en el hospital. - fue Laura, la madre de Carmen, quien se incorporaba a la cháchara. - Germán, ponme un culo de vino. - El tío Germán se metió en la boca lo que quedaba de su rebanada de pan con ajoarriero, y vertió vino en la copa de su cuñada. Ésta continuó. -Pero yo sí que estuve y no vi a nadie. Y eso no es muy normal.

Carmen sintió la incomodidad tocando a su puerta, justo debajo de su sien izquierda. Allí es donde puso la punta de sus dedos índice y anular en un inútil intento por mantener la puerta cerrada. Ahora padres, tíos y primos la miraban expectantes, como se mira al señor ese que dice en qué país van a celebrarse las olimpiadas. Sería una verdadera hazaña encontrar un comentario con el que todo el mundo quedase satisfecho y poder cambiar de tema. Sería genial hablar de los exquisitos tomates que ese año había plantado el tío Germán. Los mismos que había hoy en la ensalada. Carmen disimuló su incomodidad, rascándose desde la sien hasta la oreja.

La curiosidad que planteaban sus familiares era absolutamente lícita. Tanto que para ella misma se había convertido en su pequeña obsesión. Una obsesión que iría creciendo con el tiempo. Nadie fue a visitarla al hospital en los días que permaneció ingresada. Hacía unos meses que se conocían y, pese a que habían entablado una buena amistad, Elena siempre se las arreglaba para esquivar cualquier pregunta relacionada con su pasado. Incluyendo las cuestiones familiares. Carmen miró a los comensales, pinchó un tomate y se lo llevó a la boca. Habló antes de comérselo.

- Pues no.- mordió un trozo y empezó a masticarlo. Puso cara de estar comiendo una auténtica exquisitez gastronómica y miró a los comensales, que continuaban a la espera. Su madre, con la copa de vino a la altura de los labios, el tío Germán con las cejas levantadas, mientras masticaba todavía el pan. Su primo Jorge, con aquella majadera sonrisa de medio lado, saboreando el momento de fastidio por el que atravesaba Carmen. La siempre educadísima tía Julia, padeciendo la evidente incomodidad del momento. Tenía que decir algo. - No es muy normal. Pero este año los tomates están de miedo, tío ¿Qué les echas para que salgan tan buenos? ¿Plutonio?

Los comensales se rindieron. Fue eso, o que entendieron el mensaje. “No lo sé o no quiero decirlo”. Rezaba a pie de página. El caso es que la velada familiar continuó y Elena se incorporó al mercado laboral al cabo de tres días.

- Los hierbajos no van a moverse del sitio, Ismael. Y usted necesita comer. Así es que le quiero dentro en media hora, almorzando como los marqueses.

El amable hombre sonrió al tiempo que empujaba la majestuosa verja.

- ¿Va a venir esta tarde la chica? -quiso saber.

- Hoy no, Ismael. ¿No se acuerda que los martes tiene inglés?

- Elena empujó la reja exterior. Hoy entraba al trabajo quince minutos tarde.

- ¿Y para qué querrá la chiquilla estudiar inglés? A hablar con educación es lo que tienen que enseñarles a los críos. Eso sí que les hace buena falta para que de mayores no sean unos ignorantes como yo.

La joven sonrió mientras caminaba hacia la casa. Cuánto odiaba ese hombre las actividades extraescolares de Paula.

- Usted no es ningún ignorante, Ismael. Mañana mismo la tiene aquí fichando. No padezca, hombre...voy a ver cómo se ha levantado la bella durmiente.

Elena entró en la finca seguida por dos de los seres más nobles que poblaban su vida. Ismael, con la correa del perro en la mano y el animal, que no traspasaba la puerta hasta que no lo hiciese el hombre primero.

Cruzó el patio delantero de la casa y subió las escaleras que daban al porche. Lo atravesó, se plantó delante de la puerta y respiró hondo. Agarró el picaporte y lo hizo girar hasta que la gran puerta se abrió. Se asomó lenta y sigilosamente. Si tenía suerte la vieja estaría en el baño evacuando o en el salón viendo la tele. Entraría como un petardo hasta la cocina y haría ver que llevaba allí desde hacía un cuarto de hora. Si la jugada le salía bien, aquí no habría pasado nada.

La jugada salió mal, por supuesto. Y allí estaba. Plantada en medio del enorme recibidor. Aguardando cual ave carroñera acecha a su presa en el momento previo a la caza. Sin prisa, pero con la seguridad que le otorga su posición. La del depredador. Justo por encima en la escala alimentaria.

- Sois unos desagradecidos. – esos fueron los buenos días que le regaló aquella mañana.

Doña Leonor: galardonada con el premio al más repugnante ser humano del siglo. Una mujer autoritaria, carente de empatía. Absolutamente fascista que adoraba a los pobres: Sin ellos los ricos no podrían sentirse como tales. Sesenta y ocho años de mala leche y petulancia. Ochenta y cinco kilos de grasa de la mejor calidad, envolviendo un cuerpo tan orondo como pito, engalanado siempre con los mejores vestidos de la época dorada. La del tío Paco. El hombre de sus sueños. El mismo que perpetuamente vigilaba su salón desde la retaguardia del sofá. El generalísimo don Francisco Franco.

Bajita y redonda, siempre bien peinada, para un par de escasas ocasiones al

mes en las que venían sus amigas a tomar té, o el paseo que se daba todos los miércoles a la administración de loterías a echar su primitiva, Doña Leonor lucía unos ojos grandes y redondos que miraban siempre con una extraña expresión de susto. Como si todo le diese asco. Tal vez se hizo un trasplante de ojos en su juventud y alguien le puso los de un sapo. Menuda bromita.

Acompañando a esos feísimos ojos de batracio, doña Leonor lucía lo que parecía ser otra bromita de mal gusto. Una media sonrisa puesta al revés. Apretando siempre los labios, con las comisuras hacia abajo, la señora de la casa se aseguraba de que nadie la malinterpretase. Todo le daba asco. Todo le parecía mal. Que quedase bien clarito.

Era doña Leonor la verdadera y definitiva prueba de la mala suerte que algún hijo de mil rameras ensartó a la espalda de Elena en un descuido de la pobre criatura. No había otra explicación.

Sus hijos, que rara vez se dejaban caer por allí, ofrecían siempre la más exquisita educación para con la joven. Sus amigas, vecinas adineradas del barrio, todas ellas dulces y amables ancianas, siempre le preguntaban por su hija e incluso alguna vez, la habían sorprendido con algún regalito para la niña. Era ella y sólo ella la más borde y estirada de su cada vez más esquelético círculo de amistades, con quien le había tocado ir a parar.

Doña Leonor no era repugnante por ser rica. Doña Leonor era repugnante porque sí. Porque cada uno es como es. Y no hay más. Los motivos por los cuales uno es de una determinada manera casi siempre son lo de menos. A no ser que uno sea consciente de que es repugnante y decida que quiere dejar de serlo. De lo contrario, uno es como es para siempre.

Que Leonor no era feliz siendo repugnante era algo que saltaba a la vista. Pero eso era lo que ella quería ser. Ni siquiera las cada vez más escasas visitas de sus hijos le servían para darse cuenta de ello. Y del mismo modo que algunos ricachones necesitan de los pobres para sentirse ricos, de ese mismo modo, la gente como Elena no podía sino juzgarse mejor ser humano al hallarse cerca de personas aborrecibles como Leonor. Insignificante consuelo.

Pero esto era lo que había.

- Buenos días, doña Leonor. - se apresuró a excusarse. - Esta mañana he sufrido un percance. Mi hija ha...

- No he terminado- la mujer habló tajantemente y sin alzar la voz. Sobrada y petulante – No eres capaz ni siquiera de agradecer el trabajo que tienes. La gente como tú no tiene la capacidad de ver lo que hacemos por vosotros. Lo que tú quieres es que te eche a la calle. ¿Es eso lo que quieres?

- ¡Claro que no, doña Leonor! Es que a mi hija se le ha perdido el bocadillo esta mañana y he tenido que buscarlo. Pero no se preocupe que recuperaré los

quince minutos.

- Recuperarás treinta, niña. A ver si así aprendes. - y con esta sentencia la mujer se dio la vuelta y se dirigió al salón. Elena se la quedó mirando con cara de asco. Al cabo de unos pasos la doña giró en redondo, encarándose de nuevo hacia ella.

La joven cambió rápidamente su cara de asco por una falsa sonrisa. - Hoy almorzaré en el salón. - la miró de arriba abajo con su aire burgués y sus ojos de batracio compungido y puso su particular guinda a la mañana con un- Estás más fea cada día, niña...qué pena...- y se marchó con la barbilla apuntando al techo, a vivir su soledad.

Pocas personas saben que no es bueno dar tu opinión si nadie te la ha pedido antes. Pocos conocen el tamaño del estacazo que puede ocasionar una opinión mal dada en un mal momento. Y cómo ese daño puede hacer que un día que ha empezado con mal pie, se convierta en un espanto de día.

- Y sólo son las diez y cuarto. - murmuró mientras se miraba en el espejo del vestíbulo. Hombros caídos, ojeras y unas horrendas cejas sin depilar la saludaron desde el otro lado. ¿De dónde había salido aquel espantajo?

No era una mujer fea, de eso estaba segura. Como segura estaba que tampoco era guapa. Cada día más flaca, cada día más cansada y más enfadada con el universo. Su larga melena castaña, siempre recogida sin gracia en una coleta baja. Aquellas primeras y prematuras ojeras, marchitando su eterna y triste mirada. Siempre los mismos feos y desgastados vaqueros, siempre las mismas camisetas de propaganda de algún carburante o marca de whisky. Ya no se maquillaba nunca, y nunca se soltaba el pelo. Ya no se preocupaba por ella. Algo que siempre le recriminaba Carmen. Con veinticinco años se había convertido oficialmente, en una mujer insípida por dentro y por fuera. Demasiado pronto. Una mierda de realidad que cada día la atravesaba y la partía en dos mitades. Una mitad le decía que tenía que vivir, que todo esto ya no dependía de ella. Que no se trataba de querer o no, de tener o no ganas de seguir. Desde hacía cinco años ya no respiraba para ella. Ya no vivía para ella ni tomaba decisiones para su bienestar o comodidad. Ahora todo giraba en torno a Paula. La otra mitad era entera de su hija. Y ésta le estampaba en la cara una verdad categórica que le aliviaba de forma tajante el escozor. Todo valía la pena si era por ella.

Lo mejor sería cambiar de actitud. Por lo pronto, dejaría de mirarse en el espejo. Ese ruin perro de amo sabía quién mandaba allí y se lo hacía saber. Si el patrón había dicho que estaba fea, eso era lo que tenía que mostrar. De modo que sacó pecho y mandó un beso al bicho ese que tenía en frente. ¡A trabajar! Le dijo...y las dos desaparecieron a la vez.

La cocina de Doña Espantajo, tan grande como su misérrimo piso, la esperaba con los brazos en jarras. Pero ésta era bastante más agradable que su dueña y ese gesto, a buen seguro, era debido a que la había echado en falta.

Y es que poco de su agrio carácter podía doña Leonor contagiar a aquella estancia, pues pocos eran los ratos que la visitaba.

Sería por eso o por tantas horas vividas en la acogedora cámara, que no podía la misma sino ofrecer siempre una grata y reconfortante sensación de bienestar a su compañera de fatigas. Sería eso o sería su imaginación.

Abrió uno de los armarios y se puso su delantal. Se lavó las manos a conciencia y plantó sobre su cabeza una redecilla, tras enrollarse la coleta en un moño. Preparó la sartén para los huevos, la plancha para tostar el pan y colocó la bandeja de plata sobre la mesa. ¡Manos a la obra!

Quince minutos más tarde recorría el pasillo camino del salón, empujando una camarera con el almuerzo de doña papagayo. Dos huevos fritos sobre unas tostadas de pan de payés, que el bueno de Ismael había traído a primera hora, queso fresco, dos lonchas de salmón ahumado y un zumo de naranja recién exprimido. Todo ello dispuesto grácilmente sobre una exquisita gilipollez de bandeja de plata de ley.

La puerta del salón estaba abierta, pero a ella no se le permitía entrar sin llamar. De modo que se detuvo en la entrada y llamó dando un par de golpecitos en el marco.

- Pasa.

La anciana descansaba en un sillón orejero frente a la ventana. La televisión estaba encendida, pero ella miraba hacia afuera, a ninguna parte. Quizás soñaba despierta con la próxima visita de sus hijos. Elena empujó la camarera hasta situarla junto a ella, no sin antes saludar al caudillo para sus adentros. “Paquito...”

- Su almuerzo, doña Leonor. - colocó la bandeja sobre la mesa camilla y la acercó hasta la mujer. – ¿Va a querer algo más?

La mujer hizo un gesto con la mano, indicando que se marchase, sin dejar de mirar a algún punto de la nada. Elena se dispuso a desaparecer cuando la voz de doña Leonor reclamó su atención.

- Últimamente huele mucho a perro. Ves a decirle a Ismael que no lo quiero cerca del porche.

Clara y concisa. Breve, directa y desagradable. Por si acaso algún día sin querer, se le escapaba algún comentario complaciente y el señor de detrás le ponía una falta.

Elena permaneció un instante observándola desde la retaguardia. No era

necesario esconderse, pues su presencia a nadie importaba. Por lo que pudo permitirse arrojar una llamarada de odio a través de su mirada mientras, desde la letanía del lienzo, el caudillo vigilaba todos sus movimientos, como si aguardase a quedarse a solas con su amiga para poder chivarse de cuanto había visto. Le dedicó una cara de asco levantando el labio de arriba y apoyando el de abajo detrás de los dientes. Cara de rata. Movi6 la cabeza de un lado al otro acompañando su cara a modo de burla. Pero debió de ser un instante más largo de lo aconsejado pues la mujer, que esperaba escuchar una respuesta a modo de asentimiento, se giró para reclamarla y casi la pescó en plena actuación.

- ¿Has oído lo que te he dicho?

- Sí, doña Leonor. - Se cuadró rápidamente, cual soldado de infantería. - Enseguida le busco y se lo digo.

El resto de la mañana transcurrió apoyada sobre una aparente quietud. De momento no le diría nada a Ismael del asunto del perro. No tenía ganas de darle al hombre un disgusto y sabía que se preocuparía más de la cuenta. Además, el animal nunca se dejaba ver por el porche. Poco tenía que hacer por allí. Todo apuntaba más bien hacia uno de esos comentarios poco ocurrentes que insípida y lamentablemente, con bastante frecuencia les ofrendaba.

A media mañana algo le golpeó de repente dentro de su cabeza. Algo con forma de saco. Concretamente uno pequeño con princesas. Y es que aún le quedaba solucionar el tema del almuerzo de su hija. Sabía que Raquel no iba a dejar que su alumna se quedase sin almorzar. Pero tenía que llamar al colegio para asegurarse. No se quedaría tranquila hasta que no hablase con ella y se cerciorase de que su niña estaba bien.

Pasaban cinco minutos de las once de la mañana cuando Elena descolgó el auricular del teléfono de la cocina. Era la hora del almuerzo. Perfecto, podría hablar con “la seño” tranquilamente. Marcó el número del colegio y esperó. Alguien descolgó al otro lado, después de que sonara tres veces.

- Colegio María Cristina, ¿dígame?

- ¿Noelia?

- Yo misma ¿Con quién hablo?

- Buenos días. Soy Elena Luna. La mamá de Paula Luna, de tercero de infantil.

- ¡Ah! Hola Elena. ¿En qué puedo ayudarte?

- Pues verás. Resulta que esta mañana hemos perdido el saquito con el almuerzo de Paula y la pobrecita se ha quedado con un buen berrinche. ¿Puedes pasarme con Raquel? Me gustaría saber en qué ha quedado la cosa y qué ha almorzado la pequeñaja.

- No es necesario que hables con Raquel. Ya te lo digo yo. Tu hija ha almorzado mortadela con olivas.

- ¡Anda! Qué casualidad. Lo mismo que le había puesto yo.

Noelia se rio al otro lado de la línea.

- Es que es eso lo que ha comido. Lo que tú le habías puesto. No entendía nada.

- No te entiendo, Noelia. Explícate, por favor.

- Pues es muy sencillo. Esta mañana, un ciudadano ejemplar ha traído el saquito de tu hija al colegio. Muy bonito, por cierto.

- ¡Genial! - no podía creerlo. Algo estaba saliendo bien. El saquito había vuelto con su legítima dueña sano y salvo. Sofía no tendría que sentirse mal, Paula no lloraría su pérdida y ella dormiría tranquila. Al menos por la parte que le tocaba con respecto a este capítulo del día. – ¿Quién lo ha traído? ¿Le conocemos? Lo digo por darle las gracias.

- Pues ha sido muy curioso. No he tenido tiempo ni siquiera de preguntarle el nombre. En realidad no he tenido tiempo ni de darle las gracias. He imaginado que llegaba tarde a algún sitio, porque ha desaparecido como un rayo. Yo no le conocía, pero parece que él a Paula sí, porque ha dejado el saquito aquí y ha especificado que era para ella. Y se ha marchado enseguida.

Debe ser algún amigo o familiar.

Elena pensó en quién podría ser su héroe. Seguro que alguien del barrio.

- ¿Cómo era? - tenía que saber a quién daría esa misma noche las gracias.

- Era un hombre de unos veintitantos años. Bastante atractivo, tengo que decir. Alto, pelo castaño y mirada triste. No sé qué más puedo decirte. Llevaba vaqueros y un jersey azul con una estrella negra en el pecho.

Hubo un largo silencio.

Al cabo de unos segundos Noelia habló en ese tono de incertidumbre que se pone cuando uno no sabe si se ha cortado la llamada.

- ¿Elena? ¿Estás ahí? - preguntó confusa.

- Sí. - dos segundos más. - Sí, Noelia. Estoy aquí.

- Creí que se había cortado.

- ¿Y dices que conocía a Paula?

- Bueno, desde luego sabía su nombre.

- Claro. Lo pone en el saquito.

- En el saquito pone el nombre, Elena. Pero no el apellido.

Un escalofrío recorrió la espalda de Elena. Volvió a permanecer en silencio unos segundos y Noelia la llamó de nuevo, esta vez con un deje de preocupación en la voz.

- ¿Elena? ¿Va todo bien?

- Sí, Noelia. No te preocupes. Es que hoy llevo un día que mejor si no me hubiese levantado de la cama. Te dejo, que tengo que trabajar. Muchas gracias por todo.

- De nada, mujer. Cuídate mucho.

- Hasta luego.

- Chao.

La joven colgó el auricular lentamente y permaneció durante lo que pareció una eternidad, absolutamente quieta en el mismo sitio. Esto empezaba a no tener gracia.

3. EL PÁJARO FUMADOR

- ¿Vigilas?

- Vigilo.

- Pero vigila bien. No como vigilaste la última vez.

- Si te refieres a tu vergonzosa escena del domingo, la de la versión “cazando moscas” del lago de los cisnes, diré en mi defensa que no me dijiste que tenía que vigilar.

- No era la versión “cazando moscas” de El lago de los cisnes. Se trataba de una magistral interpretación del último combate de *Karate Kid II*. Y di por sentado que no necesitaba avisarte.

- Nunca des las cosas por sentadas, Daniel San.

- Lección aprendida, señor Miyagi. Páseme usted el mechero, si es tan amable.

Elena deslizó el mechero por la superficie de la mesa, empujándolo con la punta de su dedo índice hasta situarlo al alcance de su amiga. Carmen encendió un cigarro y aspiró el humo para después expulsarlo lentamente, inundando de blanco el espacio entre las dos mujeres. Al cabo de unos segundos se difuminaba perezosamente hacia el cielo hasta desvanecerse, como si nunca hubiese existido. Permaneció un delgado hilo de humo que serpenteaba al escapar del extremo encendido de su cigarro.

El hogar de Carmen venía a ser algo parecido a la perfecta antítesis del de Elena. De hecho, cualquier sinónimo de hogar podría definirse como un antagonismo del piso de Elena. En contraposición, el espacio donde habitaba Carmen, lo haría con cualquiera de sus acepciones.

Un precioso y acogedor dúplex decorado con exquisito gusto. Suelos y techos se vestían con una vistosa madera, ni demasiado clara, ni demasiado oscura. El tono exacto que ha de tener la madera para que pueda decirse de ella que es cálida.

Carmen había escogido una decoración minimalista para su casa. Nada que pudiese resultar ni siquiera ligeramente henchido. Tan sólo destacaban por su tamaño los enormes sofás que presidían el centro del salón. El resto eran muebles que existían básicamente para sostener maceteros.

Salvo la librería que ascendía por el hueco de la escalera, sosteniendo los escalones que subían a la segunda planta, el resto del mobiliario se debía a las plantas de la señora de la casa. Tal vez unas cuantas más de lo normal. Desde luego nada cargante. Lo justo para dejar claro que Carmen las adoraba.

Y donde mejor podía apreciarse esta pasión era, sin lugar a dudas, en la

terraza. Aquí la vegetación borraba por completo cualquier rastro de minimalismo. Allí donde había un hueco, pronto crecía algo dentro de su correspondiente tiesto. Plantas de hojas grandes, con flores de colores, plantas que crecían agarrándose a las paredes, plantas medicinales, aromáticas, plantas que se fumaban, que se untaban en la piel, que se comían o se bebían en infusión. Uno podía sobrevivir en ese lugar. El mismo lugar donde, salvo que el tiempo disponible o la meteorología les permitiesen ir al parque, casi todas las tardes las dos amigas se reunían en ese pequeño paréntesis entre la jornada laboral y la cena. Mientras sus hijas jugaban en la habitación de Valeria, las mamás descansaban y charlaban rodeadas de plantas de exterior.

Aquella tarde, justo antes de la hora del crepúsculo, Carmen tomaba un té rojo y Elena comía mandarinas. Ahora rompía a trocitos la piel naranja de una de ellas. Cinco minutos antes había relatado a su amiga la curiosa historia del hombre del jersey azul.

- ¿Tú qué piensas? - Preguntó mientras hacía un montón con los trocitos de la piel de una mandarina.

- ¿De tu desconocido amigo?

- ¿Desconocido y amigo pueden ir juntos?

- El Dalai Lama dice que sí.

- ¿Ah sí? - Elena miró a su amiga con curiosidad.

- Pues sí. Afirma que dos personas no tienen que conocerse necesariamente para ser amigos.

- ¿Me conviertes eso en amiga del Dalai Lama?

Carmen miró a su compañera evaluándola.

- No estoy segura. - ¿Y eso, por qué?

- No sé. Te veo más católica que budista. Elena se echó a reír.

- ¿Ah sí?

- Sí. Por lo del celibato.

- ¿El celibato?

- El celibato, sí. No fornicarás... Ya sabes.

- Es que todas no lo tenemos tan fácil como tú, chica.

- Por supuesto, nena. - Carmen levantó dos veces las cejas adoptando una simpática expresión chulesca.

Elena sonrió. El comentario de su amiga, lejos de poder parecer pretencioso, resultaba ser una gran evidencia. Carmen era una mujer verdaderamente atractiva y de ello hacían gala sus encantadores atributos.

Ojos grandes del color de las aceitunas, labios sensuales, piel tersa y dorada, una preciosa melena del color de la miel y un cuerpo de esos que hacen que a los hombres se les pare el corazón y a las mujeres les suba la tensión.

Sazonado todo ello con una sonrisa generosa y casi perenne, de las que dibujan hoyuelos en sus flancos, y una sencillez propia de quienes parecen no ser conscientes de su belleza exterior. Un verdadero cielo de mujer. Eso sí eran primaveras. Veintiséis desde hacía dos meses.

- Tal vez, si te dignases a cuidarte un poco. No sé, quizás debajo de esas...- Carmen apuntó con el cigarro a la cara de su amiga describiendo pequeños círculos en el aire. -...indefinidas cejas, llenas de pequeños pelos negros esparcidos por doquier, haya una mujer sexi esperando ser liberada.

- Tal vez...- Elena resopló con desgana.

- Tal vez tu desconocido amigo sea un admirador secreto.

- ¿De mis cejas?

- ¿Por qué no?

- ¿Un fetichista?

- Un enamorado. Alguien que no se atreve a enfrentarse a su amor platónico.

- Dudo mucho que mis cejas puedan ejercer tal poder de atracción. - Elena se peinó las cejas con los dedos.

- Dudas mucho de ti, en general. - Carmen mudó su expresión por una más sobria.

Elena protestó.

- Hoy no pienso aguantar una charla sobre mi decadente autoestima. Puedes ir olvidándote.

Carmen dio otra calada, expulsó el humo lentamente y cruzó las piernas. Apoyó el codo en el brazo de la silla y observó con atención a su amiga. Se miraron las dos durante un rato y finalmente, Carmen sonrió. Fue una sonrisa acogedora, dulce, compasiva. Lo intentaría con un toque de humor.

- ¿Cómo crees tú que se puede montar un armario de Ikea sin un tornillo *strungen*?

Elena soltó una carcajada. Había dado resultado. Miró a Carmen sin dejar de sonreír. Era fácil intuir por dónde vendría ahora el cauce de la conversación. Esa que ella esquivaría del mismo modo de siempre.

- Los tornillos *strungen* están sobrevalorados. - contestó. - Los armarios de Ikea son armarios, al fin y al cabo. Una simple llave allen y tu marido te monta lo que quieras.

- Rafa no necesita llaves para montar lo que le pida. - Carmen sonrió con picardía. - Pero supongo que tienes razón. Formularé de nuevo mi pregunta. - carraspeó. - ¿Cómo puede arreglarse un armario, previamente montado, sin saber por dónde se ha roto?

- ¿De Ikea?

- O del basurero. No procede.
- ¿Cómo sabes que tu armario está roto si no ves el roto?
- Veo las consecuencias que ha ocasionado el roto. Pero no puedo ver origen del roto.

Elena miró hacia el montoncito de trocitos de piel de mandarina que había acumulado mientras charlaban.

- Fácil. Devuélvelo a la casa. - concluyó.
- No sé dónde está la casa, cariño. - replicó Carmen. - No sé de dónde coño ha salido mi armario, ni quién lo montó, ni qué herramientas se utilizaron. No sé nada del pasado de mi armario.

- Tíralo. - Sentenció Elena, que empezaba a incomodarse y lo hacía evidente desplazando de un lado a otro su montoncito de manera mecánica.

- ¡No puedo tirarlo! - Carmen obvió la reacción de su amiga.
- ¿No puedes tirar un armario que está roto?
- No puedo tirar aquello que aprecio, Leni. No quiero tirarlo. Quiero arreglarlo. Quiero que mi armario esté arreglado para que pueda ser feliz. No veo que tiene de malo querer arreglar algo que forma parte de mi vida.

Hubo un largo silencio. Carmen miraba atentamente a su amiga y ésta no levantaba la vista de los trocitos de mandarina. Al cabo de un rato Elena continuó.

- ¿Por qué crees que estoy rota?
- No creo que estés rota.
- Has dicho que tu armario está roto.
- Si, cariño. Pensé que entenderías la metáfora.
- Valeria. - respondió Elena sin más.
- ¿Valeria? - su amiga abrió los ojos sorprendida.
- La misma.

Carmen suspiró. De nuevo el fracaso se burlaba de ella. El mismo al que ya debería haberse acostumbrado. El más absoluto de cuantos había sentido jamás, y al que seguía intentando derrotar inútilmente cada cierto tiempo desde hacía cinco años.

- ¿A qué viene eso ahora, Leni? ¿Qué tiene que ver Valeria contigo?
- Que viene hacia aquí.

Carmen saltó de la silla. Tiró al suelo el cigarro, lo pisó y expulsó de golpe todo el humo de sus pulmones, palmeando el aire a manotazos como si quisiera cazar moscas a bofetadas. La pequeña cruzaba el comedor en dirección a la terraza, llevando consigo una hoja de papel. Paula la seguía muy de cerca. Cuando llegó hasta su madre, ésta se sentaba de nuevo en la silla con gesto torpe. En el otro extremo de la mesa Elena intentaba inútilmente disimular la risa

que le provocó la escena.

- El lago de los cisnes, Carmelita. Sin lugar a dudas. - se mofó Carmen no pudo evitar echarse a reír.

- Ya está, mamá. - Valeria entregó orgullosa su dibujo a Carmen y aguardó a que ésta lo catalogase como obra de arte.

- Pero bueno. ¿Quién ha dibujado esto? - mamá puso cara de no poder creer lo que estaba viendo.

Valeria se hinchó de orgullo exhibiendo una enorme y graciosa sonrisa con dos mellas en el centro.

- He sido yo.

- ¿Tú? ¡Anda ya! No me lo creo. Ha sido la seño Raquel. La niña se echó a reír.

- ¡He sido yo! - contestó emocionada.

- Pues me súper encanta, cariño. - mamá contempló el dibujo de su hija durante un buen rato. Valeria había dibujado a tanta gente que los del final posaban apretujados y enjutos. Por cuestión de espacio. Los dos primeros, como no podía ser de otra manera, eran Rafa y Carmen. Ambos eran fácilmente reconocibles por ser ellos quienes ocupaban la mayor parte del escenario.

A continuación, por orden de izquierda a derecha, Valeria, Paula, Elena, los cuatro abuelos de Valeria, todos ellos muy juntos, un perro desproporcionadamente flaco, probablemente

Gigante a petición de su amiga, y su acompañante. Debía de ser Ismael.

- Enséñaselo a la tía Leni, cariño. - Carmen le devolvió el dibujo a su hija. - A ver si le gusta.

La niña obedeció a su madre. Rodeó la mesa de la terraza con la hoja de papel en la mano y se lo entregó a Elena. Paula se había sentado en su regazo y jugaba con el montoncito de pieles de mandarina de su madre.

- Bueno, bueno, bueno ¿Pero ¿qué tenemos aquí, señorita? -Elena mostró a la niña su mejor expresión de asombro. Como cuando uno observa el Guernica. - ¿Y todos estos, ¿quiénes son? A ver, ¿quién me lo dice?

Paula levantó la mano tanto como pudo, antes de que su madre acabase de hablar. - ¡Yo! ¡Yo lo sé! - gritó emocionada.

- ¿Ah sí? A ver.

Elena plantó el dibujo sobre la mesa, delante de la niña y ésta comenzó a recitar mientras señalaba a cada personaje con el dedo.

- El tío Rafa, la tía Carmen, Valeria, yo, La yaya Laura, el yayo Santiago, la yaya Juani, el yayo Dani y Gigante.

- ¡Muy bien! Pero te has dejado al pobre Ismael.

- ¡Ese no es Ismael! - le corrigió Valeria.

- ¡Calla, tonta! - Paula disparó un manotazo en forma de misil dirigido a su amiga, que Elena bloqueó justo antes de llegar a su destino. - ¡¡chivata!!- le espetó.

- Eeeh. Vale, Paula. No hables así.

Valeria corrió a refugiarse junto a su madre, con claros síntomas de lo que parecía ser un inminente enfado. Carmen la sentó sobre sus rodillas, miró a su amiga y levantó ligeramente la barbilla, instándola. Elena asintió.

- ¿Por qué no quieres decirnos quién es ese señor, cariño?

- ¡¡Era un secreto!! - Paula cruzó los brazos y lloró. Valeria imitó a su amiga y estalló en llanto.

- ¡Yo no sabía que era un secreto! ¡Y tonta lo serás tú! - Giró sobre el regazo de su madre, escondiendo la cara en su pecho y lloró amargamente.

- ¡¡Sí que lo sabías, tonta del “rulo”!!- La cólera de Paula seguía creciendo.

- ¡Paula! - Elena increpó a su hija. - ¿Dónde has aprendido eso? - se apresuró a girar la cabeza cuanto pudo, para reír sin ser vista. Carmen disimuló escondiéndose detrás de un abrazo a Valeria.

Su contrincante no tardó en sacar la cabeza del escondite para defenderse de semejante insulto.

- ¡¡Tonta del “rulo”, tú!!- le soltó.

- Aquí no hay ningún tonto del rulo, señoritas. Ya está bien por hoy. - Carmen finiquitó la pelea. Aunque las niñas no dejaron de llorar hasta pasado un buen rato, dieron por concluidas las ofensas y las mamás, de manera tácita, decidieron no indagar en la identidad del acompañante de Gigante. Aunque por el color azul de su jersey, la pequeña mancha negra en forma de estrella y el misterio que las niñas se traían entre manos, todo parecía apuntar directamente hacia aquel misterioso desconocido.

Media hora más tarde, Carmen y Valeria despedían a sus respectivas amigas junto a la entrada. Elena se colocaba el bolso, mientras Carmen abrochaba a Paula la chaqueta de entretiempo. Cuando terminó se agachó delante de ella.

- Dame un beso, mi amor.

La pequeña abrazó a su tía con fuerza. Ella era lo más parecido a una familia que tenía. Y era lo único que tenía. Carmen devolvió a su sobrina un abrazo lleno de ternura.

- Mañana merendaremos chocolate con churros y guardaremos uno para que se lo lleves a Gigante. ¿Qué te parece?

- Gigante no puede comer azúcar. ¡Se puede poner ciego!

- ¡Ups! - Carmen colocó su mano sobre los labios y puso cara de boba. - No sabía nada de eso. Entonces nos los comemos nosotras. Así tendrás mucha

fuerza cuando salgas a pasearle. ¿De acuerdo?

Paula asintió sonriendo y su tía le acarició la mejilla.

- Anda, ve a darle un beso a Valeria y hacéis las paces, mientras yo le doy otro a tu madre.

Carmen se incorporó enfrentándose a Elena. Su amiga la esperaba con una media sonrisa falsa. Le daría el beso, pero no quería. Era evidente y Carmen lo sabía. Sólo que le importaba un comino. Se acercó a ella y le habló, susurrando al tiempo que le colocaba bien la correa del bolso.

- Cariño. Tu hija está muy entretenida con vuestro amigo misterioso. Y eso, aunque tú ahora no lo veas, es una suerte para ti. Porque cuando todo esto pase, tarde o temprano empezará a hacer lo que tiene que hacer. Formulará, una tras otra, todas aquellas preguntas que ya debería haber hecho una niña con cinco años y que, francamente, no sé cómo te las has arreglado hasta ahora para esquivarlas. Todo aquello que, por alguna razón que no logro comprender, no quieres contarme, todo cuanto te atormenta, algún día tendrá que salir para dar explicaciones a quien pertenecen por derecho. Y entonces...- Carmen le dio un cariñoso beso en la mejilla a su amiga. -... no podré ayudarte, Leni. No sabré cómo hacerlo.

Elena se separó de Carmen y agachó la cabeza, intentando en vano ocultar su mirada. El repentino color rojo de sus pupilas. Sus labios se contrajeron. Era mejor no intentar hablar o el nudo que acababa de formarse en su garganta se lo impediría y sería sustituido por un llanto amargo. Uno que hacía mucho tiempo empujaba con fuerza desde detrás de su pecho, provocándole un dolor que cobraba más fuerza cada día.

Cogió a su hija de la mano y se marchó sin decir adiós. Paula sí lo hizo desde el rellano. Se dio la vuelta sin soltarse de su madre y levantó la mano que le quedaba libre, para despedirse.

Carmen la imitó y aguardó, a la espera de un gesto por parte de Elena. Pero Elena no se despidió. Ni siquiera se volvió a mirar a su amiga. Caminó junto a su hija hasta el ascensor y cuando éste abrió sus puertas para recibirlas, se limitó a entrar sin mirar atrás.

Carmen permaneció unos segundos apoyada en el marco de la puerta, sin dejar de mirar hacia el ascensor. Probablemente esperando verla salir de nuevo. O quizás evaluando los últimos cinco minutos de su vida y arrepintiéndose del último de sus patéticos intentos por salvar aquello que no podía salvarse. Aquello que no quería salvarse. ¿Salvar? ¿Salvar de qué? ¿De quién? Tal vez había llegado el momento de darse por vencida. Cinco años intentando averiguar lo que fuese, cualquier dato, por nimio que pudiese parecer de alguien, empezaba a resultarle mucho tiempo. Quizá demasiado.

La vida de Elena empezó a contar exactamente desde el veintiocho de junio de dos mil cinco. Y seguiría siendo así, casi con toda seguridad, para siempre.

Como cuando se empieza a ver una película media hora después del principio. Todo lo anterior a la escena en la que uno se la encuentre quedará perdido en una especie de limbo. Podrá escogerse cambiar de canal y buscar una que aún no haya empezado o quedarse con la película sin principio. La elección siempre será libre, pero la película nunca retrocederá en el tiempo.

Había que añadir ahora a su detestable e infinita curiosidad, un personaje nuevo y desconocido, para darle una pizca más de misterio a la historia. Como si eso fuese necesario. A Elena no parecía preocuparle el hecho de que le resultase conocido. Su cara le era familiar, pero Carmen recordó que no le había dado mucha importancia. Por lo que descartó de su larga lista de posibles películas sobre la vida de Elena Luna de Ecay, la de la mujer que deja todo atrás y se marcha huyendo de un maltratador, asesino, secuestrador o suegra perversa. No parecía que nadie la estuviese buscando.

La voz de Valeria le golpeó, dulce como mermelada, desde el interior de su casa, sacándola de su ensimismamiento.

- ¡Mamá! ¡Mira lo que me he encontrado!

La niña se acercó a su madre portando un objeto pequeño. Carmen cerró la puerta tras de sí y extendió la mano hacia su hija. La pequeña dejó caer el objeto sobre la palma de la mano de mamá. Era una colilla chafada, arrugada y maloliente. Carmen puso cara de asco.

- ¿De dónde has sacado esto? - Disimuló

- Estaba en el suelo de la terraza- Valeria respondió y a continuación formuló una pregunta casi en un susurro- ¿La tía Leni fuma? - preguntó visiblemente confundida.

- ¡Qué va! ¡No! ¡Para nada! ¡Puaj! ¡Qué asco! - Carmen meneó la cabeza de un lado a otro, enfatizando cada palabra. Cogió en brazos a su hija y se dirigió hacia la cocina para tirar la colilla a la basura. - La debe haber tirado alguien. - Sentenció.

- ¡¿Desde un avión?!- La pequeña no cabía en sí del pasmo. No había más pisos encima del suyo, por lo que las opciones se reducían a un par de ellas: Un avión o un pájaro fumador.

Carmen asintió varias veces con la cabeza, mientras decidía cómo escapar del misterio de la colilla perdida. Tenía que salir de allí airosa y tenía que hacerlo zanjando el tema con un punto y final. Así pues, decidió recurrir a la técnica infalible de las palabras imposibles que consiste, básicamente, en ametrallar al oyente con palabras sin sentido. Aturdirle tanto que no sepa por dónde empezar a preguntar.

- Pues verás cariño. Se trata de la fuerza algorítmica de la gravedad plausible de los elementos. Cada individuo ejerce una fuerza que varía, dependiendo de la velocidad espacio-temporal de las isobaras concéntricas que le rodean. Y por eso, cuando el aire sopla en modo ascendente...

4. UN PIJAMA NUEVO

A veces se aferraba tanto a la mano de su hija que podía sentir cómo su miedo se volvía infantil. A veces quería abrazarla tanto y con tanto amor, que volvía a sentir de nuevo aquel miedo soplando sobre su nuca. A veces aparecía sin más, y otras veces era ella quien lo llamaba. Como si lo echase de menos. Como si no pudiese vivir sin él. Como un amor de esos que ni contigo ni sin ti.

Aquella noche el miedo soplabla frío y de frente. Venía disfrazado de brisa marina y traía consigo una certeza tan afilada que le cortaba el alma. Carmen tenía razón. Le había escupido una rotunda e inapelable verdad con tanta fuerza en la cara, que todavía podía sentir su aliento en la mejilla. Una verdad que nada tenía de nueva y que nació el mismo día que Paula llegase al mundo. Aquella que llevaba esquivando desde hacía cinco años. La misma que la acompañaría para siempre, aunque tratase de ignorarla.

Esa noche la bruma se preparaba para salir a pasear junto a ellas. Elena caminaba de la mano de Paula, a través del solitario paseo marítimo. Cargaba con su bolso en un hombro y la mochila del colegio en el otro. La niña portaba su reencontrado saquito. Madre e hija marchaban en silencio, como si no quisieran molestar al mismo que las acompañaba.

Arropadas ambas por sus pensamientos, ninguna se percató de que, a unos cien metros por detrás de ellas, una borrosa sombra, abrigada por la oscuridad que emerge tras el crepúsculo, caminaba en su misma dirección.

Para ocultar su inquietud Elena apretó la mano de su hija y le habló, pretendiendo distraerla y así romper el incómodo silencio que empezaba a adherirse a su piel, como el clima que habita en la orilla del mar.

Sentía la necesidad de escapar de su cavilación y la mejor manera era conversar de cualquier cosa.

- ¿Qué tal ha ido hoy el cole, mico? - preguntó a su hija.

- Bien.

No parecía que Paula tuviese muchas ganas de hablar. Algo debía estar rondando a sus anchas dentro de su cabeza y Elena rezó para que no fuese nada relacionado con la teoría de Carmen. “Todavía no, por favor.” Suplicó.

- Mamá...

- Dime, cariño.

El corazón le dio un pellizco. Después hubiese jurado que se detuvo dentro de su pecho hasta que su hija habló de nuevo.

- ¿Tú qué prefieres, un garaje con botón o sin botón?

Elena respiró hondo y cerró los ojos aliviada.

- Creo que lo prefiero con botón. - dio un pequeño estirón al brazo de su hija. - ¿Y tú?

- Pues yo creo que lo prefiero sin botón, porque entonces uno que pasara por allí podría abrirlo.

- Eso no es del todo cierto, mico. Cualquiera puede apretar un botón, pero tú serías la dueña del mando.

La niña miró asombrada a su madre mientras caminaba pegada a ella con pasos cortos y rápidos.

- ¿Un mando? ¿Como el de la tele?

- Un poquito más pequeño que el mando de la tele. Como un llavero.

- Entonces, ¿no hay un botón en la “pader”?

- No, cariño. Si hubiese un botón en la pared cualquiera podría abrir la puerta de tu garaje.

- Ah...- La pequeña asintió aliviada. Dudas aclaradas. Un mando como el de la tele, pero del tamaño de un llavero. ¡Qué buena idea! Anotó en su diminuta agenda mental comprar uno para su futuro garaje cuando fuese mayor y dio por zanjado el tema. Abordó entonces, con su habitual inocencia, la siguiente cuestión. - mamá...

- ¿Sí?

- ¿Quién ha traído el saquito al cole? La seño dice que ha sido un “zuinadano con pan”. ¿Ese quién es?

Elena tardó unos segundos en contestar. Hubiese resultado más sencillo y divertido echarse a reír. Disfrutar de la genialidad que rezuma del idioma de un niño. Pero su mente decidió ocuparse de abordar otras cuestiones más urgentes. ¿Debía decirle la verdad? Tal vez no sería conveniente que su hija estuviese demasiado al tanto en lo referido al personaje desconocido. Teniendo en cuenta el interés que parecía mostrar hacia él, quizá sería mejor no avivar más la imaginación de una niña de su edad. De modo que escogió tomar el camino de la mentira. Como siempre...

-Supongo que la seño te habrá dicho que ha sido un “ciudadano ejemplar” quien ha llevado el saquito al cole. Y eso es cierto. Un vecino se lo ha encontrado y lo ha llevado.

- ¿Qué vecino? - Paula miró a su madre expectante, mientras caminaba a su lado.

- Pues uno que vive en un edificio cerca del nuestro. - Elena mintió sin dejar de mirar al frente.

- A lo mejor ha sido el señor del “jersié” azul que duerme en la basura.

Mamá se detuvo en seco. Dudó un instante y tras unos segundos se enfrentó a su hija, intentando hablar con serenidad.

- Cariño... ¿Tú sabes quién es ese señor?

- Pues claro. - respondió la niña con suma tranquilidad.

Elena miró a la pequeña de las coletas medio deshechas que tenía enfrente, con los ojos abiertos como pelotas de tenis. A veces tenía la impresión de que su hija intercambiaba, de algún modo, los papeles con ella. Detestaba sentirse así, pero ahora era ella quien permanecía pasmada frente a su informadora y esa sensación sólo conseguía incomodarla.

Con la esperanza de sacar algo en claro de una maldita vez, formuló la pregunta lentamente y con prudencia.

- Y... ¿Me puedes decir quién es?

- El señor que duerme en la basura, mamá. ¿No te acuerdas? El que necesita sábanas y que tiene una estrella negra en el “jersié”. - Paula habló a su madre como si no pudiese creer la pregunta que acababa de hacerle.

Mamá lanzó un bufido.

-Ya sé que te refieres a ese señor, cariño. Pero...- Expuso de nuevo la pregunta, esta vez con más precisión. - ¿Tú sabes cómo se llama ese señor?

-No. Pero me acuerdo porque un día te preguntó.

Elena abrió, si cabía más, los ojos.

- ¿A mí?

- Sí, mamá. ¿No te acuerdas? Te preguntó una cosa. Y tú le dijiste que no lo sabías.

De repente, un reflejo fugaz se precipitó dentro de su cabeza.

Un domingo por la mañana, una barra de pan, una pregunta, una calle. Un hombre, un recuerdo cubierto de niebla que, lentamente, fue aclarándose hasta convertirse en una imagen nítida. Ya sabía de qué conocía a aquel hombre. Ahora lo recordaba. Fue él quien las detuvo un domingo por la mañana, a la salida de la panadería, para preguntar por una calle. Por eso su cara le resultó familiar cuando lo vio el día anterior, frente al escaparate de la zapatería.

Madre e hija continuaban plantadas, la una frente a la otra, a dos manzanas del final del paseo marítimo. Elena dejó de mirar a su hija y dirigió la vista al cielo. Se pasó la mano que le quedaba libre por la frente y terminó rascándose la cabeza, mientras Paula seguía mirándola, a la espera de una respuesta.

Era él. Un hombre aparentemente normal con quien, aparentemente y con frecuencia, coincidía. Y que, supuestamente, pernoctaba junto a los contenedores de basura que había bajo su casa. Un desconocido a quien, según el mismísimo Dalai Lama, debería llamar amigo. El mismo que se había enamorado de sus cejas, de acuerdo con la perspicaz teoría de Carmen. Alguien que simplemente había preguntado, en una ocasión, por una calle.

¿Un indigente? ¿Un indigente que la seguía? No. probablemente algo

mucho más simple. Un indigente con quien sencillamente, habían coincidido en más de una ocasión.

Elena frunció el ceño. ¿Un indigente que, pudiendo dormir en cualquier otro sitio más cómodo o cualquier portal en el que sentirse más resguardado de la noche, decide hacerlo junto a unos contenedores llenos de basura maloliente? ¿Un indigente que conoce los apellidos de su hija? ¿Que la mira a los ojos desde la distancia y trata de disimular al darse cuenta de que ella le ha visto? Demasiadas coincidencias para parecer simples coincidencias. Podría...

- ¡Mamá! - Paula sacó a su madre de su abstracción, dándole un fuerte tirón en la mano. - ¿No te acuerdas?

- Sí, cariño. Ahora me he...

Un repentino ruido detrás de ellas atrajo su atención. Un sonido parecido al de una lata al ser golpeada contra el suelo, quebró inesperadamente el silencio de la noche. Madre e hija miraron instintivamente en la dirección de dónde provenía el sonido, y a lo lejos pudieron distinguir una fugitiva sombra ocultándose súbitamente dentro de un portal.

A Elena se le congeló la sangre en el interior de sus venas. Presa del miedo arrancó a correr, arrastrando a su hija del brazo, sin pensarlo un instante y sin dejar de mirar hacia atrás.

- ¿Qué pasa, mamá? - La pequeña se asustó al ver la reacción de su madre. Ella también había visto a alguien esconderse tras una pared y, siendo francos, no le había hecho ni pizca de gracia. De modo que no le quedó más remedio que sumarse a la evidente inquietud que manifestaba su madre. Mamá no contestó y ella no volvió a preguntar. Le gustaba mucho más la idea de llegar cuanto antes a casa. Por lo que decidió no chistar y seguir corriendo.

Llegaron al final del paseo marítimo y continuaron su espantada, girando hacia la derecha por una estrecha calle peatonal. Corrieron hasta alcanzar el portal de un viejo edificio situado frente a unos contenedores de basura.

Elena se detuvo junto al vetusto portal y sólo entonces soltó la mano de su hija. Temblorosa buscó la llave en el interior de su bolso, mientras escudriñaba los contenedores. No parecía haber ningún huésped aquella noche.

Una caja de cartón se agitó con un movimiento seco, provocando que Elena aplastase a su hija contra la puerta. Paula gritó asustada, pero su madre no se desvió un sólo centímetro. Un gato salió del interior de la caja. Se detuvo a mirarlas con altanería e inició un elegante ritual de limpieza. Elena respiró de nuevo, se separó unos centímetros de su hija y continuó buscando la llave. Dirigió su mirada hacia el final de la calle, en dirección al paseo marítimo. Un hombre surgió de la esquina. Se detuvo un instante y retrocedió perezosamente. La figura desapareció por donde había venido, cediendo de nuevo el espacio a la

bruma. Elena se estremeció al verlo y maldijo en silencio la amplitud de su bolso.

Por fin apareció la llave. Encontró el llavero y con un fuerte tirón lo extrajo. El objeto salió disparado y saltó por los aires, formando una circunferencia sobre su cabeza y aterrizando junto a los contenedores. El felino huyó derrapando.

- Quédate aquí. - habló de forma tajante a Paula y corrió a buscar las llaves. Las recogió rápidamente y volvió junto a su hija. Por el trayecto miró de nuevo en dirección hacia el paseo marítimo.

De repente la piel de todo su cuerpo se erizó. Manos y pies comenzaron a temblar al unísono, cuando observó cómo la figura volvía a salir de su escondite y caminaba hacia ellas a paso lento. Las llaves tintineaban como un sonajero de metal entre sus manos, mientras trataba de encontrar aquella que abría el portal.

Ver a su madre en esa tesitura hizo que Paula sintiese unas repentinas ganas de llorar. Era más que evidente que mamá estaba muy asustada y tuvo que hacer un gran esfuerzo para aguantarse.

Finalmente dio con la llave. La introdujo en la cerradura al quinto intento y abrió la puerta. Entraron en el portal como un torbellino y cerraron de un portazo. Una vez dentro Elena no se detuvo a recobrar el aliento. Ya tendría tiempo cuando su hija estuviese a salvo dentro de casa. Agarró a la niña de la mano y la arrastró escaleras arriba. Barandillas antiguas de metal en avanzado estado de oxidación y paredes desconchadas las acompañaban, reclamando a su paso una mano de pintura. Llegaron al segundo piso y entonces...

- ¡Aaarg! - Elena emitió un desgarrador grito que se originó en el interior de su estómago y que rasgó su garganta de camino hacia el exterior. La niña corrió aterrorizada a esconderse detrás de su madre.

Mamá se apoyó en la puerta de casa y se agarró el pecho, tratando de mantener el corazón en su sitio.

- ¡Elena, cariño! - Sofía observaba atónita a su vecina desde el quicio de su puerta. - Por el amor de dios, ¿Te encuentras bien?

La buena mujer la miraba estupefacta, sosteniendo un plato tapado entre las manos.

- ¡Vaya susto me has dado! Casi tiro la tortilla al suelo.

Elena soltó una risilla nerviosa. “Que la he asustado, dice”, pensó. Tenía la boca seca como el esparto. Tragó saliva y sintió cómo la campanilla se le pegaba en un lateral de la garganta. Su vecina parecía respirar cómodamente, pero ella no entendía cómo podía hacerlo, pues hubiese jurado que allí no había una pizca de aire.

- ¡Sofía! - Respiró atropelladamente. - Perdóneme. - volvió a respirar - No la había visto. - respiró de nuevo.

- ¡No hace falta que lo jures! - La mujer le sonrió cariñosamente y buscó a la niña con la mirada. - ¿Dónde está mi princesa?

La pequeña saltó de su escondite, envuelta en una asombrosa tranquilidad y sorprendiendo a la pobre Elena, que seguía tratando de respirar con normalidad. Fue directa hacia la mujer. Sofía se agachó para recibir su beso y permaneció con la cabeza a la altura de la niña. La mujer le habló en tono misterioso.

- ¿A que no sabes lo que tengo?

- ¡Una tarta! - Grito entusiasmada y se adentró como un rayo en casa de su vecina, sin pedir permiso a nadie. - ¡Emilia!...

Mamá suspiró profundamente. Poco a poco iba recobrando la respiración. Sofía se echó a reír y le tendió un plato que Elena aceptó agradecida. Esa mujer era un ángel.

- Muchísimas gracias, Sofía.

- Los martes vuelves muy tarde, cariño. No son horas de ponerte a cocinar.

Elena se dispuso a abrir la puerta de su casa. Estaba agotada. La humedad de su frente y la posición general de su cuerpo la delataban. Se volvió para despedirse de Sofía.

- Buenas noches, Sofía. No vaya a darle tarta a Paula sin que cene primero. ¿De acuerdo?

- Descuida. Le he guardado un plato de sopa. Cena tranquila y no te preocupes por nada. Dentro de una hora la tienes en casa con pijama y todo.

La anciana guiñó un ojo a su vecina y entró en su casa cerrando la puerta tras de sí. Elena sonrió y suspiró de nuevo.

Sobre el hecho de que la niña cenase en casa de Sofía y Emilia no rechistó. Quería llamar a Carmen para contarle lo que acababa de acontecer y necesitaba una ducha, tanto como un turista inglés los rayos del sol de mediodía en agosto. Además, la niña cenaba mejor cuando su madre no estaba presente. Algún día descubriría el porqué.

Entró en casa y cerró la puerta despacio. Atravesó el metro y medio de pasillo que separaba la entrada de la pequeña mesa metálica de su cocina-comedor y descargó sobre ella el bolso y la tortilla de Sofía. Dejó la mochila en el suelo, junto a la silla de metal y se sentó. Apoyó los codos sobre la fría superficie y cubrió su rostro con las manos. Un segundo más tarde levantaba la cara, dejando las manos vacías, sosteniendo el aire bajo su barbilla. Una tierna sonrisa se dibujó en su rostro cuando recordó las palabras de su vecina. “Dentro de una hora la tienes en casa con pijama y todo”. Cerró los ojos un instante...Le habían comprado un pijama...

Con la esperanza de un necio y el gesto cansino de quien sabe que nada

debe esperar, un hombre miraba a su alrededor. Se diría, por la forma que tenía de hacerlo, que nada esperaba encontrar. Sin embargo seguía buscando algo. Lo que fuese que buscaba no parecía ser de mucha importancia. Como si en realidad, nada quisiera encontrar. Como si tuviese la certeza de que aquello que anhelaba, nunca lo hallaría allí donde miraba.

Desde la distancia que les separaba, una mujer le observaba, escondida tras la oscuridad de la ventana de un segundo piso. Observaba a un hombre que vestía lo que parecía, desde su perspectiva, algo parecido a un traje de desidia.

El hombre dejó de buscar y, apesadumbrado, se sentó en el suelo, sobre unos cartones, al abrigo de dos contenedores de basura. Sacó del interior de una bolsa de plástico arrugada un bocadillo y empezó a comer. La fría noche se acomodó junto a él, acarició burlona su pelo y le habló al oído. Le dijo que esa sería la primera de las muchas noches en las que el frío y la lluvia... le servirían de manta.

5. ROSAS ROJAS...OCÉANO PROFUNDO

El agradable sonido del café ascendiendo por el interior de la cafetera, como un diminuto volcán en erupción, inundó el silencio de la mañana. Su aroma impregnó la estancia igual que el abrazo acogedor de un cotidiano y viejo amigo. Sólo que éste resultaba ser más largo de lo habitual. Tanto que empezaba a oler a quemado, cuando el líquido hirviente que desbordaba de la misma caía sobre el círculo incandescente de la vitrocerámica.

Un rayo de luz se filtró por el este, revelando algo de claridad sobre las baldosas de la cocina. Los albores del mes de octubre se presentaban algo más húmedos que en los últimos años, por lo que la luz que atravesaba el cristal lo hacía tan sólo a modo de cordial anuncio. Como un aburrido noticiario.

- ¡Ya estoy aquí! Ya. ¡Voy yo! - Saltando a la pata coja, con la camiseta a medio poner y una zapatilla en la mano, Rafa se adentró en la cocina con destino a apagar la vitro. De camino a la meta tropezó con uno de los elegantes taburetes de la isla central. El asiento fue a desplomarse contra el suelo y Rafa intentó detener el golpe. Con un rápido y mal calculado movimiento se agachó y fue a darse tremendo coscorrón contra la encimera, al tiempo que el taburete dejaba caer todo su peso sobre su indefenso y descalzo pie. Su cabeza rebotó bruscamente hacia arriba y el accidentado, aturdido, dio un paso atrás. De repente tuvo la sensación de que le faltaban manos. Con la izquierda se sujetó la cabeza, que continuaba rebotando en infinitas ondas dentro de su cerebro, mientras que la derecha la empleó para estampar con un malhumorado ademán la zapatilla y agarrarse su malherido pie.

La cafetera seguía dejando escapar el café a borbotones y la vitrocerámica emitía un siseo que recordaba a un quejido. Rafa apoyó el codo sobre el mueble de la cocina, sin dejar de agarrarse las partes accidentadas. Sentía un intenso dolor en la cabeza y en el empeine del pie derecho.

Un sonido parecido a un susurro le llegó desde la retaguardia. Lentamente se dio la vuelta, sin dejar de sujetarse la cabeza, para encontrarse con la imagen de su mujer tirada en el suelo, junto a la puerta de la cocina.

Carmen reía tanto que había tenido que dejarse caer al piso. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás con las manos en la barriga, emitiendo carcajadas tan intensas que apenas podían oírse. Rafa la miró y apretó fuertemente la mano contra la zona dañada de su testa.

- ¿Ves que fácil es hacerte feliz? Sólo tengo que abrirme la cabeza de vez en cuando. - Su semblante de debatía entre la risa y el dolor, mientras la cafetera continuaba gimiendo – Ya la apago yo. Tú sigue divirtiéndote. No te cortes.

Carmen seguía tirada en el suelo absolutamente descojonada, y no parecía que tuviese la intención de ir acabando. Rafa se acercó, maltrecho y medio cojeando, hasta el fuego y retiró la cafetera. La vitro se apagó automáticamente, tras emitir varios pitidos y su llantina deceleró hasta cesar al cabo de unos segundos. Levantó la tapa y miró en su interior.

- ¿Qué hago con esto? ¿Me lo bebo...o me lo tiro por la cabeza, cariño? ¿Tú qué dices? - se echó a reír y continuó- ¿Qué crees que te haría más feliz?

Carmen se despatarró aún más de la risa, al oír aquello. Se apoyó de costado sobre un codo y la mano que le quedaba libre la empleó para seguir sujetando su abdomen. Tenía la cara llena de dientes y a modo de acompañamiento un par de lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Rafa se frotó la cabeza con ahínco. Era inevitable reírse viendo a su mujer de esa guisa. Y francamente, hubiese sido gracioso ver la escenita que acababa de protagonizar desde la perspectiva de Carmen. Probablemente él no habría terminado en el suelo, pero a buen seguro se hubiese reído tanto como ella. Aunque él habría acudido a socorrerla.

Tras haber colocado el taburete en su sitio y retirar la cafetera del fuego, lo siguiente fue preparar el desayuno. La otra opción era sentarse a esperar a que su mujer finiquitase la tarea de reírse de él. Y como parecía que iba a dedicarse a ello el mayor tiempo posible, decidió dejarla a lo suyo.

Cinco minutos más tarde se sentaban uno frente al otro, separados por dos humeantes tazas de café con leche, un plato con tostadas, mantequilla y mermeladas variadas. Carmen sonreía abiertamente a su marido, que le devolvía la sonrisa desde el otro lado de la isla. De vez en cuando volvía a frotarse la herida. Un poco por calmar las punzadas de dolor que regularmente le recordaban su accidentada mañana y un poco por ver a su mujer reír de nuevo.

No se le ocurría una manera mejor de llenarse de vida. De ningún otro modo podía sentir crecer su alma tanto como lo hacía siempre que la sentía cerca.

Rafa era ese hombre que seguía perdiendo la respiración cada vez que miraba a su mujer. Un hombre absoluta e incondicionalmente enamorado de quien compartía vida y sangre con él. La vida que habían construido juntos y que a sus ojos era lo más parecido a algo perfecto, y la sangre de su hija. La misma que, cada día y sin esfuerzo, robaba a su padre un nuevo pedazo de corazón.

Más romántico sería decir que el destino se sirvió de alguna clase de curiosa treta para unir a este par de enamorados. O que el azar tuvo que mover algunos hilos y tirar de antiguas amistades para lograr su objetivo. Resultaría mucho más romántico, pero nada estaría entonces más lejos de la realidad.

Carmen y Rafa fueron vecinos del barrio desde el principio. Allí nacieron,

crecieron y casi con total seguridad, sería allí donde todo acabaría. Ella fue la chica guapa y él uno más en la larga cola. Ella siempre había pensado en él. Pero una chica de su belleza siempre anduvo rodeada de hombres que anhelaban conquistarla, y él sólo pudo atreverse a soñar con ella, ajeno por completo a la reciprocidad de sus sentimientos. Ella era la luna llena y él quien aguardaba siempre poder verla. Aunque fuese un instante. Acudía al parque donde sabía que podía encontrarla algunas tardes entre semana, para sentarse lejos a mirar con disimulo. Lo mismo que hacían todos. Convertir en punto de encuentro el bar donde solía ir a tomar su té con leche. Conocerlo todo sobre ella. La matrícula de su coche, los nombres de sus padres, cuándo había sido la última vez que se había dejado ver, incluso sus notas acababan siendo públicas. Luego ella desapareció detrás de un tipo que siempre le quedó exactamente a la altura del primer peldaño de la escalera que ascendía a su portal. Al menos eso era lo que todos pensaban. Y ahora Rafa no podía evitar sonreír al evocar ese recuerdo. Eso sería exactamente lo que pensarían de él. Y tanto ahora como cuando pensaba en aquel hombre que la tuvo consigo durante un tiempo, sabía lo poco que les importaba a ambos saberse apostados en dicho peldaño.

Tan bonita como ella sola, Carmen se sentaba en el altar que el cielo había construido para ella y desde allí lo iluminaba todo. Los demás sólo podían mirarla. Eran pocos quienes se atrevían a intentarlo. Y ella, dado que Rafa jamás se atrevió a mirarla más allá de una prudente lejanía, pasó su adolescencia creyéndose fuera de sus pretensiones. Por eso tuvo que ser ella quien se armase de valor una noche de san Juan. De valor y de vodka con limón. Porque pensó que sería rechazada y creyó más oportuno no recordar nada al día siguiente. Sin embargo nunca olvidaría su cara cuando ella le habló por primera vez. “¿Tomamos algo?”. Ni el tiempo que tardó en contestar, o el silencio que se hizo en torno al círculo de amigos que le acompañaban.

De eso hacía ya ocho años. Los dos primeros transcurrieron sumergidos en un mar de dispares e insólitas peticiones de matrimonio. Los seis últimos recostados sobre la estabilidad y el confort que trajo consigo la boda. Había algo más que un compromiso entre los dos. Algo que, si bien no podía decirse que estuviese por encima de los pilares fundamentales que sostienen un matrimonio, sí resultaba un buen condimento para el cocido. Rafa y su mujer eran grandes amigos. De esos que se agarran juntos las mejores borracheras y se acompañan al lavabo a vomitar. Amigos de los que se ríen cuando el chiste es muy malo o que callan durante horas si no hay nada que decir. Los altibajos iban y venían. Eso estaba claro. Lo contrario hubiese sido un aburrimiento. En definitiva, una pareja con los problemas que acarrea la siempre difícil tarea del compromiso, pero con una envidiable y férrea base construida desde el respeto, la pasión y

una sincera amistad que siempre trataban de mantener con vida.

Rafa sumergió una tostada, previamente untada de mantequilla y mermelada de tomate, en su taza de café con leche y habló a su mujer, antes de llevársela a la boca.

- ¿No te has enterado de la última? Carmen enarcó las cejas, curiosa.

- Pues no. Cuenta.

- Al parecer algún sinvergüenza tiró anoche una colilla a nuestra terraza. Tuvo que lanzarla con mucha fuerza para que cayese allí. Pero averiguaré quién ha sido y le daré su merecido.

Sonrió con sorna a su mujer y se llevó la tostada a la boca.

Ella le miró fijamente y arrugó su bonita nariz antes de dejar escapar una inocente risilla.

- En realidad cayó del cielo. - contestó. - Circula el rumor de que san Pedro se aburre y se ha tirado al vicio. - susurró, fingiendo un cotilleo. - Parece ser que últimamente todo el mundo se va para abajo. - señaló hacia el suelo y cogió su taza. Continuó- No creas, yo lo comprendo. Imagínate que aburrimiento.

- Ya. - respondió Rafa, mirándola como lo haría “el poli malo”. -Y... exactamente, ¿Cuántos cigarros crees tú que fuma san Pedro?

Bajo la mirada inquisidora de su marido, Carmen empezaba a sentirse un poquito culpable. Le lanzó su infalible mirada de niña buena.

- Muy pocos, cariño. No más de un par a la semana.

Rafa no contestó durante un buen rato. Disfrutaría un poco más del momento. Luego continuó, esta vez mudando la expresión.

- Me dijiste que ya no fumarías más. ¿Por qué tengo que creerte ahora?

- Te prometo que es cierto, Rafa. Me fumo uno o dos. No más. Te lo prometo. - Juntó las palmas de sus manos a modo de súplica.

Rafa suspiró y bebió de su taza.

- Todavía no comprendo por qué me mientes. Sabes que no me molesta que fumes. Fuiste tú quien prometiste que lo dejarías. Yo nunca te lo he pedido y ahora no sólo me mientes a mí, Carmen. Ahora estás mintiendo también a la niña.

- Vale. No sigas. Ya me siento súper culpable. A tope de culpable. - hizo un gesto con la mano para zanjar el tema. - Veré lo que puedo hacer.

Rafa soltó una carcajada y meneó la cabeza de un lado a otro, mientras untaba con mantequilla una segunda tostada. No seguiría con este tema. Prohibir a alguien que fume siempre le había parecido un absurdo. Su teoría era que hacer algo así sólo conducía a que el fumador terminase haciéndolo a escondidas. Carmen era dueña de su cuerpo y aunque sabía que fumaba más de lo que pretendía hacerle creer, también sabía que nunca sobrepasaba la dosis de un

cigarro al día. Sumergió la segunda tostada en su café y cambió de tema.

- ¿Quieres que vaya esta noche a casa de Elena?

- ¿Para qué? - respondió Carmen con la boca llena.

- No lo sé exactamente. Puedo acercarme a ver si está el tipo ese. No me cuesta nada y creo que todos nos quedaríamos más tranquilos. La verdad es que la idea de que un loco vaya por ahí siguiéndolas no me gusta mucho.

- Podemos llamar a la policía. - sugirió ella.

Su marido negó con la cabeza.

- No creo que la policía pueda hacer nada sin que haya habido algún tipo de agresión o amenaza previa. ¿Qué va a decir si le preguntan? Sí agente, soy yo quien las sigue. Un acosador. Encantado.

Carmen frunció el ceño, apretó los labios y hundió la mirada en el interior de su taza. No le hacía mucha gracia exponer a su hombre a ningún peligro. Pero Rafa tenía razón. Elena estaba preocupada. Y luego estaba la niña. No podían correr el riesgo de esperar que ocurriese algo sin, al menos, intentar averiguar de qué iba todo aquello. Rafa era un hombre muy diplomático y podía enfrentarse perfectamente a una situación así. Amén de su extensa trayectoria en las artes marciales. Pero Carmen no sabía de qué clase de persona estaban hablando y no pudo evitar sentir una punzada de miedo en la boca del estómago. ¿Y si se encontraban con un psicópata que guardaba una pistola escondida en el pantalón? ¿Qué pasaría si su marido se acercaba de manera cordial a hablar con él y se topaba con una navaja atravesándole el corazón? Esta historia le daba muy mala espina. Terminó de beber su café y habló sin ocultar su preocupación.

- ¿Y si te pasa algo, cariño? No sabemos quién es. ¿Y si es un loco? ¿Y si tiene un arma guardada?... ¿Y si...?

Una carcajada contenida que provenía de su interlocutor interrumpió su cavilar.

- Joder, Carmen. ¿Me he perdido la última de Corrupción en Miami? - habló con socarronería.

Carmen profirió un mohín de enfado a su marido.

- Yo no le veo la gracia. - protestó.

- Yo sí. Sólo voy a hablar con él. Puede que ya ni siquiera esté. Lo más probable es que todo haya sido un montón de absurdas coincidencias. En cualquier caso, estoy seguro de que lo último con lo que me voy a encontrar es con una pistola apuntándome al pecho. Dos no se pelean si uno no quiere y yo corro mucho. -sonrió. - Probablemente mañana a estas horas estemos todos partiéndonos de risa. Tú en concreto estarás ahí tirada. - señaló hacia el lugar de la cocina donde, escasos minutos atrás, Carmen se había dejado caer de buena gana.

“O en el hospital”. Pensó ella, desechando el toque de humor que acababa de poner su marido a la conversación.

- Además...- Rafa continuó. - Yo también tengo un arma. La tengo aquí mismo. ¿Te la enseño? - miró primero hacia su entrepierna y después a su mujer.

Carmen se echó a reír y le lanzó un trozo de pan tostado. Rafa levantó instintivamente la mano, con la intención de esquivarla y el objeto le golpeó en el antebrazo. Un pequeño destello de confort le atravesó por dentro, cuando vio a su esposa reír de nuevo.

Un minuto más tarde Rafa finiquitaba su desayuno y miraba el reloj de la pared. Las ocho y cinco minutos.

- Voy a despertar a la fiera.

- Que la fuerza te acompañe...- Carmen infundió ánimos a su marido, pues la pequeña no tenía precisamente lo que se decía un buen despertar.

Rafa se incorporó tras limpiarse con la servilleta. Se detuvo junto a ella al pasar a su lado y se inclinó ligeramente.

- No me has dado un beso en mi herida de guerra. - señaló con el dedo índice hacia el pequeño chichón que se había formado en su frente, fruto de su accidente mañanero.

Carmen depositó un suave beso en el lugar indicado y a cambio, recibió otro largo y enérgico en los labios.

Mientras su marido se encaminaba escaleras arriba a despertar a Valeria, Carmen se dispuso a buscar su teléfono móvil con el propósito de averiguar si el desconocido había amanecido en el mismo lugar donde, según Elena, había pasado las últimas dos noches. Junto a los contenedores de basura bajo su casa.

Descalza y todavía con el pijama puesto, se dirigió hacia el salón. Creía recordar dónde había dejado el móvil la noche anterior. No lo encontró sobre la mesa y buscó con la mirada, haciendo un barrido y girando sobre sí misma. El sonido del interfono la hizo cesar en su búsqueda. Cruzó el comedor, caminó hasta el recibidor y una vez allí, descolgó el auricular.

- ¿Quién es?

La voz que respondió desde la calle le recordó a la de un adolescente.

- Traigo un paquete para Carmen Monterde.

Pulsó un botón que tenía una llave dibujada en el centro y un sonido lejano se escuchó al otro lado de la línea, seguido del “clac” que anunciaba que el portón de acceso a la finca se había abierto. Carmen permaneció junto a la puerta durante el tiempo que tardó el chaval en subir hasta su planta, acompañada de un pequeño ataque de intriga. Pegó el ojo a la mirilla hasta que observó abrirse las puertas del ascensor.

El ojo cotilla se desplegó de par en par cuando observó cómo, a cámara

lenta, surgía de su interior el mensajero, acarreado un enorme ramo de rosas rojas consigo. Carmen y su semblante más sorprendido abrieron la puerta para recibirles. El chaval se asomaba torpemente por un lateral del ramo, tratando de ver dónde ponía sus pasos.

- Buenos días. ¿Es usted Carmen Monterde?

- La misma. - lo condujo hasta la mesita que había junto al sofá. - Déjalo aquí.

El joven obedeció, agradecido de poder desprenderse del incómodo y gigantesco trasto que le había tocado cargar, a saber desde dónde. Extrajo una pequeña carpeta negra de detrás del pantalón y la desplegó con un movimiento chulesco que decía “esto lo hago yo sin despeinarme”.

- Tiene que firmarme aquí. - señaló el recuadro a Carmen con el extremo del bolígrafo que desenvainó con un rápido ademán antes de proceder, para deleite de la señora, a ejecutar un ágil florete en el aire con el mismo, a la vez que pulsaba el lado opuesto para sacar la punta. Carmen no pudo por menos que abrir la boca, viendo semejante despliegue de ridículas habilidades.

Tras los tres segundos que necesitó para recomponerse del fastuoso espectáculo, cogió el bolígrafo que le ofrecía el chaval, con un gesto que ni los de la corte de Felipe el Hermoso, y garabateó su firma.

- Dame un segundo que busque el monedero. - devolvió a su dueño el boli y fue en busca de su cartera, aún con la boca abierta.

El mensajero asintió y aguardó su propina, mientras la observaba detenidamente de arriba abajo. Lanzó un mudo silbido.

- *Mamma mía...* - susurró. Hasta entonces no había podido mirar a la mujer que le había abierto la puerta. Ahora que la observaba sin hierbajos de por medio, entendía por qué alguien se había molestado en mandarle rosas. Con ese pijama la dama se merecía al menos una docena más.

En la habitación de Valeria la guerra de los cien años se había concentrado en la de los cinco minutos. Las sábanas yacían desparramadas por el suelo, junto con los cojines, la almohada y un buen montón de peluches. Valeria había vencido de un sólo golpe a papá y ahora trataba de traerle de nuevo a la vida, de cualquier manera, que se le ocurriese. Estirándole del pelo, haciéndole cosquillas o gritándole al oído. Nada. Papá permanecía inerte, con la cabeza ladeada y la lengua colgando, sobre el desparrame que habían formado en el suelo.

Sentada a horcajadas sobre su pecho, la pequeña inclinaba la cabeza hacia atrás para coger carrerilla, antes de volver a atacar a su contrincante. Pero en uno de los ataques, al inclinarse hacia delante, se topó de lleno con la cara de papá, esperándola con una mueca monstruosa, que acompañó con una malévola carcajada. La niña lanzó un grito ensordecedor a un centímetro del rostro de

Rafa y se echó a reír sin dejar de chillar. Su padre la agarró con fuerza, zarandeándola hacia los lados.

Ese era uno de los motivos por los cuales Carmen prefería que Rafa no se encargase de despertar a la niña. Y mucho menos de acostarla. Por las mañanas, aunque resultaba un fastidio tener que ponerse seria cada vez que marcaba el fin a las escaramuzas de la pareja, al menos tenía que reconocer que la niña se despertaba de mejor humor si lo hacía con él. Por la noche era otro cantar. Rafa no entendía el concepto “relajar a un niño” y siempre terminaba organizando alguna batalla campal, que no acababa hasta que Carmen no se ponía seria. Después, por supuesto, le tocaba dormirla a ella, ya que su padre todavía no había aprendido a decirle que no a la niña.

Aquella mañana, sin embargo, después de haber recibido un impresionante ramo de rosas rojas, enfadarse sería lo último que pasaría por su cabeza. Hacía mucho tiempo que no le sorprendía con algo así. Y aunque tenía que reconocer que el trato que su marido le ofrecía cada día no precisaba de muchos abalorios, lo cierto era que un detalle de ese nivel, de vez en cuando, nunca estaba de más. Su sonrisa crecía hasta límites insospechados y la lívido se le disparaba. Le importaba un comino si el precio de la gasolina se triplicaba, o si aquello de la crisis mundial iba en serio. Ahora lo imperioso era hacer el amor con él y hacerlo lo antes posible. Rafa llegaría hoy tarde al trabajo y lo haría encantado. Ya se encargarían otros de abrir el gimnasio. Al fin y al cabo, para eso era suyo.

Por eso, cuando asomó la cabeza por la puerta del campo de batalla y los púgiles detuvieron la contienda, a la espera de su habitual reprimenda, con lo que se encontraron para su sorpresa, fue con una mamá sonriente que sujetaba una tarjetita rosa en la mano con la que se daba golpecitos en los labios.

- Ya vamos mamá. - Rafa se apresuró a levantarse del suelo y cogió a la niña. Carmen sonreía, sí...pero más valía no tentar su suerte. No acababa de interpretar bien la expresión de su rostro y no se arriesgaría a preguntar. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Con la cara de un niño inocente que nunca ha roto un plato, miró a su hija y le guiñó un ojo. - Ya estamos casi. ¿A que sí, pequeñaja?

- Sí, mamá. - Valeria respondió, con el pelo completamente revuelto y el pijama puesto.

- ¿Ya has hecho pipí? - mamá no abandonaba esa extraña sonrisa con la que había aparecido. Hablaba con su hija, pero era a su marido a quien apuntaba directamente con la mirada. Una mirada que a Rafa empezaba a darle la impresión de ser... ¿lasciva?

La pequeña ya era lo suficientemente mayor para hacer pipí ella sola. Por lo que se dirigió hacia el pasillo, camino del lavabo, dejando a los papis a solas en

su habitación. Rafa se estiró la camiseta con las manos y se sacudió el pantalón, mientras miraba a su mujer, con cara de bobo. La manera en que Carmen no dejaba de mirarle empezaba a ponerle nervioso.

Ésta se apoyó sensualmente contra el marco de la puerta y levantó lenta y sutilmente su camiseta hasta dejar la mitad de su pecho derecho a la vista, para deleite de su cada vez más pasmado marido. Rafa resopló como un toro de lidia y se acercó hasta ella. Suavemente la abrazó e introdujo las manos por dentro de su pantalón, mientras acariciaba con la nariz el cuello de su mujer. Buscó sus labios y allí se encontró con un trozo de cartón. Retiró la cabeza ligeramente hacia atrás para ver de qué se trataba.

- Yo también te amo. - Le susurró Carmen antes de lamer los labios de su marido con la punta de la lengua. La respuesta fue instantánea y un segundo después ambos se fundían en un beso apasionado. Rafa la atrajo con fuerza hacia él y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no tumbarla allí mismo.

- ¿Es que quieres volverme loco, niña? - apretó los dientes tratando de frenar la fuerza que manaba de su interior. No sabía qué clase de bicho le había picado esa mañana a su mujer. Pero fuera lo que fuese, no lo cuestionaría. - Espera a que lleve a Valeria al cole y me cojo la mañana libre...y me cuentas eso que dices de que me amas.

Volvió a besarla con fuerza. Carmen le devolvió el beso, retiró su rostro unos centímetros de él y se mordió el labio inferior antes de hablar.

- No hace falta que hagas estas cosas, mi amor. Pero quiero que sepas que me ha encantado. Son preciosas. - Mientras hablaba jugueteaba con el cuello de la camiseta de su marido.

Rafa sonrió, ligeramente confundido.

- ¿Preciosas? ¿Quién? No te entiendo.

Carmen soltó una carcajada y le golpeó juguetona en el pecho.

- No te hagas el tonto.

- Yo no me hago el tonto, cariño. Lo soy. - Empezaba a sentirse confundido.

- ¿Qué es lo que te ha gustado tanto?

- Las rosas, tontorrón. Las rosas. Acaban de llegar.

Rafa retiró de nuevo la cara hacia atrás para poder ver bien el rostro de su mujer, y a través de la cristalina expresión de su semblante, Carmen comprendió que él no había sido el autor de tal presente.

La tarjetita que acababa de interponerse hacía unos instantes entre sus labios y en la que rezaba “te amo”, no había sido escrita por él. “Oh, oh”. Pensó. Y rápidamente la escondió detrás de su espalda.

Su marido se alejó un paso y después de pasarse las manos por la cara, extendió la derecha con la palma hacia arriba. Carmen suspiró rendida y se la

entregó. Rafa la desplegó y leyó. Y volvió a leer. Como si alguien se hubiese dedicado a escribir allí el nuevo testamento. “Te amo”. Rezaba. Y nada más. Permaneció quieto, sin levantar la vista de aquel trozo de cartón, hasta que Valeria apareció a su lado. Alternó la mirada entre su esposa y su hija varias veces, hasta que finalmente, Carmen reaccionó.

- Valeria, cariño. Ves abajo y mira lo que hemos comprado papá y yo para adornar el salón.

La pequeña abrió ojos y boca al mismo tiempo y salió disparada de la habitación. Se quedaron de nuevo a solas y Carmen se acercó a su marido para abrazarle cariñosamente. Aquello era una gilipollez. Pero sabía la gracia que le hacía.

- No pensarás dejar eso en casa. - Rafa habló con frialdad.

- Claro que no. Me inventaré un rollo. - Carmen besaba su cuello, tratando de deshinchar la vena que acababa de aparecer y que aumentaba por segundos su tamaño. - No te preocupes.

Rafa había pasado del rojo “pasión” al negro “océano profundo” en tiempo récord.

- Entiendo. - se liberó, desatando el nudo que ella había formado con las manos alrededor de su cuello y salió cabizbajo de la habitación. - Inventar rollos se te da muy bien.

Carmen puso los ojos en blanco, dejó caer los brazos y siguió a su marido a través del pasillo.

- ¿Es necesario que te enfades conmigo?

- No estoy enfadado contigo.

- ¿Es necesario que te enfades?

- Aún no lo sé.

- ¿Cuándo lo sabrás?

- Eso tampoco lo sé.

Enfiló las escaleras hacia el salón, con su mujer pisándole los talones. Vistió y peinó a su hija, antes de despedirse de Carmen con un escueto beso.

Aquella mañana Rafa llevó a su hija al colegio y marchó hacia su trabajo, como cada día. Luego, el amanecer dio paso al día que le acompañaba. Una sola certidumbre custodiaría hoy sus pensamientos. Una única e insolente sensación se pegaría a su piel, aferrándose a ella como un incómodo y pestilente parásito. La sombra de aquel que mandaba rosas rojas a su esposa.

Con la esperanza de un necio y el gesto cansino de quien sabe que nada debe esperar, un hombre miraba a su alrededor. Se diría, por la forma que tenía de hacerlo, que nada esperaba encontrar. Sin embargo seguía buscando algo. Lo que fuese que buscaba no parecía ser de mucha importancia. Como si en

realidad, nada quisiera encontrar. Como si tuviese la certeza de que aquello que anhelaba, nunca lo hallaría allí donde miraba.

Desde la distancia que les separaba, una mujer le observaba, escondida tras la oscuridad de la ventana de un segundo piso. Observaba a un hombre que vestía lo que parecía, desde su perspectiva, algo parecido a un traje de desidia.

El hombre dejó de buscar y, apesadumbrado, se sentó en el suelo, sobre unos cartones, al abrigo de dos contenedores de basura. Sacó del interior de una bolsa de plástico arrugada un bocadillo y empezó a comer. La fría noche se acomodó junto a él, acarició burlona su pelo y le habló al oído. Le dijo que esa sería la primera de las muchas noches en las que el frío y la lluvia... le servirían de manta.

6. LA SUPERABUELA

El piso de Sofía y Emilia abría sus puertas al vecindario para la reunión de todos los meses y lo hacía del mismo modo que venía haciéndolo desde el principio. Envuelto con el característico halo de cordial bienvenida con que siempre agasajaba a sus invitados. Cuencos con snacks variados, bandejas surtidas de montaditos, olivas sin hueso, pizzas, altramuces y refrescos de marca blanca para todos los gustos se hacinaban sobre la vieja mesa del salón, que aguardaba con impaciencia la reunión de todos los meses para poder sentirse útil. Probablemente, haría ya tiempo que se hubiese convertido en papel reciclado de no ser porque hacía buena falta para dichas ocasiones. Por eso trataba de mantenerse firme mientras duraba el ansiado evento, incluso cuando la pequeña del piso de enfrente se colgaba de mala manera sobre ella, cada vez que no alcanzaba a coger las dichas olivas. Sería aquella enorme mesa de salón ovalada y añeja la única en todo el edificio que odiaba a la pequeña. En defensa propia, eso sí. El día menos pensado la pequeñaja pegaría el estirón y le rompería de una todos los huesos del cuerpo. Entonces nadie sentiría lástima por ella.

El enemigo aún no había llegado. Pero eso no era consuelo para el longevo mueble pues, al parecer, era costumbre habitual que las aledañas hiciesen esperar al resto de los invitados. No tardarían en aparecer.

- Paco, tú come si tienes hambre, que las chicas lo mismo ni se acuerdan de la reunión. - Sofía habló a su vecino, que no despegaba los ojos de una bandeja de montaditos. El marido de Salvadora, los del tercer rellano, no parecía tener un buen día. Su enfermedad se lo comía cada día un poco más y cada día eran más los ratos en los que su mente le abandonaba a la deriva.

- Él siempre tiene hambre. - replicó Salvadora. - ¿Verdad, cariño? - acarició la mano de su marido y le sonrió sin ser correspondida. Paco descansaba en uno de los sofás orejeros que componían el tresillo granate de las hermanas del segundo, vestido la mayor parte del tiempo con su cada vez más habitual mirada ausente.

A su lado, sentada en una silla familia directa de la mesa del comedor y con el único objetivo de no separarse ni un segundo de su marido, se encontraba la fiel Salvadora. Pilar, la vecina medio calva del primero y Emilia ocupaban el sofá grande, y Amparo, la mujer que cuidaba de Pilar, cerraba el círculo apostada en el otro sofá orejero. Sofía iba y venía del comedor a la cocina formando un circuito cerrado del que parecía no poder salir. Colocaba bien los platos sobre la mesa, volvía a distribuirlos para que no faltase de nada en ninguno de los

extremos, rellenaba los vasos con refrescos cuando consideraba que no estaban lo suficientemente llenos y limpiaba concienzudamente la superficie de la mesa auxiliar donde descansaban los mismos. Y vuelta a empezar.

- ¡Verás como al final le tirarás a alguien el zumo por la cabeza! - le gritó Emilia a su hermana.

- El zumo es para la niña y está guardado en la nevera. Así es que no creo que pueda tirarlo. ¡Y no grites tanto que los demás no están sordos, Emilia!

- ¿Qué dice? - preguntó Emilia a Pilar.

La mujer cogió aire y se acercó cuanto pudo a su vecina para hablarle.

- ¡Dice que no se preocupe, que no tira nada! ¡Y si tira se limpia y santas pascuas! - Pilar acompañó sus palabras escenificándose a sí misma con una fregona.

- ¡Uy! ¡Seis meses o más! ¡Por lo menos! - respondió Emilia.

Pilar arqueó una ceja y volvió a coger aire.

- ¿Qué dice de seis meses, Emilia? - gritó de nuevo.

- Para las Pascuas. - aclaró la otra con su habitual sonrisa.

Salvadora se echó a reír con un gesto de sutil amargura en el rostro, como si no estuviese acostumbrada a hacerlo y aquello le resultase incómodo. La voz de Sofía se escuchó entonces por encima de todas.

-Emilia. ¡Por el amor de dios! ¡Haz el favor de ponerte el sonotone, que nos vas a volver locos a todos!

- ¿Qué dice? - quiso saber su hermana.

La pobre Pilar suspiró y agarró a la mujer de la mano, antes de volver a hablar a todo pulmón.

- ¡Póngase usted el aparato de la oreja, Emilia! - señaló con vehemencia hacia su propio oído derecho. - ¡La oreja! - insistió.

Emilia asintió varias veces con la cabeza y adquirió una expresión compasiva.

- Aún te queda mucho pelo, mujer. No tienes que preocuparte por eso. Lo que tienes que hacer es ir al médico. Ahora te ponen pelo y te lo agarran como si fuese tuyo. ¿No has visto a Camilo Sesto?

Pilar, que de no haber sido porque conocía a su amable vecina, la hubiese mandado a freír espárragos allí mismo, se limitó a mirarla con un gesto de incredulidad.

En ese momento hicieron su aparición las que faltaban para cerrar el círculo y poder empezar con la reunión mensual. Elena empujó la puerta que aguardaba medio entornada y asomó la cabeza.

- Buenas noches. ¿Se puede?

Los residentes saludaron efusivamente y al unísono a las recién llegadas.

Incluso el ausente de Paco pareció sonreír. Emilia echó mano rápidamente al bolsillo de su elegante pantalón de pinzas y extrajo un pequeño aparato con forma de interrogante. Se inclinó y habló a Pilar.

- Voy a ponerme el altavoz que a la niña no la oigo bien. -propinó unos golpecitos en la mano a su vecina. - Debe ser por la voz, que la tiene muy fina.

La buena de Pilar asintió con su infinita paciencia y puso los ojos en blanco.

- Hace usted bien, Emilia. - y lo dejó correr.

La pequeña Paula se escurrió por debajo de su madre a través del hueco que abrió ésta al empujar la puerta, dejó el saquito sobre el mueble del recibidor y corrió a repartir besos entre los presentes.

Las diez menos cuarto. El potaje de insólitos acontecimientos que se filtraba últimamente por las grietas de su vida y, desde esa misma mañana, también en la de Carmen, habían ocasionado un considerable retraso junto con su correspondiente sentimiento de culpa. La tarde se les había escapado sin apenas darse cuenta.

El dichoso desconocido había hecho acto de presencia desde su tradicional lejanía en un par de ocasiones a lo largo del día. Una de ellas convirtiendo a Carmen en testigo directo.

Sobre las siete de la tarde se había dejado ver cerca del parque donde se encontraban las mamás. Su aparición se convirtió en la confirmación que Elena necesitaba de cara a su amiga, y Carmen pudo ver en primera persona cómo las observaba con poco disimulo desde la distancia. El plan estaba trazado. A las diez Elena miraría por la ventana desde casa de Sofía. Si el “pollo” estaba en el “horno” (si el desconocido se encontraba entre los contenedores), mandaría un SMS con su móvil a Carmen y Rafa acudiría a ver qué narices estaba pasando.

Pero esa no era la única cuestión que inquietaba hoy a las dos amigas. El dichoso ramo de rosas rojas también tuvo su momento de gloria aquella tarde, y a diferencia del desconocido discípulo sin nombre de Elena, éste podía tener cientos de dueños. Cualquier hombre del barrio podría querer mandar flores a la guapa de Carmen, según la conclusión de Elena. Sólo cabía esperar que, fuera quien fuese, dejase de hacerlo o Carmen tendría serios problemas con su marido. Injusto sería tener que responsabilizarse de aquello.

Pero la cosa no acababa ahí, pues Doña Leonor también quiso participar en aquel batiburrillo, contribuyendo con su peculiar granito de arena. La vieja había vuelto a nombrar al perro. De nuevo su olor canino le molestaba. Esta vez, al parecer, la pestilencia se filtraba a través de la ventana de su habitación desde bien temprano y el problema ya no era que el animal no se acercase al porche.

Ahora el problema era el animal en sí. Y éste sí sería un dilema de esos que no la dejarían dormir.

Elena adoraba a Gigante tanto como su hija y casi tanto como Ismael. Al hombre se le partiría el corazón y Paula...no quería ni pensarlo. Ella no podría hacerse cargo de él, llegado el momento. Sencillamente no cabía en su diminuto piso y tampoco podría mantenerlo. A duras penas conseguía llegar a fin de mes. De modo que la idea de plantearse adoptar al animal se dibujaba como una gesta poco menos que imposible.

Y por si a alguien se le ocurriese que la solución pasase por Ismael o Carmen, la mala suerte ya se había ocupado de ello, dotando de alergia al pelo de perro tanto a Valeria como a la nieta del hombre. Todo un logro.

Quizás era pronto para poner el grito en el cielo. Quizás en unos días Doña Sapo Ponzosa se habría olvidado del tema. Mientras tanto ella se encargaría de rellenar más a menudo los ambientadores de toda la casa y mandaría a Ismael a por flores todas las mañanas. De cualquier manera, encontraría una solución para el noble de Gigante.

- Deberíais haber empezado sin nosotras. - se dirigió a Sofía mientras se quitaba el bolso y lo colgaba de una silla. - Se nos ha hecho muy tarde.

- Nosotros no tenemos prisa, mujer. - alegó ella al tiempo que le servía un vaso con refresco de naranja. Elena lo aceptó agradecida.

- ¿Habéis hablado de algo?

- Del tiempo y de las pensiones.

Elena sonrió a su vecina. - Pues cuando queráis empezamos.

Sofía dio un par de palmadas al aire con el fin de captar la atención de los asistentes.

- ¡Ale! Todo el mundo a la mesa. - ordenó.

En menos de un minuto los vecinos se acomodaban, obedientes, en torno a la vieja mesa del salón. Paula permanecería de pie, como siempre lo hacía en las reuniones. De ese modo campaba a sus anchas alrededor de la mesa. El primer canapé se lo entregó a Paco y éste le ofreció otro a cambio. Ambos rieron haciéndose cómplices el uno al otro. Salvadora desplegó una servilleta y la colocó sobre las piernas de su marido. Ella fue la primera en hablar.

- Entonces, ¿ya tenemos presupuesto?

- Tenemos tres. - respondió Amparo. - Dos míos y uno de Emilia. Pero no nos va a gustar ninguno.

- A nadie le gusta pagar, Amparo. - apuntó Sofía. - Pero la pintura del pasillo está que se cae a trozos y las barandillas ni te cuento.

Emilia se inclinó hacia Elena y le preguntó al oído algo que todos escucharon.

- Están hablando de la pintura de la escalera. ¿Verdad, cariño?

- Sí, Emilia. - le gritó. - ¿Cuánto le piden a usted?

- Dos mil ochocientos euros. - contestó.

- Y es el presupuesto más barato de los tres. - aclaró Amparo. -Lo que no consiga esta mujer...

- Eso son unos cuatrocientos y pico por vecino, contando con que el propietario del piso de las chicas quiera pagar. Que lo dudo. - comentó Salvadora.

- Hablaré con él. - protestó Elena. - y si hace falta se denuncia.

Todos los vecinos se opusieron con absoluta rotundidad. La sola idea de que los problemas del vecindario pudiesen generar algún tipo de molestia a las chicas, se les antojaba peor que si la mismísima parca en persona se presentase allí mismo y en el acto. De ninguna manera se molestaría al dueño del piso. De ningún modo aquella atípica familia correría el riesgo de perder a sus inquilinas. Y con éstas el fresco ya se había librado de unas cuantas derramas.

Elena observó a su hija mientras ésta intercambiaba otro pedazo de cena con su vecino de arriba. Paco, con la boca llena, aceptaba la porción de pizza que le ofrecía la pequeña Paula y le entregaba otra igual a cambio. La niña señaló con la punta de su pizza hacia la del hombre y los dos brindaron, cómplices y en silencio, ajenos a la mirada de su madre. Ojalá pudiese poner ella su parte. Suspiró.

- Está bien. - gruñó Elena. - No denunciaremos a nadie, pero iré a hablar con él. Al menos lo intentaremos.

- Yo iré contigo, cariño. - señaló Emilia.

- Sofía protestó enérgicamente.

- ¡De eso nada! No pienso dejar que te presentes allí a sacarle los cuartos y los colores a nadie. Sólo nos faltaba.

- Ese hombre no vale ni para atar sardinas, Sofía. - rebatió, Emilia. - Acompañaré a Elena porque soy la única vieja en todo este decrepito edificio que aún guarda algo de descoco... Aunque lo tenga ya un poco desgastado. - apuntó hacia Elena por lo bajo y continuó. - y mucho sentido del humor, capaz de meter a ese sinvergüenza en un brete sin que el hombre se ofenda. Y no grites tanto, mujer. ¿No ves que ya me he puesto el altavoz?

- ¿Ah, ¿sí? - Sofía no daba crédito. Los años pasaban y aquella mujer seguía escandalizándola, dos de cada tres veces que abría la boca. Una de las dos tenía que ser de otro padre. No cabía otra explicación. - Y, dígame...señora descocada ¿Qué es eso tan original que piensas hacer?

- Le enseñaré los pechos. - sentenció categórica.

Elena se echó a reír irremediamente. Salvadora y Pilar la acompañaron y

Amparo sonreía negando con la cabeza. A Sofía, sin embargo, pareció que se le escapaba un hilo de humo por las orejas. Paula preguntó a Paco por el motivo de tanta algarabía.

- Emilia cree que aún tiene tetas. - le respondió éste en confidencia.

Aprovechando el momento de alboroto Elena se levantó de la mesa y se acercó a mirar por la ventana un instante. Emilia la siguió con la mirada y observó cómo la joven tecleaba algo en su móvil. Luego se sentó de nuevo junto a ella y al cabo de unos segundos escuchó el *bip, bip* que anunciaba un SMS recibido. A partir de ese instante algo extraño comenzó a picotear sobre la punta de la nariz de la anciana. Elena se incorporaba de nuevo cada cinco minutos y de nuevo volvía a mirar por la ventana. Se diría que algo la inquietaba. ¿Tal vez...?

Aquella noche el bocadillo era de salami. El tomate untado sobre el pan convertía su cena en un bocado mucho más succulento. Y ahora que había encontrado trabajo en el puerto, su posición había mejorado notablemente. Ahora formaba parte de ese excelso círculo de ciudadanos que pueden permitirse acompañar su cena con una cerveza. Con qué poco puede uno sentirse afortunado cuando la suerte decide que no quiere saber nada de ti.

Miércoles, treinta de septiembre. Si tuviese un calendario haría una marca en el día de hoy. Bocadillo de salami, cerveza y dos contenedores pagados en el puerto. La fortuna se había descuidado y le había mirado sin querer durante un segundo. Lo suficiente para encontrarse con que esa noche el comedor social repartía su embutido favorito y Raúl, el vigilante del puerto, había conseguido por fin que al hombre le dejasen ayudar en la descarga de un par de contenedores cargados con cajas llenas de algo que pesaba como el demonio y que a él, curiosamente, había dejado menos agotado que al resto.

Tal vez aquella sería su primera y última vez en aquel trabajo. El patrón parecía contento pero “no sé si tendré trabajo para ti todos los días” habían sido sus palabras. Se acercaría a intentarlo cada tarde. Sólo necesitaba poder beberse una cerveza de vez en cuando y comprar ropa nueva.

Mañana mismo se compraría un suéter nuevo. Hacía un mes que llevaba puesto aquel puñetero jersey azul, y aquella estrella negra estampada en la tela empezaba a darle vomitera. Una vez a la semana bajaba a la playa y lo lavaba en las duchas junto con el pantalón, los calzoncillos y los calcetines. Luego se tumbaba en la arena envuelto en una toalla que Dora, la mujer del comedor social, le había permitido robar de los aseos, y esperaba pacientemente a que su ropa se secara. Siempre terminaba por ponérsela húmeda y eso, hasta ahora, no había resultado ser ningún inconveniente. Pero el tiempo estaba empezando a cambiar y hacerse el machote delante de nadie, así, a primera vista, le parecía

una gilipollez.

Si la fortuna volvía a descuidarse mañana, o tal vez en los próximos días, quizás en una semana conseguiría poder comprar la muda completa. De ese modo no tendría que despelotarse para lavarla.

Finiquitó su bocadillo y saboreó el último trago de cerveza. Estrujó la lata y la lanzó por encima de su cabeza. El objeto golpeó en el filo del contenedor de basura y rebotó hasta ir a parar al centro de la calle. Se incorporó de un salto y recogió la lata del suelo. Se acercó hasta el contenedor y se colocó de espaldas para describir un círculo con el brazo, escenificando un movimiento de baloncesto. Encestó la lata dentro de la gigantesca canasta y alzó los brazos representando un gesto de victoria. Movié las caderas. Por primera vez en mucho tiempo sentía algo que podría parecerse quizás, al estado en el que uno se encuentra cuando está de buen humor. Y no pudo evitar dejarse llevar.

Continuó con su baile de caderas y giró sobre sí mismo, marcando un ridículo ritmo salsero. Pero no pudo completar la vuelta completa. Un desconocido irrumpió, aguándole la fiesta y plantándose junto a él, como si aguardara a que terminase de bailar. Los dos se miraron y cuando el primero se disponía a alejarse de allí, el recién llegado se lo impidió, tendiéndole la mano de forma amistosa.

- Soy Rafa. ¿Qué tal?

El hombre dudó un instante. Luego respondió, claramente confundido, y estrechó la mano que le ofrecía.

- Leo. - se limitó a decir.

- Estabas aquí sentado. ¿Verdad? - señaló hacia los cartones que venían siendo su cama desde hacía un tiempo. - ¿Puedo?

Leo miró al desconocido y se encogió de hombros.

- Estás en tu casa. - le invitó.

Rafa se acomodó sobre los cartones, bajo la curiosa mirada de su nuevo amigo y sacó dos latas de cerveza del interior de una pequeña mochila. Ofreció una a Leo, que abrió los ojos de par en par. Dos cervezas en la misma noche. ¿Se habría muerto y estaba en el cielo? Más tarde se encargaría de pellizcarse para averiguarlo, por lo pronto aceptó el presente y se acomodó al lado de Rafa. Volvió a mirarle. Ambos abrieron su cerveza a la vez y Rafa la levantó, ofreciéndole un brindis. Chocaron las latas en el aire y bebieron, saboreando el líquido espumoso en silencio. Al cabo de unos segundos, Rafa habló de un modo que a Leo le recordó a la manera que tiene un amigo de hacerlo.

- Mi hija afirma que esto es pipí frío con burbujas. - levantó la cerveza y la observó. Su acompañante sonrió y continuó en silencio.

- ¿Has bebido alguna vez pipí? - añadió Rafa.

Leo negó lentamente con la cabeza. - No.- respondió.

- Yo sí.

El hombre levantó las cejas y se volvió a mirar a Rafa.

- ¿En serio? - preguntó sorprendido.

- La ley dice que un amigo no lo es de verdad hasta que no se convierte en un auténtico hijo de puta la noche de tu despedida de soltero. Los míos son amigos de los buenos. Un chupito, que tuvieron el detalle de servirme frío. Ellos de Chivas y yo de meado. - se echó a reír al evocar el recuerdo de aquella noche. -Nunca pregunté de dónde había salido aquello. Aunque sospecho que sólo uno de ellos es lo suficiente hijo de puta para darme de beber su propio orín.

- ¿Tu mejor amigo?

Rafa asintió.

- Martín. El rey de la montaña de los hijos de puta. Lleva tres años viviendo con su novia. No se quieren casar...el muy cabrón me tiene miedo. - sonrió- pero encontraré la manera...

- Sospecho que sabrás estar a la altura. - apuntó Leo.

- No te quepa la menor duda, amigo.

Rafa alzó de nuevo la lata, brindando al aire. Su compañero le imitó y ambos bebieron un largo trago. Permanecieron en silencio durante un buen rato. Después una ligera llovizna apareció para acariciar sus rostros y los hombres miraron hacia la luz de la farola más cercana. Diminutas gotas de agua atravesaban el haz de luz que proyectaba el foco, trazando finísimas líneas en el aire. Rafa rompió el silencio de nuevo.

- ¿De dónde eres, Leo?

- De por aquí.

- ¿Del barrio?

- No.

- ¿De Barcelona?

- Sí.

- ¿De qué parte?

- De cerca.

Rafa dejó escapar una carcajada seca y su acompañante le devolvió una sonrisa desafiante.

- Lo siento, Leo. No pretendo que esto parezca un interrogatorio.

- ¿No pretendes que un interrogatorio parezca un interrogatorio? ¿O lo que quieres decir es que no me estás interrogando? No te he entendido muy bien.

Lo estaba haciendo mal. Había empezado bien y ahora la estaba cagando. Su acompañante había retrocedido hasta colocarse de nuevo en la casilla de salida, para volver a convertirlos a ambos en desconocidos. Se rascó la cabeza y

se pasó las manos por la cara. Estaba perdido y no sabía de qué manera debía enfocar aquello. Había tenido días mejores y aquel no era uno de ellos. No había vuelto a ver a Carmen desde que el jodido ramo de flores hiciese su brillante aparición y sólo tenía ganas de verla.

Por eso cuando habló de nuevo, no fue consciente de lo que decía hasta que no se escuchó a sí mismo.

- Un hijo de puta se dedica a mandarle flores a mi mujer.

Leo guardó silencio unos segundos antes de contestar.

- Ese sí que es un buen amigo.

Se miraron durante unos segundos y Rafa finalmente se echó a reír. Leo le imitó y terminaron riendo juntos.

- Mi mujer es la mejor amiga de Elena. Vive aquí. ¿La conoces? -sentenció. Si de algo podía presumir era de saber diferenciar desde la primera impresión el carácter de la gente. Aquel tío era más inofensivo que Bob Esponja y empezaba a cansarse de jugar. Necesitaba meterse en la cama con Carmen y acurrucarse dentro de su cuerpo. Necesitaba escuchar sus reproches. Hacerle la puñeta hasta conseguir su perdón. Por haberla responsabilizado de aquello y por no haberla llamado en todo el día. Necesitaba saber qué pasaba con Elena. Por qué un hombre que a simple vista resultaba de lo más normal y que de ninguna de las maneras tenía la habitual fachada de un indigente, habría decidido hacer lo que parecía estar haciendo.

Leo dejó de reír de forma instantánea y se puso tenso. Miró a Rafa e hizo un gesto ambiguo con la cabeza. Después se limitó a beber y respondió con una pregunta.

- ¿Quién eres?

- Esa pregunta requiere una respuesta tan simple como evidente. Soy el marido de la mejor amiga de Elena. La pregunta es ¿Quién eres tú?

- Mi respuesta a tu pregunta es tan simple y evidente como lo es tu respuesta a mi pregunta. Soy Leo. Un amigo a quien acabas de invitar a una cerveza. No creo que tengas que saber nada más sobre mí.

- Lamento tener que contradecirte, amigo Leo. Verás. Sólo quiero poder irme a casa con mi guapísima mujer y mi preciosa hija. Por lo tanto, espero poder resolver este asunto lo antes posible y espero que tú me ayudes.

- Mucho me temo...amigo...que ésta va a ser una corta amistad.

El ambiente comenzó a tensarse como una cuerda que quiere ser arrastrada hacia sus dos extremos opuestos. Aún no habían llegado a ese punto en el que podría llegar a romperse, pero sí pareció que cada uno se dispuso a ocupar su posición. Leo sería el primero en incorporarse y Rafa no tardó en imitarle. Ambos sabían que durante una gresca la ventaja la otorga la posición. Es

preferible mirar a tu contrincante desde arriba. Y una pelea era exactamente aquello que ninguno de los dos quería. Pero en ese instante las intenciones del contrario, sólo él las conocía.

Empleando ambos la pose menos amenazadora que encontraron para la ocasión, se situaron uno frente al otro y se miraron fijamente a los ojos. Rafa calibró al hombre que tenía enfrente. No sería presa fácil llegado el momento y eso decía mucho de él. No parecía llevar arma alguna. Dato que, curiosamente, le resultaba menos preocupante que la seguridad que demostraba con su presencia. El hombre que tenía delante, definitivamente, estaba muy seguro de su forma física. Sería mejor no tener que llegar a las manos o ambos acabarían lamentándolo.

Esta vez fue Leo quien quebró el rígido silencio que les envolvía y lo hizo sin dejar de mirar directamente a su oponente.

- Ahora, si me disculpas, tengo que...

Rafa le interrumpió levantando las manos con las palmas hacia delante en señal de rendición.

- Está bien, Leo. Vamos a ver si podemos solucionar esto de una manera cordial. Creo que hemos empezado con mal pie. "Mea culpa". -se golpeó el pecho. - Quizá no he sabido hacerlo bien.

Leo desestimó la petición que Rafa le ofrecía, negando con la cabeza.

- Tengo que irme. - sentenció.

- ¿Te mudas? - insistió Rafa.

El desconocido espía de Elena colocó las manos sobre sus caderas y resopló tratando de serenarse. Menuda mosca cojonera.

- Es mejor que me vaya.

- ¿Por qué?

- Porque no quiero que ninguno de los dos tenga que visitar esta noche el hospital. - señaló amenazador con el dedo índice hacia el hombre que tenía enfrente. - A ti te espera tu mujer en la cama y yo no tengo una donde dormir. Por lo tanto, tú saldrías perdiendo, amigo.

Se disponía Rafa a responder a su oponente cuando de repente, las luces del viejo edificio situado frente a ellos se encendieron inundando un fragmento de acera. La puerta se abrió y del interior surgió, pretendiendo ser un rayo, Emilia acompañada de Elena, que la seguía pisándole los talones. La mujer cruzó con firme determinación la estrecha calle y se plantó delante de Rafa. Elena no franqueó la seguridad de la puerta y al verla, Leo agachó rápidamente la cabeza. De súbito mudó su amenazadora expresión para convertirse en algo parecido a un niño avergonzado.

- ¡No, no, no! - protestó Emilia. - Nadie va a molestar a mi Leo. -reprendió

con furia a Rafa.

El rostro de éste quedó cubierto por un abstracto poema sin sentido. Uno de esos que carece de pies y cabeza. No encontraba palabras para enfrentarse a la anciana que, plantada cual titán frente a él, le amenazaba en ese instante con un delgado y huesudo dedo, apuntándole directamente a la cara a menos de un palmo de distancia. Sólo se le ocurrió echar un vistazo por encima de la mujer y buscó, aturdido, los ojos de Elena, tratando de encontrar una explicación a semejante incoherencia.

Y semejante incoherencia tuvo su origen exactamente cinco minutos antes, unos metros por encima de él. La curiosidad de Emilia había podido con ella y harta de ver cómo su vecina se asomaba continuamente a mirar por la ventana...

- Elena, cariño. ¿Se puede saber qué ocurre? ¿Hay algo que te preocupa?

- No, Emilia. Está todo bien. - Elena mintió en un intento por ocultar su evidente nerviosismo a Emilia. La tan longeva como astuta vecina.

La anciana hizo caso omiso y se incorporó de la silla, ayudándose con la mesa del salón. El resto de los asistentes continuaban sumergidos entre presupuestos y colores para la escalera. Elena trató de despistarla.

-No pasa nada, Emilia. De verdad. - la mujer consiguió levantar su débil y frágil cuerpo y se dirigió hacia la ventana. Intentó bloquearle el paso. - Es un amigo, Emilia. - insistió. - No tiene que preocuparse por nada.

- ¿Leo es amigo tuyo? - preguntó, curiosa.

Elena abrió la boca para responder y no consiguió articular palabra. “¿Leo?” Miró estupefacta a la mujer y cuando logró cerrar la boca, no pudo pensar con claridad durante un rato. En su lugar se dedicó a permanecer petrificada, mientras la anciana pasaba por delante de ella y enfilaba, lenta pero inexorable, el camino en dirección a la ventana. Se aproximó lentamente y se situó a su espalda. Las dos miraron a través del cristal. Elena ordenó el desbarajuste que se amontonaba en el interior de su cabeza y formuló una pregunta.

- ¿Conoce usted a ese hombre?

- ¿Qué? - gritó la mujer. Elena echó hacia atrás la cabeza. Había hablado a su vecina desde detrás y por el oído equivocado.

Rectificó su posición y habló más alto esta vez.

- ¿Conoce usted a ese hombre, Emilia?

- ¡Claro! Es un pobrecito vagabundo que no tiene hogar, cariño. ¿Es amigo tuyo? No lo sabía. - se asombró.

- No, Emilia. Ese hombre no es amigo mío. Mi amigo es el otro. -señaló hacia la persona que charlaba junto a él. - Ha venido a decirle que se vaya. No es bueno que tengamos a un desconocido viviendo....

- ¡Ah, no! ¡De eso nada! - la anciana protestó con todo su brío y enfiló, a la carrera más lenta del mundo, con pasos cortos pero firmes, el camino hacia la puerta. Elena se quedó de nuevo con la boca abierta, sin poder hacer otra cosa que verla marchar.

Lo siguiente fue que ambas aparecieron en el portal dos minutos después y Emilia amenazaba a Rafa directa y fulminante. Éste continuaba mirando a Elena en busca de una respuesta. Y la respuesta que recibió vino en forma de interrogante. Elena se encogió de hombros y negó con la cabeza mientras la anciana continuaba con su sermón.

- ¡Este hombre es amigo mío y aún no conozco a nadie que se haya quejado de él! Puedes ir olvidándote de hacer con él lo que quiera que estés pensando hacer, muchacho. - decretó tajantemente.

Leo intervino tratando de poner paz de por medio.

- No tiene que preocuparse por nada, Emilia. Rafa es un amigo que ha venido a invitarme a una cerveza. Sólo estábamos charlando un rato. ¿Lo ve? - trató de tranquilizar a la mujer mostrándole la lata de cerveza. - Ningún problema. - aclaró y de nuevo agachó la cabeza, como si quisiera esconderse.

Elena llamó a su vecina desde la protección del interior del portal donde se encontraba.

- Emilia. Haga el favor de venir. Subiremos a casa y aclararemos este mal entendido. ¿Qué le parece? Rafa. ¿Puedes venir tú también?

- Por supuesto. Yo encantado. - Rafa respondió y se dispuso a acompañar a la mujer, ofreciéndole un brazo que ella rechazó vigorosamente, para dirigirse hacia su protegido. Cogió la mano del hombre y la acarició antes de hablarle, mientras el marido de Carmen se dirigía hacia el portal.

- No te preocupes, cariño. No va a volver a molestarte.

- Nadie me ha molestado. - respondió Leo a la anciana, cobijando la mano que ésta le tendía entre las suyas.

- No habrá intentado echarte de aquí. ¿Verdad?

- Sólo estábamos charlando.

Mientras la curiosa pareja conversaba, Elena y Rafa observaban, absortos, la tierna escena desde su posición y hablaban entre ellos sin dejar de mirarlos.

- ¿Has podido averiguar algo? - preguntó ella.

- Sí...que tu vecina y ese tío son amigos, que esa mujer puede ser más peligrosa que un guerrero espartano y que está empezando a llover. - se encogió de hombros. - No mucho, pero moja.

- Interesante. ¿Nada más?

-...se llama Leo.

- Eso ya lo sé.

- Entonces sabemos lo mismo.

- ¿Le has preguntado algo?

-Sí.

- ¿Y...?

Rafa se rascó la cabeza y dudó un instante antes de contestar.

- No bebe pipí. - concluyó.

Elena dejó de mirar al frente para echar un vistazo a su amigo, con el ceño fruncido y la expresión de besugo.

- Qué tío más raro...- respondió.

- Pues sí. - su amigo asintió con la cabeza y adoptó un gesto pensativo.

Elena le asestó un cachete en el brazo.

- ¡Rafa!

- ¡Ah, sí! Y es de cerca. - añadió con un sobresalto.

- ¿De cerca de dónde?

- De cerca de aquí...supongo.

- ¿Supones?

-...Supongo.

-...Ya...Y ¿nada más?

- No es un indigente. De eso estoy seguro.

- ¿Cómo estás tan seguro?

-Salta a la vista. ¿Dirías tú que ese tío es un vagabundo?

-...No tiene pinta. ¿Hay algo más de lo que estés seguro? Rafa asintió lentamente. - Sí...

- ¿Yyyy? - preguntó, con ganas de darle una patada en la entrepierna.

- Que no me gustaría tener que pelearme con él.

Elena desplegó los ojos, sorprendida, y deslizó ligeramente la barbilla hacia atrás, como si acabase de encajar un buen golpe. Rafa era un verdadero maestro en las artes marciales. Un campeón de los grandes. De esos que jamás ocupan portadas en los periódicos ni roban un minuto al fútbol en la sección “deportes” del telediario. O sea, un deportista de verdad. Aprendió de su padre, literalmente, a hacer llaves de karate antes de pronunciar su primera palabra. La amplia carrera que le avalaba en esas lindes dejaba tras de sí un extenso legado de premios, títulos y estanterías llenas de trofeos que daban lustre y caché al gimnasio que regentaba. Que alguien con semejante historial deportivo afirmase algo así, era como decir que alguien como Emilia pudiese sentir, en un momento dado, vergüenza por hablar en público. Una barbaridad en toda regla y con mayúsculas.

- ¿Por qué dices eso? - preguntó pasmada.

- Yo diría que este tío ha entrenado mucho y durante mucho tiempo.

- ¿Debo tener miedo?
- No.
- Lo dices muy tranquilo.
- No bajaremos la guardia, pero no quiero que te preocupes.
- ¿Tú no tienes miedo?
- Es inofensivo, Elena. No sé quién es, ni qué está haciendo aquí. Pero estoy seguro de un par de cosas: No es peligroso y no es un indigente. Bastante seguro. Sí.

- ¿Sí?
- Sí
- ¿Puedo dormir tranquila?
- Puedes dormir tranquila.
- No entiendo cómo puedes estar tan seguro de lo que afirmas.
- ¿Le has mirado a los ojos?

Elena permaneció en silencio al lado de su amigo y al cabo negó con la cabeza.

- Lo suponía. - afirmó Rafa. - Deberías hacerlo. Averiguarías, entre otras cosas, que es un tío guapo. - agarró a Elena por los hombros y la estrujó cariñosamente mientras le sonreía divertido.

- A lo mejor es un regalo que el cielo te ha mandado para quitarte las telarañas. - bromeó.

Elena zarandeó los hombros para liberarse de su amigo, como quien se sacude un bicho de encima. El amago de una timorata sonrisa trató en vano de escapar a través de las comisuras de sus labios.

- ¡Quita! ¿Estás tonto? Esto no tiene gracia ¿Sabes? - protestó con vehemencia. - Te llamo para que me lo quites de encima y me quieres casar con él.

- ¿Quién ha hablado de matrimonio? Un achuchón, Leni. -Rafa le golpeó ligeramente con el codo y se echó a reír.

- ¡Emilia! - gritó al tiempo que sus mejillas se teñían de un rubor granate.

Al otro lado de la calle, la anciana y el hombre que parecía haberse convertido en el hijo que nunca tuvo, continuaban a lo suyo. Emilia, como no podía ser de otra manera, hizo, literalmente, oídos sordos a la llamada de su vecina. Elena pudo ver cómo su acompañante, apuntando en dirección hacia el edificio donde se encontraba, informaba a la mujer de que estaba siendo reclamada por su vecina. La anciana, obediente, no tardó en darse la vuelta y miró a Elena, que haciendo gestos con la mano la invitaba a volver a casa.

La tenue llovizna que se había dejado caer por allí hacía unos minutos, parecía haber amainado. Pero el espeso sombrero con que se había vestido hoy la

noche continuaba amenazando sobre sus cabezas. Emilia no estaba contenta. No se marcharía tranquila sabiendo cuán ingrata suerte podría correr el hombre en aquellas condiciones.

Tranquila o no, sabía que debía despedirse. Poco podía hacer por él y tenía una conversación pendiente con su vecina y ese amiguito suyo. En breve pondría unos cuantos puntos sobre sus correspondientes íes, y después ocuparía su tiempo en encontrar una solución para su protegido. No iba a encontrarse a estas alturas, y a sus setenta y nueve años, con un problema al que no pudiese enfrentarse de cara. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

- ¿Estarás bien, cariño?

- Como un marqués, Emilia.

- Lloverá...

- Soy impermeable.

- ¿Tienes la manta?

- Escondida debajo del contenedor. Márchese que la están esperando.

Es en el rostro de un anciano donde cualquier expresión de ternura alcanza su punto más álgido, pues es allí donde tiene su origen la verdadera compasión. Y cada vez que un mayor siente aflicción por alguien, su tez se tiñe del mismísimo color de la tristeza. Porque dicha emoción se sobrepone a sí misma y su huella se clava un poco más en las grietas de su piel. Por eso, cuando Emilia giró sobre su frágil cuerpo tras despedirse de Leo, justo antes de fruncir el ceño y cargar su mirada con la artillería más pesada que tenía para enfrentarse al enemigo, Elena pudo distinguir en los ojos de su vecina, el destello de la más pura y lánguida tristeza. La mirada taciturna que delataba a su dueña y envejecía el rostro en el que habitaba. A esa mujer le importaba mucho aquel hombre. Sus ojos lo confesaban a gritos y Elena no pudo evitar contagiarse de aquel sentimiento. O eso creyó, porque tan pronto Emilia pestañeó, se deshizo del pesar que la embriagaba y atacó disparando balas de odio directas al amigo de su vecina, mientras avanzaba inclemente en dirección al edificio.

Atrás quedó Leo que, al igual que un niño al que han descubierto haciendo una trastada, se apresuró a esconderse detrás de los contenedores de basura. Allí se agazapó y aguardó estático a que los invitados abandonasen el lugar.

La puerta del edificio se cerró y al cabo de un par de minutos la luz de la escalera se apagó, quedando de nuevo en penumbra el fragmento de acera que se había iluminado instantes atrás. El silencio cayó de nuevo sobre su cabeza como un manto frío. El manto del telón que daba por concluida la función. Ella se había marchado. Siempre había sido así.

Se incorporó de un salto y se sacudió de encima los últimos diez minutos. Su nuevo amigo no tardaría en volver. Probablemente aclararía aquel

malentendido y marcharía cuanto antes junto a su esposa. Era un auténtico plumazo. Pero de algún modo, había conseguido caerle bien. A decir verdad, la belleza de su mujer no pasaba desapercibida. Ya había reparado en ello y sabía perfectamente quién era Carmen. Era comprensible el estado de nervios en el que debería encontrarse un hombre en su situación. Pero el interrogatorio al que había tratado de someterle no le había gustado lo más mínimo y lo último que le apetecía era volver a encontrarse con él. Elena y la niña no irían a ningún sitio y un paseo no le vendría nada mal.

Marchó pues, de camino hacia la rambla marítima con paso tranquilo. Su mano derecha descansaba dentro del bolsillo del pantalón y con la izquierda se acariciaba la cicatriz de la cabeza. No dejaba de asombrarle lo rápido que su pelo la había cubierto. En ocasiones todavía sentía palpitaciones.

Levantó la vista y miró hacia el cielo. La delgada línea curva de la luna creciente trataba de asomar entre las densas nubes que teñían de oscuro el gris del firmamento. A lo lejos, un silencioso rayo iluminó el cielo durante una fracción de segundo. Se dirigió hacia la playa y pasó junto a un banco donde dos chavales charlaban mientras fumaban algo “a medias”. Un aroma a marihuana inundó su nariz al pasar por su lado. Le resultó familiar. Luego el sonido amenazante de un trueno lejano irrumpió en el silencio de la noche. Volvió a mirar al cielo y apretó los labios en una mueca de desánimo. “Mal asunto” ... pensó.

7. EL LIBRO (TOMA DE CONTACTO)

- Le repito, doña Emilia, que no sabía que ustedes dos eran amigos. De haberlo sabido...

- ¡Pero bueno! ¿Cómo tengo que decirte que no me llames doña Emilia?

- Perdón, Emilia. Me pone usted nervioso y ya no sé ni lo que digo.

- Pues espero no tener que volver a ponerte nervioso, amiguito. Y créeme que la próxima vez que te vea tratando de echar a nadie de mi basura, me veré obligada a tomar cartas en el asunto. ¿Me has entendido bien?

Rafa levantó las manos en señal de derrota.

- Perfectamente, doñ...Emilia.

- Quisiera yo saber el mal que puede hacerle a nadie ese pobre muchacho. Sin un techo que le sirva de cobijo por las noches. Sin un triste colchón donde poder descansar. ¡Habrase visto! ¿Dónde iría si lo echamos de aquí?

- Eso quisiera yo saber.

- ¿Te estás burlando de mí, jovencito?

- ¡No, por Dios! No se me ocurriría...

El escuálido piso de Elena se había convertido en sede de la “otra” reunión que tenía lugar esa noche dentro del edificio. Mientras el resto del vecindario andaba finiquitando la primera, los tres restantes intentaban hacer lo propio con la segunda. Bueno...más bien dos de ellos. Emilia no estaba muy por la labor de dar carpetazo y continuaba en el mismo estado de enojo con el que había entrado por la puerta. Durante el tiempo que tardó el minuterero en pasar de las diez y media a las once menos cuarto de la noche, se había aplicado concienzudamente en enfadarse con Rafa, y éste había aguantado estoico los embistes de aquella guerrera espartana, mientras aguardaba con la paciencia de un santo un rescate que parecía no llegar nunca.

La heroína se hizo esperar pero al fin intercedió.

- Ya hemos tenido bastante por hoy, Emilia. - Elena se dirigió hacia ella y agarrándola por los hombros la encaminó hacia la salida. - haga el favor de irse a casa que yo iré enseguida. - la anciana trató de protestar pero ella se lo impidió. - Sofía y los demás estarán preguntándose qué pasa. Así es que debe usted ir a inventarse algo, que yo acudiré lo antes posible. Y asegúrese de que Paula ha comido postre. Ya sabe usted que si no estamos encima se nos escabulle.

De repente pareció que la mujer volvió a su estado natural, cuando el nombre de la pequeña le golpeó de lleno sobre la tapa de la razón. El instinto apareció para poner orden sobre sus ideas y lo más importante ocupó de nuevo el lugar que le correspondía. Se dejó llevar hasta la puerta y antes de salir habló a

su vecina, esta vez con una nota de dulzura en su voz.

- Leo es bueno, cariño. ¿Crees que permitiría que un desconocido rondase por aquí si creyese que puede ser peligroso para la niña?

- Lo sé, Emilia. Y confío plenamente en su juicio.

- Hace muy mala noche. ¿Crees que podríamos dejarle dormir en el portal?

- ¡De eso ni hablar! - respondió Elena sobresaltada, y zanjó el tema señalándole el camino con determinación. Emilia desistió con claros síntomas de frustración. Después lanzó una mirada amenazadora a Rafa y se volvió para dirigirse hacia su casa. Elena la observó marchar. Ya eran dos las personas que aquella noche le habían asegurado la fiabilidad del desconocido personaje.

Cerró la puerta y lentamente se dio la vuelta hasta quedar frente a frente con Rafa, que aguardaba con los brazos en jarras. Elena suplicó clemencia con la mirada y Rafa protestó...a su manera.

- No me lo digas. Fue portero de discoteca en sus tiempos. ¿A que sí?

- Pobrecita. No digas eso.

- ¿Se puede saber por qué has tardado tanto en intervenir? He estado dudando entre lanzarme de cabeza por la ventana o llamar a los geos.

- Emilia se ríe de los geos. Es mejor dejarla que se desahogue, si no lo paga con su hermana.

-Pues no te olvides de decirle a su hermana que me debe una cena.

- ¿Alguna conclusión?

- Ya te lo he dicho. No es peligroso. Y parece que Mike Tyson está de acuerdo conmigo. Mi opinión es que, si quieres saber algo más, deberías preguntarle tú. Sea lo que sea lo que busca ese hombre, dudo mucho que quiera contármelo a mí.

Elena se pellizcó el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar tratando de ordenar sus ideas.

- Entonces, ¿no es a mí a quién sigue? ¿Todo esto tiene que ver con Emilia?

- Desconozco qué tiene que ver tu vecina con todo esto y creo que deberías averiguarlo. Pero no creo que el origen esté en ella. Sospecho que la abuela ninja no es más que un espontáneo que pasaba por allí.

- No entiendo a dónde quieres ir a parar.

Rafa suspiró y se acercó hasta ella. Habló con indulgencia.

- Muy fácil. Ese tío te sigue y de rebote se hace amigo de tu vecina. Ella se convierte en su mecenas y ahora no hay quien le tosa. Mi consejo, habla con ella y averigua qué sabe. Después habla con él. Si tienes miedo avísame cuando quieras hacerlo y te vigilaré. Pero debes hacerlo tú, Leni. Yo sólo puedo protegerte.

-Entiendo. - Elena se mordió el labio inferior, nerviosa. - Muy bien. Hablaré

con él. Porque todo esto no tiene nada que ver con Emilia, aunque lo parezca. Ella es una agregada en esta historia tan... ¿surrealista? Es a mí a quien quiere. Y cuando digo quiere no me refiero a que quiera de querer. Me refiero a querer de finalidad. De objetivo. O sea, que este tío quiere algo que tiene que ver conmigo, pero ni tú, ni yo, ni mi vecina sabemos de qué se trata. Aunque sí sabemos que yo no tengo nada que pueda querer...- miró a su amigo fijamente. - porque yo no tengo nada que pueda querer ese tío... ¿no? Y sea lo que sea, sólo va a decírmelo a mí. Suponiendo que quiera decírmelo.

Rafa sonrió y acarició cariñosamente el pelo a Elena.

- Algo así. - respondió. - Pero sin que te preocupes ni te pongas nerviosa. Y no olvides averiguar primero qué sabe de él la superabuela. Algo le habrá contado. ¿Crees que puedo irme ya? Todavía tengo que recibir unos cuantos cachetes más.

Elena reaccionó. Con todo aquel jaleo se había olvidado por completo de preguntar acerca del ramo de rosas. Rafa no estaba teniendo un buen día y había sido muy egoísta por su parte, al no mencionarlo si quiera.

- Lo siento, Rafa. No me acordaba. Soy una mala persona.

- Lo sé. Lo supe desde el primer momento en que te vi. - pellizcó suavemente su mejilla. - pero te aguanto porque quiero tu dinero.

Elena se echó a reír.

- No pienso dejarte ni un euro. ¿Cómo estás?

- Arrepentido.

- Eso no es nuevo. ¿Aún no habéis hablado?

- Se me ha presentado un proveedor a última hora. He venido aquí directamente.

- No es la primera vez que le mandan flores. Ya lo sabes.

- De eso hace ya mucho tiempo ¿Debería estar acostumbrado?

- Deberías saber a quién ama.

- ¿A quién ama, Leni?

- Pues es un tío muy majo. Deberías conocerle.

- Te sacaré los cuartos antes de asesinarte. Lo juro.

- Los escondí a conciencia, cariño. No recuerdo dónde...Será mejor que vayas a casa. Si necesitas ayuda llámame. - bromeó Elena.

- Siempre puedo pedirle a mi nuevo amigo que me deje dormir en su casa.

Elena se echó a reír.

- Sitio no te faltaría. Tiene una vivienda muy espaciosa.

Rafa sonrió y abrazó a su amiga, antes de plantarle un gran beso en la frente. Elena se zafó de su abrazo lo antes posible. Rafa era, en ocasiones, demasiado cariñoso para su gusto. Claro que, cualquiera que rozase su piel más

de dos veces en el mismo día entraba dentro de la categoría “extra cariñoso”.

Un minuto más tarde abandonaba el edificio. Antes de salir del portal se detuvo a chequear los contenedores en busca de Leo. La lluvia boba había vuelto, esta vez con un punto de intensidad. El hombre había desaparecido. Suspiró. Curioso personaje para una curiosa y enigmática historia. Una punzada de intriga le aguijoneó por dentro. Exactamente igual que cuando pensaba en cualquier asunto que tuviese algo que ver con la vida de Elena. Introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón y emprendió raudo el camino de vuelta a casa, buscando a su paso el cobijo de los balcones.

La reunión mensual de vecinos de aquel extraño miércoles, treinta de septiembre, fue clausurada exactamente a las veintitrés cero cinco de la noche, sin apenas datos concluyentes. Amparo y Salvadora no consideraban que fuese urgente pintar la escalera, y Sofía y el resto (exceptuando a Paco y a la niña) opinaban que aquello entraba dentro de la categoría DEFCON uno. Al regreso de Emilia la cosa quedó en tablas, ya que todos centraron su atención en averiguar por qué las dos mujeres se habían ausentado sin dar explicaciones. La anciana inventó una patraña tan extravagante que únicamente la pequeña Paula se atrevió a preguntar. Pero fue lista y esperó a encontrarse en casa con su madre para hacerlo. La cuadrilla mostraba claros síntomas de agotamiento, y mamá, por el contrario, nunca se cansaba.

- ¿Emilia tiene una amiga, que tiene un gato, que se ha perdido y lo habéis encontrado dentro de una caja de zapatos, dentro de un cubo de basura, mamá?

Elena preparaba un vaso de leche de espaldas a su hija cuando ésta le habló. Al oír aquello levantó la cabeza y las cejas al mismo tiempo, miró hacia la nada de la pared que tenía enfrente, y puso cara de boba. Paula dividía su atención entre los dibujos de la tele y la tarea de colocarse bien los pantalones de su pijama.

- Supongo. - respondió, sin más.

- ¿Lo has encontrado tú?

Elena dudó un instante, y finalmente decidió apuntarse el tanto.

- Sí.

- No, mamá. Lo ha encontrado el tío Rafa.

- ¡Ah, sí! No me acordaba.

- ¿Has llamado al tío Rafa para que “vindiera” a buscar al gato de la amiga de Emilia? - localizó por fin la etiqueta en el interior del pantalón y metió los pies.

Elena terminó de calentar la leche y se dirigió hacia el sofá. Se sentó junto a la pequeña y aparcó el vaso en una esquina de la mesa para ayudarla. Introdujo

la cabeza de su hija por el hueco del jersey antes de contestar.

- Viniera. - le corrigió. - No lo recuerdo muy bien.

- Emilia dice que le has llamado tú porque no lo encontrabais y que ha tenido que vaciar el contine...el cubo de la basura. El tío Rafa es súper fuerte. ¿A que sí? Porque esos cubos son muy grandes.

- Es muy fuerte, sí.

- A lo mejor mi papá también era muy fuerte. Y también habría podido...

- He pensado que este año podemos pedirles un perro a los reyes. ¿Qué te parece?

Elena la interrumpió y cambió de tema drásticamente. Aquello era pan para hoy y hambre para mañana, pero no se le ocurrió otra manera mejor de desviar la atención de la pequeña, en un espacio de tiempo tan breve. El resultado fue de sobresaliente. La niña comenzó a dar saltos y a girar sobre sí misma, al tiempo que gritaba pletórica. “¡Oh, oh!”, se lamentó mamá mientras buscaba la manera de retroceder en el tiempo. De haber tenido un par de segundos más habría optado por buscar otra salida, pero ¿cuánto tiempo hubiese necesitado su hija para acabar de preguntar? ¿Hasta dónde habría querido saber? ¿Cuánto sería lo que, llegado el momento, necesitaría saber? No quería tener que arriesgarse. No podía permitirse el riesgo. Aún no estaban preparadas para afrontar la verdad. Ninguna de las dos. Paula era demasiado pequeña para enfrentarse. Ella misma no querría saberlo. Que nadie se lo dijese...nunca.

Aquella noche, mientras observaba a su hija girar y saltar de alegría, un doloroso pero sensato pensamiento la invadió por dentro. Paula lloraría la mañana de reyes al descubrir que todo había sido mentira. Pero era mejor así. Cualquier cosa era mejor que la verdad.

La quimérica felicidad que le había regalado su madre, provocó un considerable retraso a la hora de dormir y Paula tardó más de lo habitual en relajarse. La primera media hora la empleó en decidir el nombre y la raza de su futura mascota. Durante la segunda, resolvió ahorrarles el gasto a sus majestades los Reyes de Oriente, y se decantó por Gigante. Aterrizó pues en los brazos de Morfeo diez minutos antes de las doce, acompañada por el mejor de los amigos, su fiel perro.

Media noche en el reloj de la cocina. Sentada en el sofá, con un tazón de leche atiborrado de cereales y los pies estirados sobre la mesa, Elena pasaba a limpio y esquematizaba los últimos acontecimientos. El sonido de la lluvia se quebraba tras los cristales y la televisión proyectaba extrañas sombras sobre la oscuridad de la estancia. En ella, un puñado de niños alineados en una perfecta escalera de mayor a menor deleitaban al espectador con canciones de otro

tiempo. Su padre, un coronel del ejército alemán, enamorado en silencio de una monja que hacía las veces de institutriz, manejaba a sus retoños con un silbato. Maravilloso invento. Froilán María le correspondía, pero aquello no era posible, pues ambos pertenecían a clases sociales distintas. Elena se llevó una cucharada de cereales a la boca, mientras observaba a los niños cantar. Ni rastro de ningún contenedor de basura. Allí nadie dormía sobre cartones mientras el cielo le escupía agua sobre la cara. Nadie que se escondiese de su pasado para vivir con la pena resquebrajando su alma hasta el fin de sus días. Nadie que fuese capaz de engañar a su hija de la manera más despreciable con el fin de erradicar cualquier pregunta relacionada con todo lo anterior a su nacimiento. Nadie tan ruin como ella en aquel reparto.

Terminó sus cereales y se dirigió a lavarse los dientes y a hacer pipí. Mientras hacía lo segundo analizaba su conversación con Rafa. ¿Qué habría querido decir con que no bebía pipí? ¿De qué manera habría llegado a esa conclusión? “Hola, ¿qué tal? Yo me llamo Rafa. ¿Bebes pipí?”. Poca información podría extraerse de alguien si el tema giraba en torno al orín. Aunque tratándose de Rafa, bien podría ser una broma. Tal vez ironizaba en referencia a algún otro tema. Mejor no tratar de averiguarlo o, probablemente, se encontraría con algo más escatológico de lo que quisiera.

Se lavó las manos y volvió de nuevo a la pequeña salita. Las imágenes de los niños cantores continuaban proyectando extrañas sombras en el habitáculo. Recogió su tazón de la mesa y lo llevó a la pila. La parte positiva de vivir en un cuchitril de treinta metros cuadrados era que todo llegaba pronto a su sitio. Por no hablar del poco tiempo que empleaba en limpiar. Tampoco tenía que encender luces, ya que la que emitía la televisión, bastaba para manejarse con facilidad.

Ahora fregaba los vasos con esa misma luz. A veces la pantalla de la tele permanecía durante un segundo en negro al pasar de una escena a otra, pero la claridad que se filtraba por la ventaba la sustituía. Un destello ligeramente más intenso que el resto captó su atención y giró la cabeza desde el fregadero, en dirección a la película. Froilán María cantaba, esta vez junto a la mayor de los hermanos. También allí era de noche.

La ventana descansaba detrás del aparato. No había vuelto a asomarse desde la marcha de Rafa. No era necesario. Sabía exactamente quién había allí abajo. Terminó de enjuagar los vasos y pasó la bayeta por los bordes de la pila. Se secó las manos, colgó el trapo en su gancho y se dirigió hacia la ventana. Aquello se convertiría cada noche en una especie de ritual. Era como ver una araña gorda y peluda en el techo. Verla produce repelús. Pero volver a mirar y no verla es mucho peor. Claro que a estas alturas y tras conocer la fiabilidad que, tanto Rafa como Emilia, garantizaban acerca de aquel hombre, la araña había

pasado de ser gorda y peluda a convertirse en una de jardín. De esas que tienen las patas largas. Es mejor no tenerlas, pero no dan miedo.

Mientras caminaba hacia la ventana pensó en su nombre. Se llamaba Leo. ¿Sería Leoncio? ¿Leodoro? ¿Leonido? ...A saber. Leo estaba bien. Le recordaba a alguien que conoció hacía mucho tiempo. Un chaval muy...se detuvo en seco.

- Pero... ¿¿¿Qué...coño???!

Clavada delante de la ventana, Elena observaba, en una especie de estado catatónico, algo a través del cristal. Durante casi un minuto no se atrevió a mover un sólo músculo del cuerpo, ni siquiera para cerrar los ojos o la boca, que permanecían abiertos de par en par desde que lo viese. No tuvo tiempo de buscar a Leo. No pudo ver ni los contenedores de basura, ni a su nuevo inquilino. Tampoco la lluvia intensa que caía sobre las calles empapándolo todo a su paso. No vio más allá del borde exterior de la ventana. ¿Cómo había ido a parar eso allí? ¿Qué distancia había desde su piso hasta la acera? ¿Cinco metros? ¿Seis? ¿Lo habrían lanzado desde el edificio de enfrente? No. Imposible acertar y mucho menos dejarlo tan bien colocado. Lo habían tenido que poner ahí desde dentro. Resultaba imposible imaginarse haciéndolo de otra manera. Alguno de sus vecinos, o quizás Rafa. Aunque no lograba entender por qué lo habían dejado allí en vez de entregárselo a ella en mano. Claro que, en vista de los últimos acontecimientos, lo raro sería que algo fuese normal.

Lentamente y sin dejar de mirar el objeto, abrió la ventana y lo cogió con cuidado. Pesaba bastante y estaba mojado. Con los brazos tan estirados como pudo, lo transportó hasta la mesa y allí lo depositó. Se irguió, cerró la ventana y muy despacio, se dio la vuelta hacia él. Secó su superficie con un pañuelo de papel.

Era un libro, bastante grande. De unos treinta centímetros de ancho por cuarenta de largo y más de diez de grosor. Y era el libro más bonito que había visto jamás. La encuadernación era una auténtica obra maestra. Tapas de piel oscura bastante envejecida, con protectores en las esquinas de un metal dorado, repleto de un grabado con asombrosas filigranas. En el centro tres palabras en una lengua desconocida, que parecían haber sido bordadas con esmero, utilizando lo que aparentaba ser un cordón fino y del color del oro, idéntico al del metal de las esquinas:

ADEHRE
PRIMTIES
INUAS - DARTEM.

Los tres inverosímiles vocablos adornaban el centro del extraordinario

ejemplar, en el interior de un círculo de piel, cosidas sobre la misma. El hilo con que había sido zurcido era de igual color y casi con total seguridad, de idéntica textura al de las letras, pero más fino que éste.

Desde luego, aquello no parecía una adquisición de los chinos. Más bien una obra de arte. Una de esas que se guardan como oro en paño en algún museo de los importantes. No en cualquier museo. ¿Qué coño sería? ¿Cómo había ido a parar allí? ¿Qué significarían esas palabras? ¿Por qué nunca le pasaban cosas normales?

Durante un buen rato se limitó a rodear la mesa que sostenía aquel curioso objeto, mientras su cabeza disparaba preguntas desordenadas al aire, que rebotaban en las paredes y volvían una y otra vez carentes de respuesta. La idea de llamar a Carmen pasó por su cabeza. Pero la desechó tras mirar el reloj de la cocina. La una menos cuarto de la madrugada. No sería buena idea.

Se sentó en el sofá sin dejar de mirar aquel asombroso objeto, abrió las piernas y tiró de la mesa en su dirección hasta situarla a menos de un palmo de ella. Tenía que verlo por dentro. Lo que fuera que hubiese escrito en su interior, probablemente lo estaría en la misma lengua que las palabras de la portada. Cabía la posibilidad de que no fuese así y estuviese en castellano. Pero entonces Elena entendería de qué iba el libro y dejaría de ser todo tan asquerosamente anormal. No esperaba un milagro. Francamente, ahora lo que la invadía por dentro era una descomunal curiosidad.

Sobre la pared donde apoyaba el respaldo del sofá, una pequeña estantería con un flexo cabizbajo que parecía apuntar hacia el extraño huésped le serviría. Elena estiró el brazo hacia atrás y, sin atreverse a apartar la vista de aquella cosa, buscó a tientas el cable hasta dar con el interruptor de la lamparilla. Un haz de luz se concentró directamente sobre la mesa.

De nuevo lo observó atentamente y sin pestañear durante largo rato. El cordón de las letras y el metal parecían ahora de oro puro. Deslizó los dedos sobre la cubierta suavemente. Juraría que aquello era oro.

- Veamos qué eres tú, amiguito. - le habló antes de proceder a abrirlo.

Colocó los dedos formando un gancho sobre el borde derecho de la tapa y tiró suavemente hacia arriba. Los dedos se alzaron obedientes, pero la tapa permaneció inmóvil. Demasiado suave. Se le había resbalado. Agarró de nuevo la cubierta y tiró una vez más, esta vez con firmeza. Nada. Ni un milímetro. Se irguió, lo miró y respiró profundamente.

- ¡Vaya con el señorito! – le increpó. - Entiendo. Estás enfadado porque no te gusta el lugar donde has ido a parar. A mí tampoco, pero este chamizo lo pago yo. Si quieres tomar decisiones tendrás que aportar algo. - miró hacia el techo y

suspiró. - Estoy hablando con un libro.

Se disponía a intentarlo de nuevo cuando una idea pasó por su cabeza. Quizás tenía alguna clase de cierre. Lo levantó con cuidado y buscó cualquier cosa que pudiese hacer las veces de cerradura. Lo giró en todas direcciones sin encontrar nada. Deslizó los dedos por el lateral. Quizá palpando...nada. Desde luego, aquello era papel. Lo comprobó clavando una uña entre las hojas. No había ninguna duda. Pero ¿Por qué no se abría? Lo puso esta vez sobre sus piernas y tiró de la tapa con todas sus fuerzas. Ni una pizca. Lo cambió de posición, apoyando el lomo entre las piernas e insistiendo, esta vez con las dos manos en contra dirección. Apretó los dientes y emitió un gemido agudo para infundirse fuerza. Prolongó el estirón junto con su correspondiente gemido durante unos cinco segundos, unas seis veces. A la séptima se le escapó un pedo. Uno que le aconsejó desistir. Era inútil. Exhausta y sudorosa volvió a dejarlo sobre la mesa y lo miró con encono. Tradujo mentalmente el título:

NO
PIENSO
ABRIRME-IDIOTAS

Cinco minutos más tarde un arsenal de cuchillos de diferentes filos y grosores, dos destornilladores y un cúter pugnaban por abrir el dichoso trasto. Uno tras otro lucharon y perdieron con la misma intensidad con que lo había hecho su dueña. Todo intento acabó en derrota.

Elena lanzó con desdén el último de los cuchillos al suelo. Se incorporó, inspiró profundamente y expulsó lentamente el aire de sus pulmones. La una y media. Había empleado tres cuartos de hora intentado abrir el maldito libro. No se le ocurrían más opciones. Sólo quedaba rendirse, y eso fue lo que hizo. Después lo metió en una bolsa y lo dejó en el suelo junto a la silla de la cocina donde colgaba su bolso. Mañana se lo enseñaría a Carmen. A ver si entre las dos lo conseguían.

Recogió los cuchillos y los guardó en su correspondiente cajón. Apagó la luz del flexo y la televisión. Se dirigía hacia su cuarto cuando el sonido de la lluvia captó su atención, obligándola a detenerse. Volvió la vista hacia la ventana sin moverse del sitio. La luz de la farola delataba a la tormenta, que apretaba ahora con más intensidad, mojando sobre mojado. “No puede estar ahí”, pensó. Ni siquiera podría sentarse sobre un trozo de cartón. Con todo a su alrededor empapado lo lógico sería buscarse un refugio alternativo temporal, al menos hasta que arreciase la tormenta.

Tenía que asomarse. Necesitaba comprobar que no estaba allí. Una voz en

su interior le susurraba lo que ella ya sabía. No dormiría tranquila hasta asegurarse de que aquel hombre no pernoctaba bajo la fría lluvia.

Un par de segundos mirando a través de la cortina de agua que caía a plomo tras el cristal de su ventana, le sirvieron para sentir cómo la pena le mordía con fuerza en el pecho. Cerró los ojos despacio. No quería ver aquello. Ella no era responsable de ese hombre. No había sido ella quien lo había puesto ahí. Ni siquiera sabía por qué estaba allí. No era culpa suya...No- era-culpa- suya. “¡Basta!” Dormiría tranquila. Su hija estaba segura en su cama y eso era lo único que le importaba. Tan pronto como la imagen de aquel hombre tratando de vencer la tormenta se colase en sus pensamientos, la desecharía de una patada en el culo. Así es que agachó la cabeza y se dio la vuelta, dejando atrás la ventana. Encaminó sus pasos con fingida autodeterminación hacia su habitación y entró en ella sin volver la vista atrás. Lo difícil de intentar dormir cuando a uno le caen chuzos de punta sobre la cabeza, es la propia errónea e inútil esperanza de intentarlo si quiera. Cuanto antes te des cuenta de que no vas a poder pegar ojo en toda la noche, mucho mejor. Emplearás tus sentidos en lo que de verdad importa. Por ejemplo, tratar de mantener la mayor parte de tu superficie corporal seca. Si tu ropa se moja el cuerpo se entumece. Primero la carne y no mucho después los huesos. Si la humedad alcanza los huesos de la espalda, el organismo responde con una especie de baile discotequero, pero sin baile y sin discoteca. Lo que se conoce vulgarmente como “tembleque”. Si el temido tembleque se adueña del cuerpo, el individuo se verá sometido irremisiblemente al mismo, en tanto y cuánto éste considere oportuno.

Si aquello podía suponerse suerte, Leo había conseguido resguardarse de la lluvia gracias a un trozo de madera que había encontrado mientras paseaba por la playa. No era muy grande, pero cubría la distancia entre los dos contenedores y hacía poco menos de un metro de ancho. Eso le salvaba de una dilatada ducha de agua fría, siempre y cuando no soplase el viento fuerte en sentido transversal.

Cubría su cuerpo con la manta que le prestase la buena de

Emilia. Pero el asfalto yacía bajo la superficie de un caudaloso río y Leo, acuclillado y con los pies en puntillas junto al contenedor, intentaba mantener el equilibrio como podía. Tenía los pies empapados y parte del camal de los pantalones. Se abrazaba a la manta como un hijo al amparo de su madre y, al igual que una madre a su hijo, trababa de protegerla del agua. Si la manta se mojaba podía darse por perdido.

Tal vez sería mejor intentar llegar al puerto. Allí conocía gente y seguro que alguien le dejaría meterse en algún rincón hasta que arreciase la tormenta. Estaría de regreso al amanecer. Nadie saldría del edificio con ese tiempo.

Pero el puerto de carga quedaba a poco más de diez minutos a paso ligero.

No se salvarían ni los calzoncillos y mucho menos la manta que, de momento, aún seguía considerablemente seca.

“De peores hemos salido...digo yo”. Se consoló mientras se abrazaba de nuevo y con más fuerza a la manta, que le cubría desde la cabeza hasta los riñones.

Sólo cabía esperar a que amainase. Todo lo demás se reducía a intentar aguantar sin quedarse dormido. De lo contrario corría el peligro de caer sobre el caudal de agua que anegaba la calle o perder el control sobre la manta. Aguantar sin dormir. ¿Sería capaz? De momento, probablemente sí. Quizá no tanto dentro de un par de horas y después de haber pasado media tarde descargando pesadas cajas en el muelle.

Se entretuvo observando lo que parecía una bolsa de pipas siendo arrastrada por la corriente, en dirección al paseo marítimo. De camino hacia su destino, el objeto chocó con algo y viró su trayectoria ligeramente. Fue a parar al borde de la acera y desde allí continuó su curso a trompicones. Finalmente, la fuerza del agua la arrastró hacia el centro de la calle y continuó su rumbo. La miró hasta que desapareció río abajo.

Después, mientras veía correr el agua bajo sus pies, una luz iluminó ligeramente la negra noche. Cerró los ojos y aguardó a escuchar el sonido del trueno, al tiempo que susurraba blasfemias al cielo. Contó los segundos. Uno, dos, tres, cuatro...contó hasta diez con la cabeza agachada y los ojos cerrados. Luego suspiró aliviado. La ausencia del trueno anunciaba el principio del fin. Levantó la cabeza y abrió los ojos.

La luz seguía iluminando el lateral del contenedor que tenía enfrente. Enarcó las cejas y buscó el origen de aquella claridad. La manta le cubría entera la cabeza y tuvo que sacar la mano para tirar de ella levemente hacia atrás. Giró el cuello lentamente y con dificultad hasta dar con lo que buscaba.

Un segundo después se le formó un nudo de nervios entre las tripas. Tras la cortina de agua que los separaba, plantada a menos de cinco metros de él, Elena le miraba desde el portal del edificio y Leo sintió acelerar su pulso. El corazón le golpeaba con fuerza dentro del pecho como si tratase de escapar. Avergonzado, dejó de mirarla y agachó la cabeza. Quizás se había quedado dormido y aquello era un sueño. O una pesadilla. No lo tenía muy claro.

Alzó de nuevo la cabeza y volvió a mirar hacia el edificio.

Elena continuaba en el mismo lugar y exacta posición de hacía cinco segundos. Sólo que esta vez a Leo le pareció verla mover ligeramente la cabeza hacia un lado. Continuó mirándola, sin atreverse a reaccionar y, desde luego, sin comprender qué hacía ahí clavada observándole, hasta que ella volvió a mover la

cabeza, esta vez con más ímpetu.

Nervioso y azorado intentó responder al incomprensible mensaje que Elena le mandaba y levantó ligeramente la cabeza, a modo de saludo. La mujer lanzó un bufido tan intenso que a Leo le pareció escucharlo.

- ¡Que vengas! - le gritó.

La orden fue tan tajante que el joven se sobresaltó y se incorporó como un resorte, sin recordar la madera que reposaba sobre su cabeza. Ésta volcó y cayó al suelo, dejándole expuesto al torrente de agua helada que se derramaba desde el cielo. La manta se le escapó de entre las manos y más de la mitad acabó empapada bajo sus pies. La recogió con torpeza mientras sentía cómo su cuerpo se calaba gradualmente de arriba abajo. Elena puso los ojos en blanco y le instó a darse prisa con un gesto de la mano. Leo obedeció y con tres grandes zancadas cruzó la calle y penetró en el edificio, cuando ella se apartó para cederle el paso al interior.

Pese a la humedad que se calaba a través de su ropa, una reconfortante sensación de calidez y amparo le recibió al entrar al portal. La manta de Emilia, después de haber recogido unos cuantos litros de agua, pesaba ahora el equivalente en quilos.

Elena cerró la puerta y le observó, mientras Leo trataba de secarse con los fragmentos de prenda que habían sobrevivido al diluvio. Se secó la cara y el pelo con una esquina sin atreverse a mirar a la joven que tenía delante. Luego la dobló con cuidado y la colocó sobre su brazo. Agachó la cabeza y lentamente, la levantó hasta enfrenar su mirada con la de Elena, que parecía aguardar a que terminase de secarse. El hombre la miró avergonzado durante un segundo.

- Gracias. - acertó a decir antes de agachar de nuevo la cabeza.

- No me las des. Será sólo por esta noche. - contestó ella con displicencia y señaló hacia el rincón detrás de la puerta. - Ahí tienes una manta seca, dos toallas y un cojín. Saldrás de aquí antes de que amanezca y no harás ruido. No quiero que se enteren mis vecinos.

- No quiero molestar...

- Demasiado tarde. - le cortó. - antes de irte guardarás las cosas en el cuarto de los contadores. - apuntó en dirección a una pequeña puerta situada bajo la escalera. - ¿Entendido?

Leo asintió en silencio como un colegial avergonzado. Ella le miró durante un par de segundos y, sin decir una sola palabra más, se marchó escaleras arriba.

El hombre aguardó estático a que Elena abandonase el portal. Al cabo de un rato escuchó el sonido de una puerta al cerrarse y, casi sin creer lo que acababa de ocurrir, meneó la cabeza y se dio la vuelta. Una espontánea y ancha sonrisa se dibujó en su rostro al mirar hacia el rincón. ¡Un cojín! Aquello era lo mejor que

le había pasado en mucho tiempo.

Elena entró en casa junto con un extraño bicho que se coló en su estómago. Apoyó la espalda en la puerta y respiró profundamente, antes de salir disparada como un rayo hacia el lavabo. Una vez allí se miró en el espejo y por primera vez desde hacía muchos, muchos años, se detuvo a observar su imagen con detenimiento y se horrorizó. Desconsolada apretó los labios y habló a quien, abatida, la miraba desde el otro lado.

- Si el problema fuesen los pelos de las cejas...

Sin moverse del sitio, abrió el cajón del mueble y buscó las pinzas. Volvió a mirarse a los ojos y suspiró. No conseguiría nada, pero tenía la certeza de que no dormiría en toda la noche. Mejor aprovechar el tiempo muerto tratando de arreglar aquel estropicio, antes que pasarse la noche entera dando vueltas en la cama. Así es que se acercó al espejo cuanto pudo y comenzó a depilarse las cejas.

Más tarde, en el mismo edificio, dos pisos por debajo, un hombre dormía plácidamente, enrollado en una cálida manta. Su cabeza descansaba sobre un mullido cojín y su mente sobrevolaba apacible el confortable mar de los sueños. Soñó con una sala envuelta en paredes blancas. En el centro, una cama blanca suspendida sobre un blanco suelo en la que descansaba su cuerpo. Abrió los ojos y una intensa luz le perforó las retinas. Lentamente graduó la vista hasta acomodarla a la claridad que le rodeaba. La figura de una niña y su madre se dibujó paulatinamente a su lado. La pequeña le sonreía, mientras su madre le acariciaba el pelo. El hombre levantó la mano hacia ella y detuvo su movimiento en el aire. Observó el dorso de su mano, desde donde salían unos delgados tubos enganchados con esparadrapo. Siguió su recorrido con la mirada hasta unas bolsas llenas de un líquido transparente que colgaban de unos ganchos junto a la cama. Confundido, miró de nuevo a la niña, que continuaba sonriéndole con un gesto pétreo en el rostro. No era real. Era una figura estática que ahora parecía de porcelana. Alzó de nuevo la mano para tocarla cuando su madre se abalanzó sobre él tratando de arañarle los ojos.

- ¡¡¡No la toques!!!

Leo despertó sobresaltado. Un sudor frío bañaba su pecho desnudo y la sangre circulaba fuera de los límites establecidos. Se incorporó y apoyó la espalda sobre la pared, antes de pasarse las manos por la cara y el pelo. Llenó de aire sus pulmones y lo expulsó lentamente por la nariz. Mejor no seguir durmiendo. Mejor tratar de averiguar por qué seguía allí. Por qué no abandonaba. Por qué no se daba la vuelta y se marchaba sin volver la vista atrás,

hacia cualquier lugar de una vez por todas.

8. ALIVIO

Valeria dormía, como cabía esperar, pasadas las once y media de la noche. Encorvada en posición fetal, su pequeño cuerpo ocupaba un espacio en el colchón equivalente a un garbanzo en un plato de sopa. Pero ella ya era mayor y las niñas mayores duermen en camas de mayores, aunque pudiese hacerlo perfectamente sobre la superficie de la tapa de una caja de zapatos. Su enorme colchón de noventa centímetros le proporcionaba el espacio necesario para girar, voltear y adoptar las imposibles posturas que practicaba cada noche al escenificar sus sueños. Únicamente la barandilla que flanqueaba el borde exterior de la misma la salvaba de despeñarse contra el suelo.

Rafa observaba a su hija a través de la tenue luz que emitían las alas del hada quitamiedos. Una pequeña figurita que suavizaba ligeramente la oscuridad de la habitación y se llevaba el miedo de los niños a otra parte. Fue un regalo muy acertado cuando Valeria empezó a dormir sola en su cuarto.

La lluvia golpeaba con fuerza en el cristal, concediendo a su hogar una reconfortante sensación de amparo, y no pudo evitar acordarse del hombre que dormía aquella noche bajo el inclemente manto de la tormenta. Nadie debería vivir sin hogar. Nadie debería dormir sobre un colchón mojado.

Arropó a la pequeña y besó su frente. Despejó con una suave caricia el mechón que cubría su cara y la miró más de cerca. Su diminuta nariz, la preciosa boca robada de su madre, sus manitas llenas de minúsculos dedos, su frágil cuerpo tan lleno de magia, de energía inagotable, de la perenne fantasía que siempre desprendía y con la que lo impregnaba todo a su alrededor. Moriría por ella sin pensarlo. Sin dudar un sólo segundo. Mataría por ella. Por su hija, por su mujer, por su familia. Sacudiría el mundo en busca de cualquiera que amenazase con destruir los cimientos de su vida. De cualquier ser humano que pretendiese hacerles daño.

No podría vivir sin ellas. Tan cierto como el sol, como el amanecer o la fría muerte. Si Carmen algún día decidía dejarle, él seguiría amándola para siempre. Buscaría un lugar para vivir cerca de ellas y jamás le diría “te quiero”. Sería para ella lo que ella quisiera que fuese. Volvería a mirarla desde la distancia, como había hecho siempre, y desde allí las protegería de todo y de todos.

Eso era lo que había venido a hacer a este mundo y era absolutamente irrefutable. Vivir y morir por ellas.

Se incorporó sin dejar de mirar a su hija y se inclinó de nuevo sobre ella para volver a besar su frente. No quería irse de su lado, porque sentirla cerca le narcotizaba y porque sabía que Carmen le esperaba en la cama. Acostarse junto a

ella era ahora lo que más deseaba, pero sabía a lo que se enfrentaba y le faltaban las ganas que necesitaba para soportar una reprimenda. Conocer a su mujer había sido, durante muchos años, su especialidad y ya podía visualizar la expresión de su cara. Podría incluso atreverse a anticiparse a sus palabras cuando él le preguntase “¿Qué te pasa?” “Que me casé con una mula terca”. Esa era su respuesta preferida. Significaba “estoy enfadada, pero se me pasará enseguida, aunque tendrás que ganártelo un poco.” Las otras alternativas iban desde un “deberías saberlo”, hasta el espeluznante silencio. Este último ofrecía el peor de los diagnósticos. Celibato indefinido. No solía durar mucho, pero a él se le hacía eterno.

Respiró hondo. Lo inevitable tenía que pasar y cuanto antes se enfrentase a ello mucho mejor para los dos. Se pasó las manos por la cara con la intención de marcar un punto y aparte al acelerado y extraño transcurrir del día, y giró sobre sus pies en dirección a su cuarto. Entonces la vio. Apoyada en el marco de la puerta, la perfecta silueta de su mujer se dibujaba a través de la claridad que penetraba desde el pasillo. Un pie cruzado sobre el otro, un brazo apoyado en su sensual cadera y la cabeza ligeramente ladeada. Rafa dejó caer los brazos con un movimiento cansado y miró en dirección al indefinido rostro que la oscuridad le ofrecía de Carmen. La inseguridad le aplastó de golpe y de repente, no supo qué decir. Quizás por eso habló como un chiquillo en vez de hacerlo como un marido.

- ¿Me vas a reñir mucho? - preguntó, al tiempo que se rascaba la cabeza.

- La curiosidad me puede. Lo valoraré en función de la información que me des. - Carmen ofrecía una simpática sonrisa a su marido, que él interpretó rápidamente pese a no poder verla.

Rafa acudió a su lado invadido por una repentina y grata certeza. La que anunciaba que, al menos esa noche, no habría disputas entre ellos. Aliviado y agradecido la abrazó con fuerza y le habló al oído.

- ¿Podemos hacer el amor primero? Es que estoy un poco nervioso. Necesitaría relajarme antes. - bromeó.

Carmen levantó los brazos lentamente y rodeó su cuello, regalándole una provocadora sonrisa a un centímetro de sus labios. Rafa mordisqueó suavemente la boca que le ofrecía su mujer y sintió cómo una suave brisa barría cualquier sentimiento de inseguridad que hubiese podido existir hasta hacía unos segundos. Resultó que no había sido para tanto. Que su mujer había sabido comprenderle. Conocía sus miedos y hasta dónde podían llevarle. Sabía que su enfado no era con ella, si no con quien mandaba flores a esposas ajenas. Se había dedicado a malgastar el tiempo durante todo el día, calculando las palabras con las que enfrentarse a la situación, para encontrarse con que Carmen parecía

haber olvidado el comportamiento indiferente que su marido le había mostrado durante la jornada, desde su flemática despedida de buena mañana, hasta su ausencia a la hora de la comida, sin ni siquiera avisarla. Y es que, si alguien podía presumir de conocer a su pareja, desde luego era ella.

-Ni lo sueñes, chaval. Primero vamos a cenar mientras me lo cuentas todo con pelos y señales. Luego ya veremos.

- ¿No has cenado? - preguntó sorprendido.

- Lo justo para que comiese Valeria. El resto lo he guardado para nosotros.

- ¡Mi reina! - Rafa abrazó con más intensidad el cuerpo de su mujer y respiró el aroma que desprendía su cuello. - No sé qué hacer para no quererte tanto.

Aquella noche la velada se alargó hasta bien entrada la madrugada y terminó como acaban los cuentos que acaban bien, siendo felices y comiendo tortilla de patatas, ensalada y macedonia de frutas, mientras Rafa narraba a su esposa todo cuanto quiso saber, al tiempo que, de tanto en tanto, era interrumpido por una retahíla de preguntas que ella le disparaba.

Después, abrazados en la cama, exhaustos tras hacer el amor apasionadamente, ambos dormían igual que lo hacen los niños. Nadie habló acerca del ramo de rosas, él no preguntó y ella le hizo creer que aquello estaba olvidado. Olvidado y borrado para siempre en el cajón donde guardaba todo cuanto nunca le contaba. En el mismo lugar donde guardó alguna vez un par de cartas que alguien le enviase y que le hablaban de amor, o los piropos que se encontraba cada vez que salía a la calle. O las notas que aparecían habitualmente en el limpiaparabrisas de su coche desde hacía un par de meses. Allí guardó la rosa que había recibido esa misma tarde, junto con la misma tarjeta que acompañaba al ramo que se interpuso aquella mañana entre los dos. Cerrado y guardado con una llave herrumbrosa fruto del óxido que supuraba de su conciencia. La que le golpeaba en el alma, la que le recordaba cuántas veces había mentido a su marido, cuánto había omitido desde el principio, cuánto silencio para no hacerle daño, para no verle sufrir por lo que a ella le parecía absurdo, por no obligarle a someterse al yugo de la incertidumbre. Al lodo del miedo que le aplastaría si supiese todo lo que ocurría a su alrededor, todo lo que él desconocía.

¿Cómo había podido ser tan tonta? ¿Por qué no había sospechado que las flores podrían no ser de su marido? La emoción, acompañando al hecho de que hasta entonces nunca había recibido nada en su propia casa, la habían cegado tanto que ahora se sentía absoluta y merecidamente idiota.

Carmen abrió los ojos en medio de la noche y se deshizo lentamente del

abrazo de su marido para escapar de la cama. Sigilosamente y sin encender luz alguna, bajó las escaleras, atravesó el salón y entró en la cocina. La cruzó hasta situarse frente al fregadero. Abrió el armario que había debajo y extrajo cuidadosamente el cubo de la basura. Sacó la bolsa de su interior y la observó. Aún no estaba llena y Rafa sabía que Carmen nunca tiraba la basura hasta que la bolsa no estaba repleta de desperdicios. Tenía que llenarla. Tenía que sacar eso de allí antes de que él lo viese sin querer. ¡Papel! La llenaría con restos de periódicos. No era buena idea. El papel se reciclaba en casa de Carmen desde hacía mucho tiempo. Nadie se creería que lo había tirado al cubo de basura orgánica sin querer, mucho menos su marido.

Finalmente, se arrodilló junto a la bolsa y buscó la rosa que había tirado aquella tarde al volver del parque. Luego rebuscó entre los restos de la cena hasta dar con la tarjeta. Con los nervios lo había tirado todo junto, temerosa de que la niña la viera y se lo contase a su padre. Se dirigió hacia la ventana y la abrió con sigilo. Una ráfaga de aire frío lamió su cara, como si la noche también quisiera besarla.

Cerró los ojos y apretó el amasijo de colores que formaban el tallo, los pétalos y la tarjeta. Se detuvo antes de lanzarlo. ¿Y si Rafa lo encontraba por casualidad? Quizás el lugar más seguro para esconderlo era aquel de donde lo había sacado. Cerró la ventana y volvió a meterlo de nuevo en la bolsa de la basura. Pero esta vez se aseguró de que nadie lo encontrase. Lo introdujo en el fondo y lo tapó, cubriéndolo con los desperdicios. Después se lavó las manos a conciencia y regresó a la cama. Se acurrucó junto a su marido y se ató con sus brazos.

No era así como había imaginado el matrimonio. Algo estaba fallando y sólo suya era la responsabilidad de la desestabilidad que amenazaba con quebrar los cimientos que ambos habían construido. Debería haber sido sincera con su marido desde el principio. Una voz le susurraba, le hablaba desde donde nace el remordimiento y le arrojaba verdades que sonaban a insultos. Le decía que ella no era culpable de lo que le estaba ocurriendo. Ella no pedía rosas, ni cartas de amor. Ni siquiera le gustaban los ramos de flores. Prefería verlas crecer en macetas a ver cómo morían lentamente dentro de un jarrón. Pero sí era culpable de ocultar, de mentir y omitir hechos que podían romper la confianza que su marido había depositado en ella. Era culpable y aquella voz que ahora le hablaba con más fuerza, se encargaría de hacer que lo lamentase, pues no dejaría de martillar sobre su conciencia, hasta que la claridad de un nuevo amanecer se colase a través de su ventana.

9. LA ARAÑA ROJA DE LA PARRA

Necesitaba cobrar el mes porque todo estaba vacío. La nevera, el monedero, el depósito de gasolina del Fiesta, el bote de Cola cao y el rincón donde guardaba su orgullo. Este último hacía ya tiempo que se había vaciado y no encontraba el modo de volver a llenarlo. A veces se llenaba un par de rayitas, pero luego tenía que pedir dinero a Carmen o asentir en silencio las necesidades que le disparaba Doña Leonor y el nivel descendía de nuevo. Subía dos y bajaba tres. Siempre había sido así y ella debería haberse acostumbrado ya. Por eso el fin de mes aparecía dando bofetadas a diestro y siniestro. Para recordarle quién era, por si se le olvidaba.

Aquella mañana el día parecía no querer despertarse. La tormenta de la pasada noche se había marchado, dejando un sinfín de tejados llorando su ausencia y un color gris que teñía el alba con un matiz soñoliento.

El único rayo de luz que se había dejado caer por allí fue el que iluminó el rostro de Elena cuando metió la cartilla en el cajero y comprobó el saldo. Seiscientos noventa y nueve euros. Su nómina. Con suerte ese año Doña Leonor se armaría de bondad y la redondeaba hasta los setecientos. Se daría por ascendida. De momento se daba por inaugurado el proceso de estiramiento salarial. Mañana mismo la cifra mermaría hasta la mitad, después de descontar el alquiler y el teléfono. El agua y la luz entre el diez y el quince y para el dieciséis, más o menos, empezaba a tirar de la benevolencia de cuantos la rodeaban.

A su hija no le faltaba de nada gracias a su amiga y a sus adorables vecinos. Paula comía y merendaba en casa de Carmen todos los días, y la mitad de las noches cenaba con Sofía y Emilia. Esto último lo haría aunque le sobrase la comida por lo alto de las orejas. Nadie le cobraba ni le pedía nada a cambio. Nadie apuntaba nada en una cuenta, ni le recordaban nunca todo lo que hacían por ella porque, cuanto hacían, lo hacían porque para ellos Elena y su hija pertenecían a su familia. No a la familia que le tocó al nacer y de la que había querido olvidarse, si no a una que encontró cuando creía que siempre estaría sola. Una que le regaló el destino, pretendiendo darle migajas y resultando ser mejor que aquella con la que había soñado.

Sacó cien euros del cajero. Veinte para gasolina y el resto para la compra del mes. El Fiesta se relamió a placer y arrancó a la primera, ansioso por mover el chasis después de tantos días muerto de hastío.

Elena encendió la radio y subió el volumen para hacerle los coros a los Rolling Stones con su inglés a la española. *Shislaik a reiiiiinbouuuuuu* gritaba a todo pulmón. A su lado, apostados sobre el asiento del copiloto, su bolso, el libro

cabezón que se vestía de oro y una carpeta con dibujos de Paula del año pasado que le había entregado la señora Raquel esa mañana. Al parecer, el mural del arte de su clase se había vaciado para volver a llenarse durante el año, y cada mamá se había llevado los dibujos de su hijo. A ella le encantaba aquello. Haría una selección con los mejores y los colgaría en la pared junto a los que ya tenía. De seguir así acabaría empapelando la habitación.

El día había arrancado tan bien como su coche. Era muy pronto para festejar y por eso no lo diría en voz muy alta, pero de momento no tenía motivos para quejarse. Paula se había despertado a la primera y no habían tenido que correr la maratón de cada mañana para entrar al colegio. El éxito se debía al madrugón que se había pegado para comprobar si Leo había cumplido su palabra de abandonar el edificio al amanecer. A las siete y media el portal estaba tan vacío como siempre y la manta, junto con todo lo demás, apareció en el lugar que ella le indicase.

Incluso había tenido tiempo de hablar con Emilia. Y aunque poco había sacado en claro, sí averiguó que aquel hombre apareció mucho antes de lo que ella creía. Su conclusión, según los datos que extrajo de su conversación con la anciana, era que Leo habitaba los contenedores desde hacía más o menos un mes. Por lo tanto, ese sería el tiempo que andaba siguiéndola, aunque no fuese consciente de ello hasta hacía tres días. Todas teorías, por supuesto. La primera era que empezó a reparar en él la noche en que Paula le nombró y que lo hizo precisamente por eso. Si se paraba a recordar con detenimiento la actitud de su hija de aquella noche, la imagen que le venía a la cabeza era la de Paula hablando de él con bastante naturalidad. Como si hablase de un conocido. Incluso la recordó diciendo que había venido a cuidar de ellas. Probablemente no era la primera vez que la niña reparaba en él. En aquel momento no le dio importancia, pero ahora creía que toda la información era poca para averiguar quién era ese tal Leo. Un hombre que aparentaba ser de lo más normal y que había terminado colándose por obra de birlibirloque, en su portal la noche anterior. De lo que se arrepentía profundamente. Había puesto la vida de su hija en peligro por confiar en la impresión que dos personas tenían acerca de él y que, si bien confiaba en su criterio, también era posible que se hubiesen equivocado. Era una posibilidad real aunque fuese pequeña y ella había cometido el error de dejarse llevar por la pena. No volvería a ocurrir. Podía derramarse el cielo entero sobre aquel hombre que no le permitiría volver a entrar en el edificio. Definitivamente no era su problema, ni su responsabilidad. Su hija y sus vecinos, en cambio, sí que lo eran.

Lo que de momento no podría controlar era el cariño que su vecina le había cogido en tan poco tiempo. Emilia sí le permitía entrar en el edificio y ella no

podía impedirselo. Al parecer el tío, además de guapo, resultó que era todo un caballero, de esos que ayudan a las ancianitas a subir la compra a casa. De esta guisa se había metido a la mujer en el bolsillo. Como si eso no pudiese hacerlo ella también. Si tan sólo fuese un poquito más obediente y alguna vez le hiciese caso, Elena le subiría la compra por las tardes o los sábados por la mañana y se ahorrarían el riesgo de meter a un extraño en la finca. Pero pedirle a Emilia que obedeciese era como insultarla. En cualquier caso, la mujer no sabía apenas nada de él. Únicamente que era adorable, muy fuerte, y que en sus tiempos no se le hubiese escapado. Por lo demás, ni apellidos, ni de dónde había salido, ni nada de nada. Si trabajaba o por qué dormía en la calle, parecía ser de poco interés para la mujer, salvo que lo llevase escrito en su bonito trasero.

A las diez menos cuarto aparcaba junto a la entrada de la majestuosa finca de doña Leonor y apagaba el motor del Fiesta.

Cogió su bolso y lanzó una mirada amenazante al libro que asomaba por la abertura de la bolsa donde se encontraba.

-Un libro que no se abre. ¿Para qué sirve un libro que no se abre? - le espetó como si quisiera ofenderle. - Te quedarás en el maletero. No necesito que me rompan la cerradura para robar un trasto inútil.

El sol seguía escondido tras una única nube que cubría el cielo entero y de la que no se escapaba ni siquiera aquella fastuosa casa. Abrió la verja exterior con su llave y la empujó hacia adentro. Entonces percibió algo extraño en el ambiente. Algo que no le cuadraba. Algo que le faltaba y que tan sólo unos segundos necesitó para averiguar de qué se trataba. Gigante no había aparecido dando saltos torpes a su alrededor y eso, en principio, no tenía por qué preocuparle. Podría estar paseando con Ismael, si no fuese porque el sonido de una herramienta se escuchaba a lo lejos golpeando algo que no identificaba. Si el hombre estaba trabajando en la finca, el perro debería estar con él y debería haberla escuchado incluso antes de que aparcase. Eso no había pasado y tenía un único y más que probable significado.

Cerró la puerta lentamente y apoyó la espalda contra el frío metal. El trocito de alegría que traía consigo se desparramó por el suelo de repente, y con él dejó caer las manos. No era posible. Ni siquiera había tenido tiempo de pensar en una solución y ahora era demasiado tarde. ¡Pobre Ismael! debía estar muy triste. Tenía que encontrarle para tratar de consolarle. Siguió el sonido de los golpes, que la llevó a la parte trasera de la casa, hasta un pequeño invernadero. Lo bordeó y lentamente, vio aparecer la figura del hombre al otro lado, golpeando el suelo con una azada. Parecía estar haciendo agujeros en la tierra, aunque ese no era el lugar del huerto, ni tampoco el de los jardines.

Poco a poco fue acercándose hasta él mientras buscaba las palabras que

necesitaba para animarle. El hombre dejó de golpear el suelo y levantó la cabeza, se secó el sudor de la frente y se llevó las manos a los riñones. Elena sintió que la pena le atravesaba el cuerpo de cabo a rabo cuando reparó en su aspecto. Era como si de repente hubiese envejecido por dentro y su piel ya no supiese de qué manera esconder aquello. Si Gigante ya no estaba con él, probablemente nada le ataría ya a ese lugar. Había dejado de ser un señor mayor para convertirse, de la noche a la mañana, en un anciano. No hacía falta ver su rostro para darse cuenta de ello. Sin embargo, cuando el hombre se volvió para mirarla, la confirmación le aguijoneó por dentro con tanta intensidad, que no supo qué decir. Sus pequeños ojos azules se habían hundido un poco más en las cuencas y desde allí parecían querer hablarle. Parecían decirle que ya no podían más, que se rendían y que ahora, sólo quedaba decir adiós. Elena intentó hablar, pero las palabras no le salieron como hubiese querido.

- Ismael, yo...- no podía. Si continuaba acabaría por llorar y puede que provocase el llanto de su compañero.

Pero entonces escuchó un sonido metálico a su derecha. El sonido de una cadena al rozar sobre sí misma. Giró la cabeza en la dirección de donde procedía y de nuevo un rayo de luz iluminó su mundo. Gigante venía hacia ella, trotando de esa manera suya tan chabona y desaliñada. ¡Estaba allí! No se había ido. Pero ¿por qué Ismael estaba tan abatido? Quiso gritar, y a punto estuvo de saltar de alegría, cuando su voz se congeló al observar al animal estrellarse contra el aire, en el instante en que la cadena que le rodeaba el cuello se tensó con un golpe seco. Cayó de costado al suelo y emitió un gemido sordo que rasgó a partes iguales el aire y el alma de sus amigos. Ismael dejó caer la herramienta que tenía en las manos y corrió hacia él.

- Te he dicho que no estires, cabezón. - le acarició el lomo mientras Gigante trataba de levantarse con torpeza, a la vez que buscaba sus manos para lamerle.

Ismael se sentó a su lado y dejó que apoyase la cabeza en su regazo. Elena caminó hasta ellos, y lentamente se agachó hasta arrodillarse junto al animal, que buscó su mano con el hocico al tiempo que sollozaba.

- ¿Qué significa esto, Ismael?

El hombre tardó unos segundos en levantar la vista del suelo y otros tantos en responder. Su voz sonó rota y cansada.

- Treinta años llevo trabajando aquí. - chasqueó la lengua y negó con la cabeza. - treinta años es mucho tiempo. - volvió a agachar la cabeza y observó a su fiel amigo antes de continuar. - Y yo que siempre había creído que esa mujer lo que tenía era la enfermedad del orgullo... Yo no sé muchas cosas. Sólo que esos árboles de ahí tiran más hojas que aquellos, o que los ajos hay que plantarlos en luna menguante. ¿Ves esa parra? - señaló hacia una gran vid que

flanqueaba una de las paredes del invernadero. - existe una araña roja, más pequeña que una hormiga, que se la come en menos de un mes. Por eso no hay que matar a las grandes. Las grandes no comen plantas, comen bichos pequeños y arañas rojas. Los bichos grandes son buenos, aunque a veces puedan asustarnos. - el hombre miró con ojos cansinos al animal y le propinó unos golpes fuertes con la palma de su agrietada mano en el lomo. Éste respondió moviendo la enorme cola y puso una pata sobre su pierna. Ismael continuó hablando como si lo hiciese para nadie. - Ahora también sé que dentro de poco mi compañero se irá de aquí. Sé lo que está haciendo esa mujer. Me lo está diciendo poco a poco. Lo que no sé es si lo hace así porque me aprecia y no quiere verme padecer, o porque treinta años limpiando su porquería no significan nada para ella y lo que quiere es verme llorar. Eso aún no lo sé, pero sí se algo más, Elena. Sé que él también lo sabe. Sé que sabe que ella no le quiere y tiene miedo. Tiene miedo porque él sólo sabe estar aquí, conmigo, contigo, con tu hija. - volvió a chasquear la lengua. Perro y anciano se miraron a los ojos. - tiene miedo Elena...lo sé.

Elena acarició la espalda del hombre. Eso era todo cuanto podía ofrecerle a modo de contacto físico y lo hizo durante un tiempo prudencial. Lo justo para consolarle sin ponerse nerviosa. El resto de la ayuda vendría a través de sus palabras.

- Bueno, no vamos a ponernos en lo peor. Le daremos unos días a ver si se le pasa. De momento parece que sólo quiere atarlo...

- No lo entiendes. - objetó el hombre. - Lo que quiere no es atarlo. Ella quiere que se vaya.

- ¿Pero entonces...?

- Pues que me ha costado dios y ayuda convencerla y el único trato que he conseguido arrancarle es un poco de tiempo, con la condición de que mientras esté aquí no lo quiere ver rondando por la finca. Si lo ve suelto ella misma llamará a la perrera. Me lo ha jurado y yo la creo. - se levantó lentamente y se dirigió a recoger la azada para seguir trabajando. Gigante le imitó e intentó seguirle hasta donde pudo y desde allí observó sus movimientos con ojos tristes. Elena se quedó junto a él y le acarició detrás de las orejas. Ismael comenzó a golpear nuevamente el suelo.

- Le construiré un cercado. Leonor no se enterará. Hace muchos años que no viene por aquí. - el hombre hablaba sin dejar de golpear la tierra. - Mientras tanto, tendremos que pensar en cómo arreglar esto si no queremos ir a visitarle a la perrera como si fuese un caco.

- Encontraremos una solución, Ismael. Se lo prometo. - se inclinó y habló al animal. - Tú pórtate bien y no des guerra. -Gigante movió la cola y ella comenzó

a caminar en dirección a la casa. El hombre volvió a hablarle justo antes de que ella desapareciera detrás del invernadero.

- Por cierto, hoy te veo más guapa. - y siguió con lo suyo.

Elena se detuvo. ¿Guapa? ¿Había dicho guapa? Ese era un adjetivo que no le pegaba en absoluto. “Elena” y “guapa” eran dos palabras que nunca iban juntas. “Elenas” guapas habría muchas, desde luego, pero no era su caso.

- Muchas gracias, Ismael. - se limitó a agradecer y continuó caminando.

Aquella tarde el horario de paseo se redujo considerablemente y Paula se pasó todo el camino de vuelta protestando. Ismael no quería tentar su suerte y pensó que lo mejor sería restar el tiempo que pasaba fuera de la finca. Leonor no controlaba lo que hacía dentro, pero sí podría hacerlo con el rato que empleaba en sus paseos y era algo que utilizaría en su favor cuando se le presentase la oportunidad.

El resto de la tarde lo emplearon en la construcción de la valla. Allí sería donde Gigante viviría a partir de ahora y un espacio cercado le evitaría tener que someterse a la tiranía de la cadena. Era la mejor solución. Aunque él sólo quisiera estar cerca del hombre, encadenado o no. En cualquier caso, eso ya no podía ser y al menos de este modo el animal tendría un pequeño espacio para moverse, hasta que su legítima dueña dictase sentencia.

Doña Leonor no se pronunció sobre el tema en todo el día y Elena evitó preguntar, por lo que su jornada laboral se limitó a lo de todos los días: limpiar, cocinar y soñar. Soñar con una vida nueva. Una en la que, un día, despertaría junto a un cupón premiado con muchos millones. Millones con los que compraría una finca entera cerca de Carmen. Con un elegante ascensor para Paco y Salvadora. Y un par de médicos de los buenos. Uno para él y otro para repartirlo entre todos. Compraría pelo nuevo para Pilar y Amparo, y un gran vestidor para Emilia con un bonito espejo donde pudiese mirarse todos los días y recordase lo guapa que siempre había sido. Sofía dispondría de una magnífica cocina para hacer sus deliciosas tortillas de patata y su hija crecería feliz, rodeada de todos ellos. Y Gigante viviría con ellas, y dispondría de una enorme terraza con vistas al mar. Sin contenedores de basura, ni desconocidos revoloteando a su alrededor. Sin viejas arrogantes pisoteando su orgullo marchito. Todo sería muy distinto a como había sido hasta ahora. Y quizás, si soñaba con la fuerza necesaria, algún día...dejaría de agachar la cabeza.

10. LOS MONSTRUOS QUE VIVEN DENTRO DEL ARMARIO

- ¿Vigilas?

- Vigilo.

- Pero avísame con tiempo, por favor. A ser posible intenta evitar que le tire el humo en la cara.

- Doy la alarma exactamente cuando la veo venir. Lo siguiente sería prever cuando va a venir. Prometo hacerlo cuando consiga hacerme con ese poder. Hasta entonces seguiré disfrutando de tu baile “cazando moscas”.

- No voy a hacer el indio en medio del parque, no te hagas ilusiones.

- Deberías hacerle caso a Rafa.

- Darle la razón a quien afirma que fumar es malo no tiene mérito.

- No recuerdo haber pedido un aplauso.

- Ni yo tu consejo.

Tarde de perros sobre la resaca de la noche anterior. Quizá debería haberse fumado un buen porro de marihuana en vez de andar hurgando entre la basura. Tal vez así hubiese conseguido dormir un rato y, puestos a ocultar verdades... fumar marihuana no sería para tanto.

Carmen evitaba el examen visual de su amiga, mirando al frente. Elena esperaba pacientemente sentada junto a ella, ambas en un banco cercano a la zona de juegos desde donde vigilaban a sus hijas. Algo ocurría y era más que evidente. De modo que Elena se limitó a esperar mientras observaba a su amiga, con la cabeza apuntando en su dirección y sin soltar palabra. No tenía prisa, ni era necesario forzar nada. El aguijón de su mirada se encargaría de taladrar su paciencia, penetrando desde su sien derecha hasta la izquierda. Unos cuantos pestaños lentos de vez en cuando y ella solita saldría de la madriguera. Un minuto más tarde asomaba la cabeza.

- Ayer recibí otra rosa roja. - Carmen habló sin dejar de mirar al frente.

- Oh, oh...- contestó Elena.

- Eso mismo dije yo.

- ¿En casa?

-En casa.

- Oh, oh...

- Cada vez me gusta menos.

- ¿Se lo vas a decir a Rafa?

- No lo creo.

- Entiendo.

- ¿Crees que debería decírselo?

Elena dudó un instante antes de responder.

- No lo sé.

- “No lo sé” no me ayuda mucho.

-Es que no sé si es mejor que no lo sepa. No entiendo de qué serviría decírselo. Tú lo conoces mejor que nadie. ¿De qué serviría decírselo?

- No sé. Tal vez debería saberlo porque sí.

- ¿Porque sí?

- Para no ocultárselo. Por eso.

- Sigo sin saber de qué serviría.

- Te lo estoy diciendo, Leni.

- Te he oído. Pero recuerdo la cara de Rafa cuando hablábamos de las rosas de ayer. Créeme que era todo un poema. Tú también lo viste. No sé...supongo que ojos que no ven...

- ¿Y cuando vean?

- Eso no tiene por qué pasar, y si pasa se pondrá como un basilisco hasta que lo lledes a la cama. Allí se calmará y chin pum.

Carmen dejó de mirar al frente para observar a su amiga con cierta incredulidad.

- Las cosas no siempre se arreglan en la cama, aunque tú, mujer excluida del mundo real, puedas pensar lo contrario.

- El hecho de estar soltera no me excluye del mundo real.

- Claro que no. Del mundo real te excluyes tú solita.

- Eso no tiene gracia.

- Tomo nota.

Elena respiró hondo. Si entraba en su juego era probable que la cosa acabase como siempre. Carmen utilizaría cualquier excusa para intentar destapar algo de su pasado y hoy tenía una muy buena, estaba enfadada con el momento por el que le tocaba pasar. Lo que fuera que dijese bastaría, ya fuese verbo, adjetivo o preposición y el inspector Colombo aprovecharía para matar dos pájaros de un mismo tiro. Cambiar de tema y entrar en el de siempre. Y terminar como siempre, sin nada más que rascar, a parte de su maltrecha conciencia. Después Elena se sentiría culpable una vez más y vuelta a empezar.

Entonces pensó que lo acertado sería coger la primera salida y escapar por la tangente. Ella también contaba con una buena excusa. La guardaba en el maletero de su coche y ahora mismo iría en su busca. Ya que al parecer el jodido libro no servía para nada más, al menos se entretendrían un rato curioseando... las portadas.

- Ahora vengo. - sin más demora se incorporó del banco y se dirigió hacia la salida del parque en busca del extraño objeto.

- ¿A dónde vas? - gritó Carmen a su espalda.

Elena giró levemente la cabeza para responder, mientras caminaba.

- Ahora lo verás.

Carmen resopló, le dio una calada a su cigarro y lo tiró al suelo antes de pisarlo. Luego levantó la vista y buscó a Leo por los alrededores. Un par de minutos le llevó encontrarlo. Hoy se había colocado más lejos que de costumbre. Aunque ella sólo lo había visto la tarde anterior, aquel día se había situado desde donde le resultaba imposible comprobar si era tan guapo como afirmaba Rafa. Desde luego, mala pinta no tenía y parecía como si todo el mundo se estuviese acostumbrando a su presencia. No molestaba, no incomodaba, no pedía nada y nunca sobrepasaba una distancia que pudiese considerarse incómoda. Además, las dos personas que le conocían personalmente parecían coincidir en que aquel curioso personaje era inofensivo. En algún momento Elena tendría que plantarse delante de él y averiguar por qué la seguía. Hasta entonces podría servirles de distracción. Podrían jugar a “¿Quién es ese hombre?”. Apostaría sus mejores bragas a que aquel tipo estaba absolutamente enamorado de Elena y no sabía cómo decírselo. Y, aunque Elena opinaba que era imposible que nadie se fijase en ella estando Carmen a su alrededor, para

Carmen era una posibilidad probable. En cuyo caso aquello sería algo más que amor. Aquello sería una obsesión anormal y entonces la teoría de que era inofensivo se desvanecía. Un obseso puede ser de todo menos inofensivo.

Dejó de observarle durante un instante para mirar en dirección a la zona de juegos. Las niñas subían y bajaban del tobogán. Todo estaba en orden, así que volvió a dirigir su atención hacia Leo. “¡Un guardaespaldas!”, pensó. Alguien le había contratado para que le protegiese y el pobre hombre se había equivocado de persona. Se echó a reír. La verdadera clienta estaría muerta y tirada en una cuneta. No cobraría la prima.

Pero, ¿qué hacía allí ese hombre? Si se pasaba todo el día detrás de Elena, ¿de qué vivía? ¿A qué se dedicaba? ¿No tenía casa? ¿Ni familia? ¿No tenía un amigo que le prestase un sofá dónde dormir? Las preguntas hacían cola en su cabeza y no pudo entender por qué Elena no había aprovechado el momento de la noche anterior para hacerle al menos un par de ellas. Por qué no trataba de averiguar aquel misterio que parecía envolverla cada vez más y que ahora además, le ofrecía la oportunidad de acercarse a él. Carmen pensó que quizás Elena no podía, o no quería creer que un hombre así pudiese estar interesado en ella, y tal vez no se atrevía a indagar en el asunto. A ella le pegaba más creer que aquello se acercaba más a un cobrador del frac que a alguien pendiente de ella. Aunque, pensándolo fríamente, aquello no se parecía a nada. A nada de nada.

Dirigió de nuevo la mirada hacia las niñas. El juego de “Quién es ese

hombre” de aquella tarde había terminado, y si continuaba, las preguntas seguirían amontonándose. Y Elena volvía de donde quisiera que hubiese ido, y lo hacía acompañada de lo que, desde la distancia que las separaba, parecía una expresión bastante seria. Caminó enojada con pasos firmes en su dirección y se sentó con gesto enfadado junto a ella. Carmen levantó las cejas y la miró con la boca ligeramente abierta durante unos segundos antes de hablar.

- ¿Se puede saber dónde has ido?

Elena apretaba los labios y miraba ceñuda al frente. Carmen continuaba observándola, cada vez más extrañada.

- ¡Leni! - insistió.

Respondió al cabo de un instante con voz tajante y crispada.

- ¡No está!

Carmen pestañeó un par de veces.

- ¿Qué es lo que no está?

- ¡El maldito libro!

- ¿Qué libro?

- ¡Uno que debería estar en el maletero del Fiesta!

- Bueno. - Carmen trató de calmar a su amiga. - No pasa nada. Lo tendrás en casa.

- ¡En casa no puede estar porque esta mañana yo misma lo he metido en el maletero del Fiesta!

- ¡Uy! Eso es lo que tú te crees. A mí me pasa todos los días...

- ¡No, Carmen! - la interrumpió contundente. - Te digo que esta mañana lo he dejado en el maletero. Y sé que ha sido esta mañana porque fue anoche cuando lo encontré.

-Tal vez no cerraste el coche. ¿Te falta alguna otra cosa?

-Absolutamente nada. Si alguien lo ha sacado ha sido sin forzar la cerradura.

De repente las dos amigas se miraron, como si la misma pregunta y a la misma vez las hubiese asaltado a ambas. Luego lentamente las dos giraron la cabeza en dirección a Leo. El hombre leía un periódico sentado en un bordillo en el extremo más lejano del parque, y continuaron hablando sin dejar de mirarle.

- ¿Crees que tiene algo que ver? - preguntó Carmen con los ojos entornados.

- Podría ser. - contestó Elena con los mismos ojos.

- ¿Qué libro era ese?

- Ni idea.

- ¿De qué iba?

- Ni idea.

- ¿Cómo se titulaba?

- Ni idea.

Carmen bufó y miró a Elena, cruzó los brazos delante del pecho y habló con serenidad.

- Está bien. Empieza desde el principio.

Entonces se lo contó todo. Cómo lo encontró, dónde apareció, describió su forma y textura, su tamaño y grosor, y el tiempo que había empleado intentando abrirlo. Narró cómo lo había sacado del asiento delantero para depositarlo en el maletero de su coche aquella misma mañana y cómo había desaparecido hacía unos minutos del mismo. Carmen escuchó atentamente la historia con las cejas pegadas al cogote y sin pestañear. Después ambas trataron en vano de sacar alguna conclusión y sólo se les ocurrió que todo aquello guardaba relación con el hombre que se escondía tras la distancia. Tal vez porque dos hechos tan inverosímiles tenían que estar directamente relacionados entre sí por derecho. Por pura lógica.

Más tarde el crepúsculo dio paso a la noche y las dos amigas marcharon a sus hogares, empaquetadas y perfectamente atadas cada una a su correspondiente montón de preguntas.

Carmen tuvo una noche tranquila. Ninguna rosa la esperaba en casa y el limpiaparabrisas de su coche solamente tenía unas cuantas hojas que el árbol que le daba cobijo dejó caer por descuido. Rafa volvió pronto, y de esa manera que sólo él sabía, consiguió que ella se sintiese más enamorada que nunca. Cenaron en familia y rieron en familia. Luego papá acostó a Valeria sin dejar de lado su batalla nocturna, y la tranquilidad volvió a instalarse bajo su techo. Como si nunca hubiese tenido que mentirle, como si nada de aquello hubiese ocurrido nunca... como si nunca más fuese a ocurrir.

Para Elena en cambio, la noche no fue exactamente como nadar sobre una balsa de aceite...

- Paula, cómete las patatas, por favor.

- No tengo hambre, mamá.

- ¡Pero si te encantan las patatas fritas!

- Ya no.

- ¿Ya no te gustan las patatas fritas?

- No.

- Y ¿desde cuándo no le gustan las patatas fritas a la señorita?

- Desde ya.

- ¿Desde justo ahora, o ya lo sabías mientras las pelaba?

- Desde justo ahora, mamá.

- Entiendo. Pues hoy te las comes y para la próxima vez me avisas antes de cocinarlas. ¿De acuerdo?

- Mejor hoy no me las como y ya no hace falta que vuelvas a pelarlas. Como ya sabes que no me gustan...

Y he aquí la misma canción de todas las noches. La misma expresión de pez, fruto una vez más de la más pura y absurda lógica con la que Paula lo impregnaba todo. A veces, casi siempre, era gracioso. Otras en cambio, y según a qué horas, no lo era tanto. La mayoría de ellas dependía del nivel de energía que le quedase en la recámara o de la paciencia que doña Leonor hubiese tenido el detalle no gastar.

Elena miraba fijamente a su hija, que jugaba a pasear las patatas dentro del plato. Respiró profundamente mientras decidía si daba o no comienzo a la contienda. No es que tuviese muchas ganas, así es que apoyó el codo sobre la mesa y la mejilla sobre su mano, antes de hablar.

- Te irás a la cama sin tu vaso de leche. Lo sabes ¿verdad?

Aquello no era una amenaza. Era una realidad y la pequeña lo sabía. Tratar de sacarle a mamá cualquier cosa después de haberse negado a cenar, sería una ardua y casi imposible tarea. Elena recogió los platos y se levantó de la mesa sin esperar respuesta. Paula la imitó y retiró los vasos. Los llevó hasta la pila y puso cara de angelito.

- ¿Puedo ir a darle las buenas noches a Sofía, mamá? - preguntó dulcemente.

- Ni hablar. - sentenció mamá.

- ¿Por qué no? - respondió desconsolada.

- Ya sabes por qué no.- Elena trataba, a buen seguro inútilmente, de evitar entrar en conflicto, mientras fregaba los platos y observaba de reojo cómo Paula comenzaba a hacer pucheros.

- No lo sé, mamá. ¿Por qué no puedo?

- Porque te he dicho que te quedarías sin leche y lo que tú quieres es pedírsela a Sofía. Te crees que tu madre es tonta.

- No lo haré, mamá. No se lo pediré. Déjame ir, por favor. -suplicó.

- Sí lo harás.

- No lo haré.

- Sí lo harás.

- No lo haré, mamá. Porfi, porfiiii...

- Que noooo.

- Un ratito sólo, lo prometo.

- He dicho que no, Paula. Ya está bien.

- Por favor, mamá. Por favor, por favor, por...

- ¡Vale! - Elena dejó de fregar y apoyó las manos húmedas sobre los bordes de la pila. Nivel de paciencia agotado. - ¡Cinco minutos! Llévate el pijama y te lo pones allí. Cuando vuelvas te irás directa a la cama. ¿Has entendido, señorita?

- ¡Sí! - la niña dio varias palmadas y saltitos antes de salir disparada hacia la habitación. Recogió el pijama y le ahorró a su madre el tiempo que hubiese necesitado para arrepentirse, saliendo de casa como una exhalación.

Sofía le daría la leche a su hija y lo haría probablemente, aunque ella se lo prohibiese. Elena lo sabía y en cierto modo eso le tranquilizaba. Un vaso de leche era mejor que nada y también la manera de conservar su orgullo sin que la niña se acostase con el estómago vacío.

Terminó de fregar los platos y se tumbó en el sofá. No quiso mirar por la ventana, aunque la curiosidad le propinaba pequeños y constantes golpecitos sobre su cogote. Trató de ignorarlos y cerró los ojos. Respiró profunda y lentamente varias veces. Necesitaba sentir durante unos segundos que su mente se escapaba de la realidad. Que nada existía en el mundo más allá de su respiración. Necesitaba creer que ningún desconocido la esperaba junto a los contenedores, que Gigante no viviría atado a una cadena a partir de ahora, que Ismael no sufriría, que Leonor no existía, que este mes conseguiría finiquitarlo con un par de euros en el bolsillo. Necesitaba creerlo tan sólo durante un instante, porque lo contrario pasaba por verse reflejada sobre su propia verdad. La que le mostraba todo aquello que era real y proyectaba imágenes en forma de diapositivas desde detrás de sus retinas. Imágenes en las que podía verse de niña escondida dentro de un armario o bajo la cama temblando de puro miedo. Del miedo que siente un niño cuando sabe que nadie le protegerá, que nadie velará por él ni le consolará cuando llore.

Su mísera y repugnante verdad le aplastaba el alma cuando el silencio aparecía, cuando como una imbécil, intentaba creer que sus recuerdos eran mentira, y como una imbécil, acababa recordando en el absurdo e inútil intento por olvidar.

Apretó los ojos y los abrió cuando sintió que las lágrimas trataban de acudir. Tragó saliva y arrastró el nudo hacia adentro. Bien o no, ahí era donde se quedaría durante mucho tiempo. Dejó caer las manos sobre los costados del sofá y resopló. Después buscó el mando de la tele y la encendió. Anuncios.

Se levantó. Era necesario despejar su mente. Vaciarla de recuerdos. Nerviosa, se paseó por la salita durante unos minutos, dando vueltas hasta que de repente, reparó en algo. Algo curioso en lo que, hasta ese mismo instante, no había reparado. Sus recuerdos se situaban ahora en una especie de recámara oculta, en un rincón un poquito más profundo de lo habitual. La aparición de Leo, de alguna manera, había conseguido solaparlos y desplazarlos ligeramente

hacia adentro. Si aquello era bueno o no, era lo de menos. De qué manera había ocurrido o cuáles eran los motivos eran lo de menos. Si con el tiempo volverían empujando con más fuerza, era lo de menos. Era como si un dolor perpetuo de muelas hubiese remitido durante cinco minutos. El porqué, el cómo, el cuándo o el “cuánto me va a costar”, en ese momento, eran lo de menos.

Y fue entonces cuando todo empezó a cambiar. Ese fue el instante que marcó un antes y un después en esta historia. Y, aunque nada ocurrió justo entonces que pudiese avalarlo, ella lo supo. Supo que, de alguna manera, su hija tenía razón. Aquel hombre había venido a cuidar de ellas. Aunque al final descubriese que no era nadie, aunque terminase desapareciendo para siempre, aunque su objetivo ni siquiera tuviese nada que ver con ella, su sola presencia había conseguido cambiar algo dentro de ella. La curiosidad que había generado con su repentina aparición había logrado empujar el dolor y lo había cambiado de sitio. Desde allí seguía doliendo, sólo que un poquito menos, y el alivio que sentía le sirvió para echarle una sonrisa a la vida. Una leve y timorata sonrisa. Pero sonrisa, al fin y al cabo.

Con su recién estrenado estado de ánimo se dirigió hacia la ventana. Aunque únicamente fuese por verle. Para ver cómo se presentaba el tiempo esa noche. No volvería a dejarle dormir en el interior de la finca, pero quería ver que todo andaba bien por allí abajo. Que su “lo que fuese” de la guarda seguía allí, cómodamente instalado sobre los cartones y con la manta de Emilia como abrigo.

Entonces apoyó la nariz en el cristal de la ventana y, de haber sido un gato, hubiese pegado una voltereta en el aire y habría caído de pie con los pelos del lomo erizados. En su lugar lanzó un grito corto y seco a la vez que daba un paso hacia atrás, tapándose la boca con ambas manos.

No era posible. Aquello no estaba ocurriendo. Demasiado surrealista para afirmar siquiera que podría tratarse de una tomadura de pelo.

Apoyado exactamente en el mismo sitio y de la misma forma que la noche anterior, se encontraba el mismo libro. El mismo que acabó con su paciencia y que desapareció por arte de magia del interior del maletero de su coche esa misma tarde.

Absolutamente desconcertada, permaneció unos instantes mirándolo, como si de una aparición fantasmal se tratase. Después se rascó la cabeza y lentamente, abrió la ventana. Lo cogió de nuevo, y de nuevo lo depositó sobre la mesita. Volvió a observarlo con la misma curiosidad con la que lo hiciese la noche anterior y una vez más, intentó abrirlo. Y una vez más el libro continuó cerrado. Todo sucedió de la misma manera, sólo que esta vez desistió a la primera. Quizás a la segunda. Luego decidió que esa noche no tocaba perder el

tiempo y lo guardó en el lugar que correspondía a los trastos inútiles. Metido dentro de una bolsa de plástico, apoyado en el suelo junto a su bolso.

Se sentó en una silla a su lado y desde allí continuó observándolo mientras trataba de atar cabos, aunque lo cierto era que pocos cabos podían atarse. Únicamente un par de ellos y ellos solos se ataban entre sí. Únicamente había una respuesta posible. La que unía entre sí, de manera cronológica y geográfica los dos extraños acontecimientos que tenían lugar en ese momento. Leo y el libro habían aparecido casi a la vez y el objeto se dejaba ver siempre que el hombre estaba cerca. Blanco y en botella.

Tenía que averiguar qué estaba ocurriendo. De qué manera era posible colocar el libro en el alféizar de su ventana sin utilizar escaleras o andamios. Cómo había conseguido sacarlo de su coche sin forzar cerradura alguna, por qué quería que lo tuviese ella, para qué servía un libro que no se abría. Necesitaba saber si la aparición de Leo tenía como finalidad entregarle aquel extraño libro. Por qué se lo daba y después se lo quitaba para volver a dárselo de nuevo. Qué sentido podía tener todo aquello. Necesitaba saber por qué no se atrevía a enfrentarse a él. Por qué no le plantaba cara al asunto y le preguntaba todo aquello que era cada vez más necesario saber.

Lo haría. Lo haría en ese mismo instante. Así lo decidió y eso era exactamente lo que sucedería. Por eso se levantó con determinación de la silla y corrió hacia la ventana, con el fin de asegurarse de su presencia. Entonces bajaría y hablaría con él. Por el camino decidiría qué pregunta lanzaría en primer lugar. La primera era la más importante pues tan primordial era salir del mar de dudas en el que nadaba, como no incomodar a quien podía rescatarla de aquel mar.

Y entonces miró a través del cristal de su ventana y le buscó, como un hambriento busca un pedazo de pan entre la basura. Como el sediento busca una gota de agua en medio del desierto. Como quien quiere creer que un par de respuestas a un par de preguntas logrará arrancar de una, la pena que vive pegada a la piel con la que se viste cada mañana. Como una falsa quimera que sueña con ser real.

Pero bajo su casa aquella noche ningún desconocido velaba su ausencia. Ninguna cama de cartón, ninguna manta. Nadie acompañaba hoy a los contenedores en su aburrida soledad. Las vistas volvían a ser lo de antes de que Leo apareciese y un sentimiento de desolación vino a reírse de ella.

Tal vez había llegado el final de un principio que nunca conoció. O tal vez había ido a buscar un lavabo. Quizás aquello nunca tuvo nada que ver con ella, o sencillamente, se había cansado de seguirla. O la había visto bien y había decidido dejar de perder el tiempo. El libro inútil ya obraba en su poder, por lo

tanto, todo lo demás era perder el tiempo. O simplemente había ido a dar una vuelta.

Fuera como fuese sólo cabía una certeza entre tanta teoría. La idea de que Leo hubiese desaparecido para siempre le incomodaba. El temor a que todo volviese a ser como hacía unos días amenazaba con caer sobre sus hombros y traía consigo una firme promesa; los recuerdos volverían al lugar que les pertenecía. Reclamarían de nuevo su sitio y castigarían a quien había jugado a querer borrarlos.

Y entonces tuvo miedo. Abrió la ventana y asomó, nerviosa, la cabeza para buscarle. Unas voces a lo lejos captaron su atención.

Se agarró al extremo del alféizar y se asomó cuanto pudo.

Un soplo de alivio despejó su rostro al verle. Leo charlaba con un hombre bajo su casa, a unos diez, tal vez quince metros en dirección al paseo marítimo. Un hombre aproximadamente de su edad, que vestía un traje chaqueta no demasiado formal y tan desconocido como lo fuese él hacía escasos días. No pudo ver su cara.

Aguzó el oído intentado escuchar su conversación, pero desde allí le resultaba imposible. Era la primera vez que le veía hablar con alguien que ella no hubiese enviado con ese fin. Invasión por la curiosidad se asomó todavía más, hasta quedar con las piernas suspendidas en el aire. Asomarse un centímetro más suponía abrirse la crisma contra el suelo y tuvo que desistir. Volvió adentro, cerró la ventana y aguardó unos segundos, valorando si sería o no correcto hacer lo que, inevitablemente, iba a hacer...y salió como un rayo de casa.

Menos de diez segundos más tarde abrió sigilosamente la puerta de entrada a la finca y de nuevo asomaba la cabeza. Esta vez lo hacía desde una posición que la situaba a la misma altura que la de su objetivo. Escondida tras la esquina de la puerta consiguió extraer algunas frases inconexas. “¿...encontrado todavía?” “...simplemente. No le des más vueltas” “...sin causar problemas...sigo intentándolo” “deberías ir. Te ayudaría...”

Nada en concreto. Imposible atar el hilo de aquella conversación. De poco había servido la carrera que casi acaba costándole un tobillo y un par de uñas. Pese a todo permaneció estática en el mismo sitio hasta que los hombres se despidieron con un amistoso apretón de manos. Luego creyó ver que Leo la había descubierto y sintió tal vergüenza que desechó la idea de conversar con él. Quizás en otra ocasión. Tal vez mañana o la semana siguiente. Lo decidiría sobre la marcha. Mejor subir a recoger a Paula. Hora de dormir.

La pequeña tenía cara de haberse bebido un gran vaso de leche y Sofía de

no saber mentir. Mejor no preguntar o Emilia dejaría a su hermana en evidencia.

Y el resto de la noche...el resto de la noche debería haberle dado una pequeña tregua. Un pequeño paréntesis para reorganizar sus neuronas hubiese sido de agradecer. Para intentar formar un puzle con las medias frases que había conseguido robar de Leo y su acompañante.

Tal propósito no tuvo lugar, y no lo hizo porque...

La puerta de casa estaba abierta cuando madre e hija volvieron, así como las luces y la televisión permanecieran encendidas, tal como Elena las dejase tras su repentina salida. La pequeña regresaba con su pijama puesto, los dientes limpios y la vejiga desaguada en el váter de su vecina. Sólo quedaba descansar, o pensar hasta caer rendida.

Elena mandó a Paula a la cama y entró al lavabo. Cansada, se miró en el espejo y se quitó la coleta. Se masajeó el cuero cabelludo y volvió a recogerlo con una pinza. Se lavó los dientes con esmero. Lo que le llevó un buen rato pues, para rematar, se pasó el hilo dental y se aclaró con enjuague bucal. Finalmente orinó y se lavó las manos. Puede que Paula ya estuviese dormida. Estaba agotada y segura de que no sacaría nada en claro de las desunidas frases que había pescado. Como segura estaba de que esa noche no pensaría en otra cosa. Se dejaría llevar, trataría de coserlas entre sí con un hilo invisible hasta formar una nube irreal que la catapultase al mundo de los sueños.

La perspectiva era buena y ofrecía unas vistas relajantes sobre un futuro inmediato. Sólo que nada de eso ocurrió. En su lugar sucedió algo que parapetó de manera terminante todo lo anterior a ese instante y lo mandó a cualquier lugar lejano a cuanto sucedió a continuación.

Sentada frente a la mesa de la cocina halló a la pequeña Paula. Sobre la mesa, el libro abierto de par en par delante de la niña, que lo miraba con el interés propio de quien mira algo con infinita curiosidad.

Elena dejó caer las manos hacia los costados, cuando al salir del lavabo se encontró con aquella imagen. Continuó en el mismo sitio durante un largo minuto observando a su hija, que no se percató de la presencia de su madre hasta que ésta no habló.

- ¡¿Cómo coño has abierto eso?!- preguntó desconcertada. La niña levantó la cabeza y miró a mamá con cara de asombro.

- Ala, mamá. ¡Vaya taco más gordo!

Elena ignoró el apunte de su hija y repitió la pregunta mientras caminaba en su dirección.

- ¿Cómo lo has abierto?! -insistió.

- Pues abriéndolo, mamá. - respondió, sorprendida por la escasa dificultad de la pregunta.

- ¿Cómo que abriéndolo? ¿Así, sin...? - la siguiente pregunta quedó atascada cuando, al acercarse hasta el lugar de los hechos, pudo distinguir el contenido de lo que su hija miraba con tanto interés. El libro estaba en blanco. Completamente limpio. Ni una sola letra, ni una simple línea. Nada.

Enojada con todo aquello, arrancó el objeto de las manos de Paula con un fuerte estirón y le dio la vuelta, girándolo sobre la mesa hasta colocarlo frente a ella. Por toda respuesta el libro se cerró con un golpe seco, haciendo temblar la mesa de la cocina. Elena dio un salto hacia atrás y miró a su hija. Ambas se miraron asustadas. Lentamente se acercó de nuevo y lo tocó, primero con la punta de los dedos, como si temiese quedar electrocutada. Luego se sentó delante de él e intentó abrirlo, como lo hiciese siempre que se encontraban. Nada. Suspiró y miró a su hija. La pequeña observaba la escena sin abrir la boca. Nada de todo aquello entraba dentro de lo que para ella pudiese considerarse normal. Colocó de nuevo el objeto de cara hacia la niña y suavemente lo empujó hasta situarlo delante de ella.

- Ábrelo, cariño. - susurró.

La niña obedeció de inmediato y abrió el libro con total normalidad. Después miró a su madre. Elena inspiró todo el aire que pudo, se incorporó y colocó las manos sobre sus caderas. Su sentido de la lógica se dibujaba tan blanco como las hojas de aquel extraño espécimen de libro que parecía tener vida. Que parecía mofarse de las leyes de la física. Que parecía burlarse de ella.

No sabía qué hacer con aquello, no sabía qué decir al respecto, no sabía nada. El silencio era ahora quien mandaba y durante un largo rato fue él quien se ocupó de manejar la situación. Después se le ocurrió curiosear en el asunto. Por hacer algo antes de perder la cabeza.

- ¿Puedes pasar la página, cariño? - preguntó a su hija, tratando de mantenerse serena.

- Sí. Ya lo he hecho antes. - Paula pasó la primera página, mostrando el blanco impoluto de dos nuevas hojas.

- Vamos a ver las siguientes, a ver qué hay después. - continuó Elena.

- No creo que pueda, mamá. Primero tengo que aprenderme esto. - respondió señalando hacia la nada.

- Paula, cariño. Todavía no sabes leer.

- Esto sí.

Mamá miró a su pequeña, alzó las cejas y parpadeó un par de veces, de nuevo por hacer algo.

- Y ¿qué es lo que tienes que aprender?

- Pues esto. - volvió a señalar hacia el mismo lugar.

- Pero, mico. Si ahí no hay nada escrito.

La niña miró extrañada a su madre y respondió.

- Sí que hay escrito, mamá. Mira, aquí. - colocó su dedo índice sobre el papel y lo deslizó por la superficie, siguiendo en silencio el dibujo de un texto invisible.

Elena empezó a sentir un repentino frío en la espalda.

- Ah, ¿sí? Muy bien. - apuntó con fingida serenidad. - cuéntame qué pone.

- No puedo. - sentenció su hija.

De nuevo el silencio se apoderó de la situación y el blanco del sentido de la lógica. El frío se deslizaba por su espalda como olas que lamían lentamente su piel.

- ¿Por qué no puedes? - continuó.

- Porque no. No puedo decírtelo, mamá.

Entonces el frío impregnó de súbito sobre la totalidad de su cuerpo y algo le estalló por dentro. Todo cuanto la rodeaba se había teñido de un extraño color surrealista, pero esto lo superaba todo. Y de repente, todo dejó de tener la pizca de gracia que parecía haber tenido en un principio.

- ¿¿Cómo??- bramó.

- No puedo, mamá. Lo siento. - se disculpó Paula.

- ¿¿Que lo sientes?? ¡Ah! Pues muchas gracias. Muy amable por tu parte. - con los nervios a punto de ebullición, cogió la silla de la cocina y la arrastró hasta situarla frente a su hija. Se sentó a plomo junto a ella y habló indignada con la pequeña. - ¿Me estás tomando el pelo, cariño? Porque te aseguro que no me hace ni pizca de gracia. No me está gustando nada de nada. ¿Entiendes?

-Sí, mamá. Estás enfadada. Se te nota mucho. Pero no puedo decirte lo que pone porque son las moras.

Elena se rascó la barbilla y cruzó los brazos delante del pecho.

- ¿Qué moras? - preguntó al borde de un ataque.

- Las moras. La primera mora dice que no puedo contar a nadie lo que pone.

- ¿Te refieres a las normas?

- ¡Claro!

- Entiendo- inspiró. - ¿Esas normas están ahí escritas?

- Sí.

- Y ¿dice por qué no puedes contarme lo que pone?

- Sí, pero no puedo decírtelo.

- ¡¡¡Basta!!!- rugió al tiempo que golpeaba la mesa con la palma de la mano. Luego arrancó de nuevo el libro a su hija y de nuevo éste se cerró con un movimiento seco, provocando un estruendo que esta vez no sólo hizo temblar la mesa sobre la que descansaba. Esta vez el ruido retumbó sobre toda la casa. Y

esta vez Elena palideció tanto que, por un segundo, sintió ganas de pedir disculpas a aquel que parecía haberse ofendido.

Y entonces tuvo miedo. Esa clase de miedo que se siente cuando se siente hacia lo desconocido. A los monstruos que viven dentro del armario o bajo la cama. A las sombras espectrales que proyecta la luz de una farola cuando se filtra a través de la ventana. Miedo a lo irreal. Miedo infantil.

Vestida de pies a cabeza con aquel miedo y un pequeño temblor que se instaló en sus manos, cogió con sumo cuidado el libro y con él se dirigió hacia la ventana. La abrió, y sin pensarlo, lo lanzó a través de ella con todas sus fuerzas. Al cabo de un segundo escucharon el estrépito que ocasionó el objeto al chocar contra la pared de un contenedor. A continuación, se restregó las manos con ímpetu sobre su camiseta, como si quisiera arrancar el recuerdo de su tacto. Se asomó por la ventana y gritó.

- ¡No lo quiero! ¡Llévatelo de aquí! - y cerró enérgicamente la ventana. Giró sobre sí misma y se encaró de nuevo hacia la niña.

La pequeña miraba a su madre sin moverse del sitio y lo hacía con una extraña expresión de serenidad en el rostro.

- No tendrías que haber hecho eso, mamá. - dijo. Elena la miró asustada y trató de disimular.

- Vámonos a la cama, mico. Mañana hay cole.

Paula se levantó obediente de la silla y se agarró a la mano que le tendía mamá. Se metieron juntas en la cama y la noche cayó sobre ellas como un manto tenebroso preñado de monstruos que viven dentro del armario, de sombras que se filtran a través de la ventana. De miedos irreales...miedos infantiles...

Mierda de bocadillo. Dora libraba aquella noche y en su lugar, algún gracioso había puesto a un tío feo y calvo. De poco le sirvieron sus encantos ante semejante perspectiva. Resultado, ni hablar de pedir extra de salchichón. Un pueril bocadillo y una botella de agua era cuanto tenía hoy para saciar su hambre. Aún contaba con algo de dinero de su último trabajo en el puerto, pero no podía arriesgarse a quedarse sin blanca por el mero capricho de beber cerveza.

Ahora disponía de un suéter negro y una mochila para guardar sus pertenencias. Un suéter azul con una estrella negra grabada en el pecho, unos calzoncillos, calcetines y, hasta ayer, un par de cervezas. La manta de Emilia no contaba como tal, pues había sido un préstamo temporal. De alguna manera conseguiría llevarla a una lavandería antes de devolvérsela a la buena mujer. Con el añadido de una rosa, aunque tuviese que robarla.

Terminó su aburrido bocadillo y bebió un buen trago de agua. Levantó la

vista y miró hacia el cielo. Aquella noche, de nuevo, un tosco abrigo de negras nubes amenazaba con hacer las veces de techo. Levantó las cejas y apretó los labios en un gesto de impotencia. No volvería a encontrar un trozo de madera como el de anoche y mucho menos dormiría otra vez a cubierto. Algo le decía que Elena no volvería a emplear con él la compasión. Esta vez le tocaría mojarse si no se le ocurría algo.

Se incorporó con presteza y se situó de frente a los contenedores para escudriñar el terreno. Bolsas de basura y un algún cartón era cuanto le ofrecía el panorama. Tal vez, si giraba uno de los contenedores, podría levantar la tapa y apoyarla sobre su compañero, formando un pequeño tejado donde poder guarecerse. Parecía una buena idea.

Se acercó hasta uno de ellos y lo agarró. Empezó a moverlo cuando de repente, algo enorme pasó rozándole la cabeza, chocando contra el contenedor de basura y originando un estrépito parecido al de una detonación. Leo se agachó rápidamente hacia un lado, cubriéndose la cabeza con ambas manos.

- ¡No lo quiero! ¡Llévatelo de aquí!

Era la voz de Elena y parecía nerviosa. Se levantó rápidamente y la buscó con la mirada. Sólo pudo verla cerrando la ventada. Luego desapareció. Aguardó unos segundos sin dejar de mirar hacia su piso, esperando verla de nuevo. Después y tras comprobar cómo la luz se apagaba, giró en redondo y se detuvo a observar el objeto bomba. Era un libro. Bastante grande y, si hubiese tenido que describirlo con un único adjetivo, sin duda sería majestuoso. Parecía sacado de un museo. De alguna colección de libros de esos que valen su peso en oro.

Lo recogió del suelo y lo observó con detenimiento desde todos sus ángulos. Al cabo se sentó sobre un cartón, apoyó la espalda en la pared del contenedor con el que el libro había chocado momentos antes y, durante los siguientes minutos, se dedicó a intentar abrirlo. En su intento cosechó el mismo éxito que Elena y exacta frustración. Al cabo de un rato la única conclusión que pudo sacar le hizo reír. Pensó que tal vez Paula se había dedicado a pegar las páginas con algún pegamento de los buenos que tendría mamá por casa y Elena había estallado en una rabieta. Lo único que no encajaba era que, tras el lanzamiento que casi le decapita, parecía que hablase con él. “No lo quiero” no tenía por qué referirse a nadie en concreto. Pero “Llévatelo de aquí” ... ¿A quién sino?

Así es que decidió ser obediente y guardó el libro en su mochila. Lo sacaría de allí, pero de momento no lo tiraría. Primero averiguaría si aquellas curiosas letras estaban hechas con lo que parecían estar hechas y, de ser así, las vendería en una joyería. El libro desaparecería, pero el dinero, si es que aquello valía algo, les pertenecía a ellas.

De modo que guardó el libro en el interior de su mochila y ésta bajo un par de cartones. Después continuó preparándose para una posible mala noche y colocó la tapa de un contenedor apoyada sobre el otro. Se acomodó encima de unas cajas vacías y se tapó con la manta. Trataría de dormir. Si la noche cumplía con su amenaza, dentro de poco tendría que proteger pies, manta y mochila de la lluvia. Intentaría descansar cuanto pudiese.

Esa noche el curioso libro ocupó sus pensamientos antes de dormir, y su divagar le condujo hasta ella. Como siempre ocurría con todo aquello que pensaba. Descubrir su faceta más enojada le resultó entrañable y no pudo evitar sonreír bajo la manta.

Dentro de unas horas, cuando el día despertase una vez más, todo volvería a ser como antes. Sus mismos enseres, el mismo escaso dinero en su bolsillo y la misma mochila despertarían con él como cada día. Todo salvo una cosa. Aquello que parecía decidir dónde, cuándo y con quién quería estar. Pues, a la mañana siguiente todo estaría en su sitio...menos el libro.

11. LA VIRGEN DE LOS IDIOTAS

La vida se vistió con una fina tela de tranquilidad. Durante los siguientes días todo parecía descansar sobre un remanso de aguas quietas. Si algo se estaba cociendo, lo hacía bajo la superficie de una inmensa y sosegada quietud, allí donde el oleaje no alcanza la superficie.

El libro desapareció del interior de la mochila de Leo, pero de eso hacía ya unas cuantas jornadas y se olvidó del asunto cuando concluyó que le habría sido sustraído mientras dormía.

Todo lo demás siguió la estela de la rutina que los últimos acontecimientos dejaron marcada. Gigante empezó a aclimatarse a su nueva vida dentro del cercado. Ismael y Elena le visitaban tanto como podían y su horario de paseo se redujo de nuevo, esta vez no sólo en tiempo, sino también en número. Uno al día de quince minutos, con el sobrecoste añadido de las llantinas de Paula, que terminó claudicando por el módico precio de unos cuantos litros de lágrimas. Luego Ismael decidió que a la pequeña le gustaría esperar a su madre junto al animal y cada tarde, al volver del paseo, la metía dentro de la cerca con él. “A la cárcel, señorita”, le decía. Entonces ella se abalanzaba sobre el cuello del enorme perro y lo empujaba hasta tumbarlo en el suelo. Se pasaba una pata por la cabeza y ambos quedaban envueltos en un abrazo. Gigante permanecía inmóvil por miedo a hacerle daño y barría el suelo con el rabo. Después la observaba marchar hasta que la perdía de vista. Hasta que todos se iban y, una vez más, le dejaban en aquel extraño lugar del que, por algún motivo que no comprendía, no podía salir. Y allí mismo se tumbaba cuando el sueño le ganaba la mano. Donde pudiese ser el primero en verles aparecer al girar por detrás del invernadero.

Leonor se mantuvo sobre su habitual línea. Tal vez un poco más callada que de costumbre, pero no por eso menos desagradable. Elena la vio marchar la mañana de su visita a la administración de loterías. Partía con una falda plisada del año de María Castaña, y cuando se volvió para deleitarse con el modelito, observó que la tela se le había quedado enganchada en las bragas, dejando al aire parte de su pompis. Dudó un par de segundos y finalmente, se encaminó hacia la cocina muerta de risa. De esta guisa la mujer se paseó por las calles de Barcelona, exhibiendo su arrugado culo. Al regresar estaba tan enfadada que soltaba espumarajos por la boca. Por su puesto, la culpa fue de Elena. Debería haberse dado cuenta y así fue, sólo que valió la pena jurar lo contrario.

Ese fue su peor día. El resto transcurrió como siempre, impregnado de gestos de arrogancia y desprecio. Del perro ni se acordó en toda la semana, pero Ismael entraba en un estado agudo de nerviosismo cada vez que Elena o él

mismo tocaban el tema. Aguardaba con miedo el momento en que a la vieja se le cruzase de nuevo el cable y decidiese largar de allí al animal. Por eso agachaba sumiso la cabeza cuando estaba con ella y le hablaba en un tono de obediencia rayana a la humillación, al que Elena no estaba acostumbrada y del que Leonor parecía disfrutar. Tal vez era ese el motivo por el cual Gigante aún seguía allí. Ismael siempre la había tratado como a un igual y ahora por fin, se había colocado en el lugar donde debía haber estado siempre. Donde ella pudiese mirarle desde arriba, desde donde le correspondía por derecho. El derecho que su distinguida clase social le otorgaba y que aquel pobre hombre había pretendido ignorar durante muchos años. Ahora, por fin, todo estaba en su sitio.

La presencia distante de Leo también siguió con su habitual y, paradójicamente, rara normalidad. Por insólito que pareciese, ahora lo anormal era no saber de su presencia, aun cuando ésta siguiese limitándose a una permanente lejanía. Elena ya no se acostaba sin antes mirar por la ventana, y Paula incluso le saludaba siempre que reparaba en él. A ella le parecía divertido y mamá ya no le reñía cuando lo hacía.

Emilia emprendió una especie de campaña a favor de su protegido. Se paseaba con él por la calle y le vendía como si fuese el alcalde que el barrio necesitaba. El bloque entero contaba con él para subir la compra y todos empezaban a tratarle como un vecino más. Nadie preguntaba el porqué de su evidente indigencia.

A Elena aquello no le hacía demasiada gracia y jamás pidió su ayuda para cargar con sus bolsas del súper. Seguía sin encontrar el momento para hablar con él y se limitaba a observarle a través de su ventana cuando nadie la veía. Lo hacía con la luz apagada para no ser descubierta. Pero a veces, escondida tras la penumbra del cristal, le sentía cuando sus miradas se cruzaban. Entonces se agazapaba como una niña a la que acaban de descubrir haciendo una travesura y aguardaba inmóvil hasta que su pulso se estabilizaba de nuevo.

Leo pudo comprar pantalones y una muda completa con el salario que recibió de su segunda tarde descargando cajas en el puerto. No compró cervezas en esta ocasión. Prefirió guardar el dinero y se prometió hacerlo tras su próxima paga.

Para él todo aquello seguía siendo tan irreal como lo fue desde el principio. Pero no podía hacer otra cosa, o no se le ocurría otra cosa que hacer. Su único consuelo pasaba por esperar a que algo pasase. Que de repente, se encendiese algún tipo de señal luminosa que le indicase el camino a seguir.

Entre tanto sólo pudo aprender a mirarla desde un lugar donde ella se sintiese tranquila. Desde donde su presencia no la importunase.

Y desde allí aprendió a conocerla tanto como la distancia le permitió.

Aprendió a verla caminar, a verla gesticular cuando hablaba con Carmen, supo de qué manera reía y cómo se rascaba la cabeza. Siempre con la mano izquierda, aunque ella era diestra. Supo del largo de su melena cuando se quitaba la coleta para volver a recogerla de nuevo. Y supo que le gustó, que le gustaba verla rascarse la cabeza con la mano izquierda, que le encantaba verla caminar siempre con prisa. Y un día se descubrió embobado mientras la observaba reír. La miró hasta que ella le devolvió la mirada con una sonrisa pintada en la cara.

Supo entonces de la necesidad de hablar con ella. De contarle todo cuanto había sucedido. Necesitaba hacerla partícipe de la historia que siempre había sido suya. Aquella en la que únicamente Elena y su hija eran protagonistas. De poco servía ya ocultarlo. ¿Para qué? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que ella misma quisiera saber cuál era el motivo de su presencia? ¿Qué ocurriría si ninguna luz se iluminaba para indicarle el camino? Podían pasar horas, días, meses...o no pasar jamás. ¿De qué servía ya esperar? Si algo tenía claro era que poco tenía que perder. Demasiado poco para quien nada tiene.

Sólo quedaba entonces, decidir de qué manera actuaría. Con qué pretexto se acercaría a ella y cómo expondría tan truculenta historia sin que Elena llamase a la policía o a alguna institución psiquiátrica. Dedicaría unos días a resolver estas pequeñas cuestiones y después entraría de lleno en materia.

Al carro de aquella aparente quietud también quisieron subirse Carmen y Rafa. Ninguna estúpida flor boicoteaba su matrimonio y Carmen estaba pletórica. Caminaba bajo una especie de arcoíris de colores que parecía envolverla perpetuamente. Todo estaba tranquilo. Todo era hermoso...

Un martes de octubre de 2010. En el parque, sobre las ocho de la tarde.

-...Rafa dice que nos vendría bien a todos y creo que tú lo necesitas más que nadie. Espera a que acabe. Ya tendrás tiempo para negarte. Nadie va a pagar nada porque no se nos va a cobrar nada. La casa es de mi cuñada. Y es una monada. En medio del bosque, Leni. El semáforo más cercano queda a tres horas en coche. Nos llevamos la comida y todo lo demás es gratis. Paseamos gratis, nos tumbamos bajo un pino gratis, jugamos al escondite gratis, hasta podemos cazar duendes. También gratis. Si encontramos alguno podemos venderlo. Imagínate lo que valdría eso. Nos vamos el viernes y volvemos el domingo por la noche. Descansas, desconectas y vemos qué pasa con Leo.

- ¿Qué pasa con Leo de qué? - Elena reaccionó de pronto como si alguien le hubiese pellizcado en el culo.

- A ver cómo reacciona. Si sigue aquí cuando volvamos.

- Y ¿por qué iba a marcharse?

- Pues no lo sé.
- ¿Es que quieres que se vaya?
- Pues...- Carmen dejó pasar unos segundos antes de contestar- a mí no me molesta. ¿A ti te molesta?
Elena se encogió de hombros representando una mueca de indiferencia.
- Me da igual. - contestó con displicencia.
- ¿Cómo que te da igual?
- Pues eso. Que me da igual.
- No te puede dar igual.
- ¿Por qué no me puede dar igual?
- Un tío siguiéndote día y noche desde hace un mes y pico no puede darte igual, Leni. Es posible que no sepas definir lo que sientes. Posible y comprensible. Pero no te puede dar igual.
- Muy bien. Entonces lo dejamos así.
- Así... ¿cómo?
- Así, sin definir.
- Estoy de acuerdo. Entonces, ¿queremos que se vaya o no?
- A mis vecinos les cae muy bien. - contestó Elena tras un largo silencio. Carmen la miró sin decir nada durante un rato. Luego sonrió y continuó.
- Conclusión; queremos que se quede.
- Yo no he dicho eso.
- Puedes estar tranquila. Ya sé que hablas en pro del bienestar de tu comunidad. A tus vecinas les viene bien un portabolsas culo apretado. Me parece genial. ¿Nos vamos entonces?
- Si me dejas pagar parte de la comida lo pensaré.
- No digas tonterías. No es negociable.
- Y ¿para qué preguntas?
- Eso digo yo. Nos marchamos el viernes. Llévate la maleta al trabajo y os recogemos allí. Por cierto...- cambió de tema y habló como si el siguiente fuese de lo más normal, como si fuese a contarle cuántas barras de pan había comprado esa misma mañana- te he preparado una cita. - luego carraspeó y se miró las uñas con fingida indiferencia.
Elena giró la cabeza en su dirección con un seco movimiento y desplegó ojos y boca en idéntica medida.
- ¿¿¿Per-dón???
- Perdonada. - Carmen la ignoró y prosiguió con su argumento, de retahíla y sin parar a respirar. - Se llama Alex. Es un encanto, un antiguo amigo del barrio. Me lo he encontrado esta mañana de casualidad. ¿Te lo puedes creer? Hacía millones de años que no nos veíamos. Si vieras a Rafa cuando lo ha visto... Casi

se rompen las costillas del abrazo. Bueno, al ajo. Pues resulta que está soltero. Se ha separado hace poco. Sin hijos, Leni. Inspector de policía...o algo así. Me encanta, a Rafa le encanta, a ti te encantará. Estábamos comiendo y de repente lo he visto. He visto la foto de familia. Las dos parejas y las niñas, todos juntos. Ha sido una corazonada, Leni. Lo sé. Y ahora que estás guapísima... ¿te he dicho que estás guapísima?

Elena aguardaba estática con la misma cara de espanto. En algún momento tendría que respirar o moriría diciendo tonterías.

-...Sí que te lo he dicho. Seguro. Y seguro que te lo ha dicho alguien más últimamente. Pues he pensado que primero quedaremos a cenar en casa. Una cena informal, como el que no quiere la cosa. Ya me entiendes. Luego ya me encargaré yo de que te invite a solas. En fin...- suspiró orgullosa. - ¿qué te parece?

Su muda interlocutora logró pestañear al cabo de unos segundos y precisó de otros tantos para cerrar la boca. Habló por fin transcurrido un rato.

- ¿Te has fumado un porro? - preguntó desconcertada.

- Me comeré entera la planta de marihuana si no consigo organizarte una cita con este hombre. Hazme el favor de no cerrarte en banda y permítete al menos conocerle.

- Es que no consigo comprender qué te hace pensar que quiero un hombre en mi vida. ¿No te parece que ya tengo suficiente con lo que tengo?

- Supongo que con “lo que tengo” te refieres a lo que quiera que trajiste contigo el día en que caíste del cielo. Por lo demás, no sé de qué estás hablando.

Elena inspiró aire por la nariz y apretó los labios, molesta por aquel comentario.

- Leni. Por favor. - Carmen agarró su mano. Elena la sostuvo durante unos segundos y después se deshizo lentamente de ella. - Está bien. Me rindo. - alzó la mano solemnemente. - Prometo dejar de intentar hacerte feliz.

De repente, un sentimiento fugaz de tristeza atravesó a Elena, cuando alzó la vista para mirar a su fiel amiga. No estaba siendo justa con quien tanto había hecho por ella. Con la única persona en el mundo que la hacía feliz desinteresadamente. Y entonces una lágrima quiso deslizarse por su mejilla. Una que debía haber sido de sangre y que ella limpió disimuladamente antes de que pudiese asomar. Su voz sonó entonces temblorosa y rota.

- Hay un par de cosas que deberías saber. - carraspeó, inspiró una bocanada de aire y continuó hablando, esta vez con total entereza. - La primera es que no necesito nada más de ti que tenerte a mi lado.

- Concedido. - sonrió cariñosamente.

- La segunda es...- de nuevo respiró profundamente y expulsó lentamente el aire de sus pulmones. -... que nunca he estado con un hombre.

Carmen enmudeció y cambió su semblante por uno que mostraba turbación y curiosidad a partes iguales.

- ¿Y Paula? - preguntó con prudencia al cabo de unos segundos.

- El padre de Paula...- Elena se frotó las manos nerviosa, mientras buscaba las palabras que no quería pronunciar. -...ella no tiene padre.

Un largo silencio se acomodó entre las dos y sólo el sonido de los niños y sus juegos impregnó el aire, cuando Carmen buscó la mirada perdida de su amiga. Había sacado el tema y lo había hecho ella solita. Aquello que tanta curiosidad generaba en Carmen desde hacía tanto tiempo, parecía querer asomar tímidamente la nariz hacia el exterior. Y sin embargo, algo le decía que era mejor no aplastarla con preguntas. Que era cuestión de tiempo y que todo emergería en su debido momento. En el momento en el que Elena sintiese que debía o estaba preparada para hacerlo. O tal vez ese momento había llegado y lo había hecho de un modo tan sorpresivo que la propia Carmen no sabía cómo afrontarlo. Habló cuando hubo pasado un prolongado minuto.

- ¿In vitro? - preguntó y rezó para escuchar un “sí” por respuesta.

Elena posó una mano sobre la suya y la apretó con fuerza. Era su manera de pedirle perdón por esquivar una vez más la misma conversación.

- No creo que quiera conocer a un hombre, Carmen. - apartó su mano y la miró de reojo. - pero podemos tomar algo los cuatro juntos si eso te hace feliz.

Carmen sonrió con dulzura y golpeó suavemente con su hombro el de ella. No era el momento.

- Bueno. Ya veremos.

Tres días más tarde Elena y Paula se despedían de Ismael y Gigante a las puertas de casa de doña Leonor, mientras Rafa sacaba las bolsas del maletero del Fiesta y las encajaba, formando un complejo puzle en el interior del suyo.

El anciano les observó marchar junto a la verja. Acariciaba la cabeza del animal con una mano mientras saludaba a la pequeña Paula con la otra. Gigante, sentado a su lado, movía efusivamente el rabo y emitía gemidos sordos que parecían querer decir “vuelve pronto”. Ambos aguardaron hasta que el vehículo giró a la derecha al final de la calle y les perdieron de vista.

Ismael inspiró lentamente y propinó suaves y afectuosos golpes sobre la cabeza de su compañero con su arrugada mano. Le miró y observó cómo el animal levantaba la vista hasta cruzarse con su mirada.

- ¿Te gustaría ir con ellas, ¿verdad?

Gigante estornudó y meneó de nuevo el rabo a modo de respuesta. El anciano se dirigió hacia la casa y abrió la verja. Su compañero le siguió.

- Lo sé amigo. Lo sé.

Llamar a aquello casa tal vez era pasarse un poco de la raya. Un término más correcto hubiese sido chabola. Todo lo demás le quedaba grande, en cuanto a tamaño se refería.

Una pequeña y acogedora construcción de madera, de unos cincuenta metros cuadrados, con dos habitaciones, lavabo y comedor con cocina office, emergía en medio del bosque de

Girona, como una seta entre la hierba, envuelta en un espeso manto de pinos que parecían querer tragársela, salvo por la parte frontal. Desde allí la montaña descendía de forma abrupta hacia un valle rodeado de más montañas. Sin televisor, microondas, ni Internet, las cuatro bombillas que la vivienda necesitaba para iluminar las noches, funcionaban gracias a un grupo electrógeno que se alimentaba a base de una mezcla de gasolina y aceite sintético. La cocina lo hacía con butano y el horno con leña.

El inmueble se ubicaba a muchos metros de la carretera más cercana y unos cuantos kilómetros de un conjunto de casas que existían alrededor de una tienda-panadería, como si la presencia de éstas se limitase a asegurar el sustento del colmado.

El comercio se llamaba “Tienda-panadería” y era imposible que la señora tendera-panadera fuese un poco más simpática. Una mujer con el pelo tan amarillo que podía alumbrar las noches de aquel diminuto pueblo asomando la cabeza por la ventana de su casa.

Rafa compró panes que olían a gloria bendita, leche y bollería para el desayuno. Tomaron un café bien caliente con la Ramona, mientras escuchaban atentamente las indicaciones que les daba sobre cómo llegar hasta el punto en el que debían dejar la carretera y coger el desvío hacia la casa, y se fueron de allí bajo la firme promesa de hacerle una visita a su regreso.

Cuando por fin llegaron a su destino ya eran más de las doce de la madrugada. Las niñas llevaban dormidas desde que salieron de la tienda de la Ramona. Rafa rellenó el depósito del grupo electrógeno, Carmen preparó las camas y Elena puso los pijamas a las pequeñas, que no se despertaron mientras eran zarandeadas y transportadas hasta la cama.

Después encendieron la chimenea y se sentaron frente al fuego con pan y embutidos variados. El sonido que emitía el chisporroteo de la leña solapaba el silencio del bosque y ofrecía una sensación increíblemente acogedora. Durante un buen rato pareció que nadie quería romper la relajante magia que les envolvía. Pero Rafa hacía mucho tiempo que no hablaba con Elena y tenía

muchos temas pendientes. Fue él quien rasgó aquella sosegada quietud.

- No deberías haber tirado el libro.

Elena masticó un trozo de pan y tragó antes de responder.

- Eso no era un libro. Era un ser vivo y no le caigo bien.

- Lo que cuentas es muy extraño. Tiene que tener una explicación.

- Estoy completamente segura. Pero te juro que me dio miedo, Rafa. En ese momento no lo pensé.

- Me hubiese gustado verlo. - Rafa suspiró y mordió una rebanada de pan.

- Pues a mí me gustaría no volver a verlo nunca más. Espero que Leo haya entendido mi mensaje y deje ya el juegucito de una vez por todas.

- Veo que tienes demasiado claro de quién es.

- No sé de quién es. Pero sí sé que ambos aparecieron a la vez. Que siempre que lo encontraba, Leo estaba cerca.

- Él siempre está cerca. - apuntó Carmen. - Por esa regla de tres, todo tendría algo que ver con él.

- Todo lo demás es lo de siempre. - contestó Elena. - Lo de cada día. Trabajar, la niña, la casa, el parque y dormir. No creo que en eso tenga nada que ver.

- Muy bien chicas, cambiemos de tema. - sentenció Rafa, que terminó de comer, dio una fuerte palmada y se frotó las manos enérgicamente. - ¿Qué pasa con mi amigo Alex?

Carmen disparó una mirada amenazadora a su marido y después se volvió hacia Elena. Rafa sabía de su conversación con Carmen y conocía las últimas novedades acerca de la paternidad de Paula. Por eso su mujer no entendió a qué venía aquello. Elena, sin embargo, se mostró indiferente ante el comentario y continuó comiendo como si no fuese con ella. Rafa contaba con esa reacción y atacó de nuevo.

- He pensado que la semana que viene podemos cenar los cuatro juntos en casa. ¿Qué os parece?

Carmen abrió la boca para hablar pero Elena se le adelantó.

- Los seis. - le corrigió.

- No exactamente. Las niñas cenarán primero y jugarán después en su habitación. Así podremos cenar los cuatro tranquilos.

- Lo tienes todo pensado. - apuntó su mujer con las cejas alzadas, fruto de la confusión.

- Pensar antes de hablar, de eso se trata. - respondió él con orgullo y una media sonrisa.

Ambos miraron a Elena y aguardaron en silencio a la espera de una respuesta. Carmen se inquietó. Desconocía cuál sería su reacción después de su

charla con ella en el parque, y un sentimiento de preocupación la acarició por dentro. Lo último que quería era incomodarla. Se suponía que aquel era un fin de semana para desconectar y quizás ese no era el momento más adecuado para sacar el tema. Elena les miró durante unos segundos y finalmente, se encogió de hombros.

- De acuerdo. - contestó tranquilamente.

Rafa sonrió satisfecho y lanzó un sutil guiño a su mujer, que optó por cerrar la boca y seguir comiendo. Luego levantó la vista y devolvió a su marido una pícaro sonrisa.

Como si el paquete de fin de semana incluyese la compañía del sol, a la mañana siguiente el día amaneció despejado de nubes y sazonado con una suave temperatura, ideal para hacer senderismo. Pasaron toda la mañana caminando por entre las montañas, buscando diferentes clases de setas, flores y piñas para la chimenea.

Regresaron a medio día y Rafa cocinó una exquisita paella, mientras las chicas se encargaban de la repostería. Buñuelos de manzana para el postre y crepes para la merienda.

Comieron, rieron y charlaron hasta pasado el mediodía. Más tarde salieron de nuevo a pasear. Esta vez la expedición exploró el bosque en dirección opuesta a la incursión de la mañana, y descendieron por un estrecho sendero que penetraba en el valle. A cien metros de la salida, las niñas ya habían llenado sus bolsas de piñas y reclamaban portadores que las aliviase de sus pesadas cargas.

- Os he dicho que esperaseis a la vuelta para coger piñas. -protestó Rafa, sabedor de quién sería el portador. – Esperad aquí, anda. - cogió las bolsas y corrió a vaciarlas a casa. Regresó antes de dos minutos con las bolsas vacías.

De nuevo retomaron el camino. Papá en cabeza, Paula y Valeria a continuación y las mamás a la retaguardia, ignorando el paisaje y hablando de sus cosas.

Rafa caminaba, aleccionando a las niñas acerca de cualquier cosa que se cruzase por su cabeza, en relación con la fauna y flora del lugar. Explicaba que no todas las piñas dan piñones, que las hormigas caminan en fila cuando va a llover, que es mejor no levantar las piedras, pues debajo viven insectos que pueden ser peligrosos, que nunca hay que permanecer bajo los árboles cuando hay tormenta...

Se detuvo para enseñarles un pequeño hueco hecho en la tierra.

- Mirad esto. Lo hacen los jabalíes para buscar raíces o frutos bajo la tierra. ¿Sabéis qué es un jabalí? - preguntó y se giró reclamando la atención de las niñas. Se irguió de pronto con cara de sorpresa.

- Pero bueno.

Las pequeñas le miraban sosteniendo sus bolsas de nuevo rebosantes de piñas.

- ¿No os he dicho que esperaseis a la vuelta?

- ¿Y si nos las quitan, papá? - alegó Valeria cargada de razón.

- No nos las van a...- Rafa chasqueó la lengua. - aquí no hay nadie más que nosotros, pequeñaja. Nadie nos las va a quitar.

- La seño dice que el mundo es de todos. - puntualizó Paula.

- Claro que sí. Y puede venir quien quiera. Pero sólo estamos nosotros.

- Y ¿por qué?

- Pues...porque no habrán querido venir.

- ¿Por qué no? - preguntó curiosa.

- Porque...- Valeria estiró la palabra buscando respuesta. -porque aquí no hay tele. - aclaró al fin.

- Eso. - sentenció Rafa. - Porque no hay tele. Así es que dejaremos las bolsas escondidas detrás de este árbol y las recogeremos a la vuelta.

- Y ¿para qué las escondemos si no hay nadie? - apuntó Paula.

Rafa observó cómo las mamás pasaban un buen rato riendo con aquella escena. Cogió las bolsas y las dejó junto a un pino en el mismo sendero, de manera que al volver tropezasen con ellas si no las buscaban.

- Tienes razón. Las dejaremos aquí para cuando volvamos. ¡Andando!

El sendero descendía en línea recta unos doscientos metros más y luego giraba hacia la izquierda, atravesando un fragmento de bosque en el que un terraplén bastante inclinado se vencía a su derecha. Cuando llegaron al punto en el que divergía, Rafa pensó que sería peligroso para las niñas, y además ya se estaba haciendo tarde. El ascenso les llevaría mucho más tiempo del que habían empleado para bajar y valoró la posibilidad de que se les hiciese de noche a mitad de camino. Decidió iniciar la vuelta cuando Paula gritó, señalando en la dirección que tomaba la senda.

- ¡Una cueva!

El grupo miró hacia donde apuntaba la niña y vislumbraron una entrada en la montaña, a unos cien metros de distancia. Rafa respiró hondo mientras decidía y las pequeñas comenzaron a dar saltos a su alrededor, suplicando poder verla. Finalmente accedió, haciéndoles prometer que caminarían agarradas a él. Las niñas obedecieron y la pandilla penetró en la cueva, cuando la luz del sol comenzaba a teñirse de rojo.

La cueva resultó ser una gran decepción, pues no era más que un pequeño entrante de cuatro o cinco metros de profundidad sobre la falda de la montaña.

El camino de vuelta se hizo tenso y eterno. Sin linternas y sin teléfonos móviles, pues sin cobertura de poco les servían y habían optado por dejarlos en

la cabaña, la oscuridad se hacía cada vez más densa y las copas de los árboles parecían confabularse para no dejar entrar la escasa luz que les procuraban las estrellas.

Caminaban ahora agarrando a las niñas de la mano. Rafa llevaba a Paula y Carmen a Valeria. Elena cerraba el grupo, volviendo la mirada en todas direcciones y apoyando la mano sobre el hombro de su amiga. Charlaban sin cesar para no dejar un sólo hueco a los sonidos del bosque.

Rafa se detuvo de repente y miró a su alrededor. Carmen tardó una fracción de segundo en protestar enérgicamente.

- ¿Se puede saber por qué te paras? - gritó asustada.

- Por nada. Perdón. - contestó y siguió caminando. - Venga chicas. Que ya nos queda muy poco. - aunque él dejó de hablar y las mamás le sustituyeron de inmediato. Esperaba haber sido el único en percatarse de que las bolsas que habían dejado en el camino ya no estaban. No sería nada. Tal vez había pasado alguien por allí. ¿Por qué no? El mundo es de todos y en esa época era habitual ver pandillas de *boletaires* rondando los montes. De todas formas no les diría nada a las chicas. No sería divertido para nadie provocar el pánico en medio de la oscuridad, cuanto menos con las niñas allí.

Alcanzaron la cima cuando el reloj de pulsera de papá marcaba las diez de la noche. Corrieron hacia la casa como si temiesen verla salir corriendo y entraron triunfantes, proclamando su alegría con vítores y bailes. Rafa fue el último en entrar. Cerró la puerta con llave y disimuladamente, se dirigió a inspeccionar la cabaña mientras las chicas seguían festejando.

Regresó al salón, después de comprobar que todo estaba como lo habían dejado y se puso a reavivar el fuego de la chimenea. Arrojó un par de troncos sobre las ascuas y el acogedor chisporroteo que emergió le tranquilizó de nuevo. Se incorporó y cogió a una niña con cada brazo, las tumbó en el sofá y comenzó la guerra.

Media hora más tarde la cuadrilla se sentaba alrededor de la pequeña mesa de madera que adornaba el centro de la cocina. Carmen repartía porciones de tortilla en los platos, mientras Paula y Valeria mantenían una calurosa disputa sobre quién contaría a sus amigos del cole la emocionante aventura de atravesar el bosque en plena noche. Rafa las observaba sonriendo de oreja a oreja y soltando mudas carcajadas de tanto en tanto.

La cena se alargó y se enlazó con el veoveo hasta pasadas las once y media. Después papá se encargó de arropar a las niñas, de contarles un cuento y de prometerles que no apagaría la luz y que la puerta no se cerraría en toda la noche. Además les concedió un rato para que hablasen ellas solitas antes de dormir. Nadie les reñiría.

Carmen y Elena se habían adueñado del sofá cuando regresó al salón. Por lo que acercó la mecedora y se sentó junto a ellas frente al fuego, cerca de su mujer. Acarició su mano y habló.

- Me vais a decir que no habéis pasado miedo esta noche en el bosque. - sonrió malicioso.

- ¿Y tú no? - respondieron las dos al unísono y se echaron a reír.

- ¿Yo? - contestó con chulería. - Yo no conozco el miedo, chicas. -bromeó.

Carmen estiró el brazo y golpeó el hombro de su marido.

- Saca el vino, Juan sin Miedo. Que si me levanto yo, me quitarás el sitio.

- Mi guapísima mujer me lee el pensamiento.

La noche les arropó y el vino acentuó el calor del fuego, convirtiendo su estancia en una agradable velada. Charlaron sobre temas banales y rieron a carcajadas, cuando Elena contaba las aventuras de Emilia o cuando Carmen narraba las de Rafa, antes de casarse. Imitó su cara la noche en que ella le propuso tomar algo por primera vez y Elena se retorció de risa en el sofá. Rafa se defendía.

- No fue para tanto. - sonrió fingiendo apatía.

- No, que va. La pena fue no haber tenido una cámara. Tendría tu foto ampliada y enmarcada encima de la cama. Te la señalaría cada vez que dijese eso.

Elena salió en su defensa.

- Eres muy cruel. - señaló a Carmen con un dedo acusador. -Un amor platónico puede llegar a ser muy doloroso. Debe ser muy chocante que alguien que crees que sólo estará contigo dentro de tus sueños, de repente se te plante delante y te invite a una copa. Probablemente de joven irías por la vida de la misma forma que vas ahora.

- Exactamente igual. - afirmó rotundo Rafa.

- ¿De qué forma voy por la vida? - se quejó la aludida.

- Vamos, Carmen. - le increpó Elena. - todos los hombres del barrio padecen de tortícolis. Hasta las mamás siguen mirándote de reojo después de haberte visto miles de veces. Y tú vas por ahí como si no fuese contigo.

- Bueno, y ¿qué se supone que debo hacer?

- No aceptar ramos de flores de desconocidos. Por ejemplo. -señaló Rafa, un segundo antes de arrepentirse.

Carmen apretó los labios y entornó los ojos. Habló pausadamente para no dejar ninguna duda en el aire.

- Creí que era tuyo.

- ¿Mío? - se señaló a sí mismo y resopló, levantó la mano derecha y mostrando tres dedos alzados. - Tercera cita. Cenamos en la pizzería de la

Ermita. Por cierto, me dejaron tiesa la cartera. -puntualizó. - Después nos fuimos a la playa y nos sentamos en la arena. Llevabas un moño negro que me volvía loco. Me dijiste que no te gustaban las flores porque eran cadáveres. “Muy bonitas, pero están muertas”. Dijiste. Te prometí que nunca te regalaría cadáveres de flores. - levantó cuatro dedos esta vez y continuó. - Cuarta cita. Te regalé una planta. Una albahaca. - bajó la mano y se retrepó en el sofá. - Llevamos ocho años juntos y jamás te he regalado flores muertas.

El silencio que vino a continuación dejaba patente que la idea de que Rafa hubiese dado carpetazo al asunto del ramo distaba mucho de ser real. Un hombre que manda flores a una mujer no lo hace porque quiera permanecer en el anonimato. De ser así se limitaría a amarla de la misma forma que lo hacían los demás. Sabía que esto no había terminado. Que alguien se había propuesto conquistar a su esposa, y con su alegato evidenciaba la preocupación que en mayor o menor medida le atormentaba. Quizá no era ese el momento más apropiado para hablar de ello. Posiblemente no lo hubiese hecho de no haber estado dándole vueltas desde el día en que apareció aquel mensajero con un ramo de rosas en su propia casa. Bastó con una pequeña chispa. Rafa movió suavemente su copa, haciendo girar el líquido en su interior. Bebió un par de tragos cortos y miró a las chicas, buscando un tema con el que poder romper aquel repentino e incómodo silencio. Carmen agachó la cabeza cuando percibió la mirada de su marido. Tal vez pudo parecer que lo hizo a modo de reproche. Lo cierto era que volvía a sentirse como una absoluta mentirosa. Una traidora que engañaba al hombre que amaba. Que callaba y ocultaba todo detrás de la vergüenza que sentía cada vez que recapitulaba.

Entonces Elena abrió la boca decidida a zanjar el tema, cuando los pasitos de Valeria la interrumpieron antes de que pudiese hacerlo, plantándose en medio del salón con la cabeza agachada, los brazos cruzados delante del pecho y un mohín de enfado enmarcando su bonito rostro.

Papá dejó su copa sobre la mesa y alargó los brazos en dirección a su hija.

- ¿Qué te pasa, renacuaja?

La pequeña corrió a resguardarse en su padre. Se sentó en su regazo y habló sollozando.

- Paula no quiere jugar conmigo. - protestó desolada.

- Es que ya es hora de dormir, peque. - le respondió, mientras retiraba un mechón de pelo que caía sobre su frente.

- Pero es que ella no está dormida. - lloró y se abrazó a su cuello.

- Me cachis... ¿no quiere jugar con mi niña? - dijo Carmen incorporándose en el sofá para poder acariciar a su pequeña.

- No. Ella sólo quiere leer.

Rafa sonrió.

- Pero si todavía no sabe leer.

Valeria levantó la cabeza, que apoyaba sobre el pecho de papá y habló sin dejar de llorar. Elena alzó las cejas.

- ¡Pues lee todo el rato un libro muy grande que no pone nada! ¡Y no quiere contarme lo que pone porque dice que son las moras!

Rafa agarró la cabeza de su hija y la hundió de nuevo en su pecho, al tiempo que levantaba rauda la vista y buscaba la de Elena, que le miraba petrificada desde el sofá. Los tres se buscaron en silencio y Rafa evaluó la situación durante unos segundos, antes de levantar la cabecita de su hija para hablarle con fingida naturalidad.

- Quédate con mamá que yo voy a ver qué sucede. ¿De acuerdo?

Valeria asintió y se acomodó junto a su madre, mientras Rafa y Elena se incorporaban para dirigirse a la habitación.

La puerta estaba abierta y la luz encendida. En su interior una cama de matrimonio robaba la mayor parte del espacio a la estancia. Sentada con las piernas cruzadas sobre el colchón, Paula miraba con detenimiento un enorme libro que descansaba frente a ella. Sumida en una especie de trance, que le impidió advertir la presencia de quienes la observaban desde la entrada, incluso después de abrir la puerta de par en par, la niña movía los labios en un susurro imperceptible, deslizando su pequeño dedo sobre la superficie de una página en blanco. Era surrealista ver a una niña de cinco años, que apenas acababa de aprender las vocales, leyendo del mismo modo que lo haría un adulto, pese a que fuese imposible que pudiese hacerlo de aquel libro desnudo de letras.

Un súbito soplo de aire frío se coló en la habitación y Elena se estremeció de pronto.

- ¿No querías ver el libro? - susurró a Rafa, que observaba a la niña sin pestañear. - Pues ahí lo tienes. - señaló y un segundo después dejó caer las manos. Ese trasto empezaba a caerle mal de verdad y una ola de furia y miedo comenzó a trepar despacio por su estómago. Empezó a caminar hacia la cama, pero Rafa la detuvo, agarrándola del brazo antes de que terminase de dar un paso.

- No, Leni. - murmuró. - Espera.

- ¿A que se lo lea todo? - protestó en voz baja.

- Enfadada no conseguirás nada. Déjame a mí.

Ambos se miraron durante un instante y Rafa trató de tranquilizarla con la mirada, reafirmando su teoría con un gesto de asentimiento.

- Quédate aquí. - le ordenó y se dirigió con paso lento hacia la niña. Bordeó

la cama y se sentó frente a ella.

Permaneció en silencio un minuto, alternando la mirada entre aquel extraño libro y la pequeña, que continuaba moviendo los labios de una manera que ponía los pelos de punta. Elena observaba la escena con un brazo cruzado sobre el pecho y el otro frente a su rostro, cubriendo con los nudillos su boca y parte de la nariz.

La niña estaba leyendo. No cabía la menor duda. Lo que fuera que leyese estaba claro que sólo ella lo veía pues, una vez Rafa se sentó sobre la cama, pudo comprobar con total seguridad que aquellas páginas no habían pasado por una imprenta. La luz que emitía la lámpara de la mesita se reflejaba sobre ellas, mostrando una superficie lisa e inmaculada. No era que alguien hubiese escrito y después borrado un texto, o que las letras estuviesen sutilmente troqueladas. Simplemente no había nada. Y sin embargo ella leía con un interés sobrecogedor, que ofrecía una imagen macabra.

Rafa sintió cómo una mano invisible y fría le acariciaba la nuca y supo que aquel no era ni el momento ni el lugar para empezar a ver fantasmas. Eran más de las doce de la madrugada y se encontraban en el culo del mundo. Perdidos en mitad de un espeso bosque, lejos de la civilización, sería fácil entrar en modo pánico si alguien no lo remediaba. Ese debía ser él, si no fuera porque de repente, como si su mente quisiera contribuir a entrar en aquel fatal estado, proyectó la imagen de las bolsas de piñas sobre su cabeza. Alguien las había hecho desaparecer. La duda sobre quién podría haber sido se disipó súbitamente, como si una sombra hubiese soplado sobre ella. Lentamente levantó la cabeza y sin dejar de mirar a Paula, se dirigió a Elena y le habló, aparentando serenidad.

- Elena, ¿Puedes ir a cerrar todas las ventanas? No quiero que entre agua si llueve.

Elena se tapó la boca con fuerza y abrió los ojos asustada. Un ligero temblor se instaló en su mano. No podía dejar de mirar a su pequeña. Rafa tenía miedo. Había alguien más. Él lo sabía igual que lo sabía ella. Alguien les había seguido hasta el corazón de aquella montaña y había traído el libro consigo. La certeza de lo que estaba ocurriendo atravesó su mente como un cuchillo afilado. “¡Está aquí!”.

Con el corazón galopando dentro de su pecho giró sobre sí misma y entró en el salón. Corrió a cerrar las ventanas en un estado casi de histeria, olvidando por completo que Carmen y Valeria aguardaban en el sofá.

Carmen reaccionó en el mismo instante en que observó la expresión de su hija. Valeria había tardado unos segundos en sentir el miedo que irradiaba su tía en cada uno de sus movimientos.

- ¡Ve, ve! - gritó de repente, tratando de acaparar su atención.

El truco funcionó y la pequeña reaccionó al instante. Dejó de mirar a Elena y volvió rápidamente la vista en dirección a mamá.

- ¿Qué ves? - respondió emocionada.

Habían pasado más de dos minutos y seguía mirándola. Apenas podía creer lo que veía. Una preciosa niña de cinco años leyendo las páginas de un libro en blanco, del mismo modo que lo haría un adulto. Moviendo los labios exactamente igual que lo hace un estudiante cuando se prepara para un examen muy importante. Tratando de empaparse de todo cuanto está escrito.

Aguzó el oído y se acercó un poco más. El susurro era definitivamente imperceptible, pero al acercarse pudo notar que Paula era consciente de su presencia. La pequeña levantaba la vista cada cierto tiempo y le sonreía brevemente. Parecía querer decirle: “Sé que estás aquí. Enseguida estoy contigo”.

Observó su dedo. Aquel con el que marcaba por dónde supuestamente iba leyendo. No le quedaba mucho. Aguardó pacientemente hasta que lo vio llegar al final de la página. Entonces ella le miró sonriendo con su carita dulce de siempre y él le habló.

- Qué libro tan chulo. - comentó sin mostrar demasiado interés.

Paula asintió orgullosa y lo cerró con sumo cuidado. Luego acarició la tapa sin dejar de sonreír.

- Dice tu madre que sólo tú puedes abrirlo. - fingió desdén y continuó. - Yo no me lo creo.

La pequeña respondió riendo emocionada. Aquello le divertía y Rafa aprovechó el momento.

- ¿Me dejas que lo intente?

Ella se encogió de hombros, divertida, y empujó el libro hacia su tío, retándole. Rafa le dio la vuelta y lo observó con detenimiento mientras palpaba la tapa. Aquello era una maravilla. Una obra de arte de la que sin duda nadie querría desprenderse. Un curioso objeto que alguien tenía demasiado interés en que llegase a manos de la niña.

Lo acarició lentamente, mientras Paula lo miraba sin dejar de reír. Ella lo sabía. Sabía que no podría abrirlo. Pero el juego había empezado y él eso no lo sabía. De hecho pensó que podría. Lo pensó hasta que lo intentó con todas sus fuerzas y revivió todo cuanto Elena le había narrado. En tres ocasiones le pidió que lo abriese ella y en tres ocasiones ella lo abrió de una manera tan fácil que no podía sino verse a sí mismo haciendo el ridículo. Pero tenía que seguirle el juego. Por eso teatralizaba exageradamente su derrota cada vez que ella le

ganaba y fingía divertirse.

- ¡Jolín! Siempre me ganas. Te apuesto a que puedo leer lo que pone.

Paula respondió apretando los labios y reprimiendo una carcajada.

- No puedes. - respondió divertida y estalló en risas.

- ¿Cómo que no? - contestó desafiante.

La niña volvió a abrirlo, lo colocó frente a su tío y aguardó, respondiendo al desafío. Rafa frunció el ceño y miró hacia aquella superficie inmaculada. Luego la miró a ella y, lentamente levantó el dedo índice. Lo posó sobre la página y comenzó a deslizarlo de izquierda a derecha, fingiendo leer. La pequeña reaccionó desplegando sus enormes ojos avellana.

- ¡Mentiroso! - gritó.

- No miento. - mintió.

- Sólo puedo leerlo yo. - protestó. - Nadie más puede.

- ¿Y eso cómo lo sabes?

- Lo sé porque lo pone ahí. - señaló el libro.

- Ya lo sé. Yo también lo he leído.

Paula vaciló un instante y mantuvo la mirada de Rafa. Dudó unos segundos y tiró del libro. Lo situó de nuevo frente a ella y posó su diminuta mano sobre él con la palma abierta. Cerró los ojos y permaneció así unos segundos, mientras Rafa la miraba absolutamente desconcertado. Después abrió los ojos y habló.

- Es mentira. Tú no puedes leerlo. - sentenció con absoluta certeza.

Rafa respiró profundamente y expulsó el aire lentamente por la nariz. Ya habían hablado del tema. Habían llegado a la conclusión de que aquello tendría una explicación razonable. Todo tiene una explicación razonable, así lo avala la lógica. Así debía de ser. Y aquello que veía en ese instante con sus propios ojos no tenía por qué ser una excepción. Sin embargo, no la veía por más que mirase. Por más que la buscase.

Aturdido se pasó las manos por la cara, intentando despejar su mente. Cerró con cuidado el libro y retomó la conversación.

- Entonces, ¿no puedes decirme lo que pone?

- No.

- ¿Y si te compro el juguete que me pidas? Paula negó rotundamente.

- ¿Y si le digo a mamá que te castigue muchos días sin ver a Gigante?

- No.- insistió con vehemencia.

- De acuerdo. - Rafa desistió, se rascó nervioso la cabeza y cambió de tema.

- Dime al menos de dónde lo has sacado.

- No lo sé. - se encogió de hombros. - Estaba aquí.

- ¿Lo encontraste en la ventana?

- No. Estaba en el suelo. Aquí. - señaló hacia el suelo, justo al lado de la

cama.

Rafa la miró unos segundos y se incorporó. Se dirigió hacia la ventana y comprobó que estaba perfectamente cerrada. Nadie habría podido introducirlo por ahí sin romper el cristal. Se detuvo un instante, apoyó la nariz sobre el vidrio y miró afuera.

La noche caía a plomo sobre el bosque. Tras las copas de los árboles, probablemente se iluminaría el firmamento. Pero poca de esa luz se dejaba caer hasta abajo, pues una quietud fría y oscura cubría tenebrosamente los pies del bosque que rodeaba la pequeña cabaña. Trató de buscar en la penumbra algo diferente. Cualquier cosa que desentonase en el interior de aquella espesa oscuridad. Buscó a alguien. Alguien que quizá ya se había marchado. Si su cometido se limitaba a entregar el libro, quien fuera que fuese, tal vez ya no estaba. Pero debía comprobarlo. Por lo que echó una última ojeada y cerró los portones. Aseguró el cerrojo y se volvió en dirección a la niña, que le miraba expectante. Caminó hacia ella y se agachó para darle un beso en la frente. Cogió el libro y le habló.

- Ahora toca dormir, pequeñaja. Mañana seguirás leyendo, ¿te parece?

Paula asintió y empezó a meterse entre las sábanas, cuando su tío la interrumpió.

- Vamos primero con mamá. Esta noche dormiremos todos juntos. Será más divertido.

La niña obedeció y bajó de la cama, agarró la mano que Rafa le tendía y marcharon juntos hacia el salón.

- ¿Cómo vamos a dormir todos juntos, tío Rafa?

- Ya lo pensaremos.

- ¡Ni hablar! No vas a salir ahí afuera tú sólo.

- Tengo que asegurarme de que no hay nadie, Carmen. No dormiré hasta que no lo compruebe.

- ¿Dormir? - Carmen soltó una risilla nerviosa. - Ninguno de los tres va a dormir esta noche.

- No va a pasar nada. Sólo será...

- ¡No será nada! No vas a ir. Si hay alguien ahí no va a salir a tu encuentro si no es para hacerte daño. Si lo que quiere es esconderse lo tiene muy fácil. Y si está no podrás verle. Tiene mil escondites. Lo único que conseguirás es provocarme un ataque.

El lavabo era tan acogedor como diminuto, siguiendo la línea que marcaba la casa. Sobre la taza, una pequeña ventana solapada por un portón de madera del mismo tamaño. Rafa comprobaba el cerrojo mientras discutía con su enojada

esposa que, postrada con los brazos apoyados en las caderas, trataba de disuadirle. Aseguró el portón y giró hasta enfrentarse con Carmen. Se acercó y cogió su cara con ambas manos. Le dio un beso en la frente y otro en los labios. El segundo lo prolongó cuanto pudo. Luego retiró su cara unos centímetros y la abrazó por la cintura. Sonrió antes de hablar.

- Necesito que quien quiera que esté ahí afuera, si es que hay alguien, sepa que estoy aquí. Que no le tengo miedo y que estoy dispuesto a hacer daño a cualquiera que se acerque a mi familia. Tiene que saberlo ¿Entiendes? Sólo voy a dar una vuelta alrededor de la casa. Sabes que no va a pasarme nada, cariño. Lo sabes ¿verdad? Di que sí.

Ella inclinó la cabeza. Rafa la sostuvo por la barbilla y la alzó hasta encararse con su afligida mirada. Carmen adoptó una expresión de súplica, de animalillo abandonado en una cuneta tras haber sido apaleado. Una interpretación tan desmesurada que obtuvo como resultado una sorda carcajada por parte de él. No quería reírse. Era consciente de la situación en la que se encontraban y sabía lo preocupada que estaba. Pero esa cara, ese gesto...no pudo evitarlo, incluso sabiendo de antemano cuál sería su reacción. En ocasiones las personas se ríen cuando no deberían hacerlo, pero ya era demasiado tarde. El mal ya estaba hecho y nada había que él pudiese hacer para remediarlo, salvo tal vez, una lobotomía.

Carmen estalló salpicando ira y miedo por doquier. Le llamó chulo, le dijo que no estaba la cosa para andar riéndose de nadie, que se olvidase de su cuerpo durante los próximos diez años, le juró que no mentía, que lo comprobaría en sus propias carnes si osaba poner un pie fuera de esa casa. Le instó a responder qué pasaría con ellas si él no volvía. ¿Qué se suponía que debían hacer? ¿Acaso esperar toda la noche? ¿Salir en su busca? ¿Encomendarse a la virgen de los idiotas desaparecidos? ¿Rezar a san Cucufato, si no me devuelves a mi marido te mato?

El resultado fue desolador. Rafa escapó como pudo, sabiendo que la única manera de que su mujer callase pasaba por salir de allí. Su ataque verbal solamente cesaría cuando su hija estuviese presente. De modo que marchó, cerrando la puerta del lavabo al salir. Atrás quedó Carmen luchando contra el aire con uñas y dientes.

En el salón encontró a las chicas sentadas alrededor de la mesa de la cocina. Las tres le observaban en silencio, con los ojos abiertos de par en par y las cejas levantadas. Se habían puesto a jugar a las cartas mientras aguardaban a saber cómo y dónde dormirían. Sin tele, sin radio y sin la cacofonía característica de la ciudad, había resultado demasiado fácil darse cuenta de que ahí dentro pasaba algo raro. Y aunque Carmen intentó no gritar, de poco le sirvió. Pasados unos

segundos habló Valeria.

- ¿Qué le pasa a mamá? - preguntó curiosa.

Rafa la miró mientras rebuscaba una respuesta rápida.

- Que no puede hacer caca. - y zanjó el tema. Se encaminó hacia la cocina y abrió el primer cajón, extrajo una linterna y salió al exterior.

El haz de luz que proyectaba la linterna sólo conseguía que todo lo demás se volviese más negro. Si la apagaba la oscuridad se hacía menos densa. Su vista se aclimataba paulatinamente a la penumbra y la sensación de tener a alguien a punto de soplarle detrás de la nuca se disipaba. Pero entonces lo único que conseguía era vislumbrar dentro de un radio de apenas medio metro y la sensación de aquel que quería soplarle en la nuca no desaparecía. Simplemente se alejaba medio metro.

A su espalda aguardaba la pequeña cabaña cerrada casi herméticamente. Dentro, Carmen aguardaba ansiosa su regreso para poder matarle con sus propias manos. Afuera, un hombre nervioso intentaba mantener la calma mientras buscaba un culpable, un mensajero...una respuesta.

Pulsó el botón de encendido y una luz en forma de circunferencia iluminó un fragmento de bosque frente a él, penetró entre la espesura y se movió de un lado a otro, siguiendo el compás que Rafa marcaba desde su posición.

El bosque le devolvía la mirada allí donde apuntaba. Se sentía como un extraño abriendo los cajones en una casa ajena. Como si el dueño del lugar le hubiese descubierto y se preparase para soplarle detrás de la nuca. Justo detrás. Donde ahora, con la linterna encendida, todo era del color del carbón.

Respiró hondo y vació lentamente el aire de sus pulmones. Comenzó a caminar despacio alrededor de la casa mientras barría la espesura con la linterna. El silencio era ensordecedor. Tanto que sentía cómo le atravesaba los tímpanos y sólo se quebraba cuando, con su lento caminar, aplastaba el manto de hojarasca que cubría el suelo.

Avanzó marcando el compás con sus pasos. Dos segundos, un paso, dos segundos, un paso. Se detuvo y giró rápidamente. Enfocó detrás de su espalda. Hubiese jurado que el sonido de sus pisadas no coincidía con sus pasos. La nuca. Una ligera brizna de aire le sopló y se volvió de nuevo, apuntando en todas direcciones. Árboles enfrente, árboles a la izquierda y a la derecha. De nuevo al frente. Unos ojos. Derecha. De nuevo al frente. Se detuvo. Buscó aquellos ojos que acababan de mirarle. Desplazó lentamente el haz de luz. No volvió a ver aquellos ojos. De nuevo el aire sobre su nuca le hizo girar raudo hacia su espalda. Nada, nadie. Sólo la penumbra, su pulso acelerado y la imaginación luchando por escapar a su control.

Retomó sus pasos, esta vez más ligero. El bosque quería decirle algo y creía saber cuál era su mensaje. “Acaba lo que has venido a hacer y vete de aquí.” Estaba de acuerdo. Nunca había estado tan de acuerdo con alguien...o con algo.

Alcanzó la primera esquina, se pegó al borde y giró enfocando primero. Continuó bordeando la casa a paso ligero hasta que de nuevo, la magia de la noche y su imaginación conspiraron en su contra. Escuchó unos pasos cortos y rápidos aproximándose hacia él desde la retaguardia. Se detuvo en seco y pudo oírlo con más claridad. Dos pasos más y cesaron de repente. Tardó un par de segundos en volverse a mirar. No estaba seguro de querer averiguar quién era el dueño de aquellos pies que le perseguían en plena noche. De quién se había tomado la molestia de seguirles hasta allí y aguardar agazapado en la oscuridad, como quien espera a su presa para poder darle caza.

Cerró los ojos, respiró profundamente y se dio la vuelta, preparado para cualquier cosa. Dirigió el haz de luz en la dirección de donde provenían los pasos. De nuevo nada. Nadie. Apuntó en todas direcciones. El bosque se reía de él, jugaba con su mente. Se divertía como lo haría un gato con un insecto. Pero lo había oído. Había escuchado pasos. Estaba seguro...o casi seguro...o tal vez no. Tal vez allí no había nadie. ¿Y el libro? Alguien lo había traído. De eso sí estaba seguro.

Apretó la mandíbula y recobró el valor que había dejado caer entre la hojarasca. Allí no había nadie. La sensación de que alguien le miraba desde los cuatro puntos cardinales no era sino fruto de la fantasía que manaba de la negra espesura que le rodeaba. Sonrió y se relajó. Se rio de sí mismo y continuó bordeando la casa, envuelto en una confiada seguridad. La que le decía que los ojos que había creído ver entre los árboles no existían. Que los pasos cortos y rápidos que había creído escuchar se habían gestado en el interior de su mente. Que quien fuese que había traído el libro hasta el corazón de la montaña, ya no estaba allí. Que la mente puede jugar a lo que quiera, en función de los aparejos de los que disponga. Por ejemplo, una cabaña perdida en medio de la nada.

Pero entonces tomó la siguiente esquina, la bordeó y de nuevo escuchó aquellos pasos. Pasos cortos y rápidos que no coincidían con los suyos. Los mismos que había creído escuchar unos instantes antes.

- Joder. - masculló entre dientes y se detuvo de nuevo.

Volvió a apuntar en la dirección de donde venía el sonido y de nuevo la nada frente a él. Y de nuevo el frío en su nuca. Un ligero soplo que le puso la carne de gallina. Se llevó la mano al cuello y se frotó con ímpetu mientras seguía apuntando en todas direcciones. Entonces pensó en voz alta.

- Me cago en tu puta madre.

Y pensó si aquello tendría madre. Y siguió caminando en busca de la puerta

de entrada. Le quedaba una última esquina y se encontraría con la fachada de la casa. Caminó más rápido, al compás de sus latidos. A descompás de los pasos cortos y rápidos que no dejaban de perseguirle y que aceleraban cada vez que él lo hacía. Ya no se detuvo a buscar. Siguió corriendo mientras los oía cada vez más cerca, mientras alguien o algo soplaba sobre un punto de su cuello, mientras su corazón galopaba junto a él.

Corrió hasta situarse delante de la puerta de entrada y apoyó la espalda sobre la madera. No podía entrar así. Mantuvo firme la mano que sujetaba la linterna y apuntó por última vez a todas partes buscando al gracioso de turno. Alguien que surgiese de alguna parte gritando “¡Sorpresa!”, y que sobreviviese al puñetazo que recibiría en el acto.

Pero todo seguía igual. El bosque continuaba invitándole a salir de allí y el silencio volvía a taladrar sus oídos. El sonido de los pasos cesó cuando Rafa detuvo los suyos y, aunque los pelos de la nuca continuaban en posición erizo, aquello que soplaba en su cuello, de repente dejó de hacerlo. Entonces apoyó la mano sobre el picaporte, inspiró profundo tres veces y sin darle la espalda a las sombras que le miraban desde el bosque, lo giró lentamente.

La puerta se abrió un centímetro, cuando percibió algo que captó de nuevo su atención. Un grillo cantó, luego otro y luego otro. Salían de su escondite al tiempo que abría la puerta. Fue entonces cuando reparó en aquel incómodo silencio que había aplastado sus orejas, como si dos manos invisibles las hubiesen estado presionando desde que puso un pie en el exterior. El sonido que paulatinamente emitían los grillos le devolvió un trozo de realidad, reafirmando con su canto la ausencia de la misma.

Rafa penetró en la cabaña sintiendo que lo que hacía no era entrar, sino salir. Salir del extraño y siniestro lugar en el que había estado. Aquel del que incluso los grillos...se habían querido esconder.

Durmieron todos juntos sobre dos colchones en el suelo del salón, arrojados por el calor de la chimenea. Rafa les aseguró que no había nada de qué preocuparse. Que nadie rondaba los alrededores de la casa y que hacía muy buena noche. Puede que su mujer no le creyese. No supo descifrar la expresión de su rostro y no encontró las ganas para hacerlo. Carmen no dejó de fruncir el ceño hasta que el sueño no apareció para relajar los músculos de su cara. Elena tardó en dormir. No más de lo que tardaba habitualmente, que solía ser bastante. No sabía cuánto pues prefería no mirar la hora. Si lo hacía sólo conseguía ponerse más nerviosa. Y las niñas...ellas dormían como dos tocones ignorando el nivel de surrealismo que alcanzaba todo cuanto sucedió.

Lo de Rafa fue distinto. Aquella noche probablemente sería la más larga de cuantas recordaba. Tumbado boca arriba con los brazos cruzados sobre el pecho,

observó el lento transcurrir de las horas. Sin atreverse a cerrar los ojos, incorporándose cada vez que escuchaba cualquier sonido. Seguro de que acabaría con cualquiera que entrase por esa puerta. Ansiando que el amanecer llegase cuanto antes, barriendo las sombras que les acechaban. Rebuscando entre los restos de la lógica que todo lo explica, un nexo entre aquella noche y la realidad.

12. GRACIAS POR SU VISITA

“No está”. Enviar SMS a...Buscar contacto...Carmen.

Enviar...

Enviando...

Mensaje enviado a las 21:34 h.

Volver a escuchar el sonido de la ciudad resultaba refrescante. La armonía de la rutina besaba su frente como una madre que encuentra de nuevo a un hijo perdido. Su parco y viejo piso le parecía ahora tan acogedor como el vientre materno. Tan cálido como la piel de un oso.

No pasaría de ahí, lo tenía claro. Y sí, los sueños, sueños son. Eso nadie se lo arrebataría nunca. Y aunque nunca dejaría de soñar, la realidad era bien distinta. Como ocurría con el noventa y nueve por ciento de la población, caían en saco roto. En uno muy grande donde se incineraban para convertirse en polvo. El que limpiaba cada día para poder seguir viviendo y pagar la cama donde cada noche se reencontraba con ellos.

Suspiró y se alejó de la ventana, dejó el móvil sobre la mesa y se dirigió a la habitación. Sobre la cama aguardaban las mochilas con la ropa del fin de semana que apunto estaba de quedar atrás. Mañana todo volvería a vestirse del mismo color de siempre. Como siempre. Hacía tiempo que lo tenía asumido. Si no fuese por aquel pequeño nudo que le pellizcaba el esternón...

Elena se sentó en la cama y observó el libro que descansaba junto a la mochila de Paula. Dudó un instante y lo colocó con cuidado sobre sus rodillas. No intentó abrirlo. ¿Para qué? Aquello era la perfecta analogía de su vida. Tampoco pasaría de ahí, y ahora también eso lo tenía claro. Era cuestión de tiempo, como todo, descubrir hasta dónde puede uno llegar. Y de paso empezar a aceptar ese trasto como un miembro más de la familia. Encontraría el modo de averiguar de qué iba todo aquello o lo arrojaría al fondo del mar encadenado a una excavadora. Posó con cautela la mano derecha sobre la portada y lo acarició suavemente.

- Tú y yo hemos empezado con mal pie. - le susurró. Luego lo miró y aguardó unos segundos esperando respuesta.

El objeto reposaba arrogante sobre sus piernas, como ignorando a propósito su conversación. Tuvo ganas de darle una patada y volver a lanzarlo por la ventana. Aparecería de nuevo, pero ella disfrutaría viéndolo volar y estrellarse contra el suelo. Se preparaba para hablarle de nuevo cuando un sonido agudo la interrumpió haciéndola saltar. El libro cayó al suelo con un fuerte golpe y Elena corrió hacia el salón, recuperándose del susto. Sobre la pantalla iluminada del

móvil, parpadeando de forma intermitente: Llamando Carmen. Pulsó una tecla y lo acercó a su oreja.

- ¿Estás segura? - Carmen no perdió el tiempo en formalidades.

- En los contenedores no está. Espera que mire otra vez. -Elena se acercó de nuevo a la ventana del salón y pegó la nariz al cristal. Escudriñó los contenedores y retomó la conversación. -No hay nadie. - Y un segundo después sintió de nuevo aquella presión en el esternón.

- Tal vez no sepa que ya estamos aquí. Todavía es pronto.

- A lo mejor ya se ha ido- decretó Elena, afligida.

- O a lo mejor aún no ha vuelto de Girona. Si nos siguió hasta allí tendrá que volver de alguna manera. Puede que lo haga haciendo autostop.

Elena suspiró y apoyó la frente en el cristal.

- Puede...

- ¿Has hablado con tus vecinas? - se le ocurrió de repente a Carmen. - Emilia y él son muy amigos. Si se ha ido se habrá despedido de ella, ¿no crees?

Elena despegó la frente del cristal y abrió súbitamente los ojos. ¡Claro! Si alguien sabía algo de Leo esa sería Emilia. ¡Qué tonta!

- Tienes razón, voy a hablar con ella. Luego te cuento. - habló rápido y colgó sin esperar respuesta.

Lanzó el móvil sobre el sofá y corrió a casa de Sofía. De camino pasó por la puerta de la habitación y de reojo observó el libro tirado en el suelo. Frenó y entró a recogerlo. Con cuidado lo puso sobre la cama y le dio unas palmaditas en el lomo. Más tarde, mientras recapacitase sobre los asuntos del día como cada noche, reconocería que lo que ahora hacía no era sino hacerle la pelota.

Entró en casa de Sofía dando unos suaves golpes en la puerta, antes de abrirla. Como siempre que la niña cenaba con ellas, o simplemente cuando iba a visitarlas, la puerta permanecía entornada, ofreciendo a sus vecinas la confianza de entrar cuando quisieran.

Paula cenaba tortilla francesa y queso fresco. Sentada como un pequeño indio sobre el sofá, relataba a unas absortas vecinas las aventuras del fin de semana. Sofía, acomodada a su lado, sujetaba el tenedor enfundado en tortilla y listo para ser devorado. Emilia, con el sonotone perfectamente encajado en su oreja, escuchaba a la niña con una expresión casi infantil en su rostro.

Elena las miró desde la entrada. Ellas no la vieron y no quiso interrumpir aquella escena. Por lo que permaneció apoyada en el marco de la puerta durante un buen rato. ¿Qué sería de aquellas ancianas si algún día les faltase su niña? Probablemente habrían pasado el fin de semana contando los minutos que restaban hasta volver a verla. ¿Qué sería de Paco? ¿Qué sería de todos ellos si la luz que les alumbraba lo hiciese en otra dirección? Algún día la pequeña Paula

sabría cuán importante había sido para ellos. Algún día sería ella quien contaría el tiempo que marcaría el punto en el que todos ellos quedasen atrás.

Lentamente cerró la puerta y el sonido alertó a Paula, que giró la cabeza en su dirección. Sofía aprovechó la ocasión para meterle en la boca un nuevo trozo de queso.

- Buenas noches, cariño- habló Sofía. - ¿Ya has deshecho las maletas?

- Estoy en ello- contestó y caminó hacia ellas. Se sentó en el sofá orejero que quedaba libre al lado de Emilia. Necesitaba encontrar una excusa para hablar a solas con ella. La curiosidad apremiaba, empujando ideas para sacar a la mujer de allí cuanto antes. Pero ahora otra clase de sentimiento vino a sentarse junto a ella. Uno que acarició su alma y trajo consigo un calor familiar. Un calor como de hogar en Noche Buena. Como una especie de afirmación de esas que uno siente cuando por fin está con los suyos. Ahora puede romperse el mundo. Da igual, estoy donde tengo que estar. Donde quiero estar.

De repente la prisa se esfumó como su sueldo en un día quince de un mes cualquiera. La curiosidad por conocer el paradero de Leo tendría que esperar su turno. Lo primero era la familia y ellas siempre estaban cuando las había necesitado. Siempre estarían cuando y para lo que necesitase.

Así es que diez minutos más tarde, y tras comprender que negarse a cenar sería poco menos que una hazaña imposible, Elena sujetaba un plato con tortilla y queso fresco sentada en el sofá orejero, junto a su hija y aquellas entrañables ancianas. Y como si el azar quisiera recompensarla por tan afectivo gesto, media hora después Sofía se ofrecía a acompañar a la pequeña a su casa para ponerle el pijama. De tal manera Elena encontró, sin haber tenido que maquinarse un plan estratégico a lo Superagente 86, el momento de charlar con Emilia. Después todo le vino rodado.

Poleo-menta colmando su tacita de porcelana. Dos gotas más no hubiesen encontrado sitio allí dentro ni empujando como en el metro de Pekín. Y es que los chinos se filtran mejor que el agua. Elena posó el diminuto recipiente sobre la mesita, haciendo equilibrios y buscó la manera de meterle una cucharadita de azúcar. Ahí no cabía un sólo chino más. De modo que se arrodilló en el suelo frente a la mesa y sorbió de la taza sin tocarla. En esa posición añadió el azúcar y en esa posición se quedó. Alzó la vista y miró a Emilia, que le devolvía la mirada, sentada cómodamente en su sofá, vestido su delgado cuerpo con un elegante pantalón de pinzas negro y un suéter de punto floreado con cuello de cisne bajo un pañuelo granate a juego con las flores. Sutilmente maquillada, como siempre, sus infinitas arrugas parecían querer esconderse bajo una fina capa de polvos compactos. O quizá sus pretensiones eran todo lo contrario. Tratándose de aquella orgullosa mujer, lo mismo podría querer presumir de ellas.

Eso le pegaba más.

Elena removía su infusión mientras buscaba la manera de sacar el tema y una vez más, Emilia le sorprendió.

- Estaba esperando a que vinieses. Se me ha ocurrido una idea y quería hablar contigo.

- Pues usted dirá- contestó y cogió una galletita de chocolate.

- He pensado hacer una reunión para hablar del tema de la pintura. Ya sabes que al final no se llegó a ningún acuerdo. -

Emilia apretó sus arrugados labios y frunció ligeramente el ceño. Gesto suficiente para aclarar que se refería a la visita inesperada de Rafa, la noche de su última reunión. Aquella en la que pretendieron echar de allí a su querido Leo.

- Te lo quiero comentar a ti primero porque creo que tú eres la única que no terminas de fiarte de él.

Elena alzó las cejas mientras terminaba de tragar su galleta.

- ¿Fiarme de quién? - una pregunta tonta con respuesta más que evidente.

- De Leo- respondió concisa y sin ambages.

- ¿No será que usted se fía demasiado de él?

- Me fío lo que hay que fiarse de quien es de fiar. ¿Por qué no debería fiarme de él?

- Pues porque hay gente que se dedica a robar a las personas mayores, Emilia. Les estafan, se aprovechan de ellos y terminan desapareciendo con sus cosas.

- ¡Oh, sí! Me haría un gran favor si sacase de aquí esa vieja tele. Yo no puedo ni moverla para limpiar el polvo. Podríamos comprar una de esas de pantalla plana. El Corte Inglés te deja hipotecar tus compras. ¿Lo sabías?

- Sí, Emilia. Pero no se trata sola...

- ¿Desde cuándo los estafadores de ancianos viven en la basura? ¿Desde cuándo se dejan ver durante tanto tiempo? ¿Por qué no nos ha robado nada todavía? A todos nos ha subido muchas veces la compra y a nadie le ha desaparecido nada hasta la fecha.

Con su aplastante argumento, la anciana lanzaba puntadas directas hacia la boca de Elena, cosiendo sus labios y envasando cualquier posible impugnación. Ahora sólo contaba con la lógica de su intuición. Y eso no le serviría de nada ante semejante oponente. Podría contarle lo sucedido ese fin de semana con el libro. Pero era la teoría contra la razón. El Increíble Hulk versus La Abeja Maya. Ni por asomo intentaría ganar la batalla. Mejor averiguar qué era lo que almacenaba la mujer en su cabeza.

- Puede que tenga razón. Pero tiene que entender que el hecho de que para usted ese hombre sea de fiar, no implica que deba serlo también para mí. Y ahora

dígame qué es eso que tengo que saber yo antes que el resto de los vecinos.

Emilia carraspeó y se quitó el pañuelo granate que adornaba su cuello. Elena sospechó que lo que venía a continuación no sería de su agrado. Esa mujer jamás se andaba con rodeos y ahora padecía de acaloramiento repentino.

- Pues verás, cariño- ay, ay, ay... ¿más rodeos? - Ya sabes cómo está la pintura de la escalera y la barandilla. - Elena asintió lentamente. - Es necesario arreglarlo. No sé a ti, pero a mí me recuerda a la guerra civil. No podemos vivir así. - Sí podemos, pensó. - Creo que lo solucionaríamos haciendo un trato con Leo. - Elena desplegó los ojos, apretó la boca y se preparó para la traca final. - El chico duerme en la basura y nosotros tenemos un portal donde podría cobijarse por las noches. He pensado que podría pintarnos la escalera a cambio de cobijo. De este modo sólo pagaríamos la pintura y Leo dormiría bajo techo.

Emilia terminó de exponer su plan y compuso un gesto de súplica a modo de guinda, para rematar la faena. Las dos mujeres se miraron, y durante unos segundos el único sonido que las acompañó fue el del péndulo del enorme reloj que colgaba de la pared. Después la anciana alzó su taza y bebió un sorbo. Luego Elena alzó su taza y bebió un sorbo. Y más tarde Emilia remató de nuevo.

- ¿Qué te parece? - y concluyó su tesis.

Meter al hombre que probablemente la había seguido hasta el fin del mundo, no hacía ni veinticuatro horas para llevarle un horrendo trasto sin ni siquiera dar la cara, en el único lugar donde podían sentirse todos seguros. Eso era lo que pretendía su vecina. ¿Y si se lo contaba todo? ¿Y si le contaba que aquel hombre que ella creía lleno de misericordia y bondad no era sino alguien que, de alguna manera que hasta el momento nadie sabía, probablemente quisiera hacer daño a nadie sabía quién, ni de qué manera? ¿Y si le contaba que, aunque algo le decía que aquel hombre era peligroso, no podía evitar echarle de menos? ¿Y si le contaba que necesitaba saber dónde estaba ese hombre porque era necesario hablar con él acerca del libro?

Elena terminó su infusión y depositó la tacita sobre la mesa antes de hablar.

- Emilia, ¿sabe usted dónde está Leo?

- En Burgos- respuesta breve, como si se lo hubiese estado estudiando toda la noche.

Tres segundos más tarde Elena consiguió parpadear.

- ¿En...Burgos?

- En Burgos, sí.

- ¿Se lo dijo a usted?

- ¡Claro! ¿Cómo iba yo a saberlo sino?

- Claro. Y... ¿le dijo por qué se iba a Burgos?

- Sí, cariño. Se fue a ver a su familia. Se ve que son de allí. Vino un señor a

buscarle y se fue con él. Cuando volvió dijo que tenía que marcharse con su madre. Imaginé que tal vez, la mujer estaría enferma. Y el chico aquí está muy bien, aunque necesite un hogar, pero una madre es una madre.

Menudo cuento chino le había metido a la pobre mujer. Y de qué manera tan ruin se había estado riendo de la amabilidad con que aquella anciana le había agasajado durante mucho tiempo. De buena gana le daría un bofetón con la mano abierta en toda la cara dura esa que tenía el sinvergüenza. Con que a Burgos. Nada menos. Seguramente le habría soltado lo primero que le vino a la cabeza. No, Emilia. Ese pájaro cínico había pasado el fin de semana en Girona y ahora estaría buscando la manera de volver. Y si era un poco inteligente, a su regreso cogería el primer autobús hacia cualquier parte. Por ejemplo, a Burgos.

- ¿Le dijo cuándo volvería? - continuó buscando información que le ayudase a reafirmar su teoría.

- No.

- Lo suponía.

- Bueno, en realidad sí que lo hizo, - rectificó. - pero no le creí.

- ¿A qué se refiere? - preguntó curiosa.

- Leo vino a despedirse para siempre.

¡Ta ta ta chán! Teoría reafirmada. Fin del capítulo. Atentamente: Aquel que les ha tomado a todos el pelo. Gracias por su visita. No olviden vomitar antes de salir. Libro entregado por tercera vez. Misión cumplida. Vayan colocándose por orden cronológico todos aquellos recuerdos dañinos del pasado que habían sido relegados a un segundo plano. No empujen, por favor. Habrá tiempo de sobra para todos.

- ¿Para siempre? - preguntó, como si esperase haber oído mal.

- Sí.

- Entonces, ¿para qué quiere convencerme de que pinte la escalera?

- Porque sé que volverá. - respondió la anciana.

- Emilia- Elena observó a la mujer que aguardaba esperanzada a un hijo que nunca volvería y la ira fue sustituida por la pena. Alguien había jugado a hacer negocios con los sentimientos de su vecina y ahora, sentada frente a la víctima, que todavía albergaba una férrea confianza en su timador, no supo encontrar la manera de decirle quién era en realidad el hombre que, en cierto modo, le había robado el corazón. Por eso no pudo sino virar el rumbo de sus palabras hacia un lugar un poco más alejado de sus dolorosas teorías. - Ya sé que quería usted mucho a ese hombre. Pero si dice que se despidió para siempre, ¿no cree que será mejor olvidarse de él? Si el problema es el dinero, puedo pedirle a mi amigo Rafa que nos ayude a pintar la escalera.

La anciana mudó su semblante y las arrugas de sus labios se apretujaron

formando un gesto de disgusto al escuchar aquel nombre.

- No hace falta que llames a tu amigo- protestó abiertamente. -Leo pintará la escalera, estoy segura.

- No, Emilia. Leo no pintará la escalera porque se despidió de usted para siempre ¿no lo entiende?

Entonces Emilia se irguió orgullosa en su silla, inspiró una bocanada de aire y miró a Elena con detenimiento. Habló pretendiendo ser condescendiente y pronunció aquellas palabras que jamás la joven olvidaría. Las que vistieron su rostro con un suave tinte color granate y pellizcaron su corazón.

- Leo volverá porque ahora ya no puede vivir sin ti, cariño. ¿Aún no te has dado cuenta?

13. EL CABLE ROTO

Alguien dijo un día que soñar es bueno y la gente se lo tragó. Con frecuencia la masa tiende a creer aquello que lee o ve por la televisión. Si resulta que el dato procede de un documental de la dos, la creencia puede convertirse en una fe inamovible. Lo que nadie explica es que uno puede acabar por cansarse de soñar. O que todo lo bueno termine por reducirse a lo que uno sueña. Deberían aclarar que los sueños son contraproducentes. Y caros, muy caros. Porque uno no sueña nunca con, por ejemplo, unos bonitos zapatos. No señor. Soñamos con un enorme vestidor que disponga de una sección sólo para zapatos. Por lo que al final, nunca somos capaces de ver la parte positiva de tener unos zapatos bonitos. Jamás conseguiremos estar a la altura de nuestros sueños. Y este inapelable dogma los convierte, de forma irremisible, en potenciales enemigos. Asesinos de lo cotidiano, de la posible belleza del mísero disfrute de saberse poseedor de unos simples zapatos.

Y luego está el bajón, porque en algún momento el sueño tiene que acabar. Véase: Entrar a trabajar, rebuscar calderilla para comprar el pan, atarse las mismas zapatillas desde hace tres años, descubrir que el depósito de gasolina del coche está a punto de entrar en reserva... Cualquier momento es bueno para apearse del sueño y cualquiera de esos momentos se convierte por defecto, en la antesala al bajón. Como si al regreso de una siesta bajo las palmeras de una isla paradisíaca, a uno le estampasen con mala leche la imagen de una señora fea, borde y maloliente que te pega una colleja mientras te grita: “Pero, ¿dónde te crees que estás, señor marqués?”

Anduvo enredada en la telaraña de los sueños desde la noche anterior. Caminaba como gallina sin cabeza, gracias a la fascinante y repentina intuición de su vecina, que con su inocente desparpajo, la catapultó al centro mismo del enamoramiento más tonto. El sumun de lo ridículo; esperar al hombre que, si la vida se animaba a firmar una tregua con ella, le impediría regresar de donde quiera que hubiese ido a parar. Aguardar a la espera de quien probablemente, no regresaría. De aquel a quien ni siquiera conocía. El hombre al que los hechos le inculpaban de varios delitos. Entre ellos, supuesta entrega ilícita de un objeto no deseado y presunto seguimiento continuo y carente de explicación alguna.

Hasta la fecha se había negado a hacer patente aquello que creía sentir. Porque no sabía cómo se llamaba lo que no estaba segura de sentir y porque se avergonzaba de lo que creía sentir. Por eso ni siquiera se había planteado contárselo a Carmen. A ella no le gustaría la idea, mucho menos después de lo sucedido el fin de semana. No era necesario consultar la Wikipedia para saber

que los libros no tienen patas. Como tampoco lo era adivinar quién se había encargado de llevarlo hasta ellos. De qué manera había logrado su objetivo y cuál era el motivo que le había empujado a hacerlo carecía de respuesta. Pero fuera lo que fuese, no era bueno. Ni para ellos ni para la niña.

Por eso soñar con él le hacía daño. Porque sabía que, tanto el portador del objeto como el mismo en cuestión, traían consigo lo que en algún momento y de algún modo acabaría dañando a alguien. Y ese alguien podría tratarse de su propia hija.

El mensajero había desaparecido y era frustrante no sentir el alivio que debería sentir una madre en condiciones. Luchaba constantemente por no pensar en él y, pese a que se había convertido en una maestra del dominio de la mente ahuyentando pensamientos no deseados, lo cierto era que ahora, y con la ayuda de Emilia, la tarea se le dibujaba al final de una larga y empinada cuesta.

Y cuando sin querer soñaba con él, no podía evitar besarle. Y cuando le besaba, algo externo le obligaba a apearse del sueño y entonces sentía vergüenza de su sueño. Pero nunca antes había soñado con besar a alguien y aquello le gustaba. Tal vez se trataba del primer síntoma del eterno tratamiento al que se había visto sometida. El que se imponen a sí mismas muchas mujeres después de aquello que les tocó vivir un día. Sólo que en su caso la cicatriz que había quedado era demasiado grande. Bastante más de lo que suele ser habitual.

Leo no volvería nunca, aunque su vecina se empeñase en creer lo contrario. Y si estaba en lo cierto y sentir ganas de besar a alguien, independientemente de quien fuese ese alguien, era síntoma de sanación, debía agarrarse a ello aunque quemase como el mismísimo fuego del infierno. Porque jamás se había planteado que sanar podía ser una opción y desde luego, si aquello era posible, estaba dispuesta a intentarlo. Porque quería ser feliz, aunque ni por asomo creyese que fuese posible.

Nueve y cuarenta y cinco de la mañana. Lunes.

El semáforo se puso en verde. Metió primera y aceleró. El Fiesta circuló perezosamente siguiendo la estela del interminable mar de coches que eternamente inundaba las calles de la ciudad condal.

Hoy no era un buen día. No había empezado bien y nada de lo sucedido aquella mañana tenía la culpa. Únicamente su caprichoso sueño era el responsable del desamparo que embadurnaba su piel con una mantequillosa sensación de culpa. Culpable de soñar con quien no debía. Culpable del deseo de besar a quien nunca regresaría. Culpable de querer volver a ver al autor del misterio que envolvía a su propia hija.

Necesitaba escapar de Leo de una vez por todas y la solución no la

encontraría esbozando besos en el aire. Ahora contaba con la oportunidad que le había brindado Carmen. Un encanto de soltero de esos que es mejor espabilarse en el momento en que se abre la veda o una jauría de lobas hambrientas, escopeta en mano, lucharían por colgar su cabeza sobre la chimenea del salón. Ella no tenía escopeta, ni chimenea, ni salón. Ni siquiera sabía cazar. Su única arma era una guapísima amiga que, en contra de lo que Carmen pensaba, sólo conseguiría eclipsarla con su presencia.

Parada en el siguiente semáforo se detuvo a mirarse en el espejo del parasol. Apretó los labios y torció el gesto. Claro que no era fea. Es que estaba demasiado acostumbrada a mirar el rostro perfecto de Carmen. Tal vez si se arreglase un poco...

Rafa le había dicho que llamaría a su amigo para invitarle a cenar el viernes. Por lo tanto, si no pasaba nada, tenía cinco días para intentar hacerse pasar por una mujer sofisticada y femenina. Se daría por satisfecha si conseguía hacerse pasar por mujer a secas.

Logró salir del atasco y empleó sus últimos cinco minutos antes de llegar al trabajo en moldear un nuevo sueño. Ahora que le había cogido el gusto a eso de besar, no pensaba desaprovecharlo. Así es que cambió Leo por Alex y le tiñó el pelo de castaño claro. Estaba haciendo trampas, pero tenía la excusa de que aún no conocía al amigo de Carmen. Era una trampa piadosa y nadie se enteraría.

Leonor apenas almorzó. Parecía estar decaída. Ella también tenía sus propios sueños y estaba claro que tampoco a la vieja se le hacían realidad. Al final todos somos iguales. Los ricos también sueñan con quimeras inalcanzables. La suya en concreto, lo era por algo tan nimio como ella misma. La marca en el calendario que señalaba la última visita de sus hijos cada día se alejaba más del presente y el tiempo pasaba arañando su infranqueable orgullo. Aquello que su arrogancia trataba de ignorar, venía a verla con frecuencia para reírse de su dinero y cobrar bien cara su visita. Su soledad le pasaba factura.

De nada le sirvió suplicar a su difunto marido que esperase a que ella faltase para entregarles la herencia. Ahora todo cuanto le quedaba era su sobrada paga de viuda y aquella propiedad tan grande y vacía como la vanidad con que se vestía cada mañana. Una pobre y vieja rica.

- ¿Se encuentra bien, doña Leonor? ¿Quiere que le haga otra cosa? - preguntó Elena, al tiempo que retiraba la camarera con el almuerzo.

Podía ver su pena. Asomaba descuidada por el perfil izquierdo de su rostro y desde allí se dispersaba sobre la nada del cristal de su ventana. Pero ella prefería pagar.

- Llévate eso y sal de aquí. - respondió con una voz incolora y difusa.

- Sí, señora.

- Espera.

Elena detuvo sus pasos y empujó ligeramente la camarera hasta volver a colocarla frente a la mujer.

- Dígame. - respondió servilmente.

- Ve a buscar a Ismael. La televisión no funciona.

- Enseguida.

Menos de cinco minutos tardó el hombre en aparecer con su caja de herramientas, listo y dispuesto como siempre, para firmar el ansiado tratado de paz que devolviese a Gigante la libertad que se le había arrebatado. No más de diez minutos tardaría en cambiar para siempre de opinión.

Entró en la salita acompañado de Elena y saludó a Leonor tan amable que nadie hubiese creído en la reciente enemistad que les separaba. La matrona ignoró la tregua que Ismael le ofrecía y sin ningún tipo de saludo ni formalidad, le ordenó que arreglase cuanto antes la televisión. Pero el hombre sabía cuál era el precio que estaba dispuesto a pagar por tratar de evitar el desahucio del animal. Sabía que era así como ella quería verle y se tragaría su orgullo, aunque la bola fuese tan grande que le impidiese respirar. Jamás abandonaría a su compañero.

- ¿No se ve ningún canal? - preguntó sumiso.

- No se enciende.

Ismael apartó el mueble de la pared y lo rodeó. Se inclinó para observarlo de cerca y lo que vio le sorprendió. Extrajo el cable, lo alzó frente a su cara para verlo con más claridad y frunció el ceño. Elena compuso un gesto de desconcierto y se acercó hasta él.

- Está aplastado. - observó, con asombro.

- Eso parece. - respondió Ismael antes de volver la vista hacia Leonor. - ¿Lo ha pisado usted?

- Ella no contestó. Ya se había puesto la chaqueta y se dirigía hacia la salida. Alcanzó la puerta de la salita, asió la manivela y habló sin mirar atrás.

- Voy a dar un paseo. Cuando vuelva quiero que esté arreglado. Elena te ayudará.

Abandonó la sala de estar entornando la puerta al salir. Elena e Ismael observaron la puerta unos segundos y luego ambos se miraron con expresión interrogativa. Ella puso los ojos en blanco y él le devolvió una cálida sonrisa.

- ¿Pensará que nos fastidia rompiendo un cable? - bromeó Elena.

El hombre alzó las cejas y se encogió de hombros.

- Puede que crea que no tengo suficiente trabajo. Leonor no sabe lo que

cuesta mantener esta finca en condiciones. No es necesario que te quedes. Esto puedo arreglarlo yo solo y tú tendrás cosas que hacer.

- Mejor me quedo y luego almorzamos juntos. No voy a tirar todo esto. - Elena hizo un gesto apuntando hacia la bandeja que reposaba sobre la camarera, con el almuerzo intacto de la matrona.

Ismael lo pensó un instante y después asintió.

- Me parece una buena idea. Serás mi ayudante. - le guiñó un ojo- Es el cable de antena. Pásame los alicates y busca en la caja una clavija como ésta.

Trabajar con Ismael siempre resultaba agradable. Tan curtido como afable, aquel hombre que nunca se pronunciaba en contra de nadie, que nunca entraba en disputas con nadie, que estaba dispuesto a tragarse tanto orgullo como fuese necesario por cualquiera de sus compañeros, cargaba con el peso de la pena sobre sus hombros sin reproches ni lamentos. Ismael agachaba la cabeza frente a la tiranía de quien gustaba humillarle, sin saber que este gesto sólo conseguía dignificarle cada día un poco más.

Elena admiraba su entereza, el cariño que empleaba siempre con todo y con todos. Él no odiaba a Leonor. Era algo que se escapaba a su comprensión. Sabía que tarde o temprano acabaría desterrando a Gigante de sus dominios. Era una simple cuestión de tiempo, no de voluntad. La decisión ya estaba tomada. Sin embargo también sabía que ni siquiera entonces la odiaría, sencillamente no sabía cómo hacerlo. No sabía odiar.

Quizá por eso fue tan grande su pena. Si hubiese podido cederle un poco al odio, tal vez aquella mañana el golpe que quebró su alma no lo hubiese hecho de semejante manera.

- Ya está. Enchúfala y veamos si se ve bien.

Elena conectó el cable al enchufe de la pared y pulsó el botón de encendido. Después Ismael comprobó los canales antes de colocar el mueble en su sitio. Una tarea demasiado fácil que todavía lo fue más, gracias a la ayuda de su nueva colaboradora. Menos de cinco minutos tardaron en arreglar aquello que Leonor tardó un segundo en romper, probablemente de un pisotón intencionado.

Lo siguiente sería el almuerzo. Elena empujó el carro hacia el pasillo y allí se detuvo a esperar a su compañero, que recogió las herramientas, las guardó en el interior de la caja y la siguió camino de la cocina. Ella marchaba unos pasos por delante de él.

- Freiré un par de huevos con chorizo para usted. Éstos se han quedado como la suela de un zapato.

- Yo me como cualquier cosa, no hace falta que te pongas a cocinar, mujer.

- Cocinar es mi trabajo. ¿Cómo está Gigante?

- Triste hasta que vuelva con él. Cada vez que lo encierro en la cerca me pone esa cara de pena y deja caer el rabo al suelo. A veces creo que me culpa a mí.

- No diga eso, Ismael. Gigante sabe quién es el malo en esta casa.

- En esta casa no hay malos. - le corrigió el hombre. - Leonor es una mujer orgullosa y demasiado cabezona para su estatura. Terminará cediendo. Solamente quiere dejar claro quién manda.

- Bien sabemos usted y yo quién manda en esta casa. - objetó ella en el acto.
- Eva también lo sabe. Lo sabe hasta el caudillo.

Ismael sonrió y sus ojos se estrecharon hasta dibujar sendas líneas en su arrugado y huesudo rostro. Pero un segundo más tarde detuvo sus pasos y mudó el gesto por uno que cubrió su tez con un manto de desconcierto. Abrió los ojos y borró cualquier rastro de sonrisa. Elena, que caminaba un paso por delante de él, continuó hablando sin reparar en aquello que de súbito acababa de captar la atención del hombre.

- Lo mismo algún día me toca prepararle también la comida al caudillo. Como sigan sin venir sus hijos, un día de estos querrá comer acompañada. Y ni usted ni yo seremos los afortunados en honrar su mesa. Aunque no sé si...- ahora sí, Elena creyó escuchar algo - ¿Qué es ese ruido? -, giró en redondo y observó a Ismael, inmóvil unos metros detrás de ella, con el ceño fruncido tratando de identificar aquel lejano sonido. Un sonido agudo y corto que se detuvo para empezar de nuevo tras unos segundos, esta vez con más intensidad.

Ambos se miraron en silencio. Un instante de confirmación. Sólo un instante para identificar de qué se trataba, sin necesidad de hablar. Ismael dejó caer la caja de herramientas al suelo, provocando un fuerte estrépito y salió corriendo de la casa con Elena pisándole los talones. Almuerzo y herramientas quedaron abandonados en medio del pasillo.

Los alaridos del animal acuchillaron sus oídos cuando abrió la puerta de la casa y salieron al exterior, cobrando fuerza con cada paso que daban. Ismael corrió cuanto pudo, con su vieja espalda encorvada, las manos temblorosas y los dedos formando garfios absurdos, fruto del terror que aplastaba y tensaba sus nervios. Elena corría a su lado sin pretender adelantarle. Tal vez porque no estaba segura de querer ver lo que ocurría al otro lado del invernadero. El espeluznante ruido amplificaba cada vez más el volumen, a la vez que cobraba nitidez. Golpes secos y fuertes se adelantaban a los gemidos unas décimas de segundo. Los golpes mantenían una macabra cadencia e idéntica intensidad, mientras los gemidos se oían más cortos y apagados con cada porrazo.

Gigante agonizaba de dolor. El eco de su llanto se extinguía paulatinamente cuando rebasaron por fin el invernadero. Entonces Elena se detuvo en seco,

tapándose la boca con ambas manos. Aquello que observaba con horror parecía arrancado de las páginas de un libro de terror. De una de esas películas en las que el malo disfruta matando y el bueno muere lentamente porque sí.

Ismael alcanzó la verja y penetró en la cerca, rabiando de dolor. Un dolor tan grande como el océano negro en el que se sentía morir. Esa pequeña muerte que a uno le acribilla cuando es abatido por la posible certeza de saber muerto a un amigo. El temor de la incertidumbre que corre por tus venas justo antes de decidir si detendrá o no tu flujo sanguíneo, logrando que te sientas demasiado cerca.

Leonor, sumida en una especie de trance y cubierta de sangre de pies a cabeza, continuaba golpeando al perro con frenesí, con la pasión propia de quien trata de dar muerte al mismísimo demonio. Los ojos parecían querer escapar de las mismas cuencas que trataban de sujetarlos, y los dientes asomaban como los de una fiera enloquecida, salpicados algunos por pequeñas gotas de sangre. Sólo detuvo aquella atrocidad cuando el hombre le arrancó con furia inaudita el palo de entre las manos y lo arrojó fuera de la cerca. Asustado como un animalillo, se arrodilló frente al cuerpo inmóvil del perro y alzó las manos temblorosas sobre el mar de sangre que cubría entera su cabeza. No se atrevió a tocarlo.

- ¡Ha intentado morderme! - consiguió gritar Leonor, mientras intentaba rascar oxígeno de su alrededor.

De cuello para abajo parecía estar intacto, pero cráneo, hocico y ojos estaban destrozados, rotos a base de golpes. Algo que parecían trozos de dientes flotaban sobre el charco carmesí que circundaba su cabeza. Brotaba sangre de su nariz cuando trataba de respirar y las cuencas de los ojos se habían hinchado de tal manera sobre ellos que era imposible saber si seguían estando dentro o si nadaban en el charco junto a los dientes. Había despedazado su cráneo y era imposible saber cuántas fracturas había y hasta dónde llegaban.

Sin embargo Gigante pudo reconocer a su amigo y movió levemente el rabo cuando le sintió cerca, aunque no intentó levantarse. Sólo consiguió emitir un gemido estentóreo que sonó a líquido. Luego su cuerpo comenzó a convulsionar.

El hombre acarició suavemente su lomo y apretó los dientes hasta que los sintió chirriar. La pena consumió su alma y un llanto silencioso le aplastó tanto el corazón que sintió cómo un horrible dolor físico le impedía respirar. Levantó la cabeza sin atreverse a mirar a la matrona y habló con Elena, que se había atrevido a acercarse hasta la valla y lloraba aterrorizada.

- Llama al veterinario, Elena. Pregunta por Carlos Carretero. Dile que llamas de mi parte y que es urgente.

La joven obedeció y corrió en dirección a la casa.

- ¡No pienso pagar un veterinario! - se apresuró a aclarar Leonor, que

continuaba impertérrita en el mismo lugar e idéntico estado de shock.

- Ni yo te lo pediría- contestó, y volvió a centrar su atención en el animal. - No te muevas, cabezón- habló con voz temblorosa-Enseguida vendrán a curarte.

- Ha intentado morderme! ¡Esa fiera ha intentado morderme! Y ¿desde cuándo vive aquí este bicho? ¿Por qué no me pediste permiso para destrozar mi casa?

- Este animal jamás intentaría morderte. - respondió sin levantar la cabeza.

- ¿¡Me estás llamando mentirosa?!- bramó.

- No quiero llamarte, Leonor. No quiero verte...

Ismael hablaba como habla quien nada teme perder, o quien teme perderlo todo. Trataba de mantener su cordura tan estable como sus nervios le permitiesen. Se tragó su llanto y se acomodó junto al animal. Necesitaba transmitirle la tranquilidad de que no se apartaría de él en ningún momento.

- ¡Te digo que ha intentado morderme, viejo andrajoso! - le escupió al tiempo que gritaba histérica.

El hombre ignoró por completo el estado de nervios que parecía querer tragarse a la mujer y alzó la vista del animal un instante para encararse con ella. Su rostro delató la pena que le consumía.

- Haz el favor de ir a lavarte o yo mismo me encargaré de dar parte a las autoridades sobre lo que acabas de hacer.

Leonor estalló por encima de su locura. Ismael ya no agachaba la cabeza frente a quien mandaba en aquel lugar y aquello le resultaba difícil de comprender. No sólo había dejado de someterse, sino que además se atrevía a desafiarla. En otro tiempo eso no hubiese ocurrido. Trató de recuperar su posición frente a quien, de encontrarse ella en el mismo estado que el animal, hubiese escogido salvar al segundo. La dejaría morir sin dudarle. Elegiría a un perro antes que a ella.

- ¿Estás amenazando con denunciarme? - escupió de nuevo al gritar, irguió la cabeza y sacó pecho en un ridículo y penoso intento por resultar altiva.

- Vete de aquí- se limitó a responder, y empezó a sollozar como un niño. Gigante moriría y él no podría hacer nada por evitarlo.

Pero la dueña no se marcharía hasta que a ella no le diese la gana. Completamente rebozada de sangre y con un aspecto grotesco y repulsivo a partes iguales, continuaba tratando de mantener el aspecto de noble que jamás abandonaría.

Elena apareció con un cubo de agua en una mano y el botiquín en la otra. Leonor respiró aliviada. Aún quedaba alguien en aquella finca que sabía dónde estaba su lugar. Pero la joven penetró en la cerca, pasó por delante de ella como si no estuviese presente y se arrodilló junto al animal. La matrona abrió tanto sus

ojos de batracio que de repente, pareció la perfecta caricatura de un sapo a punto de morir asfixiado.

- El veterinario viene hacia aquí. Le he dicho que nos lo hemos encontrado así – Se volvió hacia la mujer- Será mejor que vaya usted a limpiarse bien, doña Leonor. No creo que tarde mucho y no querrá usted que la vea en estas condiciones.

La mujer apretó temblorosos los labios y abrió las aletas nasales, adoptando aquella actitud de arrogancia que tanto le pertenecía, antes de darse la vuelta. Ningún veterinario osaría enfrentarse judicialmente a la viuda de don Pere de Grinyols, pero menos aún permitiría a nadie encontrarla de esa guisa. Giró sobre sus talones y abandonó la cerca. Pero antes de marchar se pronunció por última vez a modo de despedida. No se marcharía sin decir la última palabra.

- Si ese chuchito intenta morderme de nuevo, te aseguro que lo mataré, Ismael. - acusó al hombre con su dedo enfundado de anillos.

Ni siquiera la oyó. Su atención se centraba en detectar el modo en que Gigante respiraba y en que continuase haciéndolo. Era primordial mantenerle con vida hasta que llegase el veterinario. No moverlo y tratar de limpiar la mayor cantidad de sangre posible de las fosas nasales.

Sorbió los mocos y trató de serenarse. Su compañero le necesitaba entero. No dejó de hablarle ni por un instante. Gigante no podía ver y probablemente tampoco podría identificar a sus amigos por medio del olfato. Ismael se arriesgó a abrirle la boca cuando observó que apenas conseguía inspirar por la nariz. Metió los dedos por entre sus dientes y la lengua, que permanecía aprisionada, asomando a través del rictus que se había formado en su hocico, como una cabeza de cordero en el mostrador de una carnicería, y consiguió hacer palanca hasta abrirla un par de centímetros. El oxígeno inundó sus pulmones y el perro comenzó a jadear del mismo modo que lo haría después de haber corrido el sprint más largo de su vida. Era buena señal y Elena e Ismael respiraron aliviados. Después se ocuparon de lavar con sumo cuidado sus heridas y aguardar impacientes la llegada del médico.

Carlos Carretero era un hombre de unos cuarenta años bien largos y de apariencia joven. Tenía esa expresión de entrega en su rostro, propia de quienes ejercen su profesión por principios. Por pura vocación. Apareció enfundado en una bata verde sobre unos vaqueros, acompañado por dos de sus ayudantes. Portaba una enorme bolsa de mano parecida a la que antiguamente llevaban los médicos a domicilio.

- ¡La madre que va! - exclamó, plantándose delante del moribundo perro. - ¿Qué coño ha pasado aquí? Apártese, Ismael.

Ismael se incorporó, dejando sitio a los recién llegados. Carlos abrió apresuradamente su bolsa y extrajo un fonendoscopio de su interior. Introdujo las olivas en sus orejas y presionó el pecho del animal con la membrana. Permaneció unos segundos en silencio y guardó de nuevo el aparato en la maleta.

- No respira muy bien. Es posible que tenga alguna costilla rota. Nos lo llevamos. – aclaró, tras decidir que no quería perder un segundo más. - Adrián- se limitó a decir a uno de sus acompañantes.

El más alto se apresuró a salir de la cerca y apareció, menos de un minuto después, portando una camilla. Una de esas que se emplean en los partidos de fútbol. Dos palos de metal con mangos en los extremos y una lona enrollada sobre ellos. La colocó al lado del animal y la desenrolló. Carlos le agarró la cabeza con sumo cuidado y sus ayudantes se encargaron de levantar el cuerpo. Lo posaron sobre la lona y alzaron la camilla del suelo. Lentamente se encaminaron hacia la furgoneta, acarreado el roto y agónico cuerpo de Gigante.

- Despacio. No quiero movimientos bruscos en la cabeza. -ordenó Carlos.

- ¿Cómo lo ves? - preguntó Ismael como un chiquillo asustado.

El médico se incorporó, apoyó las manos en sus caderas y respiró profundamente. Apretó los labios y meneó la cabeza lentamente de derecha a izquierda. Su rostro reflejaba la evidente preocupación que sentía.

- No tiene buena pinta. No me gusta cómo respira y tiene la cabeza muy mal. La sangre puede ser muy escandalosa y a veces ocurre que, después de limpiar, resulta que no es para tanto. -Cerró los ojos un segundo y alzó las cejas antes de continuar. -Pero esas convulsiones... No quiero aventurarme. Será mejor que nos acompañe usted.

- Por supuesto. - contestó antes de que terminase la frase.

- Es usted quien siempre trae a Gigante a la clínica, pero me consta que no es su dueño.

- No- respondió al cabo de un instante.

- ¿Sabe su dueño lo que ha ocurrido?

Ismael y Elena se miraron un segundo.

- Leonor nos deja plena libertad para encargarnos de él- se adelantó ella.

- Me parece muy bien. Pero ¿lo sabe?

- Sí. Es que prefiere no verlo. Es una mujer mayor y sufre mucho con estas cosas.

- Ya- respondió con un ápice de incredulidad en su voz-Bueno. Yo me ocuparé de tratar de salvarle la vida y ustedes se encargarán de los pormenores de la cadena de mando.

A veces sucede que las cosas no salen como a uno le gustaría. Otras veces

es como si todo quisiera volverse en tu contra. No estás seguro. Lo percibes cuando te levantas por el lado contrario y una retahíla de pequeños y puñeteros sucesos hacen cola a tu alrededor con la intención de volverlo todo del revés. Son esos días en los que hubiese ido todo mucho mejor de no haber salido de la cama.

A esos ya se había acostumbrado. Había terminado por aceptar que hay cosas con las que es mejor no enfrentarse, tragar saliva y esperar a que pasen. No funcionaba siempre, pero era más efectivo que llorar, cabrearse con el mundo o escenificar una pataleta.

Aquel no fue uno de esos días en los que las cosas no salían como a ella le hubiese gustado, ni tampoco lo era de esos en los que parecía que todo quisiera volverse en su contra. Aquel día lo recordaría siempre como uno de los más tristes de su vida. El día en que, una vez más, en un acto de execración suprema, el ser humano mostraba su lado más repugnante. El día en que la pena masticó su alma, extirpando su llanto como si fuese un vómito.

Plantada y semiencorvada en medio de la acera, Elena observó marchar la furgoneta que transportaba a Gigante hacia su cura o su muerte. Una muerte más que probable o una cura con posibles secuelas. Sujetaba un pañuelo empapado en lágrimas que apretaba formando un amasijo con su mano derecha, y con la izquierda despejaba de sus mejillas las lágrimas que brotaban continuas e imperecederas de sus ojos inyectados en sangre.

Sorbió los mocos y sacó su móvil del bolsillo del delantal. Marcó el número de Carmen y aguardó mientras trataba de engullir el nudo de dolor que se adhería a su garganta. Miró su reloj y suspiró desesperada. Siete horas hasta poder salir de allí. Siete eternas y aberrantes horas.

- ¿Tan temprano? - habló Carmen, tras responder a la llamada. -No me lo digas. Leo ha vuelto.

Elena inspiró y su respiración tembló junto con su labio inferior.

- Esta tarde no traigas a Paula...Hoy no habrá paseo.

14. DE OTRO COLOR

Puede que intentase defenderse. Cualquiera lo haría de haberse visto acorralado de aquella manera. Tal vez trató de huir y en su desesperación mostró los dientes a su verdugo. Desde luego no fue él quien empezó. No cabía la más mínima duda. Todo apuntaba hacia otra dirección con bastante claridad. El cable roto intencionadamente, la petición de que ella le ayudase a arreglarlo, el paseo repentino y esas súbitas ganas de visitar aquellas zonas de su casa que habían dejado de interesarle desde hacía muchos años.

Leonor conocía el paradero de Gigante, puede que desde el principio. Sólo ella conocería el motivo que la empujó a hacer lo que hizo.

Hubiese resultado mucho más fácil despacharle de la finca. Se habría evitado aquel desagradable baño de sangre. Y de hacerlo bien, hasta hubiese podido ahorrarse la discusión con Ismael. Tan sólo habría tenido que esperar a que él no estuviese.

Aunque de ese modo quizás el resultado no habría sido el mismo. De ese modo puede que el daño infringido no la hubiese satisfecho. Tal vez su intención nunca fue deshacerse de él. Poco podía molestar a su dueña aquel noble animal y mucha era la utilidad que podía ofrecer a cambio. Puede que aquella repentina aversión hacia él sólo tuviese como objetivo hacer daño a quienes se atrevían a exhibir sonrisas a coste cero. Sin precisar altura alguna ni boyantes cuentas bancarias.

Sentada en lo más alto de su solitario trono, Leonor les observaba cada vez que reían, cada vez que bromeaban entre ellos. Les veía vivir y les odiaba por ello. Porque a ella se le escapaba su vida tan deprisa que no podía sino verla pasar frente a ella como el reflejo de una patética y efímera sombra. Como un tren que no para en su estación. Como si nadie pudiese verla.

Necesitaba hacerles daño de alguna manera. Borrar de sus caras esa sonrisa de conformidad, de “esto es lo que hay, trataré de disfrutarlo”, de “reírse es gratis, por qué no iba a hacerlo”. Esa sonrisa de satisfacción que únicamente a ella le pertenecía. Necesitaba sentir que en su casa ella decidía quién era feliz y quién no. No seguiría pagando a quienes reían, mientras ella permanecía sentada observando la vida pasar tras el cristal.

Gigante sobrevivió. La factura fue de tres costillas rotas, fractura de mandíbula, cinco dientes partidos, una astilla clavada en un ojo y un sinfín de magulladuras repartidas a lo largo y ancho de su cuerpo.

Carlos lo mantuvo sedado durante cuatro días con el fin de hacerle más

llevadero el dolor. Permanecería ingresado y en observación el resto de la semana y el lunes próximo abandonaría la clínica, cargado de secuelas. Algunas se quedarían y otras se marcharían con el tiempo. Las costillas y los golpes sanarían, pero la astilla había perforado la córnea. Probablemente perdería la visión del ojo izquierdo, cubierto ahora por un parche.

Se alimentaría de papilla hasta que sanase el hueso de la mandíbula, que ahora permanecía en su sitio gracias a un armatoste hecho con clavos y escayola. Un protector de plástico rodeaba su cuello y le protegía, tanto de movimientos bruscos como de sus propias patas.

Lo más importante estaba solucionado. La noticia de que el perro viviría pareció inyectar una porción de vida a Ismael. Ahora debería vigilarle con mucha atención y cuidar de él. Pero eso no sería ningún problema, los problemas eran otros bien distintos. El primero sería buscarle un nuevo hogar. No podía seguir viviendo allí. Si la matrona se había propuesto matarlo, tarde o temprano lo conseguiría. Aquel día habían estado allí para impedirlo, pero puede que la próxima vez no tuviesen tanta suerte. Puede que la próxima vez se le ocurriese hacerlo de noche. Puede que Eva no se despertase o que no pudiese hacer nada por impedirlo.

No lo dejaría solo con ella. No con su verdugo.

El segundo problema sería la factura. Pero éste resultó ser el menor de ellos. Carlos demostró una vez más la pasión con la que ejercía su profesión y redujo considerablemente el importe, cuando descubrió que allí no venía más que el hombre a visitar al animal. Elena se escapó una mañana, camuflando su salida tras la cesta de la compra y no pudo, ni quiso volver. La impresión de verle en aquel estado le descompuso de tal manera el cuerpo que se pasó toda la mañana llorando. Por lo que, a los ojos del veterinario, o a los de cualquiera que hubiese visto la manera en que aquel hombre se preocupaba por Gigante, él era su legítimo e indiscutible dueño.

Para la pequeña Paula inventaron un viaje. Leonor se había marchado de vacaciones y no quiso irse sin su querido perro. La niña se asombró tanto como lo hubiese hecho todo aquel que conociese a la mujer. Pero ella sabía cuándo una pataleta le servía de algo o cuándo ese algo se escapaba de su alcance. Y francamente, desde que tenía el libro, una extraña sensación de que todo lo comprendía un poquito más de lo normal, parecía arroparla casi todo el tiempo.

Viernes noche. La noche de su cita con Carmen, Rafa y el soltero de oro. No tenía muchas ganas de ir. El estado de salud de Gigante ocupaba su mente la mayor parte del tiempo. El resto lo dividía entre tratar de convencer a Paula de que le contase qué era lo que había escrito en las inmaculadas páginas del libro y lograr desechar a Leo de sus pensamientos. Hoy los contenedores de basura

celebraban una semana sin su presencia. Siete largos días sin verle, sin sentirle desde la prudente distancia que siempre les separaba. Siete días buscándole con disimulo cada vez que salía a la calle, o desde el banco del parque donde cada tarde charlaba con Carmen. Siete días esperando verle desde su ventana por última vez antes de acostarse. Siete días sin Leo.

Pero cualquiera le decía a Carmen que anulase la cita. A Carmen, a Rafa y a las niñas. Demasiados adversarios para ella sola. Demasiado grande el campo de batalla y demasiado tarde para intentarlo si quiera.

Alex ya estaba en el dúplex con Rafa y las niñas. Carmen había venido a buscarla a casa y ahora subía las escaleras, portando un kit completo de la Señorita Pepis. Alguien tenía que encargarse del acicalamiento y Elena no sabría cómo hacerlo a estas alturas, mucho menos después de la tensión que se amontonaba en su espalda tras los últimos acontecimientos.

Una vez en el piso procedió al despliegue armamentístico. Estiró varias prendas de vestir sobre el sofá y acomodó un maletín de maquillaje sobre la mesa, junto a Elena.

- Recógete el pelo. - ordenó mientras extraía del interior del maletín todo un surtido de pinceles, sombras, pintalabios y tubos de maquillaje.

Elena obedeció y recogió su larga melena en un moño sobre la nuca.

- No lo entiendo.

- ¿El qué? - preguntó Carmen al tiempo que untaba maquillaje sobre un algodón.

- Por qué tienes tantas pinturas si no te maquillas nunca.

- Las guardaba para este día. - comenzó a extender el maquillaje sobre el rostro de Elena. - Y sí que me maquillo. Cierra los ojos. No muy a menudo, pero lo hago.

- No lo entiendo.

- ¿El qué?

- Por qué te maquillas.

- No me maquillo.

- Acabas de decir que sí.

- Me maquillo a veces, no siempre.

- Y cuando lo haces, ¿por qué lo haces?

- Pues no sé, ¿tengo que tener un motivo?

- Supongo que no es tanto por el motivo, sino por el hecho de que cuando lo haces, luego tienes que quitarlo. Quitarlo supone tener que desmaquillarte.

- ¿Y eso es un problema?

- Es una chorrada que una mujer como tú quiera perder el tiempo maquillándose.

- La chorrada es que saques esa clase de conclusiones. ¿Has llegado tú solita?

-Yo solita.

-Pues deberías anotar en tu tesis que todo el mundo tiene derecho a sentirse guapo. Incluso aquellos que ya lo son. Y que nosotros, los guapos extraterrestres, también nos sentimos feos de vez en cuando. Anota de paso que a mí también me atacan las ojeras cuando tengo una mala noche.

- Creí que los guapos siempre dormíais bien- bromeó Elena.

- Lo hacemos.

- Lo sabía- chasqueó la lengua.

- Tal vez esta noche no tanto.

Elena abrió los ojos y la miró, antes de hablar de nuevo.

- ¿Por qué dices eso? - preguntó curiosa.

- Otra rosa.

- Vaya. ¿Con tarjetita?

- Con tarjetita. - ¿Y?

- Más de lo mismo.

- ¿Te amo?

- Te amo.

- No es muy original.

- No es muy de nada. Cierra los ojos. De nada que sea bueno.

- ¿La ha visto Rafa?

- Acabo de encontrarla en el limpia del coche. Abre. Si no hubiese tenido que venir a ayudarte, Rafa habría venido a por ti. Cierra. Imagina la nochedita de fiesta que hubiésemos tenido. Abre...perfecto.

- Ha sido un mal menor.

- Ha sido una mierda.

- Vale. Una mierda menor.

- Una mierda y punto. Hoy la he visto yo. Veremos qué ocurre la próxima vez.

- Hablas como si fueses culpable.

- Hablo como si me sintiese culpable. Sé que no lo soy, pero ¿qué diferencia hay?

- Supongo que ninguna. Lo que esta noche hará que no pegues ojo no serán los hechos, serán tus sentimientos. Lo que importa no es lo que haces, lo que importa es cómo te sientes cuando lo haces. Si te arrepientes o no. Lo que importa es la responsabilidad que asumes frente a tus actos. Incluso aunque esos actos no te pertenezcan, como es tu caso- puntualizó y continuó. - El sentimiento es el mismo, seas culpable o no.

- Creo que tienes razón. Y creo que hablar de ello hoy no me ayudará.
¿Cómo está Gigante?

- Igual de roto. Un buen hombre lo está arreglando.

- Pobre bicho. Le buscaremos una buena familia, no te preocupes.

- Me da mucha pena. - Elena la miró afligida, y dejó caer los hombros.

- Se curará, tonta. Ayudaré a pagar la clínica. Quiero que se lo digas a Ismael.

- No quiero que se vaya, Carmen. Ese animal es muy importante para nosotros. ¿Y Paula? Ella lo quiere como si fuese suyo.

- Lo sé, Leni. Y créeme que lo siento muchísimo. Pero Paula lo olvidará con el tiempo. La solución del problema pasa por darlo en adopción. Tú no puedes tenerlo, yo no puedo tenerlo y tampoco Ismael puede. Nos aseguraremos de que esté bien.

Elena alzó las cejas y suspiró, componiendo un gesto de tristeza.

- ¿Yo no puedo?

- No digas tonterías. Ese perro come más que entre las dos juntas. Si lo metes aquí tendrás que salir tú del piso. Y luego están los gastos de veterinario. Un perro requiere un mínimo de cuidados. Vacunas, revisiones, medicinas si enferma, medicinas para sus secuelas, collares anti pulgas...quítate esa idea de la cabeza antes de que eche una sola raíz.

Carmen se incorporó y miró a su amiga con las manos apoyadas sobre las caderas.

- Estás guapísima.

- ¿En serio? - Elena se levantó y se dirigió hacia el lavabo para mirarse en el espejo.

- De eso nada. - Carmen se lo impidió. - Aún no hemos terminado.

Aquella noche Elena se vistió de negro. Escogieron para ella un bonito y elegante vestido de punto, estrecho hasta la cadera y falda de vuelo hasta las rodillas. Pelo suelto y botas de tacón medio.

Estaba muy guapa. Más guapa que nunca. Aunque eso era muy fácil decirlo de alguien que jamás se arreglaba.

A las diez menos cuarto, no sin antes pasar por casa de Sofía, posar para Emilia y su Kodak, y tras dos llamadas de Rafa preguntando si debía llamar a la policía, las dos amigas abandonaban la finca, caminaban hasta el coche de Carmen, cargadas con los bártulos que había traído consigo y marchaban camino a su cita.

De haberse arrepentido de programar aquella cita se arrepintió nada más

verle. Alejandro Ayala Álvarez era justo merecedor de la triple “A” que conformaba su nombre. Alto, de complexión atlética, mirada profunda y simpática sonrisa, ocupaba un cargo medio-alto en algún cuerpo de la seguridad nacional. Separado, sin hijos. Un partidazo de veintinueve añitos. El perfecto candidato para exiliar a Leo de sus sueños. No sería difícil fantasear con él.

¿Cómo podía haber desconfiado de Carmen? ¿Cómo podía haber pensado que, quien mejor la conocía, no sabría qué era lo que ella necesitaba? Desde luego no se podía decir que estuviese a la altura de Leo, al menos no a la altura desde donde ella le veía, o desde donde le recordaba, pero no sería difícil querer besarle.

De las presentaciones se encargó Rafa, que con esa manera tan suya de hacer que todo pareciese demasiado fácil, convirtió lo que para ella hubiese sido como intentar hablar en mandinga frente a doscientos senegaleses, en aquello que simplemente era, una presentación.

Alex la miró sonriente y le plantó dos besos a lo Joaquín Sabina. “Uno por mejilla”.

- Encantado. - le dijo.

- Igualmente- contestó ella.

Luego Rafa apareció con dos copas de vino para sus invitados, se las tendió y alzó la suya.

- Por los buenos amigos.

Los tres chocaron sus copas y bebieron. Alex observó a Elena mientras bebía, Rafa observó a Alex y Elena observó la pared. Debía mostrar indiferencia. En algún sitio lo había leído, o lo había escuchado en alguna canción. Tal vez de Marta Sánchez, o puede que de Rafaela Carrá. Y hasta ahí alcanzaban sus conocimientos sobre la materia. Quizá debería mover la melena. Esparciría sus feromonas, el macho las olería y ya está. Así sucedía en el National Geographic. No sería tan distinto.

Bebió de nuevo un buen trago y lanzó a Rafa una mirada de socorro. Éste sonrió y habló.

- Espero que tengáis hambre. Creo que me he pasado con el pollo.

- ¿Han cenado las niñas? Mi hija últimamente come muy mal - fuese por delante que no venía sola. Aunque esa información él ya la tendría, sintió la necesidad de aclararlo.

- Con el tío Rafa no ha dejado ni las migas- sonrió triunfante y bebió de nuevo.

Alex le imitó. Tragó el vino, se pasó la lengua por los labios y habló dirigiéndose a Elena.

- ¿Separada? - preguntó de manera natural e inocente.

De repente un espeso e incómodo silencio la rodeó por el cuello. Hacía mucho tiempo que nadie le formulaba aquella sencilla y, por otra parte, lógica pregunta que suele hacerse a una madre soltera. Rafa abrió instintivamente los ojos de par en par y tosió dos veces. Después la agarró por los hombros y se adelantó a la respuesta que, de sobras sabía, se inventaría.

- Es una vieja solterona- bromeó.

Ella sonrió y agradeció su gesto, apoyando levemente la cabeza sobre su pecho.

- Rafa se mete conmigo porque cree que es invencible, pero hasta los campeones tienen que dormir.

Rafa soltó una carcajada y se alejó, dejándoles a solas junto a la isla central de la cocina. Alex acercó un taburete hasta ella y se lo ofreció. Elena le dio las gracias y se sentó.

Él la miraba constantemente. Aunque ella no se atreviese a devolverle la mirada, podía sentir la suya de forma intermitente y sistemática. Su falta de experiencia le impedía identificar de qué manera lo hacía o qué intenciones traía consigo, pero hubiese jurado que aquello no era lo que debería estar sintiendo. Porque aquello se parecía más a la sensación que debe sentir un extraño ejemplar de animal en el escaparate de una tienda de mascotas, que al efecto que la mirada constante de un hombre debería causar en la mujer objeto de la misma.

No supo qué sentir. No supo ser aquella mujer objeto de las miradas de un hombre, que tal vez debería haber sido. No supo descifrar que aquello que sentía, probablemente no era sino el más puro fruto que germina del árbol del cortejo. La universal sensación de nervios que invaden el estómago del individuo que está siendo cortejado. Esa de la que tanto se habla, se lee, se canta y se recita a lo largo y ancho de la geografía, literatura e historia de la humanidad...

Pues vaya mierda. No era eso lo que sentía cuando Leo la miraba. Y era un sentimiento verdaderamente curioso porque aquel hombre le había gustado. Al menos a primera vista. Le había resultado tan atractivo como interesante. Era la forma en que la miraba lo que le provocaba un sentimiento que no lograba identificar, que no se asemejaba a lo que creía que debería haber sentido. Y sin embargo, no dejó de hacerlo en toda la noche. La observó como si tratase de descubrirla por dentro y por fuera. Como si intentase ver más allá de aquello que jamás mostraría.

Pese a todo, la velada resultó ser bastante mejor de lo que hubiese esperado. Su pareja de cita mantuvo una constante y agradable galantería desde el primer plato hasta el café, logrando que Carmen mostrase la completa amplitud de su más triunfante sonrisa. Su mejor amiga y Alex pegaban, como si la vida tuviese un motivo para hacerla feliz. Como si el destino saldase con ella una antigua

deuda. Como si, sobre el vestido de tristeza con el que siempre se vestía su mejor amiga, cayese a plomo la certeza que anunciaba el principio del fin. El fin de la soledad de Elena.

Y como si todo estuviese pactado de antemano, las niñas cayeron rendidas sobre la cama de Valeria. Carmen insistió con demasiado empeño en que la dejase dormir allí, y como no podía haber sido de otra manera, Alex se ofreció a acompañarla a casa. Elena accedió bajo la implacable mirada de su amiga. Hubiese dicho que sí sin aquella implícita amenaza de muerte en sus ojos.

Una y media de la madrugada.

Hubiese preferido a Leo, pero no estaba la cosa para andarse con remilgos, mucho menos si tenía en cuenta hasta dónde sería justo elevar su listón. Alejandro Ayala Álvarez lo pasaba con demasiada holgura. Era una realidad, no una falsa modestia.

Paseaba sola con un hombre por primera vez en su vida, y puede que por eso, todo a su alrededor le parecía distinto. No era más bonito, ni tampoco más feo. Era diferente. Como si lo estuviese viendo desde otra perspectiva o a través de una nueva lente. Como si todo fuese de otro color.

Ese mismo recorrido solía hacerlo de la mano de su hija, hablando de cosas tales como si es preferible tener botón en el garaje o si el dedal con el que Salvadora remendaba los calcetines de Paco, podría servir como orinal para ratones.

Nunca acompañada de un hombre. De uno de los de verdad. No el fantasma del protagonista de la última película vista, ni la lejana sombra de un extraño que nunca sobrepasa una marca imaginaria. Alex era un hombre de tomo y lomo y ella debería agradecersele a la mismísima virgen de los desamparados, en lugar de hacerse la niña caprichosa.

- Bueno- Alex rompió el silencio. Caminaba con las manos en los bolsillos, la miró y sonrió - Ya que no vas a decirme si eres madre soltera o mujer separada, cuéntame cómo conociste a Carmen.

Elena suspiró con cierto alivio. No eran horas de ponerse a inventar historias.

- Nos conocimos en el hospital. Las niñas nacieron el mismo día.

- ¿El destino?

- Me gusta pensar que sí.

- Carmen habla maravillas de ti. - apuntó él al cabo de unos segundos.

- Es que Carmen es muy de la broma.

Alex se echó a reír.

- Tu modestia es tu mejor virtud.

- Para ser modesto uno tiene que tener algo de especial, algo de lo que podrías presumir pero no lo haces. Te aseguro que no es mi caso.

Alex la observó a su lado y mostró una amplia sonrisa de dentífrico que a Elena le llegó en forma de pellizco a su mejilla.

- Haz un esfuerzo. Seguro que encuentras algo de lo que podrías presumir, pero no lo haces.

Elena compuso un mohín simpático mientras sentía la mirada de su acompañante sobre su perfil izquierdo.

- ¿De qué puedes presumir tú? - preguntó tras un instante.

- Pues...- Alex levantó la vista fingiendo hacer un esfuerzo por recordar. - ¿De amigos? - respondió al fin.

- Eso sí que es modestia. De la insuperable. - puntualizó Elena, levantando el dedo índice de su mano derecha.

- Creí que no podría superar la tuya- apuntó él.

- Pues lo has hecho- afirmó ella.

- Bueno, pues ahora ya sabemos algo el uno del otro. Ambos somos modestos- aceleró de repente el paso y caminó hacia atrás situándose frente a ella. - ¿Crees que ya es suficiente? - bromeó.

Elena se echó a reír. Parecía que empezaba a sentir aquello que supuestamente, debería estar sintiendo desde hacía demasiado rato. Mejor tarde que nunca. Y mejor así que de cualquier otra forma.

- No lo sé. ¿Qué es lo que hay que saber? - respondió tratando de esconder su repentino rubor.

Alex volvió a ocupar su lugar en la acera y se colocó de nuevo a su lado. Caminó junto a ella y se encogió de hombros.

- Puede que ese sea el problema.

- ¿A qué te refieres?

- Querer saber demasiado.

- Sigo sin entenderte.

- Mucho mejor.

Entonces ella sustituyó su siguiente pregunta por unos pasos en silencio. Trató de pensar qué pasaría una vez llegasen al final del trayecto. Qué debería hacer. Qué se suponía que debía querer. ¿Se firmaba alguna clase de compromiso tácito cuando se aceptaba a un hombre como acompañante? ¿Cuál sería el protocolo a seguir? ¿Debería haber preguntado a Carmen? ¿Contaría él con un beso? ¿Qué clase de beso?... ¿Quería besarle?

Caminaron durante un rato, ambos en silencio. Entonces Elena le miró durante un segundo. Un rápido movimiento para que no se notase. Tenía un bonito perfil, y mantenía una sutil e inquebrantable sonrisa, que le confería una

especie de confianza seductora. Memorizó aquella imagen y de nuevo se formuló la misma pregunta... ¿Quería besarle?

Si quiso o no fue lo de menos, pues ni hubo beso, ni nadie que lo buscase. Y nadie lo buscó, casi con total seguridad, porque no se le ofreció ni el tiempo, ni la oportunidad de hacer tal cosa.

Plantada frente a la ventana de su diminuto comedor, Elena observaba su propia cara de pasmarote reflejada en el cristal. Pocas veces se había sentido tan ridícula. Si hubiese algún modo de suprimir los últimos diez minutos...

Diez minutos antes.

Fue breve. Elena se pasó los últimos metros buscando las llaves de casa en el interior de su bolso. Como si de repente hubiese dado comienzo una carrera contrarreloj. Luego todo sucedió tan rápido que más tarde no conseguiría recordar en qué orden pasó.

Dio con ellas justo antes de llegar al portal de la finca. Quiso abrir tan rápido que con los nervios se le cayeron al suelo. Ambos se agacharon a la vez para recogerlas y chocaron de frente con tanta fuerza que los dos rebotaron hacia atrás. Aturdida, dejó que él las recogiese. Acertó a cogerlas de la mano de Alex al tercer intento pues durante un rato, veía doble. Luego ella no supo ver que él quería darle dos besos y el momento despedida se convirtió en una especie de baile ridículo entre sus caras. Y cuando quiso ver el final del túnel, dio comienzo el concurso “cuál es la llave que abre la maldita puerta”. Lo intentó con todas las veces y cuando por fin lo consiguió, ya no quiso seguir haciendo el ridículo ni un minuto más. Se limitó a despedirse brevemente y se marchó, cerrando la puerta de la finca y dejando a Alex allí plantado, tratando de entender qué era lo que había pasado. Un minuto más tarde introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón, giro sobre sus talones y se marchó con su sonrisa inquebrantable.

No hubo tiempo de saber si querían volver a verse. Nadie preguntó si habría una segunda cita, ni si el resultado de aquella había sido grato. Si salvando los últimos cinco minutos, el resto podía considerarse un aprobado raspado o un insuficiente alto.

Elena dejó de mirar su risible reflejo y observó los contenedores de basura. Continuaban tan solos como antes de que él apareciese. Ahora ella también lo estaba. Sola y avergonzada. Avergonzada y ridícula. Ridícula y patética. La grotesca caricatura de una niña intentando hacerse pasar por mujer. Lo que probablemente nunca conseguiría.

15. LA MISMA FEA LÁMPARA DE SIEMPRE

Dormir sin Paula enfriaba su piel, dilataba el silencio y acentuaba el volumen de aquellos sonidos que no existían. Las paredes crujían más que de costumbre y lo hacían en el momento justo en el que estaba a punto de quedarse dormida. Entonces se desvelaba y de nuevo la misma sensación de vergüenza se derramaba sobre ella. El recuerdo de aquella desvencijada noche asestaba pequeños y humillantes pinchazos sobre su barriga. Si las paredes no dejaban de hablar se le haría de día. La sensación continuaría allí por la mañana, pero sería mucho más llevadera si la noche le permitiese dormir un rato.

En algún momento tuvo que quedarse dormida. Lo supo cuando despertó ligeramente sobresaltada. Como si alguien desde el interior de su sueño, le hubiese propinado un pequeño empujón expulsándola de él. Y entonces abrió los ojos en medio de la oscuridad y lentamente se acopló a la realidad.

Dormía de lado. De modo que al despertar, lo primero que acertó a reconocer fue la mesita de noche. Tendido sobre ella descansaba el libro de su hija. Aquel que robaba tiempo a la pequeña sin imposición alguna. Su nuevo entretenimiento, y supuestamente, una fuente de sabiduría. Un curioso objeto del que nada sabía, salvo que parecía pensar por sí mismo...que no era moco de pavo.

Pestañeó un par de veces y se frotó los ojos. Continuó observando aquella cosa hasta que hubo recuperado del todo la realidad. Fue entonces cuando los abrió de par en par.

Ese trasto no estaba ahí cuando se acostó. Lo sabía porque ella misma se había encargado de encerrarlo en el armario. No es que le tuviese miedo, era sólo por si las moscas.

Permaneció inmóvil durante un buen rato, de nuevo por si las moscas. Luego se incorporó lentamente sin quitarle la vista de encima. A un posible enemigo jamás se le da la espalda. Se sentó apoyándose sobre el cabezal de la cama y respiró profundamente. Se rascó la nuca, volvió a mirarlo y valoró la posibilidad de cogerlo. Aunque, ¿para qué? De sobras sabía lo que vendría a continuación. Pero si Paula no se encontraba en casa, ¿qué hacía él allí? ¿A quién buscaba esta vez? ¿Cómo era posible que no hubiese salido corriendo despavorida, al verlo sobre la mesita de noche? ¿Por qué en lugar de asustarse se limitaba a enfadarse o lo que es peor, a conformarse? ¿Por qué no sentía el miedo que debería sentir frente a lo que se mostraba ante sus ojos? Tal vez empezaba a acostumbrarse a lo paranormal de todo aquello. O quizá se contentaba con la idea de que de momento, aquello parecía inofensivo.

Finalmente lo cogió, sin dudarlo pero con cautela. Lo colocó sobre sus piernas y cerró los ojos mientras acariciaba la vieja tapa de piel. Sabía lo que sucedería. Había ocurrido demasiadas veces como para que la cogiese desprevenida. Puede que esta vez ni siquiera lo intentase. Puede que esta vez sólo quisiera tocarlo y de paso regalarle la misma indiferencia que recibía siempre de su parte.

Una buena decisión. Eso sería lo que haría. No iba a ser ella la tonta que siempre saliese perdiendo.

Lo observó por última vez antes de dejarlo de nuevo en el lugar donde había aparecido. Luego lo miró con fingido aire despectivo y volvió a meterse entre las sábanas. Cerró los ojos y apretó los párpados. No quería abrirlos. Si lo hacía estaría demostrando interés. Antes muerta que mostrar el más mínimo interés ante aquel maleducado trasto.

Pero no habían transcurrido ni diez segundos cuando sus párpados, obstinados testarudos, comenzaron a temblar en una pugna por abrirse. Los apretó con todas sus fuerzas y finalmente optó por darse la vuelta. De ese modo podría abrirlos sin dañar su orgullo.

Y eso hizo, hasta que se cansó de sentir los continuos golpecitos de un perseverante dedo invisible sobre su nuca. Rendida, se volvió y lo miró. ¿A quién quería engañar? Tenía que intentarlo o le reventarían los ojos de tanto apretar. Total, sólo le llevaría un segundo. El tiempo de sacar la mano, comprobar que aquello no se abría y volver a dormirse.

Derrotada, resopló con despecho y sacó la mano izquierda del interior de las sábanas. Posó los dedos sobre la esquina de la cubierta y tiró hacia arriba...

Y el libro se abrió...

Fue un segundo. Exactamente lo que tardó en volver a cerrarse. Puede que porque, en el mismo instante en que tiró hacia arriba, soltó la tapa, demasiado segura de lo que ocurriría.

Confusa, permaneció unos segundos con la mano suspendida sobre el objeto y una expresión de desconcierto pintada en su rostro. Luego se sentó sobre la cama y lo observó, sin abandonar aquella expresión. Lentamente y tras dejar pasar un largo minuto, posó de nuevo la mano sobre la tapa, deslizó los dedos hasta la esquina inferior y tiró hacia arriba.

El libro se abrió ante su perpleja mirada, del mismo modo que lo haría cualquier libro en cualquier parte del mundo. Sin necesidad de forzarlo con un arsenal de cuchillos. Sin sobresaltos ni misterios embrujados. Con una normalidad tan abrumadora que sólo pudo resultarle extraño.

Y entonces lo tomó de la mesita y de nuevo lo posó sobre sus piernas. La curiosidad picoteaba su piel como si un millón de hormigas correteasen sin

rumbo por todo su cuerpo.

La primera página estaba en blanco. Nada nuevo, ni para ese ni para ningún otro libro. El problema vendría después. Pasó la página y observó la segunda. Más de lo mismo. Las pasó una a una, primero lentamente y después poco a poco fue acelerando sus movimientos.

Todo seguía igual que antes. El mismo blanco, la misma lisa e inmaculada superficie, la misma nada de siempre y la misma impotencia tensando sus nervios con cada movimiento. Quería quemarlo, pisotearlo, mearle encima y arrojarlo por la ventana. Odiaba ese trasto a un nivel destinado únicamente a unos pocos humanos. Y ese odio se multiplicaba por sí mismo cada vez que volvía a pasar una nueva página. Lo hacía con tanta rabia que no entendía por qué no se rompían. Y eso no ayudaba a calmar el estado en el que se encontraba.

Pero entonces, cuando ya no creía poder ir más rápida, ni estar más enfadada con nada en el mundo, de repente detuvo su mano en el aire y contuvo la respiración.

Lo que vio petrificó su rostro y congeló su gesto en una mueca de infinita confusión. Por varios motivos. El primero fue el más evidente, un nombre en el centro, con caracteres grandes y en mayúsculas. LUCAS. El segundo fue la forma en que estaba escrito, con mala letra y de cualquier manera.

Pero el motivo que la llevó a sorprenderse por encima de cuanto hasta el momento había visto fue, sin ninguna clase de duda, la tinta con la que aquel nombre había sido escrito. Y no por el color, aunque éste fuese lo más parecido a la sangre que jamás había visto, sino por el estado en el que la misma se encontraba. Estaba fresca, húmeda...recién escrita.

De repente cobró conciencia de su soledad, de la oscuridad que la envolvía. No había encendido la luz. ¿Por qué lo veía todo con tanta claridad?

En un intento por escapar del estado de pánico que parecía querer engullirla, empujó el libro de sus piernas y lo arrojó al suelo. Entonces sintió un cosquilleo y alzó sus manos a la altura de los ojos. Temblaban como si fuesen de otra persona, como si quisieran salir de allí, con o sin ella. Se levantó de un salto y corrió hacia la salita, cerrando la puerta de la habitación como si al hacerlo, una maldición de otro mundo quedase atrapada al otro lado.

Rápidamente encendió la luz y se alejó cuanto pudo. Necesitaba respirar para poder pensar, para poder deshacerse de aquel miedo que se clavaba en su espalda y le arañaba la piel con unas gigantescas garras. Corrió hacia la ventana y la abrió, dejando entrar la gélida brisa marina. Durante un largo minuto respiró y se alimentó del frío, cerró los ojos e inspiró largas bocanadas de aire, tratando de tranquilizarse.

Un minuto más tarde el sonido lejano del claxon de un coche aulló por

encima de la noche, trayendo consigo la madrugada en la que se encontraba. Abrió los ojos y miró hacia el cielo. Lentamente giró el cuello de lado a lado mientras sentía como poco a poco, su pulso se estabilizaba de nuevo.

Entonces supo qué era lo que debía hacer. No necesitaba ver más. Definitivamente, aquello había sido lo último. Hasta aquí había llegado. Ahora sólo necesitaba pensar cómo se desharía de él. Si aquel obstinado trasto insistía en volver una y otra vez con quien parecía ser su legítima dueña, ella misma se encargaría de encontrar la manera de acabar con aquella endemoniada relación. Probablemente lo más seguro fuese quemarlo. O podría enterrarlo bajo tierra. Cavaría una tumba en algún rincón de la finca donde trabajaba. De algún modo lograría deshacerse de él.

Se pellizcó el puente de la nariz y agachó la cabeza hasta apoyar la frente sobre el marco de la ventana. Retiró su melena hacia un lado y durante un instante, dejó que el viento le azotase en la nuca.

No volvería a la cama. Lo que quedaba de noche lo pasaría en el sofá, sin lugar a dudas despierta. Mañana la seguridad de la luz del día la acompañaría a buscar el libro hasta la habitación. Ni loca entraría allí en plena noche.

Levantó la cabeza y dirigió su mirada hacia la calle buscando, como de costumbre, los contenedores de basura. Una densa y repentina niebla que cubría casi por completo el exterior, la obligó a forzar la vista. Apenas podía distinguirlos. No recordaba haber visto jamás una niebla tan intensa como aquella.

Entonces algo se movió entre los contenedores. Algo de un tamaño bastante mayor al de cualquier animal de los que solían rondar la basura a esas horas. Forzó de nuevo la vista, esta vez asomándose cuanto pudo por la ventana. Tardó unos segundos en distinguirlo. Lo que fuese aquello pareció querer dejarse ver. Porque dio unos pasos hacia el frente, logrando emerger casi por completo de la espesura que le envolvía. Lo suficiente para que Elena pudiese distinguirlo. Asombrada, se incorporó en el acto e instintivamente posó su mano derecha sobre la boca.

Había vuelto. Leo le miraba desde donde se encontraba y lo hacía sin pudor, plantado frente a ella y vestido con una extraña e impertérrita mirada.

Elena sintió un sudor frío en su frente. No podía dejar de mirarle y no sabía qué era lo que debía sentir. Tampoco lograba entender qué hacía allí plantado. Por qué la miraba de esa manera y por qué...

Leo dio dos pasos y logró salir de la niebla. Ahora podía verle más de cerca. Podía sentir su mirada clavada sobre ella y podía distinguir con bastante claridad el resto de su cuerpo. Estaba empapado en sangre desde el cuello hasta los pies y parecía querer mostrárselo. La sangre, o tal vez aquello que llevaba

colgado en su mano izquierda. Porque de repente lo alzó en el aire y mudó la expresión de su rostro por una fea sonrisa. Una que transformó su cara, convirtiéndola en la máscara de alguna clase de monstruo.

Aterrorizada trató de cerrar cuanto antes la ventana, cuando reparó en el objeto que le mostraba. Era un vestido de niña. Un vestido de Paula. Era el vestido que llevaba aquella noche su hija.

Elena gritó tanto que su grito rompió el aire. Rompió su garganta y despertó en su cama. Abrió los ojos y buscó la luz de la mesita, arañando la oscuridad que la envolvía. Se sentó sobre la cama y lloró aterrorizada, cubriéndose el rostro con ambas manos. Luego apartó lentamente las manos de su cara y buscó con la mirada la superficie de la mesita de noche. Sobre ella descansaba la misma fea lámpara de siempre. Giró la cabeza y miró hacia el armario. Estaba cerrado. Todo estaba en su sitio. Todo había sido un sueño. Un feo y espeluznante sueño.

16. COSAS RARAS

Todo cambia de color con la luz del sol. El amanecer se viste de domingo cuando el cielo despierta ataviado con su traje azul de gala. Es entonces cuando todo vuelve a su sitio, a ese lugar donde creemos que las cosas son reales. Los monstruos regresan al armario de donde salieron para transformarse de nuevo en calcetines y sujetadores, o en calzoncillos y cinturones, o en condones y calendarios de mujeres desnudas. El contenido varía dependiendo del armario de cada uno. Se disfrazan de realidad, o de lo que cada uno decide que es real. Doblamos las pesadillas como si fuesen camisetas viejas y las guardamos en el cajón de las cosas sin importancia. El cajón olvidado de la noche pasada. Aquel donde suponemos, nada fue verdad. Nada salvo que más tarde, en algún momento del día, algo que despertó siendo nimio e intrascendente, de repente adquiere la fuerza necesaria para lograr sacar de nuevo a los monstruos del armario...a plena luz del día.

Sábado por la mañana, diez y cuarto.

Sobre el mármol de la cocina se extendían de manera desordenada los restos de la noche pasada. Cualquiera concluiría que allí habían cenado varias personas. Cualquiera querría salir corriendo en dirección contraria. Carmen esperaba que hubiese valido la pena, que su teléfono demorase tanto como para cederle algo a la intuición. Una noche de pasión, por ejemplo. Sin entrar en detalles que luego a uno siempre se le queda corto. Unos cuantos besos de tornillo en el portal saciarían su sed de buenas noticias. Un par de caricias, un “¿quieres que suba?”, tal vez sin subir, algún mordisco descuidado en la oreja bastaría para hacerle más digerible la mañana que le esperaba. “Fantasía en exceso. Frena Carmen, que nos conocemos”.

Rafa y las niñas dormían. Ella se había hartado de observar durante más de una hora el lento peregrinar de un bicho por el techo de su habitación y ahora miraba la cafetera sin verla. El gorgoteo del café la despertaría de su soñar despierta. Mientras tanto, rodeada de platos aguardando un heroico estropajo, se deleitaba en las mieles de su fantasía y sonreía sin sonreír con los ojos. La cafetera se puso nerviosa y explotó como lo hubiese hecho cualquier hombre de haber estado en su lugar.

Desayunó sin prisa. El café quemó dulcemente su garganta y como un caballero quijotesco, suavemente y de la mano, la acompañó de nuevo a la realidad. Entonces parpadeó un par de veces, como si hubiese despertado sentada en el mismo taburete en el que ahora se encontraba. La realidad seguía

siendo maravillosa. Desordenada y colmada de cacharros por fregar, pero maravillosa.

Arrancaba frente a ella una historia de amor. Una semilla, un cigoto, una larva, el prólogo de aquello que nos hace vivos. El atontamiento que aflora en los albores de la pasión, la chispa de la vida... Los platos la miraban aburridos, y con las mismas ganas de limpiar que de abandonar aquella media sonrisa con la que había amanecido, se puso a recoger la cocina.

Cargó el lavavajillas hasta los topes y miró la hora. Las once y veinte. Elena acostumbraba a venir sobre las diez y media para recoger a Paula cuando la pequeña se quedaba a dormir. Y entonces su ilusoria fantasía se le hizo realidad de manera irremediable. De la forma más tonta. Atando el único cabo que andaba suelto: eran más de las diez y media y su amiga no había dado señales de vida. Aquella noche alguien había trasnochado y desde luego, Carmen y su marido no habían sido. Aunque Rafa se hubiese levantado un par de veces para ver a las niñas, eso no contaba. No había más que añadir, la sentencia estaba echada y era categórica. Leni había mojado.

La mañana envejecía y su teoría se reafirmaba junto a ella. De hecho tuvo tiempo de recoger y limpiar toda la cocina, ducharse y preparar el almuerzo para todos. Cuando Elena apareció no quedaban ni camas por hacer, ni suelos que barrer. La familia al completo se preparaba para dar un paseo por la playa.

Paula corrió a saludar a mamá cuando ésta entró por la puerta. Parecía cansada. ¡Bien! Pensó Carmen, que intercambió una sonrisa cómplice con su marido. Colgó el bolso en la percha del recibidor y caminó hasta el sofá, se sentó y miró a su pequeña, que se había sentado junto a ella.

- ¿Cómo has pasado la noche, mico? - acarició su pelo.

- Durmiendo. - respondió la pequeña. - Ahora nos vamos a la playa, pero sin bañarnos, porque no hace tiempo de baño, ¿a que no tío?

- Exacto- contestó Rafa y continuó- pero primero mamá va a tomar un café en la cocina. Tiene pinta de necesitar una buena dosis de cafeína- bromeó.

- Ya he desayunado- aclaró Elena en un tono que rozaba el aburrimiento.

- No te creo- Carmen le disparó un dardo amenazador con la mirada. Uno que ella ignoró, puede que a propósito.

- Pues créetelo- insistió.

- Eso quisiera- su amiga estiró las palabras y apretó los dientes.

Lo mismo de siempre. Nada acerca del pasado ni tampoco del presente. Dos metros de hormigón armado por los cuatro costados. Kilómetro y medio de cinta adhesiva cubriendo su boca. Elena enmudecía cuando el asunto iba de hablar sobre sí misma. Y si no fuese porque Carmen había preparado su magnum nueve milímetros, de nuevo hoy se saldría con la suya. Desenfundó su arma, la miró

como se mira a quien se pretende quitar la vida y caminó decidida hasta el sofá. Se plantó frente a ella, alzó el dedo índice y le habló como Clint Eastwood en *La muerte tenía un precio*.

- Mueve el culo hacia la cocina ahora mismo si no quieres que te lleve de una oreja.

Acto seguido se dirigió hacia Paula, que la miraba con cara de susto y cambió el tono. Esta vez habló como la mamá de Bambi en *Bambi*.

- Mamá y yo tenemos que hablar de cosas de mayores. Vosotras subid al cuarto y luego nos iremos todos juntos, ¿de acuerdo?

La niña obedeció sin rechistar. No estaba segura de poder interpretar el tono con el que su tía acababa de dirigirse a su madre y no se quedaría para averiguarlo. Aún quedaba mucho por jugar en la habitación de Valeria.

A Elena no le quedó otra que hacer lo mismo, obedecer sin rechistar. A regañadientes se levantó del sofá y caminó delante del dedo con el que Carmen le señalaba el rumbo a seguir. Descartó escapar o evaporarse. Valoró correr hacia la cocina y saltar por la ventana, pero recordó que nadie le había enseñado a volar y también lo descartó. Así es que, acorralada y amenazada por una amiga que parecía haber crecido unos cuantos metros a lo largo y ancho, enfiló perezosa y con desgana el camino hacia la cocina.

No quería hablar. No le apetecía contar que todo había salido mal, una vez más. Que había hecho el ridículo, una vez más. Que la había cagado, una vez más. Que una vez más, algo le decía que siempre sería así. Ridícula, penosa, inferior a todo el mundo. A cualquiera que pasara por su lado. Que probablemente Alex no quisiera volver a saber de ella. Que de nuevo se había comportado como una idiota. Que se arrepentía de haberlo intentado, que Alex no era Leo y que había soñado con él. No con Alex, sino con Leo. Que no fue un sueño, sino una pesadilla. Que sentía muchísimo haberla defraudado, una vez más. Que aquella mañana se arrepentía de haber nacido, y que todo pasaría, eso ya lo sabía. Pero que hoy no. Hoy no pasaría, y puede que mañana tampoco. Que tendría que sentirse mal hasta que cualquier otra cosa ocupase el lugar de su actual estado de ánimo. Y que cuando cualquier otra cosa sucediese, su estado de ánimo mutaría y se transformaría en, por ejemplo pena, miedo, resentimiento o puede que arrepentimiento. No, no quería hablar.

Pero que Elena tuviese o no ganas de hablar a Carmen se la traía al fresco. Y cargada de razón hasta las cejas se lo sacaría todo, aunque tuviese que quemar su piel con un hierro incandescente. Porque esto no formaba parte de su pasado. Esto le pertenecía al menos en un trozo. Ese que había cocinado con tanto cariño sólo para ella, para que se conociesen, para que pudiesen hablar los dos a solas, para que ella tuviese si quiera una pequeña oportunidad.

Aceptó de mala gana tomar un café con leche. Bebió en silencio mientras Carmen y Rafa la observaban atentamente, ambos frente a ella. Él sentado y ella de pie, apoyada sobre la superficie de la isla central. Y entonces habló...no le quedó otra.

- Anoche todo salió mal. Bueno, todo no. Alex es un encanto, de verdad, pero yo no sé cómo funciona esto, Carmen. Te juro que lo intenté. Charlamos, me acompañó hasta casa y luego no supe qué hacer. Me despedí y me fui. Y ya está. No hay nada más que contar, eso es todo.

Cuando acabó sintió que su cabeza estaba más cerca del suelo que de ninguna otra parte y quiso poder esconderla bajo tierra.

- No logro ver cuál es la parte en la que todo salió mal, y mira que te has explayado de lo lindo. Será que como lo has contado con tanto detalle, me habré perdido.

- Sí- añadió Rafa- yo no me veo asimilando tanta información. ¿Y si lo esquematizamos?

- Yo no le encuentro la gracia.

- Pues se la buscamos- la interrumpió Carmen. - Tú intenta concretar un poquito más y seguro que entre todos encontramos algo que nos haga sonreír.

No lo encontrarían, Elena lo sabía. Lo supo porque la simple idea de imaginarse a sí misma narrando su última aventura nocturna, aceleraba su pulso y ruborizaba su piel. Por eso, cuando terminó de narrar el vergonzoso episodio de las llaves y miró a sus amigos, tuvo la certeza de que allí nadie se reiría.

Se equivocó de pleno. Rafa y su mujer tardaron el tiempo justo que emplearon en intentar no reírse, en explorar a reír. Y Elena pensó “serán hijos de puta...” y luego pensó que tal vez sí era para reírse. Entonces ella también rio.

Luego llegaron las conclusiones. Fue muy fácil porque estaba demasiado claro que era pronto para sacar alguna. La pregunta era otra. ¿A ella le había gustado él? La respuesta era “creo que sí”. Suficiente. Para el resto sólo había un camino, el de la espera. Aguardar a que Alex moviese ficha, si esperaría mucho hasta asomar la cabeza y si lo hacía, por dónde lo haría. Y si no lo hacía, alguien se ocuparía de hacer que lo hiciese. Carmen pensó “le doy dos días”. Si para el lunes continuaba desaparecido, ella misma le llamaría. Si estimaba en algo su vida, de esto ni una palabra a Elena.

A mediados del mes de octubre de aquel año, el agua del mar aún era rentable para quienes sufren del espantoso arraigo al verano. Cuando aquellos que aceptan el final del período estival se limitan a pasear o correr por la arena, o se sientan vestidos frente a su finita eternidad, ellos toman el sol en traje de baño. Los más valientes, o los más aquejados del propio mal, incluso se

aventuran a nadar. Se les distingue por su perenne piel de gallina y sus puntiagudos pezones. Pero el mar es de todos y cada cual es dueño de sufrir su mal como le plazca. El problema aparece cuando uno tiene que explicarle a un niño que no puede bañarse con la playa salpicada de arraigados al verano. Es como ponerles delante un plato lleno de chuches y decirles que no pueden comer. “Si están ahí, ¿por qué no puedo?” “Si no puedo, ¿por qué están ahí?” “¿Para que las fabrican entonces si no puedo comerlas?” “No tengo caries”, “si de todas formas me vas a llevar al dentista...” “una sólo porfi...” “prometo lavarme los dientes” y así hasta que alguien dice aquello de “¡porque lo digo yo y punto!”. Entonces se termina el cuento de las chuches o del baño que no procede y le toca el turno al temido llanto. Ese insoportable e incesante llanto que puede hacer que uno desee agarrar a su hijo en volandas y lanzarlo a cien metros de la costa mar adentro, irse a comer y volver a buscarle después de la siesta.

Carmen, Elena y Rafa empezaban a barajar esa posibilidad. Aunque también sería efectivo patear a los bañistas. Después de media hora aguantando las insoportables súplicas de las niñas, cualquier cosa sería posible.

Y aquel apacible paseo junto al mar no tuvo lugar. No hasta que una encantadora gaviota, cual ángel caído del cielo, en su curso por alzar el vuelo, viró su trayectoria y pasó rozando la cabeza de Rafa, provocando el cese inmediato y definitivo del llanto de las pequeñas, que echaron a correr tras ella gritando de emoción. Una simple ave carroñera y aquí no había pasado nada.

Caminaron en silencio durante un buen rato observando a las niñas trotar por la orilla. Luego Rafa bostezó y Carmen habló.

- ¿Por qué has venido tan tarde? - preguntó a Elena.

- Me costó mucho conciliar el sueño. - Elena suspiró- No estoy acostumbrada a dormir sin Paula y no me puse el despertador.

- Tu sueño no conciliador provocó un desbarajuste en mi imaginación. - se quejó Carmen.

Elena sonrió, sabía a qué se refería. Carmen no tenía la culpa de su última pesadilla. Nadie la tenía. O puede que sí. Si Leo no hubiese aparecido, nunca hubiese soñado con él. Aquel mal sueño no era sino su propia conciencia castigándola una vez más. “No pienses en quien no debes”.

- No volverá a ocurrir- se disculpó.

- ¿Eres tonta? - protestó Carmen.

- ¿Cómo han dormido? ¿Se portaron bien?

- Fenomenal.

- Fenomenal has dormido tú- objetó Rafa- que no tuviste que levantarte tres veces.

Las dos mujeres miraron a Rafa y éste continuó hablando. - Paula tuvo pesadillas- aclaró.

Elena alzó las cejas antes de responder.

- Vaya...sí que estamos conectadas...- habló más para sí misma.

- ¿Tuviste una pesadilla? - la interrumpió Carmen.

- De las gordas- su piel se erizó al recordar.

A Rafa le resultó gracioso a la vez que curioso. Sonrió.

- Mira que si habéis soñado lo mismo...- bromeó.

- Estaría bueno.

- ¿Quién es Lucas? - comentó Rafa de pasada, sin apenas darle importancia.

De hecho ni siquiera se detuvo. La miró un segundo y continuó mirando al frente.

Elena detuvo su andar de forma inesperada. Al cabo de unos pasos ambos acompañantes la imitaron. Permaneció unos segundos con una expresión de absurdo interrogante en su rostro mientras Rafa y Carmen la observaban curiosos.

- ¿Qué ocurre, Leni? - preguntó Carmen.

- ¿Por qué me has preguntado eso, Rafa?

- ¿Por qué te asustas? - respondió éste.

- Contesta a mi pregunta.

- Paula gritaba ese nombre en sueños- Rafa entornó los ojos y miró a Elena detenidamente. - Pensé que sería un compañero del colegio. No le di importancia. Pero veo que la tiene – concluyó tras observar cómo el semblante de Elena palidecía gradualmente.

Elena se llevó la mano izquierda hasta la sien. Visualizó la puerta de un armario imaginario frente a ella. Temblaba. Alguien forcejeaba empujando desde dentro. Era el monstruo de la noche anterior. Un nombre escrito en mayúsculas, con sangre. LUCAS.

Nadie se atrevió a preguntar. Lucas formaba parte de su insondable y hermético pasado, no cabía duda. Pero lo que para Rafa había sido un episodio de lo más cotidiano en la vida de un niño, de repente se dio la vuelta. Elena había reaccionado al escuchar ese nombre. Para bien o para mal, Lucas significaba algo. Ella le conocía y todo apuntaba a que la niña también.

Pero dejarlo pasar no sería correcto. No para Rafa. Y aquello no tenía por qué significar que nadie trataba de inmiscuirse en su vida. Ella era libre de responder. Siempre lo había sido y su silencio jamás fue un impedimento para que su amistad siguiese funcionando como siempre lo había hecho. Puede que ese tal Lucas fuese alguien importante. Alguien a quien Elena debía recordar por algún motivo, o alguien a quien por ese mismo motivo, desease olvidar para

siempre. O puede que aquel desconocido tuviese mucho que ver...podría ser el padre. Era inevitable plantearse aquella pregunta.

Nadie quiso hablar y alguien tenía que hacerlo. Carmen y su infinita curiosidad parecían bloquearse cuando la vida de Elena trataba de hablar en voz alta. Del mismo modo que lo hizo aquella tarde en el parque cuando le confesó que Paula no tenía padre. De haber insistido un poco puede que ella hubiese hablado al fin. Tal vez era eso lo que quería. Puede que necesitase ese empujoncito que Carmen no estaba segura de querer darle. ¿Y si no era bueno destapar su pasado? ¿Y si le hacía daño? Por algún motivo lo habría estado esquivando durante tanto tiempo. No se atrevió. Carmen no pudo...pero Rafa sí.

- ¿Por qué te preocupa tanto ese tal Lucas?

Elena no respondió. En lugar de hacerlo retomó el paseo lentamente sin abandonar aquella expresión, ni el color pálido de su semblante. Miraba hacia la nada y parecía estrujarse los sesos. Sus ojos se entrecerraban cada pocos segundos, como si luchase contra algún pensamiento, como si tratase de encajar un puzle imaginario.

Sus acompañantes se acoplaron a su caminar, atentos a sus reacciones. Rafa insistió.

- Elena, necesito que me digas a quien pertenece ese nombre o empezaré a preocuparme por la niña. - intentó que su tono de voz sonase autoritario.

- No...no sé...- divagó. Continuaba encajando piezas.

- Si ocurre algo malo necesito saberlo. - sentenció. - Necesito saber que las niñas no corren peligro- insistió una vez más.

Elena se detuvo de nuevo y miró a Rafa por primera vez, aturdida.

- ¿Las niñas? ¿Por qué dices eso?

- No lo sé, maldita sea. No sé qué pensar. Todo esto me da muy mala espina. No tienes que darme detalles si no quieres, sólo quiero saber si tengo que preocuparme. Eso es todo.

- No tienes que preocuparte por nada. ¿Estás seguro que dijo ese nombre?

- Completamente. Lo nombró varias veces.

- ¿Conoces tú alguien que se llame así? - preguntó al fin.

- ¿Yo? - Rafa abrió los ojos atónito. Una pregunta así era lo último que esperaba oír. - Pues no, no conozco a nadie que se llame así. Se supone que eres tú quien conoce a alguien que se llama así. Tú y tu hija. O eso parece.

- Yo no conozco a nadie con ese nombre- volvió a mirar a Rafa. Esta vez parecía esperar algo de él. Una respuesta que le arrancase de encima el miedo que mordía su piel.

- Vaya- Rafa se relajó. - Entonces no es más que un nombre. No veo por qué te has puesto tan nerviosa. Lucas debe ser un niño del colegio, puede que

alguien que no le cae bien a la pequeña.

Elena tragó saliva, angustiada. Le sudaban las manos. Se las frotó y retomó el paso. Carmen seguía muda. Algo ocurría. La cosa no era tan sencilla, podía verlo en su cara, en sus gestos, en su respiración.

- Yo también soñé con Lucas. - confesó al fin con un hilo de voz.

Ahora fue Rafa quien detuvo de súbito sus pasos.

- ¿Me estás diciendo que anoche la niña y tú soñasteis con la misma persona y que ninguna de las dos le conocéis?

- Te estoy diciendo que anoche mi hija y yo tuvimos una pesadilla, que las dos soñamos con la misma persona y que a las dos nos dio miedo esa persona. Un desconocido.

El silencio les envolvió durante un largo minuto.

- ¿Aún tienes el libro? - preguntó Rafa al fin.

- Claro, qué remedio...

Rafa deslizó la mano por su cabeza, desde la nuca hasta la frente. Cuando llegó al flequillo tiró de él suavemente.

- No me gusta ese libro- confesó. - Nunca me ha gustado.

- ¿Crees que todo esto tiene algo que ver con ese trasto? -

Carmen habló por fin. Su voz adquirió un ligero matiz trémulo.

- No lo sé. Trato de relacionar los hechos.

- A mí tampoco me gusta, pero no sé qué puedo hacer... Rafa- volvió su cuerpo hacia él. - Están pasando cosas muy raras- suplicó con la mirada.

- Sí- divagó un instante mientras se rascaba la barbilla.

- Me refiero a cosas muy raras de verdad, de esas que salen por la tele y que nadie se las cree. ¿Tú no lo crees?

- No lo averiguaremos, - declaró tajante - de ese libro me encargo yo a partir de ahora.

- Creo que empiezo a tener miedo- confesó aturdida.

Carmen la abrazó con fuerza. Elena se lo permitió. Apoyó la cabeza en el hombro de su amiga y por primera vez se dejó consolar. ¿Por qué la vida no la dejaba tranquila de una vez? ¿No había tenido ya bastante? ¿Por qué metía a la niña en esto? ¿Qué coño era “esto”? ¿Por qué Leo quería que su hija tuviese aquel maldito libro? Debería haberle pedido explicaciones cuando pudo hacerlo. Debería haberle devuelto de nuevo ese trasto antes de que desapareciese.

Pero Rafa estaba con ella. No permitiría que nada les hiciese daño, de eso estaba segura. Él se encargaría de solucionarlo. Destrozaría ese trasto y mandaría sus pesadillas a las islas Fiji. Suponiendo por supuesto, que todo estuviese conectado entre sí de alguna manera. Suponiendo que ese Lucas tuviese algo que ver con el libro. Suponiendo que sus suposiciones tuviesen sentido, que las cosas

raras gozasen de un lazo de consanguinidad que las uniese de algún modo, que les permitiese poder exiliar a toda la familia junto con papá libro.

Durante un espacio de tiempo bastante más corto de lo que a Carmen le hubiese gustado, Elena sollozó cobijada bajo su cálido abrazo. Luego se retiró y de nuevo se enfrentó a la prudente mirada de Rafa.

- ¿Y si Paula sabe quién es ese Lucas? - se secó un par de lágrimas que resbalaban por su mejilla.

Rafa sopesó aquella posibilidad y sin esperar a que alguien abriese un nuevo debate, giró en redondo y buscó a las niñas, que jugaban con la arena junto al agua. Puede que más cerca de lo que se les hubiese permitido en cualquier otro momento.

- ¡Paula! - gritó.

Las pequeñas levantaron sus cabezas al unísono como dos polluelos respondiendo a la llamada de mamá pájaro. Rafa hizo gestos con la mano, invitándolas a acercarse. Ambas acudieron revoloteando. Elena y Carmen permanecieron quietas y calladas cuando las niñas les alcanzaron.

- ¿Recuerdas a ese amigo nuestro que se llamaba Lucas? -les preguntó con absoluta naturalidad.

- No- respondió la pequeña.

- Yo tampoco- añadió Valeria.

- ¿No conocéis a nadie que se llame Lucas?

Las niñas volvieron a negar rotundamente.

- Vaya...- se rascó el mentón de manera graciosa. - Pues yo pensaba que sí.

- Yo conozco a Luis- se le ocurrió a Paula de repente.

- ¡Yo también! - se apresuró su amiga. - Es uno que viene a clase.

- Y siempre está llorando.

- Todo el rato.

- Esther también llora todo el rato- apuntó Paula.

- Y Sara- añadió Valeria.

- Pero Sara no llora tanto como Luis.

- Pero llora cuando riñe con Manuel.

- Porque Manuel siempre le chincha.

- A mí también me chincha y yo no lloro.

- A veces sí que lloras.

- Pero poco. Casi no lloro nunca.

- Yo menos.

- Pero te sales cuando pintas.

- Yo no me salgo. ¡Te saldrás tú!

Uy, uy, uy...la cosa se ponía fea. Definitivamente, ese tal Lucas iba a traer

cola si alguien no tomaba cartas en el asunto. Rafa se interpuso entre las dos pequeñas atajando aquella más que probable ofensiva.

- Hoy vamos a comer tarta de postre. Bueno, no. No creo que queráis tarta...mejor comemos brócoli.

Las niñas protestaron gritando a su alrededor y Rafa se las llevó en volandas a correr por la arena de la playa, amenazándolas con tirarlas vestidas al agua.

Elena y Carmen se sentaron frente al mar. Un buen rato en silencio buceando entre extraños pensamientos. La brisa marina acarició sus rostros y Elena cerró los ojos tratando de encontrar un espacio en blanco en algún rincón de su mente. Uno donde poder tenderse a descansar tan sólo un instante. No lo halló. En su lugar se topó con una nueva cuestión.

- Necesito saber si Paula y yo hemos soñado lo mismo. Carmen dejó de mirar al frente para observar a su amiga.

- Pienso lo mismo que tú, Leni, pero no veo a dónde te llevaría averiguarlo. No creo que sirviese de nada. Si le sacas el tema sólo conseguirás asustarla.

- No sé si podré quitármelo de la cabeza.

- A veces ocurren cosas raras, cosas inexplicables. Y a veces es mejor dejarlas como están. Recordarlas como una curiosa anécdota y guardarlas para contarlas de vez en cuando. Simplemente.

Elena suspiró y cogió un puñado de arena, la aplastó y la dejó caer entre sus dedos.

- Supongo que tienes razón, pero es que...- apretó los labios y miró a Carmen, angustiada. - Yo no conozco a ningún Lucas. Ya sé que puedes pensar que es alguien de quien no te he hablado, alguien que no quiero recordar o que hace tiempo que desapareció de mi vida, pero no es así. No recuerdo a nadie con ese nombre y si fuese así, Paula no sabría nada de alguien que forma parte de mi pasado. Que dos personas sueñen lo mismo puede resultar anecdótico, pero que las dos soñemos con el mismo hombre y que en ambos casos el sueño sea una pesadilla...

- Lo sé, cariño...- Carmen trató de tranquilizar a su amiga. -Es mucho más que una anécdota, es algo demasiado extraño. Pero en un par de días todo habrá pasado. Rafa se deshará del libro y tú te olvidarás. Déjalo correr, Leni. Estas cosas es mejor tratar de olvidarlas.

Un nuevo soplo de brisa marina sacudió suavemente un mechón de pelo que caía descuidado sobre el rostro de Elena. Pestañeó lentamente y permaneció mirando el mar. Carmen la imitó y ambas guardaron silencio. El agua salada acarició apacible e incesante la arena que sólo suya era, y el tiempo se perdió

entre las olas sin nada más que decir. Con tanto por pensar y tan poco por comprender.

No esperaron ni un día más. Esa misma noche Rafa las acompañó a casa y marchó con el misterioso libro bajo el brazo. La pequeña Paula no supo de sus intenciones. Aguardaron el momento en el que la niña entrase a dar las buenas noches a sus vecinas y sustrajeron el objeto a hurtadillas, como dos furtivos ladronzuelos.

Más tarde, cuando madre e hija charlaban metidas ya en la cama, Elena tuvo ganas de preguntarle por su sueño de la noche pasada. Dudó un par de veces y finalmente lo dejó correr. Puede que Carmen tuviese razón. Mejor olvidarse del tema. Aquello pasaría de largo como tantas otras cosas... seguro.

Rafa no regresó a casa hasta que no se hubo deshecho del libro. Si algo tenía claro es que aquello no permanecería ni por un segundo bajo su techo.

Callejeó sujetando la bolsa que lo almacenaba durante más de media hora, mientras buscaba la manera más eficaz de hacerlo desaparecer para siempre. La suerte quiso echarle una mano y al doblar una esquina vio aparecer el camión de la basura. Perfecto. Se aproximó hasta el contenedor al que se dirigía el vehículo y metió la bolsa en su interior justo antes de que un tipo delgado y con cara de no tener muchas ganas de trabajar, se apeaba de la parte trasera para enganchar los aparejos al camión. Aguardó hasta que finalizó el ritual de vaciado y marchó junto a su familia, un poquito más tranquilo.

17. LA FACTURA

Despertó con la sensación de haber dormido más de la cuenta. Alzó la muñeca izquierda y miró su reloj, el que le regalase Alba en uno de sus últimos e inútiles intentos por recomponer su triturada relación. No había querido deshacerse de él. No sabía por qué. Los hombres no suelen detenerse a reflexionar sobre esas cosas, lo llevaba y punto. Era cómodo, bonito y marcaba la hora. Recién separados, a veces al mirarlo no podía evitar acordarse de ella. Pero entonces no le hacía daño y ahora ya se había acostumbrado a llevarlo. Así de simple.

Las diez menos cuarto. Definitivamente la noche le había salido rentable, pues debían ser pasadas las seis de la mañana cuando cerró los ojos. Había caído redondo y el sueño se ocupó de repararlo por completo.

Inspiró profundamente mientras se rascaba los ojos y giró la cabeza hacia su derecha. Una mujer desnuda se escondía bajo las sábanas de su cama. Oh no...Ana. ¿Por qué ella? Bonito culo, bonitas piernas, bonitas tetas. Ahora tocaba desayunar juntos y buscar la manera más educada de quitársela de encima. Pensar con el glande le salía caro. Hoy no tenía ganas de aguantar su estridente y aplastante conversación. Anoche sí, claro, pero ese era el precio que ella le había impuesto. O pagabas o rascabas la pared. Había pagado lo consumido y cobrar una nueva tasa se le venía encima lo mismo que si fuese una estafa. Esa mujer era una usurera y su marido la estaría esperando. Supuestamente. Nunca preguntaba qué excusas empleaban a la hora de pasar la noche fuera. Ni a ella ni a Elisa, la ejecutiva independiente y morbosa de la que pretendió echar mano hacía unas horas y que encontró ese fin de semana en un congreso de ortopedas en Murcia.

Con Elisa la cosa funcionaba de otra manera. Ella lo tenía muy claro y se lo hacía saber. Ni le agobiaba ni esperaba que él lo hiciese. Ana era bien distinta. Su matrimonio estaba tan muerto como una cucaracha aplastada en un cubo de basura. Como consecuencia andaba buscando una alternativa a lo que se le venía encima, una más que probable e inminente ruptura.

Ambas amantes casadas, para su tranquilidad. Aunque probablemente lo de Ana tendría que finiquitarlo en breve. No tenía ganas de hacerla llorar. Nunca le había atraído la idea de ver llorar a una mujer, ni siquiera a una que gustaba de martillar sus tímpanos con cada conversación, mucho menos por su culpa. Y bastantes lágrimas le habían caído encima cuando decidió dejar a Alba. La que había sido de él, la mujer de su vida. Aquella a la que quiso con el corazón, con la cabeza y con el glande durante muchos años. Pero ella le engañó una vez y no

se le ocurrió otra cosa que sincerarse con él. ¡Vaya una idea estúpida! ¿Qué fue de aquello de “ojos que no ven, corazón que no siente”? Joder, para algo se inventaron los refranes.

Y con eso no pudo. Y no fue por falta de intentos. Hasta que se dio cuenta de que ya no lo intentaba por amor. Al principio sí. Después ya no tanto y finalmente, lo hacía por costumbre. Porque durante mucho tiempo creyó querer hacerlo. Lo cierto es que dejó de amarla. Cabeza, corazón y glande dejaron de verla. Se olvidaron para siempre de ella y redujeron a la nada el nombre de quien gastó balas y dinero en un bonito reloj.

Ahora resulta que se había convertido en uno de esos solteros de oro. O tal vez de plata. Su cuenta bancaria no le alcanzaba para subir al podio. Sería por lo de que, cuando uno se separa, empieza a cuidarse. Y eso era bien cierto. Se había quitado seis kilitos que le sobaban y había dejado de fumar. Dieta equilibrada y vida sana. Aceptaba agradecido todo el sexo que se le ofrecía y su autoestima creció como un bizcocho cocinado con demasiada levadura.

Y luego estaba Elena. La curiosa y aparentemente enigmática mujer que conoció anoche. La que dejó en su portal con una especie de ataque de nervios, cinco minutos antes de llamar a Elisa y diez minutos antes de hacer lo propio con Ana. Un personaje entrañable, físicamente pasable y de fácil conversación. Pero puede que nada más. No era mujer de revolcón fácil. Probablemente tampoco del difícil.

Pero Rafa y Carmen se habían empeñado tanto en presentarlos que no pudo negarse. Tan grato fue para él el reencuentro que les hubiese dado cualquier cosa que le pidiesen. Rafa, joder...qué gran amigo. Y ella...la guapa de Carmen, la mujer a la que todos amaron. Definitivamente, pasar de los veinte le había sentado de maravilla. Si eso fuese posible, diría que estaba aún más guapa que hacía unos años.

Pese a todo fue Alba quien se adueñó de su corazón. Mucho mejor que quedar enganchado a la guapa del barrio. Mejor que pretender unirse a la larga cola. Que vete tú a saber hasta dónde llegaba. Encontrar el final y preguntar aquello de “quién es el último”, total para luego terminar comiéndose uno los mocos.

No fue así. Fue mucho más sencillo. Con Alba se enrolló una noche de esas de borrachera. De esas que al día siguiente uno no recuerda con demasiada claridad si aquello estuvo genial o si terminó la cosa antes de empezar. Seguramente fue lo primero. Porque repitieron muchas veces y durante mucho tiempo. Luego lo normal, boda, luna de miel, peleas, reconciliaciones, peleas gordas, más peleas y más reconciliaciones. En definitiva, un matrimonio de lo más común, pero con amor de por medio. Si hubiesen tenido un niño se hubiese

llamado Yeray. Si era niña lo mismo. Resulta que el susodicho nombre sirve tanto para hembra como para varón. Pero la prole nunca llegó. Y eso tampoco fue, ni por falta de ganas ni por falta de intentos. No llegó. Sin más. Lo cual fue de agradecer a la hora de la separación. Mucho más fácil así... dónde va a parar. Y pese a que pasó lo suyo cuando tomó la difícil decisión de separarse de ella, ahora todo había pasado. Abandonó la ira en el mismo lugar donde explotó y marchó con lo puesto sin mirar atrás. Regresó a su piso de soltero y se dedicó en cuerpo y alma a transformarse en un auténtico single. Un par de meses más tarde, Alba formaba parte de sus recuerdos como lo que fue. La más bonita y sin duda, última historia de amor que tendría.

Lo cierto era que la velada de la noche anterior estuvo genial. Incluso el paseo con la chica de los nervios tuvo su punto. Recapitó de nuevo. Definitivamente no estuvo mal. Definitivamente hubiese preferido pasar la noche con aquella entrañable mujer. Definitivamente no lo haría. Era demasiado amiga de sus amigos para jugar a ningún juego con ella. Ni quería nada serio, ni se plantearía enredarla con escarceos. Así es que borró de su cabeza la idea de pedir a Carmen su número de teléfono y se levantó de la cama, se puso los calzoncillos y encaminó sus pasos en dirección a la cocina. Pero una voz acudió a sus oídos frenando repentinamente su andar.

- Buenos días. Se me ocurre que podríamos dar un bonito paseo por la playa. Hace muy buen día. ¿Tú qué piensas?

Alex se detuvo sin mirar atrás y levantó cejas y mirada hacia el techo. Ahora tocaba pagar.

18. LIMA-LIMÓN-AZULADO

Lo primero y más importante del lunes siguiente no fue mirar por la ventana en busca de extraños conocidos junto a los contenedores de basura, ni rebuscar por toda la casa con el fin de cerciorarse de que aquel maldito libro no había vuelto de entre los muertos con sus invisibles y socarronas patitas, ni siquiera cuando la pequeña Paula pidió explicaciones a su madre. Lo más importante no fue pensar en el soltero fantástico que la acompañó a casa el viernes por la noche y del que esa misma mañana (dos días más tarde) aún no sabía nada. Ni aquella horrible pesadilla que compartiese con su hija. Aquella que la hacía estremecer cuando, como siempre que uno no quiere pensar en algo, era lo primero que acudía a su mente. Tampoco lo fue su sueldo súper menguante, ni los cotidianos cien metros lisos de su tan habitual carrera matutina por llegar al cole antes de que éste cerrase sus puertas.

Ahora sólo importaba la expresión del hombre que ocupaba el asiento del copiloto junto a Elena en su Ford Fiesta. La expresión de un hombre feliz y tranquilo pero amedrentado en inquieto. Enfadado y derrotado, triunfante y a la espera de una respuesta que podría marcar un colosal punto y final a demasiadas cosas.

Ismael empujaba una media sonrisa en un semblante que pretendía ser para ella un ancla donde poder aferrarse. Uno que ofreciese a su compañera cobijo para lo que bien podría avvicinarse. Feliz y tranquilo porque junto a él, recostado sobre el asiento trasero, viajaba su fiel amigo, de vuelta a lo que debería haber sido su hogar. Amedrentado e inquieto por lo que se le venía encima. Enfadado con cuantos obstáculos se dibujaban al mirar hacia un incierto y cercano futuro, y derrotado de tanto pensar. Triunfante al saborear de nuevo la agradable cercanía de Gigante y a la espera de una respuesta. La que con un “sí” lo compondría todo y con un “no” ...con un “no” todo volvería a empezar. Empezar de nuevo. A su edad ya no se merecía tener que empezar de nuevo. Demasiado rotas se vestían ya sus manos a estas alturas. Demasiadas horas, casi tantas como los surcos que cubrían hoy su piel, trabajadas durante demasiados años, para encontrarse ahora en aquel barrio tan bajo. En un oscuro y detestable suburbio, sin otra salida más que la de agachar la cabeza. Suplicar si fuese preciso como lo haría un mendigo ante un plato de sopa caliente.

Elena podía leer su pena a través de aquella vieja y adorable tez que tantas jornadas había compartido junto a ella. Reconocía esa mirada que trataba de engañarla con su media sonrisa fingida, con mentiras piadosas. Unas pequeñas farsantes que hablaban en voz alta y decían “No pasa nada. No me importa

arrastrarme, de verdad. No pasa nada”. Como aquella vez que pintó la verja y olvidó advertir a Leonor. La doña le hizo llamar y ella no tuvo tiempo de abandonar la sala de estar antes de poder ver cómo el pobre hombre se quedaba sin argumentos. Permaneció medio agazapada en el pasillo escuchándole pedir perdón una y otra vez. Luego él salió y la encontró tratando de fingir que no había oído nada. Entonces compuso esa sonrisa, la misma que hoy le acompañaba. Esa sonrisa forzada que simulaba serenidad, como la que pone un niño cuando no quiere llorar. Dientes fuera y ojos tristes. Todo un descompás de constreñidas facciones. Y eso que en aquella época Ismael aún la trataba como a un igual. Aquella fue la primera vez que lo vio pasar por su estrecho y enmugrecido aro.

Gigante parecía tranquilo. Tranquilo y tan roto como hacía una semana. Y eso también fue digno de decepción, pues Elena esperaba encontrarlo mucho mejor. Y aunque lo estaba y bastante, no lo aparentaba. El armatoste dental, junto con aquel enorme collarín perruno que daba claustrofobia sólo de verlo, le acompañarían un mínimo de dos semanas más. Pasado ese prudencial tiempo, Carlos volvería a evaluarle y decidiría qué hacer. De momento no podría correr, ni aunque quisiera, pues aún era demasiado pronto para que sanasen sus costillas. Tampoco podía masticar. Ismael debería alimentarle como si fuese un bebé, con una papilla hecha a base de carne y cereales que olía moderadamente bien. Y luego estaba lo del ojo. Ese ya podían darlo por perdido. Lo demás se reducía a vigilarle con bastante frecuencia y hacerle caminar, siempre despacio. Intentar no alterarle, ni siquiera con juegos. Y aunque pudiese parecer cruel, era mejor para él permanecer atado cuando no estuviesen ellos cerca. El objetivo era evitar en la medida de lo posible que el animal realizase esfuerzos que dilatasen su recuperación. Pastillas camufladas en la comida, antibióticos, antiinflamatorios caninos y alguna cosilla para ahuyentar el dolor. Paciencia y cariño...mucho cariño.

Elena demoró bastante antes de apagar el motor del Fiesta. Aparcados frente a la solemne verja de la finca, ambos guardaban silencio y miraban al frente. Gigante levantó ligeramente la cabeza y buscó a sus amigos a través del espacio que quedaba entre los asientos, estornudó y volvió a recostarse de nuevo. Esa cosa de plástico que el amable señor de la bata verde le atase al cuello, le agobiaba sobremanera. Pero ya estaban en casa. Ismael se la quitaría en cuanto pusiese una pata dentro y le liberaría de aquello que oprimía su mandíbula y que sabía a rayos aliñados con meados de gato. Sólo tenía que esperar un poco más. Volvió a levantar la cabeza. ¿A qué esperaban? ¿Acaso no sabían lo incómodo del asunto? ¡Por el amor de dios! Quisiera verles a ellos con un ala delta atada al cuello.

Ismael respiró profundamente y se agarró a la manecilla de la puerta, miró a su compañera y rompió el silencio.

- Bueno... Veamos si hoy el sol se deja ver.

- El sol siempre está ahí, Ismael- Elena intentó infundir ánimos a su compañero- Y es amigo suyo, estoy segura.

No podía ser de otra manera. De hecho, y para su asquerosa desgracia, el único ser vivo del planeta que podría no ser amigo de aquel hombre era precisamente, el mismo que aguardaba paciente y anhelante a escuchar sus súplicas.

Ismael compuso por fin, aquella entrañable sonrisa que allá donde fuese, siempre le acompañaba y abrió la puerta del Fiesta. “Alabado sea Cristo” pensó Gigante.

La puerta estaba abierta. Nada nuevo, salvo que se celebrase una de sus reuniones de cartas con las vecinas del “barrio rico”. En dichas ocasiones la doña prefería cerrarlas. Como si allí se cociese algún asunto de esos de estado. El resto permanecían bajo pena de muerte, siempre abiertas. En definitiva, hacía como cuatro meses que no se cerraba una puerta en casa de doña Leonor.

Ismael golpeó discretamente aquella madera de puro roble, nacido única y exclusivamente para morir en pro del lujo y la ostentación. Como un toro de lidia. Luego aguardó prudente una respuesta, con las manos atadas a la altura del ombligo y la espalda ligeramente encorvada hacia delante. Leonor alzó repentinamente la cabeza y durante un instante, miró en todas direcciones, aturdida. El sonido de los golpes acababa de despertarla y parecía no saber dónde se encontraba.

- ¿Qué? - contestó mientras trataba de reubicarse en la Tierra.

- Buenos días, doña Leonor. ¿Se puede? - preguntó sumiso.

La mujer se incorporó y se pasó el dorso de la mano por la comisura de sus labios. Algún rastro de baba habría tratado de escapar. Acto seguido buscó en su muñeca izquierda el reloj de oro Seiko que le regalase su manso Pere, un par de años antes de abandonarla a su rica suerte, y lo alejó de su vista lo suficiente hasta conseguir alinear visión y saetas en el mismo meridiano. Entrecerró los ojos y parpadeó. Dejó caer la muñeca y buscó al fin la procedencia de aquella voz. Y allí estaba el hombre, aguardando respuesta en el linde de la puerta de la sala de estar. Ella le observó un segundo y se retrepó en su sofá. Todavía tardaría en pronunciarse, tal vez cerca de un minuto.

- ¿Dónde está Elena?

- La chica está en la cocina, doña Leonor. Le prepara a usted su almuerzo – carraspeó y avanzó tímidamente un paso hasta situarse justo a la entrada, sin sobrepasarla del todo- Me gustaría, si no le importa, hablar con usted.

La vieja sintió una ligera punzada de placer en las tripas. Ese pícaro jardinero por fin se dirigía a su ama como correspondía a los de su género. Lo suyo le había costado. El esfuerzo de apalear al chucho empezaba a dar sus frutos. Sonrió sutilmente sin dejar de mirar al frente, hacia el mismo vacío de siempre, el de la nada tras el cristal de su ventana. Después habló aburrída.

- ¿Qué quieres?

El anciano anduvo raudo a colocarse junto al amo, sin osar plantarse frente a ella hasta que la misma no le autorizase. Se detuvo detrás del sofá.

- Verá, doña Leonor...- se rascó la frente, puede que para secar una diminuta gota de sudor- Esta mañana hemos ido, la chica y yo, a recoger al perro a la clínica...

Leonor le interrumpió súbitamente.

- No pienso pagar un duro, ya te lo dije.

- No, no...la cuenta ya está pagada...- aclaró Ismael apresurado.

La doña se echó a reír. Esta gentuza gastaba su mísero sueldo en salvarse entre ellos, por eso mismo nunca serían como ella.

- ¿Entonces qué quieres? - ni pedir dinero sabía...

- Pues... el animal vamos a mandarlo con alguien que quiera tenerle. Lo que pasa es que, verá...en tan poco tiempo... fíjese, sólo una semana que ha estado en el hospital de perros, pues que no hemos tenido tiempo de encontrarle un sitio. Con el trabajo, los setos estaban para podar y las malas hierbas que, si las dejo, se nos comen la casa suya. Con que no hemos podido... todavía. Pero, si me deja usted un par o tres de semanitas...en ese tiempo, pues yo mismo me encargo de buscar por donde haga falta...fuera del horario de trabajo, por supuesto. Ya sabe usted que el trabajo es lo primero para mí...y que yo nunca le he faltado, ni soy hombre de llegar tarde a mis obligaciones... que para eso me paga usted. Pero que con eso que le digo...dos o tres semanas...digo yo que no será menester más tiempo...pues en eso yo busco y encuentro. Por no dejar al pobre animal sin alguien que quiera cuidarle...y ahora como está...pues tendría que reponerse un poco...y eso, doña Leonor.

La vieja volvió la cabeza para mirarle, no podía creer lo que acababa de oír. Aquello había sido mucho más de lo que hubiese esperado. Y jamás, en los treinta años que llevaba trabajando para ella, lo había visto de aquella guisa, con la barbilla tan baja, casi tartamudeando y sudando como un cerdo. Su Pere no lo habría consentido. Con ningún trabajador, cuanto menos con aquel hombre que era tan excelente jardinero como persona. Pero el soso y traidor de su marido ya no estaba, se había ido para dejarla sola y rodeada de un montón de inmundicia. Don Pere de Grinyols nunca vería ni aquello, ni las largas ausencias de sus hijos. Mucho mejor para él aquel eterno descanso.

- En la perrera cuidarán de él, para eso están- de nuevo enfocó su mirada hacia la ventana, probablemente pretendiese dar carpetazo. O puede que esperase a ver hasta dónde estaba dispuesto a inclinarse.

Ismael sintió un ligero temblor en sus dedos.

- No será mucho tiempo, doña Leonor, le doy mi palabra. No podemos dejarlo así, como está.

- Me importa un comino cómo esté. Aquí se viene a trabajar, Ismael, no a cuidar perros.

El hombre tragó saliva y respiró profundamente. Esta vez fueron dos gotas las que resbalaron por su frente.

- Doña Leonor...esto es un favor que le pido yo personalmente. Y bien sabe usted que yo nunca le he pedido nada, ni se me ocurriría abusar de usted – De repente, el hombre ya no tartamudeaba.

La mujer se incorporó sin levantarse del sofá y se encaró con él.

- ¿Qué favor me vas a pedir tú a mí? - aquello le resultaba inaudito- ¿Te parece poco favor el trabajo que tienes? ¿A dónde te ibas a meter tú a buscar pan para comer si no tuvieses esto? A tu edad y con esa facha que tienes, Ismael por dios, si no puedes ni con el martillo- se echó a reír y volvió a recostarse para incorporarse de nuevo al cabo de un par de segundos, y de nuevo, enfrentarse con su mirada. - Mañana no quiero ver a ese bicho en mi casa. ¿Me has entendido? Y no lo escondas porque lo encontraré. Me da igual en qué condiciones se encuentre. Como si se muere ahora mismo- y otra vez volvió a retrepase en su sofá, orgullosa esta vez de sí misma. Al cabo remató la faena como una verdadera aristócrata. - Y ahora mismo te vas de aquí y te pones a trabajar, que para eso te pago. No me hagas perder más el tiempo.

Tardó Ismael un largo tiempo en responder al amo, pues precisó de ese mismo tiempo para coger carrerilla y hablar tan sereno como sus nervios tuvieron la decencia de otorgarle. Que fue, exactamente, mucho más de lo que, tanto la doña como él mismo, hubiesen esperado.

- Muy bien, pues entonces, me hace usted cuando pueda la cuenta que yo aquí mismo me despido.

Leonor se quedó de repente sin aire. Tal vez por eso se le pusieron los ojos de aquella manera, como si alguien le estuviese apretando el gáznate. Le estaba tomando el pelo. Ese mamarracho pretendía poner a prueba su paciencia.

- Haz el favor de quitarte de una vez de mi vista, Ismael. Y dile a Elena que me traiga el almuerzo antes de cinco minutos o será ella la que reciba su cuenta.

Pero Ismael no se movió ni un centímetro de su posición. Por el contrario, avanzó dos pasos con suma tranquilidad y fue a colocarse, para espanto de la doña, justo enfrente de ella. Inundó su pecho de cuanto oxígeno pudo tomar y

habló, curiosamente, como un verdadero aristócrata.

- Voy a explicarte un par de cosas que deberías saber.

Nunca sus ojos de batracio compungido lo fueron tanto como en aquel preciso instante. Los mismos que se alzaron ante aquel hombre, que ahora la miraba desde la misma altura que su propia presencia le otorgaba. De súbito su piel se tiñó con un ligero matiz verdoso y entonces, Ismael se lo explicó.

- Es posible... posible y comprensible, si tenemos en cuenta que siempre te has creído eso de que las leyes no van contigo, que pretendas estar por encima de todo. Que puedes decir y hacer todo lo que te plazca, porque tú te crees que a ti nadie se atreve a toserte, Leonor. - Ismael se detuvo un segundo para toser, algo que casualmente, nunca solía hacer. Después, tranquilo como quien acaba de despertar de una reparadora siesta bajo la sombra de un ciprés, prosiguió con su argumento. - Lo primero, lo de decir lo que te plazca, es bien cierto. Puedes hacerlo. Aunque llevo treinta años esperando a que te des cuenta de que no consigues nada más que verte cada día más sola y que haces daño a los que estamos a tu alrededor, lo cierto es que puedes seguir haciéndolo el tiempo que quieras. No seré yo y a estas alturas, quien venga a decirte a ti cómo funciona la cosa de la educación. Eso es algo que deberían haberte enseñado tus padres y que está claro que no lo hicieron, o que lo hicieron mal, o que contigo no pudieron. A mí eso, como dice mi nieta, me resbala. Con lo segundo la cosa cambia un poco. Me refiero a lo de hacer lo que te dé la gana. Ahí ¿ves?, ya empezamos a tener un pequeño problema. Te lo voy a explicar tal y como a mí me lo ha explicado el veterinario. Supongo que si yo, un viejo jardinero que no puedo ni con el martillo, lo he entendido, alguien de tu clase también lo entenderá. Resulta que ese animal que intentaste matar a golpes hace una semana, te pertenece. Es tuyo, Leonor. Lo pone en un "chip" que lleva dentro de la oreja. Hay que ver con las cosas modernas, ¿verdad? Bueno... pues resulta también que la ley le protege. Resulta que uno no puede comprarse un perro y luego llevarlo a la perrera así porque sí. Ni tampoco puede abandonarlo, mucho menos apalearlo. Por pegarle a un perro te meten en la cárcel, fíjate que cosas, aunque seas rica. Y aquí, la chica y yo, resulta que te vimos cómo le pegabas, que viene a ser algo así como que somos testigos- el hombre se rascó la cabeza. - O algo así me dijo Carlos. En fin... Lo que me queda por decirte, doña Leonor, es muy corto y espero que me entiendas porque pocas veces volveré a hablar contigo a partir de ahora. El perro se queda aquí tres semanas más, porque si no mañana mismo me daré un paseo hasta la comisaría para denunciarte por abandono y agresión. Después, cuando hayamos encontrado alguien que quiera cuidar de él y que no sea como tú, el animal y el aquí presente se marcharán para siempre de tu vista. Y espero, por tu bien, que no me lo encuentre una mañana

muerto o con alguna herida nueva, porque te juro que te meto en Chirona.

Ismael concluyó su discurso y mantuvo la mirada de su amarilla interlocutora unos segundos, antes de darse lentamente la vuelta y marcharse por donde había venido, más alto y más joven que nunca. A la salida se encontró con Elena escondida tras la puerta junto a la camarera, con el almuerzo de la señora. Ella también tenía un color distinto en su rostro, de un precioso tono rosado, como el que tiene un padre el día en que su hijo le regala su primer sobresaliente. Uno que contrastaba con el blanco de sus dientes, los que asomaban sin rastro de pena, rebosantes de orgullo a través de sus labios.

Aquella cosa, o persona, o estatua de cera sudorosa, que quedó en la sala de estar, permaneció petrificada y de un color lima-limón-azulado, bien distinto al de Elena, puede que desde ese momento y hasta el fin de sus días.

Veinte minutos más tarde Elena atravesaba cual gacela desbocada, el jardín principal y bordeaba el invernadero, engalanada con una sonrisa de esas que en las películas te las ponen a cámara lenta para que el espectador disfrute un poquito más del momento. Alcanzaba su meta, el cercado donde residía Gigante, y penetraba en él hasta situarse junto al animal, que descansaba sobre su culo con un claro gesto de fastidio pintado en su hocico trastabillado. Y es que nadie había tenido aún la gentileza de despojar al pobre animal de aquella tortura, ni del incómodo casco que rodeaba su cuello, ni de ese trozo de lo que fuese que tapaba su ojo.

Ismael se concentraba en la labor de dar con la llave que casaba con un viejo candado que colgaba en ese instante de la puerta de entrada al cercado. La joven acarició el cuello del perro y éste se retorció de placer. Justo ahí le picaba.

- No va a creerse lo que ha pasado, Ismael. - habló con sumo entusiasmo.

- Yo ya me lo creo todo, nena- sonrió tranquilo. A esas edades ya no está uno para hincharse durante demasiado tiempo tras un acto heroico como el que él mismo acababa de protagonizar. La energía se agota con demasiada premura. Con sentirse tranquilo ya tiene uno más que suficiente.

- Esto puede que le cueste un poco. Leonor me ha mandado un recado para usted.

El hombre localizó la llave y la separó del resto, la ató a una cuerda y la guardó en el bolsillo de su pantalón. Elena prosiguió.

- Dice que le diga que no tenga usted prisa por encontrar dueño para Gigante, que no le molesta. Dice...- habló ahora despacio y con un claro matiz de excitación en su voz- que los perros son buenos guardianes. Dice que son útiles para proteger las casas- soltó una sonora carcajada- ¿Qué le parece?

Ismael la miró por primera vez desde que entrase al cercado y meneó la

cabeza.

- Qué mujer...- se limitó a decir.

- Traducido al castellano- continuó ella. - Bajo ningún concepto quiere que se vaya usted de aquí.

- Bueno- el hombre se aproximó hasta donde se encontraba su compañero y palmeó su lomo- No nos fiaremos de ella, ¿verdad, cabezón? Te encerraremos con llave cuando no estemos. Tendrá que arriesgar su vida saltando la verja si quiere quitarte la tuya. No creo que esté dispuesta a tanto- El animal estornudó y apoyó, como pudo, la frente sobre la pierna de su fiel amigo.

Aquella tarde, al finalizar su jornada laboral, Ismael marcharía a casa preguntándose si todo cuanto le había contado a Leonor era cierto. Si uno podría ir a la cárcel por pegarle a un perro. Si habría algún juez en todo el país que quisiera meter en prisión a una mujer de la edad de la doña, y tan podrida de dinero como estaba. Se preguntó si ella trataría de averiguar cuánto de verdad había en sus palabras y hasta dónde llegaría si descubría que todo había sido una repentina invención para lograr salir del atolladero. O puede que todo fuese cierto. Que la ley protegía a los animales lo sabía, lo que no sabía era hasta qué punto lo hacía. Mas todo cuanto le había escupido aquella mañana había sido, acertado o no, el resultado de mezclar imaginación y desesperación a partes iguales, pues nada sabía Carlos Carretero del incidente de la semana pasada, ni hubo jamás intención de contárselo.

19. LA OREJA CARBONIZADA

Hubiese preferido no tener que hacerlo. Pero en ocasiones, las cosas no salen como a uno le gustaría. No pasa nada, se analiza la situación y se busca una alternativa. La solución siempre aguarda escondida tras una esquina, o aplastada bajo la suela del zapato, o enterrada a cincuenta metros en dirección al infierno. Se trata de positivarlo, darle las vueltas que hagan falta, agitarlo hasta que caiga, o sacar la pala y ponerse a excavar. En cualquier caso, casi siempre suele ser más fácil de lo que parece.

Esta era una de esas ocasiones en las que la respuesta a la pregunta era tan evidente que ondeaba cristalina a un palmo sobre la punta de su nariz, justo a la altura de sus ojos. El inconveniente radicaba en la propia pregunta. ¿Por qué Alex no la había llamado para pedirle el número de Elena? El problema de la respuesta era que, de tan sencilla, se pasaba de la raya. Y entonces miraba hacia abajo y la veía, sepultada bajo un montón de tierra. La que ella misma había dispuesto encima de prisa y corriendo, como quien huye de la evidencia. Destaparla suponía eso, lo evidente. Por eso la enterró y disimuló, silbando y mirando hacia otro lado. El lado romántico del amor imaginario. Argumento que sacaría de algún rincón de su manga o de una de esas películas sensiblero-pegajosas en las que William no llama a Madeleine por miedo a enamorarse perdidamente de ella. Porque la huella indeleble que en su frágil corazón escribió el amor que una vez marchó y nunca jamás regresó, había dejado tal socavón en la referida víscera, que volver a llenarlo...ni con la fuerza del Olimpo. Algo similar tenía que estar pasando, más claro el agua.

Le había visto flirtear con ella y eso no era ninguna invención. Carmen conocía ese lado de los hombres y gozaba de argumentos suficientes para justificar su teoría. La forma en que él la había mirado aquella noche, de arriba abajo y de abajo arriba. Las atenciones que le había dispensado durante el transcurso de la velada, su traviesa y presumida mirada cuando supo que las niñas dormían. Cuando se ofreció a acompañarla a casa...

Y luego estaba lo de su pasada ruptura con Alba, que no era tan pasada como para olvidar los decadentes estragos del desamor pero sí lo suficiente para intentarlo de nuevo. Por lo tanto, tres cosas estaban claras: Que la solución al problema se encontraba justo debajo de la suela de su zapato, que Alex tenía miedo de volver a enamorarse perdidamente de alguien y que William y Madeleine se besaban al final de la peli. No había que darle más vueltas, porque si lo hacía corría el riesgo de retroceder hasta el principio y chocar de nuevo contra la evidencia, y porque en poco menos de media hora Elena cruzaría la

puerta de su casa en busca de su hija. El tiempo apremiaba.

De modo que dejó la ropa limpia sobre la cama para doblarla más tarde y salió de su habitación, encaminando sus pasos hacia las escaleras. Una vez en el salón empuñó con determinación el inalámbrico y entró en la cocina, se sentó en uno de los taburetes de la isla central y marcó el número de Alex.

De nuevo llovía. No era como lo de la noche del gran chaparrón, aquella en la que le permitió dormir en el portal, pero apretaba bastante. Y lo hacía de lado, ensuciando los cristales. Menos mal que hacía unos cuantos meses que no los limpiaba. Y eso que eran dos las ventanas exteriores. Exteriores e interiores, las ventanas de su piso eran dos. Y como limpiarlas era un momento, nunca encontraba ese...en fin, no había excusa. Ahora sí, claro. ¿Cómo iba a ponerse a limpiar los cristales lloviendo como estaba y de lado?

Elena y la pequeña Paula descansaban en el sofá. Mamá recostada con los pies apoyados en la mesa y su hija tumbada con la cabeza sobre las piernas de mamá. En la tele Bob Esponja sonreía. No había nada en el mundo que sonriese tanto como aquel utensilio de higiene personal, ni siquiera aquel colosal puercoespín rosa que salía en Barrio Sésamo.

Aquella noche, cuando la pequeña regresó de pasar revista en casa de Sofía y Emilia, la tuvieron bien gorda. De eso hacía veinte minutos. Motivo: El libro. Detalles y palabrotas a parte, la niña amenazó con ponerse en huelga si no se le devolvía aquello que era suyo. En huelga de obediencia. Como si lo normal fuese verla alguna vez haciendo lo propio. Mamá comenzó por ignorarla y terminó enseñando los dientes. Literalmente. O lo dejaba estar de una vez o (arrastrando las palabras entre los incisivos) “Te vas ahora mismo a la cama de cabeza y con el culo caliente”.

Lo cierto era que los argumentos que dio esa noche la niña venían empachados de razón. Probablemente ese fue el principal motivo de su enojo. ¿Cómo sabían ellos que el libro era malo? ¿Le había hecho algo a alguien? No ocupaba sitio, ni pedía pan. No estorbaba ni ensuciaba. Y lo más importante: A ella le gustaba. “A ti no te gusta porque no quiero decirte lo que pone.” “Es uno de los motivos.” “Pero es que no puedo mamá. Te prometo que algún día te lo contaré.” “No será necesario. No volverá a entrar en esta casa.” “Sí que lo hará.” “No lo hará, mico. Déjalo ya.” A Elena no le gustó el tono sereno que empleaba su hija cuando afirmó que aquello regresaría. Porque ella sabía que eso era imposible, pero aquel incómodo repelús mochilero que colgaba de su espalda no dejaba de hacerle cosquillas. A esas alturas el maldito trasto descansaría en el vertedero municipal oculto bajo montañas de basura, listo para su incineración o reciclaje. Si es que alguien conseguía abrirlo. Y aunque eso debería bastar para

apaciguar sus temores, el hecho de que Leo, principal sospechoso de su aparición, no estuviese allí, ayudaba bastante a zanjar el tema con un taxativo punto y final. Ya se iría el repelús con el tiempo, o cuando Paula dejase de sacar el temita.

¿Y qué pasaba con Gigante? ¿Cuándo pensaba regresar doña Leonor? ¿Faltaba mucho? Porque ya empezaba a echarle de menos, ¿sabes mami? Y seguro que él también la estaría echando a ella en falta. Seguro que esa señora no le tiraría la pelota para que él fuese a buscarla como ella lo hacía. Lo más probable es que ni siquiera lo sacase a pasear. Nunca lo había hecho. ¿Por qué habría de hacerlo ahora?

Gigante y sus remiendos. Su ojo parcheado, sus costillas rotas y su desmenuzada mandíbula. Si la cosa no hubiese sido tan fea, con un sencillito cuento bastaría para engañar a la pequeña Paula. Pero la cosa no se tapaba con un pequeño embuste. Faltaba tela por los cuatro costados. O se alargaban las supuestas vacaciones de doña Leonor hasta nuevo aviso, o se le mostraba, modificando algunos nombres y coloreando un poco la historia, la verdad del asunto. No es que fuese buena idea hacer lo primero, principalmente porque prolongar aquellas no vacaciones suponía tener que aguantar las quejas de la niña. Pero era eso, o verla expuesta al actual estado del animal y eso sí que no era una buena idea. Había que aguantar un poco más. O mucho. O indefinidamente.

Así es que mamá sirvió, una vez más, un buen plato colmado de embustes a su hija. Leonor estaba fuera del país y se había puesto malita justo antes de volver de sus vacaciones, y claro, en esos países tan alejados del nuestro, los médicos han de asegurarse de que sus bichitos no salen de casa, porque traerían consigo enfermedades para las que nosotros no estaríamos preparados y entonces los hospitales se llenarían de gente enferma y no encontraríamos medicinas en nuestras farmacias capaces de curarles. ¿Entiendes, mico? Doscientas cincuenta preguntas más tarde, la pequeña logró comprender la gravedad del asunto y su madre desconectar un rato.

Perdida entre las sombras que proyectaban las imágenes del televisor, Elena intentaba descansar sobre esa especie de silencio que se crea por encima de los ruidos que no van con uno. Ni la tele, ni el motor de la nevera, ni el lejano sonido de la noche urbanita hablaban con ella. Acarició el pelo de su hija, no tardaría mucho en caer. Apoyó la cabeza sobre el respaldo del sofá y cerró los ojos. Inspiró profundamente un par de veces y jugó a tratar de no pensar. Desechaba uno a uno cada pensamiento, y tras cada salida, uno nuevo invadía veloz el vacío que dejaba el exiliado, como si temiesen quedarse fuera para

siempre. Al cabo de un rato cesaron las deportaciones. En su lugar comenzaron a mezclarse entre ellas como si alguien tratase de licuarlas con una cuchara en un espeso caldo caliente. Era el momento previo al sueño, en unos segundos ella también caería. La estrepitosa voz de la sonriente esponja penetró como por un extraño encantamiento en el interior de su cabeza, y como la grasa que emerge a la superficie en el cocido, se adueñó de todas las voces que hablaban en su interior. De repente todo el mundo sonreía exageradamente y hablaba de un modo macabro e infantil. Aquello amenazaba con terminar en pesadilla. Y en ese preciso instante en el que uno de aquellos rostros comenzaba a derretirse tras una siniestra e infernal mueca sonriente, el sonido metálico de su teléfono acudió de forma precipitada a sacarla de allí.

El susto no fue pequeño. Elena abrió los ojos aturdida y miró en derredor buscando un ancla que la trajese de vuelta. Ubicarse de nuevo le llevó un par de segundos y precisó de otros tantos para identificar aquel sonido. Se incorporó tras sustituir sus piernas por un cojín bajo la cabeza de Paula y localizó el móvil, sobre la pequeña mesa de la cocina. Número desconocido. ¿A estas horas? Alzó las cejas desconcertada y pulsó la tecla “responder”.

- ¿Sí? - preguntó con un hilo de voz.

- No sé si éstas son horas de llamar. Ha sido un impulso. Debo pedir disculpas antes de nada.

Primero frunció el ceño porque aquella voz le resultó familiar, acto seguido desplegó los ojos porque identificó aquella voz y un segundo después carraspeó.

- ¿Alex?

- Ese soy yo, pero todavía no sé si me has disculpado. ¿Te he despertado?

- Yo diría más bien que me has salvado.

- Vaya, creo que eso es una buena noticia. ¿Puedo hacer algo más por ti?

Elena entró en la habitación y miró la hora en el reloj despertador de la mesita de noche. Las once menos veinte. Se sentó en la cama antes de responder.

- Ya has hecho bastante.

- Una pesadilla- concluyó Alex.

- Algo parecido venía hacia mí.

- ¿Puedo entonces darme por disculpado?

- Debes hacerlo.

- Hecho. ¿Qué tal el fin de semana?

Elena alzó de nuevo las cejas. ¿La llamaba para preguntarle por el fin de semana? ¿A esas horas? Puede que para la gente normal, ese fuera el momento idóneo para charlar con los amigos. Ella lo había hecho en muchas ocasiones con Carmen, pero Alex no era Carmen, ni tampoco un amigo. ¿O sí? ¡Claro! Por la teoría del Dalai Lama.

- Corto. ¿Tú qué tal?

- Tranquilo, como siempre. Ayer me acordé de ti.

Yo de ti lo he hecho con bastante frecuencia. No sé por qué. Pensó al tiempo que un ligero rubor comenzó a dibujarse en sus mejillas.

- ¿Sí? - se limitó a responder.

- Pues sí. - Alex se aclaró la garganta y continuó- He pensado en el paseo de la otra noche. Estuvo bien.

Madre mía... ¿Estaba ligando? ¿Qué coño tenía que responder ahora?

- Sí- pues eso mismo.

Alex se rio al otro lado de la línea. Algo sutil, sin exagerar. Elena lo escuchó y su rubor se tiñó de un tono más intenso. Su interlocutor retomó la conversación.

- Un sí está bien. Mucho mejor que un no y muchísimo mejor que el silencio.

- El silencio puede interpretarse como una afirmación, yo lo hubiese situado por delante del no.

- No sé si esa teoría es aplicable en estos casos.

- ¿A qué casos se estaba refiriendo?

- No creo estar cualificada para opinar sobre estos casos.

- Puede que yo tampoco. ¿De qué casos estamos hablando?

Estaba tratando de jugar con ella y empezaba a verlo bastante claro. Oh, dios mío. ¿Esto cómo se hace? ...déjate llevar...inténtalo al menos. Tomó aire y se rascó la punta de la nariz. Entonces supo que no sabía qué decir y cambió de tema.

- ¿Qué es para ti un fin de semana tranquilo?

La conversación se alargó durante cuarenta y cinco minutos. A ella le parecieron cinco y demasiado justos. Él le habló de su trabajo. Inspector de policía nada más y nada menos. Ella le contó cuáles eran sus aburridas funciones en casa de Leonor y le habló de Gigante, y de Ismael y de la maravillosa Carmen. Unas cuantas bromas de por medio, algún recuerdo dedicado a su vieja amistad con Rafa y un buen puñado de risitas nerviosas, de esas que luego uno las recuerda y se ve a sí mismo un poco ridículo.

La guinda la puso él, de otro modo no hubiese tenido lugar, invitándola a cenar el próximo viernes. Ella respondió que sí, porque le apetecía bastante continuar charlando con él, y porque la imagen de Carmen simulando rebanarle el pescuezo, se manifestó frente a ella lo mismo que lo haría una virgen cualquiera ante una oveja descarriada cualquiera. “Te recojo a las nueve en casa.” Le dijo él. “A esas horas estaré en casa de Carmen. Puedes recogerme allí” Le respondió ella. “Perfecto. Hasta el viernes, entonces” “Hasta el viernes”.

Después colgó el aparato y se rascó la oreja. Ardía. Un cuarto de hora más y se hubiese fundido con el móvil. Le habría dado igual. Otras sensaciones mucho más significativas campaban a sus anchas por encima de cualquier oreja carbonizada. Por ejemplo, ese extraño hormigueo que correteaba de forma descontrolada en el interior de su estómago como si acabase de engullir una mariposa viva sin querer y el insecto se hubiese puesto a bailar una canción de Georgie Dann. Tenía que prepararse para su cita. Apenas faltaban cuatro días y aquello tenía pinta de querer pasar la semana entera bailando *La barbacoa*.

Saltó de la cama y corrió hacia el cuarto de baño, se plantó frente al espejo y analizó la situación. Las cejas estaban bien, con un retoque de última hora bastaría. Carmen sabría qué hacer con ellas y cuándo hacerlo. Acercó su imagen al espejo y paseó las yemas de los dedos por la superficie de su cutis. Lo que vio le sorprendió. Tal vez nunca se había fijado, pero su piel se veía tersa y suave, como la de esos rostros angelicales que salen en los anuncios de cremas. Sus ojos brillaban ahora como dos diminutos soles, con esa mirada frágil y excitada con la que se visten los adolescentes. Aquella que tanto anheló hacía ya demasiado tiempo. ¿Serían los primeros síntomas del enamoramiento? ¿No dicen que cuando uno ama se vuelve guapo? ¡Coño! Qué eficacia...Y eso que aún no se había enamorado.

De nuevo se irguió frente al espejo, ladeó ligeramente la cabeza hacia un lado y disfrazó sus ojos con una nueva mirada. Una que fue traviesa, vivaz y provocadora a partes iguales, que la empujó sin prisa y la vez apremiante hacia un lugar en el que nunca antes había estado. Uno que había visto demasiadas veces desde la distancia y en el que había dejado de creer. Y entonces... se enamoró un pelín de la vida.

Salió del cuarto de baño y se acercó hasta la ventana de la salita, apoyó la punta de la nariz sobre el frío cristal y miró más allá de la lluvia. Los contenedores de basura se habían convertido en lo que siempre habían sido y ahora volvían a estar solos de nuevo, exactamente como antes de que nada hubiese pasado. Como antes de que aquel desconocido que a punto estuvo de ser dueño de la mariposa que danzaba aquella noche en su interior, hubiese aparecido en su vida de aquella manera tan insólita y absurda.

Elena bajó la mirada y la mariposa se detuvo durante un instante, el que necesitó para despedirse de quien nunca estuvo, de quien nunca volvería. “Hasta la vista, Leo, que te vaya bien, allá donde quiera que estés.” “Hola Alex” ... sonrió y la mariposa bailó de nuevo.

20. LA VERDAD ABSOLUTA NO EXISTE

Durante los días que siguieron, el tiempo se vistió de un color indefinido. O puede que lo hiciese con una mezcla, en ocasiones explosiva, de todos los colores juntos. Lo mismo predominaba el verde esperanza, como al minuto siguiente todo se volvía rojo pasión. O parpadeaba combinando ambos a la vez, como los flases de una discoteca, alternando el ambiente con destellos en tonos azul estridente o algún rosa chicle bastante cursi.

A veces se sentía un poco mareada. Tantas y tan nuevas emociones no cabían allí dentro. Y con la mariposa de las narices y su Flash Dance incansable. Resultaba un pelín agotador, sobre todo cuando la niña preguntaba por el asunto. Demasiado astuta para su tamaño. Algo le ocurría a mamá, a ella no la engañaban. Ni a ella ni a nadie que se hubiese asomado por un agujerito en casa de Carmen cualquiera de las tardes que precedieron a su cita del viernes. Mascarillas de chocolate para suavizar la piel, de cítricos para realzar el color, de hueso de melocotón para exfoliar y de yogurt para tonificar. Todas ellas decían algo así como “esto no soy yo, es un cuento inventado por, aquí mi mejor amiga, para que te lo creas, para que te enamores perdidamente de mí como William lo hizo de Madeleine. En realidad, yo la fruta y los yogures no me los unto por la cara, acostumbro a ingerirlos.” Pero eso él ya lo sabía, y ella sabía que él lo sabía, sólo que había decidido jugar a ese juego, y de momento, aquello resultaba excitante. Por primera vez en su vida se sentía guapa y con ganas de sentirlo más y a ser posible, durante mucho más tiempo.

Verdaderamente apasionante. Y salvo las dichas alitas de la incansable mariposa danzarina, aquella semana podría pintarse de colores en el calendario.

Gigante progresaba con celeridad inaudita y Leonor dejó de existir para él. Ni le molestó, ni se interesó por el animal. Por el motivo que fuese, a la mujer no se le ocurrió acercarse hasta la verja donde habitaba el perro. En su lugar les regaló una semana bastante tranquila y no salió al exterior ni siquiera el día de su habitual paseo a la administración de loterías. Ismael supo que fue el orgullo quien ataba sus pies al interior de aquella casa, pero el hombre ya se había cansado de intentar comprenderla y su pena, ya no la veía. Ahora miraba recta y decidida hacia su compañero que, asombrosamente, ya lograba masticar trozos de carne. Claro que cualquier perro se hubiese comido aquellas ricas pechugas de pollo a la plancha o moriría en el intento. Mucho más aquel animal cabezón que sólo quería comer y de una vez por todas, salir a pasear con sus amigos.

Y Carmen no cabía en sí. Ni en sí ni en el lavabo cada vez que desplegaba un nuevo surtido de ungüentos. El lunes dedicaron la tarde al completo a

convertir su cutis en la piel de una niña en el día de su comunión. El martes exfoliaron su cuerpo de cuello para abajo, poniendo especial atención en rodillas y codos. El miércoles manicura, pedicura y pelo. Para esto último emplearon una mascarilla de aceites esenciales con huevo, nueces de Macadamia y frutos del bosque. Untado en pan, aquello debía estar para chuparse los dedos. Para el viernes Elena pasaba por una muñequita de Lladró a tamaño natural.

Viernes noche. Media hora antes de su cita.

- ¿Cómo te ves?

Que se veía era más que evidente. Elena lo llevaba haciendo desde hacía más de media hora. Y había dado tantas vueltas sobre sí misma que de haber caído, se habría roto en mil pedazos, como una muñequita de Lladró.

Pero aquella noche Elena no era una muñeca. Plantada frente al espejo miraba una y otra vez su reflejo como si esa no fuese ella, como si una impostora hubiese alquilado su cuerpo por una noche y se hubiese esmerado en decorarlo. Tanto que a veces tenía que hablar para asegurarse de quién era. Y era ella, aunque tal vez también era una impostora, vestida de arriba abajo, con ropa prestada por Carmen.

Definitivamente no era una muñeca. Definitivamente era una mujer, y de las atractivas. Una de esas que están bastante buenas para casi todo el mundo. Porque su comprimido culo se apretaba bajo unos ceñidos vaqueros que estilizaban su figura como jamás hubiese creído que fuese posible. Porque su camiseta negra de tirantes con sujetador incorporado (menudo pedazo de invento), ajustada en el escote y con un ligero vuelo que descendía hasta media cadera, ensalzaba sus pechos como jamás hubiese creído que fuese posible. Porque el maquillaje que cubría su rostro valía su peso, que era mucho, en oro de veinticuatro quilates, y porque su melena recogida en un moño cuidadosamente descuidado, le otorgaba un aire romántico-sensual como jamás hubiese creído que fuese posible.

Sería por eso por lo que no podía dejar de mirar a esa guapa mujer que le devolvía la mirada desde el interior del espejo e imitaba todos sus gestos con tal exactitud, que perfectamente podría pasar por ella. Nunca se había sentido de aquella manera, de una manera tan distinta de sentirse bien. No como cuando veía a su pequeña jugar feliz en el parque, o cuando el cajero le devolvía la cartilla con sus seiscientos noventa y nueve euros impresos sobre el papel. Aquello era bien distinto. Así era como debían sentirse las actrices al pisar la alfombra roja, o esas ejecutivas que visten elegantes trajes chaqueta y tacones de esos que la guardia civil debería decomisar por tenencia de armas. Esa sensación de sempiterna seguridad que se tiene cuando uno se sabe el blanco de todas las

miradas, no por parecer vulgar ni llevar la cara repleta de lunares rojos, sino más bien por todo lo contrario. Resumiendo, aquello que continuamente sentiría Carmen, sólo que ella ya estaba más que acostumbrada. Para Elena era tan nuevo y emocionante como pisar la Luna.

- Me veo demasiado bien. Me veo tan bien que me tiraría los tejos.

- Estás para que te tiren los tejos, nena. - Carmen mostraba la más orgullosa de sus sonrisas mientras evaluaba su obra maestra. - Un toque de perfume y a nuestro amigo le sudarán las manos en tu presencia- Abrió un pequeño armario que había junto al espejo y meditó un instante antes de decidirse. - Vamos a ver...unas gotitas de Channel. ¿Sí?

- Lo que tú digas se hará. - respondió como lo haría una joven modelo ante su diseñador.

Carmen pulsó el pulverizador. Una nube de perfume sobrevoló el cuerpo de Elena y lo cubrió sutilmente. Volvió a dejar el frasco en el armario, lo cerró y observó de nuevo a su musa.

- ¡Lista! - y asestó una enérgica palmada en el aire. A continuación se acercó hasta ella y sostuvo su cara entre las manos- Sé tú misma, diviértete y que pase lo que tenga que pasar.

Elena tragó saliva, respiró profundamente y cerró los ojos. “Sé tú misma”. Repitió.

De haber llevado encima, se hubiese fumado uno mientras la esperaba. Pero un ex fumador tiene terminantemente prohibido acercarse a un cigarro, ni siquiera en momentos puntuales como aquel. Pues la nicotina goza de un sólido lazo de consanguinidad con el diablo, y tras el exorcismo que se requiere para expulsarla del flujo sanguíneo, es desaconsejable invocarla de nuevo. De ahí el padrastro que se le estaba formando en el dedo pulgar de la mano derecha. Algo así como un mensaje de parte de la sobrina segunda del ángel caído para que no la olvidase.

Alex bajó del coche, cerró la puerta y se apoyó en ella. Había aparcado en doble fila y llevaba más de cinco minutos esperando. Muy poco tiempo, o demasiado si se tenía en cuenta que no sabía muy bien qué hacía allí, aguardando una cita con una mujer de la que estaba seguro, no sacaría más que lágrimas si continuaba jugando a no sabía qué puñetero juego.

Elena no se metería en su cama del mismo modo que lo hacía Elisa, ni tampoco lo haría como Ana. De esto último él mismo se encargaría. Porque si algo tenía claro, es que no quería convertirse en uno de esos cabrones que se dedican a romper corazones, porque un corazón roto duele mucho y cicatriza con demasiada pereza. Eso también lo tenía claro. Eso, y que mujeres casadas en

busca de amores furtivos había para aburrir.

La mujer a la que ahora aguardaba, por la que empujaba su dedo índice a arañarse inconscientemente el padraastro, era alguien muy especial. Alguien a quien aquellos que tanto apreciaba, cuidaban y protegían como si de su propia hija se tratase. Pudo comprobarlo la noche en que cenaron los cuatro juntos y tras la conversación telefónica que tuvo con Carmen el pasado lunes. Aquella en la que su vieja amiga le había hablado de ella del mismo modo que lo haría una madre de su retoño. Con tan abrumador cariño que no pudo si no dejarse llevar por el amor de manera fugaz. Fugaz porque dejó de hacerlo en el mismo momento en el que colgó el auricular y pasó a permanecer postrado en el sofá, con los codos apoyados sobre las rodillas y las manos cubriendo su rostro, durante un buen rato, arrepintiéndose que haberse dejado engatusar como un perfecto bobo.

Nunca se enamoraría de ella, como nunca se enamoraría de nadie. Aquello se lo llevó Alba consigo el mismo día en que decidió ponerse a fornicar con uno de esos singles separados que disfrutan copulando con mujeres casadas porque se niegan a volver a empezar. Porque se vuelven cobardes y se amparan en una especie de mantra que emplean a modo de cutre bálsamo con el que aspiran escudarse. “No lo necesito y soy sincero con ellas “. Lo llevan cosido al culo como una matrícula a su coche.

Miró su reloj. Diez minutos.” Si tarda más salgo corriendo. Ya me inventaré alguna excusa.” Pensaba, mordisqueándose el padraastro. Se arrancó un diminuto trozo de piel muerta y lo escupió. Se incorporó y abrió la puerta del coche. Se sentó y buscó la llave que pendía del contacto, y pensó que lo mejor sería no esperar. Mucho mejor marcharse ahora, llamar a Carmen mañana y ser sincero con ella. Decirle que todo esto lo había hecho por ellos y que lo había hecho sin ganas. Que no era más que uno de esos singles separados que disfrutan copulando con mujeres casadas. Que él no necesitaba enamorarse y que era sincero con ellas. Que si miraba en su culo lo leería en la matrícula. Que Elena era un encanto de mujer. Por descontado que lo era. Pero él no era la clase de hombre que Carmen querría para ella.

Y a punto estaba de girar la llave, cuando la luz de un portal se iluminó a su izquierda. Entonces miró en su dirección y la vio salir. No a la mujer físicamente pasable a la que acompañó hasta su casa, hacía justo una semana y que le había recordado a la actriz secundaria de una película de las malas. La mujer que caminaba decidida hacia él era elegante y sensual pero con un aire romántico, de esos que le hacen a uno detenerse para darse la vuelta. Ciertamente caminaba un poco como si no estuviese acostumbrada al conjunto de su imagen. Como si la ropa y los zapatos no fuesen de ella. Pero el catálogo de virtudes que se

aproximaba directa e inexorable hacia su coche, hubiesen convencido a cualquier comprador de amor. A cualquier hombre amante de las bondades femeninas. Y entonces su glande olvidó todo lo demás y se enamoró perdidamente de ella. Ya se arrepentiría mañana.

Bajó volando del coche y la observó venir, componiendo su mejor sonrisa. Esa pícara sonrisa que se le escapaba sin querer, cuando miraba algo que le gustaba demasiado.

Cuando Elena le alcanzó, otra clase de sonrisa se dibujaba en su cara. Una llena de rubor que le obligaba a morderse suavemente el labio inferior y que terminó de disparar el pulso de Alex.

- Creí que te habías olvidado de mí.

- Ha sido Carmen. Ha pensado que sería bueno para ti hacerte esperar. Me ha pedido que te lo dijera.

- Te habrá dicho que lo bueno se hace esperar. Dile que yo también tengo un recado para ella. Dile que ha valido la pena.

Elena se ruborizó.

- Gracias- acertó a decir.

Se dieron dos besos y Alex y su glande la acompañaron hasta la puerta del copiloto. La abrió y aguardó a que ella se acomodase. Después, una vez los dos sentados, se miraron sonrientes. Ella sin saber qué decir, él tratando de decir algo coherente.

- ¿Tienes hambre?

No me entra la comida porque una mariposa ha ocupado mi estómago y no deja pasar nada que no sean tambores o guitarras.

- Mucha.

- Comerías aunque no tuvieses. Néstor cocina con la intención de engordar a la gente.

- ¿Néstor?

- El cocinero del restaurante donde te voy a llevar. Es un buen amigo. ¿Nos vamos?

- Cuando quieras.

Casa Pueblo era uno de esos restaurantes pequeños y acogedores, resultado de la remodelación de una antigua casa, en donde el aroma a hogar de antaño aún permanecía aprisionado entre el cemento de sus tabiques. Las viejas paredes de piedra atesoraban, ocultos entre sus grietas, incontables secretos del pasado. Como infranqueables baluartes que ni la hegemonía del tiempo, ni los contemporáneos ornamentos en forma de abstractos cuadros sin sentido, habían logrado doblegar. Todo permanecía como cuando se construyó, sólo que alguien

lo había vaciado y relleno de nuevo con efectos del siglo XXI. Las habitaciones eran ahora pequeños comedores destinados a cenas privadas, la cocina lo seguía siendo y los lavabos también. El antiguo comedor era hoy el nuevo comedor, pero con diez mesas en lugar de una. La iluminación se reducía a pequeños apliques vueltos en dirección hacia la roca de la pared con el fin de proporcionar calidez y romanticismo al lugar.

Alex y Elena se acomodaron en una mesa para dos, situada en un acogedor rincón y abrieron las cartas del menú. El atento metre les hizo algunas sugerencias y aguardó con singular diplomacia la elección de los comensales. Luego marchó con su libretita llena de anotaciones en dirección a la cocina. Y allí se quedaron los dos, él con los codos apoyados sobre la mesa y las manos entrelazadas y ella con las suyas bajo el mantel, tratando de mantener erguida la cabeza, que parecía querer mirar hacia el suelo.

- Bueno- Alex rompió el hielo- ¿Esta noche tampoco me vas a decir si eres madre soltera o mujer separada?

Vaya manera de empezar a conversar. ¿No había otro tema?

- Soy mujer soltera y madre a la vez.

Su acompañante sonrió y Elena recordó que durante su paseo de la semana pasada, aquella sonrisa le había gustado.

- De acuerdo. Dime al menos cómo debo interpretar tu actitud. ¿Es tu pasado, o eres tú?

- No me gusta mirar hacia atrás. El pasado es real. El futuro, en cambio, puedo imaginarlo como quiera.

Alex observó minuciosamente su rostro y durante un par de segundos, dejó de sonreír. No necesitaba más. Tenía pruebas suficientes para ponerle un nombre a lo que aquella mujer escondía. Lo había visto demasiadas veces a lo largo de su carrera. Desde luego podría estar equivocado, pero lamentablemente eso no solía ocurrir. Por algo era inspector de policía.

Cualquier mujer hablaría orgullosa acerca del origen de sus hijos. Si su relación había sido tormentosa, incluso en casos de violencia, se limitaban a esquivar el nombre del padre u omitían detalles de la relación. Si el niño era fruto de una accidentada noche, era poco habitual que se sintiesen avergonzadas. No las mujeres de hoy en día. La fecundación in vitro era casi equivalente a lo anterior. Y por supuesto, si eran divorciadas o separadas, no tenían reparos en hablar abiertamente del tema. Elena lo esquivaba con demasiada vehemencia, y esta era la segunda vez que lo hacía. La primera fue Rafa quien la ayudó a escurrir el bulto. Era bastante probable que la mujer que tenía enfrente hubiese sido víctima de una violación cinco escasos años atrás. Y eso podría ser poco tiempo, dependiendo de la violencia y la humillación a la que fue sometida.

“Joder, chaval. Esta vez te has lucido”. Pensó mientras se frotaba los ojos con el dedo índice y pulgar. Luego respiró profundamente y expiró lento por la nariz, apretó los labios y la observó de nuevo. Entonces una ráfaga de cariño sopló suave sobre su rostro.

Elena advirtió el cambio de expresión que acababa de sufrir su aspecto.

- ¿Qué?

Alex volvió a ponerse su inagotable sonrisa. No estaría aquí si no quisiera nada. Y él no pretendía ni obligarla, ni engañarla. Eso por descontado.

- Estás muy guapa.

- ¿Y eso te entristece? - bromeó ella.

Le sostuvo la mirada hasta que Elena se rindió.

- Me pone nervioso.

- No te creo- se echó a reír.

- Háblame de tu futuro.

- ¿De cuál de ellos?

- Del que imaginas.

Entonces ella le habló de sus sueños. Que no eran muy grandes, si obviaba lo de la primitiva. Su pequeña y anciana familia no viviría para siempre. Más bien pronto que tarde se marcharían. Y eso sería un problema para ella, porque sería como si todos sus padres y abuelos fuesen a desaparecer más o menos a la vez. Y si no fuese por Carmen, su futuro se vería reducido a leer libros de amor, mientras esperaría a su hija los sábados por la noche. A trabajar como una esclava para pagarle una carrera y a soportar los desvaríos de algún novio hippie.

En conclusión, sus sueños se reducían a su hija y a su fiel amiga. A que al menos ellas, estuviesen siempre a su lado. Y si entre tanto le caía una buena primitiva, pues lo mismo pero ahorrándose lo de trabajar como una esclava.

La cena discurrió salpicada de una succulenta variedad de temas. De gustos gastronómicos y musicales, de las pequeñas tonterías que no soportaban en los demás, y de aquello que les hacía sonreír irremediabilmente. A él esos perros minis, hijos de mil padres, que no se identifican con ninguna raza y que caminan sacando pecho y perdonando vidas. A ella el tamaño desproporcionado de los pies de los ancianos. “La naturaleza nos echa un cable en la vejez”.

Llegados al postre una cosa llevó a la otra y, sin darse cuenta, se encontraron programando su próxima cita. Porque ella nunca había comido en un japonés y eso él no podía permitirlo. Ya concretarían la fecha más adelante. De momento ambos tenían bastante claro que ninguno quería perderse otra velada como aquella. Sin quererlo habían hecho migas.

Néstor, el amigo de Alex, pudo escaparse un minuto a saludarles. Los dos amigos se abrazaron. A ella le gustó, como todo aquello que hace la persona que

te gusta. Porque, cuando a alguien le gusta otro alguien, automáticamente todo lo que haga ese alguien, por simple o anodino que sea, al primer alguien le va a gustar. Es una ley de esas tontas e irrefutables que se inventa el corazón y de la que ni Cristo crucificado se escapa. La visita fue fugaz porque debía volver al tajo. Le dio dos besos a Elena y le dijo “de éste no te fíes que es un golfo”. Lo que suelen decir los amigos de sus amigos y que se supone ha de interpretarse a la inversa. Luego se marchó.

A la salida la noche les aguardaba fresca y con esa humedad pegajosa que suele preceder a la lluvia. Caminaron hasta el coche y ocuparon sus asientos sin dejar un minuto de hablar. Elena reía de alguna tontería que había dicho Alex. Las risas son la confirmación suprema del ligoteo. Una vez se alcanza este punto, uno ya no logra desprenderse de la dulce y viscosa telaraña que embadurna su piel.

Tomaron una copa cerca de casa, en una de esas terrazas cubiertas junto al mar. Más tarde él la acompañaría y si la suerte estaba de cara, le invitaría a subir. La cosa prometía. Cuando la cosa promete se nota, se huele y se siente. Se paladea y se ve. Penetra en forma de carcoma a través de todos los sentidos y los devora desde dentro. A partir de ese momento, el anfitrión se ve a sí mismo y de manera irracional, más guapo, más listo, más alto y mucho más inteligente. Y lo es. De ahí lo fatal del amor. De ahí lo de “te quiero, no por lo que eres, si no por lo que soy yo cuando estoy contigo”. O algo así. Una bonita mentira creada por la naturaleza con un único objetivo: La procreación. La más sublime y cautivadora de sus argucias. Aunque luego se olvidase de programar lo del después. Debió despistarse contando dedos o etiquetando enfermedades raras y se le escapó un pequeño detalle. Poco le hubiese costado alargar la mentira. De todos modos, la verdad absoluta no existe.

Y la verdad, aquella fría noche se dividió en dos. Una era de él y la otra de ella. Y ambos tuvieron razón. Pero como todo es del color del cristal a través del cual se mira...

Por algún motivo que nunca supo, ella le permitió coger su mano mientras paseaban. Por el mismo motivo él decidió coger su mano. Tal vez un impulso de protección, de yo nunca te haría daño, conmigo puedes sentirte tranquila, le empujó a hacerlo. A saber. Puede que le apeteciese de verdad. Lo cierto es que aquello resultaba más bien incómodo. Tanto que terminaron soltándose y riendo a carcajadas. Era una complicidad embriagadora lo que les unía. La naturaleza estaba lista.

Salpicado de solitarias parejas y de algún que otro solitario a secas, el paseo marítimo se presentaba más húmedo que de costumbre. Y eso era mucho decir, pues la humedad era como el segundo apellido de la zona.

Elena y su camiseta de tirantes echaban de menos una chaqueta amiga. No una amiga como Carmen, que la había dejado salir de casa sin un trapo con el que abrigarse. Cualquier trozo de tela ligera hubiese bastado. Por eso, cuando un soplo de aire calado de agua en forma de gélido vapor le empapó la piel, su cuerpo entero se estremeció. Se abrazó a sí misma como si se echase mucho de menos y se frotó los brazos de arriba abajo. Por supuesto, Alex se dio cuenta y tardó un segundo en desprenderse de la camiseta. Curiosamente, aquello que llevaba resultó no ser una de esas que parecen ser dos, una de manga corta cosida sobre la de manga larga, pero que no son dos, sino una. No señor. Aquello era exactamente lo que parecía. Dos camisetas, una encima de la otra.

- Póntela- le ordenó.

No se opuso. No estaba la cosa como para hacerse la dura. Se la plantó en menos tiempo del que emplease él para quitársela. Le dio las gracias y siguieron caminando.

Pero entonces algo extraño sucedió en algún rincón de la mente de Elena, que le hizo cambiar bruscamente de actitud. De repente se deshizo de aquella presumida sonrisa que la había acompañado a lo largo de toda la noche y en su lugar, una conducta muy similar a la que tuviese durante su primer y único paseo con Alex, se apoderó de ella sin que pudiese hacer nada por evitarlo. De manera idéntica a la semana anterior, su comportamiento se tornó en un extraño y agobiante manojito de nervios. De forma repentina su estómago le empujó a forzar el paso como si alguien le estuviese espoleando por detrás. Como si llegase tarde a alguna parte y acabase de recordarlo. Sucedió a pocos metros de su calle, justo antes de doblar la esquina y enfrentarse al presagio de su estómago. Algo debería suceder a partir de ahora y esa parte era tan desconocida aquella noche como lo fue hacía una semana.

Entonces Elena aceleró sus pasos mientras buscaba nerviosa las llaves en el interior de su bolso. Confundido con su repentina actitud, Alex la alcanzó con cuatro grandes zancadas.

- ¿Sucede algo? - preguntó desconcertado.

Claro que sucedía algo. Sucedió que se aproximaban a ese punto de la cita en el que se dan ciertas cosas por sentadas. Sucedió que tenía que ser ella misma. Se lo había dicho Carmen bien clarito. Que si la cosa iba de ser ella misma, el asunto podía ponerse muy feo. Porque ella no era ella misma. Y eso sólo ella lo sabía. Y era tan cierto como que nunca volvería a ser ella, la ella de antes. Sucedió que a partir de aquí, todo se difuminaba tras una densa niebla. Que detrás de la niebla ya no había nada. Que no había nada porque el después tenía que dibujarlo ella. La ella de ahora, la ella en la que quería convertirse a partir de la densa niebla. Sucedió que estaba muerta de miedo. De miedo y de vergüenza.

Por eso siguió caminando deprisa y en silencio hasta que alcanzaron el portal. Entonces tuvo que detenerse. No tuvo más remedio. Se situó frente a la puerta con las llaves en la mano y agachó la cabeza, avergonzada. Cerró los ojos y trató de serenarse. No podía marcharse de aquella manera. Su acompañante no había vuelto a hablar y ahora no podía verlo. Lo más probable era que a estas alturas estuviese pensando en largarse lo antes posible de allí. Volver por donde había venido y olvidarse de aquella tontería de noche. De aquella ridícula mujer que no sabía ni despedirse como Dios manda. Sintió calor en sus mejillas y sudor en sus manos. “Que alguien me de fuerzas” rezó suplicando una pizca de coraje. Levantó la cabeza y se dio la vuelta lentamente. Puede que ya se hubiese marchado. Ella lo habría hecho de ser él. Pero tenía que intentarlo, le debía al menos un poco de educación.

Continuaba con los ojos cerrados cuanto terminó de darse la vuelta. Apretó los labios antes de abrirlos muy despacio, esperando hallarse sola en medio de la noche. Alex estaba allí. Delante de ella y a menos de un palmo de su cara, esperándola con esa sonrisa tan suya. Elena dio un respingo y su espalda se apoyó contra la puerta. Él continuaba mirándola en silencio y ella respiró atropelladamente. Su rubor se intensificó cuando se miraron a los ojos y buscó la manera de zafarse de aquella proximidad tan íntima y desconocida. Agachó la cabeza y sonrió tímidamente. Alex apoyó la mano derecha sobre la superficie de la puerta y con la izquierda sostuvo su barbilla empujándola hacia arriba. Volvieron a enfrentarse sus miradas y sin mediar palabra, se acercó hasta su boca y la besó. Un beso cálido y suave que se alargó un par de segundos. Luego otro y luego... luego trató de meter sutilmente la lengua en su boca y ella respondió apartando el rostro y bajando de nuevo la cabeza.

Vale. De momento lo había pillado. Picos sí, lengua no. Acércate despacio, pero acércate. De lo contrario no habría permitido un sólo beso. Mejor retirarse para coger un poco de carrerilla. Se apartó hacia atrás y la observó en silencio. Ella no hablaría. Estaba demasiado desconcertada y excesivamente colorada. Y él lo estaba disfrutando. Porque Elena le había gustado un poco más de lo que había imaginado y porque a los hombres, aunque ellos quieran creer que no, les gusta que ellas se hagan de rogar. Finalmente, rompió el silencio.

- ¿Quieres que suba? - le habló casi susurrando.

- No- respondió Elena automáticamente.

Alex parpadeó confundido. No esperaba una respuesta tan rotunda. No sin al menos, darle alguna explicación previa. Por lo de la humillación que puede provocar una negativa.

- No tienes que hacer nada que no quieras, podemos charlar simplemente.

Elena le miró fijamente. Esta vez no encontraba la respuesta, ni siquiera un

sencillo “no”.

- Me ha parecido que la noche ha estado bastante bien-continuó, esta vez intentando sacarle algo que se pareciese a lo que él había creído sentir. Pero ella seguía sin soltar prenda y entonces él también empezó a ponerse nervioso. ¿Estaba haciendo el ridículo?

- Muy bien- levantó las manos y se alejó un poco más-No quieres que suba y no quieres hablar. Tal vez no he debido besarte.

Tenía que decir algo. No podía largarse y dejarle allí de aquella manera sin soltar prenda. No podía ser tan ridícula y permitir que aquel maravilloso hombre, que ahora la miraba vestido con un traje de decepción, se marchase sin saber que a ella le había gustado. Que su cálido beso le había embriagado el alma. Que le había calentado la piel y la había bloqueado hasta el punto de no poder si quiera decirle “sube” o “buenas noches” o “llámame y hablamos como lo hemos hecho esta noche” o “no sé si puedo, porque no sé hasta dónde quiero querer”. No supo. Simple y llanamente...

Sencillo. Le miró, le sonrió abochornada, se dio la vuelta, abrió la puerta... y se largó.

Y allí se quedó él, plantado frente al portal, con la que sería la sensación más ridícula que jamás había sentido. Los ojos fijos sobre el cristal, parpadeando cada dos o tres segundos, sin saber si largarse o sentarse allí mismo, reír o llorar.

La luz del portal se apagó al cabo de dos minutos y la oscuridad que trajo consigo acompañó a la sensación de abandono que le aplastaba ligeramente la piel. Introdujo las manos en los bolsillos y se marchó a paso lento. Caminó hasta el paseo marítimo y una vez allí, ocurrieron dos cosas. La primera fue una decisión. Elena había terminado. Nunca más. La segunda fue sacar el teléfono de su bolsillo, buscar en la agenda un contacto y llamar.

- ¿Elisa? Dime que estás aquí.

21. OMITIR O MENTIR

No encuentro la manera de hacer esto. Te juro que lo intento. Pero el tiempo pasa y todo sigue igual que antes. Aunque por fuera no lo parezca, por dentro nada se ha movido. Todo lo que siento sigue estando en el mismo sitio, de la misma forma e idéntica intensidad. Se detuvo en el momento en que te vi y en ese instante mi ser al completo se congeló. Mi alma quedó suspendida y ahora no soy capaz de hacerla funcionar. Y tú tan tranquila con tu vida, con tu marido y tu hija sin saber que yo ya no vivo. Que no respiro desde que sé que existes. Si fuese un poco más valiente te diría a la cara todo lo que siento cada vez que te veo. Te explicaría por qué me escondo como un cobarde, por qué no me atrevo a plantarme delante de ti y entregarte cada una de las rosas que te envío. Nadie ha de decirme que lo que estoy haciendo está mal. Créeme que lo sé. Y puede que me odies. Pero no puedo sino hacerlo. Porque no sé hacer otra cosa más que amarte y soñarte. Sigo esperando poder reunir las fuerzas que necesito para enfrentarme a ti. Aunque sólo sea para decirte todo esto que estás leyendo. Te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo...te amaré mientras pueda respirar.

Existen varios motivos por los cuales el receptor de una carta decide detenerse a leerla una y otra vez. Que sea una notificación de hacienda puede ser uno de ellos. Se relee tantas veces como sea necesario hasta que se logra entender el contenido de la misma. Con frecuencia lo más aconsejable es acercarse hasta la oficina más cercana y rezar porque esa mañana le toque trabajar al ilustrado. O una multa. Con una multa sucede más o menos lo mismo, sólo que no se precisa de ilustrado ni de oficina para estar en desacuerdo con el asunto desde el primer vistazo.

Con las cartas anónimas de amor ocurre algo parecido a las de hacienda, pero aquí no hay ilustrado, ni oficina, ni siquiera un teléfono de información para el amado, al que uno pueda llamar y formular una simple y escueta pregunta. Una que aclarase lo único que no queda claro. ¿Quién?

¿Quién estaba haciendo aquello? ¿Quién la amaba hasta ese punto en el que uno es capaz de escribirlo, meterlo en un sobre y dejarlo en el parabrisas de su coche como quien deja allí su corazón?

No era la primera vez que ocurría. Ni las flores, ni las notitas sobre su parabrisas, ni las cartas de algún amado en pleno estado de penitencia. Arrebatos de amor de aquella índole se venían dando de forma intermitente desde siempre. Desde el principio de su relación. Que fuese fruto de uno o varios enamorados, eso era otra cosa. Lo demás era siempre igual. Rosas, notas, cartas, ramos. En

ese orden o desordenándolo, daba igual. Más de lo mismo... salvo hoy.

Una pequeña discordancia. Una tontería de nada, que lo convertía precisamente hoy en un problema de dimensiones morrocotudas digno de ser considerado.

Aquella mañana Rafa bajó a comprar el pan. Elena acababa de llegar y prefirió dejarlas a solas. Tendrían mucho de qué hablar después de su tan esperada cita de la noche anterior, por lo que se vistió y las dejó charlando en la cocina.

Podría haber estado en otra calle. Sería cosa del destino que Carmen encontrase un sitio exactamente frente a la panadería, que a él se le hubiese ocurrido acercarse a comprobar que estaba bien cerrado y que le diese por mirar la luna delantera. Del destino o del demonio. O puede que aquella mañana la bromita fuese cosa de los dos.

Fuera como fuese, allí estaba, de pie frente al coche. Leyendo aquello una y otra vez, con el pan bajo el brazo y un monstruoso y grasiento ataque de celos invadiendo su estómago. De celos y de rabia. Ojalá nunca se encontrase con esa persona, porque le mataría. Le arrancaría la cabeza del cuerpo apoyando los pies sobre sus hombros y tirando de ella hasta conseguir descorcharle como una botella de champán barato. Ojalá nunca apareciese o cometería una locura. Ojalá en su familia no se comiese pan. De haberla encontrado Carmen, ahora no estaría sintiendo aquello tan incómodo que había penetrado en su flujo sanguíneo de manera fulminante. Que le empujaba a imaginarse a sí mismo arrancando cabezas. Ella la hubiese tirado a la basura tan rápido como la encontrase y no habría pasado nada, a no ser que él la hubiese descubierto. Entonces la cosa también se habría puesto fea. Pero eso no solía ocurrir. Lo normal era que él viviese felizmente acomodado en el apacible limbo de lo desconocido, ajeno a todo aquello ni era, ni dependía de ellos. A lo que es mejor no saber, porque de nada sirve, ni nada se puede hacer.

Veinte minutos más tarde ya podía recitarla de memoria. En un examen habría sacado un sobresaliente bien alto. Ahora se trataba de lograr decelerar su pulso, al menos hasta un punto razonable. Algo así como para poder hablar del tema con su mujer sin acabar echándole a ella la culpa. Pero sin un culpable a quien culpar, sin alguien a quien abofetear, patear o arrancar la cabeza, ¿cómo lograr no explotar? ¿De qué manera se desahoga uno de tanta rabia sin poder enfrentarse al culpable de esa rabia? ¿Cómo se consigue hablar con serenidad cuando por las venas campa el odio a sus anchas?

Serenarse. No podía ser de otro modo. Y no había otro modo de hacerlo más que dejar pasar aquel momento. Doblar la carta y guardarla en un bolsillo para dejar de verla, caminar sin rumbo durante un tiempo prudencial, respirar y

restarle importancia. Al menos hasta donde pudiese hacerlo.

Y eso hizo. La dobló de mala gana y la guardó en el bolsillo trasero de su pantalón. Respiró profundamente un par de veces y expulsó el aire lentamente. Y caminó. Callejeó sin rumbo fijo y sin contar el tiempo, buscando la manera de quitarse de encima aquellas ganas de matar que pretendían robar su voluntad. Cuando lo lograra volvería a casa. Más tarde... mucho más tarde.

- ¿No es temprano para fumar?

- Temprana es tu observación.

- Llámame loca, pero no suelo verte con un mechero si no es para encender un cigarro.

- Lo que voy a encender es una barrita de incienso, loca. Y créeme que no tengo ganas de escuchar un sermón de los de Rafa. Si entra y me pilla fumando...le tengo más miedo a él que a Valeria. Sólo por no aguantarlo... últimamente se pone muy pesado con el tema.

- Se preocupa por ti.

- ¡Pero si me fumo un cigarro al día! Dos a lo sumo. Joder...

- Por eso.

- ¿Por eso? ¿Por fumar dos cigarros?

- Porque hasta hace un par de meses fumabas dos a la semana. Por eso.

- Que apocalíptica. Odio que siempre le des la razón.

- Odias cuando le doy la razón, que suele ser bastante a menudo, pero no siempre. Lo siento...esta vez tampoco tienes razón.

Silencio.

- Me encanta este incienso, ¿a ti no?

- Mucho mejor que el olor a tabaco.

- ¿Vas a parar ya con el tema?

- Enseguida.

- Lo que tienes que hacer es empezar de una vez a contarme lo de anoche.

- Estaba esperando a que te sentaras.

- Ah. Perdón...lista. Cuando quieras.

- Mejor pregúntame tú.

- ¿Yo?

Silencio.

- ¿No prefieres hacerlo tú a tu ritmo? No sé, por ejemplo, empezando desde el principio y esas cosas.

- Preferiría no tener que hablar de ello. Pero como sé que eso no va a poder ser, me limitaré a responder a tus preguntas.

- Vaya...con ese apunte acabas de responder a unas cuantas de un plumazo.

¿No te gustó?

- Sí.

- Buf...qué alivio... ¿Entonces? ¿Crees que no le gustaste tú a él?

- Le gusté. Cuánto, no lo sé.

- ¿Del uno al cien?

- Te acabo de decir que no lo sé.

- Él a ti. Cuánto te gustó él a ti.

-... Bueno...más o menos un veinticinco.

- ¿¿Sólo??

- ¿Te parece poco? Creí que era demasiado para una primera cita.

- Demasiado es para ti. Vale. Me conformo. ¿Te besó?

- Sí.

- ...Me tomas el pelo.

- No.

- ¿No te besó?

- No te tomo el pelo.

- Vale. ¿Con lengua?

- No.

- ¿Por qué?

- ¿Por qué no me besó con lengua?

- Nooo. Porque los ingleses circulan por la izquierda.

- Me aparté.

- ...Te apartaste.

- Eso mismo.

- Ok...

- ¿Ok?

- Digo lo que me da la gana. ¿Qué problema tienes con las lenguas?

- ¿Y el azúcar?

- En su sitio...ese no es su sitio.

- ¿Desde cuándo? Y ¿dónde lo guardas ahora?

- Lo tienes aquí. ¿Por qué te apartaste?

- Me moría de vergüenza. No lo veo.

- Aquíí...

- Joder...si es un perro me muerde.

- Leni...

- Uy, qué miedo...

- ¿Nunca te han besado con lengua?

- No.

Silencio prolongado.

- ¿Puedo preguntar por qué? Silencio.
- Lo siento. Ya lo estoy haciendo otra vez.
- No se ha dado la ocasión, simplemente.
- Eso es muy extraño, por no decir increíble.
- Mi vida ha sido muy extraña, por no decir una mierda. No me mires así.
- Así, ¿cómo?
- Así, como si te diese pena.
- Mi pena no es contigo.
- Ya...es con mi situación.

- Una amiga del instituto se fue a vivir a Londres. Entonces era mi mejor amiga y lo pasé fatal, pero no por la separación. Hablábamos y nos carteábamos con bastante frecuencia. Mi problema era lo que imaginaba. En mi mente ella vivía en otro planeta, de cualquier manera y rodeada de delincuencia. Con gente que no tenía nada que ver con ella y a quienes apenas entendía. Todos eran malos en la película que me había montado de su vida tan lejos de aquí. Tenía mucho miedo. Es el primer recuerdo que tengo de aquello. La sensación de miedo. Hasta que convencí a mis padres para que me dejaran ir a pasar unos días en Semana Santa. Cuando regresé ella ya no vivía en Marte. Vivía en mi mismo planeta, a dos horas de avión, rodeada de españoles con vidas apasionantes y en un barrio fantástico. Al lado de su casa había un supermercado que abría veinticuatro horas y un tren que no tenía conductor. Ella era muy feliz y yo había malgastado mi tiempo temiendo por ella. A veces es mejor asomarse a la verdad. La realidad casi siempre suele ser más inofensiva que la imaginación. Cuando la tienes enfrente empequeñece... ¿Entiendes?

- Perfectamente. Crees que mi vida no sería para tanto si la conocieses.
- Creo que es difícil que supere a mi imaginación.
- Ya. Y ¿por qué crees que no te la he contado?
- No lo sé.

- Pues es muy fácil. No sé cómo imaginas mi vida y no entiendo que puedas pensar que el motivo por el cual no te he hablado de ella sea por falta de confianza o algo parecido. Si no te he hablado de mi pasado no es por ti, ni porque crea que puedas ir por ahí contándoselo a cualquiera.

- Eso es una chorrada.
- Lo sé. Tú eres la persona en quien más confío.
- Vale, Leni. No tienes que darme explicaciones.
- Mi vida me avergüenza. Me aterroriza pensar que fue verdad. Intento hacerla desaparecer ignorándola. Si no la nombro jamás, tal vez consiga borrarla.
- Lo siento. Me sale sin querer. No volveré a intentarlo. Lo prometo.
- Volverás a hacerlo. Y puede que algún día me canse de soportar el sonido

de mi propio silencio. Entonces descubrirías que mi realidad...en fin...que no tengo ningún problema con las lenguas. Me dio mucha vergüenza y punto.

Silencio.

- Muy bien. Eso puedo entenderlo. Pero ¿te apetecía?

- Tengo curiosidad.

- ... ¿¿Qué??

- Que tengo curiosidad.

- Te he oído. Eso no suena muy romántico.

- Imagino que no...

- Pero, ¿te gustó o no te gustó?

- ¿El qué?

- La Torre del Oro.

- ¿Alex o el beso?

- Alex.

- Ya te he dicho que sí, ¿vas a preguntármelo más veces? Lo digo por empezar a aburrirme ya.

- Esta conversación sería menos aburrida si te hubieses limitado a contarle como suele hacerlo el resto del mundo.

- Parece un interrogatorio, ¿verdad?

- Es un interrogatorio.

- Ya...entonces, ¿no tienes más preguntas?

Silencio prolongado acompañado de frotada de sienes.

-Sólo una más... Sonrisa y palmada.

- ¡Bien! ...dispara.

- ¿Qué coño pasó anoche?

Largo silencio...

Treinta y cinco minutos más tarde...

- ...Y eso es todo.

- Pues muy bonito.

- Pero ¿tú me has escuchado?

- Como un beato al cura.

- Y ¿te parece bonito?

- Bastante.

- A mí me parece ridículo.

- Suele pasar.

- ¿En serio?

- Te lo juro. Lo que viviste anoche fue una velada romántica. Está claro que ambos os gustasteis y que tú, a última hora te rajaste. Es algo muy normal, Leni.

No hay de qué preocuparse. Puede que tanta vergüenza te perjudicase un poco, pero tratándose de ti...quiero decir de alguien con tu experiencia en estos lares. Minimicemos daños. Te fuiste sin despedirte. No es para tanto. Le mandas un mensaje pidiéndole disculpas y de paso le propones otra cita.

- ¿Tú estás loca?

- No estoy segura.

- ¡No querrá volver a verme!

- Oh, sí... tú mándaselo.

- Ni hablar.

Silencio acompañado de mirada amenazante.

- Vamos a ver. Es preciso que alguien te meta la lengua en la boca antes de la menopausia, así es que no me hagas perder el tiempo. O lo haces tú o lo hago yo. ¿Te ha quedado claro?

Silencio largo y espeso.

- Cristal puro.

Se lo hizo jurar por su hija. No tenía que ser ahora. Le daba de plazo hasta el domingo por la noche, y no tenía que proponerle una cita. Las instrucciones de Carmen estaban claras; le pides disculpas, le explicas la verdad sin demasiados detalles y le das coba.

Visto así, desde la distancia física y temporal que le separaba de Alex y comprendiendo que a su amiga aquello le parecía de lo más normal, no quedaba más remedio que empezar a verlo del mismo modo. Carmen le hizo comprender que los nervios y los sentimientos son como hermanos. Que los comienzos suelen ir acompañados de momentos “tierra, trágame”, y que no por eso el mundo deja de girar. Le aseguró que la vergüenza se quedaría un tiempo, que les acompañaría en las primeras citas y que aunque no lo pareciese, él también la llevaba consigo. Que todo formaba parte del mismo engranaje. Siempre había sido así, si es que la otra persona te gusta. Porque cuando te gusta, la inseguridad te desarma.

Todo claro. Ella no era imbécil. Imbéciles son todos los seres humanos cuando se encuentran en su misma situación. Mal de muchos, consuelo de tontos. Qué verdad tan grande.

A las dos menos veinte Rafa aún no había regresado de comprar el pan y Carmen empezó a preocuparse. Sentimiento que mutaría en el mismo instante en el que éste entrase por la puerta. La comida estaba lista y la mesa puesta. Sólo faltaban su marido y el pan. Sin el primero podía comer, sin el segundo no. Carmen jamás comía sin pan. Comer sin pan no era comer. A Elena y a las niñas les daba igual, a ella no. Rafa estaría tomando cervezas con algún amigo y no se había molestado en avisarla. Desde las diez y media de la mañana, ya estaba

bien. Poco costaba llamar o mandar un mensaje para que a ella no le diese por pensar cualquier cosa. Como un catastrófico atropellamiento al cruzar una calle o una nave extraterrestre en busca de terrícolas incautos que les sirviesen de cobayas. Si la llamaba desde Saturno para decirle que no le llevaba el pan jamás se lo perdonaría.

Miró la hora de nuevo y después a Elena.

- Si en cinco minutos no ha vuelto, comemos. Voy a sacar pan del congelador.

Veinte segundos envuelto en un trapo de cocina en modo *defrost*. Mantenerlo liado en el trapo durante un minuto después de sacarlo y destapar. Sale fatal. En realidad, no existe el truco para que el pan descongelado en el microondas esté bueno. Son todo mitos. Pero, para quienes no saben comer sin pan, es mejor así que de ninguna manera.

Carmen lo llevó a la mesa y llamó a las niñas. No bajaron, claro. Bajar al primer aviso arruinaría su reputación. Se empieza a obedecer, si es que se obedece, a partir del tercero. Lo saben todos los niños del mundo. Y cuando iba a proceder al segundo aviso, escuchó la puerta. Se volvió hacia ella rápidamente y compuso una mueca de medio enfadada, medio aburrida de esperar.

Rafa entró despacio y cabizbajo. Dejó las llaves sobre la repisa del recibidor y caminó en dirección a la mesa, colocó una barra en el centro y se dirigió hacia la cocina a guardar el resto. Carmen y Elena le observaban. Elena no diría nada al respecto. Jamás se había metido en una de sus peleas y no iba a empezar a hacerlo ahora. Podía, y lo haría, debatirlo más tarde con su amiga, pero nunca en el momento.

Carmen, por el contrario, tenía mucho que decir, y no tardó en hacerlo. Siguió a su marido hasta la cocina y se plantó detrás de él con los brazos cruzados sobre el pecho. Rafa se sentó en un taburete y la ignoró.

- ¿No piensas decirme por qué has tardado tanto?

-No sabía que tenía que darte explicaciones.

Carmen parpadeó un par de veces. Aquello había sonado a puñetazo malintencionado.

- Si desapareces toda la mañana, al menos podrías avisarme. Empezaba a preocuparme.

Esta vez no contestó. En su lugar agachó la cabeza y cerró los ojos. Respiró profundamente y se dio la vuelta, miró a su mujer y sacó la carta doblada de su bolsillo. Se la entregó y esperó.

Carmen alzó las cejas confundida y la desplegó. Tras leer la primera frase ella también cerró los ojos. Después dejó caer la mano que la sostenía. Con la otra se apartó un mechón de cabello y lo enganchó detrás de la oreja. Inspiró

lentamente y miró a su marido, que no le había quitado la vista de encima.

- ¿Dónde estaba?

- En tu coche.

Se miraron en silencio. Ambos sabían lo que había. Poco se podía discutir, porque nadie tenía la culpa.

- ¿Qué quieres que haga, Rafa? - preguntó afligida.

- Voy a contratar un detective.

- No digas tonterías.

- Haz el favor de no llamarme tonto, que bastante me siento ya.

- Una tontería no te convierte en tonto. Déjalo correr, ya se cansará. Algún día tendrá que hacerlo.

- No es la primera, ¿verdad?

Carmen respondió callando, suficiente para confirmar sus dudas.

- ¿Desde cuándo?

- Rafa, por favor, déjalo...

- ¿Desde cuándo? - esta vez estiró las palabras.

Carmen suspiró exageradamente, apoyó su peso sobre una pierna y le miró. No desafiante o enfadada. Sólo podía rendirse ante la evidencia. Había omitido demasiado a su marido hasta hoy. Mentirle y además hacerlo de frente sería demasiado, así es que vistió su rostro con una abatida mirada y le respondió.

- Desde hace unos años.

Rafa la miró en silencio durante un largo minuto y se frotó los ojos con una mano. Ella no dijo nada, únicamente esperó.

- ¿Cuántos años? - se rascó la sien izquierda, nervioso.

- Empezaron a llegar unos meses después de la boda.

- Ya...- se mordisqueó el labio inferior – Y tú no tenías ninguna intención de contármelo, por lo que veo.

- ¿Para qué? ¿Para que pasara esto? Pues las recibía y las tiraba. No le daba mayor importancia. Y si ésta no la hubieses encontrado, hubiese hecho lo mismo. ¿Para qué preocuparte?

- Porque se supone que tienes que confiar en mí.

- Confío en ti más que en nadie en el mundo. No quería preocuparte, sólo es eso. No hagas una montaña de esto, por favor.

- ¿Te das cuenta de que llevas seis años engañándome?

La pregunta golpeó de lleno. Aquello le sonó a insulto y Carmen le miró, esta vez desafiante.

- ¿Me estás llamando mentirosa?

- Pues no estoy seguro. A ver si puedes ayudarme tú. ¿Cuántas mentiras tiene uno que decir para convertirse en un mentiroso oficial? Más o menos ¿eh?

No tiene que ser exacto.

- Muy bien- Carmen cruzó los brazos- Cuéntame, si eres tan amable, una de mis mentiras. Recuérdame qué fue lo que te dije y le pondremos fecha al momento en el que me convierto oficialmente en una mentirosa.

Rafa alzó las cejas, incrédulo. Después alargó la mano y arrancó la carta de la mano de su mujer para alzarla frente a sus ojos.

- Te presento a tu gran mentira. La fecha la has puesto tú.

Llevas seis años como mentirosa oficial.

- Te estás pasando, Rafa.

- ¿Y?

- Jamás te he mentado. Es la primera vez que me preguntas por el tema y te he respondido la verdad.

- Ya te entiendo. Tratas de explicarme cuál es la diferencia entre mentir y omitir.

- No creo que eso sea necesario, porque tú sabes que no es lo mismo. Sabes que simplemente he omitido, que nunca he mentado, y que jamás lo hubiese hecho si no lo hubiese considerado preciso.

-Perfecto. Ahora he terminado de entenderte. Por una parte, tú no me crees capaz de encajar ciertas verdades. Por otra parte...veamos, por poner un ejemplo, si yo vengo de meterle mano a una amiga, no cuenta hasta que no me preguntas. Hasta entonces no es delito porque no he mentado. Simplemente he omitido. ¿Es eso?

- ¿Vienes de meterle mano a una amiga?

- ¡Muy bien! A partir de ahora funcionaremos así. Podemos diseñar una lista de preguntas. ¿Qué te parece? Todo lo que no tengamos que responder, podemos omitirlo.

- Deberías ir frenando.

- Se me ocurren unas cuantas para mi lista y de paso también se me ocurre que si has omitido algo así durante tanto tiempo, podrías haber omitido otras muchas cosas. Se me ocurre que puede que éste no sea el único. ¿Ha habido más? ¿Cuántas han sido? ¿Te has visto con alguno?

- Rafa...- Carmen se quedaba sin paciencia. Empezaba a olvidar que no había querido contarle nada por no hacerle daño-Ten cuidado con lo que insinúas.

- Y ¿qué puedo pensar después de esto?

- ¿Me estás diciendo que dudas de mí? ¿Crees que te he sido infiel?

Rafa permaneció un largo instante callado, mirando a su mujer a los ojos. Luego cerró los ojos y agachó la cabeza. La amaba tanto como la odiaba en aquel instante.

- Esto es una mentira, Carmen- alzó de nuevo la carta frente a sus ojos- Pero también es una verdad. Aquí dice que soy un tonto y que mi mujer no confía en mí.

De nuevo la miró fijamente a los ojos. Ella no pudo decir nada. Rafa le entregó la carta y se marchó de la cocina y de la casa, hasta bien entrada la madrugada.

Aquel sábado de finales de octubre, prudentemente caluroso, Carmen y Elena lo pasaron solas con las niñas. Comieron juntas, pasearon juntas y juntas fueron al parque. Después de cenar juntas, Elena y la pequeña Paula se marcharon a casa. Y en casa quedaron Carmen y su hija, que durmieron juntas en la cama de Valeria. Porque no dormiría con alguien que no confiaba en ella. No con quien no era capaz de entender que todo lo había hecho por él. No dormiría con él porque ninguno de los dos lo merecía. Porque ella sabía desde hacía mucho tiempo que esto tenía que pasar tarde o temprano. En algún sitio tenía que estar escrito y ella debería haberlo sabido. Ahora tocaba sentarse a ver pasar la tormenta y rezar para que no soprase con demasiada fuerza, que acabase pronto y que la marca del después no fuese muy grande. Algo que pudiese borrarse con el tiempo. Que pudiese taparse con tanto amor. Con un amor tan grande como el que siempre les había unido.

22. LO NORMAL DE LOS DOMINGOS

Madrugó demasiado sin quererlo. Cometió el terrible error de dejarse llevar por sus pensamientos y la factura le salió cara. Apenas logró pegar ojo. La convalecencia de Gigante, su vergonzosa cita del viernes, el recuerdo de Alex y ahora la situación de Carmen. Por si tenía poco, Rafa no había regresado cuando se marcharon de su casa y no podía evitar preocuparse mucho, mucho más de lo que su estómago le concedía.

Ellos eran su único mundo, y no había nada más en el mundo que ellas tuviesen, porque su mundo se reducía al pequeño círculo que las envolvía. Vecinos, trabajo y Carmen. Y con ella venían Rafa y Valeria. Eran tres, un conjunto indivisible. Exactamente igual que su vecindario, o que Ismael y Gigante. Sin alguno de ellos la Tierra cojeaba, le faltaba una pata. Por eso aquella situación le agobiaba hasta el punto de no dejarla dormir, de obligarla a levantarse de la cama un domingo antes de las ocho de la mañana cansada de mirar techo y pared, y pared y techo.

Y como cuando vienen no vienen solas, se le ocurrió que hacía mucho tiempo que no desayunaba tostadas. No tenía tostadora y las puso en una sartén. Y tras ponerlas se dio cuenta de que se estaba haciendo pipí y las dejó allí haciéndose para ir al baño. Y como nunca hacía tostadas se le olvidó que estaban en la sartén, y de la taza pasó al espejo y allí se quedó, peinándose de diferentes formas. Un moño alto, medio y bajo, un mechón suelto o todo recogido y bien estirado, o todo suelto hacia atrás, con la raya en medio o en un lado. No, mejor en medio. Y entonces observó su reflejo. Arrugaba la nariz en un gesto de desagrado, como si estuviese oliendo algo desagradable, como a humo. Como a pan quemado sobre una vieja sartén un domingo bien temprano. Y salió corriendo tan rápido que su reflejo apenas logró alcanzarla.

El comedor estaba cargado de humo. Es fácil llenar de humo un lugar tan pequeño. Retiró apresuradamente la sartén y apagó el fuego, la llevó a la pila y allí la estampó. Abrió la ventana de par en par y la puerta de entrada al piso. Los vecinos no tardarían en aparecer, alarmados. Pero era necesario ventilar la estancia.

Media hora más tarde el vecindario al completo se reunía en casa de Sofía, mientras Elena y la pequeña Paula desayunaban. Porque Pilar había vuelto de comprar el pan y al abrir la puerta de la calle, el viento le trajo el olor a humo y la mujer corrió en busca del origen. Cuando Elena la estaba tranquilizando, apareció Sofía y dos minutos después su hermana. El alboroto llegó a casa de Salvadora antes que el humo y al asomarse al pasillo para ver qué pasaba,

también ella pudo olerlo. Entonces llamó a su marido y ambos acudieron. Amparo también se apuntó al asunto y una vez todos en casa, consiguieron despertar a la niña.

Sofía preparó café para ella y leche para Paula, un trozo de bizcocho y galletas de mantequilla. Elena trató de que nadie se molestase por ellas. Pero eso era imposible, porque aquel ovillo de ancianos que las rodeaban, parecía aguardar en estado de latencia hasta que ellas precisaban de alguna cosa, porque también ellos sentían que el mundo cojeaba sin ellas.

Paco se sentó junto a Paula y ésta le ofreció una galleta. El hombre la aceptó en silencio. Entonces Salvadora propuso hacer café en casa para todos, porque su cafetera era la más grande del vecindario y Amparo bajó a buscar una coca de azúcar que había comprado Pilar. Sofía calentó leche.

Y ya que estaban todos allí, tan contentos y sin proponerlo, surgió una improvisada reunión de vecinos.

- ¿Qué se va a hacer al final con la pintura de la escalera? -preguntó Pilar con la taza de café a punto de rozar sus labios.

- Pues aún no hemos decidido nada- respondió Sofía- Al final la cosa se quedó en el aire.

- La cosa sale cara, pero tendríamos que rascarnos los bolsillos si queremos que la escalera esté un poco decente – apuntó Amparo.

- Digo yo que cuatrocientos euros podremos sacarlos de donde sea. Podemos guardar cien cada mes y para después de año nuevo nos ponemos- habló de nuevo Pilar, tras depositar su taza sobre la mesa y coger un trozo de bizcocho.

Amparo estuvo de acuerdo y asintió con la cabeza.

- Me parece muy buena idea. Y si esperamos un mes más, entre todos juntamos todo el dinero para que las chicas no tengan que hacerlo.

- De eso nada, Amparo. Las chicas son tan vecinas como el resto. Ya les dije que hablaría con el dueño del piso, y eso haré- protestó Elena.

- Ese rácano no va a poner un duro. Ya lo sabes, cariño-interrumpió Sofía.

- Si no le pregunto seguro que no paga. Y si le pregunto y no paga, lo pondré yo. No puedo permitir que pongan también mi parte.

- Si puedes, cariño. Porque si el dueño no paga, no es asunto tuyo. Tú no eres propietaria, por lo tanto no tienes que asumir los gastos de las reformas de la comunidad.

- Sofía tiene razón, Elena – aclaró Pilar.

- Si lo pagan todo ustedes les va a salir muy caro. No les dejaré...

- Nadie va a pagar nada- Emilia irrumpió de lleno en la conversación.

Los vecinos callaron y la miraron con curiosidad. Conociendo a esa mujer,

todos aguardaron con una mezcla de interés y prudencia a ver de qué manera les sorprendía esta vez. Emilia ignoró los ojos que la observaban y tomó con suma elegancia su taza de café.

- Si me dais un poco de tiempo conseguiré que nos la pinten gratis.

- Emilia- Sofía sumergía azúcar en el interior de su taza, levantó las cejas y habló sin perder de vista su cuchara – Tus pechos ya no son rentables. Lo sabes ¿verdad?

- Que te lo has creído tú- contestó orgullosa.

Su hermana detuvo el movimiento de su cuchara y la miró estupefacta. Luego miró al resto antes de hablar.

- Esta mujer está senil.

- No necesito mis pechos para pintar la escalera- se defendió Emilia- Lo que necesito son unos días. Eso es todo. Si no lo consigo recurriré a ellos. No te preocupes.

- Serías capaz- le espetó.

- Como me conoces muy bien, sabes que sí.

- Y ¿de qué manera va a conseguir que nos pinten gratis la escalera? - interrumpió Salvadora.

- Tengo muchos amigos.

- Nosotros no tenemos amigos, Emilia- respondió Amparo-Somos un atajo de viejos.

- Vosotros ir guardando el dinero que, para cuando lo tengáis, la escalera estará pintada- sentenció Emilia.

Elena lo sabía. Sabía que Emilia había buscado una alternativa a Leo, su primera opción. Puede que todavía albergase la esperanza de verlo aparecer de nuevo, pero no se quedaría de brazos cruzados si eso no sucedía. La predisposición nata que la empujaba a caminar siempre de frente, le impedía rendirse cuando se proponía algo. Y ella sabía lo que quería. Y sabía que lo conseguiría, aunque eso no fuese cierto. De todas las personas que conocía, puede que ésta fuese sin duda la más pertinaz de todas, y así seguiría hasta el último día de su vida.

Fue Amparo quien habló, zanjando el tema.

- Muy bien. Le daremos tres meses mientras reunimos el dinero. Si en ese tiempo encuentra usted a alguien que quiera hacerlo gratis, supongo que ninguno de los aquí presentes le pondrá ninguna pega. Pero mire a ver a quién nos mete en la finca, por el amor de dios, Emilia.

Emilia alzó con suma elegancia su taza de café y sonrió pícaramente antes de hablar.

- Que nadie se me preocupe – y bebió su té.

El resto de la mañana del domingo pasó sin pena ni gloria. Elena se dedicó a limpiar el piso y Paula anduvo de visita por el vecindario. Saltó en la cama de Pilar, se maquilló junto a Emilia y jugó al parchís con Paco. Corrió la finca de abajo arriba y de arriba abajo a sus anchas, como si aquello fuesen sus dominios.

Todo muy dominguero. Comida con Sofía y Emilia, película, siesta y tarde de perros en el sofá mientras la pequeña iba y venía.

El problema llegó cuando el día comenzó a menguar. Cuando la tarde empezó a consumirse como el aliento de un candil. Fue entonces cuando un pensamiento dormido despertó y se desplegó frente a ella de un modo impertinente, y pudo leerlo perfectamente y en mayúsculas. Prometiste mandar un mensaje. Su intestino se retorció hasta formar un nudo de esos que no se desatan si no se cortan. No podía ser cierto. No podía habérselo jurado. Y no servía porque lo había hecho bajo coacción, pero lo había hecho. Se lo había prometido a Carmen y a ella no podía mentirle. No más mentiras a su maravillosa y única mejor amiga. La decisión ya estaba tomada. La tomó en el mismo instante en que le dio su palabra.

Ahora se trataba de encontrar el momento. Mejor después de merendar. Estaría más tranquila con el estómago lleno. O puede que fuese más oportuno esperar a salir de la ducha. Si el cuerpo está relajado los mensajes se escriben mucho mejor. De todos es sabido. Pero, ¿y si Paula la interrumpía justo en el momento de estar escribiendo?

Pues no lo hizo después de merendar, ni tampoco tras la ducha. Pero a las diez y media, y después de alargar cuanto pudo la hora de acostar a la pequeña, una diminuta gota de sudor se deslizaba forzada por el arcén de su frente. En ella se leía cobarde. De nuevo perfectamente y una vez más en mayúsculas. Podía no hacerlo, claro, pero entonces habría faltado a su palabra y el tiempo de insomnio por incumplir promesas sobrepasaba de largo al de la vergüenza de mandar mensajes.

Así es que se deshizo de aquella diminuta gota de sudor que blasfemaba en contra de su persona, cogió su teléfono, se acomodó en el sofá...y puso la tele. Todavía era pronto. A las diez y media probablemente ni siquiera estaría en casa. Puede que anduviese por ahí con los amigos, lo normal de los domingos.

Y lo demoró hasta las once y cuarto. Una tontería que no sirvió más que para amplificar sus nervios. Para que, en el momento de hacerlo pudiese sentir su propio pulso, incluso en objetos que no pertenecían a su cuerpo. Hasta el fluorescente parecía palpitar.

Carraspeó, se rascó la barbilla y volvió a carraspear. Encendió el móvil y abrió la opción de mensajería. Dejó el móvil en el sofá y se incorporó, carraspeó

de nuevo y de nuevo se sentó. Y volvió a cogerlo. La opción de mensajería continuaba iluminada. Inspiró y carraspeó. Después tosió y escribió.

“¿Qué tal? ¿Cómo ha ido el finde?” ...y lo envió.

23. UN BOCADILLO DE SOLTERO

Era la cuarta vez que intentaba abrir los ojos. Tres horas de siesta ya estaban bien, si es que a dormir a esas horas se le podía llamar siesta. Puede que a las ocho de la tarde hubiese sido preferible meterse directamente en la cama. Pero no había querido acostarse tan temprano y ahora no lograba hacerse con su cuerpo. Conseguir meterse algo en la boca para saciar su hambre, arrastrarse hasta el lavabo para mear y de allí directo a la cama. No podía ser tan difícil. Pero un pesado y titánico sopor se había hecho con el control de su cuerpo y dominaba enteramente su voluntad.

Elisa se había marchado cinco minutos antes de caer muerto en el sofá, y así le había dejado. Muerto perdido. Ahora sólo necesitaba resucitar lo suficiente para cumplir con las diversas llamadas de la naturaleza, lo justo para sobrevivir hasta caer de nuevo sobre la cama. El viernes no pudieron verse porque ella había quedado con su marido y unos amigos para salir a cenar. Pero el sábado estaba libre y lo estaría hasta el domingo por la noche. Así es que, desde el sábado y hasta poco antes de sucumbir, se habían dedicado a desgastar sus cuerpos como animales. Como si no fuese a haber un mañana, parando sólo para descansar y reponer. Y después ella se tuvo que ir. Y nada más. Una cordial despedida y cada mochuelo a su nido. Todo maravilloso. Así debería funcionar siempre. La gente lloraría mucho menos. Ni punto de comparación.

Lo intentó de nuevo. Si no lo conseguía se mearía encima. Empujó los labios hacia abajo y las cejas hacia arriba, estirando la piel de los párpados. ¿Cómo puede un trozo de carne tan delgada pesar tanto? Se desperezó y se movió hacia un lado. Tenía que airear su anatomía. Giró su cuerpo del mismo modo que lo haría un gusano y se pasó un poco. Lo notó cuando todo él se desplomó como un peso muerto contra el suelo. Y entonces sí, abrió los ojos. En ocasiones es necesario emplear la fuerza para lograr el objetivo.

Se incorporó perezosamente y se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra el sofá. Se frotó la cabeza y los ojos. Parpadeó lentamente y permaneció un largo minuto mirando a algún punto entre la nada y algún objeto sin importancia que en ese momento se cruzó en su línea de visión. No los abriría del todo, al menos hasta mañana por la mañana. Ya lo tenía asumido.

Apoyó las manos en el suelo para facilitar su incorporación y en ese mismo instante el sonido de un mensaje entrando en su teléfono captó su atención. Abrió los ojos un poco más para volver, al cabo de un segundo, a su anterior estado. Se sentó de nuevo en la misma posición y miró su móvil con cara de tonto. Lo cogió, lo desbloqueó y la luz de la pantalla le deslumbró. Tuvo que

esperar hasta que sus pupilas se acostumbraron a la claridad para poder ver de quién se trataba. Finalmente, lo consiguió. A duras penas logró visualizar la pantalla y cuando lo hizo, lo que vio le sorprendió. Tanto que, ahora sí, abrió los ojos de par en par.

Elena acababa de mandarle un mensaje. A las once y cuarto en punto. Lo abrió y leyó: “¿Qué tal? ¿Cómo ha ido el finde?” Lo miró durante unos segundos, como si mirase algo escrito en hebreo, lo cerró y dejó caer la mano que sostenía el teléfono. Después lo puso de nuevo sobre la mesa y se incorporó torpemente del suelo, caminó hacia el lavabo y se plantó frente a la taza. Con la mano izquierda se rascó la cabeza y la apoyó sobre la pared. La derecha la empleó para bajarse la cremallera y mear. Y ahora le mandaba un mensaje, después del plantón de la otra noche. Pensaba mientras tanto.

Se había acordado de ella, y mucho. Algo que no le diría a nadie. Incluso estando con Elisa no había logrado deshacerse de su imagen. De todas las imágenes que tenía de ella. Desde que la vio salir de la finca de Carmen hasta que se marchó sin decir ni pío. Y esa sensación le incomodaba demasiado, porque él sabía que algunas mujeres jugaban así. Acercándose hasta rozar los labios del hombre, para salir corriendo después. Él la persigue ansioso por tenerla y lentamente se va levantando una falsa impresión de necesidad. Más tarde uno se encuentra metido de lleno en una relación sin comerlo ni beberlo, más bien por follarlo. Y él quería estar con ella. La había deseado bastante, con el cuerpo y con la mente. Porque ella le había gustado por dentro y por fuera. Pero no quería jugar a ese juego. Porque no quería sentir esa falsa impresión de necesidad que, intencionadamente o no, ella estaba provocando.

Terminó de mear y se lavó las manos. El dichoso mensaje le había quitado el sueño. Elena le gustaba, incluso después de saciar su hambre de sexo durante más de la mitad del fin de semana, y eso no era bueno. Se detuvo en la entrada de la cocina. Tenía hambre. Pero sabía que tarde o temprano le contestaría. Si tardaba demasiado puede que ella no lo leyese. Resopló y se dirigió al salón, cogió el teléfono y se dejó caer en el sofá con malhumorado gesto, como si estuviese enfadado consigo mismo por lo que iba a hacer. Lo desbloqueó de nuevo y volvió a leer el mensaje. Después buscó la opción de responder y escribió.

“Muy tranquilo. ¿Tú qué tal? No habrás tirado mi camiseta a la basura ¿verdad?” Vaciló un instante antes de enviarlo. Dejó el móvil en la mesa y se levantó.

Tres rebanadas de pan de molde con prácticamente todo lo que encontró por la nevera. Medio tomate, los restos de una lata de atún, la parte seca del final del queso, dos lonchas medio tiasas de jamón de york, tres rodajas de salchichón y

dos sobres de mostaza. Ese bocadillo que únicamente un soltero es capaz de comerse y que únicamente un soltero se come del mismo modo que se comería una exquisitez culinaria.

Sentado en la silla de la cocina, saciaba su hambre a base de grandes mordiscos. Bastaron cinco o seis para engullirlo totalmente. De postre medio litro de leche a morro y un buen trozo de chocolate que encontró tirado junto al microondas. Se lo comió mientras se dirigía de nuevo al salón a recoger su móvil para meterse por fin en la cama. De camino no pudo evitar comprobar si ella le había respondido. Y sí, lo había hecho.

“Tu camiseta está a buen recaudo. Dime dónde quieres que te la lleve”.

¿Y ahora qué quería decir con eso? Porque daba la sensación de estar deseando deshacerse de ella lo antes posible. Se quitó la ropa y se metió en la cama. Una vez dentro respondió.

“Donde y cuando tú quieras. Yo me adapto a todo”.

“Pues, si quieres quedamos a tomar café el miércoles y te la acerco”.

“El miércoles me parece perfecto. Dime a qué hora y dónde”.

“La terraza donde estuvimos tomando algo el viernes abre todo el día. Si te apetece podemos vernos allí mismo. Sobre ¿las ocho?”.

“El miércoles a las ocho en la terraza del viernes. Allí estaré en busca de mi camiseta”.

“Allí estará tu camiseta”.

“Buenas noches, preciosa”.

“Buenas noches”.

Tal vez debería haberse ahorrado lo del piropo. Si ella sólo quería devolverle su camiseta, puede que ese intento de flirteo en el último momento sobrase. Pero ya estaba hecho. A partir de ahora, lo mejor que podría hacer por él, sería recoger su prenda y olvidarse del tema de Elena.

Desconectó el móvil y apagó la luz. Miró al techo durante mucho tiempo. Seguía sin tener sueño. Una mujer que no era Alba... se lo había quitado.

24. LA ANOMALÍA

Llegó noviembre y con él la lluvia, el frío y un aburrido y perseverante color gris rancio pintándolo todo. Ahora tocaba sumergirse bajo las mantas y soñar con los días de sol, correr buscando un refugio donde resguardarse de la lluvia y abrazar la taza de café con la palma de las manos. Los tejados chorreaban taciturnos hilos de agua cada mañana y las noches vestían las calles de solitarios silencios.

Un martes de principios de noviembre. Siete y media de la mañana.

La tierra mojada del amanecer se hundía bajo el lento caminar de unas negras y desgastadas botas de agua. Avanzaban torpemente sobre el empalagoso barro, que parecía querer devorar sus pasos. Su dueño se detuvo frente a una verja y sacó una pequeña llave del bolsillo izquierdo de su pantalón. Al otro lado de la valla, un animal aguardaba anhelante su presencia. Hacía ya mucho rato que sabía que él está allí. Le sintió incluso antes de que se aproximase a la casa, puede que incluso antes de que saliese de la suya. Movía el rabo torpemente pero con firmeza. Estornudaba, daba vueltas sobre sí mismo y se detenía a observarle de nuevo. Se sentaba, se levantaba y de nuevo vueltas y estornudos.

- Ya voy, cabezón.

Ismael logró meter la llave en el gélido candado y abrió la cancela. El perro gruñía de felicidad, una mezcla entre ladrido y ronroneo. Un curioso sonido que sólo podía hacer Gigante cuando se reencontraba cada día con sus compañeros.

El hombre penetró en el cercado y acarició al animal. Ya no llevaba el plástico protector del cuello. Por fin se lo habían quitado. Ahora sólo le faltaba el armatoste de la boca y que se le concediese el tercer grado. Porque él necesitaba vivir pegado al culo de Ismael para ser feliz. Necesitaba pasear con la pequeña Paula todas las tardes y poder acudir corriendo a saludar a Elena cada mañana. Y ya está. No quería más. Tan poca cosa no se le podía negar.

Ismael se acercó al pequeño techado que había construido para Gigante y buscó el recipiente de la comida. Lo localizó, volcó un pequeño saco de pienso sobre él y lo llenó. Luego extrajo una capsula de su bolsillo, junto con un trozo de carne envuelta en papel de aluminio, lo desenvolvió, hundió el comprimido en su interior y se lo dio a Gigante, que lo engulló sin masticar. Tragó varias veces y se relamió otras tantas. Empezaba a estar entero de nuevo y sus movimientos volvían a ser los de siempre. Torpes pero saludables. Ismael exploraba su cuerpo cada día, palpando con fuerza las zonas que habían sido dañadas y observaba con gran alivio cómo el animal dejaba paulatinamente de quejarse.

Se arrodilló a su lado y le agarró la cabeza. Gigante respondió moviendo la cola y tratando de subirse sobre el cuerpo del hombre. Éste le reprendió y el animal se sentó de nuevo sobre sus cuartos traseros, agachando las orejas. Comprobó el estado del aparato dental. No se había movido y eso era bueno. Su mandíbula parecía estar en perfectas condiciones. Esta semana llamaría a Carlos para pedir cita en la clínica y que él mismo comprobase su evolución. Con un poco de suerte dentro de unos días todo habría terminado al fin. Únicamente su ojo ciego se encargaría de recordarles que aquello fue real. Que un día alguien trató de matarle a base de golpes y no lo consiguió, pero dejó su firma para que nunca lo olvidasen. Carlos le quitaría el parche, pero su párpado permanecería cerrado para siempre y eso podría ser un problema a la hora de buscarle un nuevo hogar. Porque Gigante ya no era un cachorro. Ahora no sólo era un perro adulto, sino que también estaba un pelín destartado.

Y Leonor no había vuelto a pronunciarse sobre el tema desde su última conversación con Ismael, pero aquel mar ya llevaba demasiado tiempo en calma y algo en el interior de su estómago le decía que tuviese mucho cuidado con las aguas mansas. Sobre todo con aquellas que nunca lo habían sido, porque las personas no cambian de la noche a la mañana. Mucho menos las que creen que su posición les confiere un salvoconducto con el que pueden permitírsele todo.

Ató una correa al cuello del perro y abrió la verja. Gigante corrió hacia la salida trotando por el barro sobre sus pesadas patas, y una vez fuera aguardó a que su amigo cerrase la puerta al salir.

- Hoy daremos un paseo- guardó la llave del candado en el interior de su bolsillo y observó el gris del cielo- Tú no te mojas tan fácilmente, pero yo sí. Así es que no nos alejaremos demasiado, no vaya a cogerme el agua, que ya no estoy para correr.

Gigante ladeó ligeramente la cabeza, como si tratase de entenderle, estornudó de nuevo y brincó de manera desgarbada.

Caminó a su lado hasta que abandonaron la finca. Una vez fuera se pegó a él hasta llegar al campo, como siempre lo había hecho. Tal y como Ismael le había enseñado. Después el campo era todo suyo. Allí corría a sus anchas cuanto quería, hasta que un familiar silbido le reclamaba.

Todo volvía a ser como antes y la felicidad invadía casi por completo su cuerpo canino. Porque todavía faltaba la pequeña Paula para que todo volviese a ser como siempre. Como antes de que el dolor físico y el miedo a la soledad se cruzasen en su camino.

Carmen llevaba durmiendo con Valeria desde el sábado de marras. Rafa seguía enfadado y ella se había cansado de sentir el peso de una culpa que nunca

fue suya sobre los hombros. Si él no hubiese actuado de aquella manera tan infantil, probablemente, sí se sentiría culpable. Pero Rafa había pretendido condenarla por un delito que no había cometido y por ahí no estaba dispuesta a pasar. O puede que no se atreviese a enfrentarse con él. Puede que tuviese que agachar la cabeza y reconocer que tenía razón. Que había faltado a su confianza y que fingir estar enfadada era mejor que claudicar. Puede que el dueño de aquellas cartas y aquellas flores, finalmente y sin saberlo, estuviese empezando a lograr su objetivo. No podía evitar pensarlo. Rafa la amaba demasiado, pero no cedería ante algo así. Ella lo sabía porque nunca le había visto actuar de aquel modo tan distante. Nunca tanto ni durante tanto tiempo.

Ese mismo martes ella trató de hablar con él. La niña había preguntado demasiadas veces qué pasaba y así no podían continuar. Pero ese mismo martes él no quiso. Le dijo que mañana hablarían y se marchó a la cama con su hija. Jugó con ella como cada noche, esquivó sus incómodas preguntas y le contó un cuento. Después se metió en su cama y permaneció despierto hasta bien entrada la madrugada. Ella no vino. Ella se acostó con su hija porque él no había querido hablar con ella, y permaneció despierta hasta bien entrada la madrugada...y él no vino. No mientras ella estuvo despierta. Más tarde, mucho más tarde, cuando la noche era ya demasiado vieja para preguntarle la hora, Rafa se coló sigiloso en la habitación de Valeria sólo para verlas. Para poder mirar el rostro perfecto de su preciosa mujer sin que ella lo advirtiese. Para llenarse de oxígeno antes de morir si no volvía a verla. Y allí permaneció, mirándola fijamente, tanto tiempo que casi se quedó dormido de pie. Se marchó de nuevo a su cama, a soñar que todo se arreglaría, que su mujer nunca volvería a mentirle y que su confianza regresaría para quedarse en el mismo lugar en el que siempre había estado.

Unas horas antes, de nuevo ese mismo martes, Elena y su hija cenaban una hamburguesa mientras veían una película de dibujos animados en el canal infantil. Ambas sentadas en el sofá, con una servilleta sobre las piernas y la hamburguesa entre las manos. Paula miraba atentamente la película. Tanto que a veces se olvidaba de masticar y permanecía un buen rato con la boca medio abierta y una bola de comida hinchando su mejilla. Elena masticaba con ahínco y observaba embobada la superficie de la mesita del salón mientras buceaba en el interior de sus pensamientos.

No había vuelto a hablar con Alex desde los mensajes del domingo. Mañana se verían de nuevo y se suponía que no habían quedado al modo "cita". Se suponía que sería un breve encuentro para tomar un café y devolver la camiseta a su dueño. Pero ella estaba tan nerviosa como siempre. El grado de romanticismo con el que se programasen sus encuentros, a su estómago le era completamente indiferente. Ella sólo podía pensar en el momento de su última

despedida. En la manera en que enmudeció y en cómo se marchó sin poder decir absolutamente nada. ¿Y si mañana le sucedía de nuevo lo mismo? ¿Y si su problema era que se bloqueaba cuando estaba con un hombre? Si pensaba en ello le subía la temperatura de todo su cuerpo y su cara se teñía del color de su propia sangre. Intentó pensar en otra cosa o se atragantaría con la hamburguesa. Así pues, dejó su mente en blanco y trató de seguir el hilo de la película.

Cuando terminaron de cenar se tumbaron en el sofá, como siempre. Mamá sentada con los pies sobre la mesa y Paula estirada con la cabeza apoyada en las piernas de mamá, bien tapada con una manta.

Elena se quedó dormida. Se despertó porque su sueño la empujó hacia afuera, como siempre. Abrió los ojos de repente y buscó inquieta a su pequeña. Estaba allí, la cabecita sobre sus piernas. La película ya había terminado. Parpadeó. Estaba asustada, pero ¿por qué? Miró la hora en el pequeño reloj que descansaba sobre la estantería de la pared a su espalda. Las doce y media de la madrugada. Y Paula mañana tenía cole. Menos mal que no se despertaría cuando la llevase a la cama. En la televisión anuncios de juguetes. Se aproximaba la Navidad.

Lentamente comenzó a incorporarse y de nuevo una sensación de miedo enfrió su piel. Sintió cómo se le erizaba el bello. Se dejó caer y se frotó el rostro con las manos. Era el sueño. Había soñado con algo que la había asustado y ahora no conseguía recordarlo. Sin embargo una parte de su subconsciente sí lo hacía. Abrió los ojos y trató de exhumar el recuerdo dirigiendo su mirada hacia la izquierda y frunciendo levemente el ceño. Entonces las imágenes del sueño se proyectaron en su mente, primero despacio y luego veloces como un rayo, y allí se plasmaron con una claridad absoluta.

Alguien las perseguía por entre los árboles de un frondoso bosque. Querían llevarse a su pequeña. Elena corría con su hija de la mano, aterrorizada, esquivando a su paso la maraña de árboles que obstaculizaban su camino. Se escondían en un hueco bajo un enorme arbusto y se abrazaban. Alguien gritaba tan fuerte que el sonido retumbaba en sus oídos. ¡Lucas! Lo siguiente fue que despertó.

Las pesadillas asustan de igual modo a adultos y a niños. Resulta difícil deshacerse del miedo con el que uno se despierta de un mal sueño. Pero cuando se es adulto, se supone que ese miedo se controla, a no ser que el sueño provenga de un miedo real y que ese miedo real provenga a su vez de un sueño anterior. Y que ese sueño, ese mal sueño, se viviese de un modo parecido al nuevo, porque en el primero aparecía un vestido ensangrentado de Paula y el nombre de Lucas. En el segundo alguien quería hacer daño a Paula y alguien gritaba el mismo nombre. Un nombre desconocido con el que la pequeña también había soñado.

Miró rápidamente a la niña, buscando indicios de que ella también estuviese viviendo una pesadilla en ese mismo instante. Pero su rostro parecía tranquilo y eso le devolvió un poco de serenidad. Aunque de momento su miedo no desapareció, ver a su hija tranquila le hizo pensar que probablemente, su sueño de aquella noche no fuese más que una secuela del miedo que provocó el anterior en su momento. Es habitual que las cosas tarden un tiempo en aparecer. El subconsciente las almacena y cuando le parece, las saca a pasear.

Respiró todo lo hondo que pudo dos o tres veces y se levantó con cuidado. Con ese mismo cuidado cogió a su hija en brazos y la llevó hasta la cama. La metió entre las mantas y la arropó con cariño. Se incorporó y la observó durante un instante. Seguramente seguía buscando algún indicio de pesadilla, pero su rostro mostraba la misma serenidad que antes. Podía ir al lavabo tranquila.

Fue al lavabo, pero no muy tranquila. Encendió la luz de la cocina para cruzar la salita y no cerró la puerta mientras se lavaba los dientes. Cuando terminó no pudo evitar detenerse a mitad de camino y retroceder hasta la ventana para mirar a través de ella.

La noche que vio más allá del cristal no le gustó. Era fría, gris y húmeda. La niebla cubría levemente la calle, difuminando los solitarios contenedores de basura. Le dio repelús y pensó que no debería haberse asomado. Dio media vuelta y se dirigió hacia la habitación. Entró en ella, apagó la luz de la salita-cocina y cerró la puerta. Se sentó en la cama y se quitó las zapatillas. Entonces le pareció escuchar un ruido y súbitamente se volvió en dirección a la ventana. Estaba cerrada con la persiana bajada. Habría sido la niña o su maldita imaginación. Se metió en la cama y se tapó, se acurrucó junto a su hija y sacó la mano para apagar la luz. Entonces algo captó su atención, pero esta vez no fue un sonido. Algo que su cabeza advirtió como nuevo en el decorado de aquella estancia. Lo detectó una especie de instinto a través del rabillo del ojo. Allí había algo que antes no estaba. Tragó saliva y muy lentamente fue girando la cabeza, con el miedo, ahora sí, agarrado a su piel como millones de garfios queriendo atravesarla. Sus ojos, tan abiertos como dos discos de vinilo, buscaron el origen de la anomalía que su sexto sentido acababa de detectar. Y cuando lo encontró se detuvieron. Se detuvo todo. Su pulso, el tiempo y la circulación de su sangre, porque allí, tendido sobre la mesita de noche, en el lado de la niña, como si la llevase observando demasiado tiempo, como si disfrutase burlándose de ella, como si la mirase riendo... descansaba el libro.

Una de la madrugada...

Dos de la madrugada...

Continuaba en el mismo sitio, sin poder moverse, sin poder dormirse, y sin

atreverse a perderlo de vista. El silencio taladraba sus oídos y el tiempo dejó de ser importante. Necesitaba desbloquear su mente. No podía quedarse así toda la noche. Petrificada física y mentalmente. Pero tampoco se marcharía de allí sin su hija. Ni siquiera para beber agua o hacer pipí. No la dejaría sola con esa cosa ni un segundo. Se mearía encima y se moriría de sed.

Sólo quería sacarla de allí, pero ninguna de las opciones que barajaba le resultaba factible. No podía presentarse a las dos de la mañana en casa de Sofía sin una excusa razonable, y por más vueltas que le daba, no se le ocurría nada que pudiese servirle. O podría llevarla con Carmen, pero para eso tendría que sacarla a la calle. A la fría y solitaria noche. Llevarla hasta el coche, conducir, aparcar de nuevo a saber a qué distancia y cargar otra vez con ella. La niña se despertaría y se asustaría. El remedio sería peor que la enfermedad. Desde luego la solución más simple parecía llevarla al sofá y acostarla allí. La idea no le gustaba, pero su segunda opción pasaba por despertar a sus vecinas y mentirlas. Hacer lo segundo no le preocupaba. Estaba más que acostumbrada a hacerlo. Despertarlas en mitad de la noche, sí.

Tenía que decidirse, o el sueño lentamente le vencería. Porque el miedo era mayor que el sueño, pero dentro de poco los niveles empezaban a cambiar. Arropada como se encontraba y a esas horas de la noche, no tardaría en aparecer el sopor. De hecho, sus ojos ya empezaban a parpadear más de la cuenta y ya llevaban así más tiempo del que ella creía, porque ahora sus parpadeos eran cada vez más lánguidos y pesados.

Y sin darse cuenta se quedó dormida de nuevo, y de nuevo algo la obligó a salir del sueño con un fuerte empujón. Esta vez fue un grito muy agudo y real. ¡Lucas!

Elena abrió los ojos todo lo que su piel le permitió y de un salto se sentó en la cama mirando en todas direcciones, sin recordar qué era lo que tenía que buscar. ¡El libro! dirigió su torpe mirada en dirección a la mesita. Allí estaba, en el mismo sitio e idéntica posición, como aguardando algo...o alguien. Luego miró hacia su hija, y de repente, su pulso se aceleró de nuevo, aumentando de intensidad. La pequeña Paula miraba a su madre con los ojos anegados en lágrimas. Elena la abrazó con fuerza y sintió unas terribles ganas de acompañarla en su llanto. Saldrían de allí cuanto antes.

- Tranquila, cariño- la acunó mientras la mecía en sus brazos- Sólo ha sido un sueño.

- ¡Querían cogermé, mamá! - gemía, respirando con torpeza- Nos perseguían por un bosque que me daba miedo. ¡Lucas quería hacerme daño!

A Elena se le congeló la sangre en el interior de sus venas.

Cerró los ojos y la apretó con más fuerza. Poco a poco empezó a sentir

cómo la ira se iba apoderando de ella. Penetró paulatinamente a través de su riego sanguíneo y se dispersó por todo su cuerpo. Abrió los ojos sin dejar de abrazar a su pequeña y miró con una descomunal rabia y exacerbado asco al objeto que yacía inmutable sobre la superficie de la mesita.

- Puto trasto, acabaré contigo. Lo juro- le susurró, apretando los dientes con toda su fuerza.

Después se levantó sin pensarlo, cogió a su hija en brazos y se dirigió hacia el exterior de la habitación. Despertaría a Sofía y mañana ya vería qué hacer. Abrió la puerta del cuarto y se preparó para salir de allí. Entonces Paula pudo ver el libro.

- ¡Mamá! - gritó nerviosa.

- No pasa nada. Dormiremos en casa de Sofía.

- ¡No mamá! ¡Mi libro! - insistió al tiempo que estiraba los brazos en dirección al objeto.

Elena frunció desmesuradamente el ceño, pero hizo caso omiso a su hija y salió de su piso sin soltarla. Se plantó frente a la puerta de sus vecinas y sin detenerse a pensarlo de nuevo, pulsó el timbre. Paula sollozaba con la cabeza hundida en el cuello de su madre. Al cabo de un largo minuto la puerta se abrió. Sofía, con los ojos medio cerrados, apareció al otro lado.

- ¿Qué sucede, cariño?

La niña levantó la cabeza y miró a la anciana. Cuando Sofía vio su cara, se le encogió el corazón.

- ¡Mi niña! - alargó los brazos para cogerla y la niña se inclinó hacia ella. Elena se la entregó con cuidado- ¿Qué le pasa? - preguntó nerviosa.

- Hemos tenido una noche horrible. Paula tiene muchas pesadillas y ya no sé qué hacer. He pensado que podríamos...

- ¡Pero pasa!- la interrumpió. -Dormiré con mi hermana y vosotras en mi cama.

- Podemos dormir en el sofá. No se moleste, por favor.

- Ni hablar. Ahora mismo cambio las sábanas.

Elena entró en la casa y cerró la puerta. Había olvidado cerrar la suya, pero en aquella finca eso no era un problema. Y no volvería atrás. Porque si quería cerrarla, primero tendría que entrar a buscar las llaves y eso era algo que no estaba dispuesta a hacer.

- No hace falta que cambie las sábanas, Sofía. Estoy segura que están limpias. Ya nos conocemos muy bien.

- Y bien poco me cuesta. Mañana me echo una siesta mientras veo la novela.

Dejó a la niña en el sofá y se encaminó hacia la habitación. Elena la siguió.

Si se había empeñado en cambiar las sábanas, nada de lo que ella dijese lograría hacerla cambiar de opinión. Lo mejor sería ayudarla y acabar cuanto antes.

Sofía no preguntó. Si las chicas necesitaban un sitio donde dormir, allí tenían uno el tiempo que hiciese falta y ella jamás diría nada que pudiese importunarlas. Lo más importante era que la pequeña Paula estuviese a salvo de cualquier cosa. Pero algo le decía que aquello no eran sólo unas simples pesadillas. Que Elena era una mujer demasiado fuerte como para dejarse asustar por los sueños de un niño.

Terminaron de hacer la cama y Sofía quiso arropar a su niña. La llevó hasta la habitación y la acostó, le dio un cariñoso beso en la frente y se despidió de Elena. Cerró la puerta lentamente y marchó a la cama con Emilia que, sin su sonotone, no se había enterado de nada. Trataría de no despertarla. Con suerte, hasta mañana por la mañana no tendría que darle explicaciones.

Elena ya respiraba tranquila. Habían conseguido salir de allí y eso era lo que más importaba ahora. Lo demás lo solucionarían con la luz del sol. Eso siempre ayuda. Eso y Carmen. La llamaría desde el trabajo en cuanto pudiese.

Abrazó a su hija y besó su pelo. La niña se dio la vuelta y su madre se sorprendió al verla despierta.

- Duérmete que mañana hay que ir al cole, mico- le acarició suavemente la cara- No creas que vas a librarte.

- Mamá...

- Dime.

- No tienes que tener miedo del libro. Es bueno.

Elena se tensó nuevamente.

- Ya hablaremos de eso- quiso dejarlo correr.

- Él nunca se separará de mí. Tienes que entenderlo.

- Basta, Paula. Por esta noche ya hemos tenido suficiente.

La pequeña cerró los ojos y bostezó. Luego habló de un modo casi inaudible.

- Nunca se separará de mí...- y se durmió cobijada entre los brazos de mamá.

Y mamá durmió abrazada al cuerpecito de su hija, sin soltarla ni un instante. Si soñó o no nunca lo supo. Simplemente se dejó llevar al otro lado. No podía hacer otra cosa. Tal vez tratar de pensar un poco más. Y tratar de entender por qué...por qué había vuelto a suceder. Por qué de nuevo habían soñado lo mismo, por qué de nuevo ese nombre, por qué otra vez el libro, por qué no la dejaban tranquila de una vez...Por qué...por qué...

25. QUE SE JODAN...

La noche transcurrió fugaz como una ráfaga suave de viento. Protegida por el calor del hogar de Sofía, Elena durmió como hacía tiempo que no lo hacía. Sin alteraciones del sueño, ni despertares cada cierto tiempo para sentir cualquier cosa que a su mente se le antojase. Nunca bueno, por supuesto. Y como tenía demasiado donde elegir, apenas se sorprendía ya. Se limitaba a conducir los pensamientos a empujones hasta la papelera de reciclaje. Allí se almacenaban, se situaban nuevamente en la cola y aguardaban impacientemente su turno como una manada de niños alrededor del tobogán. Salvo hoy, que parecían no haber logrado traspasar las fronteras de aquella casa.

A las ocho de la mañana aún dormía como un tocón. La luz del amanecer apenas se filtraba por la ventaba. Su habitual inquilina padecía de sueño ligero. El mal de los mayores, como decía Pilar, y se aseguraba de que la claridad del alba no hiciese las funciones de despertador, cubriendo las posibles filtraciones que pudiesen penetrar a través de la persiana con una gruesa y opaca cortina. La oscuridad era prácticamente absoluta en aquel dormitorio, por eso tuvo que entrar a despertarla. Cabía la posibilidad de que tras la agotadora noche que habían vivido, no quisiera llevar a la niña al colegio, pero ella tenía que asegurarse. Entraría sigilosa como un gato y le preguntaría.

Y eso hizo. Abrió la puerta, penetró en la estancia y dejó una delgada abertura para poder orientar sus pasos. Caminó cautelosamente y se agachó despacio hasta situarse a poca distancia del rostro de Elena.

- Elena...- le susurró.

Elena no movió ni un músculo del cuerpo. Salvo los movimientos de rigor establecidos para respirar, el resto de su anatomía permaneció completamente inmóvil. Sofía volvió a intentarlo, esta vez con un poco más de intensidad.

- Elena...- acompañó a su voz con un suave toque en el hombro.

Elena abrió los ojos y buscó, laxa y aturdida, la procedencia de aquella voz tan agradablemente familiar. Su mirada se encontró con el rostro de Sofía y sus cejas se alzaron, arrugando la frente. La mujer la miraba con una sonrisa de disculpa pintada en su cara.

- Sofía- se desperezó- ¿Qué sucede?

- Son las ocho, cariño. Podéis dormir todo el tiempo que queráis, pero no sé si vas a llevar a la niña al colegio.

Elena la miró unos segundos sin entender. Al cabo comprendió y terminó de despertarse. Parpadeó, se frotó los ojos y se incorporó.

- Sí. Gracias por despertarme. No me hubiese levantado en todo el día.

La mujer sonrió satisfecha.

- Voy a preparar el desayuno. Tú ves despertando a la pequeña.

Sofía se dirigió hacia la puerta.

- No es necesario...

¿Por qué no? Se interrumpió a sí misma. Eso era lo que les hacía felices.

Desayunaron las cuatro juntas. Emilia untaba mantequilla sobre una tostada mientras escuchaba atentamente como Paula le relataba el episodio de la pasada noche. Había soñado cosas muy feas que la habían hecho llorar y mamá se había asustado y entonces la había cogido y la había traído a su casa...

-...pero tú estabas dormida y como no tenías puesto el aparato de la oreja, pues no me oías...

- Vaya...- se lamentó Emilia. - Tendré que dormir con el altavoz a partir de ahora.

- No hace falta. Tú puedes dormir porque eres más abuelita y tienes que dormir más- la tranquilizó y añadió- Además, ahora ya tengo mi libro. No nos pasará nada.

Elena dio un respingo al oír aquello.

- ¿Tienes un libro nuevo? - preguntó Emilia.

- Sí- Paula miró a su madre de reojo, de un modo que a ella le resultó completamente desconocido. Del modo en que la hubiese mirado un adulto. Y entonces le guiñó un ojo y sonrió.

Elena se estremeció y guardó silencio. Levantó la vista y vio a Sofía, que la observaba sin perder detalle. La mujer mostraba una expresión seria. Ella también lo había visto...

Cuando regresaron al piso la normalidad parecía haber vuelto a instalarse en todos los rincones. Su casa volvía a ser su casa pero vestida con la luz del día. Un traje bien distinto al que llevaba puesto durante la pasada vigilia.

Los platos sin fregar, la cama sin hacer y el libro sobre la mesita. Todo permanecía tal y como quedase antes de salir huyendo. Paula lo tuvo claro y nada más entrar corrió a reencontrarse con aquel extraño objeto. Elena trató de agarrarla del brazo pero la pequeña fue más rápida que su madre y la esquivó con demasiada facilidad. Se sentó en la cama, agarró el libro con una ternura que erizaba el bello y lo colocó sobre sus pequeñas piernas. Acarició la portada como si fuese su mascota y lo abrió.

Elena la observó desde el pasillo sin mediar palabra. Sin saber qué debía sentir o si debía hacer algo. Y si era algo lo que debía hacer, francamente, ya no sabía el qué. Hacerlo desaparecer estaba claro que no. Le gustase o no, eso era

imposible. Se rascó la nariz y pensó. Hasta la fecha nadie había probado a rociarlo con sulfumán. Podría intentarlo. Cuando la niña no estuviese, por supuesto. Pero algo le decía que esa batalla tampoco la ganaría. Que fracasaría como lo hizo la noche en que trató de abrirlo, o las veces que había pretendido hacerlo desaparecer. Pero había otras opciones que aún no había barajado. Por ejemplo, tratar de unirse al enemigo. Desde luego esa cosa era más inteligente que ella, aunque admitirlo le produjese migraña punzante severa. Tal vez lo aconsejable fuese procurar un acercamiento. Entró en la habitación y se sentó junto a su hija, acarició su pelo y enganchó un mechón detrás de su oreja.

- Oye, mico- le habló cariñosamente.

La pequeña levantó la vista y miró a su madre. Elena habló con suma franqueza. Era todo lo que le quedaba en ese momento para poder enfrentarse con aquella esperpéntica situación.

- Necesito saber qué es eso- señaló al libro- porque tengo miedo de que pueda hacerte daño, ¿entiendes?

Paula cerró el libro, lo mantuvo sobre sus piernas y habló de nuevo con esa extraña y pasmosa serenidad que la envolvía cada vez que se reunía con aquel curioso objeto.

- Claro que te entiendo, mamá. Y quiero que dejes de tener miedo. Te prometo que te lo contaré todo y que nunca me pasará nada- Después sonrió y le susurró emocionada- A mí no puede pasarme nada...

Ese mismo miércoles a las siete de la tarde, en casa de Carmen.

- ...a mí no puede pasarme nada. Y se queda tan tranquila. La he vestido, la he llevado al cole... y hasta ahora.

Carmen sostenía un cigarro apagado a la altura de los labios con la mano izquierda y con la derecha un mechero atascado, a medio camino de ser encendido. En su cara un semblante de máximo estupor desde el principio hasta el final de la historia. Elena acompañaba su relato con una humeante taza de manzanilla y el cielo del anochecer, pintado del gris más sombrío que encontró para la ocasión, amenazaba sobre sus cabezas con desplomarse de un momento a otro. Alguien pensó que aquel era el color que más pegaba con aquella historia y no se equivocó.

- Qué fuerte...- acertó a decir Carmen al cabo de un rato.

- Yo diría que fuerte no es la palabra- respondió Elena.

- Dame tiempo para que asimile todo esto y prometo buscar otra mejor.

- ¿Cuánto tiempo?

- No me presiones.

- Es que estoy acojonada.

- Lo sé, yo también.
- ¿Tú? Tú no tienes a un libro persiguiéndote incansablemente.
- Ni tú tampoco.
- Cómo que no? - Elena se irritó de súbito.
- No, Leni. El libro persigue a Paula.

Elena disparó una mirada amenazadora a su amiga, alzó el dedo índice y la apuntó directamente a la cara.

- Todo artefacto incapaz de raciocinar por sí mismo que persiga a mi hija, me persigue a mí por defecto- aclaró tajante.

Carmen alzó las cejas.

- Supongo que tienes razón- declaró.
- Vale... y entonces ¿qué hacemos?
- Rendirte.
- ¿Rendirme? ¿Cómo que rendirme?
- ¿Acaso es malo?
- ¿Rendirse?

- Rendirse a veces puede ser la solución, pero no me refiero a eso. Pregunto si el libro es malo para la niña.

Elena observó a su amiga en silencio con la boca abierta. Habló al cabo de unos segundos.

- Es asquerosamente paranormal, Carmen. No puede ser bueno.

- Desde luego no tiene pinta de ser muy normal, a no ser que alguien te esté tomando el pelo. Pero si es bueno o no, eso no podemos saberlo, Leni. La niña está perfectamente. ¿Estás segura de que Leo no ha vuelto?

- Si hubiese vuelto alguien lo habría visto. Dudo mucho que a Emilia se le escapase.

- Ya- Carmen se encendió el cigarro, le dio una calada y reflexionó un instante antes de continuar- ¿Quieres que te diga lo que haría yo?

- Si eres tan amable...- Elena apretó los labios en un gesto de impaciencia.
- Trata de quemarlo.
- ...quemarlo. Muy bien. ¿Ya está?

- No lo sé. Si eso es un trasto que alguien está utilizando para tomarte el pelo, arderá y punto. Pero tú sabes que lo más probable es que no lo sea...

- ¿Y tú qué crees que es? - preguntó nerviosa.

- Conozco a alguien que conoce a una vidente. Se supone que esa gente capta las energías raras y esas cosas ¿no?

- Ni idea- Elena se encogió de hombros.

- Bueno. Tú trata de quemarlo. Si es algún rollo infernal que vuelva a su casa.

- Te agradecería que no me asustases más de lo que ya estoy.
 - Tienes razón. Yo te ayudaré. En media hora tienes una cita ¿no?
 - No es una cita.
 - Lo que tú digas. Que Alex te acompañe a casa y te traes el libro cuando vengas a recoger a Paula. Intentaremos quemarlo aquí. Si no arde, mañana mismo consigo el número de la bruja Avería.
 - ¿Y qué pasa con los sueños? ¿Y el tal Lucas de las narices?
 - Eso es lo que me empuja a pensar que esa cosa no arderá- Carmen dio una calada a su cigarro. Algo se le ocurrió de repente – Puede que sea bueno y que esté tratando de avisarte de algo. ¿Estás segura de que no existió ningún Lucas en tu vida anterior?
 - Segurísima.
 - Piénsalo bien. Quizá lo hayas olvidado.
 - Nada me gustaría más que olvidar mi pasado, Carmen. No conozco a ningún Lucas.
 - Muy bien. No hay Lucas en el pasado, pero puede haberlo en un futuro y puede que el libro lo que pretenda sea prevenirte.
 - O puede que los sueños no tengan nada que ver con el libro. Puede que ahora esté dormida. O podría no ser más que la protagonista de un libro de terror.
 - En ese caso yo sería un personaje secundario- protestó Carmen.
 - Y el miedo no habría hecho más que empezar – continuó Elena, hablando más para sí misma.
 - Vamos a dejarnos de decir chorradas. Todo esto tiene que tener una explicación lógica, porque tú y yo no pegamos en un libro de terror. Esta noche lo quemamos y si vuelve a aparecer le llamaremos Fénix y le querremos como si fuese uno más de la familia. Y si alguien quiere asustarte que se joda porque no lo vas a hacer.
- Elena puso cara de interrogación y pestañeó.
- ¿No? - preguntó con recelo.
 - Por supuesto que no- afirmo categórica- Y ahora vamos a arreglarte un poco esas pintas de maruja al borde del suicidio.
- Elena trató de protestar.
- Sólo vamos a tomar un...
 - No me hagas perder un tiempo que no tengo. Andando...

26. PATOS SONRIENTES

Las ocho y cinco. Alex bebió un buen trago de cerveza directamente de la botella. Siempre de la botella, nunca del vaso. Echó un vistazo a su alrededor y sacó su teléfono del bolsillo. Habían quedado en la terraza, pero desde la barra se esperaba mejor. Porque uno puede estar allí apoyado tomando algo sin ser demasiado evidente que está esperando. Y no es que pase nada si se está esperando, es sólo que resulta bastante más tranquilizador no aparentarlo. Ciertamente ridículo, pero eficaz como protector de la autoestima.

Dejó el móvil a la vista y cogió de nuevo la botella de cerveza, golpeó suavemente la barra con el vidrio y bebió. Apretó los labios y tragó lentamente. Sostuvo la botella en el aire con los codos apoyados sobre la superficie de la barra y observó al camarero, por entretenerse. El barman secaba copas meticulosamente con un immaculado trapo blanco, levantó la vista de su tarea y le devolvió la mirada.

- ¿Todo bien? - preguntó educadamente al cliente solitario de la barra.

Alex asintió enfáticamente con la cabeza, antes de responder.

- Todo bien, gracias- y desvió la mirada hacia otra parte. Luego disimuló y buscó entre las mesas de la terraza algún indicio de Elena. Nada. Volvió a mirar la hora en el reloj de Alba. Las ocho y diez. ¿Se habría olvidado? ¿O había sido otra de las ideas de Carmen para hacerle esperar?

Terminó su cerveza y la levantó ligeramente en dirección al camarero. Éste dejó rápidamente su tarea y sacó otra bien fría de una de las neveras, la abrió con gesto resuelto y la colocó frente a él.

- Aquí tiene- añadió atentamente y retomó la faena.

Alex le dio las gracias, bebió un largo trago y miró su reloj por tercera vez.

- Si lo mira mucho se detiene- comentó el chaval con una tímida sonrisa.

Su acompañante le observó un instante y al cabo le devolvió la sonrisa.

- O lo miro a él o te miro a ti- bromeó. El barman se echó a reír.

- Mirarme a mí debe ser lo más aburrido que haya hecho hoy.

- No te quepa la menor duda- declaró, irónico.

- Créame que es más aburrido hacerlo que verlo- repuso el camarero.

- Me cuesta creerlo- afirmó Alex mientras alzaba la botella y se la llevaba a la boca – Tómame una, te invito- le ofreció antes de beber de nuevo.

El joven soltó una carcajada al tiempo que negaba con la cabeza.

- Ojalá pudiera. Nosotros somos como la guardia civil, caballero. No bebemos durante el servicio- contestó amablemente, luego levantó la vista y la dirigió en dirección a la entrada del establecimiento- Tampoco creo que tuviese

usted tiempo.

Alex observó el gesto del chaval y supo que alguien acababa de entrar en el bar. Dejó su cerveza sobre la barra y se dio la vuelta. Elena caminaba en su dirección, vestida con un elegante pero informal vestido color camel por encima de la rodilla y unas botas planas marrones oscuras. El pelo suelto por orden expresa de Carmen y un bolso cruzado a juego con las botas.

- Llego tarde. Lo sé- se acomodó en un taburete junto a él- Un zumo de piña, por favor- habló al camarero y acto seguido se dirigió hacia Alex- Lo siento- susurró.

- ¿Te ha obligado Carmen? - bromeó este.

- Olvidé coger tu camiseta y he tenido que volver a mitad de camino a buscarla.

- Has hecho bien. Te hubiese denunciado.

Elena sonrió y aguardó hasta que el camarero depositó frente a ella una elegante copa cargada de zumo. Entregó a Alex una bolsa con la camiseta perfectamente doblada en su interior y se bebió de una, más de la mitad del zumo. Su acompañante la observaba con atención. Dejó de nuevo la copa sobre la barra y se pasó la lengua por el labio superior. Fue un gesto inconsciente y demasiado sutil, pero a él le pareció de lo más sensual, y su glande, una vez más, pensó por él.

- No me has dado un beso- habló sin darse cuenta de lo que decía.

Elena abrió los ojos durante un segundo y lentamente se enfrentó con su mirada.

- ¿Uno? - preguntó ligeramente confundida.

- ¿He dicho uno? - sonrió con un aire travieso- Quería decir dos.

Y en ese instante ambos pensaron lo mismo. No exactamente igual. Cada cual desde la versión de su género. Ella pensó que no estaría mal haberle saludado con un beso. Uno dulce como el que recibió de su parte frente al portal de casa, justo antes de salir corriendo como un pavo en Noche Buena. Él pensó en su lengua. En la humedad con sabor a piña que su dulce boca le ofrecería si pudiese, en ese mismo instante, levantarse y morderla suavemente. Un único, largo y estremecedor beso con el que exprimiese lentamente todo su sabor. Y su pensamiento hubiese ido mucho más allá si ella no se hubiese incorporado en ese momento para darle dos besos. Dos cordiales y respetuosos besos repartidos a partes iguales entre sus dos mejillas. Y nada más. A continuación se sentó de nuevo y acabó su zumo, se limpió, esta vez con una servilleta, y se volvió para mirarle. Cerró los ojos durante un segundo y respiró profundo.

- Te debo una disculpa- cuanto antes mejor. Pensó. Alex pestañeó y alzó las cejas, confundido.

- ¿En serio? - respondió.

- Ciertamente, sí.

- Bueno, - continuó él- lo cierto es que me has puesto bastante nervioso cuando has entrado. Pero no tienes que disculparte por eso.

Elena se sonrojó tanto que tuvo que apartar su mirada y dirigirla al frente, allí donde un espejo de pared le devolvía su propia imagen. Se observó a sí misma durante un instante. Tenía que admitirlo. Últimamente a ella también le gustaba lo que veía cuando miraba su reflejo.

Alex sonreía sin dejar de mirarla. Ella agachó la cabeza y se volvió de nuevo hacia él.

- El otro día me comporté como una imbécil.

Él la observó con el ceño fruncido. Le llevó un instante comprender a qué se refería, pero no fue difícil deducirlo. Bebió un largo trago de su cerveza, antes de responder.

- Supongo que te refieres a tu “no despedida” de la otra noche.

- No estuve muy acertada y lo siento. Pensé en decírtelo a través de un mensaje pero preferí esperar y hacerlo en persona.

Alex apoyó el codo sobre la barra e inclinó la cabeza, se rascó la nuca y se incorporó. Sonreía de aquella manera tan encantadora. La miró a los ojos durante lo que a ella le pareció un eterno segundo y después habló.

- No sé qué me pasa contigo, Elena.

Elena respondió abriendo los ojos. No parecía estar enfadado, pero aquello le sonaba a regañina o a alguna clase de sermón rollo “déjame en paz ya de una vez”. Aunque poco entendía del tema y no disponía de tiempo para llamar a Carmen y averiguarlo. Optó por esperar y aguantar lo que le viniese encima. Al fin y al cabo se lo merecía.

Pero Alex no continuó hablando. En su lugar se dedicó a guardar silencio y a mirarla como si no encontrase la manera de expresarse. Como si conociese algún secreto del que no podía hablar. Entonces Elena no pudo evitar ponerse nerviosa.

- Oye, Alex...- empezó y dudó antes de continuar- No tienes que preocuparte, te debía una disculpa y tu camiseta. Así es que ya no nos debemos nada. A partir de ahora tan amigos.

-Aún nos queda el japonés – la interrumpió.

Elena parpadeó aturrida. Eso sí que no se lo esperaba.

- ¿O es que pensabas escaquearte? - continuó – Yo sigo queriendo llevarte, si tú sigues queriendo ir. Por supuesto.

- Yo...- definitivamente ahora sí que estaba perdida.

- Contigo nunca sé qué pensar. Parece que sí y luego deja de parecerlo. Pero

te besé justo cuando parecía que no, y de nuevo no...y ahora ya no sé- se rascó nuevamente la nuca y sonrió de medio lado- Si saco la cuenta puede que gane el no-sentenció con fingido abatimiento.

Elena miro hacia el suelo. El ataque de nervios de los dos últimos viernes parecía querer abrazarla con fuerza. No se lo permitiría. Esta vez no. Ya era bastante mayorcita como para andar temblando en medio de una simple conversación. ¿Acaso ya se había olvidado de todo? No, claro que no. Ojalá fuese que sí, pero no lo era, y tener toda aquella mierda acumulada en su memoria debería servirle al menos para algo. Debería hacerla sentir más fuerte en determinadas ocasiones. En aquella ocasión, por ejemplo. Hablaría claro, tanto si a él le parecía bien, como si no.

- ¿Y tú qué es lo que quieres? - le habló con serenidad enfrentándose a su mirada.

- Pues...no sé...conocerle, charlar. El viernes pasado estuve genial contigo. Y luego te fuiste de aquella manera... supongo que hay algo en tu pasado que te empuja a comportarte así. Pero creo que no hubieses accedido a tener una cita conmigo si, sea lo que sea, no estuviese superado. O puede que lo estés intentando, no lo sé...y no sé qué pensar. Me gustas, Elena. No puedo decirte nada más.

- Prefiero no hablar de mi pasado- pero ¿de qué estaba hablando ahora? ¿De dónde había sacado esa teoría? ¿Por qué no la dejaban en paz de una vez por todas?

- Lo siento. Sólo intentaba comprender tu comportamiento. Yo...

- Se llama vergüenza- le interrumpió visiblemente molesta

- Podemos analizar el tema en profundidad o puedes buscar información en Google. La Wikipedia, la RAE, hay varios...

- ¿Te gusto yo a ti? - esta vez fue él quien interrumpió la conversación, de manera amable, sin pretender nada más que una simple respuesta.

Elena le miró ahora con la boca abierta, sin saber qué decir. Sus mejillas se tiñeron repentinamente de un ligero rubor y las comisuras de sus labios se alzaron en una sonrisa imposible de ocultar. Todo un poema a los ojos de Alex que, sin pensarlo ni un segundo más, se incorporó del taburete y se acercó hasta ella. Sujetó su cara con una mano y la otra la deslizó por detrás de su cabeza, alzándola desde la nuca. La miró a los ojos durante un instante y abrió la boca buscando el beso que tanto había deseado. La besó suave y lentamente saboreando y mordisqueando su lengua como si quisiera extraer todo el aroma de su cuerpo. Elena se dejó hacer. Durante el tiempo que duró, no pudo pensar en nada más allá de las sensaciones que estaba experimentando. Su cuerpo parecía querer desvanecerse y pensó que le daba igual. Que aquello era lo mejor

que su anatomía había sentido jamás...y que quería seguir haciéndolo. Que cerrasen el bar si querían. Mañana, cuando lo abriesen de nuevo, ellos seguirían allí, en el mismo sitio y con sus lenguas entrelazadas de aquella manera tan agradable.

El joven camarero, que en ese momento regresaba de recoger una de las mesas de la terraza, retrocedió al encontrarse con aquella imagen, como si él mismo fuese un extraño pretendiendo invadir un espacio ajeno. Durante un par de minutos se entretuvo limpiando la superficie de algunas mesas al azar.

Alex continuó sujetando su rostro con ambas manos cuando acabó de besarla. Y continuó sosteniendo su mirada mientras seguía pegado a su boca, esta vez con suaves y cortos besos. Luego la soltó y acercó su taburete al de ella, se sentó y sonrió. Ella no diría nada y él lo sabía. Acarició su mejilla y habló.

- Entonces, ¿hay japonés?

Caminaba ligeramente más rápido de lo habitual, y eso que lo habitual era que caminase bastante ligera. Pero había demasiado que contar y mucho por hacer. Por no mencionar la hora que era. No sería para tanto de haber sido viernes en lugar de miércoles. Las diez menos cuarto. Era urgente llegar a su destino porque Paula ya habría cenado y lo más probable es que estuviese a punto de caer dormida en el sofá. Y en casa de Carmen aún no habían arreglado lo de sus problemas con el amante penitente, por lo que no sería bueno dejarla a dormir allí. Pero Alex la había acompañado a casa y una vez en el portal no habían encontrado el momento de despedirse definitivamente.

Porque despedirse requería el cese del besuqueo y por defecto la separación de sus lenguas. Y podría haberse ahorrado el tiempo del paseo desde su casa hasta la de Carmen, de haber ido directa a buscar a la niña. Pero habían quedado que recogería el libro para intentar quemarlo. Que si no ardía, se convertiría en una especie de mascota a la que acariciar el lomo y lo llevarían a una vidiente para que todo fuese oficialmente raro.

Pero eso a ella se la traía al fresco. La vida, después de darse un buen lote con un hombre como Alex, se veía de otra manera. De un color mucho más bonito. Los libros raros ya no lo eran tanto. Ahora eran curiosos. Amigos misteriosos que, por diversas y pueriles causas, se les vinculaba de forma cruel e injustificada con extrañas pesadillas y nombres de aquellos que ni siquiera existían. Un buen puñado de tonterías derivadas de una vida insustancial y soporífera. Aquello que ya no era. Porque ahora era una mujer besada. Y bien besada. Ahora caminaba vestida con la agradable sensación de tan agradables besos.

Y por fin llegó a su destino. Tocó al timbre y el zumbido que abría la cerradura de la puerta se escuchó como respuesta. Elena la empujó y corrió al

ascensor. Dos minutos más tarde entraba por la puerta. El dúplex estaba en silencio. No había nadie en el salón y se dirigió a la cocina.

- ¿Hay alguien? - preguntó mientras abría la puerta.

Carmen y Rafa charlaban tranquilamente, sentados frente a la isla central. Tomaban algo, probablemente unas infusiones.

A Elena el corazón le palpitó de nuevo con fuerza. No parecían estar enfadados y aquello sería la guinda que coronaría ese día como uno de los más felices de su vida. Ambos la miraron y Carmen abrió la conversación.

- Se ha quedado dormida. Mañana podrás dormir un poco más. No pienso despertarla, te pongas como te pongas.

- ¿Tienes el libro? - Rafa se levantó y avanzó hacia ella. Elena se lo entregó.

- No sé si quiero quemarlo- confesó.

- ¿Por qué no? - Rafa la miró atónito y después centró su atención en el libro.

- ¿Qué tal tu cita? - preguntó Carmen.

- ¿Habéis cenado ya? - preguntó Elena.

- ¿No has cenado? - fue la respuesta de Carmen.

- Lo sacaré a la terraza- Rafa se dirigió a Carmen- Déjame el mechero.

Elena abrió la nevera, extrajo una fiambarrera con diversos embutidos y la depositó sobre la isla, sacó un poco de cada y lo colocó en un plato. Guardó la fiambarrera de nuevo y se sentó con un trozo de pan. Carmen sacó un mechero del bolsillo de su pantalón y se lo entregó a Rafa antes de hablar.

- ¿No piensas responderme?

- ¿Cuál es la pregunta?

- Ya sabes cuál es la pregunta.

- Es evidente que no he cenado.

Carmen la miró detenidamente y entreabrió los ojos.

- ¿Y ese color?

- ¿Qué color? - preguntó Elena con la boca llena.

- El de tus labios.

Elena se sorprendió.

- ¿Qué color tienen mis labios?

Rafa se acercó para mirarla más de cerca y se echó a reír. Elena desplegó los ojos y dejó un instante de masticar mientras miraba a Rafa con expresión de boba. Éste negó con la cabeza al tiempo que sonreía y salió de allí con el libro. Las dos amigas se quedaron a solas. Carmen sonriendo de oreja a oreja y Elena tratando de ocultar su sonrisa al tiempo que metía entre el pan un pedazo de salchichón.

- Entonces bien, ¿no? - apuntó Carmen. Se incorporó y caminó en dirección

a un armario, abrió uno de los cajones y rebuscó hasta que dio con un pequeño tarro de crema hidratante.

- Mmm hum- respondió Elena.

Carmen regresó junto a su taburete y colocó el tarro frente a su amiga, al tiempo que se sentaba de nuevo.

- Esta noche no me vas a hacer lo de siempre.

- No sé qué es lo de siempre.

- Sabes perfectamente a qué me refiero. Desembucha o te rebano el pescuezo.

Elena terminó de masticar y tragó su bocado de manera teatral y exagerada. Se llevó la mano derecha al cuello.

- ¿El pescuezo es la parte delantera o la trasera del cuello? -bromeó.

- Ese dato carecerá de importancia cuando estés muerta. Empieza a hablar ahora mismo.

- Hecho- Elena levantó las manos en señal de rendición-Prometo contártelo todo si me cuentas tú primero qué ha pasado con vuestro mosqueo.

Carmen la miró seria, como un padre severo que decide claudicar antes de disparar una buena bofetada.

- Hemos decidido que un tocachuevos no condicionará nuestro matrimonio. Nos hemos pedido perdón y hemos quedado para amarnos como locos en cuanto te largues de aquí. Lo que no sucederá hasta que no me cuentes qué ha pasado esta noche con Alex. Si me quieres tanto como dices, hablarás y saldrás corriendo.

Elena apretó los labios y entornó los ojos.

- Había pensado quedarme a ver una peli con vosotros.

- ¡Habla! - gritó al tiempo que golpeaba la superficie de la isla con fingido gesto de enfado.

Elena dio un respingo y ambas se echaron a reír.

- No ha pasado nada- empezó- Sólo nos hemos besado-apartó lentamente el plato con los restos de embutido hacia un lado y apoyó los codos sobre el mármol. Abrió las manos y juntó las yemas de los dedos, cerró los ojos y alzó las cejas- Durante mucho rato.

Carmen abrió los ojos de par en par y paulatinamente fue mostrando su perfecta dentadura al completo. Dos preciosos hoyuelos se dibujaron en sus flancos cuando soltó una sonora palmada en el aire.

- Bueno...- se contuvo de levantarse y ponerse a bailar. -Por algo se empieza. Un miércoles no da para mucho más, pero esto está bien. Está muy requetebién. ¿Qué te ha parecido?

- Agradable- respondió Elena, mientras llenaba un vaso con el agua de una

jarra de cristal.

La dilatada sonrisa de su interlocutora se petrificó al escuchar aquella singular manera de describir la imagen que acababa de proyectarse en su mente.

- ¿Agradable? - preguntó desconcertada.

- Sí, bueno...muy agradable- respondió y se bebió toda el agua del vaso. Lo depositó de nuevo sobre la isla y se secó la boca con el dorso de la mano. Luego observó la expresión incierta del rostro de su amiga. - ¿Qué? - inquirió.

- ¿Agradable? - insistió Carmen.

- Te has quedado atascada, chica.

- Acabas de romper en mil pedazos la imagen que tenía de vosotros dos dándoos el lote. ¿Cómo que agradable? Ese no es un calificativo apto para describir la sensación de enrollarse con un hombre.

- ¿Ah, ¿no? Entonces, ¿cuál es el calificativo adecuado para este particular acontecimiento?

- Cualquiera menos ese. Agradable es mi vecina. O tu vecina Sofía. O un masaje en los pies.

- ¿Muy agradable tampoco sirve? - Elena probó suerte.

- No sirve nada que contenga la palabra "agradable".

- Pues no sé de qué otra manera describirlo. Ayúdame tú.

- Yo no puedo ayudarte, Leni. - Carmen respiró profundamente por la nariz, mientras trataba de no dejar caer el repentino regocijo que había empezado a sentir. De repente una pregunta pasó por su mente. - ¿Te has excitado?

En el extremo opuesto de la isla central, Elena miró a su amiga detenidamente y sin pestañear. Carmen aguardó pacientemente la respuesta durante un largo minuto, pero la respuesta no llegó de ninguna manera. Ni con gestos ni con palabras. Elena, sencillamente, no se pronunció al respecto.

- Vale- Carmen suspiró. - ¿Entiendes a qué me refiero cuando hablo de excitarte?

- ¿Tan tonta parezco? Claro que te entiendo.

- ¿Entonces?

- Estoy pensado.

- No hay nada que pensar porque no es una decisión que tengas que tomar. Es muy simple. ¿Te has excitado o no?

- Creo que no- sentenció Elena al cabo de unos segundos. -Pero me ha gustado.

- Te ha resultado agradable- le corrigió Carmen.

- Muy agradable- puntualizó.

- Ya, ya...tú ponte esa crema en los labios dos o tres veces al día, anda.

No era el mejor sitio para quemar un libro, mucho menos uno de aquel tamaño. Si ese trasto ardía se formaría una buena humareda, y aunque se encontraba en la terraza, la idea de llamar la atención de aquella manera no le resultaba muy agradable. Pero una extraña sensación de derrota anticipada se acomodaba en su estómago.

Había vaciado la mesa de plantas y la había cubierto con papel de aluminio. El extintor descansaba sobre una silla y en su mano derecha, el mechero que le prestase su esposa. Por supuesto había intentado abrirlo por última vez. Por supuesto no lo había conseguido. Y ahora lo observaba allí tendido sobre el bruñido papel que cubría la superficie de la mesa, como si no encontrase el momento de hacerlo.

Estaba nervioso. Aquel curioso objeto parecía haber querido contar demasiadas cosas. Cosas que nadie había logrado comprender. Sus extrañas apariciones, su inesperada visita durante su escapada a la casa del bosque, los insólitos sueños que habían compartido Elena y su hija. Imposible abrirlo para cualquiera que no fuese la pequeña Paula, la misma que parecía leer perfectamente su invisible contenido. Ella lo sentía como suyo y lo cierto era que nadie podía dudar que así fuese. Sin duda le pertenecía y el porqué o el cómo escapaba de toda lógica, pero era en lo único en lo que todos coincidían. Fuera lo que fuese, había que hacer algo con él. Tenía que intentarlo todo. Ahora tocaba tratar de destruirlo y el fuego parecía una buena opción. O tal vez no. Sólo cabía intentarlo.

Se rascó la cabeza y respiró profundamente. Lo levantó y apoyó una de las esquinas sobre la mesa, en posición vertical, de modo que el grueso de las hojas quedó suspendido en el aire. Colocó el mechero debajo y lo encendió.

La llama rodeó la superficie rápidamente, del mismo modo que si el papel hubiese prendido. Pero aquel papel no ardía. Lo mantuvo encendido durante casi dos minutos. No ardió. Ni siquiera se tiñó de negro.

Derrotado, Rafa apagó el mechero, soltó el libro y se dejó caer sobre una silla. El objeto cayó a plomo y permaneció tumbado de nuevo, impertérrito e indestructible. Lo observó detenidamente mientras luchaba por encontrar una respuesta que definitivamente, sabía que no encontraría. Luego frunció el ceño sin dejar de mirarlo. Lentamente levantó la mano y la acercó hacia él. Posó los dedos sobre la superficie que había tratado que quemar y de nuevo una desesperante sensación de angustia corrió por sus venas. Estaba frío. Completamente frío.

- Le estás haciendo daño.

Rafa se sobresaltó y giró la cabeza, apresuradamente. Paula le miraba desde la puerta de la terraza. Llevaba puesto un camisón con dibujos de patos en

diferentes posturas, todos sonrientes, y el pelo suelto a la altura de los hombros. El sueño se reflejaba en su pequeño rostro. Acababa de despertarse.

- ¿Qué haces aquí, pequeña? - habló pretendiendo parecer tranquilo, pero sus ojos le delataban. Algo la había despertado y no pudo evitar ponerse nervioso.

La pequeña caminó en su dirección, miró a su tío y después al libro.

- ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué está aquí? - preguntó al tiempo que, muy despacio, desviaba la mirada del objeto hasta Rafa. Éste notó cómo se le erizaba la piel de la nuca.

- Lo ha traído mamá. Estaba intentando abrirlo. ¿Sabes? Yo también quiero leerlo como lo haces tú.

La niña le miró y ladeó ligeramente la cabeza hacia un lado. Guardó silencio durante un largo minuto sin apenas pestañear. Rafa la observaba callado, enfrentándose con aquella desconocida mirada que parecía desafiarle.

- No me gusta que trates de hacerle daño. Él nunca te lo haría a ti.

Rafa soltó una fingida carcajada.

- Los libros no sufren, preciosa- algo le decía que aquello no tenía por qué ser cierto. No con aquel objeto. Pero tenía que intentar normalizar la situación.

- ¿Cómo lo sabes? - respondió Paula.

- Muy fácil, porque no ha gritado. Si te doy un pellizco tú gritas, ¿a que sí?

- ¿Gritaría una planta?

Rafa abrió los ojos, perplejo ante aquella simple y aplastante respuesta. Un abrumador argumento que distaba mucho de ser expuesto por una niña de cinco años. Paula nunca había hablado de aquella manera. La conocía desde que nació. Prácticamente vivía con ellos, ya que pasaba la mayor parte del tiempo en su casa, y tanto él como Carmen, la querían como si fuese una hija. Él mismo la había acunado en sus brazos desde que era un bebé. Había jugado con ella y había acudido a velar sus sueños en innumerables ocasiones, con la misma dedicación que si fuese su propia hija. Se preocupaba por ella y la reprendía cuando era necesario. Pero ahora la miraba y no la encontraba. La pequeña Paula parecía haberse marchado de repente para convertir aquel diminuto cuerpo en un adulto perfectamente razonable en sus argumentos. Alguien que no dudaba en enfrentarse dialécticamente a cualquier adversario para defender aquel extraño objeto, sin importarle la edad o el conocimiento de su oponente. Apretó las manos formando un puño, inspiró aire y trató de situarse de nuevo en su sitio.

- Ven conmigo, pequeña- alargó los brazos en su dirección, instándola a acercarse. La pequeña obedeció y se sentó en su regazo. Rafa la abrazó con ternura. - ¿No crees que deberías decirnos qué es lo que pone en este libro?

Paula apoyaba la cabeza sobre el hombro de su tío. Éste trató de cubrir su

cuerpecito del frío con sus brazos. La pequeña alzó una mano y acarició su rostro durante un instante y la dejó caer sobre su pecho. Guardó silencio. Al cabo de un rato Rafa inclinó la cabeza buscando su cara mientras aguardaba una respuesta. Tenía los ojos cerrados. Se había quedado dormida. Le dio un cariñoso beso en la frente y se levantó de la silla con la pequeña entre sus brazos. Entró en casa y cruzó el salón, caminó en dirección a las escaleras y ascendió en silencio. Penetró en la habitación y, suavemente, la introdujo en la cama junto a Valeria. Arropó su cuerpecito con las mantas y la observó durante un instante. La pequeña comenzó a farfullar algo incomprensible. Rafa acercó su oreja cuanto pudo.

- La sacaré de tu cabeza... la sacaré de tu cabeza...- repitió aquellas palabras pesadamente durante un par de minutos y durmió profundamente.

27. LÁRGATE, ALBA

Un perro jamás olvida a su dueño. Por mucho tiempo que pase nunca dejará de reconocer su olor. Como las plantas o como el libro de Paula, cada cual a su manera, siempre se acordarán de su amo. Recuerdan el cariño y los cuidados como un modo de supervivencia. Porque, más allá del mero placer de sentirlo, el afecto es tan básico y vital como respirar. La muerte llega de igual modo al solitario emocional como al enfermo terminal. La pena también mata de manera fulminante. Pero las plantas o los libros afectados de apego a los niños no lloran. O puede que lo hagan, sólo que no lo sabemos. Los perros sí lo hacen. Puede que sea ese el motivo por el cual un perro siempre estará emocionalmente más cerca de su dueño que un geranio. Porque su lamento puede romper un corazón y su mirada empequeñecerlo hasta que duela.

Gigante lloró durante muchas noches. En ocasiones el viento arrastraba su lamento hasta hacerlo chocar contra el cristal de la habitación de doña Leonor. En esas ocasiones, incluso había conseguido despertarla. O tal vez no. Tal vez ella estuviese despierta, velando su soledad.

Nunca le preocupó aquel gemido que noche tras noche llamaba a su ventana. Aquel llanto no iba con ella. Ese maldito bicho no lloraba su ausencia. Sus gemidos pertenecían a otros. Pero Ismael la había amenazado con irse y eso era algo que no estaba dispuesta a permitir. Más allá de que lograrse comprender o no los motivos que arrastraban a un hombre a dejar su puesto de trabajo por salvarle el pellejo a un sucio animal, ese jardinero llevaba demasiados años guardando su finca. Su sangre corría por ella y su presencia era lo único que le quedaba. Elena y Eva no eran más que dos simples sirvientas sin la menor importancia. Podría prescindir de ellas en cualquier momento. Ismael, sin embargo, había pasado media vida con ella. Había conocido a su Pere y había visto nacer a sus hijos. No le quería. Al menos no del modo en que la gente quiere a un amigo. Era un cariño de amo. Algo así como lo único que tenía.

El chucho podía llorar tranquilo. El incómodo sonido de su llanto en ocasiones le alteraba los nervios, pero la idea de dejar de sentir la presencia del viejo en el interior de su hogar, los destrozaría por completo. Buscarían una familia para él y cuando Ismael se asegurase de que el animal era bienvenido en otro lugar, todo volvería a la normalidad. No más perros, no más de nada ni de nadie. Sólo ella, el viejo y la ausencia de sus hijos.

Aquella tarde Gigante descansaba tranquilo junto a la verja, en el interior del cercado. Su difunto ojo era la única secuela que le quedaba del fatal encontronazo con el amo. Tumbado, con las patas estiradas y el morro apoyado

sobre éstas, observaba el ir y venir de Ismael, al otro lado de la cancela.

El hombre limpiaba la tierra de malas hierbas y revisaba meticulosamente el sistema de riego automático. Llevaba unos guantes y la azada que siempre le acompañaba. Abría las piernas y encorbaba la espalda, apoyándose sobre su herramienta para arrancar los hierbajos. Cuando se incorporaba se echaba la mano a los riñones y fruncía el ceño. De vez en cuando permanecía un buen rato presionando su espalda, expiraba forzosamente y apretaba sus arrugados labios. Después continuaba con su faena sin parar a descansar. El descanso era para otros, nunca para aquellos que trabajan la tierra.

Gigante levantaba la cabeza y movía el rabo aparatosamente cada vez que el hombre se aproximaba al cercado. Luego regresaba paulatinamente a su posición, tras comprobar que se marchaba de nuevo.

Él no llevaba reloj, ni sabría mirarlo si lo llevase, pero no lo necesitaba para saber que su hora del paseo aquella tarde se estaba demorando más de la cuenta. La nobleza que corría por su sangre le disuadiría de protestar, pero nada le impediría sentir la pena pegada al lomo si nadie se acordaba de sacarle de allí.

Con el hocico rozándole las pezuñas, hinchó su cuerpo de aire y lo soltó perezosamente por la nariz. Su ojo triste parpadeó y se cerró lentamente.

Y de repente se abrió.

Alzó la cabeza como un resorte y se incorporó torpemente. Levantó el morro y olisqueó el ambiente. Un olor tan familiar como lejano le impregnó de lleno y comenzó a girar sobre sí mismo y a emitir gemidos.

Ismael detuvo su tarea y se irguió despacio. Observó al animal y miró su reloj.

- Vaya- arrugó la frente- No sabía que era tan tarde.

Dejó caer su azada y se quitó los guantes mientras caminaba en dirección al cercado. Introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo la llave del candado.

- Hoy tienes una sorpresa, cabezón. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad?

Gigante estornudó exageradamente. Claro que lo sabía. Aquel olor tan añorado que impregnaba su alma y pellizcaba su corazón. Lo reconocería entre un millón de olores y lo esperaría mientras viviese. Casi tanto como el del propio Ismael. No esperó señal alguna ni miró a su dueño. Salió como un rayo cuando su compañero abrió la puerta de alambre y corrió en dirección hacia la entrada de la finca.

Menos de un minuto más tarde sollozaba junto a la verja principal. Se alzaba sobre sus patas traseras y se dejaba caer como un potro, daba una vuelta y de nuevo saltaba.

Al otro lado, la pequeña Paula corría a su encuentro, dando saltitos y

palmas de alegría. Abrió la puerta sin esperar a Elena, que se despedía de Carmen hasta la tarde y se abalanzó sobre el animal. Ambos se fundieron en un abrazo y saltaron juntos una y otra vez, incansables y frenéticos. Ismael sonreía con su arrugado rostro manchado de tierra. Caminó tranquilo y permaneció mirándolos desde una prudente lejanía. Allí donde poder disfrutar de tan conmovedora escena sin interrumpir.

Ningún tesoro valía tanto. Ni dinero cabía en el mundo que pudiese comprar el instante de satisfacción que vivió el anciano aquella tarde mientras les observaba. Y qué pobre era el tiempo que le quedaba. Dentro de poco Gigante se marcharía. La niña dejaría de venir por las tardes y él se arrugaría lenta e inexorablemente. Se sacudió las sucias manos sobre los pantalones y las introdujo en los bolsillos. Después agachó la cabeza.

- ¡Ismael! - el hombre la alzó de nuevo al escuchar su nombre y de nuevo una franca y entrañable sonrisa se plasmó en su rostro.

La pequeña corrió a su encuentro y se arrojó a sus brazos. Ismael la abrazó con cariño. Él también la había echado de menos. Los paseos junto a ella siempre resultaban más divertidos. Su inagotable energía le permitía agacharse una y otra vez a recoger la pelota para lanzarla de nuevo, tantas veces como al animal se le antojase.

- Cuánto tiempo sin verte, señorita- protestó cariñosamente el hombre- Creí que ya no te acordabas de nosotros.

- Es que Gigante se fue de vacaciones y Leonor se puso malita- explicó la niña. El anciano la dejó caer suavemente en el suelo y le ofreció su mano. Mientras caminaban hacia el exterior, la pequeña le narró los pormenores del hipotético viaje de la doña y su mascota.

Leonor les observó abandonar la finca desde la ventana de la sala de estar. Anciano, animal y niña, marcharon juntos a disfrutar de su antiguo y cotidiano paseo. Gigante caminaba trotando, pegado a Paula. Le recordó a un caballo andaluz. Luego les vio alejarse hasta perderles de vista. Corrió la cortina y regresó a su sofá.

Y la vida pareció querer vestirse de un apacible color. La niña aceptó el nuevo estado físico de Gigante y las tardes volvieron a ser lo que siempre habían sido. Entrañables a los ojos de Ismael, divertidas desde el cándido punto de vista de la pequeña, néctar de vida para Gigante. El terrible y doloroso intento de asesinato que protagonizasen doña Leonor y su detestada mascota, quedaba ahora demasiado lejos. Allí donde nadie quería volver a mirar.

Y Elena no quiso saber nada del libro. Rafa prefirió omitir el episodio del

papel ignífugo y ella estaba demasiado ocupada intercambiando mensajitos con Alex. Desde un “buenos días, ¿qué tal has dormido hoy?” hasta el “yo también tengo ganas de verte, ji ji ji”, puntos suspensivos.

Tonteando con un hombre unos cuantos años después de lo que tocaba. Caducada ya su adolescencia y, al igual que un adolescente, de cabeza y sin frenos. Lo mejor que le había pasado. No existía en todo el mundo un sonido más delicioso que el ridículo “bip, bip” del teléfono cada vez que entraba un mensaje en su buzón. A veces aguantaba cuanto podía antes de abrirlo para alargar el momento.

No habían vuelto a verse desde sus apasionados e incansables besos de despedida y de eso hacía ya dos interminables días. Pero el añorado viernes por fin había regresado y con él su tan anhelada cita.

El Genyatsu era un establecimiento japonés muy popular en la zona. Minimalista y contemporáneo. Nada que ver con el romántico y acogedor restaurante donde la llevase la última vez, pero el sitio tenía su punto. Mesas y sillas blancas sobre un suelo oscuro como recién pulido. Sin duda recién pulido, que le daba al lugar una sensación de máxima pulcritud. A Elena le gustó el ambiente sofisticado que se respiraba en su interior. Tal vez demasiado iluminado para su gusto. Por ponerle alguna pega.

Y luego estaba la comida. La comida japonesa a nadie dejará indiferente. Te gustará mucho o jurarás no volver nunca. Lo mismo que sucede con algunas de las exposiciones modernistas de las nuevas galerías, donde uno puede quedarse mirando el cubo de fregar de la señora de la limpieza con la mano derecha bajo la barbilla y la ceja izquierda alzada en posición intelectual. Ambos pueden resultar demasiado abstractos. Unos a la vista y otros al gusto.

Sushi, sashimi, sopa de miso fermentada con trozos de algas y tempura, todo ello cocinado al estilo teppanyaki. Comida de extraterrestres aderezada para terrícolas. Un verdadero espectáculo.

La tempura le gustó. Porque era lo más parecido a algo que hubiese probado en la Tierra. Todo lo demás se sembraba, regaba y recolectaba más allá de nuestro sistema solar. Y lo de comer pescado crudo, ¿eso no era cosa de osos?...

Alex disfrutaba del sushi. Sin duda él ya había estado en una de aquellas naves alienígenas encubiertas. Para Elena era su primera vez. Sentada frente a la mesa, removía una y otra vez los trozos de alga que flotaban dentro de su sopa, divagando sobre si aquello sería el procedimiento habitual de abducción. Si lo ingería puede que mañana despertase con una marca en la nuca parecida a la del mechero de un coche.

- No te gusta- Alex la miró tragando su último bocado de sushi.
- ¿Quién ha dicho eso? - protestó Elena.
- Los diez minutos que llevas removiendo la sopa. ¿Por qué no intentas probarlo?
- Intento no pensar en lo que me recuerda. Dame un minuto.
Alex se echó a reír.
- Deberíamos haber ido a otro sitio.
- ¡No! Es sólo que... ¿Tú estás seguro de que esto de aquí no son pelos de nutria? - levantó su cuchara mostrando lo que parecían pequeños hilos.
Alex apuntó hacia Elena con la punta de su tenedor.
- Te has informado bien ¿eh?
- No me ha hecho falta. Salta a la vista.
- ¿Sabes eso porque tienes una nutria en la bañera?
- Yo no. Pero esta gente sí. Una sin pelo- apuntó.
- Entonces será mejor que no pruebes el postre.
- ¿Uñas confitadas?
- De caniche, sí.
Elena apretó los labios con las comisuras hacia abajo y alzó las cejas.
- Deben ser como las pipas.
Alex la observó en silencio durante un instante. Ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa.
- ¿Te gustan las pipas? - preguntó él.
- Hace tiempo conocí a alguien que las devoraba- respondió Elena al cabo de un rato.
- Háblame de ella.
Elena deslizó hacia atrás la barbilla y abrió los ojos.
- ¿Cómo sabes que era una mujer? - preguntó sorprendida.
- Las mujeres suelen ser más aficionadas a las pipas que los hombres.
- ¿Aprendiste eso estudiando para inspector de policía?
- Lo aprendí observando a mis tías- aclaró- Y ahora cuéntame quién era ella.
La sopa, o lo que fuese aquel extraño líquido colmado de lo que fuese que nadaba en su interior, se había quedado fría. Elena dejó la cuchara sobre la mesa y mordisqueó un trozo de pan. Pan terrícola. Lo masticó con satisfacción y tragó al tiempo que miraba a su interlocutor. Alex permanecía a la espera. Finalmente habló.
- Se llamaba Salud. La hermana Salud- guardó silencio un par de segundos mientras permitía a sus recuerdos vagar por el pasado.
- ¿Una monja? - inquirió Alex.

- De clausura.
- ¿Cómo conociste a una monja de clausura?
- Eran ocho. Viví con ellas durante un tiempo.
- ¿Te fugaste de casa?
- Hablábamos de la hermana Salud- frunció el ceño- Y no sé por qué te estoy contando esto. Ni siquiera se lo he contado a Carmen.
- Bueno- Alex se sintió inesperadamente reconfortado- Tal vez te inspire confianza.
- Carmen es mi mejor amiga. No hay nadie en quien confíe más de lo que confío en ella.
- Pues ahora has decidido que también confías en mí. No veo qué puede haber de malo en ello.
- No es eso- de repente se sentía extraña- Se lo debo a ella antes que a nadie- habló mirando la superficie de la mesa.

Alex suspiró. Pensó que podría intentarlo. Insistir hasta conseguir que ella se abriese un poco más sin sentirse incómoda hablando de su pasado, pero algo en su interior le dijo que aquella noche no descubriría nada más acerca de la hermana Salud. Ni de ella ni de nada anterior al nacimiento de su hija. Puede que lo único que consiguiese fuese ponerla nerviosa una vez más. Era preferible rendirse y caminar despacio, aunque eso no fuese ni de lejos lo que él había pretendido. Aunque aquella extraña relación se alejase cada vez más de lo que buscaba.

- ¿Significa eso que seguimos hablando de gastronomía japonesa? - preguntó con la intención de quitarle hierro al asunto.
- Prometo contártelo. Pero necesito que ella sea la primera, ¿entiendes?
- Perfectamente- Alex sonrió sinceramente- ¿Pedimos una ración de uñas?
- Por favor.

Prometieron no volver a cenar nunca en un japonés. Al menos no juntos. Resolvieron que, para futuros encuentros gastronómicos, mucho mejor aquello de más vale viejo conocido.

Más tarde tomaron una copa en la terraza del bar de siempre, donde el joven camarero les recibió con una entusiasta sonrisa. Él fue testigo de su primer beso de tornillo. Era algo así como su padrino de bautismo.

En esta ocasión les observó sentarse bastante cerca el uno del otro. Observó cómo él cogía su mano de tanto en tanto. Le vio besar sus dedos uno a uno y luego sus labios con ternura. No fueron besos intensos de tornillo como el de la vez anterior. Estos fueron cortos y suaves. Hablaban y reían de esa manera que tienen los enamorados de hacerlo, como sumergidos dentro de una burbuja en forma de corazón que les impide ver más allá de su fina membrana. Como

narcotizados por algún extraño y delicioso encantamiento.

Alex terminó su segunda cerveza y la dejó sobre la mesa. Se pasó la lengua por los labios y cogió de nuevo su mano. Elena sintió su tacto frío y húmedo allí donde su piel había tocado la botella.

- ¿Esta noche también saldrás corriendo? - preguntó casi en un susurro y rozó con los labios la punta de su nariz. Elena se estremeció.

- Intentaré no hacerlo- bromeó.

Hubo un largo silencio. Él agachó ligeramente la cabeza y ella ladeó la suya, mirándole con repentina curiosidad.

- ¿Ocurre algo? - preguntó.

Alex dudó unos segundos antes de contestar.

- Me pregunto si hoy me dejarás subir a casa contigo-luego cerró los ojos y arrugó la nariz. Puede que se hubiese arrepentido de haberlo dicho.

Elena soltó su mano y le miró fijamente a los ojos. De repente un sofocante calor comenzó a extenderse por todo su cuerpo. No sabía qué responder. Sólo sabía que no sabía si quería hacer aquello que se suponía debería querer hacer. Y, en el supuesto de que quisiera, no sabía si podría hacerlo. No había hablado de eso con Carmen. Tal vez ella lo diese todo por supuesto, pero todo había pasado demasiado rápido y era como si se encontrase de súbito balanceándose sobre el borde de un inmenso abismo. Sin saber exactamente por qué, se levantó de la silla y cogió su bolso. Alex la miró con desconcierto y se incorporó torpemente.

- Lo siento, Elena. Yo...- se rascó la nuca- No pretendo incomodarte.

- No digas eso- le interrumpió ella- Soy yo quien te incomoda constantemente. Es que...- sintió un ligero temblor en las manos- No sé si puedo...- un rubor violento invadió su rostro- Creo que tengo que irme. Tengo que recoger a Paula.

Alex abrió los ojos de par en par. Elena le miró visiblemente avergonzada y salió de allí con la cabeza gacha y el paso firme. Él la siguió hasta la salida y una vez allí se detuvo. Sacó la cartera y retrocedió apresuradamente, dejó un billete sobre la mesa y corrió a su encuentro. La alcanzó a unos veinte metros del bar. Ella no se detuvo cuando sintió su presencia.

- No sé por qué estoy haciendo esto- farfullaba para sí misma.

- Elena, no te vayas. Hablemos- sus palabras sonaron a súplica en sus propios oídos. Definitivamente estaba cayendo demasiado bajo. Eso no era lo que quería y no sabía por qué estaba actuando de aquella manera.

Elena detuvo súbitamente su andar. Él la imitó y ella se enfrentó a su consternada mirada. Ambos se miraron unos segundos sin hablar. Simplemente se observaban como si no esperasen nada el uno del otro.

- Alex...- Elena apretó los labios y cerró los ojos. Inspiró aire por la nariz y

lo soltó lentamente por la boca- Yo no sé si puedo mantener una relación normal con un hombre. No sé si puedo estar a la altura. Y no puedo pedirte que te quedes para intentarlo porque no sé hasta dónde soy capaz de poder intentarlo.

- Es mejor que cada uno decida hasta dónde está dispuesto a intentarlo- respondió Alex. Indeciso, alzó la mano y rozó su mejilla – Olvídate de hasta dónde estoy yo dispuesto. Será mucho más fácil si te preocupas por ti. Tú de ti y yo de mí. ¿Qué te parece? - Elena le escuchaba con la cabeza apuntando al suelo y tuvo que agacharse para buscar su mirada. Levantó su barbilla con ternura y la miró sonriendo. Una amplia sonrisa con la que pretendía mitigar su inquietud - ¿Por qué no vemos una película?

El rostro de Elena se relajó y una tímida sonrisa se dibujó en él.

- No vas a presentarte en casa de Carmen a las doce y media de la noche a buscar a tu hija- soltó una leve carcajada. Ella le miró y sonrió, esta vez más resuelta.

- No sería la primera vez.

Alien, el octavo pasajero. Él la había visto como cien veces. A ella le pareció terrorífica y un poco asquerosa. Pero a esas horas era eso, la teletienda, o un puñado de gente insultándose entre ellos y contando cuándo habían meado por última vez. Lo cierto fue que le gustó. Si fue la película o la sensación de estar acurrucada junto a él, puede que no supiese definirlo. Sustos, risas, comentarios y algún que otro beso distraído. Y la noche se les escapó sin darse cuenta.

A las tres y media de la madrugada Alex abandonaba la finca y penetraba en la suave neblina que cubría la ciudad. Caminaba pensando en sus besos. Esos besos apasionados de despedida junto a la puerta. Allí donde ella se dejaba llevar un poquito más, protegida por la sensación que le ofrecía su inminente separación.

Miró a su izquierda y la imagen de Alba se proyectó caminando a su lado.

- Vaya con el soltero de oro- le espetó- Con que no volverías a enamorarte ¿eh?

- No estoy enamorado- respondió molesto con su ex mujer.

- Ah, ¿no? y ¿por qué no llamas a Elisa en vez de andar coqueteando con una estrecha?

- No te pases.

- He ofendido a tu dama- se mofó.

- Lárgate, Alba.

- Esa mujer no es para ti, Alex. Deja de hacer el tonto o lo lamentarás. ¿Es que no lo ves?

Alex se detuvo de repente y volvió su mirada hacia la izquierda. Alba había desaparecido y la niebla ocupaba de nuevo su lugar. Suspiró y buscó su móvil en el interior del bolsillo de su pantalón. Lo había silenciado antes de entrar en el japonés y no lo había mirado en toda la noche. No le había hecho falta. No había pensado en Elisa ni había precisado de su cuerpo. Ahora sólo quería besar a Elena. Quería charlar con ella y acariciarla de vez en cuando. Quería esperar hasta donde ella le pidiese hacerlo. Quería estar con ella y sabía el porqué. Una sensación de agobio le pesaba en el interior del estómago.

Se rascó la nuca, abrió el teléfono y caminó de nuevo. Dos mensajes de Elisa. Uno a las diez: “¿Nos vemos?” ...otro a las once y cuarto. “Mmm. Debí haber llamado antes. Besitos”

Alzó la mirada buscando la oscuridad del cielo. La luz de una farola se difuminaba bajo la niebla. No era noche de ver las estrellas.

28. LA QUE HABÍA SIDO SU CASA

- Tengo que hablar contigo... ¿Qué leches haces?

Eran las once y cuarto de la mañana y el sol aún no se había dejado ver. Un engorroso puñado de nubes demasiado negras se interponían entre su radiante fulgor y el resto del mundo. Amenazaba con llover. Por eso a Elena le pareció ligeramente fuera de lugar encontrarse a Carmen repantingada sobre dos sillas en la terraza del dúplex, con las manos estiradas hacia los lados, como crucificada en posición horizontal.

Acababa de entrar y no había visto a nadie. El salón y la cocina estaban vacíos y un extraño silencio descendía por las escaleras. Si las niñas estaban arriba, no tramarían nada bueno. Un niño silencioso es un guerrillero en potencia. Finalmente había optado por llamar.

- ¿Se puede saber quién me ha abierto la puerta? - había gritado en medio del salón.

- Estoy en la terraza- había respondido la voz de Carmen.

“Qué tonta”, había pensado. Conociendo la afición de su amiga por las plantas, era allí donde debería haberse dirigido sin preguntar. Había salido a la terraza y había hablado antes de verla.

- Tengo que hablar contigo- dijo justo antes de encontrarla en aquella estrafalaria postura- ¿Qué leches haces? - preguntó plantada frente a ella.

- Me impregno de energía vegetal. Coge un poco si quieres-Carmen no movió ni un músculo. En su lugar había cerrado los ojos, tratando de concentrarse en la labor de absorber la sabia floral del entorno.

- No, gracias. Vengo llena. ¿Y las niñas? ¿No estarán durmiendo?

- Rafa se las ha llevado a un parque de bolas. ¿Qué tal anoche?

- Es injusto que sólo por estar buena tengas un marido así. No te lo mereces.

- Me he quedado limpiando la casa y me acabo de sentar. Las quejas al portero, por favor- protestó desechando su comentario con un leve movimiento de la mano derecha. Después se incorporó muy lentamente, como si despertase de una sesión de meditación. Bajó los pies de la silla y se sentó con normalidad. Estiró los músculos del cuello. Elena apartó la silla que acababa de abandonar Carmen y se acomodó frente a ella. - ¿Qué tal anoche? - insistió.

- Estuve viviendo en un convento- le espetó Elena a modo de respuesta.

Carmen desplegó sus grandes ojos y la miró en silencio, tratando de recomponerse de la impresión.

- ¿Qué? - acertó a decir al cabo de un buen rato y su voz sonó como un susurro.

- Viví con ellas durante casi todo mi embarazo.

Carmen se rascó, nerviosa, la sien. No esperaba encontrarse con aquello. Sentía como si la vida le estuviese ofreciendo algo que llevaba demasiado tiempo esperando y un minúsculo nudo de emociones comenzó a cosquillear en el interior de su estómago. No sabía por dónde empezar, ni de qué manera hacerle frente a aquella inesperada sorpresa.

- Vale- respiró, levantando las manos a la altura del pecho. - Únicamente voy a preguntarte por qué me cuentas esto ahora y dejaré que sigas.

- Anoche sentí que quería contárselo a alguien y quiero que ese alguien seas tú.

- Pues me alegro demasiado como para poder expresarlo físicamente.

Elena se echó a reír. Sabía a qué se refería y podía comprender lo que Carmen estaría sintiendo en ese instante. Se lo debía y quiso regalárselo.

- Cuando supe que estaba embarazada salí corriendo.

Bueno...- recapacitó un instante y rectificó- en realidad el embarazo no fue la causa de mi huida. Eso da igual. Lo importante es que me marché sin saber a dónde ir. Lo prioritario era largarme y viajé durante un tiempo haciendo autostop. Finalmente acabé en un convento de clausura. No tenía nada. Sólo un poco de dinero que conseguí da igual de qué manera. Ellas me acogieron, me vistieron y me prestaron un poco más de dinero cuando decidí marcharme. Con eso y con lo que yo tenía pude pagar el alquiler y malvivir hasta que encontré trabajo. El que tú me conseguiste- se detuvo para mirar a su amiga y sonreírle a modo de agradecimiento- Y eso es todo.

- Vaya... qué interesante-farfulló emocionada- Y ¿qué tal la vida en un convento? - sabía que poco más le sacaría, y empezar por las preguntas incómodas le pareció que estaba fuera de lugar. De hecho, con aquello podía conformarse. Era mucho más de lo que hubiese esperado aquella mañana al despertar. Era mucho más que un regalo.

- La vida en clausura fue lo mejor que me pudo pasar. Ahora me resultaría aburrido. Un convento es un paréntesis en medio del universo. Es como estar en una silenciosa dimensión paralela al resto del mundo. Cualquier cosa que pase fuera de allí no tiene acceso al interior. Esas mujeres viven absolutamente desconectadas del exterior. Me sentí muy protegida y querida. Créeme que lo necesitaba.

Carmen se irguió en su asiento y alargó su mano hasta colocarla sobre la suya. La acarició con la punta de los dedos.

- ¿Mucho? - preguntó afligida. Debió sentirse muy sola, pensó.

- Tanto que, de no ser por ellas, probablemente me habría quitado la vida.

Se hubiese alarmado y habría puesto cara de sorpresa, pero se aguantó las ganas de hacerlo.

- Eres una mujer muy fuerte y estabas embarazada-respondió- No lo habrías hecho.

Elena la observó y alzó levemente la cabeza. Un gesto muy sutil y apenas perceptible. Luego agachó la mirada y cerró los ojos antes de responder.

- En realidad nunca quise que naciese.

Y los días pasaron del mismo modo que pasa la vida. Más ligera y liviana, ciertamente. Porque, cuando las cosas van bien, el tiempo pasa más deprisa. Puede parecer relativo, pero lo es de un modo tan concluyente, que resulta absurdo afirmar lo contrario. La velocidad del tiempo es directamente proporcional al estado de ánimo de cada uno. Los segundos se estiran o encogen como un chicle, dependiendo del aire que se respire por dentro.

Todo marchaba bien. Tanto que, si se paraba a pensarlo, un escalofrío le recorría la espina dorsal de arriba abajo. La vida no era de aquel color rosa que parecía querer pintarrajarlo todo. Elena lo sabía y a veces se sentía engañada. Como si alguien caminase un par de pasos por delante de ella con un enorme cubo y un pincel, tiñendo el mundo a su paso de un falso color que nada tenía que ver con ella. Su mundo. El mismo que ahora empezaba a colgar un poco de Alex.

Amanecía siempre pensando en él. Intercambiaban mensajitos cursis durante el día, y por la noche charlaban un rato antes de acostarse. Se veían los viernes y algún que otro rato entre semana, de forma extraoficial.

Habían empezado una relación. Justo lo que Alex no quería y aquello que él mismo había cosechado. Hablar con ella, estar con ella, besarla y leer sus mensajes le hacía sentir bien. El resto del tiempo lo pasaba preguntándose por qué lo hacía. Por qué había permitido que aquello llegase tan lejos. Elena no daba señales de dejarse querer de forma carnal, y Elisa insistía cada fin de semana. Y no era que su glande no pensara, era sólo que ahora lo hacía después de hacerlo primero con la cabeza. ¿Dónde se había visto?

Y Carmen y su matrimonio flotaban a bordo de un bonito velero navegando sobre un inmenso mar de apacibles aguas. Habían acordado no volver a discutir por causas ajenas a su familia y de momento, el amante anónimo no había regresado para comprobar si las palabras se las llevaría el viento. Rafa no había vuelto a hablar del tema, pero cada noche, antes de subir a casa, buscaba el coche de su mujer y lo examinaba a conciencia. Abría el buzón dos o tres veces al día y de vez en cuando, miraba un poco más de la cuenta en el interior del

cubo de la basura. Y Carmen creía que todo se había acabado. Que aquel hombre se había rendido ante la evidencia. Que se había enamorado y se había casado de prisa y corriendo con una encantadora muchacha a la que había dejado preñada de tanto amor.

Ninguno de los dos sabía lo que vendría después. Que lo próximo no sería una carta. Ni siquiera una rosa o un bonito ramo con un “te amo” garabateado sobre un trozo de cartón. Lo que venía sería distinto. Tanto que nadie sabría si en realidad pasó. Si fue verdad o simplemente...una más.

Finales del mes de noviembre. Lunes, diez y cuarto de la mañana.

Elena miró el reloj sobre la pila de sartenes que colgaban en fila de la pared, en la cocina del trabajo. Lo había mirado a las diez y diez y también a las diez y cinco. Colocó las tostadas y el zumo de naranja encima de la bandeja, abrió el cajón de los cubiertos, sacó un cuchillo, un tenedor y una cuchara de café con leche y los envolvió cuidadosamente en una servilleta blanca con diminutas flores bordadas en las orillas, y de nuevo miró el reloj. Las diez y dieciocho.

Había tenido que salir a comprar el pan porque Ismael aún no había llegado. Y eso sí que era raro de verdad. Una vez llegó tarde porque a su nieta la habían atropellado con una bici y se había hecho un esguince. A parte de eso, no recordaba que el hombre hubiese faltado jamás a su puesto de trabajo.

Y la doña no se había quejado todavía. Pero eso probablemente, se debía a que la mujer aguardaba a tener alguien enfrente a quien poder señalar con el dedo.

En el cajón de la mesita que había junto al buró de la biblioteca guardaban la agenda de teléfonos. Llevaría el almuerzo a la señora y después subiría a buscarlo. Allí se recogían todos

los números de teléfono del servicio, actuales y anteriores, desde hacía más de treinta años. De Ismael había dos: el de su casa y el de casa de su hija, Isabel.

Terminó de preparar el almuerzo y cogió con cuidado la bandeja. Suspiró y se guardó la inquietud en un bolsillo para recogerla de nuevo al volver. Miró por última vez el reloj de pared y se dispuso a abandonar la cocina.

Pero entonces el sonido del motor de un coche captó su atención. Se acercó hasta la ventana y miró a través de ella. Un vehículo desconocido se había detenido en la puerta principal. Curiosa, dejó la bandeja sobre la mesa y se acercó cuanto pudo al cristal, apoyando las manos en la encimera.

Tal vez los hijos habían venido de visita. Sería estupendo verla de buen humor una vez al año. Pero ese pensamiento se marchó tan rápido como había venido, cuando observó a Ismael apearse del asiento del copiloto. El conductor apagó el motor y bajó, rodeó el coche y se detuvo a hablar con el anciano.

Elena frunció el ceño. Nunca había visto a aquel hombre antes. Algún amigo tal vez, o un sobrino lejano. Le resultó extraño que le trajera al trabajo. Ismael siempre venía caminando desde el metro. ¿Había ocurrido algo?

Se quitó la redecilla del pelo con un ágil ademán y salió de la cocina en dirección a la entrada. Abrió la puerta y observó a Ismael entrar en la finca. Su acompañante no entró con él. Permaneció apoyado sobre el capó del coche con las manos en los bolsillos.

El hombre caminaba con los hombros ligeramente caídos y un semblante colmado de pena en su ajado rostro. Elena no se movió de la puerta. Aguardó a que éste se acercase con los nervios picoteando sobre su piel.

- Buenos días, nena. – saludó con voz temblorosa tras subir las escaleras y alcanzar a la entrada.

- Buenos días, Ismael- respondió Elena- ¿Sucede algo? -preguntó afligida.

El anciano se detuvo frente a ella y la miró. Entonces pudo verle de cerca. Nunca su mirada había dado tanta pena. Sus ojos se veían rojos, como si hubiese estado llorando, o tratando de no hacerlo. Los surcos de su piel se habían hundido profundamente sobre su vieja carne y su carne había menguado hasta casi desaparecer, como si una fina tela llena de arrugas se le hubiese pegado a los huesos. Elena se llevó la mano derecha al corazón instintivamente y abrió los ojos asustada.

- Ismael, por dios. Dígame qué ocurre- insistió de nuevo, esta vez con el miedo taladrando su estómago.

- Este caballero...- respondió tratando de hablar con normalidad, y su voz tembló al salir- ha venido a llevarse a Gigante.

Elena no pudo moverse. Ismael pasó junto a ella y entró en la casa. Parpadeó al cabo de un minuto y sintió como algo se deslizaba por su mejilla. Estaba llorando sin llanto. Sin darse cuenta y sin un gemido.

Gigante lo supo. Aquella mañana no se movió cuando le vio aparecer al otro lado del invernadero, sólo levantó la cabeza y le observó acercarse. Ismael sacó la llave del candado del mismo lugar de siempre y abrió la verja con manos temblorosas. No dijo nada. Se agachó y le ató la correa al cuello. Lo sacó de allí y lo llevó hasta la salida sin agachar la vista para mirarle.

El hombre que aguardaba junto al coche le acarició detrás de las orejas y el animal respondió moviendo pesadamente el rabo. Su ojo sano le miraba vidrioso. Puede que el aire le molestase. Lo subió a la parte trasera y abrió la ventanilla unos centímetros. Es buena gente, pensó Ismael. Se preocupa por él.

Se subió al coche y arrancó después de despedirse amablemente del anciano. Ismael se dio la vuelta y entró en la finca. Cerró la puerta empujándola

con su encorvada espalda y se marchó a trabajar. Había llegado tarde y quedaba mucho por hacer.

Gigante le vio a través del cristal. Le miró hasta que su cuerpo desapareció para siempre tras la verja de la que había sido su casa. Se tumbó lentamente, cerró su ojo y lloró en silencio.

29. EL GATO SOLITARIO

Necesitaba una nueva mentira. Pasó la mañana entera rebuscando en su chistera de las patrañas. Una fea y vieja que conocía tanto como a su propia piel. Como a su despreciable vida o a las palmas de sus mancilladas manos. Pero ese mugriento trasto ya se había gastado de tanto usarlo y por más que metía la mano una y otra vez, lo único que lograba sacar era la verdad. Gigante se había ido para siempre. Nada de vacaciones indefinidas ni de enfermedades raras. Nada de rollos extravagantes que precisaran ser regados cada cierto tiempo. ¿Para qué?

La vida era una mierda el noventa por ciento del tiempo que uno emplea en vivirla. El resto son momentos pasajeros de aparente bienestar que apenas duran unos segundos. ¡Oh, sí! Tener un hijo es lo mejor que puede pasarte. Salvo que ese hijo fuese fruto del mal. Y que además, algún día, ella quisiera saberlo.

Elena nunca se lo diría. Lo de Gigante sí, no le quedaba otra. Los paseos se habían acabado para siempre y aplazar lo inevitable equivalía a prolongar su agonía. En ocasiones, era capaz de pensar con la cabeza. Con respecto a lo otro, de momento podía controlarlo. Más adelante...ya pensaría algo.

Ismael trabajó sin descanso y sin apenas levantar la cabeza de sus tareas durante el resto de la jornada. A medio

día se marchó a comer a casa y regresó al finalizar su tiempo de descanso. Elena le echó de menos. La hora de la comida siempre la pasaban juntos en la cocina o en el jardín con Gigante, si el clima era favorable. Ella sabía que el anciano no había comido en su casa. En una hora podría ir y volver, pero nada más.

No le preguntó. Había tratado de hablar con él por la mañana y el hombre se había excusado alegando que tenía mucho trabajo atrasado. No quería hablar y lo mejor que podía hacer por él era dejarle vivir su duelo en paz. Cuando estuviese preparado, ella le estaría esperando.

Y Leonor parecía fingir estar tranquila. Se paseaba por la casa más de lo habitual y en dos ocasiones, incluso se dejó ver por el porche. Se apoyaba disimuladamente sobre la balaustrada y fingía observar el cielo. Elena se escondía tras el visillo del cristal que flanqueaba la puerta principal y desde allí la observaba buscarle con la mirada.

Lo cierto era que la vieja estaba cagada de miedo. De miedo y de arrepentimiento. Porque todo aquello lo había provocado ella misma en un arranque de altanería. O de celos, o de aburrimiento. Ismael debería llevar años jubilado. Lo más probable era que siguiese trabajando allí más por entretenerse

que por cualquier otra cosa. Hay personas que creen que dejar de trabajar equivale a valer lo que vale un cero a la izquierda, por eso siguen haciéndolo, aunque su cuerpo les suplique lo contrario. Y aunque todo lo que ganaba lo guardaba para su hija, con su pensión hubiese tenido más que suficiente. En casa de Leonor tenía sus obligaciones y eso le hacía sentirse vivo. Aún valía para algo. Pero Gigante había sido para él mucho más que una mascota a la que cuidar o sacar a pasear. Había sido su amigo, su compañero fiel, aquel que tanto se alegraba siempre de verle, que le recibía cada mañana como si nada en el mundo fuese tan importante. Porque nada en el mundo lo era.

Y ahora que ya no estaba, todo se reducía a la cuestión del tiempo. De cuánto precisaría hasta darse cuenta de que allí ya no pintaba nada. Ya no era necesario y era fácilmente reemplazable. Estaba cansado y su salud le agradecería que a partir de ahora, se dedicase a hacer lo que hacen los abuelos. Esperar al domingo para poder ver a su nieta o darse un paseo y acercarse él mismo a verla algunas tardes después de la siesta. Cuidar las plantas de casa y hasta puede que comprarse un pájaro.

Con Gigante allí un hilo demasiado grueso cosía sus huesos a los cimientos de aquella majestuosa casa. Sin él, no era más que un anciano que no podía ni levantar el martillo. Leonor lo sabía... sólo cuestión de tiempo. Y arrepentirse tal vez hubiese valido, pero antes permitiría a su sangre detenerse en el interior de sus venas, que agachar la cabeza y rectificar. Además, ella tenía cosas mucho más importantes que hacer. Por eso, y porque jamás se hubiese acercado a hablar con él, la segunda vez que salió, Elena la observó entrar con la cabeza bien alta y la comisura de los labios apuntando hacia el suelo. Fue entonces cuando supo que esa sería la última vez que saldría a buscarle. Y francamente, de poco le hubiese servido.

El día se hizo largo. Sólo quería estar con Carmen para poder desahogarse. Vomitarlo todo, respirar profundo y cerrar los ojos mientras la escuchaba soltar alguna tontería de esas que parecen quitarle unos gramos de tierra al problema. Le había mandado un mensaje para decirle que aquella tarde no habría paseo, que no trajese a Paula y que luego le contaría. Y luego le contó, aunque Carmen ya se lo había imaginado, porque ya había pasado el tiempo que Ismael había solicitado hasta encontrar una nueva familia para Gigante, y ese hombre se tomaba muy en serio su palabra. Así es que, cuando Elena le contó lo sucedido, ella ya tenía preparado su discurso de amiga, colmado de frases al estilo “él nunca lo dejaría con cualquier familia”. O “el año que viene las niñas empezarán a traer deberes a casa. Imagina las pataletas cada vez que le tocase quedarse a hacerlos”. O “los animales pueden llegar a ser como de la familia, pero su pérdida también se supera.”

Eso también era cuestión de tiempo. Elena lo sabía. Sabía que Carmen tenía razón, sólo que de poco le sirvió en aquel momento. Un ser querido se había marchado para siempre y nada le arrancaría el dolor. Ni siquiera era por Paula. El llanto y la pena de la pequeña simplemente servirían para fortalecer su desolación. Pero esa pena no sólo era de su hija. También a ella le pertenecía. Y lo era mucho más de lo que había esperado. Por ella, por su hija, por Ismael... algo cambiaría a partir de ahora. Lo sentía con tanta fuerza como sentía el latir de su propio corazón.

Había quedado con Alex para tomar algo antes de cenar. Elena le había resumido el asunto por mensaje y él había insistido en verla. Y no es que tuviese muchas ganas de salir, pero lo cierto era que tampoco tenía ganas de nada. Mucho menos de sentarse a hablar con su hija para contarle cómo estaban las cosas. De modo que decidió salir un rato. Estar con él le vendría bien y de paso aplazaría su inevitable conversación con Paula hasta el día siguiente. Y a Carmen le pareció una idea genial. Que quedase con Alex siempre le parecía genial.

Un par de cervezas y un banco frente al mar. Alex la rodeaba con su brazo izquierdo y Elena apoyaba la cabeza sobre su hombro. No era noche de estar en la calle, pero necesitaba sentir el aire en la cara. Despejar su mente. Abrigarse del consuelo que su sola presencia le proporcionaba. Había sido tan fácil hablar con él...sentía que podía contarle cualquier cosa. Casi tanto como estar con Carmen, pero con el añadido de sus besos.

Alex bebió un trago de su cerveza y la dejó sobre la superficie del banco, acarició su mejilla con la mano derecha y la acunó en su palma, levantándola suavemente. La besó con ternura. Ella cerró los ojos y saboreó sus labios. Tan cálidos que dejó de sentir el frío de la noche sobre su piel. Luego la miró a los ojos sin dejar de acariciar su rostro.

- No me gusta verte así- le susurró y su aliento le hizo cosquillas.

- Se me pasará pronto- respondió y vaciló un instante antes de continuar- Mañana hablaré con Paula. Es mejor que lo pasemos juntas.

- Estoy de acuerdo- afirmó Alex- Estas cosas es mejor llevarlas en paralelo. Si esperas a estar mejor para decírselo, lo único que conseguirás es revivirlo de nuevo.

- No dejo de pensar en Ismael. Debe estar destrozado. Pobre hombre- gimió y se acurrucó un poco más contra su cuerpo, buscando su amparo.

Alex la abrazó con fuerza y la acarició con amplios y enérgicos roces sobre su espalda, tratando de arrancar el frío de su piel. Tan agradable como siempre. ¿Se merecía aquello? Mejor no pensar en eso ahora.

- Deja que pase el tiempo y trata de no darle demasiadas vueltas. A él también se le pasará. Seguro que antes de lo que crees, ya lo verás.

- Eso espero- respondió afligida, al tiempo que miraba en dirección a la oscura inmensidad del mar. Una delgada línea lo separaba del cielo y la luna se reflejaba como un manto plateado sobre sus aguas.

Elena miró su reloj y respiró con desazón.

- Es casi la hora de cenar, tengo que ir a buscar a Paula.

La acompañó hasta casa de Carmen. Frente al portal se abrazaron y besaron dulce y apasionadamente. Como siempre lo hacía él. Acariciándola suavemente hasta donde se suponía que era lo correcto, pero insistiendo en cada caricia. Saboreando su lengua y susurrando cuánto le gustaba en su oído. Besando su cuello y su cara hasta llegar a su boca, sintiendo el latido de su corazón acelerarse con cada caricia.

Y luego se despidieron hasta el viernes y él la miró hasta que ella entró en el ascensor. Se saludaron con la mano, se sonrieron, y la puerta del ascensor se cerró desatando sus miradas.

Diez menos cuarto. La fría noche empujaba desde el mar, empapándolo todo con una suave y húmeda neblina que cortaba como el filo de una navaja. Apenas se distinguía nada a partir de unos pocos metros y todo apuntaba a que, con el paso de las horas, la distancia se acortaría paulatinamente. Caminaban cogidas de la mano a través del solitario paseo marítimo. Elena tiraba de su hija, que parecía no tener prisa por llegar a casa.

La pequeña ya había cenado cuando subió a buscarla. Carmen insistió en que ella también cenase, pero la pena había vuelto a instalarse en la boca de su estómago en el mismo momento en que dejó de sentir la protectora sonrisa de Alex abrigando su piel, y un incómodo nudo le comprimía la garganta. Nada sólido la atravesaría aquella noche.

- ¿Quieres hacer el favor de andar un poquito más rápido? -reprendió a la pequeña, que farfulló algo por lo bajo y aceleró sus pasos, tratando de igualarse a la velocidad de su madre.

- Es que vas muy deprisa, mamá. Me canso- protestó.

- ¿Qué te cansas? Con cinco años cansarse está prohibido.

- ¿De verdad? - Paula miró asombrada a Elena mientras trotaba a su lado.

- Claro que no. Es una forma de hablar. Si llegamos pronto puedes entrar a ver a Sofía y a Emilia mientras me ducho.

La niña dio un saltito y corrió hasta adelantar a su madre. Agarró con fuerza su mano y tiró de ella, deseosa por llegar cuanto antes. A Elena se le escapó una risita cuando tuvo que apurar el nuevo ritmo que le marcaba Paula. Alcanzaron

la esquina de su estrecha calle peatonal, tras correr durante casi cinco minutos. Elena soltó su mano y se detuvo exhausta a recobrar el aliento. Se agachó y apoyó las manos sobre las rodillas. La mochila del cole que llevaba colgada al hombro se le cayó al suelo y se inclinó un poco más para recogerla.

Paula continuó trotando sin detenerse a esperar a su madre y cuando Elena se incorporó de nuevo, su imagen empezaba a difuminarse entre la niebla. Pero tan sólo unos metros las separaban de casa y no le dio importancia. La esperaría en la puerta. De modo que volvió a colgarse la mochila sobre el hombro y retomó el paso en su dirección.

Pero cuando hubo caminado un par de metros, de nuevo la imagen de su hija se perfiló frente a ella. Pudo verla quieta como una estatua en medio de la calle. La niña miraba al frente con la cabeza ligeramente ladeada. Elena parpadeó y frunció el ceño. ¿De repente ya no tenía prisa por llegar? Entonces abrió la boca para hablarle y las palabras se le atascaron antes de salir, en el mismo instante en el que la niña habló.

- ¡Leo! - exclamó y luego soltó un grito.

Elena se detuvo. El tiempo se detuvo y el frío dejó de cortarle la piel. Permaneció inmóvil durante un instante demasiado largo y al cabo logró respirar. No veía nada. La niebla lo cubría todo y solamente se oían unas voces a lo lejos. Su hija hablaba con alguien. Debería haber corrido a buscarla, debería haber sentido el temor a que su hija hablase con alguien a quien no lograba ver desde aquella distancia. Pero sus pies le pesaban tanto como dos bloques de hormigón y no lograba caminar al ritmo que hubiese querido. Lentamente se adentró en la niebla y recorrió el trayecto que la separaba de aquellas voces. Se detuvo muy cerca, allí donde podía distinguirles con bastante claridad.

Y entonces le vio.

Había vuelto. Tal y como Emilia había vaticinado y en contra de todo pronóstico. Leo. El hombre con el que se había atrevido a soñar por primera vez. Aquel que tantas veces había observado a escondidas desde su ventana. El desconocido que la había hecho sentir aquello que nunca supo identificar. El misterioso hombre que durante un tiempo la había seguido en silencio y al que jamás se atrevió a pedir una explicación.

Sintió la boca seca y un repentino cosquilleo en las manos que lentamente se extendió por todo su cuerpo, lo llenó por completo y se detuvo en el interior de su estómago. Allí se transformó poco a poco, en un intenso palpito que se aceleraba al compás de sus latidos. No supo identificar lo que estaba sintiendo. ¿Miedo? ¿Curiosidad? ¿Emoción?... ¿Estaba contenta? Sí. Ese sentimiento pudo reconocerlo con demasiada claridad. El motivo no tanto.

Leo charlaba con Paula. Ambos sonreían y él chocó su mano con la de ella,

justo antes de percatarse de su presencia. En ese instante su sonrisa se tensó y su mirada volvió a ser como la que tantas veces había sido, como la de un niño al que su madre sorprende haciendo una travesura. Instantáneamente agachó la cabeza y tras un par de segundos, la levantó para enfrentarse con su mirada. Elena se había quedado muda. Petrificada y completamente desorientada. La miró y carraspeó antes de hablar.

- Hola- susurró cautelosamente.

La densa niebla convertía la imagen pétrea de Elena en una fotografía borrosa. Paula la miraba con una jovial sonrisa que ocupaba toda su cara. Miró a su pequeña y después a él. Parpadeó un par de veces y se agarró las manos a la altura de la cintura.

- Hola- respondió al fin.

Leo soltó el aire de sus pulmones, como si hubiese estado aguantando la respiración. Se pasó la mano por la cabeza y se rascó la nuca.

- Yo...ehhh... ¿Qué tal? - balbuceó.

-Has vuelto- Elena frunció el ceño, consternada.

- Eso parece.

- ¿Dónde has estado? - automáticamente se arrepintió de haberle preguntado aquello. Se suponía que eso a ella no tenía por qué importarle.

Pero él respondió como si le debiese aquella respuesta.

- En Burgos. Fui a visitar a mi madre.

Elena abrió los ojos de par en par. ¿De qué se suponía que se sorprendía? Eso era exactamente lo que le había contado Emilia. Sólo que ella nunca la creyó. Respiró entrecortadamente. Había regresado. Estaba allí, a menos de un metro de distancia. La miraba a los ojos y ella le miraba a él. Su cara le gustaba. Siempre le había gustado. Desde el día en que Rafa le dijo que era guapo, a ella se lo había parecido también. Su presencia, su aspecto de hombre misterioso con aquella especie de halo de infinita tristeza que siempre irradiaba su mirada. Tenía tantas preguntas, que se decidió por la más obvia. O eso creyó ella.

- ¿Dormirás en la basura? - le dejaría hacerlo en el portal. Lo supo en ese preciso instante.

- No...he traído una furgoneta- señaló con el dedo pulgar por encima de su hombro. Un gesto automático, pues detrás de él sólo estaban los contenedores pegados a la pared- tengo mantas y eso.

- Ah- Elena asintió lentamente con la cabeza.

- ¡Yo quiero verla! - gritó la niña, y se volvió hacia su madre con las manos juntas a modo de súplica- ¿Puedo verla, mamá?

- Ni hablar- respondió tajante.

- Pero, mamá...- sollozó.

- No hay problema. Puedes venir a ver mi casa cuando quieras- habló a la niña en un tono comedido.

- Es tarde- le cortó Elena- otro día.

- ¿Lo prometes? - la pequeña apuntó a su madre con un dedo acusador.

Elena vaciló y miró a Leo, que asintió con una prudente sonrisa, y después miró a la niña.

- Lo prometo- sentenció- Ahora nos vamos a casa que mañana hay cole.

Leo carraspeó de nuevo y se metió las manos en los bolsillos traseros de su pantalón.

- Esto...yo... me gustaría poder hablar contigo...si mañana tienes un momento...cuando tú quieras...si quieres, claro- sonrió con las cejas en alto y miró hacia el suelo- o si mañana no... cuando me digas.

Elena le observó. La fría niebla les envolvía cada vez más y un extraño silencio parecía querer tragárselo todo. Había llegado el momento de conocer la verdad. Un repentino sudor frío le recorrió la espalda. Y entonces lo supo. Supo que su fantasía se había terminado para siempre. Lo que fuese que soñase cuando lo hacía con él, había sido una mentira. Nadie se había enamorado de nadie. Mucho menos alguien como aquel hombre de alguien como ella. Y no lo necesitaba, pensó. Ella ya tenía a Alex.

- Claro- respondió tras unos segundos- Mañana vendremos a cenar a casa. ¿Te viene bien sobre las nueve?

- A las nueve me parece perfecto – afirmó Leo.

- Muy bien...pues nada- sonrió tímidamente- Buenas noches. Vamos, mico- estiró la mano hacia su hija para que ésta la cogiese, pero la niña dio un paso en dirección a Leo y la levantó frente a él. Ambos chocaron sus palmas en el aire y después la pequeña se volvió y se agarró a la mano de su madre.

- Buenas noches- respondió Leo, tímidamente.

Elena y su hija se dirigieron hacia el portal. Una vez allí ella volvió la cabeza para buscarle, pero ya no pudo verle. La niebla se lo había tragado. Sacó la llave de su bolso y cerró los ojos al tiempo que inspiraba una bocanada de aire por la nariz. Lentamente la soltó por la boca y volvió a abrir los ojos. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Ambas entraron en el portal y la puerta se cerró detrás de ellas.

Y la estrecha calle peatonal volvió a quedarse vacía. Nada, salvo aquella intensa niebla que cubría el mundo con un denso manto blanco, se quedó para verlas marchar. Tal vez, un solitario gato que surgió de entre la basura y que caminó con la elegancia característica de los de su clase hasta sentarse sobre un mullido cartón. La luz de la escalera todavía se filtraba a través de la húmeda telaraña de vapor. El minino la observó hasta que al cabo de un par de minutos la

luz se apagó. Parpadeó con indiferencia y se enroscó sobre su cuerpo peludo.

30. ALGUIEN TENÍA QUE HABLAR

Las emociones imperan sobre todo lo demás. Lamentable y dolorosamente cierto. Otra de esas leyes que no están escritas en ningún sitio pero que son más sagradas que las matemáticas. Cualquier ecuación algebraica es menos cierta que la teoría del sueño. El sujeto logrará dormir en función del estado de ánimo de sus emociones. Ni más ni menos. Salvo las drogas y a veces incluso ni siquiera eso, nadie logrará alcanzar el ansiado descanso mientras sus emociones digan lo contrario.

Elena no durmió en toda la noche. Por supuesto, eso ya lo sabía. Demasiados años viviendo en su propio cuerpo como para que la pillase de novata. Esta vez, el bicho que se coló en su estómago no fue una mariposa. En esta ocasión se había tragado un gallo de pelea, justo en el momento más álgido de la trifulca. Y ¿para qué meterse en la cama tal y como estaba? Tres reportajes de la dos. Elefantes marinos, la Sábana Santa y conciertos en directo. Y luego la teletienda. Lo último en aparatos de cocina, pero éste era definitivamente el definitivo. Con este trasto la cocina quedaría vacía de todo lo demás y su comprador alcanzaría un estado de felicidad suprema. Adelgazaría, sanaría y encontraría el amor verdadero por el fantástico precio, atención, no se lo van a creer, de sesenta y nueve euros con noventa y nueve céntimos. Se le saltaban a uno las lágrimas de la emoción.

A las tres y media de la madrugada resolvió que sería mucho más instructivo observar las sombras que la luz de la farola proyectaba sobre el techo de su habitación, que no eran sino delgadas líneas de puntitos, una sobre otra, desde la mitad del techo hasta media pared. Las que se filtraban a través de la persiana, salpicando los dibujos de su hija con diminutos puntos luminosos.

Paula dormía junto a su libro mascota. Como siempre que Elena se quedaba en el sofá a ver la tele, la niña aprovechaba para empaparse de su enigmática sabiduría, independientemente de que su madre lo escondiese previamente. Ella lo encontraba siempre, o él la encontraba a ella, y acababan durmiendo acurrucados el uno junto al otro. Seguía siendo demasiado raro y continuaba sin saber qué hacer con aquello. Y Leo había vuelto de donde dijo Emilia que se había marchado. Y ya no sabía si él y el libro tenían alguna conexión. Ni por qué había vuelto, ni por qué se había ido. No sabía de dónde había salido, ni tampoco quién era. Sólo sabía que había regresado y que mañana saldría de dudas. Eso lo sabía sin saber por qué. Y el gallo peleón agitaba sus alas en el interior de su estómago y le picoteaba como si estuviese enfadado con ella por habérselo tragado vivo y en pleno fragor de la batalla.

Retiró el libro de la cama y lo guardó en el armario. En el hueco del cajón que ya era suyo. Cerró el armario, se metió entre las mantas y trató de dormir.

Anduvo toda la noche tropezando entre la realidad y los sueños. La puerta del armario se abría y el libro la miraba desde el interior. Sus ojos eran tristes como los de Leo. Le guiñaba un ojo y la puerta se cerraba con un portazo. Corría sin saber por dónde ni por qué, a través de la densa niebla. Alguien gritaba ¡Lucas! y entonces abría los ojos. ¿Estaba despierta? No. Alex le tendía la mano pero ella no alcanzaba a cogerla. Y despertaba, miraba a su alrededor, se destapaba y trataba de respirar con calma. Y se dormía de nuevo, y de nuevo corría, esta vez arrastrando a su hija por algún rincón escondido de su memoria. Y despertaba, temblaba, dormía y de nuevo despertaba.

La alarma retumbó en su cabeza lo mismo que una ráfaga de disparos resquebrajando su cráneo. Con un esfuerzo sobre humano logró abrir los ojos. El gallo camorrista daba sus últimos coletazos y pateaba sobre su vejiga. “A la mierda el cole. A la mierda Leonor”, le aconsejó su moribunda conciencia. “Ves a mear y vuelve a la cama, si aprecias en algo tu vida.”

No la apreciaba. Vivía por Paula, Carmen, sus vecinos, Ismael y ahora tal vez un poquito por Alex. Y nada más. Por eso se levantó sin saber cómo consiguió hacerlo y caminó como un zombi hasta la cocina, con dos colosales cercos violáceos que palpitaban bajo sus ojos y su larga melena convertida en un nido de cigüeñas. Se plantó frente al fregadero y movió la cabeza muy despacio de un lado a otro, buscando la cafetera. La localizó y abrió la tapa, suplicando encontrar algo de cafeína en su interior. Resopló con desgana y la llevó a la pila. La abrió y la cargó de café cuanto pudo. La colocó sobre el fuego y se sentó, apoyó los codos sobre la mesa de la cocina y cubrió su cara con ambas manos. Y entonces pensó que hoy no sería un buen día.

- Maldita sea mi sangre.

La verja no cedía. O la había clavado demasiado honda, o definitivamente se había quedado sin fuerzas. Había logrado quitar la tela metálica que unía los postes, pero no conseguía arrancarlos del suelo. Ismael se aferraba al metal con ambas manos y tiraba con fuerza, haciéndolo oscilar bajo la tierra mojada. El hierro estaba tan frío como el hielo y cercenaba la reseca piel de sus manos. Pero lo había intentado con los guantes y finalmente había desistido después de comprobar que con ellos, el metal resbalaba.

Tardó en darse cuenta de que se había cortado. El frío le impidió sentir el dolor y sólo se percató cuando vio la sangre embadurnando la superficie del poste. Apartó las manos, apretó los labios arrugando el rostro en una mueca de

desgana y sacó un pañuelo de su bolsillo izquierdo. Lo sacudió con un seco movimiento, se limpió la sangre y presionó sobre la herida. Observó la superficie vacía que había servido de cerca para Gigante y suspiró lenta y quedamente. Se había propuesto no demorar la tarea. Lo desmontaría todo antes del mediodía y lo guardaría en el cobertizo.

Levantó el pañuelo para evaluar la herida y observó sus manos. Temblaban ligeramente. Pero Ismael no tenía frío. Su viejo cuerpo había soportado demasiadas escarchas como para enfriarse por un poco de humedad. Tal vez le había llegado la hora de envejecer definitivamente. Tal vez debería ir pensando en jubilarse de una vez por todas. Algún día tendría que enfrentarse a la soledad de su casa y puede que ese día anduviese llamando a su puerta. Demasiado tiempo había pretendido demorarlo.

Alzó los ojos y miró al cielo. Las mismas nubes de los últimos días tapando el sol. El mismo matiz gris rancio cubriendo el mundo y despojándolo de sus colores. Si al menos se dejase ver, tal vez su calidez lograra apaciguar un poco la triste melancolía que oprimía su agotado corazón y hacía temblar sus dedos. Se ató el pañuelo a la palma de su mano, aferró la barra de metal y se dispuso a empujar de nuevo.

- ¡Buenos días por la mañana!

El hombre se detuvo antes de continuar y giró la cabeza. Elena se acercaba por detrás del invernadero, portando un vaso lleno de líquido entre las manos.

- Buenos días, nena- respondió amablemente.

- Le traigo un zumo- continuó ella mientras le alcanzaba y se detenía frente a él, tendiéndole el recipiente con el jugo en su interior. - Un zumo y un poco de compañía- añadió.

Ismael asintió con un breve gesto de la cabeza y lo aceptó agradecido. Ya llevaba un par de días sin apenas hablar con nadie y Elena pensó que le vendría bien.

- Con media cucharadita de azúcar- sonrió mostrando su dentadura al completo- que ya nos conocemos.

- Muchas gracias, bonita- le devolvió la sonrisa, pero con bastante menos intensidad y bebió.

Elena le observó con los brazos apoyados en las caderas. Ismael era la confirmación de que Gigante ya no estaba.

La expresión de su rostro y su silencio parecían gritarlo constantemente.

- ¿Cómo lo lleva? - preguntó casi en un susurro.

El hombre desvió la mirada y disimuló, mirando hacia el invernadero.

- Ese perro cabezón no se ha muerto, simplemente se ha marchado a otro sitio- respondió- Ayer estuve hablando con su nuevo dueño. Dice que está bien.

Que le llora mucho el ojo- bufó a modo de protesta y agachó la cabeza- Se habrá rascado más de la cuenta. Si no lo conociera...

Entonces un repentino nudo se le formó a Elena en la garganta. Gigante lloraba su pérdida. El hombre que se lo llevó, probablemente se lo habría comentado, puede que para saber si aquello era algo normal en él, y sin pretenderlo se lo había confirmado. El animal sufría y lo mostraba a través de sus lágrimas.

- ¿No ha pensado en ir a verle? - se le ocurrió de repente.

- No- respondió tajante- Ya se le pasará- terminó su zumo y le devolvió el vaso vacío - ¿Ya lo sabe la nena? - preguntó.

- Ayer no tuve tiempo. Y tengo que prepararme para el berrinche- confesó con desgana.

Ismael presionó los labios y le procuró una sonrisa cansada.

- A ella también se le pasará. Los niños se recuperan pronto. No son como nosotros.

- Puede que tenga usted razón. De todas formas no tardará en reclamar su paseo. Así es que no podría demorarlo aunque quisiera.

- Ya no querrá venir- comentó apesadumbrado.

Elena le miró sorprendida y se apresuró a responder.

- No diga eso, Ismael. Paula le aprecia a usted muchísimo. Si no la traigo de vez en cuando le aseguro que me lo hará pagar bien caro.

El anciano alzó las cejas y dejó escapar una tímida mueca de agradecimiento. Un instante después agachó la mirada y observó el pañuelo que había atado a su mano. Respiró, cerró los ojos durante un segundo, se dio la vuelta y se aferró de nuevo al frío metal del poste.

Demasiados días sin ver el sol. Pero el sol se deja ver en verano. Justo cuando todo el mundo sueña con la sombra del invierno, y exactamente cuando nadie le necesita. Mucho tiempo sin poder charlar apaciblemente sentadas sobre el banco del parque. Mucho tiempo aguantando a las niñas, que cansadas de tantos días confinadas entre cuatro paredes, empezaban a mostrarse más inquietas de lo habitual.

Aquella tarde remoloneaban exasperantemente alrededor de sus madres, en una pugna por ver quién sacaba antes de quicio a su progenitora. Pero era imperioso hablar con Carmen y tuvo que tirar de la imaginación. Por eso, de ocho menos cuarto a ocho y diez de la tarde, Elena y su amiga lo pasaron encerradas en el lavabo, fingiendo estreñimiento ocasional. No lograron charlar tranquilas, ya que las niñas golpeaban la puerta cada cinco minutos. Pero el fin era informarla de los últimos acontecimientos y eso, a duras penas, sí lo

consiguió.

Sentadas en el suelo con las piernas cruzadas, una frente a la otra, Elena con la expresión vacía tras narrar su reencuentro con Leo, y Carmen con las cejas en alto y la boca abierta de par en par, las dos amigas dejaban pasar la tarde.

- No me lo puedo creer- susurró Carmen con un hilo de voz.

- Mmm hum- respondió Elena al tiempo que se estiraba para abrir un cajón del armario que descansaba a su espalda. Rebuscó a ciegas en su interior hasta que dio con una lima de uñas. La sacó y volvió a cerrar el cajón- esta noche sabré quién es- comenzó a limarse las uñas- Mañana te contaré.

- Y una mierda- protestó Carmen enérgicamente- Me contarás esta noche. Será lo primero que hagas cuando acabes de hablar con él. No dormiré hasta que me llames. Mi salud mental está en tus manos, es conveniente que lo sepas.

- No pienso despertarte si se hace tarde.

- No pienso dormir.

- Carmen, por dios- levantó la vista, puso los ojos en blanco y volvió a sus uñas- Duermes como si te inyectasen cloroformo.

- Lo sé- confesó resignada- No me acostaré. Te esperaré leyendo.

- Te dormirás con el libro encima. Haremos una cosa-levantó la vista y apuntó hacia su cara con la lima de uñas- Si terminamos antes de las once te llamo. Si no, mañana te cuento.

Carmen la miró fijamente y compuso un gesto de gélida advertencia. Después levantó la mano y la señaló amenazante con el dedo índice.

- Mañana por la mañana. Elena sonrió de medio lado.

- Hecho.

Las nueve menos cuarto. Se acercaba la hora de su “lo que fuese” con Leo y, por si se le había ocurrido olvidarse, el gallo camorrista se retorció en su barriga, arañando y picoteando como si se hubiese propuesto escapar de allí únicamente por las malas. Y todavía tenía que acercarse hasta su coche. Como siempre, lo había dejado cerca de casa y había marchado andando hasta la de Carmen, pero se había olvidado el cargador del móvil en la guantera y apenas le quedaba batería.

Lo cierto era que no le venía mal del todo. Tener que ir le ofrecía la excusa perfecta para deshacerse de Paula. Ella no tenía que saber lo que ocurría con Leo. La dejaría en casa de Emilia y se inventaría algo.

Llegaron a casa cinco minutos antes de las nueve, corriendo, para no perder la costumbre. Elena esperaba que Leo no hubiese llegado todavía. De otro modo, excluir a la pequeña del asunto, requeriría un nuevo arranque de imaginación. Por alguna de las muchas inexplicables razones que desde hacía un tiempo

pululaban a su alrededor, la niña parecía adorarlo. Por otra de aquellas tantas razones, prefería no pensar en ello.

Leo no estaba. Un pequeño golpe de suerte, desentonando entre tanta desventura. Abrió la puerta a la velocidad del rayo y apremió a su hija a entrar, cerró rápidamente y subió corriendo las escaleras, tirando de ella hasta que logró llegar a casa. Respiró atropelladamente y metió la llave en la cerradura. Después, quince minutos de correteos por la finca. Prepararle a la niña un bocadillo de tortilla, ponerle el pijama, llevarla a casa de Sofía, saludar, charlar un rato, inventarse que el cargador del móvil se lo había dejado en casa de Carmen y que sin él no disponía de despertador. Tenía que ir a buscarlo y puede que tardase un poco. Quedarse dos segundos muda cuando Sofía se ofreció a despertarla ella, reaccionar con un “ni hablar del peluquín, bastante hacen ya ustedes por mí”, volver a quedarse muda otros dos segundos cuando Sofía insistió en que no era ninguna molestia ya que ellas se levantaban muy temprano, y de nuevo reaccionar con un “de todas formas lo necesito, por si le ocurre algo a Paula en el cole y tienen que llamarme”, suspirar aliviada cuando Sofía desistió, volver a casa, correr al lavabo, soltarse el pelo, pellizcarse las mejillas, ¿por qué demonios hacía eso?, y bajar las escaleras a toda prisa. Plantarse de un salto en la acera y detenerse a recuperar el aliento perdido.

Y Leo continuaba sin aparecer. Bueno, tampoco era para tanto. Pasaban casi diez minutos de las nueve y aún le quedaba el paseo hasta su coche. Cruzó la calle en sentido opuesto al paseo marítimo y desembocó en una vía de doble sentido, allí donde solía aparcar, siempre que podía. Caminó en silencio por la acera y llegó a su destino. Abrió la puerta del copiloto y rebuscó el cargador en el interior de la guantera. Lo cogió, cerró la puerta y retomó sus pasos de vuelta a casa. Diez metros más adelante se detuvo.

Dos hombres charlaban junto a una furgoneta antigua, estilo tartana de los ochenta, en la acera de enfrente. Uno de ellos era Leo, el otro...

Caminó despacio en su dirección, medio agazapada entre los coches, hasta que lo reconoció. Abrió los ojos de par en par y lentamente se dio la vuelta, tratando de pasar desapercibida. Pero al darles la espalda escuchó su voz llamándola.

- ¡Elena! - gritó Alex. El hombre que le acompañaba le miró súbitamente sorprendido.

Elena apretó los ojos y arrugó la nariz antes de volverse de nuevo hacia ellos. Levantó la mano y les saludó con una sonrisa forzada. ¿Qué hacía Alex allí? ¿De qué conocía a Leo? ¿Por qué se sentía incómoda viéndolos a los dos juntos? Cruzó la calle y caminó a paso lento hasta situarse frente a ellos. Alex la miraba con una grata sonrisa pintada en su rostro. Leo también la miraba, pero él

lo hacía cabizbajo, con su habitual expresión de aparente disculpa.

- ¿A dónde vas a estas horas? - preguntó Alex sin ocultar su sorpresa.

- He ido...había olvidado el cargador en el coche- levantó la mano mostrándoselo- ¿Os conocéis? - miró a Alex y luego a Leo, con curiosidad.

- Si...- Alex respondió y un segundo después su semblante mutó súbitamente. Volvió su rostro hacia Leo, como empujado por una descarga eléctrica y juntó las cejas, apuntándolo directo y acusador- ¡Claro! Se llama Elena- habló para sí mismo como recriminándose no haber caído antes en la cuenta- ¿Qué coño...? - arrugó el gesto y elevó el tono de su voz- ¿¿Es ella??

Leo levantó la cabeza y le devolvió una mirada llana y directa. No fue necesario responder, pues su silencio respondió por él, y Alex se pellizcó el puente de la nariz mientras respiraba profundamente. Elena pudo verle tratando de serenarse y ese gesto amplificó su evidente confusión.

- ¿Sucede algo? - preguntó curiosa y desorientada.

- No sabía que vosotros os conocíais- Leo se adelantó a la respuesta de Alex.

- Nos conocemos desde hace poco tiempo- Alex cerró los ojos mientras hablaba. Daba la sensación de estar incómodo pronunciando aquellas palabras- Fue después de que te marchases. En cualquier caso- continuó- tenemos que aclarar todo esto. Ahora mismo vamos a sentarnos los tres y trataremos de construir un final- miró a Elena- ¿Tienes un rato? - le preguntó.

Elena abrió la boca para responder, pero fue Leo quien habló.

- Preferiría hablarlo primero a solas con ella. Alex reaccionó de un modo seco y tajante.

- Yo no- le contempló inmutable y desafiante. Elena desplegó los ojos, un poquito más aturdida, si es que eso era posible.

Leo advirtió la implícita amenaza que Alex le mostraba y adoptó una expresión de disculpa. Habló serena y directamente, intentando no parecer desafiante, pero sin amedrentarse.

- Soy yo quien debo dar explicaciones...

- Estoy de acuerdo- le cortó Alex- y yo estaré presente.

Leo cerró la boca y su aspecto se transformó, lentamente, mostrando una sutil pero evidente amenaza.

- No creo que tengas autoridad para obligarme a hacerlo en tu presencia.

- No la necesito- alzó la cabeza y enfrentó su mirada con la de él- Puedo hacerlo yo mismo. Te recuerdo que tu historia la conozco perfectamente.

Ambos se midieron, desafiantes y en silencio durante unos segundos, que a Elena le parecieron horas. Durante ese tiempo no pudo escuchar nada en absoluto. Ni siquiera el ruido de la noche urbanita parecía llegar hasta allí.

Continuaba siendo todo sobradamente insólito y ahora, además, las cosas raras empezaban a solaparse súbitamente unas con otras. Podría estallarle la cabeza en cualquier momento.

Leo apretó los labios en una fina línea mientras continuaba sosteniendo la mirada de su oponente. No cedería ante el comportamiento despótico de Alex, pero tampoco pretendía enzarzarse en una disputa. Era mucho lo que le debía. Respiró lento y profundo antes de hablar.

- Mi historia es mía y quiero ser yo quien la cuente. No tienes derecho...

- No lo necesito- le cortó de nuevo. Esta vez apretaba los dientes visiblemente irritado – ¿No me has oído? Se la puedo contar yo- aclaró nuevamente.

- Bueno, ya está bien- les interrumpió Elena. Los dos hombres volvieron la cabeza en su dirección simultáneamente. Alternó la mirada de uno a otro y finalmente la clavó en Alex- Hablaré con él- decretó.

Leo disimuló un gesto de satisfacción y Alex la observó aturdido. De repente sintió como si ella le hubiese abofeteado.

- Elena, no le conoces- le habló con serenidad, y un tinte de súplica en el tono de su voz- No pretendo entrometerme, sólo trato de protegerte.

Leo lanzó un bufido a modo de protesta y se metió las manos en los bolsillos. Alex le disparó un dardo colmado de hostilidad y se dispuso a retomar la disputa, pero Elena se lo impidió, adelantándose a su inminente réplica.

- No pasará nada, Alex. Deja que hablemos.

Alex la miró a los ojos un instante y Elena pudo ver en ellos lo que estaba sintiendo. Se preocupaba por ella y luchaba contra sí mismo por rendirse ante su propia y excedida insistencia. Era cierto. No quería entrometerse, y no podía evitar sentir los golpes de la intranquilidad sobre su conciencia. Le cogió de la mano y le arrastró, alejándolo unos metros de Leo. Éste agachó la cabeza y se tragó la incomodidad que aquella escena le produjo.

Una vez apartados, ella se aproximó a su cuerpo y le acarició la mano con la punta de los dedos.

- ¿De qué tienes miedo? - le preguntó en voz baja.

- No sabemos quién es- Alex respondió sin ocultar su inquietud.

Elena frunció el ceño.

- ¿No sabes quién es? - inquirió, desplazando ligeramente la barbilla hacia atrás.

- No, Elena. No sé quién es, y preferiría estar presente.

- Veamos- alzó las manos y parpadeó un par de veces, tratando de poner en orden sus pensamientos- Si no sabes quién es, ¿qué haces hablando con él? ¿De qué le conoces y cómo es que dices conocer su historia?

- Soy quien lleva su caso.
- Su... ¿¿caso??- elevó súbita e instintivamente la voz.
- Es complicado, largo y truculento- Alex guardó silencio durante un breve instante- Y ahora lo es mucho más- declaró.

- ¿Ahora?
- Ahora que sé quién es ella. Y ella eres tú- la apuntó con el dedo índice a un centímetro de su nariz.

- ¿Es peligroso? - preguntó Elena, virando el rumbo de la conversación.
Alex negó con la cabeza.

- No ha mostrado síntomas de agresividad y ha colaborado en todo momento- abrió bruscamente los ojos- pero eso no significa que...

- Hablaré con él, Alex- le interrumpió- Necesito saber qué está ocurriendo. Sé que lo comprendes. Dime que no me equivoco.

Alex alzó las cejas y se mordió disimuladamente la lengua. Tenía que rendirse por demasiados motivos contra los que no podía luchar. Leo tenía derecho a ser él quien narrase su historia, y ella tenía derecho a pedirle que no interviniese. Nadie mejor que él lo sabía. Y, aunque ni siquiera más tarde lo reconocería, lo cierto era que la incómoda sensación que en aquel instante embarraba su piel con una especie de densa y pegajosa gelatina, no fue precisamente nada que se pareciese a un sentimiento de preocupación. Aquello era el pringoso efecto de los celos resbalando lenta y pecaminosamente por la superficie de su cuerpo.

Suspiró y agachó la cabeza de golpe, como si se le hubiese descolgado de repente.

- Está bien. Lo comprendo- alzó de nuevo la vista para encontrarse con su mirada- Pero prométeme que me llamarás cuando terminéis de hablar. A la hora que sea.

- Te preocupas demasiado.

- A la hora que sea- insistió.

Elena dejó escapar una sonrisa casi fraternal.

- Te lo prometo- respondió finalmente.

Se miraron un instante y él alargó las manos hasta rodearla por la cintura. La atrajo hacia sí y la abrazó con ternura. Elena se dejó arrastrar pese a la inesperada sensación de incomodidad que asaltó su estómago, al sentir los ojos de Leo clavados en su espalda. Escalofríos recorrieron su piel como pequeñas descargas eléctricas. Alzó la cabeza y sintió su cálido aliento a un centímetro de su boca. No lo hubiese besado de haber podido elegir. Pero la prudencia le aconsejó que aquel no era el momento de hacerse la idiota. Cerró los ojos y se dejó llevar, porque sabía que le gustaba. Porque siempre le había gustado,

aunque en aquel instante una molesta voz en su interior le gritaba que parase.

Lentamente apartó los labios y esgrimió una sonrisa de despedida en su cara, mientras buscaba su mirada. Alex la abrazó de nuevo con firmeza. Cerró los ojos y los abrió a su espalda, apuntando a Leo directo y desafiante, altivo. Pero en esta ocasión su adversario no pudo, o no quiso, retarse con él y simplemente se limitó a apuntar directamente al suelo con la cabeza, del modo en que lo haría un vagabundo al que acaban de negarle una hogaza de pan. Con la expresión de quien cobra conciencia de que nada le queda ya.

Y regresaron junto a él para despedirse. Alex le recordó que no se olvidase de pasar por su despacho a primera hora del día siguiente y se marchó a paso lento hasta su coche. Se sentó, arrancó el motor y realizó un par de destellos con las luces, antes de perderse por la larga avenida.

Elena y Leo permanecieron en silencio mientras el vehículo se hacía cada vez más pequeño, difuminándose entre las luces de la ciudad. Luego, al cabo de un largo minuto, se miraron tímidamente y de reojo. Alguien tenía que hablar y nadie sabía cómo empezar, ni por dónde.

Elena inspiró aire con disimulo y tomó la palabra.

- Bueno- carraspeó nerviosa y le miró a los ojos un poco más decidida. Leo la observaba cabizbajo con aquella mirada de indestructible melancolía que jamás le abandonaba. Esa que ahora pellizcaba de manera inexplicable la superficie de su corazón- ¿Dónde quieres hablar?

31. SOLEDAD

A menudo sucede que la realidad supera a la ficción. Si bien cierto o no, suele ser aconsejable no fantasear de antemano con el asunto que proceda. Porque nunca, repito, nunca, se ajustará ni de lejos a la firme verdad de dicho asunto. Aunque a veces otras cuestiones relacionadas con los mismos asuntos se opongan de frente a lo anteriormente nombrado. Por ejemplo, que resulte absolutamente imposible no hacerlo.

Leo había sido un vagabundo que, cansado de peregrinar por el mundo, el destino había dejado junto a su puerta, del mismo modo que la marea arrastra un animal perdido hasta la costa, para después abandonarlo a su ingrata suerte. Había sido un pobre demente que creía conocerla, o incluso puede que amarla, tal vez porque su verdadero amor se fue, empujándolo de cabeza a la locura. Incluso un desconocido del pasado que buscaba venganza. O un familiar lejano de esos que no se conocen hasta que una herencia perdida reclama dueño. O puede que un justiciero de los que sólo cobran cuando entregan la cabeza del malo.

Una a una, todas sus teorías acababan escurriéndose entre sus dedos como el agua que derrite la escarcha, bañando la hierba tras salir el sol. Todas carecían de patas sólidas que las sostuviesen, o lógica donde poder aferrarse. Todas se desvanecían porque ninguna de ellas justificaba la realidad que ofrecía su aspecto y comportamiento, con la ficción que se forjaba en la mente de Elena. Demasiado discordante. Demasiado intangible que aquel hombre fuese un loco, o un vagabundo, o alguien que quisiera hacerle daño. Y de ser así, todos aquellos que aseguraban su inocencia se habrían equivocado. De ser así, puede que hacer lo que estaba a punto de hacer, fuese una auténtica locura. Pero detenerse a pensar en eso ahora... ya era demasiado tarde.

A las nueve y media el frío se calaba hasta los huesos, incluso en el interior del portal. Pero el lugar le había parecido lo más seguro, sin tener que meterle en casa. Llevarle a tomar algo se le antojaba demasiado similar a una cita, y no le apetecía provocar en Alex nada que se pareciese, ni de lejos, a un ataque de celos. Y, puestos a sumar motivos, aquel tipo no tenía mucha pinta de poder pagarse una cerveza. Hay que tratar de ser pragmático de vez en cuando.

Por otra parte, subirlo a casa le parecía un disparate digno de sucumbir a un fatal arrepentimiento antes de veinticuatro horas, aunque a ella también le resultase ciertamente enternecedor y alguien en quien se podía confiar. Pero en algún sitio había escuchado aquello de “líbrame señor de las aguas mansas” y Elena era de las que pensaban que en la vida real, los malos más malos, no

tenían por qué tener cara de serlo. Su propio rostro era el mejor de los ejemplos.

Así es que tuvo que escoger entre sentarse en la acera, cerca de casa, por si Paula la reclamaba, o hacerlo sobre un escalón, en el interior del portal. Dentro la niebla no calaba, pero el suelo tal vez estuviese más frío incluso que el asfalto del exterior. Lo hubiese jurado por su entumecido culo.

Un escalón les separaba de rozarse las rodillas. Elena apoyaba la espalda en la barandilla y Leo lo hacía sobre la superficie de la pared, un poco más abajo que ella. Ambos sostenían una taza de café con leche muy caliente que ella había insistido en preparar.

Estaba nerviosa. Como si algo muy grande estuviese a punto de caer sobre su cabeza. Un nuevo capítulo comenzaba en ese mismo instante en el que, sentada frente a Leo, aguardaba con fervor comedido a descubrir aquello que tantas horas de sueño se había llevado consigo. Por fin conocería la verdad.

El tiempo se detuvo.

Leo apretaba la taza entre las manos y observaba detenidamente el líquido caliente que se balanceaba suavemente en su interior. Se mordía el labio y arrugaba la frente, como aguardando a que sus fuerzas terminasen de organizarse y se reagrupasen al fin. Elena apenas respiraba. Intentaba no mirarle hasta que él no comenzase a hablar, pero era tanta su curiosidad, que a duras penas lograba mandar sobre sus impulsos. Ordenaba a sus ojos que mirasen al suelo, pero cualquier gesto, por insignificante que fuese, se interpretaba como un reclamo y casi sin darse cuenta, se encontraba mirándole fijamente, con la expresión de un niño que aguarda con entusiasmo su cuento, acurrucado entre las sábanas de su cama.

El silencio empezaba a ser incómodo. Elena lo supo cuando al mirarle por enésima vez, distinguió una pequeña gota de sudor resbalando por su frente. Entonces volvió a sentir lástima por él, como cuando le observaba bajo la inclemente lluvia desde el anonimato de su ventana. O cuando le veía comer su bocadillo de cada noche y acurrucarse sobre los cartones, o caminando cabizbajo tan lejos y a la vez tan cerca... Como siempre que miraba sus ojos.

Intentaría echarle una mano, rompiendo el hielo. Tal vez era un pequeño empujón lo que necesitaba, o al menos no sentirse como un alumno en un examen de final de carrera. Le preguntaría por su viaje de vuelta, o por la familia. Un poco de conversación de ascensor para después encauzar el tema. Sonrió tímidamente y abrió la boca, justo antes de escucharle carraspear, y desistió cerrándola de nuevo.

- El veintiocho de junio tuve un accidente- le espetó con apenas un hilo de voz, sin atreverse a levantar la vista del interior de su taza.

Elena no dijo nada. Leo había arrancado por fin y no quiso interrumpirle

con estúpidos comentarios al estilo “Ah, ¿sí?, ¡Qué fuerte! Justo el día del cumpleaños de mi hija” y se limitó a no mover un músculo y a no parpadear por nada del mundo. Un segundo más tarde Leo alzó sus largas y espesas pestañas, la miró un instante a los ojos para volver a hundirla de nuevo en el café, inspiró todo el aire que pudo...y narró su historia.

Jueves, 19 de agosto de 2010. 11:11 de la mañana.

Tenía la boca seca de una manera muy distinta a cuantas veces recordase. Seca, pastosa y con un extraño sabor a medicamento. Abrió los ojos muy despacio y lentamente acomodó la vista a su entorno. Que no sabía dónde estaba era de momento todo lo que sabía, y examinó su alrededor en busca de cualquier dato que pudiese facilitarle alguna pista. El techo era blanco y las paredes también, aunque éstas lo eran en un tono ligeramente grisáceo. No vio ninguna lámpara ni fluorescente sobre su cabeza. A su derecha una pared con dos puertas empotradas y lo que parecía un pasillo al final de la misma. A su izquierda un enorme ventanal ocupando casi la totalidad de la pared, sin cortinas ni adornos por ninguna parte, sin cuadros ni televisión. Nada.

Respiró pesadamente y parpadeó un par de veces. Le dolían los ojos y le molestaba la luz del día. Sintió martillar su cabeza al son de una especie de tambor lejano que se aproximaba gradualmente, amplificando cada vez más aquel incómodo sonido. Arrugó la nariz exhibiendo su dolor. Un segundo después abrió los ojos de par en par. Había algo en su nariz. Alzó instintivamente la mano y se quitó lo que fuese aquello de un manotazo. Entonces observó el dorso de su mano, aturcido y con las comisuras de los labios apuntando hacia su barbilla. Largos y delgados tubos de plástico parecían brotar del interior de su carne, en dirección a alguna parte. Buscó su origen y lo encontró a unos centímetros de su cama. Localizó dos bolsas con sendos líquidos transparentes que pendían de una larga percha y cerró los ojos mientras intentaba asimilar lo que acababa de comprender. Aquel lugar no podía ser otra cosa que la habitación de un hospital.

- No me jodas- habló y su débil y apenas perceptible voz le sonó desatinada y ronca.

Frunció el ceño al tiempo que navegaba sin rumbo por el interior de sus recuerdos. ¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba allí? ¿Desde cuándo? La cabeza empezó a darle vueltas y sintió unas repentinas náuseas. Se llevó los dedos a la frente intentando detener aquel molesto bamboleo y un impulso le empujó a abrir de nuevo los ojos. Palpó su cráneo, cubierto por un sólido vendaje desde la misma frente hasta la nuca. Desconsolado, dejó caer la mano sobre el colchón y apretó los labios, súbitamente agobiado.

- No me jodas- repitió, un poco más alto esta vez.

Y esta vez una cabeza asomó por la esquina que había concluido sería un pasillo. Una testa de pelo rojizo, recogido en un moño alto y unos bonitos ojos castaños, que en ese instante se abrían alegres y pasmados.

- ¡Pero bueno! - la joven no pudo esconder su júbilo y sonrió de oreja a oreja. Desapareció un segundo tras la esquina, para escuchar el sonido de una puerta al cerrarse, y de nuevo apareció. Caminó hacia él vestida con pantalón y camisa verde claro (sin duda el uniforme de una enfermera) y pulsó un interruptor que descansaba junto al cabezal de su cama.

- Estas son las alegrías que me gustan a mí- comentó con un tono de sumo cariño en su voz.

Antes de que el hombre pudiese responder, alguien habló a través del interruptor que acababa de pulsar.

- ¿Sí?

- Llama al doctor Oriol. El tres, cero, seis ha despertado.

- Enseguida.

Le miró sonriente y palmeó con delicadeza su antebrazo.

- ¿Cómo te encuentras, guapísimo? - preguntó mirándole con ojos vivarachos.

- ¿Dónde estoy? - se limitó a responder. Su voz le seguía resultando demasiado ronca. Casi desconocida.

- Estás en el Santa Ana- se inclinó ligeramente y habló en un susurro, como si quisiera contarle un secreto- El mejor hospital del mundo. Te doy permiso para enfadarte con cualquiera que te diga lo contrario.

El hombre no pareció verle la gracia a la cuestión y continuó con la misma expresión de vasto aturdimiento envolviendo su rostro. Pero la simpática enfermera ya había contado con aquella reacción y no pareció ofenderse. Sujetó su muñeca izquierda, palpando su pulso con los dedos y miró el reloj que llevaba en la muñeca.

- ¿Qué me ha pasado? - inquirió el paciente.

La sanitaria aguardó sonriente hasta finalizar de tomarle el pulso y, después de colocar de nuevo su mano sobre el colchón, le respondió.

- Todo cuanto debes saber te lo explicará el doctor. Vendrá antes de lo que imaginas- le guiñó un ojo, en señal de complicidad- Yo te voy a cambiar la medicación y te haré compañía hasta que venga.

Aquella respuesta no le gustó demasiado. Pero la idea de no sentirse solo le resultó agradable y, o bien carecía de ganas o bien de fuerzas para discutir. De modo que se decantó por esperar al tal doctor Oriol mientras observaba el ir y venir de la joven por la habitación.

El médico apareció exactamente cuando ella dijo y entró en la sala apenas dos minutos después. Antes de lo que había imaginado.

Un hombre delgado, de aspecto tosco y nariz aguileña que al hablar, su cálida voz desentonó con la cetrina apariencia que ofrecía su exterior.

- Vaya, Vaya...menuda sorpresa- declaró a modo de saludo mientras se aproximaba hasta la cama y sacaba del bolsillo de su bata blanca una linterna con forma de bolígrafo – Acabas de fastidiarme el almuerzo- bromeó y la enfermera rio abiertamente. Todos parecían estar muy contentos de verle.

Se colocó junto a él y se acercó a comprobar el vendaje un instante. Después encendió la pequeña linterna y apuntó a sus ojos en intervalos. Al finalizar la apagó y la guardó de nuevo en su bolsillo. Alzó la mano delante de su cara y extendió tres dedos.

- ¿Cuántos dedos ves?

- Tres- respondió el paciente.

- Muy bien. ¿Sabes en qué año estamos?

- En dos mil diez.

- Perfecto- rumió el doctor- ¿Sabes cómo te llamas?

El enfermo abrió la boca, como empujado por la costumbre que obliga a cualquiera a responder a la pregunta más evidente de todas, pero la respuesta no apareció. En su lugar arrugó el ceño y viró las pupilas hacia la izquierda, rebuscando la solución entre los restos de su memoria.

- No quiero que te pongas nervioso- le tranquilizó el doctor Oriol- No es tan raro como parece. Dime si sabes en qué país estamos.

- En España- contestó raudo.

- En España, efectivamente. ¿Y tu edad? ¿Recuerdas cuántos años tienes?

De nuevo el blanco vistió su mente, cuando un lejano nudo de nervios empezó a abrirse paso entre sus tripas.

- ¿Qué hago aquí, doctor? - preguntó aturdido- ¿Qué me pasa? ¿Por qué no recuerdo mi nombre? - comenzó a sentir su respiración pesada.

- Tienes que asimilar muchas cosas y es importantísimo que no te alteres.

- Dígame al menos cuál es mi nombre- suplicó impaciente. Tal vez al escucharlo le resultase familiar.

Pero el amable médico disimuló, esquivando la pregunta y cambiando de tema.

- Has tenido un accidente y debes recuperarte. Ahora nos centraremos en revisar tus reflejos y tu anatomía. Más tarde nos encargaremos del resto.

- ¿Cuánto tiempo llevo aquí? No recuerdo ningún accidente.

- Es muy normal. No te preocupes.

- ¿Cuánto tiempo, doctor? - insistió con énfasis.

El hombre le observó detenidamente al tiempo que introducía las manos en los bolsillos de su bata blanca y llenaba su pecho de aire. Respondió por fin, al cabo de un rato.

- Desde el veintiocho de junio. Algo más de mes y medio.

El paciente le miró, paralizado por la impresión, durante un largo minuto y su interlocutor le devolvió la mirada tratando de alentarle. Cada caso era distinto en cada persona y en los detalles, pero la primera reacción ante un coma relativamente largo era siempre de alteración y notable confusión.

- Relájate y dime si recuerdas algo- continuó buscando respuestas al tiempo que le empujaba a intentar recordar cualquier cosa que lograra poner en marcha los engranajes de su cerebro.

El hombre cogió aire por la nariz y lo soltó lentamente, parpadeó un par de veces y finalmente se quedó completamente quieto.

- Elena- había captado un recuerdo, y una pequeña pero alentadora sensación de alivio recorrió su cuerpo como un soplo de aire fresco.

- ¡Elena! - sonrió el doctor con notoria satisfacción- Bonito nombre. ¿Recuerdas quién es Elena?

- No...no sé quién es. Pero recuerdo su cara.

- ¡Perfecto! Eso está muy bien. ¿Es guapa?

- Sí...creo que sí.

- ¿Qué recuerdas de ella? Descríbemela.

- Pelo castaño, largo...creo- dudó un instante antes de continuar- delgada.

- ¿Por qué dudas de su pelo largo? - inquirió el doctor.

- La imagen que tengo de ella es con el pelo recogido.

- Entiendo. ¿Recuerdas algo más?

- Sí...una niña, pero no recuerdo su nombre.

- ¿Podría tratarse de tu hija? - el doctor ocultó su confusión y miró fugazmente y de reojo a la enfermera, que en ese instante permanecía estática, como intrigada por descubrir el final de algún antiguo misterio.

- No lo sé...tal vez...no sé.

- Que recuerdes nombres significa que puedes recordar el tuyo. Sólo tendrás que tener un poco de paciencia.

- ¿Por qué no me lo dice usted? - se apresuró a responder.

El afable doctor Oriol se irguió frente al enfermo y cruzó los brazos delante del pecho, le miró a los ojos y le ofreció una alentadora y cálida sonrisa, antes de hablar.

- No sabemos cuál es tu nombre. No tenías documentación cuando te encontraron. El inspector Ayala es quien lleva tu caso y ya le hemos llamado para comunicarle que has despertado. Aquí nos ocuparemos de tu salud, pero los

temas legales y tu identidad son cosa de las autoridades.

El aludido dejó escapar el aire de sus pulmones y permaneció completamente perplejo, con la vista clavada sobre la superficie de su cama, mientras un sudor frío se adueñaba de la mayor parte de su cuerpo. De repente se sintió desnudo por dentro. Desamparado, huérfano y solo. La sensación más amarga y desapacible que jamás sentiría a lo largo de toda su vida. Quería preguntar algo más, pero tuvo miedo de hacerlo, consciente de que la respuesta podría ser demasiado difícil de asimilar. En su lugar optó por permanecer callado, aguardando a que el buen doctor terminase de narrarle los pormenores de algún tema relacionado con futuras atenciones médicas, sin importarle recordar o no cuánta información se aviniese a asimilar su intelecto.

Finalizada su tarea el doctor Oriol se marchó, despidiéndose tan amablemente como había llegado, prometiendo volver más tarde y dejando a la simpática enfermera a solas con él. En breve vendría un celador a llevárselo para hacerle todo tipo de pruebas.

La muchacha finiquitó su labor y se dispuso a despedirse también.

- Te trasladaremos a una habitación con tele. Te resultará mucho más llevadero- trató de infundirle ánimos.

Después recogió las bolsas de suero vacías y se dirigió hacia la salida. El hombre desconocido que la observaba desde la cama, rompió su silencio y le habló antes de que abandonase la habitación.

- Espera.

- ¿Sí? - se apresuró a responder.

- Nadie... ¿Nadie ha venido a buscarme? ¿Ningún familiar o amigo?

La enfermera se volvió hacia él y le miró fijamente antes de responder, debatiéndose entre decirle o no la verdad. Tal vez por eso tardó un poco más de la cuenta en hablar.

- Durante mi turno no- musitó al fin con pesar – ¿Sabes qué? - se aproximó hasta situarse de nuevo a su lado- Si quieres podemos ponerte un nombre, al menos hasta que alguien te devuelva el tuyo.

El hombre parpadeó, ligeramente confundido.

- Hoy es diecinueve de agosto- prosiguió la joven- Es el cumpleaños de mi padre y en cierto modo, podría decirse que también el tuyo. Los nacidos en esta fecha son de signo leo. Y Leo también es un nombre.

- ¿Leo? - respondió el aludido con las cejas alzadas.

- A mí me gusta- insistió la enfermera.

El paciente la observó sin verla durante un largo tiempo y al cabo se encogió de hombros.

- Siempre será mejor que un número- admitió con amarga tristeza.

Las pruebas físicas dictaminaron que el recién bautizado con el nombre de Leo gozaba de la fuerza corporal de un toro. Reflejos, musculatura y fondo físico resultaban asombrosamente óptimos, así como los análisis de sangre y orina. Su cuerpo no parecía haberse resentido lo más mínimo en los casi dos meses que había permanecido postrado y del todo estático sobre un colchón. Tan sólo su memoria se había visto alterada por el desconocido y fatal accidente.

Leo fue encontrado por un ciclista la mañana del veintiocho de junio, a unos treinta metros de una carretera comarcal, con un fuerte traumatismo en la cabeza. Abandonado en mitad de la maleza, solo y sin ninguna clase de documentación. Resultado: amnesia postraumática transitoria. Generalmente transitoria, para ser exactos. Algo al parecer muy común en los accidentes en los que el afectado sufre un traumatismo cerebral. La duración de la misma estará relacionada con el grado de daño causado. La memoria debe consolidarse, recomponerse de nuevo y recuperar los datos perdidos. Si el paciente sucumbe a un estado de coma, que puede durar entre unos segundos y varias semanas, al despertar presentará amnesia anterógrada de los eventos previos al trauma. Cualquier suceso, casi siempre personal, que preceda al accidente, el cerebro puede eliminarlo y enviarlo directamente a la papelera de reciclaje. Volver a recuperarlos dependerá únicamente del paciente. Tratamiento: no existe. En fin...mantenerse ocupado, dormir ocho horas, una dieta equilibrada, relacionarse con gente y dejarse cuidar por la familia.

Lo de dormir ocho horas y la dieta equilibrada lo llevaría bien, mientras estuviese en el hospital. Después la cosa sería bien distinta. Sin saber dónde vivía no tendría a dónde ir. Su familia, si es que la tenía, no había dado señales de querer recuperar al miembro perdido. Fuera quien fuese, no parecía tener ralea ni amigos, y si los tenía, y esto era lo peor de todo, nadie parecía echarle de menos.

El recuerdo de Elena y la niña resultó ser lo único que le quedaba de su desmembrada memoria. Pero el alivio que en un principio había sentido tras evocar aquellos rostros con tanta claridad, ahora se le antojaba como la herida que se abre lenta y dolorosa sobre la carne, supurando una asquerosa mezcla de amargo desconsuelo y pus. Su recuerdo palpitaba inagotable en el interior de sus retinas. Crecía con el transcurrir de las horas y se aferraba a su piel como las raíces a la tierra, azotando cruelmente sobre su frágil y trémula esperanza. La visión era demasiado clara como para creer que aquella joven y la niña no eran muy importantes en su vida. Tenían que formar parte de su familia. Su convaleciente cerebro le impedía confirmar quiénes eran exactamente, pero su corazón le aseguraba que entre ellos existía alguna clase de vínculo. ¿Por qué si

no podía verlas con tanta claridad? ¿Dónde estaban? ¿Por qué no le habían buscado? ¿Les habría sucedido algo también a ellas? ¿Por qué nadie le había buscado?... ¿Por qué?

Siete horas exactas transcurrieron desde que el paciente despertase de su dilatado letargo, cuando el inspector Ayala entró por la puerta de la habitación del hospital donde Leo se recuperaba de su accidente. Un hombre de su misma estatura, de complexión atlética y agradables rasgos, que vestía un pantalón de pinzas gris marengo y una camisa beige de corte elegante. Tal vez demasiado para su gusto, pero el tipo lo lucía bastante bien. A Leo le causó buena impresión.

- Buenas tardes- le saludó cortésmente y se acercó a tenderle la mano. Leo la estrechó desde su cama. Aquel hombre sería tal vez la única esperanza que tenía de saber quién era- Me han dicho que debo llamarte Leo.

- Un nombre corto es mejor que nada- respondió éste con ironía.

- Averiguaremos tu verdadero nombre- afirmó rotundo-
Para eso me pagan.

Leo se atrevió a sonreír tímidamente.

- Su determinación me tranquiliza.

- Me llamo Alex y calculo que tú y yo debemos tener edades similares, así es que puedes tutearme. Además - añadió tras meditar un instante-, sospecho que pasaremos mucho tiempo juntos. Tu caso es único, aunque imagino que eso no te servirá de consuelo.

- No mucho. ¿Puedes definir “único”?

- No es que pueda, es que debo- el inspector se alejó en busca de una silla y la arrastró de las patas traseras hasta colocarla junto a la cama. Se sentó y apoyó las manos sobre sus rodillas- Veamos... ¿por dónde empiezo?

- Tal vez por decirme si soy sospechoso de algo.

- Si así fuese te aseguro que tendríamos un problema muy gordo los dos, porque legalmente no existes. Y si no existes no puedo denunciarte.

- ¿En serio? - preguntó asombrado.

- Sin documentación, no. No estás fichado y no se ha presentado nadie que pueda reconocerte- Leo sintió un repentino pinchazo en la boca del estómago tras oír aquello- De momento no hemos encontrado el modo de averiguar quién eres. Esperaba que me lo dijese tú cuando despertases, pero el doctor Oriol me ha puesto al día de tu situación. No debería permitirte salir a la calle si no te identificas primero, pero no puedo retenerte sin un motivo y no puedo hacer nada sin un documento que te acredite. No existen antecedentes de un caso similar, ni protocolo a seguir. Me has creado una paradoja.

Leo resopló con desgana y levantó la mano derecha de forma teatral.

- Ha sido sin querer, lo juro. ¿Has pensado en alguna solución?

- Hemos elevado tu caso al juez. Él determinará qué hacer contigo, pero de momento eres un ciudadano como otro cualquiera, y no existen indicios de que hayas cometido delito alguno. De ser así te aseguro que encontraría la forma de retenerte. Te prepararemos un documento que certifique tu situación y tendrás que asistir todos los días a comisaría para llevar un seguimiento. Mientras tanto necesito tu permiso para mandar una foto tuya a todas las delegaciones de la comunidad. Si no obtenemos respuesta en un determinado tiempo, lo extenderemos a todo el país. Alguien tiene que estar buscándote en alguna parte— sacó una pequeña libreta de su bolsillo y buscó una página en blanco— ¿Has probado a firmar?

- Pues no— se sorprendió ante aquella simple pregunta, tal vez porque la idea de que algo tan sencillo como una rúbrica lograra destapar semejante misterio, de repente le resultó cómico. Agarró el bolígrafo y la libreta, respiró profundamente, cerró los ojos suplicando un milagro, y se concentró cuanto pudo.

Nada. Podría haberse inventado algo, aunque fuese por fingir que tenía una firma. Pero su mano no se movió ni un milímetro y lo único que consiguió fue marcar un minúsculo círculo de tinta sobre el papel que a punto estuvo de atravesarlo.

- No te preocupes— Alex retiró la libreta de entre sus manos— No pasa nada. Teníamos que intentarlo.

- Todo el mundo me dice que no me preocupe— protestó con resignación.

- Son frases hechas. Yo estaría tan preocupado como tú, pero mi trabajo es ayudarte y siempre será mejor que trates de llevarlo con tranquilidad. Preocupándote más de lo cuenta no conseguirás nada, créeme.

- ¿Qué se supone que voy a hacer cuando salga de aquí?

- Que será bastante antes de lo que me gustaría, a no ser que el informe médico dictamine lo contrario. Parece ser que estás como un roble. Y aunque me alegro por ti, es evidente que no tienes a donde ir. Pero ya he pensado en ello. En el documento que te entregaré solicitaremos ayuda a comedores sociales y hogares para indigentes— se detuvo un segundo para mirarle. Supuso que la idea de despertar de un coma y encontrarse con que uno acaba de convertirse oficialmente en un sin techo, no sería plato de buen gusto para nadie. El nuevo Leo miraba al frente, ausente y con expresión abatida. El inspector Ayala continuó— Pero soy muy bueno en lo mío— afirmó con una simpática mueca con la que pretendió alentarle— Y te aseguro que será por poco tiempo.

Leo mantuvo la vista fija al frente durante un largo rato y al cabo pestañeó

antes de dirigirla hacia su interlocutor. Inspiró aire por la nariz y vistió su rostro con una taciturna mirada que le acompañaría a partir de ese instante y hasta mucho tiempo después.

- Espero que tengas razón- respondió desolado.

Jueves, 2 de septiembre de 2010. 15:45h.

El sol calentaba la urbe con rabia, apremiando a muchos peatones a buscar refugio bajo la sombra de cualquier cosa que sirviese para tal fin. Otros, sin embargo, parecían ignorar el fuego que amenazaba con derretir el asfalto bajo sus pies. La imagen de la ciudad le resultaba tan desconocida como su propia persona. La fotografía de un mundo lleno de luz que su cerebro registraba por vez primera. Lo que probablemente fuese del todo incierto, y tan cierto al mismo tiempo.

Leo sintió como si, al cruzar las puertas del hospital hacia el exterior, su nueva y única vida conocida, diese comienzo en ese justo momento. Acababa de volver a nacer y ahora tenía que aprender a vivir de nuevo en un lugar que, por un capricho del destino, su memoria le había vetado.

Se detuvo junto a la enorme puerta de cristal que acababa de dejar a su espalda y observó la recién nacida perspectiva que la panorámica de aquella insólita ciudad le ofrecía. Edificios y coches por todas partes, calor, humedad y una masa ingente de extraños deambulando sin rumbo aparente por donde quiera que mirase.

Tenía que sobrevivir. Tenía que encontrar a la Elena de sus recuerdos entre aquella multitud. Una aguja entre un millón de pajaros mezclados, agitados y arrojados de cualquier manera sobre la infinita extensión de un océano ignoto. Al menos la herida de su cabeza se había curado bastante bien. Sólo un pequeño vendaje del tamaño de tres o cuatro tiritas cubría la lesión, un par de centímetros por encima de su nuca. Entre tanta mierda resultó que había tenido suerte. Un poco más abajo y no hubiese contado aquello que no recordaba. Debería acudir al hospital para su cura y seguimiento psicológico cada tres días y eso le tranquilizaba, porque todas las personas que conocía se encontraban en el edificio que acababa de abandonar. Suspiró y se palpó con sumo cuidado la superficie del vendaje, mientras continuaba observando el nuevo mundo que se extendía ante sus ojos.

La familiar voz del inspector Ayala le sacó de su ensimismamiento.

- Tengo el coche en doble fila- le habló a modo de saludo

- Vamos.

Leo parpadeó y volvió a la realidad. Alex le aguardaba a los pies de una

corta escalera compuesta por tres peldaños, enfundado en unos vaqueros y una camiseta blanca. Ambos vestían de manera muy similar, sólo que Leo llevaba un jersey azul atado a la cintura. Lo que llevaba puesto era todo cuanto tenía.

- ¿Pueden denunciarte? - preguntó caminando en su dirección, tras localizarle.

- No llevo el cartel de “muerte a quien me multe”. Lo he encargado pero todavía no me ha llegado.

- ¿A dónde vamos?

- A comisaría. Tienes que saber dónde está. Luego te enseñaré dónde se encuentran los comedores sociales y un par de sitios donde podrás dormir.

Recorrieron la ciudad durante más de tres horas. Anotaron direcciones y combinaciones de metro junto a cada una de ellas. Tres comedores sociales y un par de albergues de acogida en varios puntos bastante alejados entre sí, por si Leo decidía explorar sin prisa las calles en busca de algo que su memoria reconociese. Para todo ello debería llevar siempre encima el documento que el inspector Ayala, conjuntamente con los servicios sociales y el juez, le había entregado. En él se especificaba que el individuo carecía temporalmente de documentación y solicitaba alimento y asilo por tiempo indefinido. El documento lo firmaba un tal Amancio Cortés de Córdoba. Sin duda el nombre de un juez.

Una vez finalizado el recorrido, Alex insistió en invitarle a una merecida cerveza bajo la refrescante sombra del entoldado de un bar. A las ocho de la tarde el sol había dejado de arrojar llamas sobre los tejados y emprendía el camino de vuelta a casa, deslizándose perezosamente hacia el oeste. Pero dejaba tras de sí un pesado bochorno que sólo servía para satisfacer los bolsillos de los propietarios de las numerosas terrazas que adornaban las calles de aquella colosal ciudad.

Leo no había hablado demasiado durante el trayecto. Se había limitado a responder a las preguntas de Alex, mientras se afanaba en estudiar con atención el desconocido mundo y cada uno de sus detalles. Por lo que tuvo que ser Alex quien rompiese de nuevo el silencio, después de beber un largo trago de su cerveza directamente de la botella.

- ¿Cómo lo llevas? ¿No has notado ningún cambio ahí adentro? - dejó la cerveza en el posavasos y apuntó hacia su propia cabeza- ¿Has visto algo que te resulte familiar?

Leo se sentaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre la superficie de la mesa. Su cerveza descansaba frente a él. La cogió y habló antes de beber.

- Nada- respondió afligido.

- No quisiera estar en tu pellejo- confesó Alex- A partir de ahora estarás solo, pero tienes mi teléfono y puedes llamarme cuando quieras. Además, te veré todos los días. Recuerda que tendrás que venir a visitarme.

- Descuida.

- Mañana mismo mandaremos tu foto a todas las delegaciones de la ciudad. Te la haremos en comisaría cuando vengas- bebió un largo trago de cerveza y sacó de su bolsillo una cartera de piel. La abrió y extrajo dos billetes de cincuenta euros-Toma- se los ofreció- No quiero que vayas por ahí sin un euro.

El aludido observó muy serio aquello que se le ofrecía y tras un largo instante agachó la cabeza con abatido gesto.

- Cógelo- insistió- Ya me lo devolverás. Seguro que eres un tipo con pasta-sonrió y clavó los ojos sobre Leo, que levantó la cabeza y le devolvió la mirada. Un segundo después ambos sonrieron.

- Estoy seguro de que nunca he tenido que pedir dinero antes- resolvió su acompañante.

- No me lo has pedido- Alex alargó la mano con la que sostenía el dinero hasta casi tocar la de Leo- En ocasiones hay que saber tragarse el orgullo. Cógelo.

Leo inclinó la cabeza de nuevo y apretó los labios. Después la alzó con determinación y suspiró desanimado, mientras aceptaba visiblemente incómodo, el dinero del inspector. Observó aquellos billetes durante un instante y los dobló lentamente antes de guardarlos en el bolsillo de su pantalón.

- Te lo devolveré- le aseguró- Y te invitaré a una cerveza.

El inspector Ayala sonrió y alzó su cerveza a modo de brindis. Leo le imitó y chocaron las botellas.

- Que sean dos- sentenció.

Aquella tarde de principios de septiembre, húmeda y bochornosa, incluso a punto de desaparecer el sol tras la línea del horizonte, Alex y Leo se despidieron hasta el día siguiente, con un sincero y firme apretón de manos, en la misma terraza de aquel bar donde compartiesen un par de cervezas.

Leo caminó sin rumbo, con las manos en los bolsillos y una amarga impotencia oprimiendo su pecho, hasta que la noche se abrió paso sobre los tejados, envolviendo el mundo con un cálido manto colmado de luces que bañaban cada rincón de aquella extraña ciudad. No supo cuánto tiempo había deambulado, ni tampoco le importó. Se detuvo frente a un gran parque y lo observó detenidamente. Localizó un pequeño espacio a lo lejos, donde un par de sauces formaban un semicírculo con la ayuda de un enorme seto, podado de manera que recordaba un grueso muro.

Debería haber cenado algo. Desde que abandonase el hospital su estómago no había consumido nada sólido y ahora empezaba a retorcerse reclamando algo de alimento, pero el sentimiento de tristeza que en aquel momento dominaba su voluntad, le forzaba a posponer cualquier empresa que requiriese continuar vagando por las calles de un mundo por el que ya empezaba a sentir un cierto rencor. Lo de alimentarse era para la gente normal y él era cualquier cosa menos normal.

Casi arrastrando los pies, se dirigió hacia aquel rincón del parque y se dejó caer sobre el césped, bajo el amparo del sauce de mayor tamaño. Apostó las manos bajo su cabeza y elevó la vista al cielo. Las lánguidas ramas del árbol le impidieron ver más allá de sus largas y delgadas hojas. Suspiró desconsolado y en silencio. Tal vez fuese un enorme sauce, plantado en el mismo centro de su memoria, lo que sepultaba sus recuerdos.

El doblar de una lejana campana marcó las once cuando el afilado canto de un grillo se aproximó para hacerle compañía. Cierta tiempo después, su mente buceaba perdida bajo la profunda oscuridad del insondable mar de los sueños. No escuchó el repicar de las doce.

Le despertó el sonido húmedo de un perro salchicha olfateando su oreja. Cuando abrió los ojos el animal huyó despavorido, probablemente en busca de un amo a quien andarle con el chisme de su inesperado hallazgo. Se incorporó lenta y pesadamente, hasta apoyar la espalda sobre la corteza del árbol que le había servido de cobijo durante la noche. La cabeza le palpitaba como si su corazón se le hubiese instalado dentro y su estómago le haría pagar bien caro la fatal decisión de saltarse la cena, retorciendo con saña el hueco vacío de sus tripas. Flexionó las rodillas y apoyó los codos sobre ellas, hundiendo la cabeza entre las manos. Presionó con fuerza tratando de mitigar el dolor de aquellos punzantes latidos. Los mismos que ahora sentía como si alguien le estuviese propinando patadas desde el interior de su cabeza. La incómoda sensación de soledad de la que ya era oficialmente dueño, acudió rauda a ocupar su lugar, como un eficiente obrero a su puesto de trabajo. Trató de ignorar a su estómago. Trató de ignorar la realidad. Pero la realidad era demasiado grande y su cínica y venenosa risa demasiado estridente como para jugar a hacerse el esquivo con ella. De modo que apartó las manos de su cara y las dejó caer sobre las rodillas, alzó con excesiva determinación la cabeza hasta golpearse con la sólida corteza del viejo sauce y sintió un terrible pinchazo en su olvidada herida. Se encogió de hombros y, tras articular un repentino gesto de dolor, se cubrió el pequeño vendaje con ambas manos mientras apretaba ojos y dientes, aguardando a que menguase. Al cabo de par de minutos abrió de nuevo los ojos y se dispuso a incorporarse. Y entonces miró hacia abajo. Exactamente hacia sus pies. Y esta

vez hundió exageradamente su cabeza hasta situarla por debajo de sus hombros.

- Joder- farfulló casi en un sollozo- Puta mierda de vida. Me he vuelto imbécil.

Estaba descalzo. Algún desconocido, eso seguro, andaba por ahí con sus únicas zapatillas. Un fulminante ataque de rabia corrió de súbito por sus venas, y por primera vez en su nueva vida, tuvo la certeza de que podría matar a aquel que se había dedicado a adueñarse con tanto esmero de lo que era suyo. Supo que sabría matar, y lo supo de una manera que le erizó la piel de la nuca.

Meneó la cabeza con el fin de expulsar aquella incómoda sensación y un minuto más tarde consiguió levantarse. Poco tiempo iba a durarle el dinero que le había prestado el inspector Ayala y qué agradecido se sentía en ese mismo momento.

Cincuenta y cuatro euros le costaron las más baratas que encontró en la primera tienda que entrase. Debería haber buscado unas más baratas, pero no quiso andar por ahí mucho tiempo descalzo, aunque tiempo precisamente, era lo único que le sobraba. Después un bocadillo de tortilla de patatas del que dio buena cuenta en tiempo récord, cerveza, café y una deliciosa ensaimada de postre. Todo ello fue acogido de buen grado por su enojado estómago que, tras haber saciado su hambre, parecía querer mostrarle el mundo un poquito menos mierda. La cuenta, diez euros y restando.

La siguiente parada fue para visitar al inspector en su comisaría tal y como él mismo le había pedido. Allí le hicieron la foto con la que tratarían de encontrar su extraviada identidad y Leo pudo comprobar cómo todo el mundo en aquel lugar parecía tener ganas de aclarar aquel misterio. Tomaron sus huellas. La posibilidad de encontrarle a través de ellas era muy remota sin estar fichado, pero no se descartaría ninguna vía. Fue una visita corta. Alex tenía trabajo y, aunque insistió en que Leo le esperase, éste prefirió empezar cuanto antes a trabajar por recuperar su memoria, de la única forma que podía hacerlo. Caminando.

Y eso hizo. A partir de ese día se dedicó a recorrer una a una, y con la ayuda de un mapa, todas y cada una de las calles que configuraban la ciudad condal. Dormía en rincones escondidos de cualquier parque con el que tropezase al ponerse el sol, y caminaba desde que despertaba hasta que de nuevo buscaba refugio para descansar. Acudía cada mañana a comisaría y cada tres, regresaba sobre sus pasos hasta el hospital. Allí le curaban la herida y era visitado por el neurólogo de turno. Y vuelta a empezar.

Continuaba siendo todo tan nuevo como al principio. Cuanto recordaba había nacido con él la mañana del diecinueve de agosto en que sus ojos

decidieron abrirse tras un prolongado letargo. El resto permanecía enterrado en el fondo de una inmensa laguna que inundaba la totalidad de su dañada memoria. Y por más fuerza que hacía, por más que cerraba los ojos y trataba con ahínco de bucear hasta lo más profundo de aquel putrefacto charco de espesa nada, nunca logró rasgar ni el más insignificante y fugaz de los recuerdos.

Dejó de necesitar el mapa cuando regresaba a comisaría o al hospital. Para el resto empleaba un rotulador rojo con el que iba marcando las calles a medida que las visitaba. Y siempre abrigaba la esperanza de encontrarse de repente con lo que fuese que lograra encender una luz en el interior de su cabeza. Algo que le sirviese de tabla de salvación para no sucumbir a la locura, o a la agonía que cada noche acudía puntual a hacerle compañía en su vigilia, antes de que el sueño lograra desterrarle de su demencial realidad. Y luego despertaba y todo volvía a ser como el día anterior. Solo, extraño, desconocido, asustado y desamparado. Tan triste que ni siquiera sus ojos luchaban ya por tratar de esconderlo.

Una semana más tarde sólo su bolsillo era distinto. Había gastado el dinero del inspector en salvaguardar su orgullo de tener que pedir comida, y el último día lo pasó con un bocadillo de queso que partió en dos mitades para poder cenar algo antes de buscar un lugar donde dormir.

Fue la primera vez que se aventuró a pedir ayuda. Principalmente porque era imperioso ducharse antes de empezar a oler a perro muerto. Buscó entre las direcciones que le había proporcionado el inspector Ayala y se acercó hasta el albergue más cercano. De allí salió limpio, con un bocadillo de salchichón y una botella pequeña de agua. Cuando despertó en la mañana de su octavo día, setenta céntimos y apenas un cuarto de bocadillo, eran toda su fortuna.

Sentado bajo la pegajosa sombra que un escuálido arbusto proyectaba sobre la superficie de un banco, finiquitaba los restos del bocata mientras observaba con inquina el escueto montoncito de monedas que conformaban su patrimonio, en el hueco de su mano derecha. Hubiese preferido levantarse y arrojarlas tan lejos como su desesperación le concediese. Pero setenta céntimos es demasiado dinero para quien no tiene nada más. Cerró el puño y guardó las monedas en su bolsillo. Respiró profundamente y se dejó caer hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza durante un largo minuto. Y entonces pensó que la mejor manera de estirarlo sería comprando una barra de pan, con la que podría aguantar un par de días, antes de empezar a visitar asiduamente los comedores sociales. No se le ocurría nada mejor que hacer con aquel dinero, por lo que finalmente, se levantó de mala gana y cruzó la calle en busca de una panadería.

Era un sábado caluroso. El sol no descansa los fines de semana. Caluroso y bastante más húmedo que de costumbre, puede que debido a su proximidad con

el mar. Había peinado la ciudad desde el interior hacia la costa y ahora se encaminaba directo hacia una de las innumerables calles que desembocan en el paseo marítimo, como delgados riachuelos anhelando darse un chapuzón en la vasta inmensidad del mar Mediterráneo.

Allí tampoco esperaba encontrar nada, pero sin duda disfrutaría de un buen baño. Ningún cerebro mutilado le impediría sumergirse, al menos hasta el cuello, en el interior de aquellas refrescantes aguas. Sería una especie de día de fiesta después de tantas jornadas trabajando para nada y sin remuneración alguna. Hoy se limitaría a holgazanear como si aquel fuese su primer día de vacaciones.

Caminaba en dirección a la playa cuando pasó frente a una cafetería atestada de gente. Se detuvo y volvió la vista hacia su interior. Calibró la jugada y entró, abandonando la misma un minuto más tarde con un periódico doblado bajo el brazo y un insolente y fugaz atisbo de sonrisa en sus labios. Unos cien metros más adelante y en su misma acera, se divisaba el rótulo de una panadería, suspendido sobre las cabezas de un mar formado por incontables transeúntes. Y entre aquella marea de gente que parecía caminar sin rumbo en todas direcciones o hacia ninguna en concreto, surgiendo del interior del mismo establecimiento al que se dirigía y marchando de frente en su dirección...Elena y la niña de sus recuerdos aparecieron ante sus atónitos ojos, borrando de cuajo cualquier rastro de sonrisa.

Se quedó petrificado por fuera. Por dentro la cosa fue bien distinta, pues su corazón comenzó a galopar tan rápido que tuvo que esforzarse al máximo para no romper a temblar como un enorme flan a lomos de un toro mecánico. Sintió el sudor en sus manos y en su frente. Allí estaban, a unos metros de donde se encontraba. Tan cerca que en apenas unos segundos podría tocarlas. Todo se arreglaría a partir de ahora, porque ellas eran de él, o él de ellas. Su tan añorada tabla de salvación acudía para auxiliarle antes de lo que se hubiese atrevido a soñar. Sólo unos segundos más y la ansiada baliza que tantos ruegos le había costado, se iluminaría señalando al fin el anhelado camino a seguir.

Se plantó, nervioso hasta las cejas, en medio de la acera y aguardó impaciente su llegada. Mientras, apenas a unos diez metros de distancia, ya podía escuchar sus voces por encima de la muchedumbre.

- He dicho que no y es que no. Y deja de hacer eso con el pan o acabarás tirándolo al suelo.

- Pero Ismael dijo...

- Me da igual lo que dijera Ismael. Lo pasearás el lunes y no hay más que hablar.

La joven y su pequeña avanzaban enzarzadas en una disputa mientras se aproximaban hasta el hombre que, impertérrito y tan nervioso como un

enamorado en el día de su boda, aguardaba en mitad de la acera con los puños cerrados y el periódico que con tanto garbo acababa de robar, aplastado bajo el brazo. Cuando al fin pasaron junto a él, Elena tuvo que apartarse a un lado, empujando a su hija, para no chocar con el inoportuno obstáculo que les interrumpía el paso, rozando sin querer su brazo izquierdo con el hombro. En el acto levantó la vista para pedir perdón al mismo, y durante apenas un segundo, ambos se miraron a los ojos.

- Disculpa- fue todo cuanto dijo y siguió caminando junto a la niña- Cuando seas mayor y tengas que trabajar, te pediré que me lleves a ver al jefe en tu día de fiesta. A ver qué te parece...

Y se marcharon.

Y Leo permaneció quieto en mitad de una borrosa oleada de sombras que parecían querer reírse de él, con los labios entreabiertos y el torrente sanguíneo paralizado en el interior de sus venas. Su párvulo y único sueño acababa de evaporarse entre sus manos pronta y dolorosamente, mientras una insondable nada, tan blanca como sus aturcidos ojos, ocupaba súbitamente y por completo su ser. Dejó caer las manos y con ellas cayó el periódico a un suelo que, de repente, se convertía en lo único que le ataba a la realidad. ¿Cómo era posible? Intentó respirar y apenas logró rascar una brizna de aire caliente y pegajoso que no hizo sino provocarle unas repentinas ganas de vomitar. Ella le había mirado. Había pasado junto a él y le había rozado, incluso le había hablado. ¿Era posible que no le hubiese reconocido? Respiró de nuevo y se pellizó el puente de la nariz, cerrando los ojos en un intento por tratar de calmar sus nervios. ¡Paula! El nombre de la pequeña acudió de repente a su cabeza como un disparo a través de su espina dorsal, impulsándole a abrir los ojos de par en par. Luna... Elena Luna y su hija, Paula Luna. Tan claro como la única e indiscutible certeza de saberse vivo. Era imposible que no le conociesen, como imposible era que aquel recuerdo no fuese absoluta y categóricamente real.

En un arranque de severa determinación, giró en redondo y corrió en su busca, esquivando a unos, chocando con otros y pidiendo disculpas a muchos hasta que consiguió alcanzar su objetivo. Caminó unos metros detrás de ellas, sin saber qué hacer y al cabo de un par de minutos, las chicas alcanzaron la esquina y la bordearon hacia la izquierda. Entonces se detuvo un segundo, introdujo las manos en los bolsillos de sus pantalones, inspiró una bocanada de aire y aceleró sus pasos hasta alcanzarlas.

- Hola- se dirigió a Elena mientras caminaba a su lado. Ella volvió la cabeza en su dirección y le miró. Leo alzó las cejas y sonrió tímidamente- Eeh- acertó a decir.

- ¿Sí? - respondió ella, deteniéndose y agarrando a la pequeña por la

muñeca.

De nuevo le miró a los ojos y de nuevo lo hizo del mismo modo que antes. Definitivamente no le reconocía. Sin embargo, él ahora lo hacía con idéntica certeza a como lo había hecho en el momento en que las vio, hacía apenas unos minutos. La pena rasgó su pecho de tal modo que inconscientemente se llevó la mano hasta la boca de su estómago y presionó sobre su piel. La joven le observaba con una mezcla de curiosidad y extraña compasión. Sin duda unos ojos bonitos que destilaban tristeza.

- ¿Conoces...? - habló al fin, al tiempo que se rascaba la herida de su cabeza y trataba de recordar el nombre de cualquier calle al azar- ¿...la calle Consejo...? - no lograba recordar el resto.

- ¿Consejo de Ciento? - le ayudó Elena.

- Consejo de Ciento. Sí.

- Estás muy lejos...

La joven le indicó el camino a seguir, mientras la suplicante mirada de Leo le apuntaba directa a los ojos, sin escuchar ni una sola palabra de lo que le decía. Después él le dio las gracias y ellas continuaron su camino.

Se fueron.

Y ya no supo qué hacer. Porque desde el principio ellas se habían convertido en su única esperanza y ahora ya no tenía ni siquiera eso. Elena le había mirado a los ojos y no le había reconocido. Y entonces creyó volverse loco. Pero ellas seguían siendo todo cuanto le ataba a la realidad, y sólo se le ocurrió seguir las para intentar comprobar si su vida tenía algo que ver con la de aquella mujer y su hija, aunque lo fuese de manera indirecta. Y se dedicó a observarlas durante días, pero ellas seguían siendo las únicas que aparecían en sus recuerdos. Nada ni nadie a su alrededor le resultaba familiar. Sin embargo, su mente persistía en el obstinado empeño de jurarle que ellas formaban parte de su pasado. Con el tiempo pudo constatar la fiabilidad de su único recuerdo, al comprobar que los nombres que guardaba entre los archivos de su memoria coincidían. Supo entonces que su mente no le engañaba, y que fuera lo que fuese aquel macabro rompecabezas en el que se había convertido su vida, quedaba demasiado lejos de aclararse.

Nunca supo por qué no le contó al inspector que las había encontrado, ni por qué no quiso decirle que había recordado el nombre de la niña, o el lugar donde dormía cada noche. Ni siquiera aquella vez que Alex le invitó de nuevo a una cerveza y después habían caminado juntos hasta despedirse cerca de los contenedores de basura. La misma noche en que Elena logró escuchar algunas frases inconexas, escondida en el portal de su finca.

Y una mañana de sábado, sentado cabizbajo frente a su casa, vio aparecer a Emilia cargada con bolsas del supermercado y se ofreció a ayudarla. Y entonces aquella entrañable anciana se encariñó con él y le prestó una manta. Y charlaron cada mañana, cuando ella acudía a tirar la basura y sin quererlo, se convirtió en su mejor amiga. Y cuando Sofía hacía una de sus deliciosas tortillas de patata, ella le guardaba un trozo. Y por las noches se asomaba a su ventana para despedirse de él y comprobar si todo estaba bien.

Emilia, pese a su naturaleza curiosa, nunca le hizo preguntas incómodas, ni quiso saber quién era en realidad aquel desconocido que cada noche dormía junto a los contenedores de basura bajo su casa y ayudaba a todos sus vecinos a subir la compra. Se limitó a ser su amiga y a procurarle cualquier cosa que necesitase. Pero él nunca aceptó de ella más que una manta, su compañía, y algún pedazo de aquella irresistible tortilla de patatas que su hermana preparaba con tanto cariño para la pequeña Paula. Frecuentaba diariamente el comedor social más próximo. A mediodía comía allí, y por las noches se acercaba para recoger su bocadillo, guardarlo en una bolsa de plástico y llevarlo consigo hasta el mismo lugar de siempre. Compró ropa nueva, una mochila para guardar sus escasas pertenencias y alguna cerveza, cuando consiguió trabajar un par de tardes descargando cajas en el puerto.

Jamás logró alejarse de ellas, como jamás logró dejar de sentirse como el perro abandonado que persigue concienzudamente a su dueño, con la esperanza de que algún día éste decida darle cobijo.

Y un tiempo después sucedió lo que siempre supo que acabaría pasando. Elena le descubrió. Y entonces continuó actuando como aquel perro abandonado. Pero ella nunca le pidió explicaciones y él no supo vivir de otra manera. Elena se convirtió en su tótem, en su única religión, en el faro que asoma en la distancia, al otro lado de la niebla. Y muchas veces pensó en contárselo todo. Pero el temor a que su extraña quimera se desvaneciese para siempre, llevándose lo único que le ataba a la realidad, evitó que lograse reunir las fuerzas necesarias para hacerlo.

A mediados del mes de octubre Elena y Paula se marcharon de fin de semana con Carmen y aquel tipo que una noche vino a buscarle para pedirle las explicaciones que hasta la fecha nadie le había pedido. Ese mismo viernes el destino, y el perseverante trabajo del inspector Ayala, aparecieron cargados de buenas nuevas. Su imagen había corrido por todo el país y regresaba desde Burgos con noticias de su familia, procurándole un repentino vuelco de ciento ochenta grados.

Esa misma noche se despidió de Emilia, y en la mañana del sábado, se subió al primer autobús que salió hacia la capital burgalesa, con el billete que

Alex le proporcionase, asegurándole que en esta ocasión el gasto corría a cargo del contribuyente.

Esperándole en la estación de autobuses encontró a la mujer que decía llamarse Soledad y ser su madre. Pero un nuevo jarro colmado de fría decepción cayó sobre su cabeza cuando tampoco a ella consiguió reconocer. Soledad, debajo de una gruesa capa de maquillaje y sombras multicolores que le recordaron a un exótico guacamayo, resultó ser aquello que decía ser. Una mujer de carácter, que no logró comprender, en todo el tiempo que pasó junto a su hijo, la enfermedad que bloqueaba su mente.

Pero aquello era su mundo. O al menos su anterior vida. Soledad le mostró tantas pruebas desde el principio que no dejó ni siquiera un pequeño resquicio a la duda. Montones de álbumes de fotos desde su nacimiento hasta la última boda de su prima Victoria con un famélico novio de nombre Santiago, pasando por su comunión, cumpleaños y lo que parecía una desmesurada afición a las motos. Reconoció su cara desde niño, pero no logró revivir ni uno sólo de aquellos inmortalizados momentos, pese a las muchas horas que pasó sentado frente a ellas. La vuelta a casa resultó ser un funesto fracaso. Pero ahora sabía al menos quién era, y eso le hacía sentirse ubicado.

Tenía familia. Gente que acudió a visitarle cuando conocieron la noticia de su regreso. Y aunque todos ellos le resultaron tan desconocidos como cualquiera de las personas con las que se cruzase en Barcelona desde que despertara del coma, la sensación de saber que no estaba solo, que tenía un sitio en el mundo, con dirección, nombre y apellidos, le proporcionó una reconfortante estabilidad, mitigando en algo el peso de la pena que pendía sobre sus hombros.

Soledad respondió paciente a todas sus preguntas, incansable y tal vez un poco recalcitrante en ocasiones. Pero Leo logró, con todo ello, formar el puzle de su pasado más reciente. Y aunque sólo sirvió para crearle nuevas dudas, ahora contaba con un punto de salida. Un principio. Confuso y con un fuerte sabor a misterio, pero principio, al fin y al cabo.

Al parecer Leo llevaba años viviendo en un pequeño piso del centro, pero su padre murió y decidió mudarse una temporada con su madre para acompañarla en el siempre difícil duelo. A comienzos de año, un amigo del que nadie había oído hablar jamás, un tal Daniel a quien su hijo se dirigía con el sobrenombre de “el Negro”, vino a pasar unos días, al cabo de los cuales ambos se marcharon, palabras textuales de Soledad “a conocer mundo”. Por los detalles que su madre le expuso, Leo dedujo que ésta no debió tomárselo con demasiada filosofía. Y es que a Soledad, aquel hombre de pelo rubio y piel tan blanca que cualquiera podía distinguir las venas bajo su superficie, incluso a cierta distancia, no le gustó desde el mismo momento en que lo vio entrar por la puerta

de su casa. Lo describió frío, callado y “un poco bastante imbécil”. Pero lo último que una madre en condiciones debe hacer es aconsejar sobre amistades a sus hijos. Soledad, que era una madre en perfectas condiciones, pero con un ligero exceso de temperamento, lo intentó, sólo que sin éxito. Y a mediados de enero su adorado retoño y aquel tipo bastante imbécil de aspecto lechoso y tenebrosa mirada del que nadie había oído hablar jamás, se marcharon juntos con apenas una maleta de mano y todo el dinero que Leo logró reunir.

A partir de entonces Soledad perdió el contacto con su hijo, quien limitó su relación a dos escuetas llamadas de teléfono. La primera el dos de marzo para felicitarla por su cumpleaños, y la segunda y última, un par de meses más tarde.

Nunca le dijo dónde estaba ni por qué se había marchado. Cambió de teléfono y camufló sus llamadas tras un número oculto. Por eso, cuando dejó de llamar durante tanto tiempo, Soledad pensó que simplemente, su hijo se había olvidado de ella.

Hasta que una mañana, mientras desayunaba en silencio con la mirada perdida en alguna de las fotos de su querido Biel, alguien aporreó impetuosamente la puerta de casa, provocándole un susto de película. Y es que su vecina Esperanza, que apareció frente a ella agitando exageradamente la fotografía de su hijo impresa sobre un papel tamaño cuartilla, con la frase “¿Conoces a este hombre?” grabada a pie de página, con letras bien grandes y en mayúsculas delante de su nariz, había acudido esa misma mañana a comisaría a renovar su carné de identidad. A Soledad se le descolgó la mandíbula, agarró aquel papel con tanta fuerza que lo partió en dos y salió de casa como una flecha, camino de comisaría. Apenas veinticuatro horas más tarde su propio hijo la miraba sin reconocerla tras el cristal de un autobús.

Leo pasó un tiempo con su madre por varios motivos. El primero era que, aunque en ningún momento logró sentir aquella casa como parte de su vida, una cierta y mansa tranquilidad disfrazada de realidad, le reconfortaba en cierto modo por dentro. La gente que le rodeaba sí le reconocía y eso pareció ser suficiente, al menos durante un tiempo, para aplacar el dolor que durante muchos días había sentido. El segundo motivo, o tal vez fuese éste el primero, era su madre. Soledad le había narrado la historia de su pasado, y en lo concerniente al más reciente, Leo no salía muy bien parado con respecto al comportamiento que había tenido con ella. Y aunque sospechaba que tal vez su versión se presentaba ligeramente edulcorada, no podía evitar sentirse en deuda con ella.

El tercero lo sentía como algo necesario. Tenía que recabar cuantas pruebas pudiese para tratar de dibujar un boceto de su vida que sirviese como punto de partida para su memoria. Pasar tiempo en su casa, en su habitación, rodeado de cuanto había sido suyo, se le antojó lo más útil que podría hacer por sí mismo.

La historia del tal Daniel, “el Negro”, le molestaba especialmente. Sobre todo cuando una noche despertó de un sueño del que no recordó nada, salvo el rostro ceniciento de un hombre extremadamente rubio sonriéndole en medio de una profunda oscuridad.

Y el tiempo pasó sin que nada cambiase en el interior de su cabeza. La imagen de Elena y la pequeña Paula se conservaba indestructible en el centro de todo cuanto veía cada vez que cerraba los ojos. Sólo podía pensar en ellas. Y daba igual si era porque ellas eran todo cuanto su mente disponía a la hora de pensar, o por cualquier otro motivo que se escapaba completamente a sus rotas entenderas. Fuese por lo que fuese, Leo no pudo permanecer más tiempo alejado de las únicas personas que, por alguna macabra y misteriosa razón, no conseguía olvidar. De modo que, casi dos meses después de haberse reencontrado con su antigua vida, y tras aclarar el tema de su documentación y poner a punto su moto, una gélida mañana de finales de noviembre, se despidió de su afligida madre, secando sus lágrimas con el dorso de la mano y prometiendo llamarla una vez por semana. Cargó la moto, dos mantas y una almohada en la parte trasera de la vieja furgoneta que había sido de su padre, y marchó de vuelta hacia lo viejo y desconocido que fue su lento despertar, sin un sólo motivo que le sirviese de excusa.

- Y eso es todo. Llegué ayer por la tarde y esperé a que volviesses-

El café se había quedado frío, pero Leo continuaba sujetando la taza entre las manos como si aún pretendiese sentir su calor, o como si necesitase poder agarrarse a algo. Algo hacia dónde mirar para no tener que enfrentarse con aquellos ojos que ahora le apuntaban directos y pasmados. El silencio imperó en la fría estancia durante dos eternos minutos, antes de que lentamente alzase la vista con su particular mirada de sempiterna tristeza y apuntase directo y abatido a los ojos de Elena- Curioso, ¿verdad? - sonrió tímidamente.

Elena, que no había movido un sólo músculo más que para pestañear de tanto en tanto desde que Leo comenzase a narrar aquella surrealista historia, abrió la boca y la cerró un segundo después, a falta de palabras con las que expresar su desconcierto. ¿Qué se suponía que debía decir ahora, si todo aquello parecía sacado de las páginas de algún libro de ciencia ficción? Y ¿qué podía preguntarle, si probablemente él estaría mucho más confundido que ella? Que tenía tanto frío como un gallo desplumado en un congelador, era lo único que lograba sentir como algo tangible. Todo lo demás huía de la realidad como un cerdo el día de San Martín. Pero ahora Leo se atrevía a mirarla y lo hacía de forma directa, como quien acaba de darlo todo por perdido después de

desnudarse ante su carcelero. Lo había hecho. Se lo había contado todo y lo que ocurriese a partir de ahora dependería de ella. Elena inspiró aire lentamente por la nariz y habló por primera vez al cabo del rato.

- Sorprendente- acertó a decir con apenas un hilo de voz y la mirada clavada en ninguna parte.

- Sin duda- Leo asintió con la cabeza. Tal vez esa fuese la palabra más adecuada para describirlo.

Ambos se miraron en silencio durante un largo minuto, tras el cual Elena chasqueó la lengua, más por hacer algo que por cualquier otro motivo, y continuó.

- Y, ¿sigues estando seguro de que soy quien aparece en tus recuerdos?

- Y tu hija. Completamente seguro.

- Vaya- se rascó la barbilla con la punta del dedo índice-Eso es algo...

- Eso no tiene calificativo- la cortó antes de que pudiese finalizar la frase.

- Yo diría que tiene muchos, aunque ninguno sirva para nada. ¿Tú qué crees?

- Que tienes razón...es sorprendente.

- No te pregunto eso.

Leo parpadeó, confundido.

- No entiendo tu pregunta- la miró desorientado.

- ¿Quién crees tú que somos? - aclaró.

- No...yo...no sé- respondió vacilante.

Elena le observó con los ojos ligeramente entrecerrados y frunció el ceño.

- ¿De verdad crees que, después de lo que acabo de escuchar, puede sorprenderme nada de lo que digas?

Leo sonrió con cierta ironía.

- Supongo que no- concedió.

- ¿Entonces? - insistió Elena.

- No sé- suspiró agachando la cabeza- Todo cuanto se me pasa por la cabeza se aleja demasiado de la realidad- respondió con cierta timidez.

- ¿Por ejemplo? - quiso saber Elena.

- No lo sé- carraspeó- Se me ocurre alguna especie de *déjà vu* a gran escala.

Elena abrió los ojos y le miró con cara de sorpresa.

- ¿Quieres decir que tu mente predijo que tú y yo nos conoceríamos? - preguntó con asombro.

Leo se encogió de hombros antes de responder.

- Tal vez el golpe en mi cabeza, no sé...si se te ocurre otra cosa...

Elena pestañeó un par de veces y finalmente, alzó las cejas.

- No se me ocurre nada. Pero tiene que haber una explicación lógica.

- Eso pensaba. Pero yo sigo recordándote y tú a mí no.

Tenía que pensar. Ambos necesitaban encontrar una respuesta sensata para semejante incógnita. Porque, lejos de solucionarse, como Elena había esperado desde que Leo regresara, las cosas acababan de enredarse todavía más delante de sus propias narices. La pelota había crecido desmesuradamente, y lo que en un principio iba a ser una curiosa y tal vez un pelín entretenida aclaración, se había convertido en un espeso potaje excesivamente rico en interrogantes. Y uno de ellos, el primero que había pretendido aclarar al finalizar de escuchar aquella inverosímil historia, martilleaba sobre su cabeza en ese mismo instante. Nerviosa, se frotó las manos y habló, sabiendo que de nada serviría.

- ¿Y el libro? - apretó los labios y arrugó la nariz.

- ¿Qué libro? - fue la respuesta de Leo.

- El libro de Paula. Creí que era tuyo.

Leo abrió de repente los ojos.

- ¿El que me tiraste una noche a la cabeza?

Elena sonrió medio avergonzada y desvió la mirada.

- El mismo- confesó tras una breve pausa.

- Eso no era mío- se rascó la cabeza mientras evocaba aquel recuerdo- Y me lo robaron- sentenció.

- Ya te digo yo que no- susurró más para sí misma.

- ¿A qué te refieres? - quiso saber.

- Déjalo- suspiró y de nuevo le miró a los ojos.

Pero en esta ocasión, de súbito y sin previo aviso, algo que hacía tiempo había sentido al mirarle de la misma forma en que ahora lo hacía, comenzó a removerse en el interior de su estómago. Las inquietas alitas de aquella mariposa danzarina que por vez primera ocupase su estómago, parecía querer removerse en algún rincón de sus tripas. Inconscientemente se llevó la mano derecha a la boca del estómago y apretó con la punta de los dedos, como si quisiera deshacer un repentino nudo. ¿Y ahora esto, a santo de qué venía? Cerró los ojos y apretó los dientes, como si quisiera reprenderse a sí misma. Leo la observaba, ligeramente confundido. Se rascó la cabeza y dudó un instante antes de hablar.

- ¿Sucede algo? - pregunto con suma cautela.

Pero Elena no respondió. En su lugar se levantó como un resorte y frotó de manera instintiva su congelado culo.

- Tengo que irme- respondió nerviosa.

- Ah- acertó a decir Leo, que la imitó y se incorporó, quedando ambos a la misma altura, ya que él se había sentado un escalón por debajo de ella. Se miraron demasiado cerca y Elena sintió aquellos tristes ojos acariciando suavemente su rostro. Nunca la había mirado desde tan cerca y sintió deseos de

memorizar cada centímetro de su piel. Si ella se acercaba tan sólo un poco, incluso podría oler el aroma de su cuerpo. No esperaba nada más.

Elena le miraba petrificada, como hipnotizada por la melancolía que brotaba incesante de sus ojos. Y Leo no se atrevió a mover un músculo, temiendo verla salir corriendo, como un animalillo asustado. Durante un breve e intenso momento, sólo lograron escuchar el intenso latido de sus propios corazones. Luego Elena parpadeó, y Leo supo que se marcharía. Primero fue ella quien agachó la cabeza, sonriendo sin querer, y un instante después lo hizo él. Al cabo del rato Elena rompió el extraño silencio que parecía querer apretar sus cuerpos.

- Bueno...- susurró ligeramente agitada.

- Bueno...- acertó a responder su acompañante.

- Pues nos vemos mañana.

- Claro.

Se miraron una vez más durante una fracción de segundo, Elena se dio la vuelta, subió los escalones, alcanzó el primer rellano y una vez allí giró de nuevo y de nuevo le miró. Leo, que en ese mismo instante la observaba de arriba abajo y en silencio, sintió un ligero rubor trepando por su rostro al sentirse descubierto. Pero ella no pareció haber reparado en ello y se limitó a formular una última pregunta, antes de darle las buenas noches. Una que debería haber formulado en primer lugar y que ahora la hacía sentir un poco tonta por no haberlo hecho.

- Entonces Leo no es tu nombre ¿verdad?

- Verdad- afirmó él, sonriendo amablemente.

- Y ¿cuál es entonces tu verdadero nombre?

Leo carraspeó y la miró tratando de alargar, aunque fuese durante un fugaz instante, la serenidad que la sola presencia que aquella mujer le proporcionaba. Finalmente tuvo que responder. Levantó la mirada y apuntó directo hacia sus ojos.

- Me llamo Lucas.

Y un frío ensordecedor la envolvió por completo.

32. AUNQUE FUESE UN RATO

En algún momento tendría que explotar. No su cabeza o su cuerpo, ni nada que fuese material o físico. Un sólo acontecimiento estrafalario más en forma de misil y todo saltaría por los aires como en una de esas películas bélicas, una cualquiera de los cientos de miles que existen. En alguna parte debería estar trazada la marca que señalase el tope. Porque si el nivel continuaba subiendo de aquella manera tan descontrolada, alguien podría terminar muriendo ahogado.

Otra noche sin dormir. Inútilmente, por cierto. Como lo habían sido todas y cada una de las muchas que había pasado en vela desde que saliese huyendo de su monstruoso pasado como alma que lleva el diablo. Pero la gente no suele padecer de insomnio voluntariamente, ni éste aparece como el paradigma de la solución a todas las respuestas. Por el contrario, el tan temido insomnio lo único que trae consigo es siempre aquello que nadie quiere. La falta de descanso sólo sirve para acentuar y desfigurar todavía más los problemas que cada cual se lleva a la cama.

Leo era Lucas. Por obra y gracia de una caprichosa y malcriada casualidad, o porque a algún destino demasiado bromista, que más de dos tortazos se merecía, le divertía jugar con ella. Las ideas corrían empujándose unas contra otras, atropellando a su paso todo rastro de pensamiento racional que se atreviese a asomar la cabeza.

Eran más de las cuatro y media de la madrugada cuando, cansada de dar vueltas en un continuo movimiento de rotación sobre sí misma, se levantó de la cama y caminó, arrastrando los pies por el frío suelo, en dirección a la cocina. Prepararía una tila de emergencia con la que intentaría salvar los restos, si acaso alguno le quedaba, de su agonizante paciencia. Luego se sentó en el sofá con la humeante infusión entre las manos y la vista fija en el vacío de la penumbra que la tenue luz de la farola suministraba a su pequeño piso. Entonces recordó algo que un día le dijo Carmen. “Puede que el libro sea bueno y que esté tratando de avisarte de algo” fueron sus palabras una tarde, mientras charlaban sobre aquel trasto y un tal Lucas que aparecía en sus sueños. Claro que aquello podría no ser más que uno más de tantos razonamientos de esos que se dicen sólo por decir algo, y que normalmente carecen de razón alguna. Elucubraciones de quien trata de darle sentido a aquello que no lo tiene.

Que Leo fuese Lucas no tenía por qué significar nada en absoluto. Lucas era un nombre bastante común. El problema era que tanta casualidad le resultaba un pelín molesto e insoportable. Como si una pequeña mosca cojonera cobrase

por zumbarle a destajo en los oídos.

Y acompañando a la mosquita puñetera en su cruzada por atormentar la existencia de aquella desdichada criatura, se encontraba la incansable y siempre bailonga mariposa. El simpático insecto que compartía estómago desde esa misma noche con un enérgico y tenaz gallo camorrista. Imposible dormir con un parque zoológico metido en el cuerpo. Imposible recordar que había quedado en llamar a Carmen la noche anterior.

Imposible haber pensado siquiera en Alex...

A las siete y media de la mañana, y según una antigua ley sagrada que dice algo así como "...y dormirás como un tocón exactamente cinco minutos antes de tener que despertar", Elena descansaba cual despojo humano sobre el sofá, recostada de medio lado, con los pies colgando y la boca abierta de par en par, cuando el sonido más espeluznante, repulsivo e infame de cuantos existen en la infinidad del universo conocido, taladró sus oídos como si en verdad alguien se hubiese propuesto verla muerta o morir en el intento. Cuando, después de un buen rato de encarnizada lucha entre voluntad y desgana, consiguió arrancar la fila de pestañas superior de la inferior, sus ojos aparecieron hinchados y con un montón de pequeñas venitas que al parecer esa mañana quisieron emerger, tal vez en busca de aquella mosca que tan afanosamente había zumbado durante su extensa vigilia.

Lenta y trabajosamente se fue incorporando hasta conseguir sentarse con la espalda apoyada en el respaldo del sofá. Rescató el móvil de entre los cojines y apagó la alarma, cubrió su rostro con ambas manos y permaneció un par de minutos, o eso creyó, escondida tras aquella falsa oscuridad.

- Mami...

La dulce voz de Paula acudió a rescatarla una hora y media después. Elena abrió los ojos y miró a la pequeña. Pestañeó unas cuantas veces y se rascó la cabeza, pero no se movió. En su lugar continuó mirándola, como si no acertase a adivinar qué demonios hacía ella allí, plantada frente al sofá, con el pijama que Sofía le regalase no hacía mucho tiempo y un gato blanco con varias manchas negras, la más curiosa rodeando su hocico y el resto repartidas de mala manera por su cuerpo, sentado junto a sus pies.

Entonces abrió los ojos un poco más, exhibiendo aquellas inoportunas venitas, y centró su atención en el curioso minino que la miraba atentamente con aquel extravagante morro pintado de negro, acomodado a menos de un palmo de la rodilla izquierda de su niña. Continuó quieta, con la boca cerrada y los labios conformando una ridícula mueca de beso imaginario. Lentamente alzó las cejas

y habló con suma tranquilidad, como si su cuerpo hubiese decidido tomar cartas en el asunto, adueñándose de su voluntad, antes de verse abocado a una fulminante locura.

- Paula...- farfulló con la boca pastosa.

- ¿Qué? - preguntó la pequeña.

- ¿Por qué hay un gato sentado al lado de tu pie? La niña miró al animal y después a su madre.

- ¿Dónde quieres que se siente? - respondió.

Ante aquella respuesta Elena sólo pudo dejar caer las cejas. Un instante después se rascó la sien y volvió a intentarlo.

- Paula...- repitió.

- ¿Qué, mamá? - preguntó de nuevo su hija.

- ¿Por qué hay un gato dentro de nuestra casa? La pequeña se encogió de hombros.

- Estaba rascando la puerta.

- ¿Qué puerta?

- ¿Qué puerta va a ser, mamá? Pues la de nuestra casa.

Elena logró incorporarse hacia delante. Apoyó los codos sobre sus rodillas y habló sin quitarle la vista de encima al gato, que continuaba observándola de manera casi hipnótica, como si no lograra comprender qué diantres hacía allí aquella extraña mujer de ojos rojos y pelo peinado al estilo nido de ave zancuda.

- Ya...- acertó a decir al cabo del rato- Y ¿me puedes decir qué hacía un gato rascando la puerta de nuestra casa?

- ¿Y yo qué sé, mamá? ¿Es que hoy no hay cole? - inquirió preparándose para celebrar una posible buena noticia.

Elena dejó de mirar al animal y apuntó hacia su hija de repente, como si se le hubiese encogido un músculo del cuello. Buscó el teléfono por la superficie del sofá y miró la hora. Un segundo después se incorporó tan súbita y bruscamente que el minino no pudo sino saltar con las cuatro patas a la vez, erizando instintivamente los pelos del lomo.

Veinticinco minutos más tarde madre e hija abandonaban atropelladamente su minúsculo piso, apareciendo en el descanso comunitario, junto a un curioso y espontáneo personaje que caminaba adherido a los pies de la pequeña Paula.

La puerta del piso de Sofía estaba abierta, pero el tiempo apremiaba encarecidamente y no quiso ni siquiera asomarse para dar los buenos días. Poco entendía Emilia acerca de las cotidianas prisas del vulgo rústico, y mucho menos le importaría tener que quedarse de niñera si no llegaban a tiempo, por lo que agarró a su hija de la muñeca cuando ésta hizo amago de correr hacia el interior

y la arrastró escaleras abajo.

Cuando alcanzaron el rellano de entrada a la finca, Elena se detuvo de pronto junto a un enorme cubo de pintura blanca que descansaba sobre un plástico con el que alguien había cubierto la totalidad del suelo. La puerta de la calle también estaba abierta, y charlando en la acera, Pilar, Amparo, Emilia y Salvadora. Y Leo. Perdón...Lucas, ataviado con un mono azul que le quedaba asombrosamente bien. O eso pensó Elena, que no pudo evitar mirarle de arriba abajo, como lo haría un viejo verde frente a una conejita del Play Boy.

Afortunadamente no tenía tiempo ni para sonrojarse y trató de pasar corriendo entre los vecinos sin detenerse.

- Buenos días a todos- les saludó al pasar- Llegamos tarde al cole. Luego me cuentan.

- ¡Princesa! - Amparo alargó los brazos en dirección a la niña, que no pudo si no soltarse de la mano de su madre y correr a abrazarla.

Después todos en fila y por orden. Emilia, Pilar y Salvadora recibieron su abrazo con la misma alegría con la que la vida en la Tierra recibe al sol de cada mañana. Elena aguardó impaciente a la pequeña, alejada dos pasos del pequeño grupo, mientras le miraba con disimulo. Leo permanecía callado y nervioso a que finalizasen los besos, cuando levantó la vista, y con el mismo disimulo que había empleado Elena en mirarle, apuntó directo hacia ella, sin imaginar ni por un momento que estaba siendo observado. Ambos agacharon de súbito la cabeza, y al cabo de un par de segundos, él volvió a levantarla, para comprobar cómo ella también lo hacía tan sólo un instante después. Su corazón le golpeó con fuerza dentro del pecho. Inspiró aire y la saludó tímidamente.

- Hola- sonrió sin apenas atreverse.

Elena levantó ligeramente la mano para saludarle con un gesto nervioso, y con la misma se enganchó un mechón de pelo detrás de la oreja. Al cabo desvió la mirada y, con las mejillas ardiendo bajo la piel de sus pómulos, regresó a la realidad.

- Chicoos- protestó.

La pequeña se despidió de aquella pandilla de entrañables vecinos y se dispuso a salir corriendo en dirección a su madre, pero se detuvo de súbito y se volvió hacia Leo, que esperaba con las manos en los bolsillos a que alguien le indicase por dónde debía empezar a pintar. Se acercó hasta él y se alzó sobre las puntas de sus diminutos pies. Instintivamente Leo se agachó y la pequeña le plantó un beso en la mejilla. Después corrió junto a su madre, que la agarró del brazo y, esta vez sí, se despidió de ellos.

- ¡Luego nos vemos! - gritó a modo de despedida.

- ¡Adiós, cariño! - respondió Emilia- ¡Leo va a pintar la escalera! - añadió

mientras madre e hija ya corrían calle arriba.

- ¡Muy bien! - respondió desde lejos. ¿Les habría dicho ya cuál era su verdadero nombre? Pensó.

Leo las observó en silencio hasta que desaparecieron tras la esquina al final de la calle.

Por alguno de los contados milagros que en contadas y, sin duda, erróneas ocasiones la vida dejaba caer cerca de ella, llegaron a tiempo de entrar en el último segundo, antes de que Álvaro cerrase las puertas del colegio.

Elena suspiró aliviada junto a la verja mientras observaba a su hija cruzar el patio a la carrera, con su desproporcionada mochila colgada a la espalda. Álvaro la siguió con su tradicional sonrisa hasta que ambos entraron en el edificio y la puerta se cerró tras ellos.

Inspiró una bocanada de aire y llenó cuanto pudo sus pulmones. Se dejó caer de lado hasta apoyar el hombro derecho en el pilar que sujetaba el enrejado y cerró los ojos durante un instante. Al cabo los abrió de nuevo y se incorporó. El día no había hecho más que empezar y ya se les había pegado un gato al culo. A ver por dónde respiraba ahora su estrafalaria suerte. Giró en redondo y buscó al curioso felino antes de emprender el camino hacia su coche.

Lo que vio le hizo alzar las cejas, desplegar los ojos y desplazar la barbilla hacia atrás de forma automática. Tres gatos acompañaban ahora al minino blanco del morro sucio, sentados en fila india y en idéntica postura, frente a la verja del colegio, como si aguardasen pacientes y altivos a algo o a alguien. Elena dejó caer las manos y apretó los labios en un gesto de fastidio, suspiró como si quisiera tirarse de cabeza por un puente y se marchó sin querer saber más.

Hubiese jurado que algo diferente se respiraba en el ambiente. A las once y media de la mañana, el aire que flotaba en la sala de espera de la comisaría sabía distinto, como a gélido resentimiento. Claro que aquello podría tratarse del nuevo cristal con el que ahora percibía el lugar. La recién estrenada perspectiva de su nueva vida, tan desconocida como lo había sido hasta ese día, pero vista desde un ángulo bien distinto. Uno donde algo le advertía que ese día no sería bien recibido.

Lucas se sentaba con los codos apoyados sobre sus rodillas. Sujetaba su DNI entre los dedos de la mano derecha y golpeaba con él la palma de su mano izquierda mientras esperaba a que el inspector Ayala le atendiese. Varias personas le habían saludado cordialmente y la simpática mujer de la limpieza le regaló algún que otro piropo. La señora María, que ya le había echado el ojo encima desde antes de marcharse a Burgos, era tan importante en el lugar como

el más alto cargo. Según María, Leo (no hubo manera de hacer que le llamase por su verdadero nombre) había vuelto aún más guapo, sin duda gracias a la comida de su madre. Y lo cierto era que no le faltaba razón. Al menos en cuanto a lo referente a las exquisiteces que Soledad preparó para su hijo durante el tiempo que estuvo con ella.

Precisamente en ello pensaba cuando la puerta del despacho del inspector se abrió, apareciendo éste de pie frente a él. Alzó la cabeza con gesto serio y le habló en un tono manifiestamente seco.

- Leo- se limitó a decir, al tiempo que movía la cabeza indicándole que entrase.

El aludido se incorporó y caminó en su dirección.

- Cierra la puerta- indicó el inspector mientras se sentaba en un sillón de cuero negro tras una vieja mesa de caoba.

Lucas obedeció y después se acomodó en una de las sillas de cortesía que descansaban en el extremo opuesto a la de Alex. Sin esperar a que él se lo pidiese, depositó su carné de identidad sobre la mesa y lo deslizó por la superficie con la ayuda de su dedo índice, hasta colocarlo cerca de él. El inspector observó detenidamente al hombre que tenía delante y finalmente lo cogió.

Lo examinó durante unos segundos y alzó las cejas.

- ¿Lucas? - comentó desabridamente.

- Ese soy yo- respondió éste, al tiempo que introducía la mano en el bolsillo de su mono azul de pintor ocasional. De allí extrajo dos billetes de cincuenta euros y de nuevo los deslizó por la mesa hasta situarlos junto a lo que reconoció como la pequeña libreta que el inspector siempre llevaba consigo.

Alex se limitó a mirarlos, pero no los cogió.

- ¿Ya sabes quién eres? - preguntó al cabo del rato.

- Lo que ves es todo lo que sé. Anoche no tuve tiempo de explicarte nada.

- ¿Quién es Elena?

- No lo sé.

- No te creo.

- ¿Por qué me lo iba a inventar?

- Si no sabes quién es, ¿para qué has vuelto? - preguntó a modo de reproche.

- ¿Esa pregunta me la haces en condición de inspector?

- Contesta- le escupió el inspector.

Lucas se removió incómodo en su silla y contó hasta tres antes de responder.

- Ella sigue siendo todo cuanto recuerdo.

- ¿Qué pretendes hacer ahora?
- Dejar que pase el tiempo. No puedo hacer nada más.
- Elena y yo estamos juntos- le espetó Alex de pronto.
- Lo sé- admitió su interlocutor, haciendo un esfuerzo por esconder su evidente incomodidad.
- ¿Te lo ha dicho ella? - inquirió el inspector alzando apenas la ceja derecha.
- Me lo dijiste tú.
- ¿Yo? - respondió confundido.
- Anoche. ¿No lo recuerdas?

Por supuesto se refería a la escena en la que Alex la besó y abrazó en un claro intento, o al menos así lo percibió Lucas, de marcar frente a él su territorio. El inspector le apuntó con una áspera y gélida mirada con la que pretendió aclarar unas cuantas cosas. Por ejemplo, que no se le ocurriese meterse en su relación, o se encontraría con unos cuantos problemas.

Lucas sostuvo su mirada, impasible y tratando de mantener la calma, hasta que con su aparentemente sobrada y tan peculiar paciencia, rasgó aquel incómodo silencio que se había establecido entre los dos.

- Bueno. Pues ya tienes mi documentación- afirmó con serenidad- Supongo que ya no tendré que venir más.

- ¿Dónde piensas dormir a partir de ahora? - el inspector Ayala continuó disparando preguntas, ignorando a propósito su comentario.

Lucas resopló de medio lado.

- En mi furgoneta- respondió con desgana.
- ¿En una furgoneta? - se burló.
- ¿Está prohibido? - protestó Lucas.
- Pegándote a ella no conseguirás nada.
- No voy a pegarme a ella.
- ¡Oh, sí! Lo harás- Alex se llevó la punta del dedo índice hasta tocarse la punta de la nariz- Puedo olerlo.

Su interlocutor le observó detenidamente, mientras de nuevo contaba hasta tres, lenta y pacientemente. Inspiró aire por la nariz y habló.

- Inspector Ayala- expuso mientras se incorporaba de la silla- Si no tiene nada más que decirme, tengo cosas que hacer.

Terminó de incorporarse, cuando Alex dejó caer la palma de su mano abierta sobre su vieja mesa de caoba.

- Tú te irás cuando yo te lo diga- sentenció disparando una mirada amenazante directa a sus ojos.

Pero Lucas no se amilanó, ni tampoco volvió a sentarse. Más bien se plantó impasible frente a él, alargó su mano, recogió su documentación y caminó

directo hacia la salida. Una vez allí, abrió la puerta y se volvió para mirarle.

- Hiciste mucho por mí. Siempre te estaré agradecido.

Y cerró la puerta al salir.

Alex permaneció sentado, con los codos apoyados sobre la superficie de la mesa, los ojos cerrados y dos dedos pellizcando el puente de su nariz. Trató de recordar cuándo fue la última vez que se había sentido tan ridículo, o si sencillamente, se había sentido tanto alguna vez. Apretó los labios con fuerza y agachó la cabeza. Menudo single de mierda estaba hecho, que ya se creía dueño de una mujer. Una que ni siquiera había querido acostarse con él.

Un inesperado pensamiento le llevó de nuevo hasta Alba y cuando abrió los ojos al cabo del rato, su imagen se proyectó sentada en la misma silla que acababa de abandonar Lucas, observándole con una socarrona y altiva sonrisa dibujada en su cara. Alex la miró en silencio durante un minuto y un instante después ocultó su rostro entre las manos.

- ¿Por qué tuviste que acostarte con otro? - susurró con pesar, frotándose los ojos con el dorso de las manos.

-Hazte un favor y llama a la ortopedista- respondió su ex mujer antes de desaparecer.

Suspiró todo lo lento que pudo y se dejó caer contra el respaldo del sillón, abrió el cajón izquierdo de su vieja mesa de caoba y extrajo de allí su teléfono móvil. Buscó a Elena entre sus contactos y tecleó un mensaje.

“Anoche no me llamaste. Espero que vaya todo bien”

Y lo envió.

Ismael comenzaba a tener mejor color. Ni mucho menos como antes de tener que entregar a su mejor amigo a unos desconocidos, pero un poco era mejor que nada. El mundo no se había acabado y pese a que Elena sabía que Ismael ya no volvería a trabajar con el mismo entusiasmo con el que lo había hecho siempre, lo cierto era que tarde o temprano acabaría olvidando al animal. No para siempre. Por supuesto eso era impensable, tanto como lo es pensarlo si quiera de un familiar cercano. Pero a un perro, en ocasiones, se le llega a querer del mismo modo que se quiere a un ser querido. Por lo tanto, casi de igual manera ha de vivirse su duelo.

Pero aquella mañana habían almorzado juntos cerca del invernadero, y habían estado charlando casi como lo hacían antes, si no fuese porque faltaba uno en aquel escuálido círculo de amigos. La pena menguaría poco a poco hasta convertirse en uno de esos silenciosos pero indelebles latidos a los que uno termina por acostumbrarse, tal vez por aquello de que la vida debe continuar.

Elena estaba más tranquila. Al menos ya no le dolía el corazón cuando

miraba sus ojos. Hoy sonreía un poco más confiada mientras se esmeraba en fregar la sartén de las tortillas, después de haber almorzado con él y haber comprobado aquella ligera mejoría en su estado de ánimo.

Y mientras sonreía pensó en Le...en Lucas. Y pensó que tal vez algún día descubrirían qué clase de extraño misterio le había arrastrado hasta su puerta. Por qué aseguraba con tanta rotundidad que las conocía, o por qué había decidido volver a pesar de todo. Por qué siempre la miraba de una manera que le atravesaba el corazón de forma fulminante, o por qué no se había cagado de miedo al descubrir su nuevo nombre. ¿Qué diría la niña cuándo lo descubriese? Tal vez el libro tuviese la respuesta. Se rascó la cabeza y se rio en silencio de sí misma. Empezaba a desvariar.

Terminó de fregar los platos y apoyó la espalda sobre el mármol mientras se secaba las manos con un trapo de cocina. Y entonces pensó que tal vez no desvariaba. Tal vez había llegado el momento de empezar a pensar que lo más razonable puede que fuese dejar de hacer precisamente eso, tratar de razonar. O se había vuelto loca, o aquel enigmático libro tenía la respuesta. Una chorrada como otra cualquiera, pero de perdidos al río. Esa misma tarde le preguntaría a Paula por su nuevo amigo Lucas.

Dobló cuidadosamente el trapo y lo dejó sobre el mármol. Se disponía entonces a abandonar la cocina cuando el sonido de un mensaje entrando en su buzón le llegó desde el interior del bolsillo de su delantal. Entonces el corazón le golpeó con firmeza y se quedó súbitamente quieta mientras un inesperado sudor frío recorrió su frente de manera inquisitiva. Lentamente cerró los ojos y recordó a Alex. Era él. No cabía la menor duda. Carmen ya le había reprochado su parte correspondiente a las diez en punto. Se mordió el labio inferior y sacó con suma cautela el móvil de su bolsillo, como si él pudiese verla desde alguna parte. Lo encendió lentamente y abrió el buzón. La imagen de un sobre luminoso ocupaba media pantalla y debajo del mismo, su funesta confirmación. Mensaje de Alex. Lo abrió.

“Anoche no me llamaste. Espero que vaya todo bien.”

Respiró profundamente. Se sentía muy mal por no haberse acordado de él. Ahora sólo le quedaba pedir perdón y esperar ser perdonada. Si fuese al menos un poco normal tal vez podría invitarle a cenar para intentar redimirse. Pero a ver quién pagaba entonces la luz del mes.

Pero pedir perdón a través de un mensaje no le pareció lo más correcto. De modo que le envió uno diciéndole que le llamaría lo antes posible, y se limitó a esperar impacientemente a que Doña Leonor se ataviase para su paseo a la administración de lotería de todos los miércoles.

A las doce y cuarto pasadas, por fin la doña se dignó a salir de su

dormitorio, perfectamente emperifollada y lista para lucir su rechoncha anatomía por las calles de la ciudad. Ordenó unas cuantas cosas al azar antes de cruzar por fin la puerta que daba al porche y descendió la escalinata con la elegancia propia y exclusiva de los de su clase.

Elena la acompañó hasta la salida, y una vez allí, aguardó hasta comprobar cómo desaparecía al final de la calle. Un par de segundos más vigilando la esquina por donde había desaparecido, por si acaso se le ocurría aparecer de nuevo, y tras comprobar que la vieja no asomaba, respiró tranquila y entró en la finca cerrando la verja tras de sí. Apoyó la espalda sobre la misma y enganchó detrás de su oreja un mechón de pelo que aquella mañana andaba rebelde y con ganas de importunar. Sacó el móvil del bolsillo de su delantal y buscó el teléfono de Alex en su agenda.

Pero entonces algo sucedió que le hizo dar un respingo y saltar hacia delante, impulsándola a emitir un gemido sordo de manera involuntaria. Había sentido algo en la espalda, como si alguien le hubiese soplado inesperadamente a través de la verja. Giró en redondo, con el susto metido en el cuerpo, y observó el punto exacto de donde había venido aquello, asustada y esperando encontrarse cualquier cosa.

Una repentina y entrañable sonrisa acudió entonces a su rostro, vistiéndolo por completo y a partes iguales de ternura y desazón. Se aproximó hasta la verja, agarró la enorme y fría manivela de metal y la abrió.

Gigante penetró en la finca resoplando y moviendo su descomunal rabo de aquella manera suya, tan desgarrada y torpe. Con su ojo tuerto y sus estornudos irradiando felicidad de forma espasmódica. Exactamente igual que siempre.

Elena se arrodilló frente a él y se abrazó a su enorme cuello mientras el animal sollozaba incontrolable tratando de lamer su cara. Acarició su lomo con fuerza y se incorporó, temiendo acabar completamente empapada en babas. Luego caminó hasta la acera y una vez allí escudriñó la calle en todas direcciones, aguardando ver aparecer a su nuevo dueño por alguna parte. No vino nadie, ni en ese instante, ni durante los casi cinco minutos que permaneció esperando en mitad de la acera. Finalmente, se encogió de hombros y penetró en la finca.

Gigante ya no estaba, pero Elena ya sabía dónde buscarlo, y sin demorar un segundo, caminó hacia el lugar donde Ismael había estado trabajando aquella mañana. Cuando consiguió localizarlos junto a los árboles frutales, hombre y animal se fundían en un abrazo. Gigante, sentado frente a su tan añorado amigo, removía la tierra con el rabo y ocultaba su cabeza en el pecho de Ismael, con la frente apoyada bajo la barbilla del hombre, mientras éste, con los ojos cerrados y los labios apretados formando una línea temblorosa, le rodeaba con sus viejos y

delgados brazos.

Con todo el sigilo que pudo, se acercó hasta el lugar donde los dos viejos amigos se acababan de reencontrar, y permaneció alejada dos pasos, procurando no interrumpir aquella escena por nada del mundo.

Ismael abrió los ojos al cabo del rato y Elena los encontró anegados en lágrimas. El anciano se restregó la manga de su jersey por la cara y sorbió los mocos, mientras Gigante sólo levantaba el hocico para lamer su arrugado rostro.

- Perro cabezón- Ismael habló con voz entrecortada- ¿Quién te ha traído?

Elena carraspeó antes de hablar.

- Me temo que nadie- confesó al tiempo que se armaba con una traviesa sonrisa.

El hombre alzó la cabeza y la miró con cara de sorpresa. Después miró a Gigante y se incorporó lentamente, ayudándose con su propia rodilla. Una vez en pie, agachó de nuevo la cabeza y la meneó de un lado a otro, al tiempo que chasqueaba la lengua.

- Con que te has escapado ¿eh? - protestó.

- Yo diría que sí. ¿Sabe usted si viven cerca de aquí? Tal vez se ha perdido mientras paseaban.

- No creo que hayan venido hasta aquí para pasearle. Están muy lejos- golpeó su lomo y le rascó detrás de la oreja- ¿No te gusta tu nueva casa?

Gigante sollozó y apoyó de nuevo la frente, esta vez en su pierna, como si le hubiese entendido y tratase de comunicarse de alguna forma con él. Ismael respiró hondo por la nariz y expulsó lentamente el aire.

- ¿Y ahora qué hacemos contigo? - le reprendió.

En respuesta el animal metió el rabo entre las patas y hundió la cabeza hasta casi tocar los pies de su viejo compañero, formando con su cuerpo un ovillo de color canela que redujo su descomunal tamaño hasta casi la mitad. A Elena le dolió el corazón y se llevó la mano a la boca, cubriendo sus labios con la punta de los dedos. Lo que aquel animal hacía era sin ninguna duda, suplicar por su vida. Sobraban las palabras. Ismael y Elena se miraron impotentes, y ambos cavilaron en silencio una solución para Gigante. No podía quedarse allí. Leonor lo había dejado bien claro. Y ninguno de los dos podía adoptarlo. De ser posible haría mucho tiempo que aquel problema estaría solucionado.

Pero ambos supieron, si necesidad de hablarlo, que

Gigante no volvería al lugar del que había escapado. Ismael no dudaba de su buen comportamiento con el animal, pero del mismo modo sabía que él no sería feliz con ellos. Tenían que encontrar la manera de estar cerca de él. Alguien que quisiera adoptarlo y que a su vez, les permitiese poder pasar tiempo junto a él, al menos de vez en cuando. O todos los días, aunque fuese un rato.

Cinco minutos de arduas cavilaciones más tarde, Elena abrió repentinamente los ojos y miró en silencio a Gigante. Cruzó los brazos sobre el pecho y tomó una bocanada de aire. Lo expulsó muy despacio por la nariz y habló, tras fruncir el ceño.

- Creo que ya lo tengo- sentenció.

33. TIESA COMO UNA PUERTA

La tarde ya no es tarde a las siete y media del último miércoles del mes de noviembre de cualquier año. A esas horas hace ya rato que la noche se ha dejado caer con todo su peso sobre los tejados, como si el frío le obligase a taparse con un grueso abrigo teñido de oscuridad. Tal vez por eso las noches lo son mucho más cuando sopla el gélido viento otoñal. Porque el mundo se resguarda bajo una densa manta, ensombreciendo prematuramente la ciudad. El último miércoles del mes de noviembre de aquel año, no fue distinto de cualquier otro año.

Elena finiquitaba la tarea de aparcar el Fiesta, después de cuatro intentos. Y no era porque fuese demasiado mala aparcando. Las había peores que ella. Estaba segura de haberlas visto en alguna parte. Era más bien debido a las estrecheces con las que había tenido que lidiar. Pero un sitio cerca de casa en plena urbe es equiparable al gordo de la lotería del niño, por lo que cuatro intentos es un precio a pagar más que razonable.

Apagó al fin el motor, quitó la llave del contacto y apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento, orgullosa de sí misma por haber logrado semejante hazaña ella solita, y sin el señor ese que aparece siempre de la nada, con las manos enlazadas a la espalda y dispuesto a ayudar en tan compleja empresa. Héroe anónimo injustamente infravalorado.

Bajó el parasol y levantó la tapa del pequeño espejo que había encajado en su interior. Cerró los ojos, respiró hondo y estiró la mano derecha, alcanzando su bolso del asiento contiguo. Lo abrió y extrajo un pequeño cepillo de viaje, uno que jamás había usado hasta ese momento. Se soltó el pelo y lo peinó con su viejo y recién estrenado cepillo. Mejor tarde que nunca. Cuando terminó, lo guardó de nuevo en el bolso y rebuscó en su interior, esperando encontrar algo que le sirviese para dar un toque de color a sus mejillas. Sólo encontró vaselina para los labios. Se encogió de hombros. Un poco de brillo era mejor que nada. Se lo untó con el dedo y se frotó los labios. Pellizcó sus mejillas y ahuecó su melena formando un peine con los dedos. Apenas podía verse en aquel diminuto espejo y con la nada generosa luz del coche, pero el pelo suelto le quedaba bien, de eso estaba segura. Para todo lo demás, a Lourdes.

Respiró de nuevo por la nariz, hinchando el pecho y apretando los labios. Se miró a los ojos una vez más antes de subir el parasol y después apuntó hacia el espejo retrovisor interior. Su reflejo le mostró a Gigante, que la observaba desde el asiento trasero del Fiesta con su solitario ojo pendiente de todos sus movimientos. Estaba tranquilo. Elena no pudo evitar sonreírle cariñosamente.

Giró el tronco para poder verle más de cerca y el animal estiró el cuello hasta lograr olisquear sus labios con sumo cuidado.

- ¿Cómo me ves? - preguntó la joven a un centímetro de su nariz- ¿Estoy guapa?

En respuesta Gigante ladeó la cabeza exageradamente hacia un lado, de aquella manera tan simpática que empleaba para decirles que no entendía nada de lo que le decían. Elena soltó una carcajada y le rascó bajo el hocico. Gigante contestó golpeando el asiento con el rabo.

- Me tomaré eso como un sí- concluyó al tiempo que cerraba el bolso.

Después se puso la chaqueta, una de piel marrón que heredase de Carmen el año pasado. Cruzó la correa de su bolso desde un hombro hacia la cadera contraria, se atusó de nuevo su larga melena y bajó del coche.

Gigante se alzó de las patas delanteras y la siguió con la mirada hasta que la puerta trasera del Fiesta se abrió, delante de su morro peludo. Apeó torpe y perezosamente aquel enorme cuerpo del vehículo y marchó pegado a Elena como una sombra a su legítimo dueño.

Movía los labios nerviosa, mientras recorría la avenida a través de la falsa luz de las farolas, en dirección hacia su calle. Si la jugada le salía bien, y rezaba con todas sus fuerzas para que así fuese, Ismael por fin respiraría tranquilo y Paula se llevaría una gran alegría. Cruzó los dedos de ambas manos y se visualizó haciendo lo mismo con los de los pies. Lo hacía muy a menudo cuando deseaba que algo le saliese bien. Y aunque no recordaba si alguna vez le había dado resultado, continuaba haciéndolo, tal vez temiendo las nefastas consecuencias de dejar de hacerlo. Mejor no llamar al demonio...

La furgoneta de Leo seguía allí, exactamente en el mismo lugar en el que la aparcase tras su inesperado regreso, hacía un par de días. Deceleró progresivamente sus pasos, al advertir luz en el interior. Estaba en casa. El débil resplandor que se filtraba por debajo de las tupidas cortinas que cubrían las ventanillas le delataba. Mucho mejor así que tener que buscarle por las calles o esperar a que apareciese, si es que lo hacía. El truco de los dedos al fin daba sus frutos. Ya estaba bien, después de tantos años. Se plantó delante de la ventanilla del conductor y se detuvo a atusarse el pelo una vez más. Volvió a pellizcarse las mejillas y carraspeó antes de golpear tímidamente el cristal con los nudillos. Gigante meaba sobre el neumático delantero, por no alejarse demasiado.

Al cabo de un breve instante, alguien movió tan sutilmente la cortina de la ventanilla del asiento trasero, que Elena ni siquiera se percató, principalmente porque esperaba frente al cristal equivocado. Nerviosa, se alejó un paso hacia atrás y aguardó, planteándose si continuar caminando hacia su casa o golpear una última vez antes de darse por vencida.

Pero entonces la puerta trasera se abrió, deslizándose sobre el lateral del vehículo. De su interior surgió Lucas, enrollado en un suéter negro de cuello alto con el que luchaba por meterse dentro. Cuando por fin lo logró, se pasó las manos por el pelo y la saludó con su habitual expresión de cierta timidez y esa mirada tan suya que a cualquiera le daban ganas de abrazarle, o morderle repetidas veces en cualquier sitio.

- Buenas noches- saludó indeciso y agachó ligeramente la cabeza, sin dejar de mirarla- Qué sorpresa...- susurró con apenas un hilo de voz.

- Hola Le...Lucas.

El apelado dejó escapar sin querer una repentina sonrisa. Elena jamás le había llamado por su nombre, sin embargo dejaba patente que le había nombrado en más de una ocasión. ¿Por qué si no se equivocaba al llamarle?

Y Elena pareció darse cuenta de tan meridiana evidencia, pues sus mejillas adoptaron en ese instante el color que había pretendido cinco minutos antes, sin necesidad de pellizcos ni cosmético alguno.

- Puedes llamarme Leo si lo prefieres- concedió.

- ¿En serio? - preguntó ella, sorprendida.

- Pues la verdad es que de momento, me siento más identificado con ese nombre- se rascó la cabeza- Supongo que me da igual- confesó al fin.

- ¿Entonces? - Elena le miró con las cejas en alto y guardó silencio, atenta a su respuesta.

- No sé...- Leo recapacitó un segundo- ¿A ti cuál te gusta más? - inquirió.

Elena pensó en sus pesadillas y en el miedo que aquel nombre le había hecho sentir. Recordó la primera vez que soñó con él. Lucas. Escrito con sangre y en mayúsculas sobre el blanco inmaculado del libro de Paula.

- Leo- respondió sin dudarle.

- Pues no se hable más- sentenció divertido. Después se mordió el labio y la observó con una sonrisa impaciente y curiosa- Bueno...y ¿a qué debo el placer de tu visita?

- Quiero presentarte a un amigo- Elena chasqueó los dedos y buscó a Gigante, que olisqueaba el parachoques del vecino, listo para levantar la pata y apropiárselo por el módico precio de un chorrito de pipí.

Leo miró hacia donde ella lo hacía y de súbito, su sonrisa se ensanchó, exhibiendo unos bonitos hoyuelos en los flancos.

Unos que Elena aún no había tenido el placer de conocer. Permaneció embobada unos segundos, y así hubiese continuado durante al menos tres cuartos de hora más, de no ser por lo que vino a continuación.

- ¡Gigante! - le llamó Leo, golpeándose el pantalón con la mano derecha. El animal se acercó a saludarle como si ya le quisiera. Meneó el rabo pesadamente

de un lado al otro, sin ninguna clase de ritmo ni compás, y acercó el morro hasta pegarlo a su pierna. Unos cuantos estornudos y aquello prometía amor eterno. Elena se quedó boquiabierta por dos motivos básicos. Aquel hombre no podía estar más guapo sonriendo de aquella manera, y esos dos ya se conocían. O al menos Leo a Gigante, pues sabía su nombre.

Nerviosa, se mordisqueó el labio y cruzó los dedos con disimulo. Aquellos endemoniados hoyuelos le impidieron poder concentrarse en visualizar sus pies. Si salía mal, sería culpa suya.

- ¿Os conocéis? - preguntó mientras disfrutaba de tan tierna escena.

Leo levantó la vista y la miró sin dejar de acariciar al animal.

- Bueno...Ya sabes- carraspeó, indeciso- Supongo que conozco a cuantos te rodean.

- Claro...- comprendió, y asintió con la cabeza- Veo que os caéis muy bien- sonrió.

- Este perro siempre me ha gustado- confesó- Cuidaba muy bien del abuelo y nunca se separaba de Paula- observó la nobleza de su mirada, al tiempo que le acariciaba detrás de la oreja.

Elena apretó los labios con fuerza, tomó una bocanada de aire por la nariz y se lo soltó de golpe y sin pensar.

- Necesita un dueño y yo no puedo quedármelo- Leo la miró sorprendido. Elena puso cara de niña buena y continuó-Ni Carmen, ni siquiera Ismael- guardó silencio durante unos segundos y al cabo remató- Creo que hacéis muy buena pareja-culminó su argumento estirando los brazos bajo la cintura y juntando las palmas. Remató componiendo una suplicante sonrisa.

- ¿Y la ricachona? - preguntó él, mientras se acuclillaba frente al noble animal.

- Ella sólo es rica por fuera. Todo lo que ha hecho por Gigante ha sido arrancarle un ojo.

- ¡Vaya! ...- observó con calma su ojo ausente- ¿Y tú no conoces lo del ojo por ojo? - le reprendió- Debiste haberle arrancado otro a ella.

- Yo me encargaría de la comida. Te traería sacos de pienso. También de las vacunas...no supondría ningún gasto para ti.

Leo seguía callado, mirándole fijamente. Elena perseveraba en tratar de lograr su objetivo.

- Tengo un saco en el coche- aclaró señalando en dirección al Fiesta.

- ¿Tú qué dices? - se dirigió al animal, que respondió apoyando la cabeza en su pecho y meneando nuevamente el rabo.

- Es muy bueno. Y podemos venir a visitarle todos los días. A Paula le encanta...

- No se hable más- le cortó de repente tras oír aquello. Un segundo después se incorporó y giró su cuerpo de nuevo hacia ella- Sólo hay un problema.

- Sea lo que sea lo arreglaré- respondió impaciente, a punto de saltar sobre él y abrazarse a su cuello.

Leo soltó una carcajada y la observó en silencio durante un prolongado instante, sin dejar de sonreír. Elena agachó la mirada, nerviosa y sonrojada.

- Mi moto- continuó después de parpadear un par de veces.

- ¿Tu moto? - preguntó, confusa.

- La guardo en la furgoneta y apenas tengo sitio para mí. Si tengo que meter un nuevo inquilino, tendremos serios problemas de espacio.

- Tu moto dormirá calentita y segura, bajo techo- Elena respondió en el acto.

- ¿Tienes un parking? - se sorprendió él.

- Tengo algo mucho mejor que eso- sonrió con picardía-

Tengo un hueco en el portal de mi finca...y tengo a Emilia.

Ambos se miraron sonriendo, cómplices y en silencio, sin necesidad de hablar. Leo recordó la noche en que ella le rescató de la tormenta, permitiéndole dormir en el interior del portal. El mismo lugar al que ahora se refería.

Dos horas más tarde Leo y su nuevo compañero caminaban junto a Elena en busca de la pequeña Paula, a través del paseo marítimo, hasta casa de Carmen. Su moto, una de esas enormes máquinas que vuelan sobre el asfalto, dormía apaciblemente en un rincón del pequeño vestíbulo, junto a un cubo de veinticinco quilos de pintura blanca, un rodillo, dos pinceles y tres botellas de disolvente. Emilia se encargaría de comunicar a los vecinos el nuevo cambio a primera hora de la mañana. Sólo Pilar, tan madrugadora como siempre, la encontraría antes de conocer la noticia. Pero el susto no pasaría de ser anecdótico y ella misma sabría a quién acudir para pedir las debidas explicaciones.

La noche les envolvía con su gélida y cotidiana bruma otoñal. Elena se abrazaba a su cazadora de piel marrón y Leo se arrepentía de no haber cogido algo similar de la furgoneta. Se sentía un completo imbécil. Porque lo había pensado mientras llevaba la moto hasta la finca, pero los nervios le habían impedido reaccionar como un ser humano normal. Pedirle que le acompañase hasta el vehículo o sencillamente haberse acercado él. Ahora ya era tarde para dar la vuelta. Intentaría no tiritar demasiado.

Gigante, en cambio, parecía estar en su salsa. El otoño era para él la segunda mejor estación del año. Sin un sol abrasador tratando de carbonizar la densa manta de pelo que cubría su cuerpo, saboreaba aquella refrescante humedad que la gentil noche vaporizaba a su alrededor. Era para él la guinda que

alguien le había puesto a un duro, pero gratificante día. Había valido la pena escapar. Ahora estaba donde quería estar. De todo lo demás, como siempre había sido, se encargaría Ismael.

Más parecido a un solitario león que a un sencillo, pero demasiado grande perro, Gigante se movía pesadamente y en círculo, siguiendo los pasos de sus amigos, olisqueando bancos y meando farolas.

Elena y Leo caminaban sin prisa, tratando ambos de ocultar los mismos nervios que acampaban siempre en sus estómagos cada vez que estaban juntos. Leo dio un par de saltitos y resopló, expulsando una nube de vaho por su boca. Elena se volvió hacia él.

- ¿Tienes frío? - preguntó ante la evidencia.

- Sobreviviré- respondió él frotándose los brazos enérgicamente.

Elena frunció el ceño.

- No tenías por qué acompañarme.

Leo se encogió de hombros y sonrió con ironía.

- Es lo único que sé hacer. La diferencia es la distancia. Antes lo hacía desde lejos y ahora paseamos juntos- apretó los labios y los desplazó hacia un lado- Además- continuó-, acabas de regalarme un amigo. Teniendo en cuenta mi situación, es un gran regalo, y acompañarte es lo mínimo que puedo hacer a modo de agradecimiento- “Y estar contigo es lo que me apetece hacer a todas horas”, pensó.

Elena le observó detenidamente durante un instante. Trató de imaginar por un momento lo que debía sentir alguien en su situación.

- Pues de nada- respondió al cabo del rato.

Leo la miró de reajo un segundo y metió las manos en los bolsillos de su pantalón. Sentimientos contradictorios invadían su mente. Porque sentirla cerca le ponía nervioso, pero su inestable universo parecía querer estabilizarse cuando estaba con ella. De repente todo se cubría con una especie de suave calma en forma de fina membrana. Como caminar en la dirección correcta, con la persona correcta. Como si estar con ella significase estar en el lugar exacto. Sin embargo, mirarla, saberla tan próxima que apenas sin querer podría tocarla, aceleraba su pulso y empañaba su juicio.

Pasearon durante un rato en silencio, escuchando a lo lejos el lento y terco sonido del mar sobre la arena, como una gigantesca lengua anhelando comerse lánguidamente el mundo. Tan sólo unos centímetros más y podrían rozar sus manos. Elena respiró profundo y sonrió nerviosa. Leo carraspeó y la miró de nuevo, de forma inconsciente. Cruzaron sus miradas un segundo y sonrieron tímidamente. Alguien tenía que hablar de algo o aquello empezaría a ser incómodo para todo el mundo. Finalmente fue ella quien lo hizo.

- Has tenido que imaginar algo.

Leo alzó de pronto las cejas, confundido por aquel comentario.

- ¿A qué te refieres? - preguntó desconcertado.

- De mí. Algo que sea un poco más realista que lo del *déjà vu* a gran escala.

- Nada que se me haya pasado por la cabeza resulta realista.

- ¿Ni siquiera un poco?

- Ni siquiera un poco. ¿Se te ha ocurrido algo a ti? - la pregunta pasó de repente por su cabeza.

Elena caviló un instante.

- Nada que resulte realista- declaró al fin.

Leo sonrió divertido. Elena continuó.

- Y sigues estando seguro de que no me confundes con otra.

- Absolutamente- respondió con rotundidad.

Elena chasqueó la lengua, tratando en vano de parecer molesta.

- No entiendo cómo puedes estar tan seguro.

Entonces Leo detuvo su andar. Ella le imitó un segundo después y ambos permanecieron frente a frente, mirándose a los ojos.

- Elena Luna de Ecay- dijo Leo al fin- He soñado muchas veces contigo y con tu hija. La niña que lleva tus mismos apellidos. Paula tiene cinco años y podría dibujarla con los ojos cerrados del mismo modo que haría contigo- agachó la cabeza y observó las palmas de sus manos, como si esperase encontrar escrita la respuesta entre las líneas de su piel- Vosotras sois lo único de lo que estoy completamente seguro. Saber que no sabes quién soy resulta muy frustrante. Créeme.

- Te creo- se apresuró a responder, mientras un sentimiento de compasión le pellizcaba por dentro. Instintivamente alargó la mano y rozó sus dedos con la punta de los suyos. Leo alzó la cabeza como un resorte y clavó la mirada en sus ojos, como si quisiera ver su interior a través de ellos. Entonces Elena pudo verle de nuevo. Aquellos desconocidos ojos que suplicaban a gritos una respuesta que jamás llegaría. No desde aquella dirección. Nunca podría servirle de ayuda, porque ella sí sabía quién era Elena Luna, le gustase o no, con la misma certeza con la que sabía que aquel hombre era tan desconocido hoy como el primer día en que le vio, reflejado en el escaparate de una zapatería.

Continuaron mirándose a los ojos unos segundos más, hasta que ella, cansada de luchar contra unas abrumadoras ganas de abrazarle, agachó la cabeza, suspiró y reanudó de nuevo el camino. Leo cerró los ojos un instante y apretó los puños. Él también quería abrazarla, pero tuvo que tragarse las ganas. Al cabo la imitó, acelerando sus pasos hasta alcanzarla.

Y volvieron a caminar en silencio, el uno junto al otro.

Más tarde, Elena sonrió y habló sin dejar de mirar al frente.

- Todo se arreglará, ya lo verás- afirmó categórica.

Leo la observó con una débil y falsa esperanza dibujada en su cara. Suspiró y alzó las cejas. Palabras de ánimo. Sólo eso.

Gigante fue lo primero que la pequeña Paula vio nada más salir del ascensor. El animal aguardaba sentado junto a Elena, observando el iluminado y elegante vestíbulo que se abría ante su único ojo. Al reconocerla se alzó sobre sus cuatro patas y se pegó cuanto pudo al cristal, agitando rabo y cuerpo torpe y desacompadadamente. La niña cruzó la estancia dando saltitos y sonriendo tanto, que sus ojos se convirtieron en una delgada línea, por falta de espacio en aquella diminuta cara. Cuando al fin abrió la puerta, se abalanzó sobre su cuello, sin prestar la más mínima atención a su madre, que la observaba feliz y satisfecha. Leo no pudo evitar deleitarse con la imagen de su radiante rostro, antes de prestar atención a la niña, que tras aquel efusivo saludo canino y ante su asombro, levantó su carita rebosante de felicidad y de un salto se lanzó a sus brazos.

Elena abrió los ojos sorprendida y se tragó unos súbitos celos que se derramaron de repente en su estómago, como si una píldora repleta de envidia hubiese reventado de pronto en su interior. Y no era porque su hija la hubiese ignorado completamente, relegándola al final de la cola de los saludos. Envidió su infantil espontaneidad. Aquello que ella jamás había sentido y que tanto había añorado. En especial aquella noche. En especial junto a Leo.

Regresaron juntos a casa. Charlando, riendo y atentos a las apasionantes aventuras de la vida en el colegio. Leo se ofreció a cargar con la mochila de Paula y ésta trotaba junto a Gigante, que no se despegó de ella ni un sólo momento. Cualquiera pensaría al verles, que aquello era una familia. Una feliz y bien avenida familia de esas que salen en las teleseries americanas. Esas en las que todo parece demasiado bonito. Tanto que a veces...incluso puede resultar un pelín espeluznante.

Se despidieron de Leo en el portal, nerviosos ambos y con ganas de haberse quedado charlando un rato, de cualquier cosa sin importancia, sólo por poder mirarse a los ojos de vez en cuando y quién sabe...tal vez algún furtivo roce de sus dedos sin querer. Pero lo del interruptor para niños sólo serviría para tenerlos todo el día desconectados, y la ciencia aún no ha logrado llegar tan lejos. De modo que sólo pudieron mirarse, tratando en vano de disimular la verdad de aquella incuestionable llama que se había encendido entre ellos y que iluminaba sus rostros cada vez que sus miradas se cruzaban, hasta que la puerta de la finca se cerró, partiendo en dos aquello que ya era más que tangible.

Leo continuó mirando los ojos de Elena, que ya no estaban, durante al menos un minuto más. Apoyado contra la pared de la finca, buscaba inútilmente una excusa para hacerla bajar de nuevo, sin que sus ansias por verla, tan sólo un instante más, quedasen demasiado patentes. Finalmente terminó agachando la cabeza, derrotado y sin poder evitar sentirse un poco ridículo. Vencido y un pelín malhumorado, se apartó con desgana del edificio y se encaminó a paso lento por la estrecha calle peatonal, en dirección a la furgoneta.

Gigante dudó un instante entre la luz que se difuminaba a través del grueso cristal de la puerta por la que habían desaparecido Elena y la pequeña Paula y su nuevo amigo. Pero aquel tipo siempre le había caído bien y su instinto canino le decía que podía confiar en él. Por lo que, cuando le escuchó chasquear los dedos, no lo dudó y caminó obedientemente, pegado a su pierna izquierda. Justo como Ismael le había enseñado.

Once y media de la noche.

Elena sonreía recostada en el sofá, con un tazón de cereales vacío entre sus manos y los pies apoyados sobre la mesa. No había dejado de hacerlo desde que se despidiese de Leo y Gigante. Había salido bien. Asombroso pero cierto. Tan real como el dulce sentimiento que en aquel momento invadía por completo su ser. Inspiró aire lentamente por la nariz y cerró los ojos. Disfrutaría cuanto pudiese de aquella sensación. Lo más probable sería que tardase bastante tiempo en volver a sentir algo parecido, por lo que pensaría en ello hasta que de tanto hacerlo, le resultase aburrido. Demasiado valioso como para no gastarlo. Demasiado bonito como para no pensarlo.

Se levantó y caminó hasta el fregadero. Depositó el tazón en su interior y abrió el grifo, dejando caer el agua hasta llenarlo. Se lavó las manos antes de cerrar de nuevo el grifo y descolgó el trapo que pendía de un gancho sobre la pared. Se dio la vuelta y apoyó los riñones en el mueble de feo aglomerado de su reducida cocina, mientras se secaba las manos.

Y de nuevo pensó en él. En sus futuros paseos junto a Gigante y la pequeña Paula. Pensó en Ismael y en que, tal vez, Leo querría acercarse hasta la finca de doña Leonor para que pudiesen verse de vez en cuando. Y pensó en su ropa. Quizás había llegado la hora de desempaquetar aquellas cajas que guardaba en la parte alta de su armario. Carmen saltaría de alegría si supiese que por fin su vestuario servía para algo más que para rellenar huecos vacíos en viejos armarios. Sonrió imaginando su cara de sorpresa cuando la viese.

Colgó de nuevo el trapo en su gancho sin dejar de sonreír y se dirigió de vuelta al sofá. Mientras caminaba miró hacia la ventana. Aquella desde donde tantas veces le había observado, oculta tras la oscuridad de su pequeño hogar. Ya

no necesitaba esconderse para estar con él. Ahora ya se conocían, e incluso podrían considerarse amigos. O algo así.

Fuera quien fuese aquel hombre, tarde o temprano lo averiguarían. En algún momento lo recordaría todo. Una susurrante vocecita disfrazada de agradable presentimiento se lo decía por dentro.

Pasó de largo el sofá y se acercó hasta la ventana. Quería volver a sentir lo que sentía cuando le buscaba entre los contenedores de basura. Esta vez no le vería, pero ahora sabía que estaba allí, cuidando de Gigante y durmiendo bajo techo. Un techo de chapa, pero techo en cualquier caso.

Una vez junto a la ventana, pegó la frente al cristal y cerró los ojos tratando de recordar cómo era aquel amasijo de nervios que se adueñaba de su pulso cuando cada noche, se acercaba hasta allí para poder verle. Y cómo esos mismos nervios, convertidos ahora en un desconocido e inesperado sentimiento que la invadía por completo de arriba abajo, se descubrían ante ella, mostrándole un nuevo mundo, colmado de nuevos y apasionantes colores. Inspiró lenta y pausadamente por la nariz, empapándose cuanto pudo de aquella agradable sensación, antes de abrir los ojos y mirar hacia los contenedores de basura.

De súbito los abrió tanto que recordaron a un par de platos de porcelana. Acto seguido frunció exageradamente el ceño, desplazando hacia atrás la barbilla. Al cabo la devolvió a su sitio y aún con el ceño fruncido, acercó de nuevo y cuanto pudo la nariz al cristal.

Ahí estaba el mismo gato de aquella mañana. Aquel blanco con manchas negras repartidas sin gracia por todo su cuerpo. Y allí estaban sus mismos amigos, los que le habían acompañado hasta la puerta del colegio. Los cuatro mininos se sentaban en fila india, hubiese jurado que del mismo modo que lo hiciesen por la mañana, y los cuatro la miraban fijamente. Elena parpadeó y se alejó de la ventana unos pasos. Respiró hondo un par de veces y lenta y sigilosamente, se acercó de nuevo.

Los felinos continuaban en la misma posición, mirándola de exacta manera, a pesar del cristal que se interponía entre ellos y de la distancia que les separaba. Elena sintió cómo se le erizaba la piel de la espalda. Rápidamente dio media vuelta y se frotó la cara enérgicamente, tratando de borrar aquella inquietante imagen de su mente. Pero hoy no estaba dispuesta a permitir que nada eclipsase sus alegres pensamientos, por lo que decidió eliminar de su cabeza cualquier pensamiento deprimente o perjudicial. Un pipí y directa a la cama, a saborear su recién estrenada sensación.

Pero mientras se dirigía al cuarto de baño, no pudo evitar pensar en las cosas tan raras que últimamente se venían sucediendo a su alrededor. Desde luego en ocasiones era como para llamar a un exorcista, o a una bruja...o incluso

a la policía.

Y entonces, de súbito y sin previo aviso, un inesperado pensamiento en forma de rayo la atravesó de arriba abajo. De repente se detuvo a mitad de camino y permaneció completamente quieta y tiesa como una puerta. La policía.... ¡Alex!

Y un repentino frío se instaló violentamente y de forma precipitada en el interior de su estómago. Emitió algo parecido a un quejido sordo y apretó con fuerza los ojos.

Se había olvidado de Alex...

Doce menos cuarto.

Veinticuatro años y seguía sin pillarlo. Ni lo comprendía ni se había planteado sentarse a estudiarlo con detenimiento. Por eso sentía el golpe siempre en el mismo sitio. Porque caminaba sin cordura ni raciocinio, saltando como una cursi mariposa por entre los tallos de las imaginarias amapolas de algún ilusorio prado, que había pretendido introducir a empujones en su limitado espacio mental.

Tal vez por fin había llegado el momento de aprender.

Desde luego aquel parecía uno de esos mensajes educativos que la vida nos envía en forma de tortazo, con una inmensa mano invisible y demasiada potencia en el centro de la cara. Porque la vida no necesita hablar cuando pretende mandarnos un recado. No hay que ser muy listo para entenderlo, salvo que te creas una cursi mariposa, volando sin cordura ni raciocinio por entre los tallos de bla, bla, bla...

Vale. Esta vez lo había entendido: “No vuelvas a hacerte ilusiones nunca” Lo repetiría mil veces. Puede que así lograrse memorizarlo. O puede que algún día decidiese tatuárselo en el tobillo. Otra tonta ilusión, pues no tenía un duro, ni la más remota posibilidad de disponer de dinero para extras, salvo que algún día tropezase sin querer con un cupón premiado de lotería. Las ilusiones se mordían la cola entre ellas, como aquella dichosa pescadilla.

Sentada en una de las sillas de metal de su cocina, Elena apoyaba los codos sobre la pequeña mesa plegable, sujeta de la pared por un costado, y hundía el rostro entre sus manos, intentando superar el bajón, a ser posible, antes de romper a llorar histérica y desesperadamente. Qué poquito le había durado la alegría y qué sucia se sentía en ese mismo momento. ¿Cómo podía haberse olvidado de él? ¿De qué manera se lo explicaría? Y ¿cómo se lo tomaría? ¿Debería llamarle ahora, o era preferible esperar a mañana?

No. Levantó la cabeza con determinación, interrumpiendo drásticamente

sus pensamientos, se rascó la frente con la yema de los dedos y se incorporó. Caminó hasta el sofá y recogió su móvil de entre los cojines. Se sentó allí mismo, mordisqueó durante unos segundos la uña de su dedo pulgar, se enganchó el pelo detrás de la oreja, inspiró todo el aire que pudo, marcó el número de Alex y pegó el teléfono a su oreja. Casi treinta segundos más tarde y apenas un instante antes de finalizar la llamada, Alex respondió.

- Qué trasnochadora- habló en un tono áspero. Su voz apenas era audible.

- Lo siento- fue lo primero que dijo, porque sentía que era lo único que valía la pena decir.

- ¿El qué? - replicó Alex tras un prolongado silencio- ¿No haberme llamado, o no haber pensado en mí en todo el día?

- Mi día ha sido complicado- trató de excusarse.

- ¿Tanto como aquel día en que vuestro perro tuvo que marcharse?

- Parecido.

- Ya...Aquel día estabas muy triste.

- Sí que lo estaba.

- Sin embargo aquel día te acordaste de mí.

Elena guardó silencio, cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

- Lo siento mucho, Alex.

- Eso ya lo has dicho.

- Es que necesito repetirlo.

- ¿Te hace sentir mejor?

- Sólo si me perdonas.

De nuevo un incómodo silencio se impuso entre los dos durante casi un minuto. Silencio que se rompió cuando finalmente, Alex habló.

- Has estado con él, ¿verdad?

Elena, nerviosa como un delincuente frente a un escuadrón de la guardia civil, se mordisqueó el labio inferior.

- Dicho así, suena a traición- respondió, inquieta.

- Entiendo que eso es un sí.

- Podemos vernos mañana y te lo explico. Comprobarás que no hay ningún motivo para preocuparse.

- O puedes explicármelo ahora y mañana nos vemos- su voz sonó ahora ligeramente más suave.

- ¿Es ese el precio de tu perdón? - probó con algo de ironía.

- Eso es lo mínimo que vas a tener que hacer- Alex entró en su juego, adoptando un teatral tono autoritario en su voz, y Elena dejó escapar una risita, más de tranquilidad que de emoción. Alex era muy importante para ella. Lo había sido en muy poco tiempo, porque nunca un hombre se había acercado

tanto hasta ella y no quería ni imaginar lo que supondría verse convertida en una decepción para él.

- Lo haré encantada- afirmó repentinamente animada.

De nuevo guardaron silencio, esta vez mucho más breve y bastante menos incómodo. Y una vez más, Alex fue quien se encargó de romperlo.

- Pues cuando quieras, preciosa.

34. POR EL CIELO, QUE LO HIZO

Hubiese preferido madrugar. Por eso cuando abrió los ojos y miró la hora, una punzada cargada de decepción atravesó su estómago de arriba abajo, instalándose allí momentáneamente. Se rascó el pecho desnudo y se acurrucó de nuevo entre las mantas. De todas formas, ya no llegaría a tiempo de verlas marchar. O podría salir corriendo y que Elena le viese recién levantado, sin ni siquiera haber tenido tiempo de asearse. Ni pensarlo.

Entonces sonrió con cierto regocijo y se recostó del otro lado. Abrió un ojo y le observó. Gigante, tumbado sobre una manta y con el morro apoyado en sus patas delanteras, también le miraba con un ojo guiñado. Acercó el hocico y olisqueó su nariz mientras movía el rabo prudentemente.

Ni siquiera sabía a qué hora regresaron anoche a la furgoneta, ni tampoco hasta cuando estuvo leyendo, pero tenía una finca que pintar y le había prometido llevarle a casa de la ricachona para visitar a Ismael. No podía creerse tanta chiripa, ni se hubiese atrevido jamás a soñar con un golpe de suerte de semejante envergadura. Tener consigo aquel animal suponía tantas cosas que, si tuviese que explicarlo, no sabría por dónde empezar.

Un nuevo amigo. Y de los que nunca fallan. Aquel perro lo llevaba tatuado a fuego en todos y cada uno de los poros de su cuerpo de león. Compañía para los interminables paseos en busca de empleo mientras Elena trabajaba y alguien con quien charlar durante las solitarias noches. Y la excusa perfecta para estar con ella. La suerte de todas las suertes. La que aparece con mayúsculas y en singular, igual que si fuese un nombre propio. Ya no necesitaba continuar planeando justificaciones para poder acercarse a ellas como llevaba haciendo desde su regreso. La misma Elena se lo había regalado, para que de ningún otro modo le resultase tan grato.

Pasar más tiempo con las chicas le brindaba la posibilidad de acercarse cada día hasta el único rincón de su memoria que había logrado sobrevivir. Si existía algún modo de recuperar el resto o de averiguar el punto exacto donde nacían las ruinas de aquello que aún quedaba en pie, era junto a Elena y su hija. Tenía que encontrar el modo de desenmascarar tan vasto misterio. Por qué las conocía y qué enigmática explicación lograría descifrar lo aparentemente indescifrabable.

Se destapó hasta la mitad del pecho y se desperezó. Acarició a Gigante detrás de la oreja y éste respondió inclinando la cabeza y apoyándola en su mano. El día había amanecido con ganas de refrescar y eso, en el interior de aquella vieja furgoneta, se percibía con sobrada intensidad.

Se incorporó y buscó a los pies del colchón la ropa del día anterior. Gigante

le observaba con atención, consciente de que de allí no saldría hasta que su nuevo amigo así lo decidiese. De modo que permaneció tumbado y con la cabeza en alto, atento a todas sus maniobras. Aquel tipo se puso unos pantalones, un jersey de lana granate con coderas grises y enfundó sus pies en unas deportivas negras. Después rebuscó entre el amasijo de ropa que había en el interior de una enorme maleta junto al colchón, y de allí extrajo otros pantalones, un jersey negro de cuello alto y una muda limpia. Lo metió todo en una bolsa de plástico y se incorporó hasta permanecer medio jorobado en el centro del vehículo. El animal le imitó y Leo se agachó para propinarle unas palmaditas en el lomo. Al cabo se incorporó de nuevo, se aseguró la cartera y las llaves y abrió la puerta trasera de la furgoneta.

La gélida mañana le saludó espolvoreando frías gotas de suave rocío sobre su rostro. Leo resopló y giró en redondo para recoger rápidamente su cazadora, antes de apearse. Gigante ya meaba sobre el neumático del coche de enfrente.

El equipo de ancianos al completo le esperaban como agua de mayo en casa de Sofía. Allí desayunó y se aseó mientras su nuevo compañero se hacía con la tropa. Muy especialmente con Paco, que pareció rejuvenecer unos cuantos años en el mismo instante en que lo vio aparecer. Elena ya les había informado de su presencia y, como todo aquello que salía por su boca, aquel cambio era incuestionable y admitido de muy buena gana.

Apenas media hora más tarde Leo sacaba la moto a la calle, vestido con su mono azul de trabajo. Seis amables ancianos y un perro tuerto le harían compañía durante su jornada de trabajo.

Once y cuarto de la mañana.

- No me importa encontrarme a todas horas y en todas partes con el mismo puñado de gatos. Lo que me molesta es que me miren de esa manera. Me pone los pelos de punta. ¿A ti no te molestaría?

Elena sacaba los cacharros del lavavajillas y los guardaba, con la mano izquierda y de uno en uno, en sus distintos puestos de almacenaje, mientras con la derecha sostenía el teléfono con el que mantenía una de sus rutinarias y en ocasiones intrascendentes conversaciones con Carmen. Leonor se daba un relajante baño caliente en la elegante bañera de su habitación. Hoy por fin tenía visita, después de casi cuatro meses de larga y angustiosa espera, por lo que se acicalaba a conciencia para tan distinguida ocasión. Sus hijos. Pere, el primogénito y Jaime, el benjamín, en compañía de sus esposas y su único nieto, Pere, el primogénito del primogénito. Sin duda un tedioso árbol genealógico.

No se repararía en gastos. La hora de la comida se convertiría en toda una exhibición de opulencia y la mesa del salón, tanto tiempo inmersa en un

soporífero letargo, despertaría para ataviarse con sus mejores galas. Cubertería de plata, vajilla de porcelana y servilletas confeccionadas con telas importadas de allende los mares, bordadas a mano por, probablemente, las manos de alguna niña. Todo ello condimentado con la firme e imperecedera expresión de sumo reproche en la mirada de la señora de la casa, acompañándoles a lo largo y ancho de su tan ansiado encuentro. A parte de eso, todo muy bonito. Comida, café, incómodos silencios y hasta la próxima.

- ¿Estás segura de que te miran?

- ¡Qué va! Es que hoy me he levantado con ganas de inventarme la historia de unos gatos que me siguen a todas partes, y que me miran, todos ellos sentados en fila india, uno al lado del otro...

- Vale, pesada.

- Pesada tú y tus preguntas tontas.

- Mis preguntas no son tontas.

- Sí que lo son.

- No lo son.

- Lo son.

- ¿En serio?

- Créeme.

- Pues ahí va otra

- Dispara.

- ¿Por qué crees que te siguen?

- ¿Y yo que sé? Estaré en celo.

Carmen se echó a reír al otro lado de la línea, con unas sonoras y divertidas carcajadas. Elena no pudo evitar contagiarse de su risa. Casi un minuto más tarde consiguieron reanudar la conversación.

- Y esos gatos, ¿te siguen a ti, o a Paula?

- Ni idea. Y tienen un jefe. Es blanco con manchas negras, una de ellas en todo el morro. Es el primero que apareció en casa.

- ¿En tu casa?

- En mi casa.

- ¿¿Dentro??

- Dentro.

- ¿Y cómo entró?

- Le abrió Paula. Dijo que estaba rascando la puerta. Silencio prolongado.

- ¿No vas a decir nada? - protestó Elena.

- Qué fuerte...

- Interesante respuesta. Problema, pues, solucionado.

- Llevemos el libro a la vidente para que le eche un vistazo.

- ¿El libro? ¿Ya estamos otra vez con el libro?

- Aún tenemos que descubrir qué coño es esa cosa, ¿no crees?

Elena bufó y apoyó la espalda sobre el mueble de la cocina al tiempo que se mordisqueaba la uña del dedo pulgar.

- No lo sé- caviló un instante- Creo que “esa cosa” empieza a caerme bien.

- No digas chorradas.

- Bueno, ya hablaremos.

- ¿Cómo que ya hablaremos? De eso nada, Leni. Hay que hacer algo de una vez por todas.

- Esta noche ceno con Alex.

- Ah. Pues perfecto. Compraré hamburguesas para las niñas.

- Ni se te ocurra. Hoy vienen los hijos de doña Totovía a comer. Sobrará mucha comida y no pienso tirarla. Te la llevaré.

- Guárdala para ti. Yo no la necesito.

- Me sentiría mucho mejor si se me permitiese contribuir con algo de vez en cuando.

- Pues será en otra ocasión. Por ejemplo, cuando no lo necesites o cuando yo lo necesite.

- Pues te vas a la mierda.

- Tus sagaces argumentos me abruman.

Silencio corto, seguido de risas.

- ¿Qué tal Leo? ¿Adoptó a Gigante? - continuó Carmen.

Elena se separó del armario. Acababa de recordar que se acercaba la hora del almuerzo y se dispuso a preparar algo para su compañero. A ella le bastaría con dos piezas de fruta. No tenía mucha hambre. Se aproximó hasta un estante situado junto a la ventana y de su interior sacó un par de platos.

- Fue genial. Resultó que le encantó la idea...Supongo que debe sentirse muy solo.

- Se harán compañía el uno al otro. Todos contentos ¿No?

- Eso parece. Ismael estaba tranquilo esta mañana. Ahora sólo falta que... calló de repente y permaneció inmóvil con un plato en la mano- Tengo que dejarte. Luego hablamos.

Carmen no se sorprendió. Era habitual que sus conversaciones se interrumpiesen de aquella manera cuando Elena trabajaba, por lo que se limitó a despedirse sin más.

- Ok. Chao, cariño.

- Chao.

Elena colgó el teléfono y depositó el plato sobre la superficie del mueble, sin dejar de mirar en dirección a la puerta exterior de la finca, donde Leo y

Gigante parecían aguardar pacientemente a que alguien reparase en ellos.

De un manotazo se deshizo de la redecilla que cubría su cabeza y corrió hacia la salida. Una vez allí se detuvo frente al espejo y se soltó el pelo. Dobló el tronco, agachando la cabeza hasta las rodillas y lo ahuecó con los dedos. Se incorporó de golpe, sacudiendo con ímpetu su larga melena, pellizcó sus mejillas y peinó sus cejas. Carraspeó, se miró de nuevo, y abrió la puerta.

Leo sonrió instantáneamente cuando la vio aparecer. Su compañero meneó el rabo. Los movimientos torpes de cuerpo y los estornudos vendrían después de entrar. Nerviosa, Elena cruzó el porche y descendió la escalinata mientras le saludaba tímidamente con la mano. Leo ensanchó su sonrisa y le devolvió el saludo.

- Puedes entrar. Está abierto- le habló, poco antes de llegar al último peldaño.

El joven agarró la fría y ostentosa manivela de metal y abrió la verja. La empujó con el hombro y cedió el paso a Gigante, que comenzó entonces a menearse a su particular modo, mientras penetraba en el que siempre había sido su hogar. Corrió chabonamente hacia Elena y ésta se agachó para acariciar el espeso pelaje de su cuello con ambas manos. Leo cerró la reja y caminó, con las suyas en los bolsillos y la cabeza ligeramente inclinada, en su dirección. Se detuvo frente a ellos y sonrió. Elena alzó la vista y le miró.

- ¿Cómo se ha portado? - preguntó, nerviosa.

- No recuerdo a nadie portarse mejor que él desde hace mucho tiempo - bromeó.

Elena respondió con una comedida risita.

- Te lo tomas con humor.

- De llorar siempre estamos a tiempo- contestó, encogiéndose de hombros.

- Eso suena a coletilla de viejo- entornó los ojos teatralmente- Pasas demasiado tiempo con mis vecinos.

Ahora fue él quien se echó a reír, mostrando de nuevo y para deleite de la joven, aquellos bonitos hoyuelos.

- Es difícil separarse de Emilia- admitió.

- Tanto como llevarle la contraria- respondió Elena al tiempo que se incorporaba, dando un paso hasta quedar frente a él- Gracias- le espetó, para sorpresa de Leo, que abrió súbitamente los ojos.

- ¿Por qué me las das? - preguntó, despistado.

- Por haberle traído. No sabes cuánto significa para nosotros. Especialmente para Ismael- se agachó de nuevo para acariciar a Gigante- ¿Verdad que sí?

- Pensé que la ricachona no me dejaría entrar, pero quería intentarlo.

- Leonor tiene pocas cosas buenas, pero no suele interferir en lo que

hacemos fuera de la casa.

- ¿Será su única virtud?- ironizó Leo.

Elena entrecerró los ojos y ladeó las pupilas hacia la izquierda, meditando la respuesta.

- Yo diría que sí- concluyó al cabo.

Leo sonrió, y ella le devolvió la sonrisa, sosteniendo su mirada durante dos breves segundos. Después ambos agacharon la cabeza, nerviosos y sin saber qué decir, hasta que finalmente,

Leo la levantó de nuevo y carraspeó antes de hablar.

- Necesito pedirte otro favor.

Elena alzó la vista como un resorte.

- Claro- se apresuró a responder.

El joven sacó la mano derecha del bolsillo de su pantalón y le ofreció un pequeño objeto que Elena no reconoció hasta que no lo tuvo en la palma de la suya.

- Es una copia de la llave de mi furgoneta. Necesito que alguien me la guarde. No lo recuerdo muy bien,- se rascó la cabeza- pero algo me dice que era de los que perdían las cosas con frecuencia.

- Es genético. A los hombres os viene de serie- aclaró Elena mientras guardaba la llave en el bolsillo de su delantal.

- ¿Es serio?- la miró con fingida sorpresa- Bueno, pues mal de muchos, consuelo de tontos...

Elena abrió súbitamente los ojos y después estalló en una simpática y estridente carcajada.

- Hazte un favor y sal con gente de tu edad- le aconsejó divertida.

Leo sonrió y la miró en silencio durante un prolongado instante.

- Buena idea... ¿Cuántos años tienes?- preguntó mostrando una traviesa sonrisa y señalándola con la barbilla.

No pudo responder. Su mente se llenó repentinamente de algo parecido al plumón con el que se rellenan los edredones, y su rostro se tiñó de un fosforescente color púrpura que traspasó sus orejas hasta alcanzar la nuca. Elena agachó la cabeza, tratando inútilmente de ocultar tamaño panorama mientras Leo no podía evitar morderse disimuladamente el labio inferior. Unos segundos más tarde, y tras reunir las fuerzas necesarias para conseguir hablar sin hacer el ridículo, Elena logró levantar de nuevo la cabeza, aún con el rubor en sus mejillas y habló.

- ¿Has almorzado?

Leo la miraba fijamente, como si no pudiese evitarlo, como si algo quisiera

atarle irremediablemente a aquella mujer. Lentamente negó con la cabeza, y Elena sonrió.

Almorzaron juntos. Con Ismael y Gigante, por supuesto. Era lo menos que podía hacer por él, por quien tan amablemente y sin dudarlo, había accedido a cuidar de su adorado perro. Él, que tantas veces había ayudado a sus ancianos vecinos a subir la compra y que ahora aceptaba pintar la desconchada escalera de su decrepita finca, sin aceptar un sólo euro a cambio. El hombre que la miraba como si supiese de su existencia incluso antes de que ella hubiese nacido, que le entregaba la llave de su única posesión sin apenas conocerla. Aquel que parecía sentirla como si nadie nunca lo hubiese hecho antes, como si nada en el mundo fuese tan importante como ella... como si ella fuese el único sitio del universo hacia donde quisiera mirar.

Era a Paula a quien perseguían los mininos. Lo supo quince minutos después de salir del trabajo, cuando, a punto de tocar el timbre del piso de Carmen, giró el cuello instintivamente para buscar a Leo.

Allí estaban. Sentados del mismo modo de siempre, justo delante de la farola más cercana al portal. La miraban con desdén y de aquella manera que ponía los pelos de punta, cada vez un poco más. A Elena le entraron ganas de reunir un puñado de piedras y entretenerse jugando a hacer diana con ellos. Dispararía directamente al morro negro del gato blanco, y continuaría hasta no dejar ni uno sólo con su pedante cabeza sobre los hombros.

Trató de ignorarlos, devolviéndoles la misma mirada de desprecio que recibía de su parte. Después se dio la vuelta con excedida arrogancia y aguardó impacientemente y con la cabeza bien alta a que Carmen se dignase a abrir la puerta. Cuando al fin lo hizo, Elena entró en la portería sin volver la vista atrás, y los cuatro felinos permanecieron en el mismo sitio e idéntica posición, sin apenas pestañear, como si ni tan siquiera hubiesen reparado en ella.

Carmen fumaba un cigarro y Elena se tomaba un café bien cargado. Si la noche iba bien, la cosa se alargaría hasta más tarde de lo que debería. Lo normal hubiese sido quedar el viernes. Haber esperado tan sólo un día más para no tener que preocuparse por el día siguiente. Pero todo el asunto de Leo había puesto nervioso a Alex y no le pareció prudente demorar su encuentro. De todas formas, pocas eran las noches que lograba descansar sin que sus recuerdos o su desalmada y vigorosa conciencia perforasen sus entrañas con soberbia eficiencia.

Puestos a no dormir, mejor hacerlo junto a él.

- Tarde o temprano tendremos que llevarlo. No entiendo a qué esperas- Carmen dio una calada a su cigarro y expulsó lentamente el humo- No tiene por

qué ser peligroso.

- No tengo miedo.

- ¿Entonces?

- No sé...- Elena se revolvió en su silla- Siento como si le arrancase a mi hija una parte de su cuerpo.

- Es un libro, Leni. Sólo queremos pedir una opinión.

- ¿Por qué crees que esa vidente sabrá de qué se trata?

- No lo creo.

- ¿Entonces?

- Me han dicho que es muy buena.

Elena miró a su amiga como si no la viese y habló.

- Ya hablaremos.

- Eso ya me lo has dicho –protestó Carmen.

- Ah, ¿sí?

- Sí.

- ¿Cuándo?

- Ya sabes cuándo.

- Será que pienso lo mismo que la vez anterior.

- ¿Te refieres a eso de que le estás cogiendo cariño a un trozo de árbol triturado, aplastado y encuadernado?

- No hables así de él- bromeó Elena.

Carmen miró a su amiga de reojo y con una expresión de fastidio en su rostro. Dio una calada a su cigarro y lo aplastó en el cenicero, antes de levantarse de la silla y apuntar con el dedo índice hacia Elena.

- Se quedará a dormir aquí.

- Supongo que volveré tarde.

- Perfecto. Voy a hacer las hamburguesas. Tú deberías arreglarte un poco- se encaminó hacia el interior de la vivienda-A ver si tenemos suerte y te mete mano de una vez por todas, este pobre hombre.

Elena quiso protestar. Decirle que “este pobre hombre” le había tocado el culo en más de una ocasión, pero Carmen ya iba por mitad del salón y pensó que tal vez no fuese a eso a lo que se estuviese refiriendo. Así que cerró la boca y fue tras ella.

La noche la saludó con desgana. O puede que con ganas de fastidiar, pues premiaba con gélidos tortazos a todo aquel que osaba sacar la cabeza fuera de su hogar para sumergirla en aquella fría oscuridad. Se abrazó con fuerza bajo la cazadora cuando la puerta del edificio de Carmen se cerró a su espalda. Disimuladamente, se aproximó hasta la comparsa de gatos que formaba lo que parecía un infranqueable grupito de inseparables camaradas y zapateó el suelo

junto a ellos, como si el espíritu de una bailaora de flamenco la hubiese poseído de repente. Los mininos corrieron despavoridos, rompiendo filas en todas direcciones. Elena sabía que pronto regresarían a su posición de latosos guardianes. Pero le dio la gana fastidiarles el plan, si es que alguno tenían, aunque fuese un poco.

Al otro lado de la calle, apoyado sobre la puerta de su coche, Alex se echó a reír al observar la escena. Elena le miró y sonrió con malicia, arrugando exageradamente la nariz.

- ¿No te gustan los gatos? - preguntó mientras la veía acercarse.

- Esos no- aclaró ella.

Cuando le alcanzó, Alex extendió los brazos y Elena se acurrucó bajo su cálido abrazo. La besó en la frente, la punta de la nariz y se recreó en la suavidad de sus labios. Después la agarró por la cintura, atrapando sus brazos, y desplazó hacia atrás la barbilla para poder mirarla a los ojos. Elena sonreía cariñosamente.

- ¿Japonés? - preguntó, burlón.

Elena respondió poniendo los ojos en blanco y sacando la lengua hacia un lado.

- Entendido- concluyó Alex.

Eran más de las nueve y media cuando Rafa regresó a casa aquella noche. La noche en que las cosas empezaron a complicarse de verdad. Claro que de eso uno no se da cuenta hasta que no pasa. Porque las cosas no sucederían de verlas venir. Al menos no las malas, y puede que tampoco las buenas. Porque las buenas, a veces parecen malas cuando se contemplan desde la lejanía, y las malas se confunden con las buenas desde esa misma distancia. Al final siempre es mejor dejarlas que vengan cómo y por donde quieran venir, pues nadie tiene poder para cambiarlas. Otra de aquellas verdades universales, sólo que ésta, tal vez...

Se quitó la chaqueta y la colgó en la percha de la entrada. Arrojó las llaves en el interior del cestito de mimbre que presidía el mueblecito del recibidor y caminó en dirección a la cocina. Mientras se aproximaba pudo distinguir sus voces. Carmen y Paula charlaban sobre algún tema relacionado con la comida. No pudo escuchar la voz de su hija y cuando abrió la puerta comprendió de inmediato el motivo de su silencio.

Las niñas cenaban sentadas junto a Carmen en una pequeña mesa de madera redonda, situada frente a la ventana. Al verle, Paula saltó de la silla y corrió como un meteoro a los brazos de su tío. Valeria sin embargo, no pudo. Su cuerpecito, inclinado y apoyado sobre la mesa, como si alguien la hubiese dejado caer encima de ella, sudaba enfebrecido. Rafa cogió a Paula en brazos y la besó

cariñosamente mientras se apresuraba junto a su hija. Se sentó en la silla que acababa de quedar vacía y se estiró para besar a Carmen. Con Paula en su regazo, alargó el brazo y acarició la cabeza de Valeria.

- Tiene fiebre y no queda medicamento- expuso Carmen a su marido.

- Y ¿por qué no me has llamado?- le reprochó éste.

- Lo he hecho. No tienes batería.

Rafa la miró sorprendido y buscó el teléfono en su bolsillo, lo sacó y comprobó que estaba apagado. De inmediato se levantó y sentó a Paula de nuevo en la silla. Acto seguido se inclinó y besó la frente de su hija.

- Voy a buscar una farmacia de guardia.

- ¡Yo te acompaño!- exclamó la pequeña al tiempo que saltaba de su asiento.

- De eso nada- Carmen se opuso apresuradamente- Es muy tarde y hace frío.

De inmediato la niña juntó las diminutas palmas de sus manos en un gesto de extrema súplica y compuso una de esas quejumbrosas muecas que ellos mismos diseñan y que resultan infalibles a los ojos de sus progenitores, aunque ellos lo intenten.

- Por fi, tía Carmen- rogó encarecidamente.

- La tía tiene razón, pequeñaja. Es mejor que te quedes aquí- Rafa acarició su pelo y caminó sin demora hacia la salida.

Pero Paula no se dio por vencida, ni mucho menos. En su lugar corrió tras él y se plantó delante, cortándole el paso. Rafa se detuvo y puso los brazos en jarras mientras la miraba sin saber muy bien qué hacer. La pequeña detectó claros signos de debilidad en su oponente y aprovechó el momento para hacerse con el triunfo, abrazándose a sus piernas y suplicando de nuevo, esta vez con más intensidad.

- Déjame ir contigo, tío Rafa- sollozó- Prometo no tener frío.

Rafa apretó los labios y suspiró. Lo último que le apetecía era marcharse escuchando el penetrante sonido de su llanto taladrando conciencia y membranas auditivas a partes iguales.

- Coge la chaqueta, anda- concedió finalmente- ¡Y una bufanda!- añadió cuando la niña salió disparada en dirección a la salida.

Carmen no protestó. No solía hacerlo cuando su marido tomaba ciertas decisiones con respecto a las niñas y sabía que con nadie estarían jamás tan seguras como lo estaban cuando era él quien se responsabilizaba de ellas. Por lo que se limitó a permanecer junto a su hija mientras Rafa y Paula abandonaban juntos el dúplex. La cogió en brazos y la llevó consigo hasta el sofá para sentarla sobre su regazo.

- Papá traerá un jarabe que te curará- le susurró al tiempo que besaba su frente con suma ternura.

Valeria sollozó aturdida y se apretó contra su pecho.

Rafa caminaba tan rápido como le permitían las menudas piernas de su acompañante, que más parecían volar que andar a su lado. Se dirigían al coche. Conducirían hasta la farmacia más cercana y una vez allí averiguarían cuál de ellas estaba de guardia aquella noche. Con suerte sería esa y regresarían a casa antes de lo previsto. De no ser así, en la misma puerta colgaría el cartel con el nombre y la dirección de su objetivo.

Intentaba no preocuparse demasiado, y lo conseguía analizando los hechos. Porque ni siquiera se le había ocurrido preguntar cuánta fiebre tenía su hija y ahora esa misma pregunta andaba revoloteando de aquí para allá entre sus pensamientos. Pero si la pequeña tuviese mucha, Carmen habría pedido ir directamente al hospital. Ni había sido así, ni la había visto nerviosa. Simplemente molesta por no ser ella la dueña de aquella subida de temperatura. Lo normal de cualquier madre, por lo que no le quedó más remedio que tranquilizarse.

A su lado Paula parloteaba sin cesar, deteniéndose únicamente para respirar de forma atropellada y cada vez más a menudo, pues sus cortitas piernas debían mantener el ritmo que le marcaban las grandes zancadas de su tío. Su minúscula nariz se mostraba colorada por el frío y de su boca salían constantes nubes de vaho. Pero había prometido no tener frío, y antes se dejaría amputar uno a uno los dedos de los pies, que romper su promesa. Rafa, como siempre que hablaba con ellas, aparentaba estar sumamente interesado en el tema. Fuera el que fuese. Por ejemplo, la fantástica historia de unos mininos acosadores que en ese momento se forjaba en la imaginación de Paula.

- Y ¿todos esos gatos son tus amigos?- preguntaba como si nada fuese tan importante.

- ¡Sí!- afirmó la pequeña. Luego respiró y continuó- Creo que quieren que les ponga un nombre.

- Por supuesto. Los gatos también tienen derecho a tener un nombre.

- Pero es que éstos no son gatos de las personas. Estos son gatos de la calle.

- Tal vez ahora quieran ser tuyos- sugirió Rafa.

- No son míos. Son guardianes.

- ¿Guardianes de qué? - preguntó él, inclinando momentáneamente la cabeza hacia la derecha y observándola con, esta vez, una leve punzada de curiosidad.

- De Diana- respondió con asombrosa tranquilidad. Rafa abrió los ojos.

- ¿De quién?
- Di- a- na- repitió la niña.
- ¿Esa quién es?- insistió su tío.
- Aún no lo sé- contestó encogiéndose de hombros.
- Y ¿quién te lo dirá? ¿Tus amigos los gatos?- su curiosidad aumentaba gradualmente.
- Ya lo sabes- concluyó la pequeña.
Rafa se detuvo repentinamente.
- ¿¿Yo??- preguntó confuso, reanudando el paso un segundo más tarde.
La pequeña ignoró a su tío y giró la cabeza súbitamente, como si acabase de escuchar algo desde algún hueco entre la fila de solitarios coches que dormitaban a su derecha. Entonces apretó con fuerza su mano y habló con evidentes síntomas de alarma en su tono de voz.
- Tenemos que correr más, tío Rafa- le apremió.
- No te preocupes, peque- trató de tranquilizarla- Valeria está bien, la tía Carmen cuida de ella.
- Ya lo sé- respondió al tiempo que estiraba de su brazo incitándole a acelerar el paso – Pero es que viene un hombre malo. Tenemos que correr.

Rafa frunció de repente el ceño y observó un poco pasmado a su sobrina. Acto seguido alzó la vista y miró en todas direcciones, en busca de cualquiera. No había nadie. La calle por la que caminaban no era de las transitadas, siendo normal, mucho más a esas horas, que no se distinguiese ni un alma desde un extremo hasta el opuesto.

- No te asustes, pequeñaja. Aquí no hay ningún hombre malo- estrechó su diminuta mano transmitiéndole confianza- Además- añadió-, yo soy muy fuerte- bromeó apretando el puño de la mano que le quedaba libre y alzándolo delante de la niña.

Pero la pequeña no pareció tener ganas de broma.

- No, tío- insistió con vehemencia- Hay un hombre malo.

Rafa se detuvo de nuevo, esta vez ligeramente mosqueado y estiró con prudencia de su brazo hasta situarla frente a él. Lo que vio no le gustó lo más mínimo, pues Paula mostraba claros indicios de auténtica preocupación. No lloraba ni parecía estar a punto de hacerlo, como sucedería con cualquier niña de su edad que estuviese tan asustada como aparentaba. Por el contrario, su expresión mostraba la misma tribulación que exhibiría un adulto de encontrarse en su situación. Y francamente, verla así le puso los pelos un poco de punta.

- ¿Dónde está ese hombre malo?- preguntó con cierto recelo.

- No lo sé- confesó ella.

- Entonces, ¿por qué dices eso?
- Me lo están diciendo.
- ¿Quién?- inquirió, frunciendo el ceño.
- Los gatos.
- ¿Qué gatos?- demasiada fantasía. Rafa arrugó todavía más el gesto.
- Esos.

Paula volvió la cabeza y señaló con la barbilla en dirección a su espalda, sin solar la mano de su tío.

Efectivamente, detrás de ella y a una prudente distancia, Rafa pudo distinguir las siluetas de cuatro gatos moviéndose de un lado a otro de la calle, aparentemente inquietos y sin avanzar en dirección alguna. Sólo movimientos en zigzag y en el mismo punto. Al tiempo emitían extraños sonidos guturales y amenazantes, parecidos al quejido de un niño. Lo que fuese que veían, que olfateaban o que presentían, les asustaba o les enfadaba demasiado. Rafa agarró a la niña y la atrajo hacia sí, impulsado por una inquietante sensación de desconfianza. Desde el principio supo que alrededor de la pequeña sucedían cosas extrañas, dignas merecedoras de perder el tiempo necesario en su estudio. Pero Elena y su mujer no le habían dado la importancia que según él, aquel extraño libro se merecía, y ahora daba igual si se había llegado al punto en el que ya no importaba o era demasiado tarde para averiguarlo. En ese instante, lo verdaderamente importante, fue la certeza que de súbito le invadió por dentro, del mismo modo que el agua penetra imparable e inexorablemente a través de la repentina grieta. La certeza de lo incierto. Estaba ocurriendo algo y, fuera lo que fuese, no era ni normal, ni verosímil, ni lógico.

Así es que, sin perder ni un segundo más en averiguar qué demonios sucedía con aquella siniestra cuadrilla de felinos que parecían querer comunicarse por medio de espantosos gemidos, agarró a la pequeña en volandas y la cogió en brazos con la intención de alejarla cuanto antes de allí. Una vez la tuvo consigo, giró en redondo y se dispuso a acelerar al máximo sus pasos en dirección al coche.

Pero ni tan sólo uno logró avanzar.

En vez de eso, permaneció completamente inmóvil, con los ojos abiertos y casi desorbitados, apretando el cuerpecito de Paula entre sus brazos como si quisiera esconderlo en algún rincón de su pecho. Miró al frente y sin apenas atreverse a mover un músculo, tragó saliva.

Allí estaba, a menos de un metro de distancia de ellos...el hombre malo.

Retrocedió un paso, con la pequeña abrazada fuertemente a su cuello, mientras a lo lejos podía oír el quejumbroso llanto de los gatos, aumentando el volumen de tan espeluznante sonido. Asustada, Paula los miraba como si

esperase algo de ellos, y Rafa no fue capaz de pensar con claridad. De haber podido hacerlo, tal vez habría tratado de averiguar por qué los gatos no se atrevían a acercarse más. Por qué parecían temerosos de cruzar alguna especie de línea imaginaria. Un límite. De qué o de quién, hubiese sido una buena pregunta. O por qué no se iban de allí, por qué emitían aquellos sonidos y cómo eran capaces de identificar lo que estaban viendo como lo que realmente era. Ahora todo aquello no importaba. O puede que importase demasiado, sólo que fue demasiado tarde.

- Deja que la niña se vaya- habló, tratando de parecer tranquilo.

El desconocido, que acababa de aparecer de la nada y de repente frente a él, temblaba como un niño asustado. Como un drogadicto en pleno síndrome de abstinencia, como un loco que acabase de sufrir un ataque de demencia. Entre sus manos, aferrada como si soltarla significase el principio del fin del mundo, sostenía una pistola que apuntaba directamente a la cabeza de Rafa.

Un hombre no mucho mayor que él, aparentemente normal, vestido con unos vaqueros, una cazadora del mismo tejido y un jersey oscuro de punto asomando bajo el cuello de la misma. Pelo castaño y corto, barba de tres días. Limpio. Tal vez no durante ese día, pero desde luego no aparentaba llevar mucho tiempo sin afeitarse. Alguien que tenía la misma apariencia de ladrón, que de vagabundo o toxicómano. Exactamente ninguna.

Con las manos temblorosas como la leche al punto de ebullición, movió el extremo del cañón con un golpe seco en dirección a su izquierda y habló con un hilo de voz.

- Al callejón- ordenó.

Rafa obedeció y caminó lentamente donde le señalaba.

- Deja que se vaya- insistió- Sólo es una cría.

El joven ni siquiera respondió. Y probablemente de nada hubiese servido acceder a su petición, pues la pequeña se aferraba con tanta fuerza al cuello de su tío que dudosamente hubiese logrado dar un paso sin él. Sin ella lo hubiese intentado, haría tiempo aprendiendo a conocer al enemigo y sus posibles reacciones. Pero aquel tipo estaba demasiado nervioso y la niña demasiado asustada. Imposible arriesgarse sin que ella corriese un grave peligro.

Los niños les siguieron hasta ese punto, tal vez cinco o seis metros por detrás de ellos, a partir del cual dejaban de avanzar y de nuevo se movían en zigzag, aterrorizados, enojados o ambas cosas a la vez.

El callejón, atestado de porquería en todas sus formas y volúmenes, más bien parecía un vertedero improvisado en mitad de la solitaria vía. Estrecho, oscuro, repleto de cualquier cosa que hiciese las veces de inmundicia y flanqueado por tres paredes, dos de las cuales pertenecían a lo que a simple vista

aparentaba ser un edificio abandonado. La tercera la conformaba un muro que lo separaba de un viejo solar en obras. Al fondo y sobre la pared izquierda, una farola encajada sobre la estructura de la finca parpadeaba desacompañadamente, como un moribundo ansiando aferrarse desesperadamente a la vida. La imagen era de película. Rafa rezó para que la dueña del pequeño cuerpo que sujetaba entre sus brazos, mantuviese los ojos cerrados en todo momento.

Caminaron como si lo hiciesen por el interior de un gigantesco contenedor hasta situarse a escasos metros de la agonizante farola. Una vez allí, Rafa se dio la vuelta con Paula enganchada a su pecho, como si de un parásito se tratase y miró de frente a su verdugo, que continuaba encañonándole con manos temblorosas. De inmediato se arrepintió de haber permitido que la niña le acompañase. Aquel nudo de nervios hubiese sido fácil de aplacar, pero ahora sólo le quedaba lamentarse o intentar algo con lo único de lo que disponía, su imaginación.

- Dime qué es lo que quieres y te prometo que lo arreglaremos.

- Lo único que quiero es que te mueras, hijo de puta- el hombre habló apretando los dientes. Parecía estar a punto de llorar.

- Muy bien- Rafa sintió su pulso acelerando todavía más en el interior de sus venas y de nuevo tragó saliva- Déjame que te pregunte si esto también va con la niña que tengo en los brazos.

El desconocido agachó la cabeza durante un segundo y cerró los ojos antes de volver a mirarle de nuevo y de frente. La expresión de su cara era una perfecta máscara, rígida como el hielo y pintada de odio, perfecta y minuciosamente. Apretaba los dientes como si quisiera hacerlos estallar en el interior de su boca.

- Tenías que tenerla...- susurró entre dientes.

- No, no tenía que tenerla- insistió Rafa- Ella sabe volver a casa. Ni siquiera te ha visto la cara.

- Joder... ¡Sólo quiero que mueras tú!- dio un paso atrás y dejó caer la mano que sostenía la pistola.

Rafa estuvo a punto de suspirar aliviado, cuando el hombre la alzó de súbito, encañonándole de nuevo. Se aproximó hasta casi tocar su frente con el arma y retrocedió una vez más. Se movía con desesperación de un lado a otro y se pellizcaba el puente de la nariz con la mano que le quedaba libre.

- Siempre bajas solo...- susurró para sí y acto seguido acercó nuevamente la punta del cañón hasta casi tocar su frente. Rafa cerró los ojos- ¡¡¡Siempre bajas solo!!!- gritó desmoralizado.

Rafa quiso hablar. Quiso intentar suplicar una vez más por la vida de Paula. Ofrecerle cualquier cosa. Apelar al sentimiento que asomaba a través del

inmenso odio con el que aquel hombre le miraba. Y lo intentó. Por el cielo que lo hizo. Pero el hombre “malo” se adelantó, y sin concederle ni un instante más para ejercer su legítimo derecho a un último ruego, se aproximó de nuevo hasta él, acercó el cañón a su cabeza y le habló.

- Carmen no es tuya.

Rafa le miró atónito durante una fracción de segundo. El que necesitó para comprenderlo todo. Lentamente cerró los ojos y pensó en ella. En la mujer de su vida, aquella por la que tantas veces hubiese muerto sin pensarlo.

Y el atronador sonido de un disparo atravesó la fría noche, en el mismo instante en el que todo se volvió negro.

35. LA ALCANTARILLA

Resulta curioso cómo, en demasiadas ocasiones, los detalles más relevantes de la vida son los mismos que tienden a pasar totalmente desapercibidos. Bastante lógico y por otra parte relativamente comprensible, si uno se detiene a estudiarlo desde la sencilla perspectiva de la sensatez.

Ejemplos hay para aburrir. Pero eso es exactamente lo que nadie quiere, mucho menos llegados al punto en el que nos encontramos. Y es precisamente en este mismo punto, y con el permiso de quien ha tenido a bien sumergirse en el aparentemente extravagante divagar de esta curiosa historia, cuando me permito la licencia de hacer un breve inciso, para aclarar lo que ya aclaré en un principio, y sobre lo que creo, debo insistir.

Dije, y cito textualmente: *Yo, el humilde servidor que la cuenta, garantizo tanto su autenticidad como la ausencia de agravio por mi parte, en caso de no creer.* Y acto seguido añadí: *Porque no puedo sentirlo.* Este último apunte es irrelevante. La mera apetencia de plantarle al párrafo una decorativa guinda.

Queda pues dicho, que cuanto hasta aquí he narrado ha sido siempre la más pura verdad, y añadido a modo de casta advertencia que cuanto a partir de aquí continuaré narrando, seguirá siendo tan cierto como todo lo anterior, y que la verdad, a menudo, puede resultar difícil de creer. Dicho lo cual, cierro el paréntesis de mi modesto inciso y procedo a continuar con la historia que este humilde servidor tan gustosamente tuvo el honor de desempolvar.

Y porque a buen seguro, insisto, a nadie le apetece aburrirse con tediosos ejemplos, nos limitaremos a mostrarlo tal y como sucedió, sirva así de paso a modo de dicho ejemplo.

Ambas lo sintieron. El disparo, por supuesto. Aunque ninguna de las dos logró concederle la importancia que merecía, pues nadie es capaz de ponerle un nombre a esa extraña y repentina sensación que atraviesa fugazmente y de cabo a rabo la columna vertebral, dejando a su paso algo parecido a una angustiosa estela que rasga, de camino hacia el exterior, la senda por donde pasa. Sin más, sin aviso y sin motivo aparente. Simplemente se siente y durante un breve espacio de tiempo, uno se dedica a preguntarse el porqué o el de dónde. ¿Un repentino recuerdo que el mal funcionamiento de algún cable ha colocado donde no debía? ¿Un presentimiento? ¿Un presentimiento malo? ¿Tal vez bueno? En fin, de cualquier manera, sea lo que sea, cuando guste aparecerá. Un claro ejemplo de uno de esos detalles relevantes que pasó desapercibido.

Carmen dormitaba con la cabeza apoyada contra el respaldo del sofá y la mano derecha sobre la frente de Valeria. La pequeña, con las mejillas coloradas

por la fiebre, respiraba tranquila y profundamente abrazada al cuerpo de su madre, cuando ésta abrió los ojos de repente.

No hizo nada. Tal vez se había quedado dormida y uno de esos súbitos e inoportunos espasmos la sacudió por dentro. Entonces giró con cuidado la muñeca y miró la hora. No hacía ni quince minutos que se habían marchado. Suspiró y torció levemente el gesto. No debió permitir que la niña le acompañase, pero ahora ya estaba hecho y sólo quedaba esperar. Pensó en Rafa. En cuánto deseaba que volviesen pronto. Y pensó en el inoportuno nudo de nervios que acababa de formarse entre sus tripas. Entonces respiró profundamente y se concentró en tranquilizarse, en auto convencerse de que aquella sensación de miedo irracional no era más que eso, una sensación de miedo irracional. Y después pensó en lo que todo el mundo piensa siempre que ese mismo miedo acude a tocarle las narices. “A él no puede sucederle nada. Qué tontería.” Después cerró los ojos y muy despacio apoyó de nuevo la cabeza sobre el respaldo del sofá, empujando aquella incómoda sensación hasta esconderla tras una máscara de engañosa serenidad.

Una pizzería. El caprichoso y traicionero destino quiso conducirles aquella noche hasta el lugar donde Carmen y Rafa cenaron juntos por primera vez. La pizzería de la Ermita. Un rústico y acogedor restaurante, tan famoso por su exquisita gastronomía como por el desmesurado precio de la misma. Pero ya se sabe que una vez al año no puede hacernos daño... Benditas frases populares que tan oportunamente acuden a servir de consuelo al consumidor.

Aconsejados por un eficiente y gentil metre, habían escogido para la ocasión un delicioso menú degustación que bien valía su peso en euros. Elena se deleitaba con un excelente queso de cabra con pedigrí, rebozado en pan rallado por algún miembro de la corona real inglesa y aderezado con mermelada de arándanos, recogidos a mano y traídos a la pata coja desde Uzbekistán, todo casero, faltaría más, cuando la misma sensación y en el mismo momento, atravesó su estómago inesperadamente. Dio un respingo y se llevó un extremo de la servilleta a los labios. Terminó de engullir el queso con cierta dificultad y bebió un trago de vino. Alex frunció ligeramente el ceño.

- ¿Ocurre algo?- quiso saber.

Elena negó con la cabeza al tiempo que tragaba el vino y depositaba la copa sobre la mesa.

- Estoy bien- mintió.- Es sólo que... ¿Te importa que llame a Carmen?

- Claro que no- la observó inquisitivamente- ¿Has olvidado algo?- insistió.

- He tenido una extraña corazonada- aclaró finalmente-

Seguro que no es nada, pero no me quedaré tranquila hasta que no lo

compruebe.

- Eres su madre. ¿No crees que serías la primera en enterarte si algo sucediese?

- Depende- puntualizó Elena.

- ¿De qué?- quiso saber Alex.

- De lo que sea que haya sucedido.

- ¿Por ejemplo?

- Un pequeño accidente doméstico. En ese caso nadie me avisaría, porque se supone que no habría motivo para preocuparse.

- Entonces, ¿dónde está el problema?

- No es un problema, es un sentimiento y no lo entenderás hasta que no te toque vivirlo desde el lado de los papás.

- Comprendo- hizo un gesto mostrando la palma de su mano con los dedos unidos- Adelante, quédate tranquila.

Elena se limpió las manos con la servilleta y buscó el teléfono en el interior de su bolso, lo extrajo y lo dejó sobre el mantel.

- A estas horas lo más probable es que Carmen acabe de meterlas en la cama- divagó- Si están a punto de quedarse dormidas y las despierto, tal vez no vuelva a ver el amanecer de un nuevo día.

- Eso suena peligroso...- apuntó él.

- Lo es...mejor le mando un mensaje- sentenció.

Después encendió el teléfono y tecleó. “¿Va todo bien? He sentido un repelús.” Y lo envió. Empujó el aparato hasta situarlo en una esquina del mantel y se sumergió de nuevo en el deleite de aquella maravillosa cena. Menos de un minuto más tarde la respuesta de Carmen hizo vibrar el móvil. “Valeria tiene fiebre.

Paula se ha empeñado en acompañar a Rafa a la farmacia. Todo bien. Ocúpate de disfrutar.”

Por la expresión de su cara, Alex supo que su acompañante se sentía mucho mejor. Y así era. Porque si Paula estaba con Rafa, Elena respiraba tranquila. Como si no hubiese nada en el mundo a lo que su tío no pudiese enfrentarse sin proclamarse vencedor indiscutible. Nada. Por eso guardó de nuevo el teléfono en el bolso y respiró profunda y apaciblemente. Un segundo más tarde le miró a los ojos y sonrió.

- ¿Qué tal tu día?- preguntó- ¿Mucho delincuente suelto?

Alex le devolvió la sonrisa y bebió un trago de vino.

- Los hay para todos los gustos.

- Interesante. ¿Algo que puedas contarme?- preguntó emocionada.

Su interlocutor carraspeó.

- Tal vez al final de la cena- comentó con un cierto matiz de nerviosismo en su voz- En los cafés.

-¿Tan escabroso es?- Elena puso cara de asombro.

- Es que prefiero cenar tranquilo. Ya sabes, disfrutando de una romántica velada contigo...y esas cosas.

- Si omites los detalles espinosos, la velada puede ser emocionante, además de romántica. Suena bien, ¿no crees?-alzó las cejas y compuso un gesto de intriga.

- Algo me dice que no- se limitó a responder y agachó la cabeza.

Elena desplegó los ojos.

- ¿Por qué dices eso?

Alex la miró en silencio, apoyó los cubiertos en el filo de su plato y agarró la copa de vino. La acercó a sus labios y bebió su contenido del tirón y sin apartar la vista de ella. Elena sintió una punzada de inquietud.

- ¿Qué ocurre Alex?- algo no iba bien.

El camarero se aproximó en ese instante, interrumpiendo lo que fuese que Alex se disponía a decir. Retiró los platos que habían quedado vacíos y se marchó en silencio. Elena rellenó su copa y le observó beber de nuevo. Alex tragó y apretó los labios antes de hablar.

- A veces, cuando uno pretende llegar a un sitio, los caminos le conducen en otras direcciones, hacia lugares con los que no había pretendido encontrarse en un principio.

- No te entiendo- confesó ella- ¿Hacia dónde has querido ir?

- He intentado seguir su rastro.

- ¿El rastro de quién?- Elena arrugó la frente y desplazó hacia atrás la barbilla.

- De Lucas- declaró tras un instante.

Elena reaccionó, puntualizando.

- Leo.

Alex la miró confundido.

- ¿No te ha dicho cuál es su verdadero nombre?

- Prefiere que le llamen Leo.

- Ah- acertó a decir al cabo del rato. Elena continuó.

- Y ¿qué es lo que has encontrado?- inquirió con suma intriga.

- A ti- respondió. Después la miró, componiendo una mueca de dolor, como si aguardase una regañina.

De súbito, Elena cambió la expresión de misterio que mostraba su rostro, sustituyéndola por una fría máscara de gélida impassibilidad. Alex reaccionó alzando las manos en señal de rendición.

- Sólo he averiguado de dónde eres- le aseguró- Nada más.
- Explicáte- ordenó impávida y sin un atisbo de amabilidad en su voz.
- He intentado averiguar de dónde ha salido...
- De Burgos- le interrumpió, áspera como un terrón de tierra seca.
- Eso era fácil. Lo pone en su DNI.- carraspeó- Traté de seguir sus huellas, comprobar si en algún momento se cruzaban contigo.

- ¿Y?- le espoleó.
- Hace un año compró dos billetes de autobús y pagó con tarjeta de crédito. Comprobé si tenías algo que ver con el lugar al que se dirigió y la única manera de poder hacerlo fue investigando tus anteriores lugares de residencia. Sólo aparece uno en la base de datos... y coincide con el destino de su billete.

Elena le miró, impertérrita y en silencio, sin saber ahora si continuar enfadada o ametrallarle a preguntas. ¿Qué significaba eso?

- ¿Qué crees que significa eso?- preguntó llena de curiosidad.
- Para mí está demasiado claro- la miró a los ojos.
- Pues para mí no. Si eres tan amable... -las tripas comenzaban a retorcerse en el interior de su barriga.

- Te estaba buscando, Elena. Hace tiempo que te busca.
Elena se dejó caer contra el respaldo de su silla, la vista perdida sobre la superficie del mantel.

- ¿Dónde?- preguntó al cabo del rato.
- Cantabria- fue su sencilla respuesta.
Era correcto. Y no preguntaría si también había averiguado el lugar exacto, aunque sabía que eso no sería tarea difícil para alguien como Alex, que disponía de las herramientas necesarias para poder husmear sin ser visto, en el pasado de las personas. Probablemente lo conocía. Pero eso ella, ni quiso saberlo, ni tampoco pretendía volver a escuchar el nombre de aquel lugar. Había pasado seis años de su vida tratando de olvidarlo, de modo que se dedicó a mirarle a los ojos sin saber muy bien si salir corriendo de allí, cambiar drásticamente de tema o continuar preguntando. Finalmente optó por lo último. ¿A quién quería engañar?

- Podría tratarse de una coincidencia, ¿no crees?- comentó, antes de llevarse un trozo de carne a la boca.

- No- Alex fue tajante en su respuesta y Elena no pudo evitar sorprenderse de nuevo ante semejante convicción.

- ¿Por qué estás tan seguro?
- Por los movimientos de su tarjeta. Ropa, comida y un par de pensiones. Siempre cerca de tu antiguo domicilio.

Elena cerró los ojos y trató de tranquilizarse, pues una horrible sensación de miedo arañaba su espalda de arriba abajo.

- Pero, el año pasado yo ya no estaba allí. Me mudé antes de que Paula naciese- apuntó, inquieta.

- Lo sé. Y él ahora también lo sabe, pero hace un año no lo sabía- le aclaró y continuó- Siguió tu rastro, Elena. Y tu rastro le condujo hasta aquí, pasando por todas las ciudades que desde Cantabria hasta el Mediterráneo...- hizo una breve pausa para mirarla con cautela y añadió- ...tienen algún convento.

Elena palideció. Tanto que tuvo que hacer un gran esfuerzo para conseguir tragar el bocado que masticaba, y cuando lo hizo, sintió que su esófago se había contraído hasta tal punto, que creyó haberse tragado un enorme trozo de cristal en vez de aquel succulento manjar.

- Te dije que sería mejor esperar al postre- confesó Alex, apesadumbrado.

Elena ignoró este último apunte. Necesitaba saber más.

- ¿Qué más has averiguado?- insistió con inquietud, tratando de recobrar de nuevo la normalidad.

- Que llevaba exactamente un mes en Barcelona cuando sufrió el accidente- cogió su copa de vino y la alzó a la altura de sus labios- El resto son conjeturas o percepciones- y bebió un largo trago.

Elena le imitó. Tenía la boca tan seca como el esparto.

- Y ¿cuáles son esas conjeturas?- le miró con una mezcla de miedo y súplica que conmovió a su acompañante.

Alex depositó la copa sobre el mantel y alargó la mano, buscando la suya. La sujetó con fuerza y la acarició. Al cabo continuó sin soltarla.

- No me gusta. Ese hombre busca algo de ti que forma parte de tu pasado. Tal vez podría averiguar qué es...- apretó nuevamente su mano- si me permitieses mirar un poco más allá...

Elena reaccionó bruscamente, arrancando su mano de la de él. Clavó en sus ojos la mirada y le disparó tanto odio en tan poco tiempo, que Alex pudo sentir la violencia implícita de una brusca bofetada.

- No...- apretó los labios con fuerza- no se te ocurra meter las narices en mi vida- le espetó lentamente y con apenas un hilo de voz, como si quisiera escupir veneno con cada una de sus palabras.

Se miraron en silencio durante un incómodo y dilatado instante. Él sin comprender. O tal vez sospechando el motivo de aquel severo e inquebrantable rechazo a un tormentoso pasado. Ella clavando con todas sus fuerzas y en lo más profundo de sus pupilas, la mayor y más cruel de sus amenazas. Hablar no era necesario... pero ella quiso hacerlo, y lo hizo, exactamente del mismo modo que acababa de hacerlo. Tan lento y grave que por un momento dejó de ser ella.

- Te juro que desapareceré de tu vida para siempre, dejaré de existir para ti y tú para mí estarás muerto. No es una amenaza, es una realidad y es absoluta y

terminantemente indiscutible - dictaminó con excesiva severidad. Después apretó los labios y mantuvo su gélida mirada, atravesándole con una furia hasta ahora desconocida para él.

Completamente perplejo, Alex abrió la boca y un segundo después la cerró de nuevo, a falta de palabras con las que rebatir tan tajantes argumentos. Respiró pausadamente, parpadeó un par de veces y bajó la mirada, tratando de escapar de unos ojos que en ese instante parecían carecer de vida.

El hábil camarero acudió junto a ellos justo entonces, como si entre sus funciones se incluyese la capacidad de intuir momentos incómodos. Sonriente y bien dispuesto, retiró un plato vacío y en su lugar depositó una ración de apetitosas vieiras. Entre tanto, Elena tuvo tiempo de reaccionar, de cerrar los ojos, respirar profundamente y arrepentirse de su cruel comportamiento.

Lentamente deslizó la mano por la superficie de la mesa y suavemente y con prudencia, rozó su piel con la punta de los dedos. Alex respondió alzando los suyos y entrelazándolos con los de ella.

- Lo siento- acertó a decir con una media sonrisa, tal vez demasiado forzada.

Alex levantó la vista y la miró. Nunca haría nada que pudiese hacerle daño, independientemente del sentimiento que le atase a ella. Su trabajo era ayudar a la gente. Su corazón no era distinto.

- Soy yo quien lo siente- respondió y acarició su mano con ternura.

Elena respiró de nuevo, mientras aguardaba a que su pulso se estabilizase. Entonces volvió a sentirlo otra vez. Un sabor, tan familiar como lejano en la distancia y en el tiempo. El amargo recuerdo de aquella horrible fuerza que la empujaba a convertirse en eso. En el más espeluznante monstruo que jamás nadie hubiese conocido. Tragó saliva y lo sintió, esta vez con desmedida claridad. Había regresado. Estaba allí, esparcido y diluido uniformemente por el interior de su boca, por entre sus dientes y bajo su lengua. El asco.

La primera sensación tal vez fue la más confusa de todas. Como si acabase de despertar del más profundo sueño que jamás hubiese tenido. Desorientado y sin saber ni dónde, ni cuándo, ni con quién, ni durante cuánto tiempo...ni por qué. Esa extraña sensación de vasto desconcierto, culpable de que uno se dedique durante un buen rato a tratar de averiguar dónde demonios se encuentra. Sólo que en su caso, la confusión atacaba por todos los flancos y arremetía estrujando su cráneo como si una prensa le oprimiese desde la frente hasta la nuca. Su cabeza le pesaba una tonelada y a través del olfato le llegaban señales claras de desagradables pestilencias. ¿Meado, tal vez? No fue capaz de identificarlo. Sí pudo reconocer, en cambio, el frío que entumecía su cuerpo

junto con un extraño regusto a sangre en su boca.

Apretó los ojos y se llevó las manos a la cabeza, agarrándose las sienes como si quisiera impedir una inminente explosión. Identificó su posición en donde quiera que estuviese. Estaba tumbado y no precisamente sobre un mullido colchón. Más bien sobre lo que su dolorido cuerpo reconocía como un montón de trastos mal esparcidos. Y de nuevo frío. Todo a su alrededor parecía estar congelado. Inseguro y desconfiado, abrió lentamente los ojos.

Cuanto le rodeaba resultaba borroso, al menos al principio. Y así continuó después, porque cuando logró distinguir el lugar en el que se encontraba, una certera y amarga sensación le atravesó por dentro. No tenía ni idea de dónde estaba. Aturdido y completamente desconcertado, se sentó, apoyando la espalda sobre la solidez de lo que fuese que había allí. Apretó las manos contra sus ojos y permaneció un largo minuto intentando apaciguar aquel estallido de insoportable dolor que prensaba su cerebro. Después, y de nuevo muy despacio, los abrió y miró a su alrededor. Empezaba a recordar.

Y entonces la vio. Le observaba de pie y muy quieta, rodeada de basura. Sujetaba algo en el interior de su mano derecha y junto a ella, sentados tranquilamente y mirándole como si de un simple trasto más se tratase, cuatro gatos de distintos colores y pelajes frente a él. Sus pequeños cuerpos parecían a punto de ser engullidos por la espesa pestilencia que les rodeaba. Parpadeó unas cuantas veces ignorando a los mininos, sin dejar de mirar a Paula ni por un segundo. Conocía a esa niña y era responsable de ella, de eso estaba seguro. Alzó la mano en su dirección, instándola a que se aproximase. La niña obedeció sin dudarle y se acercó. Agarró la mano que le tendía su tío y se arrodilló frente a él. Rafa la sentó en su regazo y la abrazó. Al cabo agarró su cabeza con cuidado y la apartó para poder ver sus ojos.

- ¿Estás bien?- preguntó cariñosamente.

Paula sonrió de oreja a oreja y asintió exageradamente con la cabeza.

- Antes tenía un poco de miedo, pero ahora ya estoy bien-afirmó tan feliz como si acabase de ganar una enorme piruleta.

Rafa sonrió, tratando de parecer tranquilo.

- ¿Qué ha pasado con el hombre malo?- inquirió con cautela.

- Se fue corriendo- respondió ella en el acto.

El joven la miró confundido.

- Y ¿por qué corría?- quiso saber. La pequeña se encogió de hombros.

- No lo sé, pero tenía mucho miedo- afirmó como si no fuese importante.

Un recuerdo demasiado confuso cruzó repentinamente por su mente. Rafa alzó la mano y se pasó los dedos por la frente. Apenas un segundo más tarde, abrió los ojos de par en par.

- Me disparó...- susurró con la mirada perdida y giró el cuello, buscando encontrarse con la suya. Paula le observaba, inquietantemente imperturbable. No respondió.

- Me pegó un tiro en...- calló antes de terminar la frase. No podía ser cierto. Sin embargo ahora lo recordaba todo con sobrada claridad. Aquel tipo debía ser el dueño de las innumerables cartas de amor que su mujer tanto tiempo llevaba recibiendo, así como de las flores y los ramos. Recordó un dolor tan intenso que resultaba imposible imaginar que pudiese caber en un espacio de tiempo tan breve. Apenas una fracción de segundo y todo el fuego del mundo se concentró dentro de su cráneo para arder intensamente...y luego la nada.

Observó atentamente a la niña, que le miraba serena desde su regazo, y por primera vez desde que la viese nacer, tuvo la firme certeza de que, fuera lo que fuese aquello que la envolvía o que la poseía o que sencillamente le pertenecía, de ninguna manera entraba dentro de nada que pudiese considerarse como algo normal.

- ¿Qué ha pasado, pequeña?- preguntó, con toda la serenidad que consiguió reunir.

- Ya te lo he dicho, tío. Se fue co....

- ¡Paula!- le cortó malhumorado – Deja de inventar historias y cuéntame la verdad- miró la hora en su reloj de muñeca. Las diez y diez. No había estado ni quince minutos dormido...o muerto...o lo que fuese- Te tenía cogida en brazos cuando me disparó- insistió- Pasó algo y quiero saberlo. Haz el favor de obedecerme.

Ante la regañina de su tío, la pequeña reaccionó, esta vez del mismo modo que lo haría cualquier niño de estar en su lugar. Pocas veces le había reñido a lo largo de su corta vida y no tenía pinta de haberle sentado demasiado bien, pues las comisuras de sus labios se contrajeron de repente y comenzaron a temblar al tiempo que sus ojos se inundaron de lágrimas que caían desbocadas por la tersa piel de sus mejillas. De inmediato Rafa se arrepintió de todo y rápidamente la atrajo hacia sí, hundiéndole la cabeza contra su pecho. Paula lloró amargamente y tembló, como si el dique que hasta ese momento le impedía hacerlo, de súbito hubiese estallado en mil pedazos. Lloró desconsoladamente y a todo pulmón, aterrorizada, mientras se abrazaba al cuello de su tío, tan fuerte como sus pequeños brazos le concedieron.

- Vale peque- Rafa acariciaba su cuerpo con ambas manos, tratando de consolarla. Pero la pequeña Paula no parecía tener consuelo, pues continuó sollozando con amargura hasta que, al cabo de casi cinco largos minutos de incesante llanto, comenzó a respirar entrecortadamente y a sorber los mocos. Su pequeña carita se había convertido en un mar de lágrimas. Suficiente como para

darse cuenta de que todo aquello resultaba para ella tan extraño e inaudito como lo había sido para él. Tal vez con unos cuantos años por medio, a modo de diferencia.

Se incorporó, cargando con su cuerpecito entre los brazos y caminó, esquivando a su paso aquel descomunal mejunje hecho a base de trastos y basura, hasta lograr salir de allí. Caminó en dirección a su coche con la pequeña enroscada a su cuello y unos metros antes de alcanzar su objetivo, ésta alargó la mano por detrás del cuello de su tío y abrió el puño que mantenía cerrado desde que Rafa despertase.

Un pequeño objeto del tamaño de una cápsula cayó al suelo, emitiendo un agudo tintineo al rebotar por la superficie, para terminar rodando hasta caer por la alcantarilla más cercana. Rafa no se percató, pues su mente andaba perdida tratando de encontrar algo similar a una explicación mínimamente razonable. Pero si alguien hubiese podido verlo, si alguien hubiese querido acercarse hasta aquella alcantarilla y se hubiese asomado por entre sus sucios y oxidados barrotes, tal vez habría podido ver que el objeto que aquella fría noche se perdió en su interior, no fue otra cosa que una bala.

Una vez dentro del vehículo, y tras asegurar a la niña en su asiento elevador, Rafa llevó la mano derecha hasta el contacto y antes de arrancar, se detuvo un momento. Alzó la vista y echó una ojeada a través del espejo retrovisor interno. La pequeña se peleaba con el cinturón de seguridad, intentando girar su cuerpo para poder mirar hacia atrás.

- Oye, pequeñaja- la llamó.

Paula se sobresaltó, volviendo de inmediato a su posición.

- ¿Qué? - respondió, alzando las cejas y abriendo mucho los ojos.

- De esto ni una palabra a la tía Carmen, ¿de acuerdo?

- Vale- aceptó.

Rafa arrancó el motor y agarró el volante, dispuesto a sacar de allí el coche, cuando la pequeña habló de nuevo.

- Ese hombre no volverá a molestarte, tío- le aseguró y al cabo añadió- Te lo prometo.

Y la curiosa panda de mininos, en esta ocasión no marcharon detrás de Paula. En su lugar, esta vez permanecieron inmóviles en aquel improvisado basurero, envueltos en su característico halo de elegante e inmutable quietud. Tal vez ya se habían cansado de seguirla o puede que aquel fuese su tiempo de descanso. O todo había sido tan sólo un descomunal cúmulo de extrañas casualidades.

...Fuera lo que fuese, los gatos comenzaron a caminar, con una tranquilidad escalofriante, por entre los escombros, hasta sentarse alrededor de algo que

asomaba bajo un montón de trastos. Lo rodearon sin prisa y permanecieron mirándolo fijamente, como si hubiesen tomado la decisión de dedicarse a ello durante el resto de la noche.

Y aquello, que no era otra cosa que un pie enfundado en una zapatilla de deporte, se movió súbitamente, de manera apenas perceptible para cualquiera, salvo para los infalibles ojos de un gato. La pandilla al completo y al unísono, erizaron los pelos del lomo y mostraron sus afilados colmillos, emitiendo a su vez fuertes y espantosos bufidos. Un segundo más tarde se abalanzaban sobre él como auténticas fieras salidas del mismísimo averno.

36. ABURRIDO DE ESPERAR

No logró despegarlo de su cuerpo. Y no lo hizo porque la única forma de conseguirlo pasaba por arrancarse la piel a tiras. Quería volver y ella lo sabía. Y lo sabía porque hasta su carne temblaba por dentro. Temblaba porque sí. Porque cuando el sentimiento de miedo es tan grande, no encuentra un límite donde agarrarse para poder frenar. Carece de muros que lo sostengan, pues ni la más alta de las murallas es capaz de aplacar su monstruosa fuerza. Y entonces llega un punto en el que uno ya no sabe ni cómo, ni dónde se originó ese agujero negro que engulle todo lo demás. Todo aquello que no sea la propia esencia del mismo miedo. Ese que no tiene un principio, ni tampoco un final.

Caminaba sola. No había querido que Alex le acompañase, y para ello había tenido que inventar uno de sus ridículos y tan habituales embustes. Pero a esas alturas eso era algo que había dejado de quitarle el sueño. Amén de la experiencia que había logrado desarrollar a lo largo de los años. Si tan sólo le sirviese para algo...

Se había dejado las llaves en casa de Carmen y mejor quedarse allí a dormir, de manera que mañana ayudaría a su amiga con la tarea de levantarlas y todo lo demás. Aburridísima, como casi todas sus mentiras. Pero Alex la creyó sin mostrar el más leve atisbo de duda, clara señal de la sublime maestría con la que se manejaba en el medio.

De modo que se despidieron en la puerta. Elena abrió con la copia de la llave que hasta la fecha nunca había utilizado y entró en el ascensor, sabiendo que su acompañante no se marcharía hasta que no la viese subir. Así es que pulsó el botón del ático y cuando llegó arriba, bajó de nuevo y se marchó. A pasear bajo el escandaloso silencio de la gélida noche urbanita, que desde lo lejos arrastraba el interminable sonido de la ciudad. Ese eterno zumbido de los coches como una incansable banda sonora con la que siempre se viste.

Necesitaba sentir el frío porque el miedo calcinaba su piel. Por eso caminaba como si pretendiese no detenerse jamás, como anhelando que cada paso fuese el último antes de desaparecer en el vacío de cualquier abismo. Barato o caro, vulgar o elegante, cielo o infierno...daba igual. Lo importante era caer.

Pero no podía hacerlo porque tenía una hija. Alguien que había nacido porque así lo había decidido. Que dependía enteramente de ella, y que la empujaba a chocar de cabeza contra el ineludible compromiso al que decidió atarse en su momento.

Intentó despejar su mente. Deshacerse de los recuerdos que mordían cada

centímetro de sus tripas como perros rabiosos en busca de carroña. “Vamos Elena, no puede ser para tanto.” Trató de animarse inspirando una bocanada de húmedo aire y levantando la barbilla contra el cielo, para expulsarlo después lentamente. “Aquello ya se fue. Ya se fue. Ya se fue...” repetía una y otra vez, intentando creerlo de veras, consciente de que probablemente, eso era algo que jamás sucedería. Porque hay cosas que no se olvidan jamás. Y no lo hacen porque, sencillamente, es imposible. A partir de ahí uno puede darle las vueltas que le dé la gana, mas nunca logrará cambiarlo.

Tenía que intentar aprender a pensar en otras cosas, como lo había estado haciendo hasta aquella noche. Joder. Con qué facilidad había vuelto. La simple mención de su pasado y los recuerdos parecían haber retrocedido de un sólo salto hasta el principio, hasta el punto de salida desde donde todo cuanto sucedió la empujó a salir corriendo sin mirar atrás. Y lo había hecho. Al menos durante un tiempo, y a base de aprender a reunir una y otra vez todas sus fuerzas, había logrado recordarlo todo, como si hubiese sido un sueño. Una pesadilla que jamás se olvida, por mucho tiempo que la vida decida seguir marcando el compás de sus latidos. Hasta el último segundo, ese en que el aliento se detiene para siempre.

Deceleró sus pasos. Se aproximaba con demasiada premura a la esquina que conectaba con su calle y tenía pocas ganas de meterse en casa. La brisa apaciguaba su miedo aunque fuese un poco, y la idea de encerrarse entre cuatro paredes amenazaba con avivar el escozor del pasado. Aquella sensación de asfixiante agobio que tantas veces la había empujado a levantarse de la cama y correr en busca de una ventana, una salida a la superficie donde poder respirar antes de ahogarse para siempre.

Pensó en dar la vuelta y recorrer una vez más el paseo, cuando faltaban apenas unos metros para alcanzar la esquina. Pero el tiempo que empleó en dudar le sirvió para llegar. Y entonces, cuando estaba a punto de volverse y encaminar sus pasos por donde había venido, una silueta familiar se dibujó a lo lejos, provocando que Elena detuviese su andar súbitamente.

La borrosa forma de su cuerpo pachón se detuvo en el mismo instante en que la brisa corrió a llevarle la noticia de su presencia. Alzó la cabeza olisqueando el aire y estornudó. El sonido atravesó la noche como un pequeño estruendo y al cabo comenzó a trotar torpemente en su dirección. Elena no pudo evitar sonreír. Gigante era una de esas insignificantes migajas que la vida deja caer por descuido con el fin de hacerlo todo un poco más llevadero, o simplemente para engañar a la víctima y enjaularla para siempre en su hedionda ratonera.

A Leo lo vio después. Tardó un poco más en percatarse de su presencia,

porque él mismo se demoró en aparecer, o porque no quería verle. En cualquier caso, finalmente le vio, caminado unos metros por detrás del animal con aquella bonita sonrisa de niño bueno que siempre le acompañaba. Él también mentía. Ahora ella lo sabía y se enojaba consigo misma por no haber sabido reconocer a aquel espécimen de su misma calaña.

Dejó de sonreír. Leo se percató al aproximarse hasta esa distancia en la que ya podía distinguir su rostro.

Elena acariciaba a Gigante con semblante serio. Había dejado de mirarle, probablemente desde que le vio aparecer tras él. Entonces se puso un poco nervioso. Se aproximó hasta situarse a dos escasos metros de ella y la saludó con cierto reparo.

- ¿Qué tal?- habló tímidamente.

Elena levantó la vista y le miró con gesto grave. Se le habían acabado las ganas de seguir aguantando rollos raros. Se había quedado sin fuerzas para continuar caminando sobre el resquebrajadizo hielo de las mentiras, y desde luego no pensaba aguantar también las ajenas. A ese hombre no le debía ninguna clase de compostura, ni nada que tuviese que fingir para no hacerle sentir mal. Y pretender empeñarse en soportar un poco más, se le antojaba un precio demasiado caro a pagar. Así es que, durante apenas un par de segundos, fingió que intentaría no entrar allí. Pero el hielo se rompió bajo sus pies y cayó, hundiéndose por completo en el oscuro abismo de la indiferencia que nace pegada al odio, como el musgo a la rugosa piel de la inquebrantable roca. Vistió su rostro con una máscara de completa repugnancia y habló.

- Mentiroso- le escupió, señalándole con un gesto seco de cabeza.

El aludido se quedó mudo de repente, y durante un largo instante, sólo pudo parpadear al sentir un dolor punzante en el abdomen. Su rostro se contrajo involuntariamente por el daño implícito que aquella solitaria palabra traía consigo, y necesitó un prolongado minuto para lograr componer un simple vocablo.

- ¿Perdón?- musitó, aturdido.

Elena dejó de mirarle y centró su atención en Gigante. Fue a él a quién se dirigió, pretendiendo dejar claro algo así como que Leo había dejado de existir para ella.

- Vámonos a casa, Gigante- golpeó su cuello y retomó sus pasos en dirección a casa. El animal se pegó a su costado y caminó junto a ella, tan obediente como siempre había sido, pero girando el cuello para no perder de vista a su nuevo compañero, que respiró entrecortadamente y se rascó la nuca.

- ¿Qué...? - farfulló con apenas un hilo de voz- ¿Qué has querido decir?

- Que Gigante ya no es tuyo- respondió ella, sin mirar atrás.

Leo la observó marchar, con los ojos desorbitados. Apretó los puños y dio un par de zancadas hasta alcanzarla. Elena continuó ignorándole por completo.

- No entiendo- insistió- ¿Te llevas a Gigante porque soy un mentiroso?

Durante poco más de un minuto reinó el silencio, interrumpido sólo por el repiqueteo de los tacones de Elena, que caminaba firme y con la rabia adherida a su rostro, en dirección a su vieja finca. No parecía interesada en responder y Leo tuvo que insistir una vez más.

- Elena- habló con un ligero tono de súplica en su voz- Dime qué es lo que ha sucedido, por favor. Sabes que no puedo mentirte- continuó- No tengo recuerdos para poder hacerlo.

Nada. Ni una sola palabra. Ni tan siquiera un gesto que pudiese interpretarse de cualquier forma. Elena caminó hasta alcanzar el portal y se detuvo a buscar la llave en el interior de su bolso, dándole la espalda y con Gigante de pie a su lado, meneando suave y lánguidamente su larga cola.

No podía dejarla marchar de aquella manera. No podía quedarse así, sin saber qué estaba pasando por su cabeza, sin intentar evitar que la única persona que le importaba en el mundo, le odiase. Porque si ella desaparecía de su vida, ya no le quedaría nada. Si ella dejaba de verle, él ya no tendría un lugar hacia donde quisiera mirar.

Se acercó hasta casi rozar su espalda y le habló por encima del hombro, con el alma tan encogida por el miedo, que hubiese cabido en el puño de un niño.

- No me dejes así. Dime qué es lo que he hecho y te pediré perdón hasta el día en que me muera.

Elena se sobresaltó al sentir la proximidad de su voz y dio un respingo, antes de darse la vuelta bruscamente. Se encaró con él y clavó todo su odio en aquellos tristes ojos. Le apuntó con el dedo índice y habló.

- Me estuviste siguiendo. Si no te acuerdas no es mi problema. Quiero que te vayas de aquí lo antes posible y que te alejes de mí y de mi hija. Vuelve a casa y deja de molestarme.

Entonces Leo lo sintió. El amargo crujido de aquello que se rompe por dentro. Eso que no pertenece al cuerpo y que duele como si un cuchillo lo hubiese atravesado desde el esternón hasta la columna vertebral, bloqueando hasta la respiración. Le estaba echando de su vida. Elena ya no quería verle. A él, que apenas acababa de empezar a vivir, que respiraba aire fresco desde que ella había aceptado su cercanía, que había pasado toda la noche aguardando poder verla para contarle que esa misma tarde había encontrado trabajo en el puerto. Que era genial porque le dejaban llevarse a Gigante y que dentro de un tiempo incluso podría invitarla a una cerveza. Y que mañana mismo la escalera de su finca volvería a parecer nueva. Y que lo haría tantas veces como ella se lo

pidiese, sólo por sentirla cerca.

De repente ella había metido todo aquello en una bolsa de basura y lo había arrojado a lo más hondo de un enorme contenedor, donde se trituraría y desaparecería para siempre. No podía ser. No podía estar sucediendo.

- Está bien- alzó las manos y se alejó un paso. La miró a los ojos, tragó saliva y lo intentó de nuevo- Sólo dime qué es lo que ha pasado y te prometo que haré lo que me pidas- giró la cabeza de un lado a otro, en señal de derrota y la agachó.

Elena habló con desprecio.

- Alex te ha investigado.

Leo alzó la cabeza de golpe y apretó los labios con fuerza. No dijo nada. Elena continuó.

- Hace tiempo que me buscas. Me has estado siguiendo, desde el lugar donde viví antes de venir aquí, hasta la misma puerta de mi actual domicilio- se detuvo a observar su reacción antes de seguir. Leo permanecía impertérrito- Seas quien seas, está claro que no eres bueno para mí, y no quiero tenerte cerca el día en que despiertes sabiendo por qué estás aquí.

Ahora era él quien la miraba con el semblante serio, casi contraído por el odio.

- Alex...- se limitó a decir, alzando las cejas en un gesto casi de burla- Debí imaginarlo.

- Por supuesto que sí- respondió con dureza- Alex se preocupa por mí y sospecha que no eres bueno.

-...Ya- declaró al cabo de unos segundos- Entiendo-agachó de nuevo la cabeza.

- Gigante se queda conmigo. Saca tu moto de aquí lo antes posible y márchate, por favor.

Con la cabeza apuntando al suelo, Leo observó la superficie de la acera durante largo rato, sin saber qué hacer o qué decir. Lo tenía bien claro. Casi tanto como la necesidad que él tenía de ella. Y entonces supo que poco le quedaba por perder a partir de ese instante. Que Elena le olvidaría para siempre y que nunca podría obligarla a sentir ni de lejos algo parecido a lo que él estaba sintiendo. Nadie lo haría. Porque nadie se había encontrado jamás en su lugar para poder comprenderle aunque fuese un poco. La perdía para siempre sin ni siquiera saber cuál era el motivo de aquel sentimiento que se había convertido desde hacía tiempo en pura necesidad. Y la sola idea de plantearse qué sería de él a partir de ahora sin ella, le hacía sentir como un niño pequeño a punto de romper a llorar. A punto de ser abandonado. De perderse para siempre en el abismo de aquella nada que se adueñó de todo el día en que despertó del coma.

Entonces un repentino y titánico nudo de nervios se apoderó de él, y espoleado por esa extraña fuerza que empuja a cualquier animal a matar o morir en el instante de sentirse acorralado, o tal vez por un fugaz arrebatado de locura, se acercó de repente hasta ella, quedando tan cerca que, si Elena se hubiese movido tan sólo un centímetro, sus labios se habrían rozado. La miró directamente a los ojos, destilando miedo y fuego desde el interior de sus pupilas.

Completamente confundida, Elena echó la cabeza hacia atrás, tratando de imponer distancia entre los dos. Pero Leo fue más rápido y antes de que pudiese alejarse más, alzó la mano derecha y aferró su nuca con firmeza, enredando los dedos entre su larga melena y atrayéndola hacia sí. Horrorizada, abrió los ojos cuanto pudo y trató de protestar, una fracción de segundo antes de sentir sus labios apretándose contra su desconcertada boca.

Intentó mantener los ojos abiertos y los labios cerrados, pero lentamente y sin querer, dejó de ser dueña de su cuerpo y de su voluntad. Sus ojos pasaron al blanco antes de cerrarse bajo una suavidad que nunca antes había sentido, y sus labios se abrieron al ritmo que marcaba la boca de Leo. Su olor, su sabor, la cercanía de su cuerpo, la extrema calidez de una lengua que se movía con ella como si lo hubiese estado haciendo toda la vida, como si ambos hubiesen nacido con el único propósito de besarse, la hizo estremecer tanto, que sólo supo dejarse llevar. Sintió cómo su espalda se desplazaba hacia atrás, hasta que la puerta de la finca la detuvo, sometiendo sus cuerpos a la más dulce presión. Hubiese jurado que volaba cuando sintió sus manos abrazándola con tanta fuerza que no le hubiese importado dejar de respirar. Leo la besó con locura, con tanta pasión que no logró escuchar el gemido que surgió de su garganta, como el suave rugido del animal que se mueve únicamente por el más básico de sus instintos. Ella sí lo escuchó, pues su cuerpo reaccionó gimiendo con él, como si le suplicase más.

Y si aquel beso duró uno o treinta minutos, ninguno de los dos lo supo. Porque lo único que pudieron hacer fue seguir besándose, hasta que mucho más tarde, y sólo porque pensó que corría el riesgo de parecer demasiado pesado, luchó con toda su furia y en contra de su propia voluntad, y se despegó de su dulce boca, manteniéndose a un centímetro de su cara y con los ojos cerrados. La besó de nuevo antes de abrirlos. Un beso corto y dulce. Miró sus ojos y volvió a besarla. Dos, tres veces, lenta y dulcemente, sin dejar de mirarla.

Elena apenas podía respirar y mucho menos intentar hablar. Porque ni siquiera había conseguido abrir del todo los ojos, y sólo podía verle difuminado a través de la languidez de sus pestañas, que parecían haberse dejado caer, aturcidas por una calidez que nunca antes habían conocido. Y ahora sí pudo sentirlo. Claro y cristalino como el agua del río más puro, transparente como el cristal de cualquier ventana que no fuese las de su casa. Por primera vez en su

vida, y para su pasmada y extasiada sorpresa, se había excitado. Desde la punta de los dedos de los pies hasta el último pelo de su cabeza.

Intentó hablar. Tenía que decir algo para no parecer una idiota o para no parecerlo tanto. Tal vez aún estaba a tiempo de lograrlo. Abrió los ojos y le miró. Los ojos de Leo la miraban más allá de sus pupilas y brillaban con una luz que le acariciaba por dentro. Desprendía fuego. Besó sus mejillas una y otra vez, como si temiese perderla para siempre. Finalmente cerró los ojos y consiguió balbucear las palabras.

- Estoy con Alex.

En respuesta Leo la abrazó con más fuerza y acercó los labios hasta su oído.

- Que se vaya a la mierda- rugió en un susurro y continuó besando y mordisqueando su cuello.

Le temblaron las piernas. Sin emplear más que un suave empujón, trató en vano de apartarse de aquella cercanía que aturdiría sus sentidos tanto como si estuviese completamente borracha. Y desde algún rincón de su interior, su conciencia, equivocada o no, luchaba por sacarla de allí, proyectando sobre su cabeza la imagen de Alex una y otra vez.

- Leo...- insistió.

- Me muero por ti...- susurraba, anticipándose a sus argumentos.

Desplazó ligeramente hacia atrás la cabeza y acunó su cara con ambas manos, sin apartar su cuerpo de ella.

- Tienes que sentir algo por mí- le suplicó con la mirada-Lo has sentido del mismo modo que yo. Dime que sí.

Elena negó con la cabeza, confundida.

- Tengo que hablar primero con Alex- acertó a decir.

Leo sonrió, cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Al cabo la abrazó de nuevo, apretándola contra su cuerpo, hasta sentir sus corazones.

- He dicho que hablaré con él- aclaró- Nada más.

- Muy bien- respondió Leo acariciando su cuello con los labios- Ahora voy a besarte otra vez.

Elena quiso protestar, decirle que tenían que esperar. Que debería aclararse y aclarar muchas cosas antes. Con Alex, con ella misma y con el propio Leo. Necesitaba confiar en él, averiguar qué había pasado con todo lo que Alex había descubierto acerca de él antes de plantearse otra cosa. Pero aquella noche su cuerpo había decidido desobedecer cualquier mandato racional, y un segundo más tarde ambos se fundían de nuevo en un largo, lento y apasionado beso, dejando a sus cuerpos consumirse de pura pasión.

Entretanto y aburrido de esperar, Gigante rondaba los contenedores de

basura, antigua morada de Leo, olisqueando los distintos desperdicios que yacían junto a ellos y levantando la pata de tanto en tanto para regar cualquier cosa con su inconfundible sello. De vez en cuando se paraba y les observaba, enzarzados en aquel mar de besos. Parpadeaba con su único ojo, meneaba con cierta indecisión el rabo y seguía con lo suyo.

De repente se detuvo. Olfateó el aire y observó estático, el final de la calle hacia la parte opuesta al mar. Caminó unos pasos en aquella dirección y de nuevo se detuvo, alzando la nariz y analizando con la precisión de un sabueso, cuanta información pudiese extraer de la humedad de la noche. Mantuvo la vista al frente, emitiendo un grave y leve gruñido, apenas perceptible, y se encaminó directo hacia lo que fuera que hubiese visto.

Pero aquella desconocida sombra, cuando se supo descubierto, desapareció en un segundo, tras la esquina por donde había aparecido. Corrió hasta su coche y arrancó el motor, perdiéndose entre las calles de la ciudad.

Gigante le observó marchar y cuando por fin le perdió de vista, se dio la vuelta, orinó en la misma esquina por donde aquella misteriosa figura había asomado, y caminó de nuevo hacia el lugar donde sus amigos se amaban de aquella curiosa manera, completamente ajenos a cuanto aquel noble animal acababa de ver.

37. BALDOSAS AMARILLAS

Le despertó la claridad de un nuevo día, deslizándose de puntillas por entre las cortinas de la furgoneta. Cualquiera otro día no la hubiese percibido, ni aunque el mayor de todos los rayos de sol le apuntase directo a los ojos. Pero aquella mañana, y a pesar de que apenas había logrado conciliar el sueño, los abrió sin ninguna clase de esfuerzo ni pereza. Sin embargo no estaba cansado. Más bien todo lo contrario, pues no recordaba haberse sentido tan bien desde... bueno, ya se sabe. Y aunque algo así podría parecer a simple vista demasiado fácil de decir, para quien bien podría considerarse un recién nacido, el agradable cosquilleo que acariciaba la completa superficie de su cuerpo, le garantizaba que aquello era tan nuevo para él como podía serlo para un verdadero recién nacido. Demasiado sencillo. Un sentimiento así no lo hubiese podido anular ningún coma. Dato tan absurdo desde un punto de vista médico, como indiscutible para los ojos de un enamorado.

Y como no podía ser de otra manera, una constante y pegajosa sonrisa despertó junto a él. Se despertó, se frotó los ojos con el dorso de sus manos y durante un breve instante se dedicó a reírse de sí mismo. Después giró la cabeza y observó a Gigante, que movía la cola un poco más impetuoso que la mañana anterior, probablemente porque podía oler la euforia que manaba por todos los poros de su cuerpo.

Ni siquiera eran las siete cuando, de un salto, se levantó del colchón y apoyó los pies descalzos sobre la fría chapa del vehículo.

- ¡Joder! - maldijo al tiempo que retrocedía de nuevo hasta el colchón.

Desde allí buscó su ropa, y con celeridad inaudita, se vistió, estiró las mantas, metió sus enseres de higiene personal en una bolsa, se puso la chaqueta y abandonó la furgoneta por la puerta trasera, sin imaginar ni por un sólo momento que aquella sería, quizás, la última vez que lo haría.

El mismo frío de siempre, anhelando penetrar hasta lo más hondo de su espina dorsal, le dio los buenos días nada más apearse. Saltó varias veces con ambos pies a la vez y se abrochó la chaqueta hasta el cuello. Constantes nubes de vaho surgían de su boca. Gigante, como siempre, orinaba sobre el neumático del primer coche que se encontraba al bajar.

Pasearon por la playa, envueltos en ese silencio de color gris con el que se viste el día a primera hora de la mañana, acompañados por esporádicos corredores solitarios. Desayunó en una cafetería, porque era demasiado temprano para tocar al timbre de Sofía. Aunque probablemente los vecinos ya le estuviesen esperando y a buen seguro Pilar ya habría bajado a buscar el pan.

Pero aquella tarde tal vez cobrase algo de dinero en el puerto y quiso celebrarlo, regalándose a sí mismo el evitarles la molestia de tener que prepararle el desayuno.

No es que fuese el mejor trabajo del mundo, ni tampoco el más seguro, pues se limitaba a personarse cada tarde en el muelle a la espera de que Raúl reclamase un par de brazos extra. Lo que sólo ocurría cuando había exceso de contenedores por descargar. A doce euros la hora, alguna cerveza y buena gente por conocer. Cobraba en el acto y volvía al día siguiente a esperar un nuevo golpe de suerte. De momento le venía que ni pintado pues, valga la redundancia, aún tenía que terminar de pintar la finca de Elena. Y todo apuntaba a que esa misma mañana terminaría, pero ya se encargaría él de olvidar algún rincón para poder verlas un día más y siempre apenas unos segundos, de camino hacia el colegio. Porque cuando uno está enamorado, o cree estarlo, cualquier instante, por pequeño que sea, le sirve para aplacar su sed. Y durante ese fugaz minuto que Elena empleó en saludar al vecindario, eso fue lo que ambos sintieron aquella mañana.

Leo disponía los aparejos para la faena y la cuadrilla al completo se preparaba para suministrarle apoyo emocional. Como siempre, aquello parecía una enorme lata de sardinas vivas y sin aceite. Y como siempre, observar aquel puñado de ancianos conviviendo de un modo tan peculiar, le resultaba entrañablemente divertido.

Emilia y Sofía discutían por el color. O más bien Sofía lo intentaba, pues a su hermana parecía importarles tres pepinos si el blanco que habían escogido para la pared no era lo suficientemente blanco. Se dedicaba a ignorar sus reproches mirando a Leo con los ojos en blanco, cada vez que la pobre Sofía arremetía de nuevo. Pilar troceaba una torta de pasas sobre la escasa superficie de una mesita que ella misma había bajado para la ocasión. Amparo había llenado un par de cubos con agua y Salvadora mojaba el suelo de la escalera para que la pintura no se secase al caer. Y Paco, sentado en el tranco de la entrada, se limitaba a rascar el cuello de Gigante de manera mecánica y con aquella sonrisa que parecía no estar acabada del todo y que delataba a su dueño del grato placer que la presencia de aquel animal le proporcionaba. Y Gigante por supuesto, dejándose mimar y sin nada que objetar.

Mojaba el rodillo por primera vez aquella mañana cuando escuchó la puerta de su piso cerrándose de un portazo. Entonces sintió un pinchazo en el estómago, y durante unos segundos, permaneció completamente inmóvil, siguiendo el sonido de sus pasos al descender por la escalera.

- Ten cuidado, cariño- percibió la voz de Salvadora advirtiéndole a Elena- el

suelo está mojado.

- Buenos días Salvadora- la salud, tratando de pisar lo menos posible.

Al unísono dejaron todos de hacer lo que fuese que estaban haciendo y se volvieron hacia la escalera, en busca de la pequeña Paula. Elena se apresuró a dar explicaciones.

- Paula se quedó a dormir con Valeria- aclaró y tras advertir la desilusión en sus rostros, añadió- Pero esta noche podemos tomar café después de cenar. ¿Qué les parece?

Elena les observaba sin verles, porque su atención se centraba en tratar de esquivar aquellos ojos que sentía clavados a fuego sobre su piel. La profunda y delirante mirada con la que no se atrevía a enfrentarse, porque el mero recuerdo de la noche anterior, hacía arder sus mejillas y aceleraba su pulso tanto que temía volver a sentir aquel temblor en sus piernas.

Descendió las escaleras acalorada como un pollo en el horno, mientras sus vecinas aceptaban con entusiasmo la propuesta de la joven. Paco había vuelto a lo suyo tras comprobar la ausencia de la niña, y como siempre, no le interesaban sus tertulias. Y Leo, con el rodillo empapado en pintura blanca y quieto como el ciego que observa el mundo por vez primera, continuaba con la mirada clavada en ella, casi embobado.

Tuvo que mirarle, aunque fuese por educación. No podía pasar por delante sin ni siquiera saludarle. Por eso levantó la cabeza en el momento en que pasó por su lado y le sonrió tímidamente, tan colorada como la sangre que en ese instante bombeada a toda máquina desde su propio corazón. Cruzaron sus miradas y Leo sonrió de un modo que le hizo arder las orejas.

- Buenos días- susurró apenas cuando pasó por su lado, como si quisiera dejar claro que sólo a ella se dirigía.

Elena agachó la cabeza en el justo instante en que le devolvió el saludo.

- Buenos días- o algo así creyó decir.

Leo ensanchó aquella sonrisa cuanto pudo y la siguió con la mirada, intentando memorizar cada centímetro de su cuerpo. Elena esquivó el cuerpo de Paco y logró salir a la calle sin tropezar. Una vez allí se volvió para despedirse, al tiempo que acariciaba a Gigante.

- ¿Por qué no cenamos juntos? - se adelantó Sofía.

Elena quiso mirarla y de camino se cruzó con sus ojos, que le apuntaban directos, exhibiendo aquellos bonitos hoyuelos y todo el brillo del mundo concentrado en una mirada. Durante un segundo olvidó lo que Sofía le había dicho y por no parecer imbécil, se rascó la sien con el dedo índice. No lo consiguió. Cerró los ojos, alzó las cejas y se concentró antes de abrirlos de nuevo.

- Me parece perfecto. A las nueve estaremos aquí- respondió y abrió la boca para despedirse definitivamente, cuando un comentario de Emilia le impidió hacerlo.

- Leo también puede venir a cenar con nosotros- soltó con su aparente inocencia.

- ¡Claro! - se apresuró Sofía.

- Faltaría más- añadió Pilar- Es lo menos que podemos hacer.

- Eso digo yo- se apuntó Salvadora.

El aludido soltó una simpática carcajada y agachó la cabeza, antes de levantarla de nuevo y mirarla, sin dejar de sonreír.

- Si a Elena no le importa...- respondió, visiblemente divertido.

El grupito de señoras se volvió hacia ella, entusiasmadas y atentas a su respuesta. De repente se hizo el silencio, cuando incluso Paco alzó la vista para mirarla. Elena abrió los ojos y tragó saliva.

- A mí me parece bien- concluyó y remató con una breve despedida- Me voy que llego tarde.

Y se marchó, escuchando a lo lejos las voces de sus vecinas diciéndole adiós, y recobrando el aliento, bajo la gélida brisa de aquella mañana de noviembre, sin imaginar ni por un sólo momento, que aquella sería, quizás, la última vez que lo haría.

Diez y diecisiete de la mañana.

Terminaba de aspirar la alfombra del salón cuando sintió su teléfono vibrar en el bolsillo del delantal. Un inoportuno nudo de nervios se le vino encima al barajar la posibilidad de que aquello fuese un mensaje de Alex. Tenía que hablar con él y no sabía cómo hacerlo, porque nunca había tenido que dejar a ningún hombre antes. Ahora de repente la vida, con esas ganas que siempre tenía de tomarle el pelo, le mandaba dos. Sin explicaciones ni manera de encontrar una lógica a sus repentinas prisas por emparejar aquello que parecía imposible de emparejar.

Llevó el aspirador a la cocina y lo guardó en su armario. Caminó sin prisa hacia el fregadero y se lavó las manos bastante más concienzudamente que de costumbre. Se las secó del mismo modo y tras colgar el trapo en su gancho, no encontró una nueva excusa para demorarlo más. Por lo que respiró profundamente y sacó el aparato de su bolsillo. Lo abrió con una mueca de dolor y un segundo más tarde se relajó.

“Tengo que hablar contigo. Avísame cuando pueda llamarte”

Era un mensaje de Carmen, al que respondió en el acto.

“Cuando gustes”

Apenas un minuto después vibraba de nuevo y en silencio. Lo desplegó y pulsó la tecla verde.

- Yo también tengo que hablar contigo- habló Elena, adelantándose a cualquier formalidad.

- Vale. Pues tú primero- respondió Carmen.

- De eso nada. Eras tú la que querías hablar.

- Vale. No te lo vas a creer...

- Yo ya me lo creo todo.

- Anoche mataron a un tío detrás de mi calle. Lo han encontrado esta mañana unos críos antes de ir al cole.

-No me lo puedo creer.

- Se lo ha contado la mamá de Manuel a Rafa cuando ha llevado a Paula al cole. Yo me he quedado con Valeria, que aún estaba enferma.

- ¿Qué Manuel?

- Manuel, Leni. El hijo de Caridad.

Silencio breve.

- Esa mamá me cae bien.

- Y charra por los codos. Pues bien, dice que estaba lleno de mordiscos y arañazos por todo el cuerpo.

- ¿En serio?

- Te lo juro. Que lo mató alguna clase de animal.

- Qué fuerte...

- Mucho. Y anoche Rafa y Paula pasaron por su lado. Hasta puede que ya estuviese allí cuando fueron a buscar una farmacia.

Elena se estremeció de repente.

- Joder, que mal rollo.

- Pero es que eso no es lo más fuerte.

- ¿¿En serio??- Elena desplegó los ojos todo lo que su piel le permitió y se apoyó en la encimera.

- Bueno, en realidad sí que lo es...

- Qué alivio... ¿Entonces...?

- Pues que Rafa ha vuelto a casa hecho un basilisco y quiere que traigas el libro esta tarde. Insiste en que lo llevemos a la vidente que te dije.

- ¿El libro? ¿Y eso qué tiene que ver?

- No me lo ha querido decir. Pero dice que tiene un mal presentimiento.

- Pero...no entiendo. ¿Acaso relaciona el libro con el hombre muerto?

- Pues yo creo que sí. Y no debería decírtelo porque sé que te pondrás nerviosa, pero él insiste en que no. Dice que Paula está distinta desde que tiene

el libro y que no se quedará tranquilo hasta que no averigüemos de qué se trata. Según él deberíamos haberle dado más importancia desde el principio-hizo una breve pausa y después continuó- Y he de decir que opino lo mismo.

Elena guardó silencio y tras casi un minuto aguardando una respuesta, Carmen habló de nuevo.

-Leni, ¿Me has oído?

- ...Sí.

-Pues dime algo.

- Tengo miedo.

- ¿Por qué?

- Porque Rafa lo tiene.

- Rafa no tiene miedo, sólo tiene curiosidad.

- No me hables como si fuese idiota, Carmen.

- Lo que no podemos hacer es asustarnos y salir corriendo despavoridos. En eso estamos de acuerdo, ¿no?

- No.

- Claro que lo estamos.

- No, no lo estamos.

- Tú tranquilízate y esta tarde te pasas por casa y lo recoges antes de venir a por Paula. Yo me quedo con las niñas mientras vosotros vais.

- Prefiero quedarme yo con ellas. Id vosotros.

- Lo que prefieras. ¡Bueno! - Carmen levantó la voz con la intención de marcar un punto y final a tan escabroso tema- Te toca. Cuéntame de qué querías hablar conmigo.

Elena bufó con desgana al otro lado de la línea.

- Ha perdido emoción.

- Suéltalo- Carmen fue tajante.

- En realidad es una tontería.

- ¡Leni! - rugió- No me toques las narices.

Elena torció el gesto y apretó los labios. Se dio la vuelta y miró hacia el exterior a través de la ventana. Inspiró una bocanada de aire y se lo contó.

- Pues verás...anoche me besé con alguien.

En esta ocasión fue Carmen quien desplegó los ojos de repente.

- ¿Con alguien? - preguntó confundida- ¿Qué quiere decir “con alguien”?

- Con alguien que no es Alex, me refiero.

Carmen puso el grito en el cielo, pero a Elena no la pilló desprevenida, porque ella ya sabía que Leo nunca le había gustado. Sólo había que añadirle la amistad que le unía con Alex y el resultado era mayúsculo. Por no decir que

además, tenía razón en todo. De tomo a lomo, de arriba abajo y de derecha a izquierda. Desde el “¿Es que tú no presientes que no puede traer nada bueno? ¿Soy la única que lo ve?”, hasta el “Si querías hacer algo, deberías haber hablado primero con Alex”, pasando por el clásico “¿Has pensado en el daño que podrías hacerle?”.

Pero todo eso Elena también lo sabía, y en ello se había empleado durante toda la noche, sin ningún resultado, para ser honestos. Porque, y aunque ella aún estaba un poco lejos de ser consciente, ya se había enamorado completa y perdidamente de él. No desde que la besó o desde que sintió sus piernas temblar de un modo que, ni había sentido nunca, ni pensó que sentiría jamás. Sino desde incluso antes de haberle conocido. Pero literalmente. Sin romanticismos ni odas a ninguna cursilada barata al estilo don Juan Tenorio. Desde cuándo lo sabía o cómo lo sabía, escapaban del todo a su control. Como todo lo demás.

Y así, completamente enamorada y pensando en absolutamente nada que no fuese aquel desconocido y todopoderoso sentimiento que la embriagaba al estilo don Juan Tenorio, transcurrió su jornada laboral, rodeada de pétalos de rosas imaginarios que flotaban a su alrededor como alegres mariposas disfrazadas de deseo. Y cuando salió del trabajo y pasó por casa a recoger el libro, anduvo buscándole por la calle como un animalillo perdido. Luego recordó que anoche, entre beso y beso, le había contado lo de su nuevo empleo en el puerto. Así es que lo más probable es que estuviese allí. Desconsolada y borracha de amor, se dirigió a casa de Carmen con el libro metido en una bolsa de lona marrón colgando bajo el brazo. Saludó a los gatos al pasar junto a ellos y entró en el edificio.

No fue bien recibida. Al menos por parte de Carmen. Rafa en cambio, que ya conocía la nueva noticia, prefería no entrometerse en la vida de los demás, aunque comprendía que su mujer sí lo hiciese con la de su mejor amiga. Ellas lo aceptaban y aplicaban siempre en su relación. Por eso, cuando se marcharon con el libro en busca de aquella desconocida vidente, Rafa se acercó a besar la frente de Elena, que descansaba estirada en el sofá con el mando de la tele entre las manos, antes de marchar. La joven le devolvió una media sonrisa de mala gana y comenzó a cambiar de canal.

- Acuérdate de darle el jarabe a Valeria- habló desde la puerta- a las ocho y media.

Elena levantó el pulgar sin dejar de mirar la tele, justo antes de escuchar el sonido de la puerta al cerrarse. Un segundo más tarde estampó el mando en el sofá y se cubrió la cara con las manos. Nunca había soportado ver a Carmen enfadada con ella.

Cogieron el metro. Eran tres paradas desde su casa y sin hacer transbordo. Pero todo el mundo sabe que coger el coche a esas horas en medio de la ciudad para cruzar seis calles, y pretender además encontrar aparcamiento, es un sueño alcanzable, sólo si se emplea para ello el tiempo necesario. Que viene a ser más o menos el resultado de multiplicar por treinta y tantos el tiempo empleado en hacer el mismo recorrido pero reptando como un gusano tullido. La ciudad, un viernes a las siete y media de la tarde, podría reventar de coches en busca de un hueco donde aparcar. Carmen, Rafa y la bolsa de lona marrón con el libro dentro, llegaron cómodamente a su destino a las ocho menos dos minutos en punto.

Segundo B del número veintiocho, en un enorme edificio al estilo enjambre, de construcción relativamente nueva, con el objeto de alojar entre sus tripas un número considerable de vecinos. Uno de esos lugares en los que vive más gente que en muchos pueblos de España, pero de lado y con cuidado de no pisarse. Ya se sabe...las ventajas de vivir en la ciudad.

La voz que respondió a través del telefonillo les resultó agradable. Por su tono dulzón, puede que al punto empalagoso, ambos intuyeron a una mujer de unos cincuenta pasados, tal vez algo entrada en carnes, descalza, y envuelta en una túnica de seda con estampado de cachemir. Una bruja, vamos.

Se llama predisposición y ocurre con prácticamente todo, desde el principio de los tiempos y allá donde se mire. Por eso un cura siempre vestirá con su aburrido hábito y un lumbreras siempre estará un poco loco y será bastante feo. Viene a ser algo así.

Y fruto de esa natural y tan habitual predisposición, cuando aquella peculiar vidente les abrió la puerta, ambos tuvieron la absoluta certeza de que se habían equivocado de puerta. De hecho, incluso Rafa dio un paso atrás, para comprobar el número del piso. Segundo B. Alzó las cejas. “Debe de ser su hija”, pensó.

La muchacha, una joven de unos veinte y pocos recién cumplidos, pelo castaño y lacio en una media melena y vestida exactamente igual que cualquier chica de su edad, sonrió abiertamente, a buen seguro familiarizada con aquella reacción.

- Me llamo Noa- habló con la misma dulce voz de antes, pero sin resultar ahora empalagosa- Mayte me ha dicho que vendríaís. Adelante.

Abrió la puerta y les invitó a entrar, apartándose a un lado y extendiendo la mano hacia el interior del piso. Carmen y Rafa se miraron algo sorprendidos y entraron.

- Sí- respondió Carmen, al tiempo que se adelantaba- Le dije que te llamase.

La joven les guio hasta una pequeña sala decorada al estilo actual, más

propio de una universitaria que de una bruja y les invitó a sentarse en un cómodo sofá color marfil lleno de cojines con estampados variados. Ni una sola vela de ninguna clase por ningún sitio, ni una barra de incienso a la vista, ni tampoco un gato negro de ojos amarillos sobre su regazo intimidando a los clientes con su enigmática mirada. Era todo tan insólitamente normal que incluso resultaba extraño.

Visiblemente confundidos, se sentaron donde Noa les había señalado.

- Acabo de hacer zumo. Si me permitís un segundo, iré a buscarlo.

- No es necesario- comentó Carmen.

Pero la muchacha ya caminaba en dirección a la cocina, regresando un par de minutos después con una bandeja entre las manos. Entre tanto la pareja sólo se había comunicado en silencio y empleando gestos de asombro. Colocó la bandeja sobre la mesa con cuidado y comenzó a repartir el zumo en los vasos.

- Mayte me ha dicho que no queréis tarot ni runas-declaró- ¿Azúcar?

Carmen puso cara de asombro.

- ¿¿Azúcar??- preguntó, sorprendida.

- Que si queréis azúcar en el zumo- aclaró la joven.

- ¡Ah! - soltó una carcajada- Una, por favor.

- ¿Los dos?

- Sí. En realidad sólo queremos que le eches un vistazo a un objeto.

- ¿Es vuestro?

- Eso es difícil de explicar.

- Las energías son muy importantes. Viajan con la materia y se modifican o acumulan dependiendo de las manos que la sostienen. Es importante saber de quién es- entregó a cada uno su vaso y se sentó en una silla frente a ellos. Después cogió el suyo y prosiguió, al tiempo que removía el líquido con la cucharilla- ¿Por qué queréis que lo vea?

- Ocurren cosas raras desde que apareció- respondió Rafa.

- Por lo tanto no es vuestro- sonrió con suma tranquilidad.

- Digamos que nos lo encontramos.

- Muy bien...- asintió con la cabeza.

Carmen bebió un trago de zumo y depositó el vaso sobre la mesa, descolgó la bolsa de lona de su brazo y con cuidado, sacó el libro de su interior.

La muchacha lo miró un par de segundos y después sucedió algo tan extraño como todo cuanto había rodeado aquel insólito objeto desde el mismo instante en que apareció. Pues de repente aquella atípica bruja, desde el principio tan serena y moderada, perdió súbitamente y por completo su apariencia de infinita paz interior, y abriendo tanto los ojos que incluso pudieron distinguirse en su interior una fila de pequeñas venitas, dio tal respingo que derramó sobre

sus pantalones la mitad del zumo, y a punto estuvo de caer al suelo. Los invitados se miraron durante un segundo y Rafa agarró su mano, cuando Carmen hizo amago de incorporarse para ayudar a la joven.

- ¿Te encuentras bien? - preguntó Rafa, intranquilo.

Nerviosa como un flan fuera de la nevera, la vidente dejó de nuevo el vaso medio vacío sobre la bandeja, y sonriendo de manera forzada, se levantó de la silla.

- Sí. Disculpadme, por favor- rápidamente se dio la vuelta y se encaminó hacia la cocina.

Carmen miró a su marido con la boca entreabierta mientras él trataba de no perder de vista a la joven. Rafa apretó los labios y resopló por la nariz. Empezaba a mosquearse de verdad, cuando la muchacha regresó, portando un trapo entre las manos, con el que se secaba la ropa.

- ¿Quieres ir a cambiarte? - le ofreció amablemente Carmen, pues era evidente que no debía sentirse muy cómoda con la ropa empapada en zumo de naranja- No nos iremos a ninguna parte- trató de bromear. Rafa no dijo nada. Continuaba mirándola con gesto serio.

- Tranquila, - respondió ella- estoy bien.

- Da la impresión de que ya lo habías visto antes- comentó Rafa.

- En absoluto- aclaró al momento.

- Sin embargo lo has reconocido- inquirió él de nuevo.

- Aún no estoy segura-explicó-, pero lo averiguaré enseguida. ¿Me permites? - empujó hacia un lado la bandeja y alargó las manos, apuntando hacia el libro, que descansaba sobre el regazo de Carmen.

- Claro- respondió ella al tiempo que se lo entregaba.

La joven lo cogió con extrema precaución, como si se tratase de un objeto celestial sumamente frágil y, lentamente, lo dejó sobre la mesa. Lo observó, completamente embelesada, durante un estirado instante y al cabo deslizó suavemente los dedos por su superficie, hasta colocarlos en el filo de la tapa.

- No podrás- se adelantó Rafa, rompiendo el silencio.

No respondió. Tan sólo levantó un segundo la vista para mirarle y de nuevo apuntó hacia el libro.

- Tal vez ella pueda- comentó Carmen, encogiéndose de hombros.

- ¿Ya lo habéis intentado? - preguntó con una curiosidad tan intensa que su voz sonó temblorosa. Después lo intentó. Una sola vez trató de abrir la cubierta, únicamente por aquello de no quedarse con las ganas. El objeto permaneció inalterable y la muchacha se estremeció, abrumada por una súbita certidumbre.

- De todas las formas posibles- respondió Rafa- Incluso hemos tratado de quemarlo.

- Ni siquiera se calentó, ¿me equivoco? - le miró un instante y él negó lentamente con la cabeza. Carmen observó a su marido, boquiabierto.

- ¿¿En serio??

- Y ¿dónde está la niña que lo abre? - esta vez apuntó hacia los dos, intercalando la mirada de uno a otro. Sus ojos destilaban ansiedad. Carmen abrió la boca, dispuesta a contestar, pero Rafa se lo impidió, apretando su mano y anticipándose a su declaración.

- Preguntas ya tenemos muchas. Lo que buscamos son respuestas.

La joven clavó sus ojos en él y después se irguió en su silla, inspiró aire por la nariz y lo soltó pausadamente por la boca, intentando serenarse.

- Tienes razón- declaró- Y te pido disculpas. ¿Qué es lo que queréis saber?

- Qué demonios es, para empezar.

- Un nuevo cambio en mi vida- respondió, mirando hacia el libro, como si fuese a él a quien se dirigía.

Rafa alzó las cejas y guardó silencio durante un par de segundos.

- ¿Podrías ser un poco más explícita? - inquirió.

- No estoy segura- confesó ella, pensativa- Tal vez se trate del Libro Blanco de Diana- al cabo agachó la cabeza y se rascó la sien con la punta de los dedos al tiempo que se reía en silencio-No es posible...

- ¿Y eso qué es? - quiso saber él.

La joven se irguió un poco más e inspiró de nuevo antes de hablar.

- Si he de seros franca, jamás creí que este libro existía realmente. - confesó- Siempre pensé que era algo así como una leyenda que alguien se había inventado para darle misterio a lo nuestro.

- ¿Lo nuestro? - preguntó Carmen.

- La brujería- respondió Rafa.

Noa asintió con la cabeza.

- Así es- afirmó- Y ahora me encuentro con que, o sois un par de graciosos que me estáis tomando el pelo o tengo delante de mí el mismísimo manuscrito de Diana.

- No tenemos muchas ganas de bromear, te lo aseguro-apuntó Rafa con semblante serio- ¿Diana? - añadió con curiosidad.

- ¿Habéis conseguido ver su interior?

- No hay nada.

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque he visto a una niña que no aún no sabe leer, hacerlo sobre la superficie en blanco de este trasto.

Noa soltó una carcajada.

- Esto no es un trasto, te lo aseguro.

- Y ¿qué es? - le apremió Rafa, una vez más.

- Haremos un trato- propuso la joven, desafiante - Si tú me dices cómo se llama la niña, yo te diré todo lo que quieres saber.

Rafa se limitó a negar con la cabeza, y la bruja trató de tentarle.

- Sólo es un nombre- dijo, mirándole fijamente a los ojos- Puedo añadir al lote de respuestas, un consejo gratis. Y os regalo una evidencia de antemano.

- ¿Una evidencia? - Carmen alzó las cejas con interés.

- No es hija vuestra- comentó, elevando apenas las comisuras de los labios y sonriendo con la mirada.

- No te hemos dicho nada de la niña- se apresuró a responder Rafa.

- Ni yo lo necesito...Es una evidencia.

- ¿A qué te refieres? - quiso saber.

- Sois una pareja de las bien avenidas.

- ¿Y eso que tiene que ver? - Rafa arrugó el ceño, repentinamente molesto.

- La dueña de este libro...- carraspeó antes de seguir, como si pretendiese alargar el misterio, y acto seguido continuó-Sólo puede haber nacido del mal.

Súbitamente sorprendidos, sus interlocutores abrieron de pronto los ojos y se miraron el uno al otro, buscando la manera de poder negar aquello que acababa de sonarles a insulto. Por supuesto, y ya que no sabían nada acerca del nacimiento de Paula, no la encontraron.

- Expíciate- Rafa se frotó las manos, nervioso, y aquella peculiar bruja aprovechó el momento.

- El nombre- respondió, ladeando la cabeza hacia un lado.

No le gustaba tener que hacer eso, y no sabría decir por qué. Era como delatar a su propia hija. Como entregar su secreto a una desconocida, que ahora les miraba de un modo bien distinto a como lo había hecho en el momento de abrirles la puerta. Pero, mientras debatía consigo mismo, tratando de saber qué era lo que debía hacer, su mujer pareció tenerlo mucho más claro.

- Se llama Paula- sentenció Carmen, ignorando el disparo de reproche que le lanzó su marido con la mirada.

La joven cerró los ojos mansamente y se impregnó de la dulce sensación que el sonido de aquel nombre pareció ejercer sobre todo su cuerpo. Sonrió en una especie de éxtasis, breve pero intenso. Cuando los abrió de nuevo, Rafa y Carmen la observaban en silencio y con cara de no estar muy seguros de dónde se habían metido.

- Muy bien- continuó Rafa- Ya tienes el nombre. Cuando quieras.

Noa sonrió satisfecha y habló con decisión.

- El manuscrito de Diana es un libro de instrucciones.

- Instrucciones ¿para qué?

- Para ella misma.

- Entonces, ¿por qué no se va con esa tal Diana? - objetó Carmen.

- Eso es exactamente lo que ha hecho.

Ambos desplazaron la barbilla hacia atrás, simultáneamente.

- He dicho que se llama Paula, no Diana- replicó Carmen- Tal vez no me hayas oído bien.

- Ese nombre es temporal. Ella misma lo descubrirá en su momento. ¿Ya ha cumplido los cinco?

Ambos asintieron en silencio.

- Ha entrado en su sexto año, por eso ha venido. No tardará en saberlo.

- ¿Saber qué? - replicó Rafa, haciendo patente su mal humor.

- Saber quién- aclaró ella- Vuestra Paula no es quien creéis que es. Ni siquiera su propia madre lo sabe. Pero ella, y me imagino que vosotros también, sí sabe que la niña tiene su misma sangre, por dos veces- Rafa y Carmen alzaron las cejas, confundidos. Noa prosiguió- Supongo que habréis oído hablar del Dalai Lama. Conocedor en vida, del lugar de su próximo nacimiento. Tras su muerte, su conciencia tarda cuarenta y nueve días en encarnarse de nuevo en un niño que, desde su nacimiento, dará señales de su carácter especial y será reconocido a través de los designios marcados y mediante una serie de señales establecidas, como la nueva reencarnación del Dalai Lama. – Noa dejó de hablar durante un par de segundos, como si quisiera concederles el turno para la réplica, pero nadie habló, por lo que miró de nuevo al libro y continuó- Podría decirse que Paula es algo parecido a la antítesis del Dalai Lama- apretó los labios con las comisuras hacia abajo- No- rectificó- No creo que sea así.

- ¿Estás insinuando que la niña es una especie de... demonio? - susurró Carmen con un hilo de voz. “Esta pobre chica está loca perdida”, pensó.

- No me he explicado bien.

- Pues intenta hacerlo mejor- a Rafa, en cambio, aquella singular bruja, no le resultaba ser ninguna demente y habló en un tono autoritario y tajante- Y dime de una vez quién puñetas es Diana.

- Una bruja- declaró categórica.

Un espeso silencio se adueñó de la estancia durante el tiempo que Carmen empleó en tratar de aguantar la risa. Finalmente explotó en solitario, frente a las miradas impasibles de sus dos acompañantes. Al cabo descubrió que ni siquiera su marido se dignó a acompañarla y tuvo que taparse la boca con la mano con el fin de apaciguar su risa. Rafa la miró durante unos segundos más y después la ignoró por completo.

- Continúa, por favor- habló, dirigiéndose a Noa.

- Diana es la madre de todas las brujas. Y, al igual que el Dalai Lama, ésta también se reencarna en una nueva vida, sólo que ella siempre lo hace en forma de mujer, y nunca sucesivamente. Se supone que lo hace cuando le apetece volver. Diana no necesita que nadie la encuentre a través de ningún designio, pues es el libro, escrito de su propio puño y letra, quien se encarga de encontrarla. Aunque hay quien asegura que existe la manera de localizar su ubicación y el momento de su próximo nacimiento. Dicen que existe una hermandad secreta, que se hacen llamar Los Vangelitas, que llevan siglos tratando de encontrarla - hizo una breve pausa- Ahora creo que eso también es cierto. El término Vangelita viene de Vángelo o Evangelio. El libro blanco, el manuscrito, o el evangelio de Diana, es el instrumento a través del cual la niña descubre el poder de su propia magia y se conoce a sí misma. Es indestructible y permanecerá junto a ella hasta su muerte, momento en el que desaparecerá hasta que decida regresar de nuevo.

- ¿Para qué la quieren esos Vangelitas? - preguntó Rafa.

- Diana tiene el poder de la primera bruja. De su pecho se amamantaron sus hijas, pero ninguna heredó su fuerza. Se dice que quien logre someterla, gozará de su poder.

- Joder...- Rafa se pellizcó el puente de la nariz y agachó la cabeza...no me puedo creer que me esté tragando esto.

- Ni yo tampoco- añadió su mujer por lo bajo.

- ¿Estabais aburridos? - comentó Noa con calma.

- ¿Cómo? - contestó Rafa.

- Pregunto, si es el aburrimiento lo que os ha traído hasta aquí, o ha sido un posible cúmulo de extraños sucesos a los que no habéis podido dar una explicación sensata.

No hubo respuesta por parte de nadie y la joven prosiguió.

- No tengo que convenceros de nada, ni voy a pedir os ni un euro por haber venido. Para mí ha sido un honor haberlo tocado con mis propias manos y comprobar que existe. El tiempo me dará la razón y ambos recordaréis siempre este momento. Tal vez deberíais dejar de luchar contra la evidencia y aprovechar para preguntarme todo lo que podáis.

Rafa se mordió el labio, nervioso. Había visto demasiado y no tuvo más remedio que rendirse ante aquella evidencia de la que hablaba.

- Has dicho que tiene su misma sangre por dos veces. Noa asintió muy despacio con la cabeza.

- ¿A qué te referías?

- El nacimiento de Diana destruirá a su madre, porque ella sólo es el cascarón que se rompe, cuando decide volver. Y lo hará desde el mismo

momento de su concepción, siendo éste tan doloroso, que la misma sólo querrá morir para poder olvidar. ¿Conocéis a su madre?

- Claro. Es mi mejor amiga- se apresuró a responder Carmen.

- ¿Nunca te ha contado nada acerca del padre?

- Siempre esquiva el tema. Pero hace poco insinuó que nunca había estado con un hombre- alzó las cejas- Supuse que había sido un in vitro.

- Tal vez deberíais insistir.

Rafa negó rotundamente.

- No lo haremos. Prefiero que nos lo cuentes tú y ahorrarle a ella ese mal trago.

Noa sonrió de manera sutil y se encogió de hombros.

- Puede que tengas razón- declaró.

- ¿Entonces? - le instó a continuar.

- No puedo concretar los hechos, porque la forma puede variar. El daño tiene demasiadas variantes y distintos niveles, pero nunca será de forma voluntaria y siempre sucederá de manera que el dolor infringido resulte tan intenso como sea posible. La concepción se realizará por medio de la fuerza y el resultado siempre será el mismo: Ella será su hija...y también su hermana.

Rafa y Carmen se miraron de repente y guardaron un forzado silencio lleno de palabras que ninguno de los dos se atrevió a pronunciar en voz alta. Absolutamente pasmados y sintiendo ambos un repentino sudor frío corriendo por su frente, comprendieron, bajo aquel velo que les sumergía en el interior de una extraña burbuja en la que solamente estaban ellos, que aquel mutismo que eternamente había querido rodear a Elena, comenzaba a tener sentido. Y entonces supieron que siempre lo habían sabido. Que tenía que haber algo más grande de lo que habían imaginado, detrás de su secreto, eternamente blindado. ¿Podría ser cierto? ¿Sería posible que algo así fuese verdad?

Rafa dejó de mirar con cierto esfuerzo, el sorprendido y casi aterrorizado rostro de su mujer y respirando pausadamente, se volvió hacia la joven que aguardaba, sentada frente a ellos, atenta a todas sus reacciones.

- ¿Qué significa eso? - preguntó, desconcertado.

- ¿Tú qué crees que significa eso? - fue su respuesta.

- No lo sé...Joder... ¿Estás hablando de manera metafórica?

- No creo que sea el momento.

Rafa agachó la cabeza y se rascó la nuca durante casi un minuto, mientras su mujer permanecía muda y absolutamente quieta, mirando el libro como si lo viese por primera vez. Al cabo levantó de nuevo la cabeza y tensó con furia la mandíbula antes de hablar.

- ¿La violó... su propio padre? - las palabras rascaron su garganta antes de

salir.

- Dolorosamente- añadió la muchacha.

Carmen cerró los ojos muy despacio, y Rafa apretó los puños fuertemente por debajo de sus rodillas, cuando aquel silencio, ahora con un punto de asco, embadurnó por completo la estancia, salpicándolo todo a su paso con una espesa repugnancia que olía a putrefacción. Entonces Carmen habló de repente, como si ni siquiera ella supiese que iba a hacerlo.

- No me lo creo- escupió con rabia.

- ¿Qué significa el título de la portada? - Rafa trató de ignorar el mismo impulso que acababa de sentir su mujer y continuó recopilando información.

- No conozco el lenguaje de Diana. "INUAS" es la manera que tiene de dirigirse a ella misma. Algo así como "Para mí". El resto lo desconozco.

- ¿Morirá?

- ¿Quién?

- Su madre.

- ¡Rafa! - protestó Carmen.

- Según la leyenda, ya debería estar muerta.

- Basta...por favor- suplicó Carmen a punto de romper a llorar- Dios mío...
Vámonos de aquí- miró a su marido implorando auxilio.

- ¿De qué clase de poder estamos hablando? - éste continuó, desechando cualquier comentario que se alejase del tema y sólo prestaba atención a la joven bruja.

- No lo sé- confesó Noa- Se supone que puede canalizar la energía de los elementos y transformarla a su antojo. Dicen que los gatos son sus guardianes.

Rafa palideció súbitamente al evocar la imagen de la panda de felinos que les acompañaron durante la noche anterior.

- ¿Podría detener una bala?

La joven se encogió de hombros.

- Es posible.

- ¿Por qué crees que su madre sigue viva?

- Únicamente Diana lo sabe. Puede que aún la necesite.

- ¿Para qué?

- No lo sé.

- ¿No te resulta incomprensible que un bebé quiera deshacerse de su madre?

- No he dicho que quisiera deshacerse de ella. He dicho que debería estar muerta, fruto del daño sufrido. Un mal parto, la soledad o los recuerdos de su dolorosa concepción.

Carmen recordó el día en que la conoció en aquella habitación del hospital. Completamente sola y tan pálida y escurrida, que apenas podía sostener un vaso

de agua entre las manos. Tal vez debería haber muerto aquel día.

- Puede que ella sea más fuerte de lo que esa bruja esperaba- replicó, esperanzada.

- La matará.

- ¡Joder! - rugió Rafa. - ¿Por qué?

- Porque Diana es madre, no hija. Y no alcanzará la plenitud de su fuerza mientras la mujer que la amamantó siga viva. Si su madre biológica hubiese muerto al dar a luz y otra se hubiese ocupado de amamantarla, también ésta moriría. Por eso nace de su propia hermana, para que no sea del todo su madre.

Carmen se incorporó de repente y respiró forzosamente, en un intento por recuperar el aliento, del mismo modo que lo haría un corredor de maratón. Se agarró el vientre con las manos, como si estuviese a punto de vomitar y miró a su marido completamente enfurecida.

- Dime que no te estás creyendo toda esta sarta de gilipolleces- dijo, apretando los dientes.

Pero Rafa había visto demasiado, mucho más allá de todo lo demás. Desde la extraña facilidad con la que Paula lo abrió siempre, sin que nadie más pudiese hacerlo, hasta sus constantes e inexplicables apariciones. La había visto leer sobre su inmaculada superficie, concentrada y absolutamente abstraída en lo que fuese que sólo ella veía. La había visto defender aquel objeto la noche en que intentó quemarlo, argumentando su defensa igual que lo haría el mejor de los letrados. Breve, pero tan sensata, que había erizado su piel.

Había visto mucho más que Elena y su mujer. Los cuatro gatos caminando tras ella la noche anterior. Había sentido el dolor de una bala golpeando su frente. Y, o bien aquella niña la había extraído del interior de su cabeza, o bien le había golpeado con su pequeño puño al interponerse entre su cráneo y el metal, dejándolo inconsciente, debido a la fuerza del mismo. Y cuando al fin despertó, aquel tipo había desaparecido por arte de magia. Y al día siguiente resultó que estaba muerto. Muerto y lleno de mordiscos y arañazos. Y recordó el modo en que la pequeña Paula le aseguró que aquel hombre malo no volvería a molestarles.

No. Rafa no podía dudar de las palabras de aquella joven bruja, aunque sus tripas le gritasen lo contrario. ¿Que por qué?

Pues muy sencillo. Por el mismo motivo por el cual el protagonista de una película de ficción, debería creer al mago en el mismo momento en que se materializa de repente frente a él. Porque el simple hecho de la materialización en sí, debería bastarle como prueba. Y eso fue exactamente lo que le sucedió a él. Que demasiadas cosas raras ya no cabían dentro de una lógica realidad, y a partir de ahí, sólo quedaba un camino: El de las baldosas amarillas.

Lentamente se incorporó junto a su mujer. Carmen le observaba aterrorizada, con los ojos vidriosos. Aferró con fuerza su mano y se dirigió a la joven.

- ¿Hay algo que podamos hacer? - preguntó, derrotado.

- Por supuesto- contestó ella categórica.

Sus interlocutores, hundidos y sabiendo ambos que aquella espantosa historia era tan cierta como sorprendente y aparentemente irreal, la miraron expectantes, envueltos en un silencio sepulcral. La muchacha les devolvió la mirada y compuso un gesto de compasión.

- Alejaos cuanto antes de ella. Ese es mi consejo.

El vagón del metro se balanceaba a ratos, igual que una enorme coctelera, sacudiendo a los viajeros como si un colosal animal pretendiese quitárselos de encima. Rafa sujetaba la mano de su mujer entrelazando sus dedos con los de ella. Carmen apoyaba, meditabunda y abatida, la cabeza sobre su hombro. Ambos guardaban silencio y miraban al frente, a nada ni a nadie.

Hubiese sido mucho mejor volver a casa con las manos vacías, que era exactamente lo que habían pensado, mientras iban de camino hacia su visita con aquella singular bruja. Lo bueno era que ya sabían qué clase de libro era. Pero lo bueno era tan poca cosa en comparación con lo malo, que tal vez hubiese valido más la pena quedarse en casa, especulando acerca de él. Y ahora sabían que ya no podían dejarlo pasar, pero también sabían que no sabían qué hacer. O que sí lo sabían, pero que nunca lo harían. Jamás las abandonarían.

Ya no podrían mirarlo simplemente como un trasto extraño. Demasiado tiempo limitándose a sorprenderse, esperando siempre a que en cualquier momento, surgiese de la chistera una ingeniosa explicación para que todos pudiesen respirar tranquilos. ¿A qué habían estado esperando, si desde el primer momento aquello no había tenido pies ni cabeza?

Carmen se removió sobre su hombro, tratando de captar su atención.

- ¿Qué vamos a hacer ahora? - preguntó preocupada.

- No vamos a hacer nada- respondió él, inclinando la cabeza para besar su pelo.

- ¿Qué le contamos a Elena?

- Elena no debe saber nada.

Carmen se apartó y le miró de frente.

- ¿No vamos a contárselo? - se sorprendió.

- ¿El qué? ¿Qué su hija es la reencarnación de una poderosa bruja? ¿Qué salga corriendo? ¿Que debería estar muerta?... O le pedimos que nos cuente lo de la violación de su padre. Tú y yo sabemos que nada de esto es normal, Carmen.

Hemos intentado deshacernos de él y sabemos que no es posible. La vidente sólo le ha dado forma a lo que nosotros no éramos capaces de dársela. Lo que tenga que pasar con Paula pasará. La vigilaremos y estaremos con ella cuando nos necesite, como hemos hecho siempre. Si de camino se nos ocurre algo, perfecto. Mientras tanto lo mejor que podemos hacer por ella es no preocuparla por algo que no tiene solución.

Carmen no respondió. Rafa tenía razón, y aunque le dolía profundamente tener que mentir a su mejor amiga, sabía que no le haría ningún favor si la asustaba con aquella espantosa historia. Tal vez lo mejor sería enfrentarse a ello del mismo modo que si fuese algo normal y comportarse como con todo lo demás, asumiendo los problemas a su paso. De modo que apoyó nuevamente la cabeza sobre su hombro y ambos volvieron a mirar al frente...a nada ni a nadie, sabiendo que, pasara lo que pasara, siempre estarían con ellas.

38. EL ÚLTIMO VIERNES DEL MES DE NOVIEMBRE

De modo que, una vez más, aquí no había pasado nada. La joven y atípica vidente resultó ser una farsante que lo único que buscaba era sacarles los cuartos, y el viaje una auténtica pérdida de tiempo. Lo mismo que todos los anteriores intentos por averiguar cualquier cosa acerca del libro. Tal vez lo mejor fuese empezar a plantearse de una vez por todas lo de considerarle como uno más de la familia. Algo que, sin saber cómo ni por qué, Elena ya llevaba haciendo desde hacía un tiempo.

Pero ella se quedó tranquila, y eso era lo importante. Porque Rafa fingió que aquella súbita inquietud que se había apoderado de él por la mañana, no era más que el resultado de la impresión que le causó la noticia del hallazgo de aquel macabro cadáver. Sin saber cómo, lo había mezclado todo en su mente y la imaginación se había encargado del resto. Una tontería como otra cualquiera, y al final, todo perfecto y en su debido lugar.

Y todos contentos. Porque para rematar la faena, Carmen regresó sorprendentemente contenta y sin rastro de aquel mosqueo con el que había partido hacia su supuesto viaje en balde. De haber tenido la mente en su sitio, tal vez se hubiese dado cuenta de que tanta sonrisita y tanto “aquí no pasa nada”, no había por dónde cogerlo.

Pero Elena estaba enamorada. Y resulta que lo del enamoramiento viene a ser algo así como un estado de enajenación mental pasajera, que no sirve más que para despojar al individuo de sus principales funciones cerebrales, privándole de su capacidad de juicio y distorsionando su realidad. Una lobotomía, pero en romántico. Un bonito sueño del que es preferible no mirar atrás cuando uno logra escapar de él, pues en ningún otro estado el ser humano comete tantas estupideces como estando enamorado. Por lo que, si Carmen y Rafa hubiesen regresado contándole que la vuelta la habían hecho a lomos de un felpudo volador...bueno, tal vez no había para tanto.

Nueve menos cuarto.

Una vez más, y como tantas otras veces, Elena y su hija regresaban a casa, atravesando el paseo marítimo a paso tranquilo. Paula caminaba junto a su madre, dando saltitos y canturreando alguna canción del colegio. Sostenía su saquito de princesas que Sofía le regalase, por el cordón, haciéndolo girar en círculos y de un lado al otro. Elena lo hacía pensativa, con la mochila del colegio en un hombro, la bolsa de lona marrón en el otro y su bolso atravesado y apoyado sobre la cadera derecha.

No podía evitar sentirse un poco inquieta. Sobre todo por Alex. Principalmente por Alex. Únicamente por Alex. Todo lo demás parecía sostenerse más o menos bien. Sujeto por frágiles y delgados hilos, como siempre, pero sujeto, al fin y al cabo. En cualquier caso, y fuera como fuese, a lo de siempre ya se había acostumbrado. Mejor o peor, sabía de qué pie cojeaban los problemas con los que convivía desde hacía tanto tiempo. Reconocía sus caras y había aprendido a manejarlos, esquivando a unos, saltando a otros e incluso a veces, golpeándoles en la cara cuando los veía venir. Aquello, sin embargo, era tan nuevo como si en verdad fuese el primero. Completa y angustiosamente desconocido para ella. Como si viniese escrito en otro idioma.

Había pasado el día pensando en Leo. Salvo los ratos en los que no había podido quitarse de encima el peso del enfado que Carmen había dejado caer sobre sus hombros, el resto había sido todo para él. Y ahora, caminando bajo aquel denso manto de gélida niebla que la envolvía, la imagen de Alex se adhería a su conciencia, como un pegajoso chicle bajo la suela del zapato.

Pese a ello, no había dado señales de vida en todo el día, y eso le mosqueaba de un modo egoísta. ¿Tan ocupado había estado que ni siquiera se había acordado de mandarle un mensaje? Era viernes, ¿acaso no quería verla? Y tampoco es que hubiese podido quedar con él, porque tenía un compromiso con sus vecinos, pero ¿hoy no había propuesta de cena? ¿Ni siquiera un mensaje al estilo “me viene fatal”?

Sumergida en aquel pequeño charco de succulentos reproches, descubrió que la culpa pesa menos cuando se cuenta con la posibilidad de convertirse en víctima. De ese modo, dejar a alguien resulta mucho más fácil. Tal vez se lo mereciese. Si tenía suerte y no daba señales en un par de días, hasta puede que le sirviese como excusa.

Era demasiado injusto. Alex seguía siendo ese hombre maravilloso, atractivo y atento que había significado demasiadas cosas para ella. Pero se había enamorado de otro, y el amor, por encima de todo, es contundente, irracional y soberanamente mezquino. Una batalla perdida.

No sabía qué hacer. Su conciencia le decía que le llamase. Le debía al menos, el decírselo a la cara. ¿Y si no era capaz? Tal vez la gente normal acostumbraba a hacerlo por teléfono, o a través de un mensaje. No, sería caer demasiado bajo y ya llevaba mucho tiempo a punto de rozar el suelo con la barriga. Resopló agobiada y buscó el móvil en el interior del bolso, esperando que de repente y sin más, se le ocurriese algo que decir. Un mensaje para quedar mañana, por ejemplo. Y, si al día siguiente no aparecían las fuerzas por ningún sitio, siempre podría llamarle. De alguna manera tendría que hacerlo, pero hoy no.

Levantó la vista hacia el cielo un instante, respiró una bocanada de aire y desplegó el aparato. Entonces alzó las cejas, sorprendida. Había un mensaje en el buzón y era de Alex. Lo abrió.

“Un misterioso cadáver nos tiene en vilo. Saldré tarde. Preferiría estar contigo. Mañana te llamo. Un beso.”

A la mierda los suculentos reproches. Resulta que aquel maravilloso hombre, que de ninguna de las maneras una mujer como ella se merecía tener al lado, en ningún momento se había olvidado de ella. Resulta que cumplía con su deber, que trabajaba las horas que hiciesen falta por proteger a mujeres desagradecidas de asesinos y maleantes, y que pese a todo, había tenido la gentileza de mandarle un mensaje. Bonito detalle. Ahora se sentía tan ruin como una larva de mosquito aplastada junto al chicle del zapato.

Molesta, apretó los labios y miró al frente con cara de “he debido ser muy mala persona en mi otra vida”. Cerró el teléfono y lo guardó de nuevo en el bolso, segura de que en ese momento, no sería capaz de escribir ni un simple *ok*. Tal vez dentro de un rato, con el estómago lleno y la vergüenza un poco más licuada, se le ocurriría algo.

Alcanzaron su calle y giraron en dirección a la vieja finca. No había señales de Leo ni de Gigante por ninguna parte, y Elena pensó que, quizás, ya estarían en casa de Sofía. Entonces Paula habló por primera vez desde que saliesen de casa de Carmen, levantando la mano y señalando en dirección a los contenedores de basura.

- ¡Mira, mamá! ¡Los gatos! - anunció con emoción.

Elena entrecerró los ojos, tratando de identificar algo entre la niebla. Finalmente, y después de andar unos cuantos pasos, pudo distinguirlos. A los cuatro. Lo de siempre... como siempre. Bufó malhumorada.

- Que mal me caen- susurró entre dientes.

- ¡Son míos! - gritó la niña.

- ¡De eso nada! - protestó en el acto- Y ni se te ocurra pensar en volver a meterlos en casa- la amenazó apuntándole con un despiadado dedo índice.

La pequeña detuvo su andar y de repente, se volvió para mirar a su madre, con el rostro súbitamente pálido y extrañamente serio. Permaneció muy quieta, como si alguien hubiese pulsado un interruptor dentro de su cabeza.

- Te lo digo en serio- insistió Elena- ¡Y no pongas esa cara que no me vas a convencer!

Se aproximó hasta alcanzar a su hija y la agarró del brazo, instándola a que caminase con ella. Pero la niña no se movió ni un sólo centímetro, para asombro de su madre, que detuvo su andar y reuló un paso, esperando descubrir el motivo de aquella repentina quietud. Entonces pudo verla de cerca. Continuaba

completamente estática y tan blanca como la tiza. Alarmada, Elena se agachó frente a ella y la agarró por los hombros.

- Mico, ¿te encuentras bien? - le preguntó con cautela.

La niña no respondió. En su lugar, muy lentamente fue girando la cabeza hasta clavar su mirada en la de ella, de una manera que solamente pudo resultarle incómoda. Por un momento, no reconoció a su hija y un espontáneo escalofrío recorrió su espalda.

- Paula- insistió- ¿Por qué me miras así?

La pequeña ladeó apenas la cabeza hacia un lado, con los ojos clavados en su madre y sonrió de un modo que Elena jamás había visto. Y en ese instante, confundido tras la lejana cercanía que la niebla difumina, pudo distinguir el maullido de los gatos, como en una especie de agonizante cantinela, aproximándose lentamente en su dirección. Elena giró la cabeza, buscando el origen de aquel espeluznante sonido y a continuación miró a su hija, asustada. Entonces se incorporó de un salto y disparó a la pequeña uno de sus más terribles dardos amenazantes de madre al borde de un ataque de cólera. Porque estaba demasiado enfadada y porque aquel horripilante cántico gatuno le ponía, literalmente, los pelos de punta.

- ¡A tu madre no se te ocurra mirarla con esa cara nunca más! - rugió furiosa, marcando cada palabra- ¡Y tira para casa que como te pongas tonta te prometo que te meto en la cama sin cenar! ¿¿Me has entendido??

Paula dudó un segundo y parpadeó un par de veces antes de recuperar el color como por arte de magia. Los gatos detuvieron a la vez su quejido cuando la niña se agarró a la mano de su madre.

- ¡Mamá! - gritó la niña, dando uno de sus habituales saltitos.

- Queeee- contestó Elena, mientras retomaba el camino a casa y la compostura.

- Lo traje yo- confesó con orgullo, alzando la barbilla.

Elena se detuvo de nuevo y respiró hondo, puso los ojos en blanco y compuso esa expresión de empezar a estar harta de tanta tontería.

- ¿Qué fue lo que trajiste, mico? - inquirió con desgana.

- A Leo.

- Pues qué bien- comentó sin mostrar demasiado interés- ¿Lo metiste en una cajita?

- ¡No! - se apresuró a responder la pequeña- Lo dibujé-aclaró.

- ¿Has dibujado a Leo?

- Muchas veces.

- No me lo has enseñado.

- ¡Pues claro que te lo he enseñado, mamá! -afirmó, rotunda.

Elena alzó las cejas y miró a su hija de reojo.

- ¿A mí?

- Están en la pared.

- ¿Qué pared? - preguntó, y un instante después frunció el ceño- ¿Ya sabes decir pared? - se sorprendió.

- En la de la habitación- respondió Paula, haciendo caso omiso a su comentario.

Alcanzaron la puerta de la finca. Elena soltó su mano y sacó el llavero del interior de su bolso.

- Los dibujos de la habitación están ahí desde antes de que Leo viniese- le aclaró a la pequeña a la vez que introducía la llave en la cerradura.

Paula dio un salto y se subió al escalón, colocándose frente a ella.

- Y ese es el motivo por el cual estoy segura de que lo traje yo- respondió muy seria.

Elena compuso un gesto de sorpresa y deslizó hacia atrás la barbilla.

- Coño...qué bien hablas de repente...- confesó, perpleja.

La pequeña ignoró a propósito el comentario de su madre y se dio la vuelta, dispuesta a entrar en la finca. Elena abrió lentamente la puerta y continuó mirándola, muy atenta y con gesto serio, mientras la niña subía las escaleras, brincando como lo haría cualquier niña de su edad.

Veinticuatro dibujos pegados con chinchetas en la pared y otros tantos apiñados sobre sus rodillas. Hacía rato que había dejado de sujetarlos y ahora, sentada a los pies de la cama, con la boca abierta, los brazos descolgados a ambos lados y el gesto descompuesto, los miraba una y otra vez, intentando asimilar la realidad de lo que veía.

Estaba allí. Leo aparecía en el noventa por ciento de aquellas pinturas, algunas de las cuales hacía más de dos años que se habían dibujado. Con las manos de un niño, por supuesto, pero sin ningún rastro de duda, aquellos muñecos le representaban a él.

Bastaba con detenerse un instante para analizarlo. En primer lugar, él era el único que aparecía sin un nombre garabateado bajo los pies o sobre la cabeza. Y era el único que no se identificaba con nadie del entorno de la niña, pero que siempre se encontraba junto a ellos, como un espontáneo colándose en las reuniones familiares. Con sus pantalones y su jersey azul, utilizando el mismo tono en todas sus representaciones, aunque el resto cambiasen de vestuario. Y en el centro de su pecho, aquella estrella negra con la que Leo hizo sus primeras apariciones, hasta que consiguió comprar ropa nueva. De distintos tamaños y en ocasiones garabateada de cualquier manera, pero indudablemente inconfundible.

En tres de ellos aparecía una enorme furgoneta detrás de él e incluso una moto en un cuarto.

Sintió un suave temblor en las manos cuando, una vez más, no supo de qué manera enfrentarse con la inaudita situación que se revelaba ante sus ojos. Le palpitaban las sienes y las tripas se retorcían de pura inquietud en el interior de su estómago. Y entonces sucedió que, por primera vez, y tal vez demasiado tarde para poder haber hecho algo al respecto, tuvo miedo de su propia hija.

Lentamente giró la cabeza apuntando en dirección a la pequeña Paula, que aguardaba de pie junto a ella, impertérrita y a la espera de cualquier reacción. Madre e hija se miraron a los ojos durante un interminable minuto, como si trataran de calibrarse entre ellas. Elena pudo advertir cómo su tono de piel volvía a ser más pálido de lo normal y de nuevo distinguió una mirada que nunca antes había estado allí. Que aquella niña era su hija, era algo de lo que en ningún momento dudó. Pero sí supo, con demasiada certeza, que ni aquel color era el suyo, ni tampoco aquella misteriosa e inexplicable mirada.

No quiso hablar. Se limitó a mirar de reojo la bolsa que descansaba sobre la cama con el libro dentro, y al cabo regresó de nuevo a enfrentarse con su oscura mirada. Paula sonrió con los ojos y en silencio, como si aquello le resultase divertido. Como si aguardase a ver hasta dónde sería capaz de aguantar o hasta qué punto llegaría su miedo... como si supiese algo que nadie más sabía.

Pero, y pese a todo lo que guardaba aquella niña en su interior, consciente o no de ello, lo cierto es que aún era demasiado pequeña para saber con qué clase de persona pretendía medir sus fuerzas. Y Elena, que ya había descendido hasta lo más profundo del infierno y había regresado de él, con la única intención de proteger y dar vida a aquel extraño ser que en ese instante la miraba con cara de haberse transformado de repente, en un maldito anticristo a tamaño reducido, respiró profundamente al tiempo que apretaba con fuerza los dientes, y empujada por una inaudita y sorprendente rabia, se levantó de la cama como un resorte. Agarró a aquella extraña criatura del brazo y pataleando con sus pequeñas piernas por el suelo, la arrastró por toda la casa hasta sentarla a empujones en el sofá. Después arrastró la mesa hasta situarla frente a ella, se sentó encima y aproximó su cara de madre preñada de ira a un centímetro de la de su hija.

- Ahora mismo...- susurró con los dientes apretados y estirando cuanto pudo cada palabra- me vas a decir qué cojones es ese maldito libro y cómo has podido dibujar a alguien que aún no existía para ti...y después borrarás esa mirada para siempre de tu cara. ¡Porque aquí mando yo! - se golpeó el pecho con fuerza- Y no pienso dejar que mi propia hija, el ser por el cual he sido capaz incluso de matar, y el único motivo por el que sigo viva, se convierta en otra cosa que no sea ella y me mire de esa manera. Ahora mismo...- repitió- quiero

ver a mi hija. Quiero que recuperes tu color y que vuelvas a hablar como una niña de tu edad, o te juro por mi sangre que buscaré un modo de castigarte que no olvidarás en toda tu vida- alzó el dedo índice en el escaso espacio que quedaba entre las dos y enrojeció un tono más- ¡¡Yo soy tu madre!!- bramó- Y mi hija no me va a intimidar con la mirada, ni me va a ocultar nada más a partir de ahora. ¿¿Te enteras??

Se apartó de ella y respiró entrecortadamente. Ambas continuaron calladas y enfrentando sus miradas, cuando Elena terminó de escupir toda aquella rabia. Después, en silencio y con las manos apretadas formando sendos puños, se irguió sobre la mesa y lentamente cerró los ojos. Una lágrima resbaló por su mejilla e inconscientemente la limpió con la punta de los dedos. Frunció el ceño. Ni siquiera sabía si lo había dicho. ¿Era posible que acabase de decirle a su pequeña que había matado por ella? ¿Había sido capaz de dejarlo salir, y lo había hecho delante de su propia hija? Entonces agachó la cabeza y escondió el rostro tras sus temblorosas manos, justo antes de romper a llorar.

Y lloró como hacía demasiado tiempo que no lo hacía. Desde el mismísimo centro de su corazón. Gimiendo igual que un niño pequeño y encogida bajo unos hombros que temblaban casi tanto como lo hacían sus trémulas manos. Un llanto imparable, quejumbroso, como el lamento de un animal herido que suplica al cielo una pronta muerte.

Jamás lo olvidaría. Había pretendido fingir que sí. Que tal vez el tiempo, ese que dicen que todo lo cura, cubriría con sal su vieja herida, convirtiéndola en costra y cobijando así la pena de su alma bajo la superficie. Ahora sabía, con una certeza tan pesada que aplastaba su pecho hasta el punto de impedirle respirar, que nunca se marcharía, que siempre estaría a su lado y que moriría con ella. Porque la conciencia es más poderosa que el tiempo. Ella es quien decide cómo y cuándo. Posee el dominio de la condena eterna y de la firme sentencia. Y el tiempo, tan engreído y eterno, nunca podrá luchar contra sus terribles garras, porque el tiempo...ya es demasiado viejo para empuñar su espada.

No supo cuánto duro aquel amargo llanto, ni tampoco recordaba con exactitud si lo que creía haberle dicho a su hija, era real, o simplemente el fruto de aquella locura que martilleaba dentro de su cabeza. No podía haberlo hecho. Y, si así era, siempre podría fingir que lo había empleado a modo de frase hecha. “Tu madre mataría por ti”, y cosas de esas.

Respiró profundamente, sin apartar las manos de su cara, y sin atreverse a levantar la cabeza, hasta que un pañuelo de papel apareció tímidamente bajo su barbilla, como una bandera blanca señalando el fin de la guerra. Muy despacio, casi con miedo, apartó las manos y con el rostro cansado y lleno de tristeza, buscó la mirada de su hija. Estaba allí, de pie frente a ella, tratando de aguantarse

las ganas de hacer pucheros.

- Tienes mocos, mamá- habló con la voz entrecortada.

Elena aceptó el pañuelo y se secó la cara con él. Después miró una vez más a su hija y de nuevo agachó la cabeza, afligida y completamente derrotada. Cerró los ojos, apretándolos con fuerza. Tenía que regresar. Necesitaba empujarlo todo de nuevo hacia atrás o no podría continuar viviendo. Sorbió los mocos y levantó la cabeza, buscando el reloj sobre la pared de la cocina. Las nueve y media. Sus vecinos las estarían esperando. “Vuelve a la realidad, Elena” se dijo una y otra vez, respirando lentamente por la nariz. Después levantó la cabeza y de nuevo la miró, esta vez sin el menor rastro de enfado en sus ojos y todo el arrepentimiento que había dentro.

Quiso hablar, pedir perdón a su hija, a la vida más importante de su vida y el único motivo que tenía para seguir viviendo. Pero un doloroso nudo le oprimía la garganta, y sus labios, apretados formando una delgada línea, comenzaron a temblar también.

La pequeña Paula no pudo evitar contagiarse de su amargura y se lanzó a sus brazos, llorando desconsoladamente. Elena la abrazó con todas sus fuerzas y juntas lloraron, balanceando sus cuerpos de un lado a otro y meciéndose mutuamente en busca de consuelo. Porque la sangre siempre será sangre entre una madre y su hija, ya sea por una, dos o las veces que hagan falta.

Casi cinco minutos más tarde, Elena se separó de su hija, sujetando su cara con ambas manos para mirarla a los ojos con suma dulzura. Besó su frente y comenzó a secar sus lágrimas con el pañuelo de papel.

- ¿Me perdonas? ...- habló con un hilo de voz.

Paula respondió, agitando la cabeza impetuosamente hacia delante al tiempo que sonreía tímidamente.

- Muy bien- besó su frente- Ahora tienes que contarme unas cuantas cosas y luego nos lavaremos la cara- pellizcó su mejilla y continuó- Si Sofía nos ve así, es capaz de llamar al hospital. ¿Vale, mico?

- Vale- respondió, hipando y asintiendo de nuevo con la cabeza.

- ¿Me contarás la verdad? - insistió su madre.

- Sí, mamá- respondió Paula.

Elena agarró a su pequeña con dulzura por los hombros y la empujó hasta sentarla de nuevo en el sofá, quedando una frente a la otra.

- ¿Qué es ese libro? - preguntó, peinando su pelo con las manos.

- El libro me enseña.

- ¿El qué?

- A ser mejor y a hacer bien las cosas.

- ¿Y tu seño? ¿Ella no te enseña a hacer bien las cosas?

- Ella lo hace de otra manera.
- ¿De qué manera lo hace el libro?
- Con él puedo hacer más cosas.
- ¿Qué cosas?
- Cosas con los ojos.

Elena frunció el ceño.

- A ver. Dime qué es lo que puedes hacer con los ojos.

La niña no respondió. En su lugar se irguió y miró a su madre, antes de palidecer de nuevo, hasta alcanzar el color de la cal. Elena se estremeció al observar nuevamente aquella extraña transformación y abrió la boca para hablar, cuando todo su cuerpo comenzó a temblar súbitamente. Aterrorizada, se incorporó de un salto y se alejó de la mesa en la que se había sentado, volviéndose bruscamente para mirarla. El pequeño mueble continuó repiqueteando el suelo con las patas durante unos segundos más y después se detuvo en seco.

Elena guardó silencio con la mano aferrada a su pecho y un repentino sudor frío cubriendo su rostro, sin poder dejar de mirar hacia la mesa. Al cabo del rato logró apartar la vista y observó, absolutamente pasmada, a su hija. Sintió un ligero temblor en sus manos.

- ¿Cómo has hecho eso? - preguntó, asustada y con un hilo de voz.

La pequeña Paula se encogió de hombros inocentemente, y recuperó de nuevo su color.

- No lo sé.
- Paula...- la amenazó con el dedo índice.
- No lo sé, mamá- insistió- Te lo prometo.

Elena puso los brazos en jarras y respiró una bocanada de aire, para soltarla después lentamente por la nariz.

- Háblame de los dibujos- cambió de tema. Tal vez por ahí lograrse aclarar algo.

- Pedí un deseo- confesó la pequeña- y luego, cuando lo dibujaba, cerraba los ojos y hacía fuerza por dentro.

- ¿Habías visto a Leo antes de que empezase a dormir en los contenedores?

- Elena volvió a sentarse en la mesa, frente a su hija.

- No.
- Pero le dibujaste con el jersey azul y la estrella que llevaba grabada en él.

Paula se encogió de hombros. Su madre la miró, con gesto cansado y respiró profundamente, antes de continuar.

- Necesito saber cómo puedes hacer esas cosas, cariño. Estoy muy preocupada por ti. Es muy importante que me expliques por qué puedes abrir ese

libro, y por qué puedes leerlo sólo tú. Necesito saber quiénes son esos gatos y por qué te siguen a todas partes. Y necesito que seas sincera conmigo, porque estoy demasiado asustada y ya no sé qué puedo hacer con todo esto. ¿Entiendes?

La pequeña apretó ligeramente los labios, como si todas aquellas dudas que Elena le acababa de exponer la incomodasen, pero no quisiera que se le notase. Después la miró muy fijamente a los ojos, de ese modo que a su madre tanto inquietaba, y trató de hablar con sinceridad.

- Todo es magia, mamá. Aunque no te lo puedas creer. Pero todavía no puedo explicártelo, porque aún no sé casi nada. Sólo que no puede pasarme nada, porque soy alguien muy importante. Por eso no debes preocuparte. Pero te prometo que, cuando sepa cómo me llamo, te lo contaré enseguida.

Elena desplazó, bruscamente, la barbilla hacia atrás y abrió ojos, con estupor.

- ¿Qué has dicho? - preguntó, desconcertada.

La pequeña Paula sonrió a su madre tratando de tranquilizarla, y a continuación levantó la mano para acariciar su cara. Elena observó aquella diminuta mano mientras se aproximaba hacia ella y después miró sus ojos, abatida, turbada y aterrorizada por dentro. Esperaba una respuesta a su pregunta. O se había vuelto completamente loca, o su hija acababa de decirle que su nombre no era su nombre, tan tranquilamente. Pero la niña no respondió. Y no lo hizo porque eso era lo único que desde un principio le había pedido el libro. Elena no debía estar al tanto de su verdadero nombre. Si conocía o no el porqué de aquella misteriosa y contundente demanda, sólo ella lo sabría. Sin preguntas y sin cuestionarse nada de lo que allí había escrito, Paula acataría sus ordenanzas, sin saber aún que éstas habían sido creadas para ella por alguien que hacía mucho tiempo fue dueña de su propia alma.

La miró ahora con su cara de siempre. Esa dulce carita de niña inocente de cinco años, tan vulnerable y frágil. Abrió mucho los ojos y compuso un gesto de entusiasmo, sonriendo de esa manera que dejaba ver la totalidad de sus dientes con sus correspondientes mellas.

- ¿Quieres que te diga cuál fue mi deseo? - preguntó con euforia.

Elena suspiró y se tragó su temor, empujando todo lo demás hacia atrás, como había hecho siempre y por el mismo motivo por el cual lo había hecho siempre. Porque eso era lo único que podía hacer. Tragar mierda hasta que algún día despertase con las tripas reventadas y esparcidas a su alrededor.

Con la misma sorprendente e inexplicable fuerza que la había acompañado durante toda su deplorable y podrida vida, borró la tristeza de su rostro y se inventó una nueva cara de despreocupación para mirar a la niña de su vida y fingir una vez más, que allí no pasaba nada.

- Vaya pregunta...- respondió fingiendo alegría- Pues claro que quiero. Paula levantó la barbilla con orgullo y le regaló a mamá su confesión.
- Un papá- y después sonrió satisfecha.

Y así fue... de un modo tan simple que casi rallaba lo escandalosamente frugal, como Elena lo descubrió. Aunque resulte tan irreal como suena, y sin que nadie pudiese siquiera pretender impugnarlo. Porque eso fue exactamente lo que Leo fue: Un regalo de su propia hija. Tal vez un poco distinto a lo que un niño suele regalar habitualmente a su madre, pero supongo que cada cual regala en función de sus posibilidades. Y en cuestión de posibilidades, la pequeña Paula iba sobrada. Al fin y al cabo, y por si alguien aún no se ha dado cuenta, Diana puede hacer lo que le plazca con el poder que le pertenece por nacimiento. Y si aquello estuvo bien o no, o si pudo resultar en algo fuera de lo moralmente correcto, es algo que se escapa completamente a mis reducidas entendederas. Porque yo sólo soy aquel que lo cuenta, porque no estoy aquí para juzgar ni censurar y porque, a estas alturas, ya deberíais saber...que no puedo sentirlo.

Aquella noche Elena y su pequeña salieron de su escuálido piso con la cara recién lavada y las manos entrelazadas entre sí, camino de su cena de vecinos en casa de la adorable Sofía. Todos estarían allí, esperando por ellas, como lo habían hecho desde el principio. Aguardando siempre, como una entrañable tropa de animalillos abandonados en un viejo y desconchado edificio.

Cuando abrieron la puerta, Paula corrió a saludarles, con aquel inagotable cariño que eternamente germinaba de su pequeño cuerpo cada vez que estaba con ellos. El singular grupo de ancianos, alzó su voz para recibirla con sus afectuosos saludos y aquellas tiernas frases que brotaban sin querer desde la más pura y sencilla franqueza, cuando la pequeña vecina aparecía para oxigenar sus enmohecidos cuerpos. “¿Dónde está la niña más bonita del mundo?” o “Pero mira quién ha venido” ...

Elena permaneció apoyada contra el marco de la puerta, observando a su mágica hija abrazándoles a todos, y su pensamiento flotó cómodamente por encima de los presentes. Leo no había llegado. Mejor, porque todavía tenía que digerirlo. Encajar las piezas que andaban demasiado tiempo sueltas y que ahora parecían unirse dócilmente y sin ningún esfuerzo entre ellas.

Cerró los ojos y, durante unos minutos, se dedicó a asimilarlo. A entender el porqué de aquel desmesurado sentimiento que desde el principio le había atado a él. Por qué le buscaba cada noche a través de su ventana, por qué le echó terriblemente de menos cuando se marchó, y por qué su cuerpo ardió fulminantemente la noche que la besó. Pero, ¿cómo se lo explicaría a él? Leo tenía derecho a saberlo, quizás más que nadie, pues descubrir la causa que le

había traído hasta allí, averiguar el motivo por el cual aseguraba conocerla con tan contundente certeza, aliviaría la incertidumbre con la que ahora vivía. Y no es que fuese muy ortodoxo, pero era la verdad. Elena tenía demasiadas pruebas que lo evidenciaban y una hija que movía cosas con la mente. Una hija mágica que siempre les protegería.

Emprendería un nuevo camino junto a él, algo que jamás creyó que fuese posible. Porque Elena siempre supo que a este mundo había venido a sufrir. A morir de pena, o de dolor, o a vivir muerta en vida, pero nunca a ser feliz, y mucho menos a enamorarse de un hombre como él. Mañana mismo llamaría a Alex. Debía hacer bien las cosas. Hablaría con él y después todo empezaría de nuevo y desde un nuevo principio, igual que en las películas que acaban bien. Un comienzo distinto despuntando tras el final.

Abrió los ojos y sonrió mientras observaba a sus adorados vecinos reír junto a su pequeña. Paula comía olivas sentada sobre las rodillas de Emilia. El resto formaban un círculo a su alrededor y se deleitaban con su presencia. Después tensó la sonrisa y arrugó ligeramente el ceño. Algo no iba bien. La estancia parecía balancearse de un lado a otro como la cubierta de un barco, y sintió unas súbitas ganas de vomitar. Alzó la mano derecha hasta situarla a la altura de sus ojos y su piel palideció, cuando el total de sus dedos se multiplicó por dos delante de ella. Confundida, levantó la izquierda y la observó también. Parpadeó varias veces, tratando de recobrar la visión. Nunca se había emborrachado, pero sin duda, así debían sentirse las personas en estado de embriaguez, pues allí había más de veinte dedos. Completamente aturdida, y siendo consciente de que perdía gradualmente el control de su cuerpo, dejó caer las manos a los costados y sintió cómo su espalda resbalaba lentamente por el marco de la puerta. Al cabo apretó con fuerza los ojos y empleando toda su voluntad, alzó de nuevo la mano derecha para presionar con los dedos sobre su pecho. Un extraño y repentino dolor parecía querer perforar su esternón. Sintió un temblor en sus piernas y levantó pesadamente la vista buscando a su hija. Pero ella ya no estaba. No había nadie. No había nada. Todo a su alrededor se había teñido de blanco. Entonces sus piernas no pudieron sostenerla y Elena se desplomó contra el suelo. Su corazón había dejado de latir.

Quince minutos antes, en el puerto de carga.

La tarde le había salido rentable. Desde las cinco hasta las nueve, descargando cajas recién llegadas desde el otro lado del mundo. Cuarenta y ocho euros. Una pequeña fortuna para quien está a punto de quedarse más pelado que un polluelo recién salido del huevo, y la guinda para un día perfecto. O casi. Todavía faltaba la cena con ella. No sería una cena romántica ni mucho menos,

hacerlo rodeados de vecinos y con la pequeña Paula tan cerca de su madre. Pero lo que había sucedido entre ellos sobrepasaba de largo sus expectativas, y de momento, poder verla antes de terminar el día le serviría para conformarse. Y quién sabe si en algún momento encontraría la manera de quedarse a solas con ella para despedirse como hiciese la noche anterior. Como cuando se entregó a él en lugar de cruzarle la cara de una bofetada. Y, de haberlo hecho, nadie hubiese podido reprocharle nada. Sin embargo y ante su infinito estupor, Elena se había dejado llevar por la irrefrenable fiebre de su boca, respondiendo con la misma pasión.

Tal vez las cosas empezaban por fin a arreglarse solas. Hasta puede que el día menos pensado despertase junto a él su vieja memoria perdida, desentrañando aquel enigmático misterio que le había traído hasta ella. La historia perfecta para tener a toda la familia embobada en Noche Buena, rodeados de un buen puñado de nietos y algunos polvorones resecos, sedientos de champán.

La felicidad llamaba a su puerta. O se había despistado de casa y ahora, mientras daba vueltas en busca de la salida, a su paso dejaba un bonito y mullido reguero de bienestar donde poder retozar plácidamente.

Hacía frío. Cuatro horas sin parar le habían hecho sudar y después de un rato caminando por entre las solitarias calles que formaban los enormes contenedores del puerto, la humedad de su piel se había concentrado en sus riñones, provocándole escalofríos.

Raúl le había ofrecido agua caliente en una pequeña ducha junto al vagón oficina. Los demás ya se habían marchado, y él no tardaría en hacerlo. Pero Gigante no aparecía por ninguna parte y no se marcharía de allí sin él. Aunque sospechaba que, de haberse perdido, su instinto le llevaría de vuelta a casa de la ricachona. Si no daba con él, se acercaría hasta allí.

Caminaba con los brazos cruzados delante del pecho para evitar que la gélida bruma del mar invadiese por completo su cuerpo, pero no parecía que el truco funcionase muy bien, y de vez en cuando daba algún saltito, frotándose con energía. Alcanzó el final de la cadena de contenedores y giró a la izquierda, enfilando una oscura calle flanqueada por más vagones a ambos lados, como pequeñas viviendas de metal encajadas en una línea perfecta. Se detuvo un instante y entornó los ojos. La luz de la farola más cercana quedaba ahora un par de calles por detrás y el pasadizo se veía más oscuro que el resto. Pero creyó distinguir algo a lo lejos y tras comprobar que no lograba reconocer de qué se trataba, avanzó en su dirección, silbando de tanto en tanto. Lo que fuese que había visto seguía allí, y al aproximarse un poco más, pudo reconocer en mitad de la calle, la figura de un hombre apoyada contra el metal de uno de aquellos

inmensos cubos de hierro.

- Buenas noches- le saludó al acercarse- ¿Has visto un perro por aquí?

El hombre no respondió. En su lugar permaneció inmóvil, con las manos en los bolsillos, un pie apoyado sobre el contenedor y la cabeza apuntando hacia Leo. Éste, ligeramente molesto por su evidente falta de educación, pasó por delante de él y siguió su camino.

- ¿No saludas a los amigos? - dijo aquel extraño con un tono de voz indescifrable.

Sorprendido, Leo detuvo sus pasos y se volvió para mirarle, con el estómago súbitamente encogido por la curiosidad. ¿Le habría confundido con alguien? Caminó hacia él y le observó de cerca. Era un hombre joven, quizás algo mayor que él, una cabeza más alto y de pelo rubio. Muy, muy rubio.

- ¿Me conoces? - le preguntó, sumamente intrigado.

El desconocido sonrió resoplando por la nariz y sacó las manos de los bolsillos para dejarlas caer hacia los lados. Con la derecha sujetó disimuladamente algo que había a su espalda, y con la izquierda se rascó la barbilla.

No dijo ni una sola palabra. Leo frunció el ceño cuando distinguió el bate de béisbol que se alzó de repente frente a su atónita mirada. Abrió los ojos súbitamente y trató de alcanzarlo antes de que cayese sobre su cabeza. Pero no pudo llegar a tiempo, y un segundo después, el crujido sordo del golpe derrumbó su cuerpo a plomo contra el suelo.

Algo parecido al sonido amplificado de una rata rascando el metal quebraba el oscuro y extraño silencio que le rodeaba. Aunque podría estar soñando. Un dolor punzante perforaba su cabeza, pero algo le impedía poder llevar hasta allí las manos. El ojo derecho le palpitaba como si su corazón hubiese decidido mudarse a última hora, y tampoco eso podía tocarlo. Tenía la cabeza ladeada y la boca le sabía a sangre mezclada con tierra y sal.

Trató de abrir los ojos y su cabeza se balanceó hacia atrás, completamente aturdida, buscando un punto de apoyo alternativo, ya que sus manos no parecían estar por la labor. Estaba vivo. El dolor y aquel molesto sonido de la rata daban fe de ello. La muerte no podía ser tan chirriante y dolorosa. O sí... Quién sabe.

Logró abrir un ojo. El derecho. Su compañero también se abrió, pero en una delgada línea de apenas un milímetro. Aturdido y más perdido que nunca miró a su alrededor, tratando de ubicarse en aquel extraño y frío lugar. Pero la oscuridad era tan espesa, y su visibilidad tan limitada, que desistió en su intento y se concentró en averiguar por qué no podía moverse.

Lo supo en el momento en que su conciencia regresó de nuevo a ocupar su

puesto de trabajo. Estaba sentado, atado de pies y manos a una silla. Pero allí no había nadie. Sólo él y aquella profunda oscuridad, acompañados por la puñetera rata. Levantó la barbilla y aguzó el oído. No se trataba de una rata. Era el sonido de un perro olfateando bruscamente a través de alguna grieta o ranura, desde el otro lado de una pared de metal. Sacudió el cuerpo, intentando desatarse.

- ¡Gigante! - le llamó y el sonido de su propia voz retumbó en todas partes, haciéndole rechinar los dientes.

El animal respondió rascando con las patas y emitiendo gemidos sordos. Leo apretó los puños y tiró con fuerza, tratando de escapar, cuando una tenue pero inesperada luz iluminó por completo la fría estancia. Su primera reacción fue girar la cabeza y cerrar los ojos mientras su escasa visión se acomodaba paulatinamente a la claridad.

Se encontraba en el interior de uno de aquellos vagones metálicos del puerto. Hasta donde podía ver, estaba completamente vacío, salvo él mismo y la figura del hombre que acababa de aparecer justo en frente, sentado cómodamente en una silla a un metro de distancia y con las piernas cruzadas. Sobre el bate de béisbol, apoyada elegantemente como si de un bastón se tratase, descansaba su mano derecha, y con la izquierda sostenía una pequeña linterna con la que apuntaba hacia el techo, de modo que su resplandor permitía ver con cierta claridad.

Ambos hombres se miraron a los ojos durante un dilatado minuto. Al cabo Leo inclinó hacia atrás la cabeza, y cuando le miró de nuevo, lo hizo con una seca y maliciosa sonrisa plasmada en su rostro. Después se removió en su silla y se deslizó hasta donde sus ataduras le permitieron, abriendo las piernas y estirando la pelvis, en una pose chulesca. Ladeó la cabeza lentamente y sonrió de medio lado. El desconocido le devolvió la sonrisa y habló.

- Hermano Vángelo...- arrastró las palabras, como una serpiente venenosa- El padre te manda saludos- hizo una pausa para golpear el suelo con el bate. El sonido metálico llenó por completo la pequeña estancia- Dice que desapareciste porque habías encontrado a la niña y querías quedarte con ella, pero yo no me lo creo- meneó la cabeza a ambos lados y chasqueó un par de veces la lengua- Esta noche lo averiguaremos.

El aludido respondió moviendo apenas la barbilla y sosteniendo su gélida mirada durante un largo instante, cuando un repentino pensamiento atravesó, tan cierto y cristalino como todo lo demás, por el mismo centro de su nueva y de repente, saludable memoria. “Matar a la madre, coger a la niña. Matar a la madre, coger a la niña. Matar a la madre...” Después ladeó la cabeza y escupió sangre, cerca de sus pies.

- Hola, Negro...

Cerró los ojos y estiró cuanto pudo aquella nueva y despiadada sonrisa, dejando atrás, de un modo casi irreal, su antigua e imperecedera triste mirada.

Ya no era Leo. Ahora era Lucas...y lo recordaba todo.

Frente a la rigurosa e imperecedera indiferencia de unos contenedores de basura, en una estrecha calle peatonal cerca del mar, a la hora de la cena del último viernes del mes de noviembre de aquel año, un viejo edificio se queda vacío. Y como ya no tiene importancia, alguien ha olvidado cerrar la puerta. En su interior, una enorme moto descansa impasible bajo la escalera recién pintada. Y en el segundo piso, repleta de platos con los restos salpicados de una atropellada cena, la mesa del comedor aguarda en silencio a quedarse dormida. Todo está perfecto... todo está en su sitio. Salvo aquello que, deprisa y corriendo se llevaron, y un sobre cerrado junto a la mesita de noche, apoyado sobre la misma fea lámpara de siempre, en el que alguien ha escrito algo de forma precipitada.

Entregar al Inspector Ayala.

AGRADECIMIENTOS

A Quique Estevan, porque tú me diste el primer empujón.

A Susana Martínez Ibáñez, por tu excelente trabajo fotográfico. Todas y cada una de las imágenes que acompañan a este trabajo son tuyas.

A Esther Ramírez Díaz, por tus formidables y prácticos consejos. Tu opinión siempre me ha importado mucho.

A David Lloría Gómez, por la información que me proporcionaste y que nunca utilicé.

A Marta Monterde Cortés, por llenar de ideas mi WhatsApp. Una vuelta agradable en mi vida.

A Miguel Ángel Pérez Lloría, por acudir corriendo a llenarme de ilusión.

A Raúl Monterde León, por tu maravilloso trabajo con la promoción. Si todo el mundo fuese como tú, otro gallo cantaría.

A Ana Monterde Pérez (mi Ani), Porque tú solita te ofreciste para ayudarme. Tu corazón siempre va por delante.

A Cristina Monterde Pérez porque, sin hacer ruido, siempre estás ahí.

A Raquel Villar por aquel mensaje que me llenó de vida. Tú ya me entiendes.

A Caridad Molina Laguna, Mayte Martin Ibáñez, Mari Carmen Vivó Arias, Noelia Monterde León y María Martínez Sánchez, por tantas horas de charlas y consejos.

A mis Puequetruque, mis mucha primas y mis Quintos, por vuestro infatigable apoyo.

A Inma Blanco Sierra, por dejar lo del dinero para el final. Por emplear tu tiempo y dedicación en este proyecto y por haber aparecido en su vida. Gracias a ti todo ha sido más fácil.

A Mari Carmen Monterde Aranda (mi SuperSis), por esa inagotable, titánica y bendita paciencia que sólo tú sabrás de dónde la sacas. Sin ella y sin ti, jamás lo hubiese logrado. Todo esto es de las dos. Siempre juntas.